Megan Maxwell

Todo bajo control, menos tú



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Epílogo

Personajes de la novela

Playlist

Créditos

TODO BAJO CONTROL, MENOS TÚ

Megan Maxwell



Dicen que la vida es una página en blanco y que de nosotros depende cómo llenarla.

Dicen que el amor, cuando llega, trae felicidad y que, cuando se marcha, deja recuerdos.

Dicen que quien te quiere de verdad no te hiere, no te usa, no te daña ni te utiliza.

Y yo digo que, a veces, nos tenemos que perder para volvernos a encontrar. Que, en la vida, todos nos merecemos que nos pasen cosas bonitas, y que el amor, si ha de llegar, que sea de los que sumen felicidad.

Por lo tanto, guerreras y guerreros, sigamos llenando nuestras páginas en blanco, continuemos creyendo en la felicidad y en los recuerdos, y alejémonos de esos nubarrones negros que no nos merecen porque nos restan felicidad.

La vida es muy bonita, y estamos aquí para vivirla. Por lo tanto, ¡vivámosla!

Con amor,

MEGAN

Capítulo 1

Ávila, 2006

Lena miró a su madre, Clara, que terminaba de preparar en la cocina la cena, y sabía que estaba nerviosa. Clara intentaba disimularlo, pero a Lena no la engañaba. A ella no.

El gesto de Clara era serio. Tenso. Vicente, su marido, llevaba dos días sin aparecer por la casa y, por norma, cuando pasaba eso, o llegaba un ramo de rosas amarillas a modo de arrepentimiento o nada bueno ocurría.

Hacía viento. Muchísimo viento y su sonido era, como poco, intimidante. Las luces parpadearon e hicieron un amago de apagarse, pero resistieron.

Hacía cinco años que a Clara y Vicente les había tocado en la lotería de Navidad un premio de seiscientos mil euros. Algo que les iba a solucionar en parte la vida. Pero Vicente era un hombre autoritario. Un hombre de esos que o haces lo que él quiere o atente a las consecuencias.

Él se empeñó en dejar el piso donde vivía con su madre, su mujer y sus dos hijos en el centro de Ávila y comprar una casa a las afueras. Una preciosa casa cercana a la carretera, pero aislada de los vecinos. Su ilusión.

Eso a Clara no le gustó. Intentó hacerle entender que los niños, su madre y ella tenían otras necesidades. Pero, al final, desistió, o probablemente la acabaría matando a palizas.

La casa, en un principio, fue la alegría de Vicente, pero, con el tiempo y gracias a las malas compañías que comenzó a frecuentar, dejó de ser su alegría para ser su cruz. Su madre, Juana, que llevaba toda la vida sufriendo su maltrato, intentó ayudar a Clara y los niños. Con los ahorrillos que tenía y sin que su hijo lo supiera, le daba dinero a su nuera para que nunca faltara ni el medicamento que Andy necesitaba ni comida. Pero todo se torció el día en que Vicente se enteró. Saber que su madre tenía ahorrillos lo volvió loco y, tras una paliza que dejó a la pobre Juana magullada, este se hizo con aquel poco dinero y se lo fundió. Juana, aunque se repuso de aquello, murió de un infarto al año. Para Clara fue una pérdida terrible, pues se quedaba sola con dos niños. Y también lo fue para los niños, que adoraban a su amorosa abuela.

Antes de vivir en aquella casa al lado de la carretera, Lena y Andy tenían amigos y una vida relativamente normal a ojos de todo el mundo, aunque, en la intimidad, la convivencia con su padre era un horror. Dependiendo de cómo él llegara, Juana, Clara y Lena lo pagaban.

Clara y su suegra intentaron durante años que todo el mundo creyera que eran una familia normal. Nunca le hablaron a nadie de los malos tratos que sufrían por parte de Vicente. La sola idea de que los demás conocieran la realidad les daba vergüenza.

Cuando Lena les preguntaba de pequeña por los golpes, cardenales o gritos, ellas siempre encontraban una forma de justificarlo. Y le recordaban que, aunque Vicente se enfadaba, luego les traía rosas amarillas para disculparse.

A su manera, Clara necesitaba creer que el hombre del que se enamoró siendo casi una niña, cuando estaba en la casa de acogida, seguía existiendo dentro de aquel que ahora estaba consumido por

las adicciones. En cuanto a Juana, quería seguir viendo en él a su amado hijo.

Al principio, la inocencia de Lena hizo que las creyera. Pero la primera vez que Vicente, sin que la pequeña lo esperara, la agarró por el cuello para asfixiarla y su abuela Juana tuvo que intervenir, el amor que la niña sentía por su padre se acabó como se acabaron su niñez e inocencia. Y, a partir de ese momento, comenzó a comprender muchas cosas, entre ellas, que las rosas amarillas no eran la solución.

El alcohol y el juego llegaron a nublar a Vicente por completo, y finalmente fue despedido de su empleo.

Eso provocó que Clara empezara a trabajar en todo lo que podía. Limpiaba casas, cuidaba ancianos, cosía por las noches. Todo con el único propósito de sacar adelante a sus hijos. Pero aquella era una batalla imposible de ganar. Y Andy, al ser pequeño, aterrorizado por él, lo bautizó como «el Coco». El Coco siempre daba miedo.

Las malas compañías lo arrastraron. Ya no solo bebía, se drogaba y se gastaba el dinero en el juego. Ahora también robaba con sus nuevos amigotes.

En un principio fueron pequeños hurtos. Pero esto fue a más, como todo en la vida de Vicente, y llegaron las detenciones, mientras Clara soportaba las miradas y los cuchicheos de los vecinos.

En el pueblo dejaron de ser Clara, Lena y Andy para convertirse en la familia del ladrón. Una etiqueta que pesó en una adolescente Lena más que la pobreza.

En aquel entonces y con catorce años, Lena quiso ayudar a su madre. Clara se mataba a trabajar. Pero nadie quiso dar trabajo a una niña de esa edad y, finalmente, aunque algunos vecinos los

ayudaron en todo lo que pudieron, llegó el desahucio del banco por no poder hacer frente a los pagos de la hipoteca.

Aunque Clara estaba de perfil, su hija, mientras ponía la mesa, no podía apartar la mirada del moratón que su madre tenía en el antebrazo derecho. Desde que tenía uso de razón ese maldito moratón siempre estaba ahí. Nunca desaparecía.

—Como hoy hace aire y no podremos salir, ¿qué os parece si luego observamos las estrellas desde la ventana y os cuento una historia?

La propuesta de Clara hizo sonreír a Lena.

Por las noches, a su madre le gustaba mirar el cielo para ver las estrellas. Desde pequeña, Clara siempre le había contado increíbles historias sobre estrellas y constelaciones, como Casiopea y Andrómeda, o la Vía Láctea, entre otras. Su pasión era la astronomía. Siempre quiso ser astrónoma, pero cuando conoció a Vicente y se quedó embarazada de Lena, todo aquel sueño se esfumó. Y solo le quedó el consuelo de poder contarles a sus hijos historias y leyendas que la fascinaban.

—¡Guay, mamá! —exclamó Lena.

Tenían la radio puesta y sonaba música. Al acabar una canción y empezar otra, Lena miró a su madre.

—Mamá, suena tu canción preferida —dijo.

Clara sonrió. *Sabor, sabor*, de la cantante Rosario, siempre había sido una canción que le había encantado. Se acercó a su hija y ambas la comenzaron a cantar mientras bailaban.

Andy, el pequeño de la casa, llegó corriendo hasta ellas y colgándose de su madre y de su hermana cantó aquella canción que los tres se sabían a la perfección mientras disfrutaban de aquel momento. Su momento.

Cuando la canción se acabó, los tres, riendo, se miraron.

—¿Quién quiere patatitas fritas? —preguntó Clara.

—Yo, mamiiiiii —gritó Andy.

Lena sonrió. Clara también. El pequeño Andy se merecía todas sus sonrisas. Y, cuando el niño se sentó en una silla junto a su hermana mayor, murmuró:

—Yuls...

—Cariño —sonrió Clara—. Tu hermana se llama Lena, no Yuls.

—Pero yo quiero que se llame Yuls, ¡mola más! —insistió.

—Andyyyy.

—Mami, es más bonito que Lena, y a ella le gusta —insistió.

—Me gusta muchoooooo, bichito. ¡Es mi nombre preferido! —afirmó la joven.

—¿Lo ves, mamá? ¡Le gustaaaaaa!

Clara resopló.

—Querida Yuls, pon servilletas sobre la mesa —claudicó, moviendo la cabeza con resignación.

—¿Lo ves, mami? ¡A ti también te gusta llamarla Yuls! —rio el pequeño.

—Mira que eres zalamero —se rio Clara.

Los tres sonrieron con complicidad. Entonces Andy se tocó el bolsillo del pantalón y miró a su hermana.

—Mañana es tu cumple y tengo un regalito para ti —cuchicheó.

—¿Para mí?

—Sí —afirmó el pequeño, emocionado.

La joven asintió, cumpliría quince años. Y, bromeando con su hermano, fue a tocarle el bolsillo del pantalón.

—No, Yuls —la rechazó él—. No. Es un regalito para mañana.

—Oh, perdone usted, señor —asintió ella, divertida—. Aguantaré hasta mañana.

—Mami, ¿mañana tendremos tarta? —preguntó el pequeño.

—Por supuesto que sí —afirmó Clara.

Escuchar eso no sorprendió a Lena. Conociendo a su madre, haría lo imposible para que ella tuviera su tartita.

—Me gustan los cumples —dijo Andy, feliz.

—¿Por la tarta?

—Y por los regalitos —completó el niño—. Además, el día del cumple es un día muyyyyy feliz en el que siempre siempre siempre hay que sonreír. —Un ruido en el tejado provocado por el aire hizo encogerse al pequeño, que cuchicheó—: Eso me da susto.

—¿Por qué?

—El aire hace demasiado ruido.

Andy tenía razón. El sonido del viento era aterrador. Pero Lena, haciéndose la valiente para que su hermano pequeño viera en ella a una chica fuerte, colocó sus dedos en la comisura de los labios del pequeño, que no pudo evitar una gran sonrisa.

—Sonríe, bichito —dijo Lena—. No dejaremos que el aire entre en la casa.

—Por supuesto que no —la apoyó su madre.

Andy sonrió. Las creía. Ellas dos eran su mundo.

—El zeñor Ozito tiene muuucha hambre —indicó.

—¡Qué comilónnnn!

Con siete años, Andy era un niño sonriente y vivaracho, pero Clara y Lena se percataban de cómo esa sonrisa, en ciertas ocasiones, se apagaba.

Andy, aunque era pequeño, veía y oía, como vio y oyó en su momento su hermana mayor. Lena y Clara intentaban protegerlo de Vicente, como había hecho Clara con su hija mayor, pero cada vez era más complicado. Más difícil. Vicente lo ponía muy difícil.

—Vaya... vaya, he oído que el zeñor Ozito tiene mucha hambre —bromeó Clara, repartiendo la tortilla francesa y las patatas fritas que había cocinado.

—Sí. Y dice que quiere muuuuchas patatitas fritas —asintió Andy con ingenuidad.

—¡El zeñor Ozito sí que sabe! —sonrió Lena, consciente de la precariedad.

Con amor, Clara partió en dos trozos el poco pan que tenían, entregándoles un pedazo a Lena y otro a Andy. Luego repartió las patatas y la tortilla. El pequeño, hambriento, comenzó a devorar la cena, pero Lena hizo lo de siempre. Su trozo de pan lo dividió en dos e igualó su plato al de su madre. Cuando Clara se percató de aquello protestó.

—O comemos las dos por igual o yo no como —se plantó Lena, mirándola.

Clara lo aceptó. Luchar contra la cabezonería de su hija era imposible.

La cena fue bien. Tranquila. Y cuando acabaron, mientras Lena y Andy jugaban con el zeñor Ozito, Clara fue al escondite secreto donde guardaba lo importante a por el inhalador de Andy.

—Dos puf y después a enjuagarse la boca.

Andy lo hizo sin rechistar. Era asmático y conocía bien su rutina.

Cuando el pequeño terminó, Clara volvió a guardar en el escondite secreto el inhalador. Luego los tres se acercaron a la ventana, y Clara, como cada noche, a pesar de la tormenta, empezó a narrarles las historias que las estrellas contaban.

Lena y Andy escuchaban embobados a su madre hablarles de cómo la reina Casiopea, la madre de Andrómeda, se jactó de ser más bella que las nereidas, las ninfas del mar, haciendo enfadar a Poseidón, que la condenó duramente.

Clara y Andy bromeaban sobre aquello, mientras Lena sonreía, cuando de pronto oyeron un golpe seco. La puerta de entrada de la casa había dado contra la silla que ponían ante ella. Era un

mecanismo de defensa. La manera de saber que Vicente llegaba a casa.

Los tres se miraron en silencio. No hacía falta decir quién había llegado. Lo sabían.

El gesto de Andy cambió. Dejó de sonreír y se acercó todo lo que pudo a su hermana en busca de cobijo. Le tenía miedo al Coco, como Lena se lo tuvo y se lo seguía teniendo.

—¡Claraaaaaaaa, ¿dónde estásssssss?!

El sonido del viento se intensificó y la voz de Vicente hizo que el vello del cuerpo de Lena se erizara. El olor a sudor, a su rancia colonia y a alcohol llegó hasta ellos antes que él.

—Iros a la habitación —les ordenó Clara. Lena negó con la cabeza. Agarró a su madre con la mano, pero ella insistió—: Ve y quédate con Andy.

—Pero, mamá...

—Lena —le cortó con sequedad—. Hazme caso, por favor.

—No, mamá. No vayas —imploró.

Ambas sabían lo que iba a pasar. La mujer, resignada y consciente de que el vecino más cercano estaba demasiado lejos, musitó:

—Cariño, por favor, haz lo que te pido.

Instantes después, Clara, sin pensárselo, desapareció de la cocina y de inmediato se oyó la voz de Vicente exigir:

—¿Hiciste lo que te dije?

Clara miró al hombre al que un día había querido, y aun sabiendo lo que iba a pasar, negó con la cabeza. Vicente le había ordenado robar dinero y joyas en la casa de la anciana a la que cuidaba.

—Escucha, Vicente... —empezó.

No pudo continuar. El guantazo que su marido le dio por no haber obedecido la tiró de bruces al suelo.

—Si vas a decir que no, mujer inútil, ¡ahorra saliva! —siseó él, mirándola.

Aquel sonido seco y atroz llegó a los oídos de Lena, que cerró los ojos y los puños. Los nervios la atenazaban. Aquellas situaciones de tanta tensión le producían unos terribles dolores de cabeza, pero, al oír a Andy llorar, abrió los ojos. El niño, por desgracia, también sabía lo que había ocurrido.

—Quédate aquí, ¿vale? —le pidió, después de tomar aire.

—No, Yuls.

—Bichito...

—Tengo susto del Coco, Yuls.

—Te prometo que todo va a ir bien. No te asustes, cielo. Ahora vuelvo.

Andy negó con la cabeza. No quería quedarse solo. Pero al oír otro golpe y el jadeo de su madre, Lena supo que ella la necesitaba, y salió de la cocina. Las luces parpadeaban a causa de la tormenta. Al entrar en el salón vio a su madre en el suelo con su padre encima, ahogándola. Directamente se tiró contra él.

Vicente perdió el equilibrio y cayó. Eso hizo que Clara pudiera respirar, pero él cogió por el cuello a Lena y la comenzó a estrangular.

—Maldita niñita... —siseó.

Se miraron a los ojos. Los de él estaban vidriosos, llenos de rabia. Clara, sin dudarlo, se lanzó contra él para liberar a su hija, lo que provocó que Vicente cambiara de presa. Agarró a su mujer y empezó a darle golpes en la cabeza.

Lena boqueaba. Apenas podía respirar. Intentaba coger aire como podía para ayudar de nuevo a su madre cuando de pronto vio a Andy en la puerta observándolos. Estaba quieto. Pálido. Asustado.

—¡Ve a la habitación ya! —le ordenó, con la voz entrecortada.

—No...

—Tienes que ir, por favor.

—Mamáááá —lloraba el niño desconsolado al ver la escena.

Agobiada por todo, Lena se acercó a su hermano. Rápidamente lo llevó a la cocina para que no viera lo que no tenía que ver. Notaba que su cabeza empezaba a dolerle a causa de la tensión.

—Ve a la habitación.

—El Coco es malo.

Lena asintió. Negarle eso era una tontería.

—Te prometo que iré a por ti. Te sacaré de aquí y nos iremos lejos del Coco. Te lo prometo.

Andy se tocó los ojos llorosos.

—¿Lo prometes? —murmuró.

Atacada de los nervios, pues no quería que su padre lo agarrara a él y lo golpeara, afirmó.

—Sí, bichito. Lo prometo. Pero ahora obedéceme. ¡Por favor!

Asustado, Andy finalmente hizo lo que ella le pedía y entonces Lena regresó al oscuro comedor. Volvió a lanzarse sobre aquel mal hombre con todas sus fuerzas, y tras darle un puñetazo consiguió que soltara a su madre.

Durante un rato los tres forcejearon. Lena y Clara tenían todas las de perder. Enfrentarse a un tipo ebrio y agresivo de cien kilos no era fácil, pero lo intentaban. A su alrededor todo caía por los suelos.

En un momento dado, Lena oyó un crujido que provenía del brazo de su madre. Vino acompañado de un alarido de dolor.

—¿Por qué no me haces caso? —gritaba el que se hacía llamar padre—. Eres una inútil, ¡no sirves para nada!

—Papáá, ¡suéltala!

Vicente, al oírla, miró a su hija.

—¿Soltar a esta perra que no sirve ni para robar? —Y sonriendo siseó a su mujer—: Pues ya que no le has robado a esa vieja que está podrida de dinero, me vas a dar el dinero que has ganado hoy limpiándole el culo.

—Papá, nooooo.

—Ahorra saliva, niñita.

Clara aullaba. El dolor de su brazo era insoportable. De improviso, aquel bestia, tras coger un trozo puntiagudo de loza que había en el suelo, lo puso sobre la frente de Lena.

—Esto es por el puñetazo que me has dado, maldita niñita —bramó, clavándoselo.

Al notar cómo la carne de la frente se le abría, Lena gritó de dolor. Aquel mal hombre le puso sus manos en el cuello y, privándola del aire, miró a su mujer.

—Puta —soltó—. O me dices dónde está el dinero que has ganado estos días o me cargo primero a tu niñita y luego a tu niñito.

«Niñita y niñito». Lena odiaba esos términos que utilizaba para referirse a ella y a su hermano.

Clara miró horrorizada cómo a su hija la sangre le corría por el rostro mientras se asfixiaba, y en ese momento, olvidando su dolor, le dijo lo que quería saber. Dónde estaba el escondite secreto.

Vicente soltó a la joven con desprecio, y al hacerlo Lena volvió a respirar. Clara, apenas sin fuerzas por el dolor que sentía en el brazo, fue hasta ella para auxiliarla mientras aquel ser horrible, tambaleándose, se encaminó hasta donde ella le había dicho.

Tras abrir el cajón del mueble, Vicente cogió los billetes. Los contó. Apenas había setenta euros.

—Mierda de dinero —escupió—. No vales ni para limpiar. Eres un fracaso en todos los sentidos. No sé qué vi en ti cuando decidí casarme contigo.

Acto seguido, Vicente vio un paquete de velas de cera cuadradas. Las cogió y también el inhalador de Andy. Se acercó con todo aquello hasta Clara, y asiéndola del cabello le soltó un puñetazo en el estómago que la dobló en dos.

—Es imposible que solo tengas este dinero, ¡maldita puta! —le gritó—. ¿Dónde hay más...?

—¡No hay más! —gritó Lena con la voz quebrada.

Vicente, con chulería, la miró. Luego sacó una de aquellas velas cuadradas del paquete. La encendió con el mechero y la tiró sobre el sofá de cuero, que rápidamente comenzó a arder.

—Veamos si hay más o no.

Clara, tirada en el suelo, no podía respirar. Aquel último golpe la había dejado sin fuerzas, sin aliento. Vicente tiró el inhalador de Andy y encendió otra vela. La llevó hasta las cortinas, que instantáneamente comenzaron a prender.

—O me dices dónde hay más dinero o arderéis los tres como estas cortinas.

Durante unos segundos, Lena se quedó inmóvil, paralizada por el terror. La frase de su padre retumbaba en su cabeza. «Arderéis los tres». ¿En serio?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras, aún jadeante por los golpes recibidos, lo veía encender velas y repartirlas por la casa con una tranquilidad que resultaba aterradora.

Ensangrentada y con el corazón encogido, gritó:

—Papá, ¿qué estás haciendo?

—Librarme de vosotros.

—Papáááá...

—Ahorra saliva, niñita.

Una columna de oscuro humo negro comenzó a reptar por el techo mientras el aire se volvía irrespirable. Aterrorizada, Lena buscó

a su madre con la mirada. Tenían que salir de allí.

—Mirad lo que me obligáis a hacer. Por vuestra culpa todo tiene que acabar así —afirmó Vicente con una escalofriante satisfacción mientras el fuego se propagaba.

Sin mirarlas, se dirigió hacia la puerta de entrada. La abrió. Y, antes de marcharse, se volvió un instante y dijo:

—Por fin me voy a librar de vosotros. De aquí no saldréis.

Y sin más, sin la menor duda, sin importarle las vidas de Clara, Lena y Andy, salió por la puerta y se marchó.

Lena, sin poder creer lo que estaba viviendo, casi no podía respirar mientras un terrible dolor de cabeza apenas le permitía razonar.

Las llamas empezaron a devorar la estancia, extendiéndose al pasillo. El humo descendía desde el techo, envolviéndolo todo. Entonces Lena reaccionó. Y arrastrándose por el suelo llegó hasta su madre. Clara tosía y tosía. Tenía sangre en el rostro y cada respiración que daba parecía que le iba a quitar la vida.

A duras penas, Lena ayudó a su madre a incorporarse, pero era inútil. Apenas podía moverse. Estaba muy malherida.

Angustiada, vio cómo el fuego se extendía y solo entendía que tenían que salir de allí. Debían salir de allí.

Como pudo, consiguió levantar a su madre del suelo y tosiendo por el humo alcanzaron la puerta de entrada. Tenía que sacarla de la casa para luego ir a por Andy. Pero la puerta no se abrió y eso solo podía ser porque aquel desgraciado la había cerrado desde fuera.

—No... no... no... —murmuró horrorizada.

La joven miró a su alrededor en busca de una salida.

—¡Vicente! Por favor, Vicente, abre la puerta —gritó Clara entre toses a causa del humo—. Los niños... los niños tienen que salir.

Él no respondió.

—Maldito borracho de mierda, ¡abre la puerta, cabrón! —gritó Lena, dispuesta a enfadarlo para que regresara.

Pero no volvió.

Se había marchado y, aunque por su estado muy lejos no podía estar, estaba claro que deseaba que se quemaran vivos. Lena miró a su madre, angustiada, mientras el fuego y el humo las rodeaba.

Todas las ventanas de la casa estaban cerradas por un sistema de seguridad especial. Buscar la llave era imposible en esos momentos, y Lena cogió con rabia la plancha y la tiró contra la ventana. Eso hizo que cientos de cristales saltaran por todos los lados y que, al entrar el aire del exterior, se avivara el fuego.

—Yulssssss... Yulssss... mamáááá.

—¡Andyyyyyy! —gritó Clara.

—Bichito, tranquilo, ¡voy a por ti! ¡Ya voy! —avisó la joven para que su hermano la oyera, y mirando a su madre indicó, alterada—: Sal por la ventana, mamá. Iré a buscar a Andy.

Clara se negó. De allí no salía sin sus hijos.

Lena se retiró con la mano la sangre que notó que resbalaba por su frente y, mirando a su madre, insistió:

—Tu brazo está roto. Mamá, por favor, tú no puedes ir a por Andy. Iré yo y...

En ese instante, un rugido extraño invadió la casa y el fuego se propagó por todo el techo del pasillo en décimas de segundo. Temblaron. Gritaron. Pero Lena, agarrando la mano de su madre, gritó:

—Mamá, por favor, ¡sal! Yo iré a por Andy. ¡No podemos perder tiempo!

Pero Clara no hizo caso. Se deshizo de la mano de su hija mayor y corrió hacia el pasillo lleno de humo y fuego sujetándose el brazo.

Sin dudarlo, la joven fue tras ella mientras los ojos le lloraban por el humo y notaba cómo el calor de las llamas se acercaba a su piel.

Al llegar a la habitación donde dormían los tres, Clara abrió la puerta y Andy las recibió con un llanto desesperado unido a una tos desgarradora. Los tres se abrazaron. Necesitaban ese contacto.

—Tengo miedo, Yuls —dijo el crío, con la cara llena de hollín.

—Ya estoy aquí. Ya estoy aquí.

El crepitar del fuego y el calor que este desprendía estaban cada vez más cerca.

—Papá es malo. Muy malo. Os ha hecho sangre. Hay fuego y hace mucho calor —sollozó Andy.

—Tranquilo, bichito, te voy a sacar de aquí.

Lena, viendo a su hermano y a su madre malherida, era consciente de que no podían regresar por el pasillo.

—¡Hay que romper el cristal de la ventana! —gritó. Su cabeza estaba a punto de estallar, pero trató de ignorar aquel dolor.

Clara, sin fuerzas para sostenerse en pie, abrazó al niño, que tosía mucho. Demasiado.

—Necesita el inhalador.

Lena asintió. Lo sabía.

—Es imposible ir a por él, mamá —respondió, mirando hacia al pasillo en donde las llamas crepitaban—. Habrá ardido en el salón.

Clara, entendiendo lo que su hija decía, puso su mano en la boca de Andy para que tragara menos humo. Lena miró a su alrededor en busca de algo con lo que romper el cristal de la ventana.

Pero al no ver nada con contundencia, desesperada, decidió utilizar su puño. Le había prometido a Andy que lo sacaría de allí, y así sería.

Con fuerza apretó los dientes y descargó un puñetazo contra el cristal. No se rompió. Volvió a golpearlo con más fuerza. Con más

rabia. Esta vez el vidrio estalló en una lluvia de fragmentos afilados que le desgarraron los nudillos. Inmediatamente la sangre comenzó a resbalarle por la muñeca, pero del estrés ni sentía dolor.

—¡Vamos, salid!

Clara intentó levantarse, pero apenas dio un paso volvió a desplomarse. No tenía fuerzas. El humo cada vez era más denso. Más invasivo. Era una nube espesa que quemaba los ojos y abrasaba los pulmones.

Pero Lena, que hizo un esfuerzo sobrehumano, consiguió sacar a su hermano y después a su madre. Y cuando fue a salir ella, vio en el suelo al zeñor Ozito comenzando a arder y olvidándose de la prudencia fue a buscarlo. Andy lo necesitaría. Ya con él en sus manos, salió por la ventana a punto del colapso y, con las últimas fuerzas que le quedaban, agarró a su hermano y a su madre y los arrastró unos metros para retirarlos de aquella casa en llamas que había sido su hogar.

Alejados del fuego, se abrazaron mientras la casa era pasto de las llamas. Lena era consciente de que su padre había querido que ardieran en ella. Eso hizo que su odio hacia él fuera tan intenso como las llamas que tenía ante ella.

Súbitamente, Andy dejó de toser y se desvaneció entre sus brazos.

—¡Andy! ¡Andy! —gritó, asustada.

Desesperada, trató de reanimarlo mientras su madre, paralizada, lloraba y gritaba. La situación era insostenible. Aterradora. Y cuando estaba a punto de echar a correr en busca de ayuda, unos faros la deslumbraron y un coche se detuvo bruscamente junto a ellos.

Una familia que viajaba en el coche, al ver el incendio desde la carretera, se había desviado para ver si alguien necesitaba ayuda.

Ellos llamaron por teléfono a la policía y a los bomberos, que llegaron seguidos por una ambulancia. Al ver el estado de los tres, los condujeron a toda velocidad al hospital de Ávila, Nuestra Señora de Sonsoles.

A Clara, tras pasar por urgencias, la llevaron a quirófano. No solo tenía el brazo roto y contusiones en la cabeza, sino que otro de los golpes le había destrozado el bazo. A Andy lo ingresaron directamente en la UCI pediátrica. Apenas respondía.

Asustada y desorientada, Lena no sabía qué hacer, cuando de pronto le pareció ver una cara amiga. Era Mar, una vecina del piso en donde habían vivido hacía años, que era médico de urgencias. A partir de ese momento, Mar se ocupó de ella y ya no la dejó sola.

Mar condujo a Lena a un box para que le cosieran la brecha de la frente y le curaran la herida de la mano que se había hecho al romper el cristal de la ventana. También le dieron medicación para calmar el dolor. La chica no soltó en ningún momento al zeñor Ozito.

De madrugada, vino la policía. Le preguntaron a la joven si había algún familiar al que pudieran avisar y rápidamente Mar respondió que ella se ocuparía. Sabía que no tenía a nadie.

Los polis, tras hacerle algunas preguntas sobre lo ocurrido, le indicaron que habían detenido a Vicente. Saber eso alegró a Lena. Quería que fuera a la cárcel. Que respondiera ante la justicia por los golpes, el miedo y el haber intentado quemarlos vivos.

Aunque su madre, por miedo, nunca lo había denunciado ni se lo había permitido a ella, Lena ahora no se iba a callar. Esta vez no la iba a parar. Deseaba que pagara por todo lo que había hecho. Uno de los policías le entregó un cuaderno al que llamó «cuaderno de sucesos». Le indicó que apuntara en él cualquier cosa que recordara y pudiera ayudar, y, por supuesto, le explicó cómo podía denunciar.

Cuando la policía se fue, Mar la llevó a su pequeño despacho. Mientras esperaba, Lena se sentó en el borde de una silla y miró el reloj que había frente a ella. Eran las cinco y veinte de la madrugada. Entonces recordó que era su cumpleaños. Cumplía quince años el peor día de su vida.

Cuando Mar regresó, venía acompañada de otro médico. Se sentaron frente a ella y le indicaron que su madre seguía en el quirófano. Que todo iba bien y que cuando saliera la avisarían. Lena, hecha un mar de nervios, asintió, pero, mirándolos, supo que algo no encajaba.

Desde pequeña había aprendido a leer el rostro de sus padres y aquellas miradas cargadas de compasión le helaron la sangre.

—¿Qué pasa? Pasa algo más, ¿verdad? —preguntó.

Mar, con cariño, le tomó las manos.

—Lena... —murmuró, con la voz quebrada—. Lo siento mucho, pero Andy no lo ha podido superar y nos ha dejado. —La joven parpadeó, sin entender muy bien qué quería decir. Mar ahogó un sollozo—. Andy ha muerto.

Para Lena el mundo se detuvo en ese instante. Negó con la cabeza. Era imposible aquello que Mar decía.

—No... eso no es verdad... —musitó.

—Lena...

—Nooooo —gritó desesperada.

Horrorizada, Lena lloró. Gritó. Pataleó.

Andy. Su bichito. Solo tenía siete años. ¿Cómo podía haberse ido? ¿Por qué había tenido que pasar algo así?

Mar, con cariño y paciencia, la consoló mientras el médico, con infinita delicadeza, intentaba explicarle lo ocurrido. La crisis asmática, agravada por el humo y los gases inhalados, había obstruido por completo sus vías respiratorias.

Lena lo observaba, pero no lo oía. Todo lo que le decía se desdibujaba en algo que se convertía en un murmullo lejano mientras en su cabeza resonaba una y otra vez la frase «Andy ha muerto». «Andy ha muerto».

En shock, pidió ver a su hermano, y aunque el doctor en un principio se mostró reticente, pues consideraba aquello algo muy duro para una niña de su edad, Mar volvió a intervenir por ella. Sabía que necesitaba despedirse del pequeño para asumir aquella pérdida.

Tras unos segundos el médico cedió por fin, y Lena, con el corazón en un puño, los acompañó hasta una habitación.

Al entrar, vio a su hermano inmóvil sobre una cama. Tenía el rostro sereno y parecía dormido. Se acercó lentamente a él, le tocó el pelo y se lo retiró de la frente. Aquel flequillo rebelde de Andy con el que siempre se metía. Luego le tocó la mejilla y, agachándose, lo abrazó.

Durante un buen rato lloró sin consuelo abrazada a él.

—Lo siento, bichito..., lo siento —repetía con insistencia.

Pero la culpa la mataba porque le había prometido que todo saldría bien. Le había prometido que lo sacaría de allí y, aunque había podido liberarlo de las llamas, no había podido salvarle la vida.

Cuando un buen rato después la separaron de él y la llevaron a la habitación en donde instalarían a su madre una vez que saliera del quirófano, Lena no tenía fuerzas. Solo miraba al suelo intentando entender lo que había pasado.

Llevaba un buen rato en silencio cuando se fijó en una pequeña bolsa de plástico que había sobre la mesita. Sin pensar, la cogió y la abrió. Dentro había un papel doblado. Al desplegarlo sintió que el mundo se movía bajo sus pies. Era el dibujo que Andy llevaba en el bolsillo de su pantalón. El regalo que pensaba darle el día de su

cumpleaños. Con las manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas miró aquel dibujo. En él se veía a su madre, a ella y a él, sentados en el suelo mirando las estrellas, y con letras torcidas e infantiles ponía: «Felicidades, Yuls. Sonríe. Te quiero, Andy».

El llanto arreció. ¿Cómo iba a sonreír sin tenerlo a él a su lado?

Ocho horas después, su madre salió del quirófano. Y cuando despertó y le dieron la noticia de la muerte de Andy, su grito desgarrador llenó toda la habitación. Aquel era un dolor imposible de sobrellevar. ¿Cómo le podía haber pasado eso a su niño?

A Lena ya no le quedaban lágrimas que derramar. Miraba a su madre con el corazón hecho trizas. Pero tenía claras varias cosas. La primera: tenía que cuidar a su madre. La segunda: debía sonreír porque Andy se lo había pedido. Y la tercera: ella no tenía padre y Vicente debía pagar por lo que había hecho y pudrirse en el infierno.

Tres días después, acompañada por Mar, Lena asistió al entierro de su hermano. Lo sepultaron al lado de la abuela Juana. Lena estaba devastada.

Veinte días después, Clara salió del hospital y, aconsejada por el abogado de oficio, fue con Lena a la comisaría para presentar las denuncias correspondientes contra Vicente. Por su culpa, Andy había muerto y eso no se lo iba a perdonar.

Mar las acogió en su casa. Durante un año, aquella maravillosa vecina les dio el apoyo y el cariño que necesitaban para remontar y sacar la cabeza del agujero en el que estaban metidas desde lo ocurrido. Aunque, como siempre, hubo personas no tan amables como Mar, quienes, al verlas, se apartaban de ellas como si tuvieran la peste.

Añoraban a Andy cada segundo del día, pero Clara, sabiendo que tenía que ser fuerte por su hija, le hizo entender a Lena que, por el bichito, ambas debían continuar adelante. Andy no las querría ver

infelices. Querría verlas sonreír como en su dibujo y tenían que conseguirlo.

El juicio por las denuncias presentadas llegó un año y tres meses después. Lena y su madre testificaron en contra de aquel maldito ser, y Vicente fue condenado por el homicidio del pequeño Andy. También por tentativa de asesinato de Lena y Clara, y se añadió violencia de género. En total le cayeron veinticinco años de prisión. Algo que a madre e hija les pareció poco por lo de Andy, pero ante lo que no podían luchar. La ley, les gustara o no, era así.

El día que encerraron a Vicente en el centro penitenciario de Ávila, Lena y su madre fueron a verlo entrar en ella. Agarradas a la valla, pues no podían pasar, lo llamaron «asesino malnacido», y él, al verlas, les hizo saber que las buscaría para hacerles pagar su ingreso en prisión.

Meses después de aquello, Clara y Lena, agobiadas al ser la comidilla de algunas personas poco amables, decidieron marcharse a vivir a Barcelona. Necesitaban sanar y comenzar.

Pero, para su desgracia, Vicente se la tenía jurada y, a partir de ese momento, fueran adonde fuesen, siempre acababa por encontrarlas e intimidarlas, ya fuese por teléfono o a través de notas que les hacía llegar por algún intermediario. Las quería muertas y prometió vengarse. Eso las obligó a empezar un periplo de mudanzas y viajes en busca de libertad.

Capítulo 2

Madrid, 6 de febrero de 2026

—Señor Dávila, la señora Ágata por la línea cuatro.

Al escuchar a mi secretaria asiento y dejo lo que estoy haciendo para coger el teléfono.

—¿Cómo está mi chica? —pregunto, quitándome las gafas.

—Hola, mi vida. —Y tras unas toses que me sacuden el alma, añade—: Me encuentro flojita. Pero como no podré asistir, quería mandarte mis buenas vibraciones para que la exposición que has organizado esta tarde sea un éxito.

Conociendo a mi abuela, sé lo mucho que le duele no asistir al evento. Siempre le ha encantado sociabilizar y más en los actos que organizamos, pero está delicada de salud y se tiene que cuidar.

Mi abuela nos crio a mi hermana y a mí al morir nuestros padres en un accidente aéreo cuando regresaban de uno de sus viajes. Y su amor por nosotros es aún más grande que el que siempre ha sentido por el arte. La abuela viuda nos sacó adelante liderando y gestionando la galería de arte que fundó el visionario de mi abuelo, convirtiéndola en la sala de arte más importante de España y en un referente en Europa.

—Gracias, abuela. Y tranquila. Todo irá bien.

—Altamira se pasará. Y luego me contará.

Altamira es su gran amiga de toda la vida. Una exitosa actriz de teatro que es una segunda abuela para mí.

—Perfecto.

—Por cierto, mi vida, acabo de hablar con Larita.

Según menciona a mi hermana, suspiro. Lara, con su manera de ser, me ocasiona cientos de quebraderos de cabeza. Digo «me» porque mi abuela simplemente se ríe. Lara, cuando no se está muriendo porque le duele un dedo o ha roto con su último ligue, está exultante de alegría porque esa mañana se ha visto divina en el espejo. Por suerte, mi sobrino Javier nada tiene que ver con ella, y lo agradezco.

—¿Has visto lo de Ben Mullen?

Asiento. Sé de lo que habla mi abuela. Al parecer, la mujer de Patrick Ben Mullen, un galerista alemán, enfadada por las continuas infidelidades de este, ha filtrado unos correos electrónicos con unas fotos en donde Patrick aparecía en la cama con sus amantes.

—Lo siento por él, abuela. Es un buen galerista, pero en ciertos temas siempre le han faltado dos dedos de frente. Sin duda, este escándalo le va a hacer mucho daño a su negocio.

—Lo sé. Por eso sé listo, mi vida, y evita que nada ni nadie enturbie ni tu apellido ni tu trabajo, como siempre lo evitamos tu abuelo y yo.

—Sí, abuela.

—Por cierto. ¿Has hablado con Larita? Tiene nuevo novio.

Suspiro. Lo sabía. Lo quiera o no, me entero de todo, pues la mujer con la que salgo es una famosa reportera de actualidad, periodista y presentadora, y me lo cuenta todo. Mi hermana Lara es un caso. Con cuarenta y cinco años ya lleva a sus espaldas dos divorcios. En cuanto a rupturas de novios ya he perdido la cuenta. Es tremendamente excesiva a la par que dramática. Como dice Altamira: «Por donde pasa, la porcelana pide la baja laboral». Todo lo contrario que yo, que soy comedido y me encanta la discreción. Y,

aunque la quiero y doy mi vida por Lara, mi hermana no tiene término medio. Lo que no sé es cómo mi sobrino Javier la soporta y no huye de su casa.

El teléfono móvil me suena y veo que me llaman desde el lugar donde he organizado la exposición.

—Abuela, tengo una llamada importante —indico, poniéndome las gafas.

—¿Esta tarde irás solo o acompañado?

—Acompañado.

—¿Por quién?

—Abuelaaaaaa...

—¿Acaso es malo preguntar?

Suspiro. Llevo seis meses viéndome con Vanessa Smith. Una guapa reportera y presentadora de televisión que, como yo, no quiere catalogar lo nuestro.

—A ver, abuela... —trato de zanjar; mi móvil sigue sonando.

—¿Irás con esa presentadora? ¿Con la creída estirada? Por cierto, el otro día la vi en las noticias cubriendo en directo lo del atraco al banco en Italia.

Resoplo. Si algo le gusta a Vanessa son los directos y las noticias vivas del momento. Y sí, le gusta salir estupenda en la cámara.

—Es su trabajo. Y en cuanto a ella, es solo una amiga.

—¿Pero esa es con la que te vas a casar o te casas con otra?

Cierro los ojos.

—Abuela. Como te dije, estoy saliendo con una encantadora mujer a la que no le gusta el foco mediático y... —miento como un bellaco.

—¿Y cuándo me la vas a presentar? ¡Me muero por conocerla, y más cuando me prometiste que pronto será parte de la familia!

Tomo aire. Soy el mayor mentiroso que hay en el mundo. Me he inventado una relación con alguien que no existe para hacer a mi

abuela feliz y la mentira me comienza a superar.

—Todo a su tiempo —respondo y, antes de que me replique, añado—: Y en cuanto a Vanessa, no es tan estirada como crees. Y sí, abuela, iré a la exposición con ella. Su presencia como *celebrity*, y persona querida y reconocida por el público, como bien sabes, le viene bien a la galería.

La oigo toser. Su tos me rompe el alma.

—Aiss, qué fatiguita tengo —dice a media voz—. No te atosigo más. Mañana me contarás.

Y sin más corta la comunicación, y yo atiendo sin demora mi teléfono móvil para contestar la llamada entrante, pero me quedo preocupado por ella.

Una hora después, cuando estoy en el baño que hay en mi despacho, oigo la voz de Diana, mi secretaria, que, tras llamar con los nudillos a la puerta, dice:

—Señor Dávila.

—Dígame, Diana.

—Su chófer lo espera.

Me miro en el espejo. Ajusto mi corbata para que quede perfecta y veo que mi apariencia es la que deseo.

—Dígale que enseguida bajo —le pido.

Miro el anillo que tengo en mis manos. Esta noche le voy a pedir matrimonio a Vanessa, aunque a mi abuela no le encante. No entraba en mis planes casarme ni con ella ni con nadie, pero he de hacerlo por la mujer que me ha criado y a la que adoro con todo mi ser. Una vez que me case con ella, mi abuela se relajará.

El médico de toda la vida, don Nicanor, me dijo hace dos meses que la salud de mi abuela de pronto había empeorado. Siempre ha sido asmática y actualmente su asma, unida a sus ochenta y un años, lo ha complicado todo convirtiéndola en una mujer pálida y

ojerosa. Su mayor ilusión siempre ha sido asistir a mi boda. En el caso de mi hermana, aunque se haya casado dos veces, solo fue a la primera.

La abuela siempre ha querido verme felizmente casado por amor. Por lo que una noche en la que hablábamos en su habitación, amedrentado por sus ojeras y su débil vocecita, y para hacerla sonreír, me inventé que estaba saliendo con una mujer de la que me había enamorado locamente. Todavía no sé cómo terminé prometiéndole que me casaría con ella antes de que el mes de febrero acabara.

Apurado por el lío en el que yo solo me he metido, y con el que mi hermana, si se enterara, se partiría de risa, meto el anillo en la caja de terciopelo azul y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón.

Con seguridad, abro la puerta del aseo, salgo y miro a mi secretaria.

—¿Por qué cojea, Diana? —le pregunto cuando me acerco a mi mesa para cerrar mi ordenador.

—Porque ayer me torcí el tobillo al correr para coger el autobús —responde, sonriendo—. Una tontería de nada.

Asiento, sin darle mayor importancia.

—¿Solucionada la hora del pádel para mañana? —quiero saber.

—Sí.

—¿Diez en punto?

—Sí, señor Dávila. Hablé con el señor Martínez y le confirmé que tienen pista a las diez en punto en el club social de Aravaca.

—¿Los billetes de avión para mi viaje por Europa ya los tiene? —vuelvo a interrogar al tiempo que coloco unos bolígrafos que hay sobre mi mesa.

—Sí, señor Dávila. Su primer vuelo sale el 28 de febrero a las tres de la tarde.

Asiento. Tengo que viajar durante tres semanas por negocios por distintas capitales de Europa. Me acuerdo entonces de un asunto.

—¿Ha hablado con el señor Dupuart?

—Sí. He programado una cena con él, en el restaurante Bersia, para el día 14 de mayo a las nueve de la noche.

Aquel coleccionista de arte es un excelente cliente para el que suelo comprar obras.

—¿Qué sabemos de la reunión con la señora Figueiras? —continúo con mi batería de preguntas.

—Será el día 3, a las cuatro de la tarde, en la sala dos.

—Pásela a la sala seis. Es más amplia.

—Sí, señor.

—Asegúrese de que haya suficiente agua en la nevera de la sala. Ya sabe que la señora Figueiras no para de beber agua.

—No se preocupe, señor Dávila.

—¿La reserva para la cena de esta noche en El Arte del Sushi es a las ocho y media?

—A la hora que usted me dijo, señor.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Me gusta tenerlo todo bajo control. No me gustan los imprevistos ni nada que pueda salirse de lo que para mí es el guion de mi vida. Cojo mi abrigo oscuro y me despido.

—Váyase a casa, Diana, y cuídese ese tobillo. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Dávila.

Al salir del despacho me encamino hacia los ascensores de mi empresa y, tras montarme en uno y darle al botón de la planta baja, desbloqueo mi teléfono móvil y hago una llamada. Un timbrazo. Dos.

—Dime, amor.

Es Vanessa.

—Voy a recogerte —indico—. Cuando esté en el coche te mandaré un wasap para decirte lo que tardaré en llegar.

—De acuerdo.

Tras cortar la llamada, suspiro. ¿Será acertado pedirle matrimonio?

Cuando llego a la planta baja del edificio de oficinas y salgo del ascensor el vigilante jurado ya me está abriendo la puerta de calle de la empresa.

—Buenas noches, señor Dávila.

—Buenas noches —respondo con agrado.

Veo a José Luis, mi chófer. Un hombre que trabajó para mi abuela, y ahora lo hace para mí, hasta que se jubile. Con él tengo una relación maravillosa, pues me conoce desde que soy un niño.

—Según el GPS, tardaremos en llegar a casa de la señorita Smith diecisiete minutos —me informa, abriéndome la puerta.

—¡Perfecto!

Ya acomodado en el coche le escribo a Vanessa. Le indico lo que tardaré en llegar a recogerla.

—Oliver, ¿música o noticias? —me pregunta José Luis, ocupando su puesto al volante.

—Noticias.

José Luis, que ya me conoce, rápidamente pone el canal de noticias y en silencio las voy escuchando mientras nos sumergimos en el tráfico de Madrid. Mentalmente busco las mejores palabras para que Vanessa me escuche, entienda la excepcional circunstancia y acepte casarse conmigo.

Suena el teléfono y veo que se trata de mi hermana. Tomo aire.

—Dime, Lara.

—Aisss, gordi, ¡un hola por lo menos!

Suspiro. Mi hermana y yo somos diferentes. Tremendamente diferentes. Me quito las gafas con cierta resignación.

—Hola, Lara, qué alegría oírte —saludo de nuevo.

—Gordi... cada vez mientes mejor. —No respondo. Paso. Ella añade—: Hablé con la abu y me dijo que hoy tenías no sé qué en no sé dónde con un americano, y llamaba para desearte suerte.

¡¿Un no sé qué en no sé dónde?!

Desde luego, parece que no nos hemos criado en la misma casa.

—El «no sé qué», querida hermana, es una exposición de pintura del artista neoyorquino John Fieldmand —replico con sequedad—. Y el «no sé dónde» es en una de las galerías que llevo y gestiono. Concretamente, la de la calle Alcalá. Y por si lo has olvidado, parte de esas galerías también son tuyas. Por lo que podías ser adulta y recordar ciertas cosas.

—Ser adulto es inevitable. Ser aburrido, como tú, opcional.

—Me estás encabronando, Lara —protesto.

—Aiss, gordi, no te pongas así.

Cierro los ojos.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames así?

—Pero si lo hago con cariño... gordiiiiii —se mofa. Pasa de mí. Mi hermana tiene el don de sacarme de mis casillas, y más cuando pasa de lo que le digo—. ¿Te acompañará al evento esa presentadora tan estirada? —se interesa—. ¿La que siempre hace directos sensacionalistas?

Joder, ¿por qué todos opinan eso de Vanessa?

—Eso a ti ni te va ni te viene.

—¡Socorroooo! Aisss, cómo eresssssss.

Por suerte, veo que mi abuela no le ha contado lo que le he prometido. Intuyo que sabe que Lara me asfixiaría.

—¿Te pregunto yo por el músico italiano? —contraataco.

—No. Pero puedes. ¿Qué quieres saber? Se llama Piero. Tiene treinta y dos años. Es alto. Musculoso y...

—¿Tienes claro que no está contigo por tu dinero?

Se queda callada. El tema dinero es algo que lleva dándonos problemas toda la vida, porque muchos se han acercado a nosotros única y exclusivamente por el dinero. No por las personas que somos.

—Ay, de verdad, gordiiii, ¡qué insoportable eres!

—Insoportable no, ¡realista! ¿O acaso no recuerdas a tu último amorcito? Ese que intentó sacarte trescientos mil euros vendiéndote que su madre estaba enferma y necesitaba pagarle un tratamiento experimental en México.

—Vale. Lo admito. Tienes razón. A veces soy muy ingenua, pero Piero no es así. Él es...

—Paso. No quiero saber nada —le corto, malhumorado, colocándome las gafas.

Oigo la risa de mi hermana.

—Por cierto, gordi —dice—. Cuando hablé con la abu, me pareció que tenía la voz más animada. Es más. Le dije que podíamos planear un viajecito a la casa de Menorca.

—La abuela no está para viajar, y lo sabes tan bien como yo.

—Por favor, ¡no seas tan alarmista!

—¿¡Alarmista!?

Oír eso me molesta. No soy alarmista con la salud de mi abuela. Al revés, soy cuidadoso y precavido, porque me preocupo por ella.

—Mira, Lara —empiezo a enfadarme—. No sé en qué planeta vives, pero haz el favor de aterrizar de una vez. Don Nicanor, médico de la abuela de toda la vida, me dijo que...

—¡Otro alarmista!

—¡Laraaaaaa!

—A ver. ¡Don Controlador, la abu está perfectamente!

—Lara. La abuela no está bien. Su estado empeora por días y...

—Discrepo.

—Laraaaaa...

—Aiss, gordi, que la conozco y te digo yo que está mejor de lo que tú te crees. Y mira lo que te digo. Quizá el que está siendo un ingenuo con ella eres tú, no yo. —Resoplo. Me toco el pelo. Mi hermana se niega a creer lo que el médico nos dijo, e insiste—: La abu simplemente tiene los típicos achaques de su edad. Te lo dije y te lo vuelvo a decir. A ella no le pasa nada. Pero tú sigue sin escucharme. Que eso se te da de lujo.

Tomo aire. Lo expulso lentamente.

—¿Quieres algo más? —Es mi forma de mandarla a paseo.

—No.

—Pues adiós.

Y sin más le cuelgo el teléfono. En otras ocasiones es ella la que me lo cuelga a mí.

—Tranquilo, Oliver. Ya sabes cómo es —murmura José Luis con una sonrisa.

Dos segundos después, recibo un wasap.

> Lara
> Gordi... eres bastante insoportable, ¡pero,
> jódete,que te quiero!

No puedo evitar una sonrisa. La relación que tenemos mi hermana y yo solamente la entendemos nosotros. Suspiro. Ella es así.

Cuando llegamos ante la casa de Vanessa sonrío. Me espera y, como siempre, va impecablemente vestida, maquillada y peinada. Es una belleza. Abro la puerta del vehículo y la invito a subir.

Vanessa se sitúa a mi lado. Está preciosa con el abrigo beige a juego con el vestido y el moño alto. Su elegancia es innata y siempre sabe adaptarse a cualquier situación. Una vez que cierra la puerta, me sonríe y murmura:

—Amor. Date por besado. No quiero estropear mi maquillaje. —Eso es algo típico en ella, luego me mira y añade—: Estás muy elegante con ese traje de Armani.

—Gracias. Tú estás preciosa con ese vestido.

—Llevar un Valentino nunca falla, como yo no fallo ni a mi dieta ni a mi entrenador personal para lucir así de perfecta.

Sonrío. Sonríe. Debido a su trabajo, para Vanessa el aspecto físico es importante, por lo que se cuida con una pulcritud que a veces, a mí, que soy superpulcro, me sorprende.

Hace dos días llegó de Italia. Allí su fama es tan grande como en España.

—¿Qué tal fue todo en Florencia? —me intereso.

—¡Estupendo! —responde, y se mira con coquetería las uñas—. Mi investigación me llevó a dar la exclusiva en directo de la detención de la mujer del director del banco con su amante.

Durante un rato hablamos de ese asunto mientras espero que me pregunte por mi abuela. Sabe que está delicada. Sabe de mi preocupación por ella, pero el tiempo pasa y la pregunta no sale de su boca. ¿Por qué es tan fría e impersonal?

En el trayecto vamos escuchando las noticias y finalmente llegamos a la exposición de pintura del artista neoyorquino John Fieldmand que, como le he explicado a mi hermana, he organizado en una de nuestras galerías en la calle Alcalá de Madrid.

—José Luis, recógenos a las ocho menos cinco, por favor.

—¿La reserva en El Arte del Sushi es a las ocho y media?

—Sí.

Él hace un gesto con la cabeza, momento en el que Vanessa sale del vehículo con su elegancia innata y pasamos por el *photocall*. Ella como famosa reportera y presentadora de televisión tanto en España

como en Italia, y yo como propietario y director de las Galerías Dávila.

Los dos —cada uno a su manera— somos personajes públicos, y los fotógrafos nos hacen fotos. Los periodistas nos preguntan por la exposición y a Vanessa por lo ocurrido en Florencia y, cómo no, indagan sobre si tenemos una relación que ambos negamos.

Aunque llevamos viéndonos meses, ninguno de los dos quiere que trascienda a la prensa y dejamos claro que solo somos buenos amigos. Pero sabemos que muchos de aquellos periodistas editarán la noticia como les venga en gana.

Ya dentro de la exposición, lo observo todo con precisión y me acerco hasta un lienzo que muevo con disimulo. Para mi gusto está unos milímetros inclinado a la derecha. Patricia, la asistente de la galería, se acerca y nos saluda.

—Señor Dávila —me dice—, ha venido el señor Sebastián Loureiro, el coleccionista de arte de Ponferrada.

Oír eso me agrada. En mi agenda tengo varios coleccionistas de obras de arte a los que les encanta comprar como inversión.

—¡Perfecto! —Y sonrío.

Patricia se aleja y yo cojo una copa de vino que me ofrece uno de los camareros del *catering*. Durante unos minutos me dedico a saludar a varios de aquellos coleccionistas de arte con Vanessa a mi lado.

—Amor, voy a saludar a Pacho y su mujer —dice ella—. Sé que el otro día tuvieron que operar a su hijo de urgencia por una apendicitis.

Y sin más se aleja. Yo no puedo evitar pensar en que no me ha preguntado por la salud de mi abuela, y eso, en cierto modo, me molesta.

Si algo tengo claro es que Vanessa todo lo que tiene de bonita lo tiene de fría. Y vale. No es que yo necesite abrazos ni palabras de ánimo, pero la mujer a la que más quiero del mundo no está bien, y reconozco que agradecería alguna que otra muestra de preocupación hacia ella.

—Bueno, bueno, bueno, si llegó el guaperas de Oliver Dávila.

Al oír esa voz, me giro hacia mi derecha y sonrío. Ahí está Rafael. Mi mejor amigo y abogado. Por ese orden.

—Tu pobre secretaria me ha llamado veinte veces —me explica, antes de que yo diga nada— para recordarme que mañana jugamos al pádel a las diez en punto. ¿Cómo eres tan pesadito?

Sonrío. Más que pesadito soy un maniático de la puntualidad.

—Te conozco. —Lo miro de soslayo.

—Y yo a ti —se mofa.

—Solo quiero que seas puntual.

—¡Qué pesadito eres con la puntualidad!

Rafael sonríe. Yo también. Nos conocemos desde la adolescencia y, desde el primer instante, entre nosotros se creó un vínculo único y especial que hoy en día continúa.

—¿Sigues adelante con el plan? —se interesa.

Afirmo con la cabeza.

—Llevo un carísimo anillo de Tiffany en el bolsillo, ¿tú qué crees? —contesto.

Rafa resopla. No me ve con Vanessa, pero omite lo que piensa.

—¿Cómo está nuestra chica? —pregunta, en cambio.

Muevo la cabeza. La abuela es nuestra chica.

—Con fatiguita —murmuro.

Nos miramos con pesar. Rafael y yo nos conocemos porque su madre, Elvira, trabajó en la casa de la abuela como interna durante muchos años. Y, por consiguiente, en la casa también vivió Rafael.

Elvira era madre soltera y, cuando falleció, Rafael solo tenía diecisiete años. Recuerdo que, por aquel entonces, mi abuela movió cielo y tierra y firmó cientos de papeles para que durante los cuatro meses que a Rafael le quedaban para cumplir los dieciocho años y ser mayor de edad los servicios sociales no se lo llevaran. Ella le dio un techo, le pagó los estudios y posteriormente la universidad hasta graduarse como el mejor abogado de su promoción.

—Tranquilo. Nuestra chica es una campeona y remontará —le oigo decir.

—Eso espero.

—Te digo yo que Ágata tiene aún mucha guerra que dar —insiste sonriendo.

Eso quiero yo. Que remonte y dé guerra, aunque me vuelva loco, porque mi abuela siempre ha sido una guerrera de armas tomar.

Vanessa se acerca a nosotros y tras saludar a Rafael, al que no soporta y quien nunca ha sido objeto de su devoción, comenzamos a charlar los tres.

—Pero si están aquí mis donjuanes preferidos —oímos a nuestra espalda.

Al mirar, me encuentro con la mejor amiga de mi abuela.

—Altamira, ¡qué alegría verte! —saluda Rafael.

La mujer nos saluda a Rafa y a mí con cariño. En *petit comité* la llamamos Mari Dramas. Como era de esperar, mira a Vanessa de arriba abajo cuando esta se aleja a saludar a otros.

—Le prometí a Ágata que vendría, ya que ella no podía —nos dice.

—¿Le irás luego con los chismes? —pregunto con guasa.

—No lo dudes ni un segundo —afirma. En silencio, soy consciente de cómo Altamira sigue con su mirada a Vanessa. Luego la oigo cuchichear—: Es muy estirada y tiene la simpatía cuidadosamente racionada.

Molesto por el gesto de guasa de Rafa, me toco la corbata.

—Además de guapa y profesional —completo yo, mirando a Vanessa, que charla con unos amigos.

Altamira mueve la cabeza.

—¿Quién es la mujer con la que sales y supuestamente te vas a casar? —suelta a bocajarro, mirándome—. Ya me ha dicho Ágata que lo lleváis muy en secreto porque ella es muy discreta. Y dicho esto, ¿no le importa que esa reporterucha sensacionalista sea la que te acompañe a estas cosas?

Veo que Rafa no puede evitar una sonrisa. Lo de «reporterucha sensacionalista» le ha gustado. Además de que sabe que miento como un bellaco.

—No, Altamira. No le importa —respondo, ignorando la sonrisa de mi amigo.

—Pues a mí me importaría —apostilla Rafa.

—Si fueras mi novio, esa aprendía rápidamente el concepto de distancia de seguridad —afirma Altamira, señalando a Vanessa.

—¿Qué tal si os relajáis?

Altamira y Rafa se miran con gesto guasón y, cuando Vanessa se acerca a nosotros, Altamira suelta con cierta rebaba:

—¡El día que tengáis bebés serán preciosos!

¡La madre que la parió!

¿Por qué tiene que soltar algo así?

Está claro que no cree lo de la otra mujer, y antes de que pueda parar a Vanessa, esta le replica:

—Tengo treinta y dos años. Me cuido concienzudamente todos los días para estar bella y perfecta, y mi vida está entre Italia y España. Y la verdad, lo último que quiero es que un embarazo estropee lo que tanto me he trabajado.

Altamira se gira hacia mí. Me toco las gafas. Rafa disimula mirando un cuadro y yo maldigo.

—¿Esa no es Giovanna Torres? —trato de desviar la conversación.

Como esperaba, Vanessa corre a saludarla.

—¿No quieres tener hijos? —se apresura Altamira a indagar.

—Yo no he dicho que no quiera hijos.

—Pero ella ha dicho que...

—Ella es ella y no es mi pareja. Y yo soy yo —le corto.

—¡¿Entonces?!

Me agobio. Me acaloro. Y tras mirar a Rafa, que me observa con gesto de guasa, musito:

—A ver, Mari Dramas...

—¡No! ¡A ver Mari Dramas no! —me interrumpe—. Te gustan los niños. Todos lo sabemos por cuánto te implicas en muchas causas que tienen que ver con ellos. Y mira, Oliver, puedes engañar a Ágata diciendo que sales con otra mujer, pero a mí no. ¡Tú sales con ese bicho estirado o no la defenderías como lo estás haciendo! —Veo que Rafa coge una copa de la bandeja de un camarero. Altamira insiste—: ¿Qué haces con ese bicho si no queréis lo mismo en la vida?

No respondo. Paso de responder. Y cuando, segundos después, Altamira se marcha molesta por mi mutismo, miro a mi amigo.

—Mejor me callo, ¿verdad? —dice.

Asiento. Mejor que no diga nada y, disimulando mi incomodidad, me recoloco las gafas, observo la exposición y no pienso en nada más. Ahora no.

Capítulo 3

—Yuls, ¡Alfonso al teléfono!

Por la megafonía del centro oigo mi nombre. Miro a Lucas y le quito el paquete de tabaco que le he detectado.

—Si te vuelvo a ver fumar... —le advierto.

—¡Ni que tú no fumaras!

Enarco las cejas.

—Lucas, tienes catorce años y yo treinta y cinco —contesto—. Tú eres menor y yo soy adulta. Por lo tanto, ¿qué tal si cierras ese piquito de oro y piensas con ese melón que tienes por cabeza?

Lucas me mira. Es uno de los niños del centro de menores donde trabajo como auxiliar, pero es mi niño. Mi bichito.

Mi intención era sacarme el grado de educadora social, pero la vida no me lo ha permitido. Demasiadas mudanzas y problemas, aunque justamente eso es lo que me ha traído hasta aquí. Pero, bueno, no me quejo. De todas formas, siempre digo que tengo sobre mi cabeza un nubarrón negro que, a pesar de que corro para alejarme, me persigue y no consigo escapar de él.

Los primeros días en que Lucas llegó al centro fueron muy complicados para él, como lo son para la mayoría de los niños que pasan por una situación así. Todo lo que conocía, fuera bueno o malo, desapareció de su vida. Sus padres, dos toxicómanos, habían muerto por una sobredosis y, como no tenía más familia, la policía lo trajo con nosotros.

Lucas tenía entonces seis años. Era pequeñito. Delgadito. Rubito y callado. No hablaba con nadie. No conseguíamos que cogiera confianza, pero, un año después, tras currármelo mucho con él, porque me recordaba a Andy, un día se me acercó, me abrazó y me dijo algo precioso en lo que incluyó la palabra *mamá*. Algo que solo me llama si estamos solos los dos.

Lucas ahora tiene catorce años. Es un chico grandote. Mide 1,75. Me saca una cabeza. Aunque es un buen muchacho y un mejor estudiante que quiere estudiar ingeniería robótica, la vida, en muchas ocasiones, no se lo ha puesto fácil, y su lado rebelde aparece y me da quebraderos de cabeza. Pero intento entenderlo porque es un adolescente.

—Lucas, ¿me has oído? —insisto.

—Venga, mamá, no te pongas así.

—¡Lucas! —lo reprendo.

Si la directora o cualquiera de mis compañeros oye que me llama así, ambos nos meteremos en un problema.

—Lo siento. Se me escapó. Perdón —susurra.

Me mira. En sus ojos veo ese brillo retador que yo misma sé que tengo en los míos por haber vivido cosas que no me correspondían.

—¿Te apuntaste a ese campeonato de monopatín? —me intereso, para suavizar un poco la situación.

—¿Al Madrid Street Jam?

Asiento. Lucas es un apasionado del monopatín.

—¿Te apuntaste o no? —repito.

—Sí. Pero no sé si participaré.

—¿Por qué no vas a participar?

—Porque los organizadores están más preocupados por la fiesta de después que por el campeonato.

Lo entiendo. Lucas muy fiestero no es. Si algo odia son la bebida y las drogas, y es comprensible. Motivos tiene. Se fija en los auriculares rosas que llevo al cuello.

—¿Cuándo me los vas a dejar? —pregunta—. Me molan un montón.

Se trata de los auriculares que me regalaron mi amiga Kaory y su marido, Toni, por mi cumpleaños. Son unos JBL Live 770 NC, de un precioso tono rosa, con los que la música se escucha brutalllll.

—A mí también me molan —afirmo sonriendo.

—¿Me los prestas unos días?

—No.

—Venga, Yulsssss —insiste—. Tírate el rollo. Sabes que nunca he tenido unos así y siempre dices que suenan de maravilla.

Lo miro. Durante unos segundos lo observo mientras me planteo si dejarle o no los carísimos auriculares. Al final, sus ojitos me pueden. Me los quito y se los entrego.

—Los protegeré con mi vida —promete.

—Con que los cuides y me los devuelvas me vale.

Él asiente y se aleja con ellos en la mano, feliz porque se los he dejado y he confiado en él.

Mientras lo veo alejarse, suspiro, y espero que el tiempo haga su trabajo y Lucas entienda que la vida puede ser bonita si él se lo propone y lo intenta.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia la recepción. En el camino me cruzo con niños del centro que van a sus habitaciones para dormir. Unos ríen. Otros van serios. Hay quien va en grupo o quien va solo, y yo los miro a todos con cariño. Tengo treinta y cinco años y, aunque he conseguido ver el lado bonito de la vida, he vivido la incertidumbre en la que muchos de ellos están inmersos. A mi manera, intento darles cariño, apoyo y positividad, porque para ellos

es muy importante, y se lo merecen. Son niños, y necesitan que los apoyemos.

Mi compañera Candela pasa acompañando a un grupito de varias niñas que no tienen más de siete años. Son ruidosas, escandalosas, y una de ellas, Leila, se agarra a mi pierna.

—Yuls, ¿vendrás a leernos nuestro cuento ahora? —me pregunta.

Sonrío. Les encanta que les lea un cuento que escribí sobre una princesa guerrera llamada Ivanna, que salva al guapo príncipe luchando contra dragones voladores. Ya me cansé de que en los cuentos siempre sea el príncipe quien salve a la princesa.

—Hoy le toca leerlo a Candela —respondo.

—¿Prometes que lo harás otro día? —insiste.

Divertida, toco la cabecita de Leila. Si algo aprendí hace años es a no prometer nada.

—Lo intentaré —me zafo.

Les doy un beso con cariño en sus cabecitas, pues demandan besos y abrazos, y tras guiñarle un ojo a Candela, ella se las lleva, y me dirijo a la oficina del centro donde están Pablo y Kaory. Con paso seguro, voy hasta el teléfono.

—Buenas noches, Alfonso —saludo—. Dime.

—Buenas noches, Yuls. Te llamo porque tengo tres trabajos para mañana. El primero es un *catering* en una empresa de una a cuatro. El segundo es un servicio de chófer de seis a ocho. Y el tercero es en un bar de copas de once de la noche a tres de la mañana. ¿Te interesa alguno?

Rápidamente lo pienso. Mañana es mi día libre y pasado mañana regreso al centro de acogida en turno de tarde y por la mañana tengo las clases de defensa personal en el centro de la mujer. Aunque cualquier ingreso extra me viene de maravilla.

—Pásame la dirección de los tres servicios —le pido—. Y dime dónde tengo que ir a recoger el coche para el segundo servicio.

—¡Perfecto! Por cierto, ¿el fin de semana cómo lo tienes? Te lo digo porque el sábado por la noche me solicitan una camarera para el Lux de once a tres y, como ya te conocen de otras ocasiones, me han preguntado por ti.

Ya he trabajado allí. Es un local bastante tranquilo y elitista en donde no pagan mal.

—Cuenta conmigo para lo del sábado también —me apunto.

Cuando cuelgo el teléfono mi amiga y hermana Kaory me mira.

—Yuls, deberías parar —me recomienda. Yo sonrío cuando añade —: Llevas sin tomarte un día libre más de seis meses, y creo que lo necesitas.

La palabra *descanso* no forma parte de mi vida.

—No sé cómo lo haces, Yuls —interviene Pablo—. Te juro que si yo llevara el ritmo de vida que tú llevas, estaría hecho un desastre.

Lo entiendo. Mi vida los últimos años es trabajo, trabajo y trabajo. Mamá y yo éramos un equipo que no paraba de trabajar en cualquier cosa que nos saliera para remontar nuestras vidas, hasta que de pronto, en Valencia, comenzó a olvidar cosas, a desorientarse, y tras un estudio médico le diagnosticaron alzhéimer.

Recibir esa noticia fue un gran mazazo para las dos. Y más cuando cada cierto tiempo, por culpa del cabronazo de Vicente y sus amenazas, teníamos que cambiar de ciudad.

En los últimos años, huyendo, hemos vivido en Barcelona, Asturias, Granada, Valencia y ahora Madrid. Primero lo hacíamos en casas de acogida, alguna vez nos tocó dormir en la calle, y con el tiempo, y gracias a que nos hemos matado a trabajar, en pisos de alquiler. Cambiar tanto de residencia nos ha impedido echar raíces, y

a mí estudiar. Está claro que ese malnacido quiere cumplir lo que dijo. Nos quiere muertas.

En Madrid llevamos viviendo ocho años. Ocho años en los que no nos ha encontrado ese malnacido y en los que a mamá le he podido dar tranquilidad y algo de estabilidad. Cuando llegué a la capital, me teñí el pelo de rojo y me informé sobre qué tenía que hacer para cambiarme de nombre y apellidos. Quizá eso ayudara a que Vicente no nos localizara con tanta facilidad.

Finalmente conseguí cambiar mi nombre por el de Yuls. El que mi hermano Andy quería para mí y que ese malnacido no conoce. En el tema apellidos, aunque quise desprenderme del apellido Brusei, fue imposible. Legalmente no me lo permitían. Por lo que antes fui Lena Brusei Pérez, y ahora soy Yuls Pérez. El Brusei intento omitirlo siempre que puedo.

Casualmente, desde que cambié nombre y apellidos, me teñí de pelirroja, mamá por su enfermedad no trabaja y dejé de usar redes sociales, Vicente no nos ha vuelto a localizar. Algo que agradezco al cielo, y eso que no soy nada creyente. Pero, por desgracia, cuando mamá cogió el covid, el alzhéimer se aceleró.

En los últimos años, su enfermedad ha sido demoledora, y ahora está en casa con una cuidadora a la que le pago cuando no estoy yo, pues no me puedo permitir ingresarla en una residencia, algo que realmente necesita. Y tampoco puedo llevarla a un centro de día, pues su nombre aparecería en cualquier lista y Vicente nos localizaría. De ahí que acepte todos los trabajos que me ofrecen. Necesito dinero para atender a mi madre lo mejor que pueda. Ella se lo merece por cómo me ha cuidado y querido siempre a mí.

Entre risas, veo que Kaory y Pablo miran la tablet que tienen delante. Están viendo una película. Yo, al ver que son las nueve y diez de la noche, me acurruco en el sofá.

—¿Os importa si me duermo un ratito? —les pregunto.

—¿Has cenado algo? —quiere saber Kaory.

—Sí, mamá —me mofo.

Divertidas, mi amiga y yo nos miramos. Kaory es japonesa. Sus padres llegaron a España procedentes de Osaka cuando ella era pequeña y, tras abrir un restaurante japonés, aquí se quedaron.

—Descansa —insiste Kaory—. Si hay algo, te despertamos.

Y lo hago. Acurrucada en el sofá, me quedo adormilada, hace mucho que no soy capaz de dormir profundamente, mientras ellos ven algo en la tablet, pues la televisión del centro funciona fatal, y los niños que están a nuestro cargo duermen como angelitos.

Capítulo 4

Cuando llego al restaurante El Arte del Sushi con Vanessa, como siempre, la gente nos mira. Ella es la famosa presentadora que sale en la tele y yo el famoso galerista soltero por el que se mueren por salir algunas.

A mí me va la privacidad. Siempre ha sido así. Pero desde que mi abuela me dejó al mando de las galerías, sé que cierta parte de mi privacidad se acabó y como tal he de asumirlo. Es parte del precio por mi trabajo. Por ello he solicitado una mesa en un saloncito privado y reservado. No me gusta que me miren y hagan fotos mientras ceno como si fuera un mono de feria.

Acabada la ronda de fotos, Vanessa y yo entramos en el reservado y recuperamos nuestra intimidad.

—Amor —me dice, sonriendo—, mañana, por cenar a estas horas, tendré que estar más tiempo con Rodolfo, mi entrenador personal. —Vanessa es estricta con la alimentación. Cena siempre antes de las siete de la tarde y solo se permite pescado hervido y ensalada. Hoy, sin duda, es un extra—. Te confieso —prosigue— que me muero por comer sushi. Cómo sabes lo que me gusta.

Asiento. Conozco sus gustos y sé que el sushi le encanta. Por eso estamos aquí. Tomo su mano por encima de la mesa y me quito las gafas.

—Tengo que hablar contigo —digo.

—¿Qué pasa, amor? —se sorprende ella, levantando las cejas.

Tomo aire. Trago y voy directo al grano, como hago siempre.

—Necesito que te cases conmigo antes de que se acabe el mes —suelto—. Será por seis meses y dejaremos el divorcio firmado. Y, por supuesto, tendrás unos beneficios económicos para ti en la cláusula de divorcio. —Vanessa parpadea. Creo que la acabo de dejar sin palabras, por lo que saco el anillo de Tiffany que guardo en el bolsillo de la chaqueta y, enseñándoselo, pregunto—: ¿Qué dices?

Vanessa me mira. Después mira el anillo. Me vuelve a mirar y parpadea.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunta.

—Sí.

—¿A qué viene esto?

—Es por mi abuela. Cada día está peor —respondo con sinceridad. Nos miramos unos segundos en silencio, que yo me encargo de romper—: Lo sé. Es una locura que está fuera de lugar y de contexto. Yo no soy nada impulsivo, pero se lo he prometido y...

—¿Le has prometido casarte conmigo?

—No. —Y, omitiendo lo que piensa de ella, añado—: Le he prometido que me casaré con la mujer con la que salgo antes de fin de mes.

—Entonces, ¿sabe que esa mujer soy yo?

—No.

—¿Por qué? ¿Acaso no le gusto a tu abuela?

Intento disimular. La fama de altiva, superficial, antipática y carroñera de Vanessa la precede.

—Cree que tú eres simplemente una amiga y que salgo con otra mujer —respondo—. Pero cuando te conozca, verá que...

—La respuesta es no.

Su negativa me hace dar un respingo. ¿Acaba de decir que no? ¿A mí?

—No quiero casarme, amor —enfatiza—. Tengo treinta y dos años, estoy en el mejor momento de mi carrera profesional en España e Italia y, aunque me pareces un tipo increíblemente sexi y la cláusula monetaria de divorcio podría ser interesante, no estoy tan desesperada como para hacer algo así, y menos por tu abuela.

—Está enferma —insisto—. Delicada. Su médico me ha dicho que posiblemente no llegue al verano y...

—¿Y porque ella se muera yo tengo que casarme contigo? Por favor, amor... por favor... ¿Pero de qué hablas?

Asiento. La entiendo. Le estoy pidiendo una locura.

—Su ilusión siempre ha sido asistir a mi boda —insisto, necesitado de cumplir mi promesa—. Por eso, Vanessa, como favor personal te pediría que...

—No.

—Le di mi palabra.

—Por Dios, amor... solo es tu palabra.

—Mi palabra es el reflejo de mi integridad. Cuidarla es cuidar quien soy —porfío—. En un momento tonto, le dije que me casaría con la chica con la que salía antes de que acabara el mes de febrero y...

—¿Y cuando se muera la vieja nos divorciaríamos?

Oír la frase «muera la vieja» me molesta. Me pongo las gafas.

—Te acabas de pasar con tu horrible comentario —replico con acritud.

—¿Qué he dicho?

Boquiabierto la miro.

—Acabas de faltarle el respeto a la persona que más quiero en el mundo. ¿Te parece poco?

—Ay, amor, qué susceptible eres a veces, por favor.

Incrédulo, voy a responder cuando entra la camarera y nos deja unos pequeños cuencos con algas.

—Y tú qué poco empática —le digo cuando se marcha la mujer.

Eso hace que nos miremos. Ver su mirada fría, calculadora y distante me hace entender que he sido un idiota al pedírselo. ¿Pero en qué estaba pensando? Ella coge la cajita donde está el anillo, la cierra y la pone ante mí en la mesa.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —quiere saber.

Atónito la miro. ¿En serio me pregunta por el dinero?

—La honestidad y la empatía valen más que el dinero.

—Muy bonito eso que dices, ¿pero de cuánto dinero hablamos?

—No lo he pensado. Cincuenta. Cien mil euros —respondo, molesto.

Me mira. Noto que se lo piensa. Eso me encabrona. Si algo odio es que la gente priorice el dinero sobre los sentimientos.

—Una boda y un divorcio en seis meses, aunque me suponga un ingreso extra de dinero para mis caprichos, no es algo bueno para mi carrera. Por lo tanto, búscate a otra que haga eso por ti —suelta.

—¿Que me busque a otra?

—Sí, amor. Estoy convencida de que no te costaría mucho que otra se casara contigo por dinero. Al fin y al cabo, eres un solterito sexi y atractivo. ¿O acaso no lo sabes?

—¿Realmente no te importa que me case con otra mujer?

—No.

—Qué curioso —replico, profundamente molesto.

—¡¿Curioso?!

—Sí, curioso. —Hablo con tranquilidad mientras guardo la cajita con el anillo en el bolsillo de mi chaqueta—. Porque si mañana me dijeras que te vas a casar con otra persona, me importaría. Y,

aunque no estoy enamorado, reconozco que siento cierto cariño por ti.

Sonríe. Se levanta y se sienta sobre mis piernas.

—No soy celosa, amor —murmura—. Cásate con quien quieras para hacer feliz a tu abuela y, tranquilo, aunque sea una reportera de sucesos, te guardaré el secreto. —Fría. Realmente es fría como el hielo—. Espero que nos sigamos viendo, aunque te cases. El sexo contigo es maravilloso y sería tedioso dejar de disfrutarlo —remata.

Me besa. Con su boca sobre la mía, el instinto animal me puede porque esta mujer me gusta mucho y respondo a su beso. Como ella dice, el sexo siempre se nos ha dado muy bien, pero, molesto por su frialdad, me levanto separándola de mi cuerpo.

—No habrá sexo entre tú y yo —aclaro.

—Pero, amorrrrr...

—No insistas.

Pestañea. Se mueve.

—¿Podrás resistirte a mis encantos? —Pasea sus manos por su bonito cuerpo.

Tomo aire. Vanessa tiene un cuerpo tentador y lleno de curvas que, unido a su belleza, hace de ella una mujer explosiva y espectacular.

—Sí. —Mi expresión seria no cambia.

—¿Podrás vivir sin mí?

—No eres para tanto.

Deja de sonreír. Lo que le acabo de decir no le ha gustado. Le ha dolido. Pero, ¡joder!, yo le acabo de confesar que siento algo por ella, y ella me ha dejado claro que no siente nada por mí.

—Por suerte, a los compañeros de la prensa siempre les dijimos que éramos simples amigos, aunque nunca nos creyeron —dice, y coge su bolso—. Y, tranquilo, sé guardar secretos.

Molesto y enfadado, no respondo.

Estoy tan confundido por su reacción que me limito a asentir. Cuando me quedo solo, me maldigo por tres cosas. La primera, porque acabo de romper con una mujer que me gusta. La segunda, porque me gusta tenerlo todo bajo control. Y la tercera, porque ¿ahora con quién me caso?

Capítulo 5

—Despierta, Yuls.

Al oír eso, abro el ojo que nunca cierro del todo. Se puede decir que llevo años sin dormir profundamente. No puedo. Primero por el Coco y ahora por mi madre; me da la sensación de que he de estar alerta a todas horas. Me incorporo y me siento en el sofá, miro mi reloj y veo que son las siete de la mañana.

—Me lavo los dientes y comienzo a calentar los desayunos —digo.

—Vamos levantando a los peques —indica Kaory.

Sonrío. Desde que me conocieron cuando llegué a Madrid, ella y su marido, Toni, me ayudan en todo lo que pueden. Me ayudan en el trabajo y también con mi madre. Me dan su cariño y amor y se han convertido en mi familia. La verdad, sin ellos, no sé qué sería de mí.

Comienza entonces la rutina matinal en el centro. Los niños entran en el comedor. Como siempre, algunos lloran. Otros están enfadados, pero también los hay que sonríen.

A las ocho y media viene el autocar que los llevará al colegio. Veo a Lucas con los auriculares rosas. Como cada mañana, me busca con la mirada para sonreírme y, cuando todos los niños se marchan, Kaory, Pablo y yo rellenamos el parte de la noche que les dejamos a los compañeros que acaban de comenzar su turno y nos vamos a casa. Bueno, yo me voy para el centro de mujeres, donde tres días a la semana doy clases de defensa personal.

Un par de horas más tarde, cuando llego a casa, Sabina, que es quien cuida a mi madre en mi ausencia, me da el parte. Mamá ha

pasado una buena noche, aunque, al parecer, tuvo un momento complicado y eso le produjo una pequeña crisis respiratoria.

Saber eso me agobia. Como dijeron los médicos al darle de alta en el hospital, mamá empeora, necesita unos cuidados especiales y Sabina, que es más buena que el pan, dice apenada:

—Lo siento, Yuls. La situación comienza a ser insostenible para ella, para ti y para mí. Clara necesita unos cuidados médicos que tú y yo aquí no le podemos dar. Hay que encontrar una solución.

Oír eso me desespera. El jodido nubarrón negro sigue sobre mí. La primera que quiere una solución soy yo.

—Lo sé —admito, al tiempo que me preparo un café—. Sé lo que mamá necesita. Pero me dijeron que la lista de espera para una plaza pública o concertada es de un año, y luego está también el temor a que aparezca su nombre en algún listado y Vicente nos pueda localizar. —Sabina asiente, sabe que huimos de ese mal hombre. Yo prosigo—: Me he informado de cuánto costaría ingresarla en una residencia privada y me han dicho que alrededor de cuatro mil euros al mes. En esas residencias, al ser privadísimas, me han asegurado que su nombre no constaría en ningún listado público y, además, que tengo la opción de poder ingresarla mañana mismo si así lo necesito porque tienen plazas libres. ¿Pero de dónde saco yo ese dinero?

La mujer hace un gesto afirmativo. Me entiende. Desde que me conoce, sabe que me dejo la piel trabajando todo lo que puedo y más. Que para mí no existen ni fiestas ni fines de semana, y rápidamente hace lo de siempre. Le quita importancia al tema y sigue ofreciéndose para cuidar a mamá. ¡Qué buena es!

Hablo con Sabina, le explico que me han salido trabajos para ese día y ella, como siempre, me lo pone fácil. Volverá a cuidar a mamá. Por suerte, es mi vecina. Una mujer viuda y sin hijos a la que lo que

le pago le viene de lujo, aunque realmente no lo necesita. Cuando se va a su casa, entro a ver a mamá a la habitación. Está en la cama. Yo me tumbo a su lado tras colocarle las almohadas. Durante un buen rato la abrazo. Está ausente. Sus periodos de ausencia cada vez son más continuos, pero, aun así, yo le hablo y le cuento cómo fue mi noche.

La observo con pesar mientras ella mira fijamente a la pared, perdida seguramente en algún lugar al que ya no puedo acompañarla. Me sigue asombrando cómo puede pasar de la quietud absoluta a moverse con una agilidad imposible de imaginar, en algunos casos, acompañada de agresividad.

Hace meses, en un par de ocasiones, mamá se nos escapó a Sabina y a mí de casa. Menudo susto nos dio. La buscamos con el corazón encogido por el barrio y finalmente la encontramos, en pijama y descalza, una vez sentada en la parada del autobús y otra deambulando por el mercado. Después de aquello, decidimos que, para evitar sustos como aquel, teníamos que cerrar siempre con llave la puerta de la calle. Eso le impediría salir sin ser vista.

Mamá, de vez en cuando, tiene momentos de lucidez. Momentos preciosos en los que vuelve a ser ella. Me reconoce. Reconoce a Sabina. E incluso podemos mantener una pequeña conversación. Pero esos momentos cada vez son más escasos. Se van espaciando en el tiempo y, cuando terminan, no puedo evitar preguntarme si habrá sido el último.

Como la veo tranquila, la dejo en la cama y saco de la maleta mi cuaderno. Ese que tengo desde hace más de veinte años, al que llamo «cuaderno de sucesos» y donde apunto cosas.

Lo miro. Llevo tiempo sin apuntar nada extraño en él, aunque ahí están las notitas amenazantes que mi padre nos hacía llegar cuando nos localizaba. Suelo anotar algunos sucesos excepcionales o raros

que me ocurren. Tengo esa manía desde que, aquel triste día, me pidió que lo hiciera aquel policía en el hospital. Cualquier información por escrito siempre podía ayudar.

Desde que llegamos a Madrid, a excepción de un par de días en que me pareció ver al mismo hombre dos veces seguidas que me observaba, no he vuelto a escribir nada. Así que lo guardo y me voy derecha a la ducha. Dejo la puerta abierta para oír a mi madre y, como en otras ocasiones, tengo que salir a toda prisa desnuda y empapada, al percibir que se levanta y se dirige con rapidez hacia la puerta.

Cuando llego hasta ella, me mira con el rostro desencajado. Sus ojos, llenos de miedo, se clavan en los míos mientras me suplica que la deje salir, porque su mamá la está buscando y debe regresar a su casa. Oír eso me destroza.

Mamá, en esos momentos, deja de ser mi madre para ser una niña asustada que busca a su mamá mientras yo solo puedo consolarla, tranquilizarla y poco más.

Hablo con ella con paciencia y comienzo a cantarle su canción. *Sabor, sabor*, de Rosario Flores. Su gesto, al escucharme, se va transformando. Se olvida de por qué llora y se pone a cantar la canción. Se la sabe entera. Es increíble que no sepa quién es ella o quién soy yo, pero sí recuerde perfectamente la letra de arriba abajo.

Con calma y tranquilidad, y sin parar de cantar, la llevo de regreso a su cama, donde le doy su inseparable ovillo de lana, que hace y deshace, y eso termina de relajarla.

A las doce y diez de la mañana Sabina regresa a casa. Mamá está dormida, le doy un beso y me voy a trabajar.

Primero voy al *catering*. Cuando acabo, voy a recoger el coche para llevar a unas señoras a un *spa*. Allí las espero para conducirlas

de nuevo a sus casas. De allí me voy a casa. Al entrar oigo que mamá está alterada. Le cuesta tragar la papilla que Sabina le da.

Cuando conseguimos que coma un poquito sin atragantarse, me tumbo con ella y le hablo de las estrellitas fluorescentes que le he colocado en el techo. Imitan a una noche estrellada y, como ella hacía cuando yo era pequeña, le narro esas historias que me contaba de Casiopea y la Vía Láctea, y soy feliz cuando veo que, atenta, me escucha y sonríe.

Cuando se queda dormida, me cambio de ropa a toda mecha mientras como un sándwich y, tras despedirme de Sabina, me vuelvo a marchar a trabajar al bar de copas.

Regreso a las cuatro de la mañana. Sabina se va a su casa. Y yo, tras cerrar la puerta con llave y poner una silla ante ella, me tumbo en la camita que hay junto a la de mamá. El piso es muy pequeño. Es lo máximo que puedo pagar y compartimos habitación. Miro el dibujo de Andy que tengo enmarcado. Ese en el que estamos los tres mirando las estrellas y pone «Felicidades, Yuls. Sonríe. Te quiero, Andy». Por él, sonrío. Siempre lo hago. Y por él, sigo adelante junto a mamá, porque sé que es lo que quiere.

Por fin, con un ojo medio abierto, la silla ante la puerta y la luz de emergencia puesta, me permito descansar. Y, aunque intento ser positiva, sigo pensando en el nubarrón negro que me persigue y que es lo que impide que a mí me pasen cosas bonitas en la vida.

Capítulo 6

El sábado, cuando me levanto y me pongo mis gafas para ver mejor, pues tengo algo de miopía, me acerco a la ventana. Descorro las cortinas y contemplo el bonito jardín de mi hogar a las afueras de Madrid, concretamente en La Moraleja. Sin moverme, veo cómo los jardineros podan los setos y mis ojos se van derechos hacia las flores que mi abuela plantó cuando era pequeño y que siguen ahí porque ella siempre las cuidó y quiero que las siga cuidando.

Pienso en Vanessa. La noche anterior terminé en su casa teniendo sexo. Reconozco que la añoro y me dolió que unos días antes me rechazara. ¿De verdad no siente nada por mí?

No he podido parar de pensar en qué hacer con la dichosa boda. En un momento de debilidad, al ver a mi abuela mal, me inventé que había conocido a una maravillosa chica de la que creía que me estaba enamorando y, al ver la ilusión en sus ojos, le prometí que me casaría con ella antes de final de mes.

¿Pero qué tontería he hecho?

Yo mismo me he metido en una absurda mentira de la que ahora no sé cómo salir sin dañar el corazoncito de mi abuela. La realidad es que, aunque he comenzado a buscar alguna candidata, con ayuda de Rafa, no he encontrado a nadie. Empezando porque nadie me da el buen rollo de casarme, aunque sea de mentira.

Pero le he dado muchas vueltas y creo que lo mejor es que me sincere, asuma mi error y le cuente la verdad. Pues, conociéndome como me conoce, no sé cómo no se ha dado cuenta de que le

miento, cuando ella siempre ha dicho que es capaz de saber lo que pienso hasta por mi forma de respirar. Está visto que su enfermedad le está afectando.

Me meto en la ducha. El silencio y el sonido del agua al caer sobre mi cuerpo me relajan. Me destensan.

Al salir, ya reconfortado, me acerco hasta mi vestidor y me pongo ropa de deporte. En la habitación contigua a la mía y con acceso directo sin tener que salir al pasillo, he montado un bonito gimnasio que utilizo menos de lo que esperaba.

Durante unos segundos dudo entre el gimnasio o salir a correr. Y finalmente, pensando en mis perros, a los que les encanta acompañarme cuando corro, me decido por lo segundo.

Recibo un wasap de Rafa en el que me recuerda que hemos quedado esta noche en el Lux para tomar algo a las once y media. Tenemos que hablar.

Tras colocarme las zapatillas de deporte y las gafas, salgo al pasillo y me encamino hacia la habitación de mi abuela. Quiero verla. Necesito comprobar que está bien y hablar con ella con urgencia. Cuando entro no me sorprendo al encontrarme allí con Altamira.

Altamira y yo nos miramos. Nuestro encuentro de hace unos días en la galería no terminó muy bien.

—Desaparezco discretamente —dice, levantándose de la cama—, como todo grandísimo personaje, cuando la escena se llena demasiado.

—Dijo Mari Dramas —murmura mi abuela.

—Iré a por un poco de café a la cocina —afirma Altamira.

Cuando desaparece, miro a mi abuela. Sus ojeras están más oscuras y pronunciadas e incluso la veo pálida. Excesivamente pálida. Me acerco a ella para darle un cariñoso beso en la mejilla.

—¿Cómo está hoy mi chica preferida? —le pregunto.

Sonríe. Le encanta que la llame así.

—He tenido días mejores —responde con voz cansada. Me siento en la cama y, cuando voy a hablar, ella pregunta—: ¿En serio sales con otra mujer o realmente sales con la estirada de los sucesos?

Vale. Altamira y ella han hablado.

—No tengo por qué mentirte —respondo, incapaz de ser sincero —. Pero me niego a tener que darle explicaciones a Mari Dramas. —Nos miramos en silencio unos segundos. Me siento la peor persona del mundo—. Abuela. Tengo que hablar seriamente contigo en referencia a lo de mi boda. No sé si...

Se lleva la mano derecha a la cabeza. Sus párpados se cierran. Permanece así durante unos segundos que a mí se me hacen eternos y cuando abre los ojos, con voz lastimosa, murmura:

—A... gua. —Le doy lo que me pide sin demora. Me acojono. Tengo miedo de perder a la mujer más importante de mi vida y, cuando termina de beber unos sorbos, susurra—: Aisss, no sé si decirte que venga el médico, un cura o el notario.

—¡Abuelaaaaa, me estás poniendo muy nervioso!

Su mirada apagada y su rostro blanquecino tocan mi corazón.

—¡Qué fatiguita tengo, mi vida! —dice muy bajito, cogiendo mi mano.

—No me asustes.

—Qué malita estoy...

—Abuela, tranquila.

—Siento cómo la vida se me va...

Agobiado por lo que dice, diligentemente le coloco bien las almohadas. Quiero que esté cómoda. No sé cómo la descerebrada de mi hermana puede decir que la abuela está perfecta. Cuando termino, me vuelvo a sentar a su lado.

—¿Qué querías comentarme de la boda? —pregunta—. ¿Tenemos fecha?

Noto que mi cabeza hace un gesto afirmativo sin que yo pueda controlarla. Me quito las gafas.

—Última semana de febrero —contesto—. Dame unos días y te lo concreto.

Feliz, la abuela sonríe. No tengo el valor de decirle que todo es una mentira. No quiero matarla yo del disgusto y sigo mintiendo como un malnacido.

—Asistir a tu boda antes de morirme es lo único que quiero —reconoce ella.

—Abuela, no digas eso.

Asiente con pesar y me acaricia la mejilla.

—¿En el notario sin invitados ni fiesta? —quiere saber.

—Sí.

—Pero, mi vida, una fiesta siem...

—No estás tú para fiestas —le corto.

Ella cierra los ojos un segundo y vuelve a abrirlos.

—¿Se lo dirás a tu hermana? —se interesa.

—No.

—¿Y a tus tíos?

—Tampoco.

—Pero, mi vida, ¿no crees que se van a molestar?

Pienso en mi hermana y en tía Marta y tío Julián. Hermanos de mi padre. Mi relación con ellos es inexistente. Si nos vemos dos veces al año es mucho.

—Si se molestan es su problema —zanjo—. No el mío.

Me mira. Mueve la cabeza con gesto de desaprobación y toma aire.

—Quiero conocer a esa mujer que ha llegado a tu corazón... —me pide.

—¡La conocerás!

—Y que te quiere tanto que acepta una sosería de boda ante un notario antes que una ceremonia con fiesta y diversión. —No digo nada. ¿Para qué? Ella continúa—: Imagino que tienes claro que esa mujer te conviene y no dará pie a un escándalo que nos pueda perjudicar a las galerías.

—Todo controlado, abuela. Tú por eso no te preocupes.

—¿Me puedes decir cómo se llama? Por favor... por favor... cuéntame algo de ella.

¡Joder!

¿Qué le digo?

—Tiene carácter —suelto sin saber qué decir, ante su mirada ojerosa.

La abuela asiente. Eso le gusta.

—¿Y su nombre es? —insiste.

—Dejémoslo en el aire.

—Mi vidaaaa...

—Abuela. Todo llegará. —Me recoloco las gafas.

—¿Dime al menos a qué se dedica?

—Uf... explicar su trabajo es complicado. Pero te aseguro que te gustará.

—Oliver, tú ibas para político. Qué bien esquivas preguntas.

Su comentario me hace sonreír, le doy un beso en la palma de la mano.

—Te agradará mi novia. Lo sé.

¿Que le gustará mi novia?

¡¿Pero por qué he dicho esto?!

¿Cómo estoy diciéndole que le va a gustar alguien que no existe?

Sonríe. Sonrío. Odio lo que estoy haciendo. Pero no se me ocurre otra cosa para hacerla feliz.

—Tu hermana tan loquita y tú tan prudentito —señala, y me aprieta la mano—. Con lo complicadito que eres, esa novia tuya tiene que ser alguien muy especial.

—Abuelaaa...

—A ver, Oliver —insiste tras unas toses—. Eres como tu padre. Reservado. Maniático. Poco expresivo. Y excesivamente responsable para tener solo treinta y ocho años. Y, oye, lo de que seas responsable está muy bien, pero, mi vida, de vez en cuando hay que darles vacaciones a la seriedad y a la responsabilidad. —Resoplo. Prefiero no contestar, pero ella sigue adelante—: Creo que la última vez que hiciste algo por impulso tenías dos años.

—Abuelaaaa...

—Nada que ver con tu madre, mi preciosa hija Paloma, que era todo luz, locura y sonrisas. Justo como es Larita. —Vale. Mi abuela me acaba de llamar soso y aburrido en toda mi cara, aunque matiza —: Eso sí. Eres guapo a rabiar como lo fue mi Damián. —Se le ilumina la cara al hablar de mi abuelo—. El muy *jodío* me conquistó en la verbena de San Isidro y a los veinte días, sin apenas conocernos, nos escapamos y nos casamos en secreto para horror de nuestros padres. La que se lio fue tremenda. Mi padre casi me mata. Pero fuimos tan felices que lo volvería a hacer mil veces más. —Sonrío. Conozco la historia de mis abuelos. Ella prosigue—: Te conozco mejor que nadie en el mundo, mi vida, y si has decidido casarte con esa mujer es porque has visto en ella algo muy especial. Eres un hombre reservado y comedido que nunca hace nada por impulso. Y si ella ha llegado a tu corazón hasta el punto de casarte, aunque sea ante el notario, cuídala, porque personas así no suelen aparecer dos veces en la vida.

Sonríe al borde de las lágrimas por lo que dice. Se emociona. Mientras yo mantengo mi sonrisa tranquila y ensayada para que su felicidad continúe. ¡Soy lo peor!

—¿Te has tomado ya la medicación? —trato de cambiar de tema, y señalo el bote de sus pastillas.

Ella niega con la cabeza y yo protesto cogiendo el *planning* que le hice.

—Abuela, ¡por favor!, te tocaba a las nueve en punto y son las nueve y veintidós. Lo tienes puesto en el *planning*.

—Aisss, hijo... por veintidós minutitos no pasa nada.

Molesto, abro el bote, cojo una pastilla y se la doy con un vaso con agua.

—¿Acaso no te sonó la alarma que te puse a las nueve? —le pregunto.

—Sí.

—¿Entonces?

—Espero que esa mujer tenga la suficiente paciencia como para enseñarte que en la vida no todo tiene que estar bajo control —contraataca ella, moviendo la cabeza—, sino que también existe la improvisación, lo divertido y audaz.

La puerta se abre. Es Altamira.

—He vuelto, y esta vez no pienso abandonar el escenario —anuncia.

Resoplo. Sus indirectas son muy directas. Le doy un beso a mi abuela y me levanto.

—Voy a salir a correr —les digo.

—¿Qué planes tienes hoy?

—Estaré en casa, así que comeremos juntos. Luego a las siete he quedado para cenar con unos amigos y posteriormente veré a Rafa en el Lux para tomarnos unas copas.

—¿Nos apuntamos a las copitas, Ágata? —bromea Altamira.

Oír aquello me hace sonreír. Hasta no hace mucho mi abuela y Altamira salían de copas y regresaban a casa incluso más tarde que yo. Me acerco a Mari Dramas, le doy un beso en la mejilla que la hace sonreír y salgo de la habitación.

Bajo a la primera planta, allí cojo un juego de llaves y, cuando salgo al jardín y comienzo a correr, Zorba y Drako, mis perros, vienen tras de mí.

Capítulo 7

Tengo un dolor de cabeza tremendo.

Padezco de migrañas y, cuando me atacan, me dejan para el arrastre. Pero tengo que trabajar. No puedo parar. Así que me tomo un naproxeno, le doy un beso a mamá, que se queda en la cama mirando las estrellas fluorescentes del techo, cojo el coche y me voy hacia el Lux. Esta noche trabajo allí.

Tras saludar a algunos compañeros que ya conozco, el encargado del local me hace saber que hoy estaré sirviendo en sala. Suspiro. Hoy, tal y como estoy, me hubiera venido bien estar en barra, pero, sin más, acepto y voy a cambiarme de ropa. La migraña, gracias a lo que me he tomado, desaparece poco a poco.

Ataviada con mi uniforme con pajarita y mi moñito para recoger mi rizado pelo rojo, hablo un rato con mis compañeros. A las once abre el local y la gente comienza a llegar con ganas de pasarlo bien mientras suena por los altavoces del local la canción *God Was Showing Off*, de Bruno Mars.

Con diligencia atiendo a los clientes que van llegando mientras los observo. Soy muy observadora.

—Disculpe, señorita —oigo a mi espalda.

Rápidamente me doy la vuelta y me encuentro con un grupo de personas que me indican con amabilidad lo que desean tomar. Mientras apunto en mi iPad el pedido, no sé por qué me fijo en uno de ellos. Es un tipo de esos que se miran, pero no se tocan. Un

«misil». Su apariencia impone tanto que creo que hasta las normas se cuadran cuando él pasa.

El misil es alto. Me saca más de una cabeza. Es moreno, espaldas anchas bajo su impoluta americana negra y, aunque no se quita las gafas que lleva, soy consciente de que tiene unos ojos oscuros y penetrantes.

—¿Y usted desea tomar algo, señor? —le pregunto.

Él me mira. ¡Pedazo de misil!

—Ron con Coca-Cola —responde con gesto educado.

—¿Ron añejo, blanco o dorado?

—Blanco, por favor —aclara.

Con una sonrisa, asiento. Qué educadito. Y una vez que tengo todo el pedido en mi iPad, me alejo hacia la barra para solicitarlo.

Mientras Tomás prepara el pedido, yo con disimulo vuelvo a mirar al misil. Uf... si de cerca está bien, ya no digamos de lejos. Y por cómo lo miran otras mujeres de la sala, creo que piensan lo mismo que yo.

Minutos después, regreso hasta el lugar donde están los clientes y cuando estoy dejando las bebidas sobre la mesa oigo:

—Oye, bomboncito... bomboncito...

Sé que ese «bomboncito», en aquel tono vacilón, va por mí.

Como siempre, hay clientes respetuosos como los que estoy atendiendo y otros que se creen con derecho a llamarme como les dé la gana por el simple hecho de estar trabajando allí.

El misil se da cuenta de cómo me llaman esos tipos. Y tras cruzar una seca mirada conmigo, saca la tarjeta de crédito de su billetera y me dice con cierta frialdad:

—Señorita, cóbrese todo, por favor.

Paso la tarjeta por el datáfono que llevo colgado en mi cintura cuando oigo de nuevo:

—Eh... pelirroja...

Veo que el tipo al que le estoy cobrando mira por encima de mi hombro.

—Un momento, por favor. La señorita está ocupada —dice con voz de ordeno y mando.

Yo le sonrío. Es mi manera de darle las gracias por aquel detalle y, cuando acabo de cobrarle, me vuelvo hacia los impresentables que requerían mis servicios y les atiendo. Eso sí. Comienzan a vacilarme y, la verdad, eso a mí me pone mala, pues mi mecha no es excesivamente larga.

Al final, tras pasar de sus tonterías, solicitan un par de *gin-tonics*. Con seriedad y profesionalidad se los pido y les sirvo y, cuando me alejo, me contengo para no darles un cabezazo a cada uno al oír cómo me llaman «muñequita».

Sigo atendiendo a los clientes que quieren beber en el local mientras tarareo la canción *Gorilla Grip*, de Greg Shilling, cuando, de pronto, noto que algo me da en el trasero. Al volverme para mirar veo que aquellos dos tipos, que van algo pasados de bebida, se ríen, y resoplo. No puedo demostrar que me han dado una palmadita. Pero ya son muchos años sirviendo copas y sé lo que tengo que hacer.

Por ello, cuando un rato después vuelvo a pasar cerca de ellos, me las ingenio para que las tres cervezas que llevo en la bandeja acaben sobre ellos, y con mi mejor gesto angelical les pido disculpas y me preocupo por lo ocurrido.

¡Qué mala pataaaaaa!

El encargado del local se acerca ante el escándalo que están montando aquellos dos impresentables. Y yo, con tranquilidad y maestría, me defiendo de algo que sé perfectamente que he hecho.

—Gerardo, ha sido por mi culpa —oigo que dice alguien a mi lado. Al mirar a mi derecha me sorprendo al ver que es el misil—. Me he movido —prosigue con gesto serio— justo cuando pasaba la señorita y la he desequilibrado.

Mi encargado asiente. Por lo que veo, se conocen y no duda de lo que dice ni un segundo, mientras que yo sé que miente como un bellaco. Instantes después, el misil se aleja sin mirarme, y mi encargado, al ver a aquellos dos con ganas de gresca, me indica:

—Mejor ponte en la barra tres.

Asiento. La barra en la que me reubica es la más tranquila y, la verdad, con el dolor de cabeza que llevo es lo mejor que me puede pasar. Cuando mi encargado se va, paso al lado del tipo que no sé por qué ha dado la cara por mí.

—Gracias —murmuro, mirándolo.

Él asiente, y luego sigue de conversación con su acompañante, y yo, más feliz que una perdiz, me voy a la barra tres.

La hora siguiente la paso sirviendo tras la barra. De pronto veo que se dirige hacia donde yo estoy el misil con otro tipo. Hablan y se comunican mientras yo termino de preparar unas bebidas.

—¿Qué desean los caballeros? —les pregunto.

—Cardú con hielo —indica el del pelo claro.

Y cuando el que me defendió se dispone a pedir, pregunto:

—¿Ron blanco con Coca-Cola?

Él levanta las cejas y hace un gesto afirmativo. Creo que le ha sorprendido que recordara su anterior comanda, y yo diligentemente preparo lo que han pedido, les sirvo, cobro y sigo trabajando. No estoy, como ellos, de ocio.

Se quedan en la barra charlando. Por sus gestos parece tratarse de una conversación seria, y yo, que soy bastante curiosa, oigo a trozos su conversación.

—Te lo dije, Oliver. Te dije que Vanessa no iba a aceptar. ¿Por qué has ido a hablar con ella?

—Lo sé, Rafael. Pero, ¡joder!, pensé que iba a ser más empática y entender mi situación. Y si fui ayer a su casa fue porque me llamó y me dijo que quería hablar conmigo. Pensé que quizá se lo había pensado y me comprendería.

—¿Esa diva divina entender tu situación? Por favor, Oliver, si es una ridícula que no se entiende ni ella.

Vale. El misil se llama Oliver y el otro, Rafa. No sé quién es Vanessa, pero está claro que a Rafa no le cae bien.

—A ver, Rafael —dice el tal Oliver, tras tomar aire—. Vanessa y yo estábamos bien como estábamos. Y la verdad, en la cama nos entendemos muy bien.

—No jodas que ayer os acostasteis.

—Sí. Pero no volverá a ocurrir.

Vale. Vanessa debe de ser el rollete que tenía. Digo «tenía» porque ha hablado de ella en pasado.

Rafa, el del pelo claro, da un traguito a su bebida y luego la deja sobre la barra.

—¿Tanto te gusta Vanessa? —le pregunta.

—¿A quién no le gusta Vanessa?

—A mí. Es insufrible.

—¡Rafaaaaaellll!

Los dos sonríen.

—Lo reconozco —admite el misil—. Vanessa me gusta mucho. Y sigo pensando en ella.

—¿Pero cómo se te ocurrió prometerle algo así a tu abuela?

—No lo sé.

—¿Y cómo se supone que se resuelve una boda si no hay novia?

Uissss, ¿han rechazado al misil? ¡Qué fuerteeeee!

Vale... vale... vale... ¡esto se pone interesante!

Oliver, que hasta bonito tiene el nombre, se encoge de hombros.

—Se resuelve encontrando a una mujer discreta que se case conmigo en separación de bienes —suelta—, en menos de una semana y durante seis meses.

¡¿Cómoooo?!

Me quedo boquiabierta. ¿He oído bien? Ahora sí que sí necesito enterarme bien de aquel jugoso cotilleo, así que pego más la oreja.

—Las mujeres que cité el otro día en mi despacho no me gustaron nada —dice el rubio.

—A mí tampoco. Y que preguntaran todo el rato por el dinero me causó rechazo. No soporto a la gente tan materialista.

—Y luego está el inconveniente de que por la premura no da tiempo a...

—No necesito saber nada de ellas. Con enterarme de que no tienen antecedentes penales, me vale.

—Pero, Oliverrrrr.

—Rafael. Te lo dije. Estoy dispuesto a lo que sea por nuestra chica.

—Oliver, ¿pero no ves que es una locura?

—Locura o no, es lo que necesito. No busco amor. Ni amistad. Ni nada que nos una. Solo necesito a una mujer discreta y educada que se haga pasar por mi esposa ante mi abuela y la haga feliz hasta que... que...

Ambos se miran. Se emocionan. Yo con disimulo sigo poniendo copas, un tanto alucinada por lo que estoy oyendo.

—El lunes tengo citada a otra mujer en mi despacho e iremos al tuyo para que la entrevistes —dice Rafa—. Pero es la última. No hay más, a no ser que ya quieras tirarte a la piscina sin flotador.

—Gracias, amigo. Seguro que esa mujer, me guste o no, me valdrá.

—Pero que te quede claro que la mujer que acepte algo así, bajo mi punto de vista, es alguien que está o muy loca o muy desesperada.

—No me cabe la menor duda.

¡Qué fuerteeeee!

Yo estoy totalmente sorprendida.

—La verdad —prosigue Rafa, tras dar un trago a su copa—. Cincuenta mil euros el día de la boda. El tiempo que estéis casados, tres mil euros al mes y, una vez que firméis el divorcio, cien mil euros si se ha llevado con discreción por su parte... ¡es un chollazo!

¡¿Cómo?! ¡¿Qué?! ¿En serio?

Boquiabierta ante aquello, mi mente comienza a calibrar. Hablan de mucho dinero. De un dinero que a mí me vendría de perlas para darle a mi madre los cuidados que necesita. Oliver necesita casarse durante seis meses con una mujer, por algo que tiene que ver con su abuela. Él necesita. Yo necesito. Y, además, no tengo antecedentes penales y soy la persona más discreta del mundo por la cuenta que me trae. ¿Y si hago la locura de mi vida?

Se alejan de la barra. Se integran de nuevo en el grupo inicial en el que vi al misil mientras en mi mente trato de procesar todo lo que he oído. Sé que es una locura, pero me ayudaría para lo que necesito. Una hora después, cuando veo que se marchan, sin pensármelo dos veces, salgo de la barra y los sigo. Ya fuera del local, corro hacia ellos. Necesito alcanzarlos y, sin pensármelo, o si no, no lo hago, me planto delante del tal Oliver y lo freno.

—Soy Yuls Pérez y sin querer os he escuchado —le digo de carrerilla—. Me interesaría saber más sobre la boda.

—¿Pero qué dices? —se sorprende el rubio.

Pero yo lo tengo claro. Necesito el dinero para darle a mi madre los cuidados médicos que precisa, e insisto, mirando al tal Oliver, que me observa con gesto serio:

—Puedes tacharme de loca, desesperada o insensata. Lo asumo y lo admito todo porque no me conoces y no sabes quién soy. Pero soy tremendamente discreta y, por supuesto, educada, no tengo antecedentes penales y te lo puedo demostrar. Dicho esto, me gustaría escuchar la proposición al completo.

Rafa y Oliver se miran. En sus rostros veo la sorpresa. El segundo se mete la mano en el bolsillo de la americana. Saca una tarjeta y la pone en mi mano.

—El lunes la espero a las cinco de la tarde en mi despacho para hablar de ello con un certificado de penales —me dice.

Pienso a toda velocidad, y me doy cuenta de que es sábado y lo que me pide para el lunes es un poco ajustado.

—El lunes dudo que tenga ese certificado de penales. Imagino que...

—¿Tiene usted DNI electrónico? —me corta.

—Sí —afirmo.

—Si lo tiene, puede obtener el certificado de antecedentes penales de forma inmediata —explica—, a no ser que exista algún problema. —Mira, eso no lo sabía. Él repite—: El lunes a las cinco en mi despacho.

—Podría, pero sobre las cinco y media.

—He dicho a las cinco —se pone serio.

Vale. No voy a discutir con él por aquello. Llegaré cuando pueda.

—Allí estaré —concedo, mirando la tarjeta.

Y sin pensar en nada más, me giro y camino de nuevo hacia el Lux para seguir poniendo copas mientras mi mente da vueltas y piensa en si será acertado lo que estoy dispuesta a hacer.

Capítulo 8

La mañana ha sido movida en la oficina y el comienzo de la tarde también con distintas reuniones y solución de problemas. De hecho, hoy no he comido, pero ya cenaré cuando llegue a casa.

La exposición de la semana anterior ha sido todo un éxito, y varios inversores y coleccionistas siguen interesados en comprar algunas de las obras del neoyorquino John Fieldmand.

Mientras hablo por teléfono miro el reloj. Las cinco y media. Hace media hora que tenía que haber llegado la camarera del local, y eso me enfada. Acaba de incumplir la primera orden que le di. Le dije que estuviera a las cinco y ya son las cinco y media, por lo que esa mujer está descartada. Por suerte, Rafa vendrá con la última opción.

Al colgar el teléfono me pongo a mirar mi correo en el ordenador cuando Diana, mi secretaria, entra en el despacho.

—Señor Dávila, la señorita Pérez está aquí —anuncia.

¡Pérez! Recuerdo que ese era el apellido de la camarera, pero, molesto por su impuntualidad, replico.

—Dígale a la señorita Pérez que ante su falta de puntualidad ya no tengo tiempo para recibirla.

Diana asiente y sale, pero al cabo de unos segundos la puerta se abre de par en par y oigo:

—Lo sé. Llego tarde. —Al levantar la cabeza del ordenador me encuentro con una chica pelirroja con el cabello suelto que, ante una horrorizada Diana que intenta sacarla del despacho, trata de disculparse—. Pero ya sabes cómo es la ley de Murphy. Basta que

tengas prisa para que pase algo y pasó. Se estropeó el autobús y tuve que esperar al siguiente.

¿Pero quién se cree esta para, primero, entrar en mi despacho como un elefante en una cacharrería y, segundo, para hablarme así?

—¿Nos conocemos de algo, señorita Pérez? —pregunto, quitándome las gafas.

—No.

—¿Y por qué me tutea? —La osada sonríe. Será... Y cuando va a hablar yo no la dejo—: Señorita Pérez, puede darme todas las explicaciones que desee, pero nada me hará cambiar de opinión. Usted ya no me interesa.

Aquella mujer de pelo rojo parpadea. Se echa el cabello hacia atrás de una manera que para mí es pura chulería.

—Pues no deberían darle igual, señor Dávila —replica. Ahora me llama de usted—. A veces pasan cosas en la vida que son impredecibles, ¡y esta es una de ellas!

—¿Y por qué no ha cogido un taxi para llegar a tiempo?

—Porque no todos podemos permitirnos ese lujo. ¿Le parece una buena y educada respuesta o me busco otra más mordaz?

Me replica. Esa mujer está teniendo la osadía de replicarme, pero sé que tiene razón. Siempre he sido un privilegiado por haber nacido en la familia en que nací, pero soy consciente de que no puedo admitir algo así.

—Escuche, señorita Pérez. Lo crea o no, entiendo lo que dice —digo, y mintiendo añado—: Pero ya he encontrado a la persona que necesitaba. Por lo tanto, si es tan amable de marcharse de mi despacho, se lo agradecería.

Según digo eso veo cómo la decepción toma su rostro. Su mirada retadora pasa a otra que no sabría descifrar y, cuando voy a insistir, indica:

—De acuerdo, señor Dávila.

Y, sin más, sale de mi despacho y mi secretaria con gesto apurado la sigue.

Tomo aire. Regreso a mi asiento cuando me suena el teléfono. Es Rafael.

—Hola, dime.

—Malas noticias, Oliver.

—¿Qué pasa?

—La opción que quedaba me acaba de llamar para decirme que o le pagamos el doble o no acepta.

Lo que acabo de oír me hace levantarme de nuevo. ¡Maldita sea! Odio a las personas que priorizan el dinero por encima de los demás y de los sentimientos. Eso me hace ver que no son de fiar porque se venden por los euros.

Durante unos segundos me quedo callado. Puedo pagarle el doble a aquella desconocida, pero no me da la gana.

—Rafael. Ven a mi despacho, ¡ya! —exclamo, mirando hacia la puerta—. Todavía nos queda la camarera que conocimos el otro día.

—¿Pero te has vuelto loco?

—Posiblemente.

—Oliver, ¡no sabemos quién es!

—Lo sé. Pero creo que me voy a tirar a la piscina sin flotador. Ven a mi despacho ¡ya! —afirmo convencido.

Tiro el teléfono sobre la mesa y camino hacia la puerta. Al abrirla veo a mi secretaria sentada en su sitio.

—¿La señorita Pérez qué ascensor tomó? —le pregunto.

—El dos —responde.

Cogiendo el teléfono que Diana tiene sobre la mesa, marco el número del vigilante jurado de la entrada y espero a que responda.

—Soy Oliver Dávila. Por favor, necesito que a la señorita de pelo rojo que va a salir del ascensor número dos le indique que debe volver a subir a mi despacho —le ordeno—. Dígale que se ha dejado algo olvidado.

Cuelgo y luego me dirijo hacia el ascensor. Soy un mentiroso. Ella no se ha dejado nada olvidado e, impaciente, veo que el ascensor dos llega a la planta cero. Allí está parado unos minutos y entonces vuelve a subir. Primera planta, segunda, cuarta, séptima y, cuando se detiene en la octava y se abren las puertas, ahí está.

Durante unos segundos nos miramos.

—¿Qué me he olvidado? —pregunta ella.

—Por favor, señorita Pérez, sígame.

Me doy la vuelta camino de mi despacho, y sé que ella viene detrás de mí por el gesto de Diana al verla y porque huelo su perfume. Por cierto, un olor muy agradable.

Entramos en el despacho, cierro la puerta y me vuelvo a mirarla.

—No se ha dejado nada —admito—. Pero necesitaba que regresara para hablar con usted.

—¿De qué?

—Del tema del que ha venido a informarse. —Ella enarca las cejas. Está sorprendida, y añado—: Por supuesto, si sigue interesada, claro está.

Durante unos segundos nos miramos. Veo que ella recorre con sus ojos color avellana cada centímetro de mi rostro, como estudiándome.

—¿Le ha fallado la mujer que esperaba? —pregunta.

¡¿Cómo puede saber eso?!

—Así es. Me ha fallado —reconozco, sin querer mentir—. Ha pedido más dinero, y si algo me asquea y no soporto es a las

personas que priorizan el dinero por encima de los demás y sus circunstancias.

Ella asiente. Veo que esboza una ligera sonrisa.

—¿Entonces soy su única opción? —quiere saber.

No pienso contestar a algo así. Rodeo mi mesa, me siento y llamo por el interfono a mi secretaria.

—Tráiganos, por favor, Diana, dos cafés —le digo cuando entra.

—Yo prefiero agua —replica aquella.

—¿Con gas? —pregunto.

—Sin gas. Del grifo me vale.

—Tráigale agua del tiempo, Diana.

—La prefiero fría y si tiene hielo, mejor —matiza como retándome.

—El hielo es malo para la garganta.

—Ese es mi problema, ¿no?

Cuando Diana se marcha y cierra la puerta, miro a la chica, que, hasta ahora, no ha hecho más que llevarme la contraria. Está claro que no es una buena opción, pero aun así le señalo una silla.

—Puede sentarse, señorita Pérez.

Ella asiente. Pero agarra la silla y la ladea antes de sentarse. Eso me sorprende, pero no digo nada.

Sigue aferrada a la mochila que lleva. Durante unos instantes nos miramos. Me sorprende su cabello tan rojo y sus ojos color avellana claro. La noche que la vi en el Lux, llevaba el cabello recogido en un moñito y, sinceramente, no me fijé en ella. Miro su vestimenta. Deportivas blancas. Camiseta azul celeste. Vaqueros rotos de esos que ahora se llevan. ¿En serio ha venido a mi oficina tan informalmente vestida?

Me mira. Me sostiene la mirada.

—¿Qué fue lo que oyó realmente la otra noche? —pregunto, por fin.

—Que buscaba una mujer discreta, educada y sin antecedentes penales para casarse en menos de una semana en separación de bienes durante seis meses. Necesita una esposa por un tiempo por algo que le ocurre a su abuela y que las condiciones económicas eran cincuenta mil euros el día de la boda. Tres mil euros al mes mientras dure el matrimonio. Y cien mil euros una vez que se firme el divorcio si se ha llevado todo con discreción.

Asiento. Está claro que puso la oreja bien.

—Mi abuela está muy enferma y su ilusión siempre ha sido verme casado. De ahí mi urgencia por casarme en tan poco tiempo.

—Uiss, por Dios, siento mucho lo de su abuela —murmura—. Ojalá la urgencia fuera por otra cosa.

—Pues sí. Ojalá.

De nuevo el silencio nos rodea.

—¿Sus padres están de acuerdo con la boda? —quiere saber.

—Mis padres murieron.

—Uisss. Lo siento otra vez.

Veo en su mirada el apuro por haber hecho la pregunta.

—Mi abuela es la persona que me ha criado y mi mayor valor en la vida. Todo lo que pueda hacer para que sea feliz estoy dispuesto a hacerlo cueste lo que cueste.

Asiente. Por cómo me mira, sé que me entiende.

—¿Cómo se llama su abuela? —se interesa.

Que me pregunte eso me sorprende.

—Ágata.

En su rostro veo una bonita sonrisa.

—Ágata es un nombre precioso —admite. Oír eso me agrada y ella aventura—: Intuyo que ella no sabe que usted busca una mujer para hacer este tipo de farsa, ¿verdad?

—Intuye bien —afirmo con seriedad.

Diana abre la puerta y entra con el café y el agua. Veo que deja ambas cosas sobre la mesa y sale de nuevo.

—Si acepta continuar, firmará un contrato —le explico—. Y quiero que sepa que, para mí, nuestro trato, nuestra palabra, vale más que un contrato. —Asiente. Se ríe. ¿De qué se ríe? Pero sin querer preguntar prosigo—: ¿Ha traído el certificado de antecedentes penales?

—No. —Eso me desconcierta, y ella precisa—: Antes de enseñarle algo tan personal, disculpe y llámeme rarita, pero quiero saber de qué va todo esto. Soy de las que deciden si quieren hacer algo o no ellas solitas.

Aunque me joroba que me hable con esa chulería y no haya traído lo que le he pedido, lo entiendo.

—¿Tiene antecedentes penales?

—No.

—¿Seguro? —insisto. Me mira. Su mirada es desafiante, y creo que mi duda la ofende—. Simplemente es para cerciorarme. No quiero que la que se convierta en mi mujer tenga un pasado turbio que pueda saltar a la prensa y me perjudique en mi negocio.

—No me joda...

—Señorita Pérez, le agradecería que moderara su vulgar lenguaje.

Hace un gesto afirmativo con la cabeza tan seguro que la creo.

—Mi nombre es Oliver Dávila Bernabé —especifico—. Tengo treinta y ocho años. Nacido en Madrid. No tengo hijos ni he estado casado, y soy el propietario de las galerías de arte Dávila. Eso es todo lo que necesita saber de mí.

—Ok.

—Su nombre, Yuls, ¿es diminutivo de Julia?

—No.

—¿Entonces?

—Me lo puso mi hermano, y eso es suficiente.

Vale. Tiene un hermano. Pero no quiero indagar más.

—¿Su edad? —pregunto.

—Treinta y cinco.

—¿Tiene hijos?

—No. Ni he estado casada.

—¿Es de Madrid?

—Vivo en Madrid, pero nací en Ávila.

—¿Tiene redes sociales?

—No.

Eso me sorprende. ¿Quién no tiene redes sociales hoy en día?

—¿Y el motivo de que no las tenga es...?

—Motivos personales —sentencia.

Vale. Por ahí no voy a seguir profundizando, pero me hubiera venido bien que las tuviera. Allí podría haber visto qué vida tiene y qué tipo de mujer es.

—¿Sus apellidos son?

—Pérez.

—¿Solo Pérez?

Por cómo se le curva la boca, sé que le incomoda la pregunta.

—Brusei.

—¿Su trabajo es ser camarera?

Ella achina los ojos. Mis preguntas cada vez le molestan más, pero responde:

—Trabajo en un centro de acogida de menores. Pero también de camarera, chófer o lo que salga.

—Yuls Pérez Brusei. Treinta y cinco años. Nacida en Ávila. Trabaja en un centro de acogida para niños, soltera, sin hijos, sin redes sociales, sin antecedentes penales y sin un pasado turbio. Eso es todo lo que necesito saber de usted.

Suenan unos golpecitos en la puerta. Diana entra y anuncia:

—El señor Martínez ya está aquí.

—Hágale pasar, por favor.

Instantes después, Rafael entra. Mira a la mujer que está conmigo y entendiendo que ella sí que es mi última opción, me pregunta:

—¿Ya habéis podido hablar?

—Apenas. La señorita Pérez ha llegado con media hora de retraso.

Rafael la mira. Veo que ella se encoge de hombros.

—Soy Rafael Martínez —se presenta, y le tiende la mano—. Pero puedes llamarme Rafa. Y déjame decirte que, además de estar encantado de conocerte, ese que nos mira con cara de cabreo es un maniático de la puntualidad y el control, entre otras cosas.

—Yuls Pérez. —Estrecha su mano—. Creo que me han quedado claras sus manías. Encantada de conocerte también.

Los dos se ríen. A mí no me hace ni puñetera gracia.

—Por favor, Rafael, explícale a la señorita Pérez el contrato y sus cláusulas —corto yo de un plumazo aquellas risitas tontas.

Rafa saca los documentos, que pone ante ella.

—En el caso de aceptar, tendrías que firmar un contrato con diferentes cláusulas, entre ellas la separación de bienes —explica—. También habrá un apartado en el que se comente si la boda es descubierta o no por la prensa.

—¿Eso qué significa?

—Significa que, si filtras la existencia de vuestro enlace a la prensa, la bonificación final en el momento del divorcio será de cero euros. En el caso de que nadie sepa nada, cuando llegue el divorcio, se te ingresarán los cien mil euros. Por cierto, los papeles del divorcio, para evitar futuros problemas, se quedarán firmados y lo único que quedará pendiente por rellenar será la fecha. Lo digo para que lo sepas y esté todo claro.

Observo a la señorita Pérez. Mira a Rafael sin parpadear mientras este habla detallando los términos de los contratos. Empiezo a pensar que ha dejado de respirar.

—Necesito ir al servicio —pide de pronto, y se levanta.

—Tienes uno detrás de ti en el despacho —le señala Rafael.

Pero no. No quiero que una extraña entre en mi baño personal.

—Señorita Pérez, mejor salga del despacho y vaya al baño que hay al fondo de la planta a la derecha. El baño que tengo en mi despacho es solo para mi uso. No me gusta que me invadan mi espacio personal.

—Sin problema —dice ella, encogiéndose de hombros.

Cuando abandona el despacho, Rafael me mira y con gesto serio mueve la cabeza.

—Un poquito de empatía, por favorrrrrr —me recrimina.

Capítulo 9

Cuando entro en el baño del fondo de la planta a la derecha me tiembla todo.

¿Pero qué estoy haciendo?

¿Acaso me he vuelto loca?

Cuando me ha preguntado si tenía un pasado turbio he dicho que no, pero ahora me angustio. Aunque no tengo antecedentes penales, durante una época de mi vida me llamaron «la hija del pirómano asesino». Una etiqueta que mamá y yo logramos quitarnos de encima cuando nos marchamos de donde vivíamos.

El pasado turbio lo tiene mi padre. Nosotras no. El delincuente y mala persona es él. Nosotras no. Siempre he defendido los derechos de mamá y los míos. Siempre he odiado que nos etiquetaran. Pero me guste o no, siempre nos relacionarán con lo que ocurrió y con el maldito canalla que lo originó.

Resoplo. Y entonces maldigo al pensar en ese nubarrón oscuro que siempre tengo sobre mi cabeza. Llevo años intentando escapar de él, pero es imposible. Aunque corra, me persigue. Y, aunque soy una mujer positiva, siempre hay una parte de mí que cree que nada me saldrá bien en la vida por culpa de ese nubarrón.

Acabo de oír hablar de unos contratos en unos términos que reconozco que se me escapan, y apenas puedo respirar.

¿Pero en qué me estoy metiendo?

Si algo tengo claro es que la primera que no quiere filtrar esa noticia ni a la prensa ni a nadie soy yo. Parte de mí se avergüenza

por lo que estoy a punto de realizar. Pero otra parte de mí me empuja a que lo haga por el bienestar de mi madre. Total, solo serán seis meses. Y ya directamente firmaré el divorcio para dejarlo todo preparado.

Los hombres no me intimidan. Mi padre me ha hecho perder el miedo al género masculino, pero reconozco que el tal Oliver, por su manera de mirarme, me pone nerviosa, aunque no se lo demuestro.

En mi mochila llevo mi certificado de antecedentes penales, aunque le he dicho que no lo he traído y no sé qué hacer. ¿Se lo enseño o no se lo enseño? ¿Le hablo de mi padre o no le hablo?

Después de echarme agua en la cara y recogerme el pelo en una coleta alta, voy a salir cuando se abre el aseo de al lado y sale la secretaria del señor Dávila. Al hacerlo me sonríe, se acerca y se remanga la camisa que lleva para lavarse las manos.

Inconscientemente, mis ojos se fijan en unas marcas que tiene en el antebrazo. Las reconozco. No son las primeras que veo de esa índole.

—¿Cómo te has hecho eso? —pregunto, sin poder evitarlo.

La mujer me mira. Tiene un buen trabajo y una apariencia impecable. Nada que ver con las mujeres con las que trato en el centro a donde voy a dar clases de defensa personal.

—¿De qué hablas? —se sorprende.

Con la mirada le señalo los cardenales. Ella reacciona de inmediato. Se baja la manga de la camisa.

—Me di contra una puerta —responde.

No la creo, y ella lo sabe. Estoy a punto de recordarle que hay un teléfono, el 016, que podría ayudarla, pero, en cambio, otras palabras salen de mi boca:

—Si tú no lo paras, ese ser no parará. Sé que da miedo, pero tienes que denunciar. No te avergüences por lo que te pasa, porque

quien se tiene que avergonzar es esa mala persona por lo que te hace.

Se seca las manos rápidamente y se va. Ver aquello me apena. Y me apena porque sé que hasta que ella no tome la decisión, nada en su vida cambiará.

Cinco minutos después salgo del baño convencida de lo que voy a hacer. Al fin y al cabo, es un simple paripé que durará seis meses y que no implica ni afecto ni sexo. Solo casarme y ser discreta para que nadie rasque en mi pasado. Al hacer eso podré ayudar a mamá.

Cuando entro en el despacho, Oliver y Rafa me miran. Ocupo la silla donde estaba antes, pero vuelvo a ladearla para no quedar de espaldas a la puerta, cojo los papeles que ha expuesto Rafa y los ojeo. Él continúa precisando los términos de aquel acuerdo.

Aclarado el tema del contrato y el del divorcio, me explica que tendrá una duración de seis meses; especifica las condiciones monetarias mensuales el tiempo que estemos casados; y enumera cláusulas o normas. Madre mía, esto parece el ejército, ¡qué cantidad de normas!

Y entonces, cuando oigo comentarios como que no habrá sexo, entre otras cosas, no puedo evitar reírme.

Pero, vamos a ver, ¡que yo no quiero nada de aquel rancio, excepto su dinero!

Con disimulo miro al todopoderoso Oliver Dávila. No es un tipo guapo de manual, pero es de esos que cuando los ves atraen tu mirada porque tienen ese algo especial. Pero vamos, de pensar que es atractivo a que yo me enamore de él ¡va un mundo!

Rafael, Rafa, vuelve a hablar de la posibilidad de que filtre yo la noticia a la prensa.

—¿Y si la prensa se entera sin que yo se lo cuente? —pregunto con curiosidad.

—Señorita Pérez —indica el estirado de Oliver—, sabemos cómo descubrir la verdad.

—A ver. Reconozco que, hasta hace tres días, no sabía quién eras tú... perdón, usted, señor Dávila. Y sí. Estos días he cotilleado por internet y ya he visto que es un soltero muy apreciado por las mujeres. Poseedor de varias galerías y empresas de arte. Que dinero no le falta y que últimamente se lo relacionaba con la presentadora Vanessa Smith, aunque nunca confirmaron su romance. —Oliver clava su oscura mirada en mí. Creo que está pensando que soy una grandísima cotilla de la prensa rosa, pero antes de que intervenga, yo prosigo—: Le aseguro que la última persona que quiere que se sepa que me he casado con usted sería yo. Tengo mis propios motivos personales para...

—Sus motivos personales no me interesan. Pero sí me interesan los míos. Es más. Si finalmente firma el contrato, incluiré una cláusula que indique que están prohibidas las preguntas personales entre nosotros. Y otra en la que diga que, si mi abuela le pregunta por su familia, ha de decirle que no tiene. No quiero que ella se preocupe por ellos. ¿Le queda claro?

Oír eso hace que me suba hasta la bilirrubina. Será imbécil.

—Yuls, pregunta lo que quieras —dice Rafa.

Más que preguntarle, le saltaría los dientes al idiota que me mira con ese aire de superioridad.

—Lo que voy a preguntar suena fatal —digo—, y espero que tu... su abuela dure mucho tiempo. Pero si nos divorciamos a los seis meses y sigue viva, ¿no cree que la hará sufrir?

El misil me mira con gesto hosco. Pero entiende mi duda.

—A finales de agosto, sean las circunstancias que sean, se tramitará directamente el divorcio y usted desaparecerá —zanja—. De ahí que dejemos ya firmados los papeles.

Asiento. Está claro que lo tiene todo pensado.

—Usted, señor Dávila, ¿tiene antecedentes penales? —contraataco.

Uissss, cómo me mira. Se quita las gafas. Que yo le pregunte semejante cosa creo que le ha molestado.

—Pretende encabronarme, señorita Pérez.

¡Anda, mi madre! ¿Pero este de qué va?

—Modere su lengua, señor Dávila —respondo con toda la tranquilidad del mundo. Vale. Se lo he dicho para encabronarlo más, y por cómo me mira lo estoy consiguiendo—. Al igual que usted me preguntó a mí si yo tengo antecedentes penales, ¿dónde está el problema en que yo se lo pregunte a usted?

Veo que él, con las gafas en la mano, mira a Rafa.

—No, señorita Pérez. No tengo antecedentes penales —responde, finalmente.

—¿Seguro?

Vale. Soy una tocapelotas. Pero no estoy haciendo nada que él no hiciera. Él se levanta, abre un cajón y coge una hoja.

—Ahí los tiene —me la entrega.

¡Ahí va, qué fuerteeeeee!

Miro el papel. Lo cojo. Lo examino en silencio. Pero estoy tan nerviosa que no veo nada. Luego lo dejo sobre la mesa.

—Era solo para cerciorarme —suelto, mirándolo.

Me mira. Uissss, cómo me miraaa.

Por cómo lo hace, leo en su cara que se está acordando de todos mis antepasados. Pero no puedo evitar divertirme ante su desconcierto.

—Si la prensa se entera de nuestra boda, ¿no cobraré los cien mil euros tras el divorcio? —quiero saber.

—Si hay algo que no aguanto ni soporto es a aquellos que priorizan el dinero por encima de las personas. Pero, viendo lo mucho que le importa ese tema —responde el imbécil—, se lo aclaro. Si la filtración la hizo usted, y se demuestra, por supuesto que no.

—¿Y si se demuestra que no fui yo?

—Indiscutiblemente, cobrará el dinero pactado. Soy un hombre de palabra.

Asiento. Tengo bien claro que no pienso filtrar nada a la prensa.

—¿Podré continuar con mi trabajo estando casada con usted? —pregunto.

—Por supuesto que sí. —Bien. Eso me agrada. Él añade—: Señorita Pérez. Su vida personal es suya. Solo necesito que sea discreta, cariñosa con mi abuela y se comporte como mi mujer ante ella.

—Y si la prensa se entera de que estáis casados, y por consiguiente todo el mundo —matiza Rafa—, tendrás que comportarte ante todos como su encantadora mujer. Deberás acompañarlo a cenas, exposiciones y demás, por lo que ciertos hábitos tuyos tendrán que cambiar.

—¿Hábitos míos?

—Olvídese de poner copas por la noche en un bar y ser chófer de nadie —señala Oliver—. Mi mujer no necesitaría hacer eso.

Lo miro. Estoy de acuerdo. Me haga gracia o no, entiendo lo que dice.

—¿Puedo seguir viviendo en mi casa? —indago.

—No. Ha de dormir en mi casa o mi abuela sospechará.

Pienso en mi madre. Si firmo ese contrato, podré ingresarla en el lugar que ella necesita para su mayor bienestar y no necesitaré ir a dormir por las noches a casa. Eso me apena. Siempre he vivido con

ella. Nunca he estado sola. Pero intentando no emocionarme por el batiburrillo de sentimientos que siento dentro de mí, afirmo con un gesto, y pienso eso de «mente fría».

Irremediablemente me acuerdo de Mar. De aquella maravillosa vecina que nos ofreció ayuda cuando pasó todo lo que pasó. Durante los primeros años de la enfermedad de mamá, ella, como médico, aun desde la distancia era quien me aconsejaba para muchos aspectos de la vida, pero, por desgracia, Mar ya no está, y no me puede aconsejar.

Mi casa es un pequeño pisito de alquiler de cuarenta metros y no quisiera perderla. Es mi hogar. El único hogar fijo que he tenido durante ocho años y quiero conservarlo, con todo lo que implica.

Rafa y Oliver hablan de ciertas cláusulas que he de aceptar. Yo quiero tener algo de voz y voto en aquel contrato, así que pregunto:

—¿Yo puedo añadir mis propias cláusulas?

—Por supuesto —afirma Rafa.

Sonrío. Si voy a firmar todo lo que él ha decidido, lo lógico es que él firme algo que yo decida.

—Quisiera incluir una cláusula en la que indique que el señor Dávila y yo tenemos que cenar juntos una vez a la semana.

Oliver abre los ojos como platos. Está claro que no le hace ninguna gracia.

—¿Y eso por qué? —se interesa.

—Pues, por ejemplo, porque puede gustarle a su abuela, ¿no cree?

Oliver acepta con un gesto desganado mientras veo cómo alinea los cuadernos que tiene ante él.

—Se me acaba de ocurrir otra más —continúo, simplemente por tocarle las pelotas.

Ahora lo oigo resoplar.

—¡Pero usted de qué va! —exclama.

Anda, mi madre, ¿de qué voy, dice este?

—Voy de persona que se quiere y se cuida —le suelto—. Y si yo voy a aceptar casarme con usted, al que le gusta que los cuadernos estén perfectamente alineados y vivir en un sitio donde hay más normas que en un cuartel, quisiera que al menos usted acepte alguna norma dicha por mí. —Parpadea. Me mira. Sin duda, vuelve a acordarse de todos mis antepasados, y yo digo con cierto retintín—: El café de la mañana será sagrado. No hay que molestar hasta haber tomado la primera taza. Eso lo quiero en el contrato. —Rafa sonríe. Qué tocapelotas soy. A Oliver no le hace ni pizca de gracia—. Y también quiero añadir poder cocinar algún día, si se me antoja, para la abuela.

Incrédulo, levanta las cejas. Me encanta desconcertarlo.

—Mi abuela lleva una alimentación muy sana y equilibrada —replica—. No suele comer *comida basura*.

¡Será idiota el tío!

Oliver me mira. Guauuuu, cómo me mira.

—Deseo añadir otra cláusula más. —Me entran ganas de ser todavía más puñetera—. En el caso de que se me antoje, quisiera tener la potestad de poder cambiar de sitio alguna cosa de la casa, sin temor a estar haciendo algo que esté prohibido.

—Perdone —gruñe Oliver—, es mi casa. No la suya y...

—Será mi casa durante seis meses, señor Dávila —le corto—. ¿Tan malo es que pueda añadir o cambiar algo de sitio? Y antes de que diga nada, debería saber que ninguna mujer llega a un sitio a vivir y no lo hace suyo. ¿Qué pensaría su abuela si no se me ocurre mover ni una servilleta?

Pone los ojos en blanco e intento no reír. Lo estoy desquiciando. ¡Me encanta!

Mi intención es simple. Quiero incluir cosas en el contrato para que vea que yo también tengo mis exigencias.

—Le recuerdo, señorita Pérez, que esto no es una boda por amor, sino un acuerdo y...

—Tranquilo, rey —lo interrumpo, sacando mi chulería—. No eres mi tipo.

Se quita las gafas. Uissss, que lo he tuteado y lo he llamado «rey». ¡Sacrilegiooooooo! ¡Que lo encabronooooo!

Eso no le ha gustado nada.

—¿Y cuál es su tipo, reina? —me sorprende preguntando.

Vale. Se ha picado. Míraloooooo. ¡Qué interesante cuando se enfada!

—Un hombre cariñoso, respetuoso y empático que sonría y me haga sonreír —digo de corrido, divertida por ver aquel pique en su mirada—. Y tú, rey, con lo rancio que eres, no entras en mi concepto de hombre ideal. Y que conste que me atrevo a decirte esto porque soy tu única opción.

Rafa suelta una carcajada. Le hace gracia el venenillo que acabo de soltar. A Oliver no. Es más, cuando se incomoda o sorprende, me he dado cuenta de que se quita las gafas y viendo cómo me mira por lo de «rey» y «rancio» vuelvo al distanciamiento.

—Permítame decirle, señor Dávila, que si alguna vez se va a cagar en alguien por algo que diga o haga que le incomode, que sea en mi padre. Mi madre es sagrada. —La carcajada de Rafa vuelve a llenar el despacho, y yo, viendo de nuevo el desconcierto en la cara de Oliver, tomo aire y pregunto, conociendo la respuesta—: Imagino que en las normas o cláusulas se incluirá que tendremos habitaciones separadas, ¿verdad?

—Por supuesto, señorita Pérez —afirma con seriedad Oliver, colocándose las gafas—. No pretendo tener ningún tipo de intimidad

con usted.

Asiento y realmente lo entiendo. Comparar a Vanessa Smith conmigo es como comparar a una bicicleta con un Ferrari. Por supuesto que el Ferrari soy yo, aunque la bicicleta, que es Vanessa, esté hecha de oro y diamantes. Pero oye, mientras lo pienso, no sé por qué sonrío. Bueno, sí. Sí lo sé. Aquel individuo de gesto serio y altivo, que se encabrona con mirarlo, tiene pinta de ser ardiente en la cama.

—¿Puedo saber a qué se debe esa sonrisa? —le oigo decir.

De inmediato se me borra la sonrisa. Decirle que me río porque lo imagino como una bomba sexual, creo que, con lo tieso que es, le va a ofender.

—Quiero incluir en el contrato otra cláusula —respondo, desviando su pregunta.

—Por Diossss... ¡esto es ridículo!

—Vale —claudico, sabiendo que se debe de estar acordando, una vez más, de todos mis antepasados—. No incluiré la de que sonreír una vez al día es obligatorio, porque creo que, si lo hago, a usted, señor Dávila, le saldría sarpullido. —Uisssss, creo que me va a mandar a la mierda, pero ignoro su gesto y remato—: Como tendré mi propia habitación, quisiera tener el privilegio de poder decorarla a mi gusto. Por lo tanto, esa cláusula también quiero incluirla.

Veo que Oliver asiente. Rafa lo apunta.

—¿Tendré que llamarle siempre «señor Dávila»? —vuelvo a la carga—. Lo digo porque mentalmente es agotador. Y porque dudo que su abuela crea que nos hemos casado por amor.

Su gesto incómodo me hace saber que entiende lo que digo.

—Ante mi abuela seremos Oliver y Yuls, y nuestro comportamiento será afectuoso.

—¿Afectuoso en qué sentido?

Vale. Me gusta ver su gesto incómodo. Joder. Está guapo hasta molesto.

—Necesitaremos mostrar el afecto que tendría una pareja enamorada y recién casada —responde.

—Vamos —añado con picardía—. Lo que vienen siendo besitos, abracitos y cariñitos.

—Estrictamente los necesarios. Sin pasarse —matiza, tocándose las gafas. Me muestro de acuerdo. Será curioso abrazar a aquel témpano de hielo. De improviso, suelta—: Permítame hacer un inciso, señorita Pérez. Los contratos y sus cláusulas están para cumplirse. Por lo tanto, en el caso de que acepte y firme, nunca olvide que, si incumple cualquier cosa del contrato, la denunciaré.

Anda, mi madre. ¡Y se pone chulito!

—Me parecerá bien, porque yo haré lo mismo. Lo denunciaré —aseguro sin titubear.

Levanta una ceja y noto que me carboniza con su mirada penetrante, pero no quiero dejarme impresionar, aunque lo esté.

—El tema de la boda lo sabrá su amigo Rafa, aquí presente, su abuela y ¿alguien más? —indago.

—Inevitablemente, el servicio que trabaja en casa, quienes, por supuesto, firmarán un contrato de confidencialidad; mi hermana, mi sobrino y Altamira, la mejor amiga de mi abuela. Es imposible que ella no se entere.

Asiento. Sé quién es esa mujer y, la verdad, ¡me hace ilusión conocerla!

—En mi caso, lo sabrá mi mejor amiga y hermana Kaory y su marido. Nadie más. Y bajo ningún concepto les haré firmar un contrato de confidencialidad.

Veo que Oliver mira a Rafa. Este punto se le escapa de su control.

—Sería interesante que sus amigos firmaran el documento —propone Rafa.

—Me niego —apostillo.

—Mi intención es que nadie se entere de... —insiste Oliver, con gesto tenso.

—Señor Dávila —le corto, levantándome—, soy una mujer pobre, pero honrada, educada y discreta, que valora su libertad e independencia como usted no se imagina. Y le aseguro que mis amigos también lo son. No lo conozco, pero ya me he dado cuenta de que a usted le gusta tenerlo todo bajo control, y a mí, disculpe, no me va a controlar. Por lo tanto, llegados a este punto, y visto que alcanzar un acuerdo entre nosotros parece una misión de ciencia ficción, lo mejor es decirnos amablemente adiós, *ciao* o *arrivederci* y aquí no ha pasado nada. Siga buscando entre otras candidatas y ¡suerte!

Uisss, qué chulita me he puesto. Me la acabo de jugar. ¿Por qué?

No entiendo por qué he dicho esto, cuando la primera necesitada de aceptar el puñetero contrato soy yo para poder darle a mamá lo que necesita.

Camino hacia la puerta mientras noto la tensión en el ambiente. Está claro que a este tipo le gusta tenerlo todo atado y bien atado y que lo he encabronado, como dice él.

—Señorita Pérez, regrese y siéntese —oigo a mi espalda. Me sorprendo. Me paro. No lo miro. Me rasco la ceja. Hago como que me lo pienso. Voy a aceptar, lo sé, pero que me suplique un poquito más; le oigo decir—: Por favor, señorita Pérez. Se lo pido por favor.

Ese segundo «por favor» desesperado me llega al alma.

¡Por Dios, ¿por qué soy tan empática?!

Su tono de voz nada tiene que ver con la severidad con la que me ha hablado todo el rato. Me doy la vuelta y me vuelvo a sentar. Vale.

Soy una facilona, pero es que necesito el dinero para mamá.

Se hace un silencio de esos que se pueden cortar con un cuchillo. Don Controlador y yo nos miramos a los ojos, y en ese instante tengo claro que nuestra convivencia va a ser, como cantaba Enrique Iglesias, una experiencia religiosa, por la cantidad de milagros que van a hacer falta para entendernos.

—Yuls —dice Rafa—, si estás de acuerdo con lo hablado, necesito para hoy mismo tu certificado de penales. Una vez visto, añadiré las cláusulas que has indicado y mañana firmaréis los contratos y dejaremos preparado el divorcio, como te dije, sin poner la fecha. Por cierto, no te lo he preguntado, pero imagino que nada en tu pasado es turbio o escandaloso, ¿verdad? —Lo miro. Ya estamos otra vez con aquello, cuando añade—: Has de entender y tener muy pero que muy clarito que si tienes un pasado turbio que sale a la luz, a Galerías Dávila le puede hacer mucho daño. Por lo tanto, es mejor ser sincera que ocultar algo que luego ocasione un daño irreparable.

Ufff... qué agobio me entra.

Si cuento lo de Vicente, seguro que don Controlador me echa del despacho, y eso supondrá no poder atender a mi madre como se merece, y tomando aire, miento, consciente de que estoy siendo tremendamente desleal:

—En mi pasado no hay nada turbio.

Rafa asiente. Veo que Oliver también.

—La boda se celebrará ante notario —dice.

—¿Notario?

—Discreción, señorita Pérez. ¿Lo ha olvidado? —musita Oliver, de nuevo con voz seca.

Me entran los calores de la muerte. Estoy entre reírme o denunciarme a mí misma por loca e imprudente. Lo que estoy

haciendo no tiene nombre, y mi madre, si pudiera, estoy segura de que me mataría.

—Usted hace esto por amor a su abuela y yo lo hag...

—Le repito que no me interesa por qué lo hace usted —me corta con contundencia—. Solo diga si quiere seguir adelante o no.

Asiento. Este tipo es un imbécil cuadriculado y, aunque voy a cometer la mayor locura del mundo mundial, mi madre se merece tener lo mejor, así que tomo aire. Abro mi mochila, saco mi certificado de penales y poniéndolo ante ellos, que lo miran sorprendidos, pregunto:

—¿A qué hora firmamos?

Capítulo 10

Solo ha pasado un día desde que esa mujer estuvo en mi despacho y aquí estoy de nuevo esperándola para firmar un contrato que, sin duda, va a cambiar mi vida de alguna manera durante un tiempo.

¡Maldita sea! ¿Por qué le habré prometido una boda a mi abuela?

Rafael ordena metódicamente sobre la mesa los contratos por firmar, cuando yo miro el reloj y siseo:

—Le dije a las cuatro y son las cuatro y seis minutos.

—¿Qué son seis minutos si tu problema se resuelve?

—Algo me dice que su retraso es provocado. Que lo hace adrede.

—A saber...

Resoplo. Maldigo. Odio la impuntualidad, y algo me dice que esta mujer lo hace aposta. De repente, Diana abre la puerta.

—La señorita Pérez ha llegado —anuncia.

—Hágala pasar, por favor, Diana.

Instantes después entra esa mujer. Como pasó la otra vez, su entrada parece traer un soplido de aire fresco.

—Le dije a las cuatro —le recrimino, incapaz de callar—. No a las cuatro y seis minutos.

—Se equivoca. Son las cuatro y siete minutos —responde con rapidez, después de mirar su reloj.

Aquello me parece una provocación.

—No me gusta que me estén llevando continuamente la contraria —le espeto, acercándome a ella y quitándome las gafas.

—Y a mí no me gusta que me regañen por tonterías.

¿Cómo osa replicarme?

Nos miramos. Ella clava sus ojos en los míos. Tengo claro que sabe que es la única opción que tengo.

—Venga. Procedamos a leer los contratos y el divorcio y firmar —intercede Rafael.

Molesto, me muevo. Dejo de mirarla y colocándome las gafas me siento en la mesa. Ella hace lo mismo que el primer día que estuvo en mi despacho, antes de sentarse, ladea la silla. ¿Por qué hace eso? Pero Rafael comienza a leer y no lo pregunto.

Como abogado, Rafael procede a comentar toda la documentación. Cuando acaba, me mira y poniendo ante mí uno de los contratos, dice:

—Firma aquí, Oliver. —Acto seguido, le entrega otro a ella y señala —: Firma aquí, Yuls.

Veo que ella coge uno de los bolígrafos. Al hacerlo, soy consciente de cómo su mano le tiembla. Está nerviosa, aunque hace todo lo posible para que no se le note, y, sin mirarme, estampa su firma. A continuación, yo estampo la mía.

Rafael nos cambia los contratos. Volvemos a firmar. Y, tras rubricar el divorcio, nos informa:

—La boda se celebrará dentro de dos días. El jueves 26.

—¡El jueves no puedo!

La miro. ¿Cómo que no puede? ¿Pero esta de qué va?

—El jueves tengo doble turno en el curro —aclara, antes de que yo pueda protestar—. Le pedí a Pepe que me cubriera hace dos semanas por un tema de mi madre y me toca hacer su turno y el mío. Por lo tanto, el jueves imposible.

Ahora ya sé que tiene un hermano, porque lo mencionó el otro día, y ahora una madre.

—¿El viernes 27? —pregunta Rafael.

Veo que ella asiente.

—El 28 salgo de viaje —digo yo. La señorita Pérez me mira. Veo que mi viaje le da igual. Yo añado—: Estaré tres semanas fuera.

Se encoge de hombros. Definitivamente, le da igual.

—La boda se celebrará el viernes 27 de febrero en el despacho del notario Juan Gómez Peñafiel de la Rosa, a la una de la tarde —continúa Rafael—. Ahora te enviaré la dirección a tu teléfono, Yuls.

—¿He de ir vestida de novia?

Oír esa pregunta me hace entender lo desconectado que estoy de mi propia boda, pero no me importa cómo venga vestida.

—Con que aparezca será suficiente —digo con sequedad.

Yuls asiente. En su gesto leo que no le ha gustado excesivamente mi contestación.

—Como mejor amigo de Oliver —dice Rafael—, yo seré uno de los testigos que firmará en el acta, y...

—Kaory, mi mejor amiga, será el otro testigo —lo interrumpe Yuls.

Rafael, sin más, asiente.

—Aquí ya está todo firmado —dice, y guarda toda la documentación en una carpeta—. Lo siguiente será la boda fijada ante el notario. No os olvidéis tu amiga y tú de traer los DNI. Del resto de la documentación que presentar ya me ocupo yo. Toma, Yuls, una copia de lo firmado.

Yuls la coge, se levanta de la silla rápidamente y se dirige hacia la puerta.

—¡Hasta el viernes! —dice.

—Señorita Pérez. —Se para. Me mira—. Puede esperar un segundo, por favor. —No me quita ojo. Como devolví el anillo de Tiffany que compré para Vanessa, ahora no tengo anillo para ella, y pregunto—: ¿Cuál es la talla de su dedo? —Parpadea. Creo que no

me entiende, así que aclaro—: Necesito la talla de su dedo para comprarle un anillo.

Veo que asiente. Se mira la mano y entonces me fijo en la cicatriz que tiene en ella.

—Un segundo —dice. Abre su mochila. De ella saca lo que parece un tique de la compra. Se lo enrolla alrededor del dedo con precisión quirúrgica, y con gesto serio pregunta—: ¿Tiene celofán?

Sin entender nada se lo entrego. La observo boquiabierto. ¿Qué va a hacer?

Corta un trozo de celofán y lo pega sobre el papel. Y con la delicadeza de quien desactiva una bomba, se lo saca del dedo y entregándomelo indica:

—Ahí tiene mi medida.

Boquiabierto, cojo lo que me entrega mientras ella sale por la puerta sin mirar atrás. Incrédulo, miro a Rafael. Jamás he ido a comprar un anillo con semejante muestra.

—Rey, ¡que te casas! —se mofa mi amigo, y me da un golpe en los hombros.

Capítulo 11

—¡¿Quéééé?! ¿Cómo que te casas el viernes?

—Lo que oyes.

—¿Pero con quién?

—Con un misil maniático y algo insoportable.

Estupefacta, mi amiga me mira mientras suena de fondo *Love, Love, Love*, de Stephen Sánchez. Después mira el contrato que le muestro.

—Ni le caigo bien. Ni me cae bien —le explico—. Pero solo serán seis meses y me resolverá el tema monetario relativo a mi madre, y eso, para mí, es lo esencial.

—Pero, Yuls...

—Y he mentido.

—¿Cómo que has mentido? ¿En qué?

—Me preguntaron si tenía un pasado turbio, y dije que no. Al parecer, como el misil es un famoso y reputado galerista de arte, no quiere que nada manche la inmaculada imagen de su empresa. Y he mentido y ocultado que Vicente está en la cárcel y es quien es. —Kaory, mi mejor amiga, me mira con gesto de sorpresa mientras terminamos de poner el lavavajillas en el centro de acogida donde trabajamos—. Es una locura —admito.

—Y tanto que es una locura. ¡Verás cuando se lo cuente a Toni! —Me río. Toni, su marido, un comercial de ordenadores muy simpático, siempre dice que me falta un tornillo—. Me estás diciendo que te casas con un tipo al que no conoces y al que no le caes bien y que

ya habéis firmado los papeles del divorcio. —Asiento. Resoplo. La realidad es la que dice, y protesta—: No te entiendo. Te juro, Yuls, que no te entiendo.

—Normal. No me entiendo ni yo —matizo, recordando que Oliver, al día siguiente de la boda, se va de viaje.

Cuando nos secamos las manos, nos sentamos en la mesa de la cocina.

—Pero ¿quién es Oliver Dávila? —pregunta mi amiga.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo. Busco la información que he encontrado en mi momento detective y le enseño una foto.

—Este.

Kaory me arrebata el teléfono de las manos. Lo mira.

—Pedazo de misil —murmura, tras unos segundos.

Sonrío. Sabía que diría eso cuando lo viera.

—He dicho que, como eres mi mejor amiga y mi hermana, serás mi testigo de boda —le anuncio—. Con Toni no he contado para no meterlo en este embolado.

—¿Tienes que ir vestida de novia? —pregunta ella, encantada.

—No. Es más. Creo que le daría igual que fuera vestida de novia o de hamburguesa. Me miraría de la misma manera.

Kaory parpadea y yo me río. ¿Pero de qué me río?

—¿Vas a decir lo de tu boda en el trabajo?

—No.

—Pero, Yuls...

—Nadie se tiene que enterar. No es necesario. Me casaré y seguiré trabajando como si nada —insisto—. No se lo pienso decir ni a Lucas. ¿Para qué?

Kaory asiente. Intuyo que piensa que me he vuelto loca, luego mira el teléfono y, con toda la tranquilidad del mundo, pregunta:

—¿Tu futuro marido ha salido con Úrsula Martínez, Romina Anglada y Elena Roca?

—Eso dice la prensa —musito—. Lo sé. Yo, comparada con ellas, soy poca cosa. Ni tengo sus medidas ni mido uno ochenta y...

—Perdona, guapa, pero ya quisieran ellas ser tú —me corta.

Eso me hace sonreír. Mido 1,68. Tengo los ojos marrones como el ochenta y cinco por ciento de la humanidad y no poseo grandes curvas. Vamos, que soy una mujer de lo más normal y corriente. Mi pelo es rizado, y reconozco que lo tengo bonito, aunque desde que llegué a Madrid me lo tiño de rojo. ¿Por qué? Para despistar a Vicente. Nunca buscará a una pelirroja.

Dicho esto, soy una mujer segura de mí misma. La vida y las situaciones que me han tocado vivir han hecho de mí una mujer observadora, pero atrevida. O lo era, o la vida me comía. Conozco mis fortalezas, pero también mis inseguridades. Porque sí, tengo inseguridades.

—¿Te imaginas que el misil, cuando te conozca, se enamora de ti?

Aquel comentario me hace reír a carcajadas.

—Ni lo busco. Ni lo quiero. Esto es una simple transacción para ambos. Él necesita algo que yo le puedo dar, y viceversa. Míralo así. Porque es lo correcto, y más cuando, ya sin estar casados, hemos firmado el divorcio sin poner fecha para poder presentarlo en cualquier momento si la situación es insostenible.

—Y luego dices que yo, por ser japonesa, soy fría.

—Tenías que ver cómo me miraba cuando le llevaba la contraria. —Y bajando la voz, cuchicheo—: Es divertidísimo ver cómo se quita las gafas desconcertado. Y cuando soltaba alguna palabra malsonante, tenías que ver cómo me decía: «Señorita Pérez, ¡modere su vulgar lenguaje, por favor!».

Kaory se vuelve a reír, y yo, mirando el contrato, leo:

—Cláusula uno, punto uno: prohibido enamorarse. Punto dos: nada de numeritos de celos. Punto tres: prohibido el sexo. Punto cuatro: nada de preguntas personales. Punto cinco: evitar las llamadas telefónicas, a excepción de temas urgentes. Punto seis: durante el contrato, el matrimonio pernoctará en habitaciones separadas. Punto siete: importante respetar el espacio personal de cada uno. Ninguno puede traspasarlo. Punto ocho: prohibido fumar en toda la casa. —Luego dejo los papeles sobre la mesa sin terminar de leer los puntos que yo misma he incluido—. ¿Te puedes creer que ese rancio necesita que firmemos esto? Porque, vale. Entiendo que firmemos lo de la separación de bienes, para que, llegado el momento, él se quede con lo suyo y yo con lo mío. Comprendo la discreción por la boda, incluso que firmemos el divorcio. ¡¿Pero esto?! ¿Acaso se cree que me voy a enamorar de él o voy a querer sexo?

Kaory sonríe. Se encoge de hombros.

—¿Pero por qué os casáis? —quiere saber.

—Porque su abuela está muy enferma y no le han dado mucho tiempo de vida. Y parece ser que la ilusión de la mujer es ver a su nieto casado. Total, que se inventó que tenía una novia y le prometió a su abuela que celebraría la boda antes de que acabara febrero.

—Vaya tela.

—Por cierto, mi futuro marido, aunque nunca se confirmó, ha estado con Vanessa Smith, la presentadora. Y, al parecer, y esto lo sé de extranjis y no lo sabe la prensa, el misil le pidió que se casara con él, pero ella lo rechazó.

—¡¿Vanessa Smith?! ¿La guapa y sexi reportera de moda? —Hago un gesto afirmativo, y Kaory exclama—: ¡Qué fuerteeeeee!

Durante un rato cotilleamos a Oliver por la red. Vemos más noticias de él. Y oye, descubrir que colabora con hospitales y

asociaciones me gusta. Eso sí que no me lo esperaba de él.

Pasado un rato, volvemos a hablar de mi madre y de mis sentimientos.

—Esta mañana hablé con la directora de una maxisupertrooper residencia para enfermos de alzhéimer en Móstoles.

—¿Y?

—Exclusividad y privacidad a tope. Nadie la encontraría allí.

—¡Qué ideal!

—Sí. Tan ideal que cuesta cuatro mil euros al mes.

—¡Qué barbaridad!

Estoy de acuerdo. Es una barbaridad.

—Si me caso con el misil es para poder costearle la residencia a mamá —explico—. El dinero que me va a pagar me permite mantenerla bien cuidada bastante tiempo. Incluso si me pasa algo a mí, mamá quedará cubierta.

—No digas eso, idiota.

Sonrío. Sé que no he de pensar así.

—Gracias por lo de idiota. —Kaory resopla. Yo suspiro—. Mañana mismo, si quiero, la puedo ingresar. —Kaory y yo nos miramos. Los ojos se me llenan de lágrimas y murmuro—: Aunque sé que es bueno para ella, tengo esa sensación de... de que la abandono.

Mi amiga entiende mis palabras.

—Creo que es lo correcto —me anima—, aunque entiendo que te sientas así. Es tu madre y la quieres con locura. Pero en tu casa no le puedes proporcionar los cuidados que ella necesita y en esa residencia sí. —Cabeceo. Las sensaciones que me invaden me tienen totalmente desconcertada; ella añade—: Sabes tan bien como yo que, si Clara pudiera opinar, te diría que la llevaras a esa residencia. Te matas a trabajar para darle lo mejor, pero lo mejor es que ella

esté atendida y tú puedas vivir. Eso es lo que querría ella, y lo sabes tan bien como yo.

Tomo aire. Sé que tiene razón. Mamá no querría que yo estuviera pasando por todo lo que estoy pasando, pero, aun así, el corazón se me resiente.

—Me siento fatal —admito—. Me siento como una mala persona por el simple hecho de hablar de ello.

Kaory me entiende perfectamente, lo noto en su expresión. Pasa su mano por mi cabeza.

—En ocasiones, cuidar a alguien a quien quieres significa tomar decisiones difíciles —dice—. Darle la ayuda que le vas a dar a Clara es tu forma de quererla y respetarla como madre. No lo mires desde otro prisma, porque no sería el correcto. Haces lo acertado y necesario. Haces lo que ella querría o lo que tú querrías si la situación fuera al revés.

Sé que está en lo cierto. Si la situación fuera al revés, yo no querría que mamá viviera con la presión que yo vivo. Sé lo que hay que hacer, así que tomo aire.

—Si llamo ahora a la residencia, ¿me acompañas mañana a llevarla? —le propongo.

—Por supuesto que sí.

Al día siguiente, tras llevar a mamá a la residencia, cerciorarme de que estará bien e indicarle, aunque dudo que me oiga, que iré a verla todos los días que pueda, cuando regreso al *parking* para marcharme, me siento rara. Mamá está en un bonito sitio con jardín. En un lugar estupendo con excelentes cuidados y profesionales, pero regresar a casa dejándola allí se me hace complicado.

—Ven, que te abrace. —Kaory comprende perfectamente mi estado.

Y, abrazada a mi mejor amiga, lloro. Lo necesito. Y, sin duda, me viene bien.

Capítulo 12

El miércoles por la noche, por fin, le conté a la abuela que el viernes me caso. A mi hermana no le diré nada. Paso, que me la lía.

La noticia, de entrada, la dejó totalmente parada, aunque, después, su alegría me hizo ver la felicidad que sentía. Para mí, ver su felicidad lo es todo. Solo quiero que sea feliz el tiempo que le quede y darle todo el amor y cariño que ella siempre me dio a mí.

El viernes por la mañana, al final, tengo que regañar a la abuela.

Está histérica con la boda, y, por primera vez en mucho tiempo, exige maquillarse y peinarse. Eso, en un principio, me alegra, pero, al verla tan acelerada, me preocupo. No quiero que los nervios empeoren su estado.

Cuando llegamos a la notaría, Altamira, la abuela y yo entramos en el edificio por el aparcamiento subterráneo. Lo hago por discreción, aunque a ellas no les digo nada. José Luis nos esperará allí con el coche. Pues mi intención es salir con la misma discreción que entramos.

Cogemos el ascensor hasta la quinta planta, donde el notario Juan Gómez Peñafiel de la Rosa nos espera. Él, al ver a mi abuela, la saluda encantado.

Suena el timbre del portero automático y miro mi reloj. Es la una menos diez y mi abuela mira la puerta de entrada como una niña deseosa de ver a su ídolo. Por fin va a conocer a esa maravillosa mujer de la que llevo meses hablándole, pero el que aparece es Rafael.

—¿Cómo está mi chica? —pregunta cuando la ve.

La abuela, sentada en una silla de ruedas, pues no quiero que ande y se canse, lo abraza.

—Feliz. Estoy feliz. ¡Se casa mi nieto! —responde.

Rafael le da un beso a Altamira.

—Que sepáis que estoy por decirle al notario que me case con las dos, porque no podéis estar más guapas —les dice a las dos mujeres.

—¡Serás adulador! —se mofa mi abuela.

—Si me hubieras pillado con cuarenta años menos, tú no te me escapabas, sinvergüenza —se ríe Altamira.

Rafael y mi abuela comienzan a hablar. Siempre han tenido una bonita relación. Altamira, que está a mi lado, me coloca la corbata.

Que invada mi espacio personal me incomoda, pero aguanto. Reconozco que soy bastante frío en cuanto a la cercanía. Pero no quiero ser un borde y miro mi reloj. La una y cinco minutos. ¡Llega tarde!

Está claro que a la mujer que se va a casar conmigo le gusta retarme.

—¿Has llamado a tu hermana? —me pregunta Altamira.

—No.

Su mirada me hace saber que no está de acuerdo con lo que he dicho.

—Me gusta ver que te has puesto la corbata que te compré —cambia de tema.

Tomo aire. Decirle que he cogido la primera que he pillado quedaría muy mal, pero cuando voy a contestar, suena el timbre del portero automático. Espero que sea ella. Nervioso y estirado, miro hacia la puerta cuando Altamira, que está a mi lado, cuchichea:

—Como la que entre por la puerta sea la presentadora estirada, te juro que sales por la ventana de la patada en el culo que te voy a dar.

Oírla hace que la mire con gesto malhumorado.

—Hola a todos —oigo a mi espalda—. Disculpad el retraso, pero es que se me ha roto el tacón del zapato cuando llegábamos a la notaría.

Me quito las gafas y me sorprendo al ver a la que va a ser mi mujer, vestida con un pantalón vaquero blanco, el cabello recogido en un informal moño y una camisa del mismo color. Va acompañada de la que imagino que es su amiga con el zapato roto en la mano. Mi abuela sonríe. Por su gesto sé que lo que ve le gusta, cuando la señorita Pérez, tras guiñarme el ojo como si tuviéramos complicidad, se acerca a mi abuela y se pone de cuclillas ante ella.

—Hola, Ágata, soy Yuls —se presenta—. ¡Qué ganas tenía de conocerte! Oliver me ha hablado maravillas de ti.

La sonrisa de mi abuela se expande. Aquel cálido saludo me hace sonreír hasta a mí.

—Yuls, ¡qué nombre más bonito! —responde mi abuela, posando su mano sobre la mejilla de ella.

—Gracias.

—Yo sí que tenía ganas de conocerte, mi vida, pero es que mi nieto no me quería contar nada de ti —apostilla mientras me coloco las gafas.

La que se va a casar conmigo me mira.

—Uissss, Ágata. Es que a veces es muy rancio —susurra con cierta guasa—, aunque también he de decir que mi «patatita» luego es un amorcito acurrucoso en las distancias cortas.

¡La madre que la parió!

¿Además de «rancio», me acaba de llamar «patatita»?

Mi abuela, Altamira, el notario y Rafael se ríen.

—Que lo llames «patatita» ¡es maravilloso! —exclama mi abuela.

De nuevo las dos se ríen.

—Uissss, Ágata, qué olor más dulce tienes —se fija la señorita Pérez.

—Gracias, bonita.

—Hueles como a cacao y chocolate negro.

Veo que mi abuela y Altamira se miran y se sonríen.

Rafael y la chica asiática pegan con pegamento el tacón del zapato.

—Ágata. Ella es mi hermana de vida, Kaory —la presenta—. Kaory, ella es Ágata, la abuela de Oliver.

Las dos se saludan con cariño.

—Altamira es mi hermana de vida también —explica mi abuela.

—Encantada, Altamira. —Se dan dos besos—. Ya me dijo Oliver que tenías unos ojos azules preciosos. Pero en persona son más impresionantes todavía.

Altamira, sorprendida por aquel halago y encantada, me sonríe. Desde luego, la señorita Pérez sabe manejarse mejor de lo que yo imaginaba. Luego se acerca a mí y empinándose me da un beso en los labios.

—Hola, cielo. ¡Qué guapo!

Me quedo en shock. ¡Me acaba de besar y llamar «cielo»!

Y cuando noto que Rafael me da un golpe en la espalda, salgo de mi mutismo y agarrándola por la cintura, como si fuéramos una pareja, saludo:

—Hola, cariño.

Mi abuela se lleva la mano al corazón. Que nos llamemos «cielo» y «cariño» está claro que la ha emocionado.

—¿Tu familia no viene a la boda, querida? —quiere saber.

La señorita Pérez, sin perder su sonrisa, niega con la cabeza.

—La única familia que tengo es Kaory.

Cuando la oigo decir eso me siento mal. Sé que tiene un hermano y una madre, porque ella los mencionó.

—Venga. Entremos en el despacho e iniciemos la ceremonia —apremia Rafael.

Cuando todos entran, yo agarro a la que va a ser mi mujer.

—Esto será rápido —le digo al oído—. Cuando termine la boda, ambos indicaremos que tenemos que atender nuestros trabajos y nos veremos esta noche en mi casa. Luego le doy una tarjeta para que tenga la dirección.

—De acuerdo.

—Mañana salgo de viaje por trabajo. —La detengo de nuevo, antes de que avance.

—Joderrrr, ¡es verdad! ¿Y me quedo sola con tu abuela?

—Señorita Pérez, ¿podría evitar las palabrotas, por favor? —Asiente. Sonríe. No sé si lo hace aposta. Yo añado—: Estaré fuera tres semanas.

—Joderrrrrrr. ¡¿Tres semanas?!

Lo sé. Es mucho tiempo.

—¿Adónde vas? —se interesa.

—A distintas capitales europeas. Temas de trabajo. Espero que sepa comportarse como debe con mi abuela en mi ausencia. Y, por favor, cualquier cosa que cuente, para tener una gestión eficaz de la situación, tiene que apuntarla en un cuaderno para que yo luego pueda tenerlo en cuenta y no meter la pata. Me gusta tenerlo todo bajo control.

Me mira. En sus ojos veo esa actitud retadora que no sé si me gusta o incomoda.

—Tranquilo. Lo apuntaré —afirma, y sonríe.

Ya en el despacho, veo que mi abuela está emocionada. Y mientras Rafael revisa con el notario la documentación para que todo esté bien, mi abuela, mirándome, murmura:

—Ella tendrá ahora una familia con nosotros. —Le hago un gesto de asentimiento. Me siento la peor persona del mundo—. Es perfecta. Me has dado una nieta perfecta —apostilla.

Miro a la señorita Pérez. Aunque va vestida informal, está muy guapa.

—Abuela, pero si no la conoces.

—La cara es el reflejo del alma, mi vida. Y esa chica tiene una mirada llena de retos, luz y encanto. ¿Pero tú has visto qué sonrisa tan bonita tiene?

—Claro que la he visto, abuela —afirmo sin mirarla.

—A tu hermana Larita ¡le va a encantar! —Oír eso me pone los pelos como escarpias. Prefiero que mi hermana y la señorita Pérez apenas se conozcan. La abuela cuchichea—: Me parece fatal que no le hayas dicho que venga.

—Abuela, no empecemos.

—Pero, mi vida, es tu única hermana y...

—Por favor —interrumpe el notario—, coloquémonos para comenzar con la ceremonia.

Por el rabillo del ojo veo que la novia se pone el zapato. Parece que el tacón se ha pegado, por lo que, finalmente y sin mirarnos, nos colocamos juntos. Con tacones me llega por el hombro. La verdad, no es muy alta.

Veo que el ramo de margaritas blancas que lleva en las manos se lo entrega a mi abuela, que lo sujeta con verdadero amor, y el notario comienza a leer los artículos del Código Civil que ya me he informado que son los reglamentarios para las bodas.

En silencio, todos escuchamos, y soy consciente de lo que estoy haciendo. ¡Me estoy casando! Por Dios, ¿pero qué locura estoy haciendo?

El notario pregunta si nos casamos libremente, y los dos asentimos, y pocos minutos después, tras colocarnos los anillos, nos declara marido y mujer.

¡¿Ya está?!

Mi abuela, levantándose de la silla de ruedas, me besa. Altamira también. Rafael me da la enhorabuena. La amiga de la que ahora es mi mujer hace lo mismo, y yo me limito a cabecear y no paro de pensar. ¿Qué narices acabo de hacer?

En una burbuja firmo donde me indican, como veo que firma la que ahora es mi mujer. Después, lo hacen los testigos. Incluso mi abuela y Altamira se animan a firmar, y luego rubrica el notario.

—¡Que se besen los novios! —exclama mi abuela.

En shock. Estoy en shock cuando la señorita Pérez, con una sonrisa que parece que se ha dibujado en el rostro, se acerca a mí y, sin hablar, me besa en la boca. Un segundo. Dos. Tres. Y cuando se separa, me mira a los ojos.

—Adoro tus besos, patatita —murmura, sabiendo que todos nos observan.

Me quito las gafas y sorprendido parpadeo.

¿Otra vez me ha llamado «patatita»?

Pero, vamos a ver, ¿esto a qué viene? Y, cuando voy a reprochárselo, veo que ayuda a mi abuela a sentarse en la silla de ruedas.

—Patatita, reacciona —me susurra Rafael.

Lo miro. Se ríe. Sabe que eso de «patatita» no me gusta nada. El notario entonces me hace entrega del acta matrimonial.

—Oliver, mi secretaria lo dará de alta en el registro civil en unos minutos —me dice.

—Le he dicho a Macarena, la hija de Altamira, que iremos a su restaurante a celebrarlo. ¿Qué os parece? —oigo decir a mi abuela con voz templada.

—¡Una excelente idea! —se suma Altamira.

Pero no. No lo es.

—Abuela... —empiezo a decir—. Yuls y yo tenemos que atender cosas de nuestros trabajos, y tú estás delicada y...

—Oliver —me corta—, quiero hacer algo especial en tu boda. Ya que no es una ceremonia con banda y fanfarria como me hubiera gustado, al menos, hagamos una comida para celebrarlo.

—Pero estás delicada —insisto—. No creo que sea bueno para ti que...

—Mi vida —me corta—. Mi felicidad es tal que necesito disfrutar al máximo este momento. ¡No sé cuánto me queda! No me lo niegues, por favor.

Ante sus palabras me agobio. No puedo decirle que no a aquello que desea.

—Pues no se hable más. Vayamos a ese restaurante a comer —dice la señorita Pérez con resignación.

Con la discreción que entramos en el notario, volvemos a salir. Informo a mi abuela de que el coche de mi mujer está en el exterior y, así, nosotros bajamos al aparcamiento, donde nos espera José Luis con el nuestro. No quiero que nadie nos vea salir del notario. Y menos con ella, que lleva un ramo de margaritas blancas en la mano.

¿Pero estamos locos o qué?

La llegada al restaurante la hacemos con la misma discreción. Primero aparece Rafael en su coche y luego nosotros. Minutos

después, la señorita Pérez y su amiga.

La hija de Altamira, por cierto, una excelente chef, nos mete en un saloncito privado del local que ya está preparado, porque mi abuela así lo ha programado, y me quedo de piedra cuando Macarena pone ante mí una caja.

—Tu abuela quiere que todos los teléfonos móviles estén aquí —señala.

Miro la caja y luego a mi abuela.

—Sí, mi vida, sí —dice ella—. Quiero una comida a la antigua usanza. Mirándonos a los ojos, charlando y sin teléfonos móviles que interrumpan.

Meto mi teléfono en la caja, y detrás de mí lo hace el resto. Al terminar, Macarena se los lleva y comienzan a servirnos una excelente comida mediterránea. Todo está exquisito y compruebo que la señorita Pérez tiene buen apetito.

Mi abuela disfruta. Ríe. Y yo río feliz al ver que mi boda ha conseguido que vuelva a estar tan animada y contenta. De hecho, no me ha dicho ni una sola vez que tiene fatiguita. Y eso me tranquiliza. Aunque tengo que frenarla para que no beba vino.

En cinco ocasiones la abuela dice eso de «¡Que se besen los novios!», y yo rápidamente para que se calle, no vaya a ser que la oiga alguien en el comedor principal, beso con rapidez a mi mujer. Es más, lo hago tan rápido que, a la tercera, Yuls me mira y me hace saber que tenga cuidado, porque casi le parto un diente.

Durante la comida, mi mujer y mi abuela hacen camarilla. Hablan como si se conocieran de toda la vida, y eso me gusta. Dudo que hubiera hablado alguna vez así con Vanessa. Ver a mi abuela disfrutar de su «nieta», como dice ella, era lo que yo quería. Y la verdad, de momento la señorita Pérez se está comportando de diez.

No le puedo poner ni un solo pero. Bueno, sí, que me llame «patatita». Eso tengo que atajarlo.

A las cinco de la tarde, tras brindar con champán por la boda y cuando estamos levantándonos para irnos, la puerta de la sala privada se abre y oigo:

—Gordiiii, ¡socorrooooo! ¡Te voy a matar!

—¡La que faltaba!

—¿Cómo te casas y no me dices nada?

¡Joderrr! Me quito las gafas. Sin mirar, ya sé que es mi hermana.

¿Pero quién le ha dicho lo de la boda?

—Que sepas que voy a pedir una repetición de la boda, ¡con hermana incluida!

En el salón entran ella y mi sobrino Javier con su monopatín bajo el brazo. Mi hermana va directa a abrazar a mi abuela mientras Javier se queda parado mirándonos con unos enormes cascos de música rojos en las orejas.

Miro a la señorita Pérez, que observa a los recién llegados, y me dispongo a informarla, colocándome las jodidas gafas.

—Mi hermana Lara y mi sobrino Javier.

Ella asiente. Lara, que gesticula exageradamente como siempre, la abraza.

—Soy Lara —se presenta—. La hermana del comandante Excel con el que te has casado. Y, por cierto, ¡no sabía ni que existías! —Mi hermana y la señorita Pérez se sonríen, Lara prosigue—: De verdad, cuñiiii, con la cara de simpática que tienes, qué mal gusto has tenido eligiendo marido.

Será...

—Laritaaaaaa —oigo a mi abuela protestar.

—A ver, abu. Seamos sinceras. Nosotras lo queremos porque ya le hemos cogido cariño, pero no podemos obviar que el capitán Control

es un coñazo de tío, por mucho que lo queramos.

—Larita, por favorrrrrr.

—Es más, abu. Si el petardo este pudiera controlar la gravedad, ya habría pedido una reunión con Newton.

Oír eso me encabrona, y más cuando veo que todos, pero todos, ¡se ríen! Mi hermana no cambia. Le encanta meterse conmigo esté quien esté delante, y cuando voy a decirle cuatro cosas, la que es mi mujer responde con cierta picardía.

—Encantada de conocerte, Lara. Y, tranquila, el capitán Control no me intimida.

¡Otra...!

Se dan besos acompañados de un abrazo y, cuando se separan, mi hermana le quita a Javier los cascos de las orejas.

—Este es mi precioso y maravilloso bebé Javi —señala—. Cariño, saluda a la tía Yuls.

¡¿Tía Yuls?! ¿Pero qué dice mi hermana?

—Ella es mi amiga Kaory —oigo que dice «la tía Yuls».

Mi sobrino me sonríe mientras mi hermana y Kaory se saludan. Mi recién estrenada mujer se acerca a Javier.

—Qué guapa tu tabla, Javi —le dice.

—Gracias.

—¿Te mola el *skate*?

—Sí.

—¿8.25?

—8.5

La señorita Pérez asiente.

—Lo imaginaba por los *trucks* que llevas. —Toca la tabla. No sé de lo que hablan, pero se sonríen, y tras chocarse las manos de una manera que no entiendo, la señorita Pérez indica—: Por cierto, Javi. Tengo unos auriculares igualitos a los tuyos, pero en rosa. ¿Son los

JBL Live 770 NC? —Javier asiente—. Me mola un huevo su potente sonido envolvente.

¿Ha dicho «mola un huevo»?

Mi sobrino me mira. Creo que le sorprende que mi mujer hable así y, esbozando una sonrisa, afirma:

—Molas, tía Yuls.

¿¡Tía Yuls!? ¡No me jodas!

Mi hermana, sumergida como siempre en su mundo de felicidad, da saltitos.

—Qué alegría conocerte, cuñiiii —grita, abrazándola—. ¡Por fin tengo una hermanaaaaaa!

Rafa me mira. Conoce como yo a Lara. Sabe lo excesiva que es.

—Cuéntame la verdad, cuñiii —cuchichea Lara, acercándose más a Yuls—. Lo conociste antes o después de leer la letra pequeña. —Bueno. Bueno. Esta ya está encabronándome cuando veo que la señorita Pérez y ella se ríen, y mi hermana añade—: Tranquila, cuñiii. Llevo toda la vida entrenando para avergonzarlo delante de su pareja. —Y bajando la voz le dice al oído—: Te iré traduciendo según hable en idioma hermano encabronado.

—Larita, por Dios, ¡basta! —se mofa mi abuela.

Me quito las gafas. Mejor que se calle. Porque como siga por esos derroteros, al final la vamos a tener.

—Eres una sabandija rastrera, ¿lo sabías? —me suelta.

—Uiss, lo que le ha dicho —veo que ríe Altamira.

—Larita, mi vida —protesta mi abuela—. No le digas eso a tu hermano. Y menos en el día de su boda.

—Exacto, abu, ¡el día de su boda! Pero ¡socorrooooo! ¿Cómo se le ocurre casarse sin mi presencia? Es más, abuela, porque no puedo, que, si no, te juro que lo desheredaba.

—Te recuerdo que para tu segunda boda te fuiste a Las Vegas y no nos dijiste nada —protesto.

—Gordiiiii, ¡qué memoria tan selectiva tienes! Justo te acuerdas de eso.

¿La mato o la mato?

Estoy pensando qué contestarle cuando ella se gira hacia la abuela:

—Y a ti, abu, no te voy a decir nada, ya que intuyo que no me lo has dicho porque el señorito marimandón te lo prohibió. Pero que sepas que nunca pensé que lord Controlington me hubiese borrado de su vida, mandándome al departamento de familiares imprescindibles, y fuera capaz de casarse sin mí. ¡Me entraron ganas de matarlo! Si él no me quiere ni me necesita en su vida, ¿por qué lo voy a necesitar o querer yo?

—Hija, qué dramatismo —murmura Altamira.

—De pequeña quería ser actriz, como tú —se mofa mi abuela.

—Lo recuerdo.

—Y sigo teniendo talento —afirma Lara.

Mi hermana y yo nos miramos. Sin hablar nos entendemos a la perfección. Empieza a darme con su dedito en el hombro, y cambia su gesto dramático por uno chulesco.

—Que sepas que en cuanto me he enterado de que te habías casado, he recogido a Javi de sus clases de monopatín y aquí estamos.

—Sí. Me ha cortado todo el rollo, tío —interviene mi sobrino.

—Te quiero, gordi, y te adoro. Pero no me preguntes por qué tengo ese tonto sentimiento hacia ti, porque tampoco yo lo entiendo.

Acto seguido, me da un abrazo. Lo hace de esa manera tan especial que tiene ella de abrazar y que consigue que me diga lo que

me diga lo olvide todo. Yo respondo igual y sonrío. Adoro a esta cabra loca que es mi hermana.

—Vale. Lo siento. Siento no haberte avisado —le hablo al oído.

—Con lo que yo te quiero, ¡gordiiii! Y tú vas y me haces esto —insiste.

La abuela nos mira. En su rostro veo esa sonrisa que pone cuando está feliz por vernos así.

—¿Cómo te has enterado?

Lara sonríe. Su sonrisa, tan parecida a la de mi madre, me llena el alma. Macarena entra en el salón con la caja de los teléfonos móviles, que no paran de sonar.

—Siento decirte, Oliver, que la prensa está en la puerta —me informa.

—No puede ser —murmura Rafael, saliendo a mirar.

—Cuando hemos llegado Javi y yo nos han frito a preguntas, gordi —afirma mi hermana.

Oír eso hace que el cuerpo se me descomponga. ¿Cómo que la prensa ya lo sabe?

Me quito las gafas. Miro a Lara con gesto acusatorio. La voy a matar.

—A mí no me mires así. —Levanta las manos y da un paso atrás.

—¿Y cómo quieres que te mire? —siseo, colocándome las gafas.

—¡Gordi, por favorrrrr! Yo no he avisado a la prensa. ¿Pero por quién me has tomado? Si hubiera sido yo, en la exclusiva saldría con fotos monísimas y hubiera ido a la peluquería. —Resoplo. Maldigo cuando mi hermana, retirándose su oscuro pelo del rostro, añade—: Estaba haciendo lo que hace cualquier persona decente cuando va al baño, cotillear Instagram, cuando de repente, ¡SOCORROOOOOO! Me salta tu boda. Aisss, gordiiiii, ¡casi se me sale el corazón por la boca! Os llamé por teléfono a todos. A ti. A ti. A ti. Pero ninguno

contestaba e inmediatamente supe que era una conspiración contra mí. Total, que mi plan B fue Rosalía, mi amiga de la agencia EFE. ¿Y sabéis? Tardó menos ella en encontraros que vosotros en invitarme. Me confirmó la boda, me dijo que estabais aquí comiendo, y aquí nos tenéis.

¿Que la noticia le saltó en Instagram?

¿Que la agencia EFE lo sabe todo?

¿Pero cómo puede ser eso?

Miro a la señorita Pérez. Si mi hermana no ha sido, está claro que ella es la siguiente en la lista.

—Te estás equivocando —dice, antes de que pueda acusarla.

Los teléfonos móviles no paran de sonar. Es agobiante. Asfixiante. Rafael entra en el salón.

—Siento decirte que he contado más de doce medios de prensa. —Me mira con disgusto.

Mi cabreo va en aumento. La prensa nos está esperando. Todo el mundo sabe que me he casado por culpa seguramente de la que es mi mujer. Molesto, quisiera decirle todo lo que pienso, pero está mi abuela y he de contenerme.

—Yo no he avisado a la prensa —repite Yuls, que lee el gesto de mi cara.

—Ni yo —añade su amiga.

—¡Os creéis que soy tonto! —respondo, ofuscado.

—Si crees lo que das a entender, siento decirte que lo eres, ¡y mucho! —afirma la descarada de mi mujer.

Aprieto los puños. Esa chulería era lo que me faltaba.

—Creer o no creer depende de ti, Oliver —interviene la amiga—. Si no confías en nosotras, es tu problema, no el nuestro.

—Estoy contigo, Kapury —musita mi hermana.

—Kaory —corrige la señorita Pérez.

—Perdón, Kaory.

Pero yo no las creo. Las únicas personas que sabíamos el tema boda y dónde estábamos comiendo éramos los que estamos aquí. Y la verdad, en Macarena confío. He ido cientos de veces a su restaurante a comer con otras mujeres y nunca ha aparecido la prensa. En mi abuela, Altamira y Rafael también. Solo puedo desconfiar de ellas, por lo que, molesto, miro a la chivata de mi mujer.

—Está visto que guardar secretos, señorita Pérez, no es lo suyo —siseo.

—Oye..., oye..., oye..., te estás pasando.

—¿Por qué la llamas «señorita Pérez»? —pregunta mi abuela.

Vale. Acabo de meter la pata. Yuls, molesta, mira a mi abuela.

—Ágata. No te preocupes —responde, rápida—. Que me llame así o que yo lo llame «señor Dávila» es un jueguecito íntimo que nos traemos entre nosotros.

—Míralos, qué juguetones —suelta Altamira sonriendo.

El corazón me va a mil. La prensa nos ha cazado.

—Señor Dávila, no hay más tonto que el que dice tonterías —me suelta mi mujer—. ¿De verdad cree que hemos sido nosotras?

—¡Vuelven a jugar! —se ríe mi abuela.

—Blanco y en botella, señorita Pérez —afirmo con seguridad.

—Pues te equivocas, mi vida, porque he sido yo.

Oír a mi abuela confesando me deja totalmente perplejo.

—Abuuuuuu, ¡¡eres mi heroínaaaaaaaa!! —exclama mi hermana entre risas—. ¡Qué jaque mate le acabas de hacer!

Yo, perplejo, miro a mi abuela.

—Te has casado —afirma—. Estoy orgullosa de ello y quiero que todo el mundo lo sepa. Por lo que avisé a mi amiga Caritina, la directora de la revista *Cuéntame*, para que propagara la noticia. Es

más, cuando lleguemos a casa, habrá varios invitados esperando. Organicé un cóctel íntimo y una cena para celebrar el maravilloso momento.

—No me jodas —murmuro tras cruzar una mirada con Rafael, que está tan sorprendido como yo.

—Esa boquita, señor Dávila.

Miro a la señorita Pérez. Me quito las gafas. Que me diga eso hace que me lleven los demonios.

—Le dije que no lo hiciera, Oliver —dice Altamira—, pero ya sabes cómo es tu abuela. Cuando se le mete algo en la cabeza, no para hasta conseguirlo.

Incrédulo y desconcertado porque la persona en la que más confío en el mundo hubiera hecho algo así, no sé qué pensar.

—La primera en la frente, patatita —me suelta mi mujer, con gesto molesto.

—Gordiiiii, ¡me encanta lo de «patatitaaaaa»!

Cierro los ojos y tomo aire. Lo hago o juro que voy a cometer varios asesinatos. Mi abuela, peinándose mientras se mira en un espejito que ha sacado del bolso, nos recomienda:

—Lo mejor es salir y confirmar la noticia. Tenemos gente esperándonos en casa. Rafael, avisa a José Luis para que venga con el coche.

Calor. Eso es lo que tengo ahora mismo, ¡un calor asfixiante! Pensar que en mi casa hay gente esperando para felicitarme por mi boda no es algo que me apetezca. Veo que todos hablan, y la señorita Pérez, agarrándome del brazo, murmura en un tono bajo:

—No entraba en mis planes nada de lo que está pasando ni tener una cenita con desconocidos.

—En mis planes tampoco entraba, señorita Pérez.

La miro. Me mira. Toma aire.

—Ponte las gafas —musita. Refunfuño un poco, pero le hago caso. Luego señala—: Iré a esa cena, pero antes he de pasar por mi casa para recoger una maleta que preparé con algo de ropa y demás. —Asiento. Me parece bien, y ella, volviendo a bajar la voz, cuchichea —: No quiero aparecer en la prensa. Saldré por el baño.

—¿Cómo que saldrá por el baño?

—El baño tiene una ventana por la que puedo...

No permito que termine. La agarro de la mano. Pero ¿y esa inconsciencia?

—Señorita Pérez, ¿se ha vuelto loca? —le susurro para que nadie nos oiga.

—No.

—Pero ¿cómo va a hacer eso?

Me mira. La miro. En sus ojos veo algo que hasta el momento nunca había visto.

—Dejé bien claro que mi finalidad no era salir en la prensa —dice con un hilillo de voz.

Resoplo. Su mirada me desconcierta.

—Lo siento, pero ahora es mi mujer y no voy a permitir que salga por la ventana del baño. —No le suelto la mano—. Por lo que saldrá por la puerta, como el resto de mi familia y como una persona normal. —Y, aferrándola con firmeza, miro a mi abuela y claudico—: De acuerdo, abuela, salgamos, y ya que has liado la que has liado, serás tú quien dé la exclusiva.

Mientras caminamos hacia la puerta, la señorita Pérez en un gesto rápido se suelta el cabello. Su pelo rojo rizado cae en cascada sobre su cara, y oigo a Kaory, que le dice:

—Baja la cabeza, y tranquila. Me pondré delante de ti.

Sus palabras llaman mi atención. Pero puedo entenderlo. No está acostumbrada a la prensa.

—¿Me dejarías tus auriculares, Javi? —pregunta, poniéndose su abrigo. Mi sobrino Javier mira a la señorita Pérez. No responde, y ella insiste—: Te los voy a devolver. Solo será un rato.

—Claro, tía Yuls —indica Javier, quitándoselos.

¡Otra vez «tía Yuls»!

La que es mi mujer se suelta de mi mano. Los coge. Se los coloca en la cabeza de una manera desastrosa y, tras poner ante mi sobrino su puño, este sorprendentemente se lo choca. ¿Por qué hacen eso?

Vuelvo a agarrar su mano. No me fío de ella y abro la puerta del restaurante. Como bien decían, allí se encuentra la prensa de todo Madrid. Mi hermana, junto a Altamira y Javier, sale, y Rafael empuja la silla de ruedas de mi abuela.

La prensa comienza a hacer cientos de preguntas y a lanzar sus flashes mientras nos empuja. Oigo a mi abuela que dice con voz alta y clara:

—Sí, amigos de la prensa, sí. Mi maravilloso nieto Oliver Dávila se ha casado con una preciosa y encantadora jovencita que, de momento, espero dejéis tranquila, y todos estamos muy felices.

Cuando los periodistas dan por hecho que la señorita Pérez es mi mujer, comienzan a lanzarle preguntas y fotografías, y ella se abraza a mí. Al notar su pulso acelerado a través de su piel, sin pensármelo, la abrazo y la protejo. No esperaba yo que fuera tan vergonzosa.

Ella incrusta su rostro en mi pecho. Se aprieta contra mí y yo, como puedo, sigo a Kaory. Me indica dónde está aparcado el coche de mi mujer mientras veo que José Luis, el chófer, se abre paso entre todos ellos y con la ayuda de Rafael meten a mi abuela en nuestro vehículo. Mi hermana, Altamira y Javier se meten también, y yo le indico a Rafa que me espere. Iré con él.

Sin pararme y protegiendo a la señorita Pérez, que se ha agarrado a mí como un koala, llegamos hasta el vehículo. La prensa nos

rodea. Ella se mete en el coche y bajando la cara mira hacia el suelo. Está más que claro que no quiere que la fotografíen.

Cuando Kaory se monta en el vehículo miro a la que es mi mujer, que no despega los ojos del suelo. Recuerdo que me ha dicho que tiene que pasar por su casa para recoger su maleta y, poniéndole una tarjeta personal en su mano, indico con disimulo:

—Señorita Pérez, esta es la dirección de mi casa. Ahí las esperamos a las dos, no más tarde de las ocho y media, para celebrar la cena que mi querida abuela ha organizado con a saber Dios qué invitados.

No me mira. La prensa nos rodea. El coche conducido por José Luis arranca y se aleja y veo a Rafael que se acerca con su vehículo.

—No se le ocurra no venir —le advierto—, o tendrá problemas por incumplimiento de contrato.

A continuación, cierro la puerta. Con disimulo hago una fotografía a la matrícula del vehículo. Me encamino hacia el coche de Rafael esquivando flashes y preguntas, luego oigo el chirriar de unas ruedas y al mirar veo que es el coche conducido por Kaory, quien se aleja a toda velocidad.

Ya dentro del coche de mi amigo, cuando arranca, me llevo las manos a mi rostro. Lo que presuponía que sería algo discreto se estaba convirtiendo en todo un circo.

—Maldita sea, Rafael, ¡qué narices he hecho! —exclamo.

Capítulo 13

Cuando el coche se ha alejado lo suficiente levanto la cabeza para ver si nos sigue la prensa, pero no. No nos siguen. Estoy agobiada. Tremendamente agobiada por todo en general, y he mentido a Oliver. No tengo que ir a mi casa a por mi maleta, porque ya la llevo en el maletero de mi vehículo. Miro el anillo que llevo en mi dedo.

—Necesito tomar algo —murmuro.

Sin hablar, Kaory conduce.

—Vamos al Pluscuamperfecto —me dice después de aparcar.

Asiento. Pluscuamperfecto es un bonito local con una terraza impresionante al que de vez en cuando nos vamos a tomar unas cervezas. Cuando nos sentamos y, mientras esperamos las bebidas, vuelvo a mirar mi dedo.

—Bonito anillo —afirma Kaory.

Convencida de ello, asiento. Está claro que Oliver tiene buen gusto y ha clavado mi talla.

—Dame la tarjeta de Oliver. Quiero mirar su dirección —me pide mi amiga.

La tengo en la mano y se la entrego.

—Necesito fumar —le digo, y me levanto.

Abro mi bolso, saco el tabaco, el mechero y enciendo un cigarrillo. Veo que mi amiga se pone a mi lado.

—¿Qué he hecho? —pregunto.

—Una locura. Te lo dije.

—Me acabo de casar con el capitán Control, que encima es un guaperas famosete, y el 28 de agosto ¡me divorcio!

—De locos. Esto es de locos, Yuls.

—Creo que me va a dar un chungo de un momento a otro.

Kaory me mira. Toma mi mano.

—Inspira y mete airecito calentito al corazoncito, y espira y saca toda tu frustración —me recomienda.

Inspiro y espiro, aunque no sé si meto y saco lo que mi amiga me pide.

—Si mi cara sale en la prensa, Vicente nos encontrará y mi pasado turbio recaerá sobre los Dávila. Por Dios, ¡qué cagada más grande acabo de cometer!

—Eso no va a pasar. Lleva ocho años sin localizarte y ahora no lo hará.

—Kaory, ¿y si la he cagado? —me agobio.

Mi amiga me quita el cigarro de las manos, le da una calada y cuando expulsa el humo me lo devuelve y me coloca bien el cuello del abrigo.

—Mente fría y nervios templados —me recomienda. Vale. Eso es algo que ella me ha inculcado—. Dudo que Vicente sea asiduo a la prensa del corazón. Además, él busca a otra persona que ya no eres. Has creado infinidad de cortafuegos para que no te encuentre, como el color de tu pelo y el cambio de nombre y apellidos, ¿acaso lo has olvidado?

Tiene razón. Estoy tan bloqueada que en eso no he pensado. Ella mira su móvil.

—No te agobies. Por lo que veo, nadie de la prensa ha podido sacar una foto de tu rostro. Solo te mencionan como la desconocida mujer de Oliver Dávila.

Miro las noticias que me muestra en su teléfono. En ellas todo el rato se me ve la coronilla mientras Oliver me protege con gesto de mala leche. Los titulares son «Se ha casado el soltero de oro del arte», «Oliver Dávila, el soltero cazado».

—Tienes razón. No me ha cazado la prensa —afirmo, a medida que voy leyendo los titulares—. Pero si mi rostro no sale, será mejor.

—Muchísimo mejor —apostilla mi amiga.

Noto que mis pulsaciones se desaceleran. El momento prensa ha sido muy agobiante. ¿Cómo aguantan eso los famosos? De improviso, me doy cuenta de que tengo los auriculares rojos alrededor de mi cuello.

—Se los tengo que devolver a Javier —los señalo— y, cuando vea a Lucas, le tengo que pedir mis auriculares, que se los dejé.

—Por cierto, *tía Yuls* —se mofa sonriendo—. ¿Qué te ha parecido tu cuñadita?

Recordar que Javier me llamó «tía Yuls» me hace sonreír. Aquel título tan familiar es nuevo para mí. Luego, pienso en su madre.

—Divertida, exagerada y sin pelos en la lengua —enumero, refiriéndome a ella—. Me gusta.

—Educado y misilazo. A mí me gusta tu marido.

Oír eso me hace reír. Y recordando lo guapo e imponente que estaba Oliver con aquel traje oscuro, su camisa blanca y su corbata negra, le pregunto cuando volvemos a la mesa:

—¿No te ha parecido demasiado estirado?

—Un pelín. Pero, si te soy sincera, ya imaginaba que iba a ser así.

—¿Por qué? —quiero saber, tocando mi anillo de boda.

—Porque se codea con gente elitista, porque es el dueño de las galerías de arte más famosas de España y porque viene de una familia de dinero. —Asiento, y ella añade—: Espera. Me desdigo de

mis palabras. Hemos conocido a su hermana y es todo lo contrario. Por lo que, como decimos siempre, es mejor no generalizar.

Tiene razón. De pronto me suena el teléfono y, al ver que la llamada es de la residencia donde tengo ingresada a mi madre, lo cojo.

Me llaman para darme el parte del día. Mamá está bien y yo escucho con atención. Mi intención era haber ido a verla después de salir del notario. Quería llevarle el ramo de novia, pues dudo que me vaya a volver a casar, y tras indicarles que iré a visitar a mamá al día siguiente, al colgar la llamada sonrío. Mamá está bien.

A las ocho, y tras varias cervezas, decidimos volver al coche, poner en el GPS la dirección de la casa de Oliver e ir. ¡Vive en La Moraleja! ¡Qué nivel!

Nos reímos. Dejo que Kaory conduzca, lo prefiero, así que nos dirigimos hacia la casa mientras suena por los altavoces de mi coche la canción de Alejandro Sanz llamada *El vino de tu boca*, y Kaory y yo la cantamos a pleno pulmón. Nos encanta Alejandro Sanz.

Cuando llegamos ante la enorme verja de la casa en La Moraleja, Kaory y yo la miramos boquiabiertas. Primero, no hay prensa. Segundo, aquello no es una casa, ¡es un casoplón!

—Madre mía, ¿aquí vas a vivir?

—Joderrrrrrr —murmuro, algo achantada.

Miro mi reloj. Son las ocho y veintisiete. Llegamos antes de las ocho y media, como mi maridito nos dijo, y tras llamar a un timbre, la voz de un hombre dice:

—Le abro la verja, señora Dávila.

Kaory y yo nos miramos con estupor. ¿Cómo sabe que soy yo la que va en el coche?

Cuando metemos el vehículo en la finca y nos detenemos ante la imponente casa de tejados de pizarra negra, un hombre vestido de

azul se dirige a nosotras seguido de dos preciosos pastores alemanes. Kaory y yo nos bajamos del vehículo y el hombre, de unos cincuenta años, mira a mi amiga.

—Bienvenida, señora Dávila —la saluda.

—Yo... yo no soy la señora Dávila. Es ella.

El hombre me mira. Veo el apuro en su rostro y yo, sonriendo, saludo sin poder quitarles la vista a aquellos dos increíbles perrazos.

—Hola. Me llamo Yuls, y ella es mi amiga Kaory. ¿Y tú eres?

—José Luis, señora. El chófer del señor Dávila.

Asiento. Voy a decirle que no me llame «señora» cuando los perros se acercan a nosotras.

—Me cagoooo de miedoooooo —murmura Kaory.

—Drako y Zorba, ¡sentaos! —ordena José Luis.

Los animales lo hacen de inmediato. ¡Qué obedientesssssss! Está visto que los tienen bien enseñados.

El teléfono de Kaory comienza a sonar. Rápidamente lo coge y, tras una breve conversación, me mira.

—Me tengo que ir —anuncia.

—¡¿Por quéééé?!

—Porque mi hermano ha llamado a mis padres para decirles que no se encuentra bien y me necesitan para el servicio de noche.

Asiento. Entiendo lo que dice. Kaory siempre ayuda a sus padres en el restaurante. En ese instante, aparece Oliver. Por Dios, qué imponente está con ese traje oscuro. Nos mira con gesto tenso.

—Les dije que estuvieran aquí antes de las ocho y media —observa.

—Y eso hemos hecho —apostillo—. A las ocho y veintisiete estábamos llamando al timbre. —Oliver resopla. Esta vez no se quita las gafas y yo le explico—: Kaory se tiene que ir. ¿Podemos pedirle un taxi ya que hemos venido en mi coche?

Oliver, sin dudarlo, asiente.

—José Luis —le pide al hombre de azul—. Lleva a la señorita Kaory a la dirección que te indique y, cuando regreses, traslada el coche de mi mujer al garaje.

—Dentro de mi coche está mi maleta —aviso.

Oliver y el tal José Luis se miran.

—Cuando vuelvas sube la maleta a mi habitación —le ordena de nuevo al chófer.

¿A su habitación? ¿Cómo que a su habitación?

Kaory me abraza con cariño. Por su gesto, sé que le joroba tanto como a mí tener que marcharse.

—¿Estarás bien? —se interesa.

—Claro que sí. —Y para que se vaya tranquila, le digo—: Antes de dormir te llamo y hablamos.

—¡Espero tu llamada!

Instantes después, cuando mi amiga se aleja con el tal José Luis, miro a Oliver. Este me observa.

—¿Puedo tocar a los perros? —pregunto.

—No.

—¿Por qué?

—Porque son perros de guarda.

Eso me hace sonreír.

—A ver, que yo sepa, hasta a los perros de guarda les gusta una caricia —insisto.

Oliver hace un gesto cansado.

—Si no le dan miedo, tóquelos —claudica, finalmente.

Gustosa y encantada me acerco a ellos. Siempre he querido tener un perro. No me dan miedo. Pero por las circunstancias en las que vivo nunca he podido ocuparme de un animalito. Me acerco a ellos y saludo.

—Hola, preciosos. ¿Pero cómo sois tan guapos? Pero si parecéis unos peluchitosssss amorososssss. Holaaaaa...

—Zorba y Drako, ¡a vuestro sitio!

La orden de Oliver hace que se levanten y, antes de que pueda tocarlos, se alejan. Molesta, miro al rancio justo cuando le llega un wasap.

—Son perros entrenados para guardar la casa —me explica, seco —. Háblelos y trátelos como corresponde. ¡No son peluchitos!

Su tono me enerva. Será imbécil.

—¿Es usted siempre así de borde o lo es hoy como caso excepcional? —no puedo evitar preguntar.

Me mira. Uisss, cómo me mira.

Y viendo que no piensa contestar, vuelvo a preguntar:

—¿Qué es eso de que tienen que subir mi maleta a su habitación?

Oliver mira su teléfono móvil. Lee un mensaje que le ha llegado y, cuando acaba, me responde, con esa distancia fría que le caracteriza:

—Tranquila, señorita Pérez. Usted tendrá su propia habitación, a la que yo no accederé, aunque nuestras habitaciones están comunicadas por una puerta. Eso evitará que mi abuela haga preguntas.

Vale, tema aclarado. De repente recuerdo una cosa.

—Por cierto, señor Dávila —le suelto, con cierta rebaba—, que sepa que me ha ofendido la acusación vertida en el restaurante. ¿De verdad creía que nosotras habíamos avisado a la prensa?

Oliver me mira. Uissss, cómo me mira. Está claro que no le gusta que le den toquecitos cuando hace algo mal y responde justo cuando le vuelve a sonar el teléfono porque le ha llegado otro wasap.

—Siento haberlas acusado y le pido disculpas, que espero haga extensibles a su amiga. Me han confirmado que ha sido mi abuela quien filtró la noticia a la prensa. —Hago un gesto de asentimiento. Me gusta que reconozca aquello y quede aclarado. Él apostilla con voz tensa—: Tranquila, cobrará lo pactado tras el divorcio. —Oír eso me molesta. En lo último en que he pensado ha sido en el puñetero dinero, pero no me da tiempo a replicar porque me apremia—: Hemos de pasar. El cóctel comenzó a las ocho y media y ya son las nueve menos veinte.

—Wooooo, ¡imperdonable! Diez minutos tarde. Seguro que ya han llamado a la policía del protocolo.

Oliver me mira. En su gesto leo lo que piensa.

—Mi abuela ha reunido a un grupo de familiares para la cena que se mueren por conocerla —explica—. Espero que sepa comportarse.

Suspiro. Este es tonto, pero tonto de manual.

—Procuraré no mearme en la alfombra —replico.

Él me mira con desagrado y yo me río. ¿De verdad piensa que me puedo mear en la alfombra? Y cuando él comienza a caminar hacia la casa, me pongo a su lado y le cojo de la mano. Él se para. Rechaza mi mano. Me mira molesto.

—Ir de la mano es lo mínimo que hacen unos recién casados —cuchicheo—, ¿no cree, señor Dávila?

Toma aire y, tras pensárselo, asiente. Sabe que tengo razón. Vayaaa... no se ha quitado las gafas.

Con su mano entre la mía soy consciente de que soy yo quien lo sujeta. Él apenas roza la mía, pero me da igual. Me voy a enfrentar a gente que no conozco y, aunque no soy actriz, quiero representar un excelente papel.

Con mi mejor sonrisa entro en la casa. ¡Qué pasada!

Uisss, ¡qué entradaaaaa! Y qué escaleras curvadas tan bonitassss suben a la primera planta. ¡Impresionante! Tengo que hacerles una foto para enseñárselas luego a Kaory.

Miro a mi alrededor con alucine y curiosidad. Todo es elegante, aunque quizá algo recargadito y antigüito para mi gusto. Pero no es mi casa. Es la del rancio. Y si su gusto es eso, ¡perfecto!

Sin hablar, caminamos de la mano y, una vez que traspasamos una ovalada puerta que da acceso a un enorme salón, me encuentro con unas diez personas que de inmediato comienzan a aplaudir.

Sonrío. No puedo hacer otra cosa que sonreír mientras ellos se ponen a gritar: «¡Vivan los novios!» y «¡Que se besen!».

Sin poder parar de sonreír, miro al que es mi marido, que ahora me aprieta la mano. Imagino que es por la tensión que tiene y, para acabar con aquel incómodo momento, me pongo delante de él y sin pensármelo lo beso. Le doy un rápido beso en los labios y compruebo que está tieso como una vara.

Cuando acabo y me separo, oigo a una señora decir:

—Vaya sosería de beso, sobrino.

Tras ese comentario llegan otros iguales o peores, hasta que la abuela interviene:

—Por favor, mi vida. Dale a tu mujer un beso en condiciones. ¡Que os acabáis de casar!

Él y yo nos miramos y, consciente de que o lo hacemos o de allí no nos movemos, voy a hablar cuando noto cómo Oliver me acerca a su cuerpo y con una intensidad que no esperaba posa sus labios sobre los míos y, antes de lo que imagino, su lengua y la mía juguetean.

¡Pero buenooooooo!

Madre mía, cómo besa el misil.

Uisss, cómo me gusta su beso, algo que, por supuesto, negaré ante Kaory cuando se lo cuente, pero me dejo llevar. La vida son dos días y hay que disfrutar. Segundos después, cuando el beso acaba, y los demás aplauden encantados, su mirada y la mía se encuentran, y murmura en un tono que solo oigo yo:

—Espero que esto les valga.

Cuando quedo liberada de sus brazos, tengo que hacer un gran esfuerzo para mantenerme en pie, pues, joder, ¡me tiemblan las piernas!

Instantes después, y aferrada a su mano, pues ahora es él quien me sujeta con fuerza, me repongo y al mirar a la derecha reconozco a Javi. El sobrino *skater*. Me mira. Me observa. Me acerco a él mientras tiro de Oliver para que me siga, me quito los auriculares rojos que llevo al cuello.

—Muchísimas gracias por prestármelos, Javi —le sonrío.

—De nada, tía Yuls.

Qué mono. ¡«Tía», me llama!

Acto seguido, veo que mira a su tío con una sonrisita, y me hace gracia. Javi ha intuido que aquello a su tío no le gusta, y lo dice para jorobarlo. Cómo son los adolescentes.

Una chica vestida con uniforme se coloca a nuestro lado con unas copas en su bandeja. Por primera vez en mi vida estoy en el otro lado. Siempre he estado en el lado del que sirve y esta vez me sirven a mí, por lo que, sonriendo a la muchacha, cojo una copa. Lara se acerca a mí.

—Aissss, cuñiiii, ¡qué bien que ya estás aquí! —exclama—. Por un segundo pensé que eras una novia a la fuga y, sinceramente, no te habría juzgado.

Me río. Se ríe. Oliver mira su teléfono y veo que teclea.

Ágata, la abuela, sentada en la silla de ruedas, me sonríe. Con señas me pide que me acerque a ella. Me suelto de Oliver y me pongo a su lado.

—Ven, querida, quiero presentarte a la familia.

¿Familia?

Vaya. Oír eso me gusta, pues, por mis circunstancias, siempre hemos sido únicamente mamá y yo. Y luego llegaron Lucas y Kaory. Pensar en ellos me emociona. Pero no. No es momento de emocionarme, y me recuerdo eso de: «Mente fría y nervios templados».

Me coloco entre Ágata y Oliver, y, como si fuera un besamanos, la abuela me presenta a tíos y primos. Curiosos, todos me saludan. Oliver, impasible, está a mi lado y yo, entregada a la causa, los besuqueo con cariño sin perder mi sonrisa. Reconozco que soy muy empática.

Con una atroz ansiedad ataco el cóctel. Con la boca llena, poco puedo hablar. Eso sí. Cada vez que alguna de las chicas del *catering* se acercan a mí, les sonrío. ¡Qué menos que ser agradable! Siempre he agradecido que algún invitado a los eventos en los que servía fuese amable conmigo. Esa sonrisa me ha hecho trabajar mejor.

Con curiosidad veo cómo Oliver atiende a su abuela, y eso me enternece. Está visto que aquella mujer es vital para él, aunque sonrío cuando ella se empeña en beber un poquito de vino y él se niega con rotunda seriedad. Está enferma y no puede beber algo así.

Acabado el cóctel, nos sentamos todos alrededor de una bonita mesa y comienzan a servir la cena. Si el cóctel estaba bueno, esto ya es ¡delicia del cielo! Y yo parezco una tragaperras por lo que engullo. ¡No paro de comer!

A las diez y media de la noche, tras varios «¡Que se besen!», mientras disfrutamos de un exquisito postre, comienzan a hacerme

preguntas. Quieren saber. Eso me pone de los nervios. No he hablado nada de aquello con Oliver, porque, supuestamente, esto no iba a ocurrir.

—¿Cuándo os vais de luna de miel? —ataca Mireia, una prima de Oliver.

Vale. Me pregunta si haremos viaje de recién casados y, antes de que yo responda, Oliver dice:

—De momento, queda pospuesto. Ambos tenemos compromisos laborales que no podemos eludir. Yo mismo mañana salgo de viaje de trabajo.

—¡Qué penaaaaaaa! —murmuro, haciéndole un gestito a Oliver.

—¿Pero tenéis algún sitio pensado? —insiste Mireia.

Oliver, que aún me mira tras mi gesto, no habla, y yo, sin pensármelo, suelto:

—¡Hawái! Siempre he querido ir allí.

Sonríen. Parece que les ha gustado mi contestación.

—Bueno, querida, cuéntanos, ¿cómo os conocisteis? —quiere saber Marta, la tía de Oliver. En ese momento, él recibe otra notificación en el teléfono.

Madre mía. ¿Y qué me invento yo ahora?

Miro a Oliver, que está a mi lado, pero este parece abducido por su teléfono. ¿Qué leerá con tanta atención? Y cuando veo que pasa de la pregunta porque contesta a quien le ha escrito, indico:

—Nos conocimos en un local de copas. —Y al ver cómo me miran, añado—: Él estaba con Rafa y yo con unos amigos. Y bueno, fue mirarnos y sentir un completo flechazo.

Aplauden. Lo que escuchan les gusta y la verdad solo miento un cincuenta por ciento. ¡Nos conocimos en un bar! Lo del flechazo es para adornar la mentira. Solo omito que yo estaba trabajando como camarera y él se tomaba una copa como cliente.

—¿En qué trabajas? —pregunta la abuela.

Oliver sigue tecleando en el móvil. Eso me está poniendo de los nervios. Y como no sé qué ha contado de mí, le doy un codazo.

—¡Patatita! —murmuro. Y él ni caso—. ¡Patatita!

Oliver por fin me mira. Sé que lo de «patatita» le repatea. Pero no me importa ni lo más mínimo.

—Prefiero que lo cuente él, porque se emocionó tannnnto cuando se enteró. —Y me quedo tan ancha. Ahora todos lo miran a él. Y yo insisto—: Vamos, patatita, cuéntaselo. Cuéntales en qué trabajo.

—Qué gracia, ¡patatita! —se mofa Altamira, haciendo reír a todos.

—No, cariño —suelta con gesto tenso—. Cuéntalo tú. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que tú para explicar a qué te dedicas?

¡La madre que lo parió! Seguro que ni lo recuerda.

—Trabajo en un centro de menores.

Al decir eso, Ágata se lleva las manos al pecho. Uisss, madre, ¿qué le pasa? Entonces mira a su nieto.

—¡Qué fatiguita tengo! —murmura emocionada. El gesto de Oliver se descompone. Veo la preocupación en su rostro. Está visto que se asusta. Ella, en un tono cansado y lastimero, murmura—: Como dijiste, mi vida. Su trabajo me iba a encantar. ¿Qué hay mejor que ayudar a quien lo necesita, y más si son niños?

Oliver me echa una mirada de asentimiento, pero de inmediato vuelve la atención a la anciana.

—¿Estás bien, abuela? ¿Quieres subir a descansar? —pregunta.

Ella rápidamente niega con la cabeza.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —continúa la tía Marta con el interrogatorio.

—Meses —responde Oliver.

—¿Cuántos meses? —Altamira quiere precisión.

Callada, veo que ella y Oliver se miran.

—Los suficientes para enamorarme de ella y saber que era la mujer de mi vida —responde él, contundente.

Altamira asiente. Yo me acerco a Oliver y, abrazándolo, le doy un beso en los labios.

—Aquí donde lo veis tan serio, controlador y estirado, ¡es un romanticón! —afirmo.

Todos sonríen.

—Yo conocí a mi Damián, y a los veinte días me casé con él —cuenta Ágata.

Eso me sorprende.

—Pero bueno, Ágata. ¡Eso me lo tienes que contar! —le pido.

La mujer asiente. Feliz, toma mi mano.

—¿Qué pensaste la primera vez que viste a mi sobrino? —La tía Marta es incansable.

Uf... A ver qué digo.

—Que era de esos hombres a los que se mira, pero no se toca —respondo, dejándome llevar por la sinceridad.

La verdad, ¡acabo de decir la verdad!

Las risas ante mi contestación no tardan en llegar.

—¿Y tú, gordi, qué pensaste cuando viste a Yuls? —ataca Lara.

—Que tenía una bonita sonrisa y poco después que era una mujer de armas tomar.

Guauuuu, ¿en serioooooo? ¿Se fijó en mi sonrisa? Uisss, ¡me gusta oír eso!

—¿Por qué pensaste eso, tío? —pregunta Javi.

Oliver me mira. Clava sus penetrantes ojos oscuros en mí.

—Porque les tiró a unos tipos unas bebidas encima y sé que lo hizo adrede —responde.

El grupo me mira con cara de sorpresa. Se ríen. ¿Pero vamos a ver? ¿En qué posición me deja eso ante ellos?

—Patatita, esos tipos ¡me tocaron el culo! —replico, para defenderme.

—Oh, por Diossss, qué sinvergüenzas —murmura la abuela mientras veo a Oliver coger aire por lo de «patatita».

—Sinceramente, Ágata —prosigo—. Era tirarles las copas encima o arrancarles los dientes. Por lo que preferí optar por lo primero. No me apetecía mancharme con su sangre.

—¡Me encantasssss, cuñiiii! —ríe Lara.

—Por Diossss —murmura Altamira sorprendida.

—Perooooooo —prosigo ante el gesto incómodo de Oliver— cuando esos tipos se pusieron chulitos conmigo y yo me defendía solita la mar de bien, mi patatita se acercó y me defendió.

—Pero, gordiiiiiiiii, ¡qué caballerosooooo! —exclama Lara.

La familia asiente. Le hacen saber a Oliver que hizo lo correcto.

—¿Eres celosa? —indaga Altamira—. Te lo digo porque Oliver es un hombre muy atractivo al que se le acercan demasiadas lagartas con intenciones nada claras.

Oír eso me hace gracia. No dudo en absoluto de lo que ella me cuenta, pero, antes de responder, recuerdo lo que he firmado en el contrato.

—No soy nada celosa, como sé que él tampoco lo es. Si estamos juntos es porque queremos. Y si el día de mañana no somos lo suficiente el uno para el otro, como adultos que somos, lo solucionaremos, porque la vida es para vivirla, no para cargarla de problemas y amargura.

Altamira asiente. Intuyo que lo que he dicho le convence.

—¿Y cómo llevas sus manías y que le guste tenerlo todo bajo control? —sigue indagando. Ante ese comentario levanto las cejas. Veo que Oliver toquetea nervioso las copas que tiene ante él, pero la mujer insiste—: Porque yo lo quiero mucho, pero es muy estricto en

cuanto a las horas de las comidas, de las medicinas, del paseo de los perros, ¡de todo!

—Y un tremendo maniático de la puntualidad —apostilla Rafa.

—Y que sepas que al gordi le da un soponcio si ve un cubierto o una almohada torcida —echa leña al fuego Lara.

—Le gusta que sus camisas estén ordenadas por tonalidades —musita la abuela con una voz cansada—. Y es capaz de detectar cuándo un cuadro está torcido un milímetro simplemente con mirarlo.

—Vale ya, ¿no? —protesta él con gesto hosco.

Sonrío. No lo puedo evitar. Me encanta ver que su familia es capaz de encararse a Oliver, y él, aunque proteste, se lo permite. Eso me hace ver que es más humano de lo que quiere dejar ver a todo el mundo.

—Y ahora, como verás, está cuadrando las copas que tiene frente a él para que estén bien alineadas —observa la tía Marta.

—Bueno, ¿qué tal si paráis? —gruñe Oliver, con gesto molesto, dejando de alinear las copas.

Sonrío. Él no.

—Me adapto bien a sus manías —suelto, incapaz de callarme—. El truco es muy sencillo, asentir de vez en cuando con cara de «qué razón tienes, cariño»; dejar escapar algún «sin lugar a dudas, mi amor» y, mientras tanto, seguir haciendo lo que me dé la gana.

Todos se ríen, excepto Oliver, que me mira con gesto de «te estás pasando».

—¡Qué maravilla de nieta me has dado, mi vida! —reconoce Ágata —. Está claro que esta jovencita de mirada llena de retos, luz y encanto ha llegado para...

—Si no os importa, familia. —Se levanta Oliver cortándola—. Mi mujer y yo nos vamos a dormir, que mañana me voy de viaje. Ya

continuaréis criticándome cuando yo no esté.

Y agarrándome de la mano, esta vez con fuerza, me hace levantar y salimos del salón mientras escucho risitas e imagino lo que piensan. ¡Qué equivocados están!

Capítulo 14

Llevo un agobio tremendo.

Subo los escalones de mi hogar de dos en dos mientras siento la mano de aquella mujer en la mía, hasta que ella se suelta.

—Oye, perdona —me mira—, ¿me llevas de la mano o estás intentando arrancarme el brazo?

Me giro hacia ella. Tiene razón. La llevo a un ritmo que difícilmente ella puede seguir. Molesto, me quito las gafas cuando llegamos al descansillo.

—Si vuelve a llamarme «patatita», la vamos a tener.

—Es un término cariñoso. Muy de recién casados.

—No diga tonterías, por favor —gruño.

—A ver, lo normal es decir «cielo, cariño, tesoro, amor», pero palabras como «patatita, tomatito cherri o calabacita» también son graciositas.

Incrédulo, la miro. ¿Me está tomando el pelo?

—Si se le ocurre llamarme «tomatito cherri» delante de cualquiera, le aseguro, señorita Pérez, que la vamos a tener.

—En el contrato firmado, en no sé qué cláusula, indicaba que ante la gente debíamos ser cariñosos.

—Pero no con esas absurdeces.

—¿«Papayita» tampoco le gusta?

La miro. Se hace la inocente. Lo veo en su rostro. Es una retadora en potencia. No tengo ganas de discutir porque nos oiría todo el mundo, no solo mi abuela.

—Acompáñeme —le indico, colocándome de nuevo las gafas—. La llevaré a su habitación. Y acabemos el maldito día de hoy.

Con ella detrás de mí, camino por el pasillo. No me molesto en explicarle qué son las puertas que vamos pasando.

—Por favor. Pase —la invito cuando llegamos a mi habitación. Ella entra. La sigo—. Esta es mi habitación —le indico tras cerrar la puerta.

Mira alrededor. Por su gesto, intuyo que lo que ve le gusta.

—Desde luego, le gusta el gris —comenta.

Asiento. Me encanta. El gris es un color neutral y equilibrado. Denota sobriedad y elegancia.

—¿Algún problema porque me guste ese color? —pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—No.

Me mira. La miro. Me gustaría saber qué es lo que está pensando. Luego se acerca a la pared de la izquierda y se queda mirando un cuadro.

—Madre mía, qué atentado contra la vista. ¡Es horrible! —exclama.

Boquiabierto, estoy a punto de gritarle. Lo que está llamando «atentado contra la vista» y «horrible» es una impresionante obra de arte del siglo XIX, de un artista francés. Cuando voy a protestar, me fijo en otra cosa.

—Sería tan amable de quitarse de ahí —le ordeno. Ella me mira y, señalando sus pies, digo—: Está pisando una excepcional alfombra persa del siglo XVIII a la que le tengo mucho aprecio.

Veo que mira sus pies y dando un salto se aparta.

—Uissss... perdón. Pensé que era un trapillo.

¿i«Trapillo» ha dicho!?

Nos quedamos en silencio unos instantes. Luego yo me dirijo hacia una puerta que hay a la derecha y la abro.

—Esta será su habitación —le indico.

La señorita Pérez me sigue. Entra en la habitación asignada. Es casi tan grande como la mía.

—Este sitio es más grande que toda mi casa —dice. Mira a su alrededor y toca la pared—. Qué sorpresa, ¡gris!

Ni me inmuto. No deseo entrar en polémica.

—Los cuadros que hay expuestos, si lo desea, puede quitarlos —señalo.

Veo que ella se acerca hasta uno de ellos. Es de un famoso pintor sueco del siglo xx. Lo mira. Lo examina.

—Sin duda, este lo quiero quitar. ¡Pero qué cosa más horrorosa!

Tomo aire mientras recuerdo que ella no entiende de arte, así que obvio su terrible comentario y su falta de gusto.

—Sobre la cama le he dejado un cuaderno para que apunte todo lo que le cuente a mi abuela o a cualquiera durante mi viaje —le señalo—. Cuando yo regrese, lo leeré y sabré contestar si me preguntan.

—OK.

—En la primera página del cuaderno, le he apuntado la clave del wifi, mi teléfono personal, el del trabajo, el teléfono de Rafael, el de la abuela y el teléfono de la casa. Ahora, si es tan amable, deme su número de teléfono, pues quien lo tiene es Rafael, no yo.

Sin dudarlo, ella me entrega su móvil. Yo le entrego el mío y ambos tecleamos. Pero al hacerlo oigo una notificación. He recibido un nuevo wasap.

—¿En serio te está diciendo esto cuando te dio calabazas? —dice ella.

Le arrebato mi teléfono de las manos. El mensaje, como imaginaba, es de Vanessa y leo:

Vanessa
Amor. Estoy desolada. Necesito verte.

Bloqueado, dejo de mirar la pantalla. El drama que ahora me está montando Vanessa no lo entiendo y más cuando ella me rechazó.

—Si yo fuera usted, y después de que lo ha rechazado, la mandaba a tomar viento fresco.

La miro. ¿Pero quién es esta para opinar?

—Señorita Pérez, le agradecería que se ahorrara sus comentarios.

—Vale. Lo reconozco —dice, encogiéndose de hombros—. He opinado sobre algo de lo que no tenía que opinar. Pero al ver quién lo escribía, me he dejado llevar por mi impulsividad y...

—La impulsividad es algo que hay que saber controlar —le corto —, pues suele ir acompañada en muchas ocasiones de consecuencias.

Ella me mira.

—Por favor... qué rancio —sonríe.

¿Rancio? ¿Me acaba de llamar «rancio»?

La miro. Estoy por decirle cuatro cosas bien dichas, pero me freno porque sé que en el salón están mi abuela y mi familia.

—Esto era mi gimnasio, pero ahora es su habitación —le digo, señalando la estancia—. Cuando regrese de mi viaje puedo ordenar que lo pinten del color que usted quiera.

—Prefiero pintarlo yo.

—No hay necesidad. Tengo gente que...

—Si no te... le importa, señor Dávila —me corta—. Quiero hacerlo yo. Me gusta dar mi toque personal a mis espacios.

Cabezota. No solo es provocadora, impulsiva y contestona, sino que ahora veo que también es cabezota.

—Haga lo que quiera —me doy por vencido. No tengo ganas de discutir.

—¡Estupendo!

—Como ve, en la habitación solo hay una cama grande que he ordenado comprar. El resto ha de ponerlo a su gusto como queda reflejado en el contrato, cláusula cinco, punto tres. —Y sacándome algo del bolsillo, añado—: Con esto podrá comprar lo que desea.

Mira mi mano. En ella tengo una tarjeta de crédito.

—Oh, no. No hace falta. —Reconozco que me sorprende oír eso. Ella prosigue—: Con lo que me paga al mes, tengo para comprar algunos muebles y darle mi rollito a esta estancia. Total, tampoco pretendo gastar tanto. Solo serán seis meses.

—Los muebles de decoración no suelen ser baratos —insisto.

—Los que yo compre sí. E incluso los montaré yo misma.

—Por favor, coja la tarjeta y compre todo lo que necesite para la habitación.

—He dicho que no la voy a coger.

—Y yo he dicho que la coja.

Sonríe. Me percato del hoyuelo que le sale en el moflete izquierdo. Coge la tarjeta, la tira sobre la cama y murmura:

—Cogida. Tema solucionado.

Su sonrisa me descoloca. Ella me descoloca.

—Prométame que la usará si la necesita —insisto.

—Yo nunca prometo.

Tomo aire. Sus contestaciones me sacan de mis casillas.

—Por lo que respecta a estas tres semanas que voy a estar fuera, llamaré todos los días para hablar con mi abuela. A ella le diré que

usted y yo hemos hablado con anterioridad. Eso sí. Cualquier urgencia que ocurra, no dude en llamarme a la hora que sea.

—De acuerdo.

—Como imagino que mi abuela le preguntará por su vida privada, cuéntele algo que sea creíble y apúntelo en el cuaderno. Pero no mencione a su familia, por favor. Mi abuela es muy empática, y no quiero que se preocupe por personas a las que no va a conocer.

Esta vez asiente.

—Mi abuela tiene unos horarios muy estrictos relativos a las comidas y a la medicación. En esas hojas de Excel —le entrego una carpeta— lo tiene todo. Intente, cuando usted regrese del trabajo, ver que todo va como tiene que ir. Y, sobre todo, que esté tranquila. Para ella es importante la tranquilidad y el control. También creo que es importante que usted haga un *planning* de sus horarios de trabajo y lo coloque en la cocina. Necesitamos saber cuándo estará usted en casa o no. —Asiente. Mira las hojas de Excel que hay en la carpeta. Ahí le he apuntado todo lo que necesita saber para quedarse en la casa. Yo prosigo dándole instrucciones—: Si duerme usted tan cerca de mí es para que mi abuela crea que, aunque cada uno tenga su propio espacio, por las noches compartimos cama. Para no ser descubiertos, cerraré todas las noches el pestillo de mi habitación por dentro.

Hace otro gesto de asentimiento. Pasea por la habitación. Deja el cuaderno que le he dado sobre la cama y acercándose a una puerta, la abre.

—Uisss, por Diosssss. Pero si tengo baño privado y todo. ¡Qué chulada! —Oír aquello me hace sonreír, pero me reprimo; desde el interior del baño oigo sus exclamaciones de alegría—: ¡Me encanta la ducha! ¡Es muy funcional y moderna!

—Si alguna vez desea darse un baño, hay una enorme bañera en mi cuarto de baño, que puede utilizar cuando yo no esté.

Al oírme, asoma la cabeza por la puerta. Me mira. Creo que mi propuesta le ha sorprendido tanto como a mí mientras la decía.

—Gracias, pero no —rechaza—. Como creo que dice en la cláusula uno, punto siete, hemos de respetar el espacio personal de cada uno. Por lo que, tranquilo. Sé lo importante que es para usted el respeto de su espacio personal.

Vale. Está reflejado en el contrato y sé que lo dice por el día que no la dejé entrar en el baño de mi despacho, y algo molesto conmigo mismo, me doy la vuelta.

—Antes que mi gimnasio, este lugar fue la habitación de juegos de mi hermana y mía —le explico—. Pero hace años hice obras en la casa. Unifiqué esta habitación con la mía y la convertí en gimnasio.

—Siento mucho haberle jorobado el gimnasio —dice, saliendo del baño y soltándose el cabello.

—Tranquila. —Introduzco su pesada maleta en la habitación—. Prefiero salir a correr con mis perros por la urbanización.

En silencio, veo que se acerca a la ventana. Las vistas que tiene son tan bonitas como las mías.

—¿No es la mejor obra de arte que ha visto nunca? —pregunta, señalando las estrellas del cielo.

Boquiabierto, no sé qué decir. Las vistas son hermosas. El cielo con sus estrellas es maravilloso, pero yo, por mi trabajo, suelo ver arte impresionante todos los días.

—Un momento... un momento... —se percata de algo—. ¿Tengo que entrar a mi habitación por la puerta de tu..., digo, su habitación?

Afirmo con la cabeza. El gesto de ella no me gusta.

—Le aseguro que no la molestaré.

—Ya. Pero quizá yo sí te... le moleste a usted. Mis horarios de trabajo, dependiendo de dónde trabaje, a veces son...

—De eso tenemos que hablar. —Se apoya en la pared. Me mira. Yo me apoyo también y prosigo—: En el contrato, no recuerdo en qué clausula, dice que, si nuestro matrimonio queda al descubierto, usted no podrá trabajar en lugares como el sitio donde nos conocimos. Vamos, que no puede ser camarera y que ha de aparecer como mi mujer en los eventos en los que la necesite.

Mira el suelo. Observo su precioso pelo rojo. Le cae como una cascada alrededor de su rostro, y cuando se incorpora me fijo en su mirada. No es la mirada retadora a la que estoy acostumbrado.

—Su trabajo en el centro de niños no tiene por qué dejarlo —intento rebajar mi frialdad—. Puede continuar con él. Es más, creo que es una ocupación interesante y muy importante que...

—¿Tan problemático es que trabaje de camarera en un local o en un *catering*?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque nadie entendería que mi mujer trabajara en algo así. No tengo nada en contra de ese trabajo, que es tan digno como el mío. Pero, por favor, piénselo. ¿Quién se creería que mi mujer por las noches se dedica a poner copas o a servir *caterings*? Además, aunque hoy la prensa no la ha cazado, he de presentarla en sociedad.

—¿A mí?

—Sí. A usted.

—¡¿Por qué?!

—Ahora que todo el mundo sabe que me he casado, lo normal es que asistamos juntos a cenas, fiestas y eventos.

—No me jodas —murmura y, al ver cómo la miro, añade—: Lo sé. He de controlar mi vocabulario.

—Se lo agradecería.

Resopla. Intuyo que eso le incomoda, pero también sé que lo entiende. Si algo tengo claro es que la señorita Pérez de tonta tiene poco.

—La verdad, estoy un poco sobrepasada. —Se dirige a la cama y se sienta en ella—. Hoy ha sido uno de esos días locos y nada está saliendo como imaginé.

La entiendo. Tengo la misma sensación. Me pongo a su lado.

—Tiene toda la razón —me muestro de acuerdo—. Si mi abuela no hubiera filtrado nuestro enlace a la prensa, esto lo podríamos haber llevado de una manera discreta. Pero, por desgracia, no ha sido así, y ahora solo podemos intentar salvarlo de la mejor manera posible durante los próximos seis meses. Y esa manera es que usted, a ojos de todo el mundo, sea la mujer que imaginan.

Me mira. No sé por qué espero que me pregunte cuál es la mujer que imaginan, pero no lo hace. Se calla. La veo tocarse el anillo que le puse en el notario.

—Como ve, acerté con su medida —asevero.

Sonríe.

—Sí. Acertó —coincide, y se levanta de la cama—. Y reconozco que es un anillo muy bonito.

—Gracias —sonrío—. Me alegra saber que le gusta. Es un Cartier.

Me mira con cierta sorpresa. Después contempla su dedo y vuelve a girarse hacia mí.

—Cartier... de ¡¿Cartier?! —exclama. Yo asiento, y ella, quitándoselo, me lo entrega—. Tome, que no lo quiero perder. Con uno de Shein me hubiera valido.

Con el anillo en la mano no sé qué hacer. ¿Pero qué dice? ¿Por qué se lo quita?

—Póngaselo y déjese de tonterías. Ahora es mi mujer —replico con frialdad, dándoselo de nuevo.

Guardamos silencio mientras se lo vuelve a poner. Somos dos desconocidos a solas en una habitación y delante de una cama. Cuando he estado en una situación como esta con una mujer, siempre terminábamos arrugando las sábanas.

—Se lo devolveré cuando esto acabe —se empecina. No respondo. No digo nada. Lo que haga con el anillo me da igual—. ¿Puedo pedirle un favor? —inquiere de repente.

—Dígame.

Se toca el cabello. Parece tenerlo sedoso. Se lo echa hacia atrás.

—Cuando regrese de su viaje, ¿podríamos tutearnos, por favor?

—Señorita Pérez...

—A ver, señor Dávila —me corta—. Tengo que ser tu... su mujer durante seis meses. Casi cinco cuando regrese de su viaje. Y si nos vamos a tutear cuando estemos delante de otros, ¿por qué no hacerlo siempre? —La miro. Me mira, y agrega—: Que nos tuteemos no tiene ningún significado raro, de verdad. Ni yo me voy a enamorar de usted ni usted de mí. Pero tutearnos nos facilitará la vida y hará todo más fluido.

Me lo pienso. Esto es algo en lo que no había pensado. No busco intimidad con ella. Tampoco espero que sea mi amiga. Pero entiendo que no le falta razón.

—De acuerdo, señorita Pérez —claudico—. Cuando regrese, nos tutearemos.

—¡Genial!

Y, súbitamente, me abraza. Se tira a mi cuello y yo no sé por qué la agarro y paso mis manos alrededor de su cintura. Durante unos

segundos y sin mirarnos a la cara, nos abrazamos. Su cabello huele de maravilla. Su piel también.

—Uisss, disculpe —me suelta, azorada—. Yo es que soy muy de abrazos y de contacto físico.

—Yo no —aclaro, quitándome las gafas.

Un extraño silencio se origina entre los dos.

—¡Qué tarde! —lo rompe ella.

—Tardísimo —afirmo, confundido.

Ella se mueve por la habitación. Va hasta su maleta y la coge.

—Son las once de la noche y me levanto a las siete de la mañana. Esta semana tengo turno de mañana. Espero no molestarte... digo, molestarle.

—No se preocupe. Yo me levanto todos los días a las seis —respondo, aún confundido por el abrazo y por cómo me ha gustado su olor, y colocándome las puñeteras gafas—. Me gusta ir a correr antes de ir al trabajo. Que descanse, señorita Pérez.

—Buenas noches, señor Dávila, y que tenga un buen viaje.

Salgo de su habitación y cierro la puerta, y ya en la mía me dirijo a mi baño y me encierro en él. Me apoyo en la encimera del lavabo y mirándome en el espejo me pregunto:

—¿Por qué narices me he casado con esta mujer?

Capítulo 15

La marcha de Oliver para su viaje por Europa es rara, especialmente porque, para bien o para mal, por las noches he de regresar a su casa y hacerme pasar por su mujer. En menudo marrón me ha metido y él se ha quitado de en medio. ¡Anda que no es listo!

Por suerte, cuento con el apoyo de Rafa. El tío me llama por teléfono cada dos días. Se preocupa por mí y, la verdad, se lo agradezco. Ah, y voy apuntando en el cuaderno que don Controlador me ha dejado la información que me invento sobre nosotros, para que cuando este regrese la sepa y no meta la pata.

Nadie en mi trabajo sabe que me he casado, a excepción de Kaory y, desde luego, por mí, nadie lo va a saber. De hecho, no se lo he dicho ni a Lucas, y a él se lo cuento todo. Y más de veinte veces al día me miro el dedo para comprobar que el anillo de Cartier sigue ahí. No quiero perderlo. He mirado en Google lo que cuesta y hasta el estómago se me revolvió.

La noticia en prensa es que Oliver Dávila, el guapo y famoso galerista de arte, se ha casado y, por suerte, la prensa aún no me ha cazado.

En cuanto a la tarjeta de crédito que me dio, está metida en el armario. No pienso utilizarla. No quiero su dinero. Con lo que me ingresa al mes, me doy por satisfecha.

Mamá en la residencia está bien. Come. Está tranquila. Descansa. Sale al bonito jardín que allí tienen y pasea. Los profesionales la cuidan prestándole la atención que necesita, pero yo, cada vez que

voy a visitarla, me siento fatal. La razón me grita que estoy haciendo lo correcto, pero el corazón, que no entiende de razones, se me sigue resistiendo.

Pero con mente fría lo pienso y lo que dijo Kaory es verdad. Amar, en ocasiones, significa tomar decisiones que nos rompen el corazón en beneficio de la otra persona, y esta es una de ellas.

Ha pasado una semana desde que mi recién estrenado marido se marchó de viaje, y solo he hablado una vez con él. Fue hace dos días, al llegar de trabajar. Ágata lo tenía al teléfono y me lo pasó. Reconozco que ahí la fatiguita la pasé yo. Menudo papelón me tuve que inventar para parecer feliz y encantada de hablar con él delante de la abuela mientras él era un puñetero borde.

La casa está llena de obras de arte. Unas bonitas, otras pasables y más de una horrible no, ¡lo siguiente! De hecho, si las viera junto a un contenedor de basura, ahí se quedarían por lo feas y horribles que son.

En cuanto a Ágata, es una mujer encantadora, y mi relación con ella no puede ser mejor. Controlo, a través de la hoja de Excel, sus horarios, sus comidas, sus medicinas, que no se levante en exceso de la silla de ruedas, pero, cuando me pide un poco de manga ancha, se la doy. No todo en esta vida tiene que ser estricto control. Y lo sé tras haber cuidado a mi madre durante años. Eso sí, como se entere «el comisario del orden», me la monta.

Como era de esperar, Ágata me pregunta por mi vida, y yo le hablo de mi trabajo con los niños, que veo que le apasiona, y me cuenta que ella, cuando dirigía Galerías Dávila, colaboraba con ciertos centros de acogida. También me hace saber que desde hace años es Oliver quien se encarga de todo y le digo que lo sé, aunque realmente no sé nada.

En ocasiones, sé que a Ágata le gustaría que le hablara de mi familia, como ella me habla de la suya. Pero yo, como me pidió su nieto, lo omito, y ella no pregunta. Está claro que es respetuosa y discreta.

Por las noches, cuando se va a dormir y me quedo sola en el gran salón, ante la enormeeee televisión, lo disfruto. Aquí tienen todas las plataformas del mundo y quiero ver tantas series y películas que creo que me va a faltar tiempo. Pero mientras pueda aprovechar, pienso ver todo lo que pueda. Cuando regrese a mi casa, no tendré plataformas, aunque, bueno, a lo mejor ahora alguna me podré permitir.

Una noche, mientras charlamos Ágata y yo, me hace saber que le gusta la música. Que siempre fue muy bailona y que, como buena romántica, le apasionan los boleros. Saber eso me hace gracia. A mi madre le encantan los boleros, especialmente los que canta Luis Miguel.

Mamá, aun habiendo vivido el infierno que vivió con mi padre, siempre me dejó claro que no todos los hombres eran iguales. Y, aunque ella nunca volvió a tener otra relación, el romanticismo nunca la abandonó. Y bueno, de tanto escuchar aquellos románticos boleros, me gustan, incluso diría que soy una romántica, aunque no lo parezco y trato de disimularlo. En mis treinta y cinco años, nunca he tenido una gran historia de amor. He tenido rollos que han durado dos o tres meses, pero ninguno de ellos ha conseguido que yo me deje llevar. Creo que tengo el corazón blindado y, cuando me comienzan a atosigar, simplemente lo dejo. No lucho por continuar.

Encantada de ver a Ágata tan animada, pues odio pensar que está tan enferma, una noche, tras la cena, busco en mi Spotify varios boleros de esos de toda la vida. Se los pongo, y ambas los canturreamos mientras nos miramos divertidas. Esa noche, Ágata se

va a dormir con una sonrisa de oreja a oreja que me hace saber lo bien que se lo ha pasado cantando conmigo.

Al día siguiente, cuando regreso de trabajar, me dice que ella quiere tener también Esporroti para escuchar música desde su teléfono móvil.

¡¿Esporroti?!

Eso me hace reír a carcajadas, porque sé que se refiere a Spotify. Sin dudarlo, le bajo la aplicación y se la instalo en su teléfono. Espero que al estirado de su nieto no le parezca mal y no me la monte cuando se entere.

Tras la cena, al ver su emoción, le creo varias listas con la música que ella me pide y le incluyo un bolero actual titulado *Dos extraños*, de un cantante español llamado St. Pedro. Recuerdo que la primera vez que lo escuché, porque se presentó como candidato al Festival de Eurovisión, me encantó. ¡Es tan romántico!

Ágata lo escucha. Aquel bolero no le suena. Pero cuando se acaba me pide que se lo ponga otra vez y después otra. Eso me deja claro que, aunque no conocía la canción, le ha enamorado igual que a mí, y entonces me pregunta si a su nieto le gusta ese bolero y cuál es nuestra canción de amor.

De entrada, no sé qué decirle. Su pregunta me pilla por sorpresa. Como el bolero se llama *Dos extraños*, cosa que somos, pues me vengo arriba y le aseguro que le encanta y que es un romanticón en la intimidad. Oír eso a Ágata le hace sonreír abiertamente mientras yo me siento la mayor mentirosa del mundo. ¿Por qué he dicho eso? Ahora tendré que apuntarlo en el cuaderno, y el rancio flipará.

Ella me confiesa que la canción preferida de su marido y de ella era el bolero *Júrame*. Busco con rapidez esa canción en Spotify, cantada por Luis Miguel, y cuando comienza a sonar se lleva la mano al corazón y, cerrando los ojos, la comienza a cantar.

Como me la sé, la canto mientras veo en sus ojitos esa emoción cargada de recuerdos del pasado y me conmuevo con ella.

Al acabar la canción, la abrazo y, cuando nos separamos, la *jodía* no se ha olvidado de su pregunta y sigue queriendo saber qué canción romántica es especial para Oliver y para mí.

Rápidamente mi mente busca un tema. Y entonces recuerdo que Oliver me dijo eso del trato y el contrato, y aunque no es la canción más romántica del mundo, pero tiene su puntito, me decanto por una de mi amado Alejandro Sanz que se titula *Hicimos un trato*. Total. Es verdad. Oliver y yo ¡hicimos un trato!

Como Ágata no la conoce, me hace ponérsela. Quiere escucharla y lo hacemos en silencio. Mi corazón se acelera con este tema. Aisss, lo que me gustan las canciones de mi Alejandro. Y cuando se acaba, no sé si está más emocionada ella o yo. ¿Pero cómo puede ser tan bonita y dolorosa esa canción?

Esa noche le enseño a Ágata a buscar música en el teléfono móvil y ella aprende a una velocidad que me sorprende. A pesar de su edad y de su enfermedad, tiene una mente ágil. Incluso diría que más que la mía, que a veces me aturullo con las tecnologías. Y me parto de risa cuando llego al día siguiente y me la encuentro en la cocina con Altamira; Mónica, la señora del servicio, y José Luis escuchando la canción *Nuevayol*, de Bad Bunny.

¿En serioooooo?

Animada por verlos tan sonrientes, me pongo a bailar y Altamira se me une. Ágata, divertida al verme perrear, o al menos intentarlo, mueve las manos, y de improviso se levanta de la silla de ruedas y también se pone a bailar. José Luis y yo nos asustamos. ¿Pero qué hace? Mónica y Altamira se ríen a carcajadas.

Con cariño la regaño mientras José Luis y yo la sujetamos. No queremos que se caiga o su salud empeore. ¡Aguanta tú al nietísimo

si ocurre algo así! Ella, sonriendo, se vuelve a sentar en la silla mientras todos reímos a carcajadas, y Altamira y yo seguimos bailando.

En cuanto a los perros, Drako y Zorba, las armas para matar, los primeros días me miraban desde la distancia. En el fondo, era una extraña para ellos. Pero cuando descubrí por José Luis, el chófer, que las salchichas les gustaban, los chantajeé y ahora somos buenos amigos.

Capítulo 16

La segunda semana es caótica en el centro de menores y empeora cuando una tarde llaman para decirnos que han detenido a Lucas y a Josué. Apurados, mi compañero Roberto y yo vamos a la comisaría y allí nos enteramos de que los han detenido por haberse metido en una pelea.

¡La madre que los parió!

Cuando Lucas y Josué nos ven aparecer, veo en sus ojos gratitud, pero también enfado. ¡Nos hemos enterado!

Dos horas después, tras rellenar el papeleo correspondiente, los sacamos de la comisaría y los llevamos para el centro, donde la directora les echa la bronca del siglo y, por supuesto, yo también. No puede pasar algo así.

Acompaño a Lucas a su habitación, y Roberto, el otro compañero, se lleva a Josué. En el camino le voy echando la bronca a Lucas, pero este ni me mira. Le pregunto de mil formas para que me cuente el motivo de la pelea, pero nada. Está hermético. Pasa de mí.

En un momento dado, le recuerdo que me tiene que devolver los auriculares que le dejé y ni me contesta. Ni me mira. Nada. Eso me enciende más, pero me controlo.

Cuando Lucas desaparece en su habitación, resoplo. Aunque va de sobrado y de chulito, yo sé que es un buen chico. Nadie lo conoce como yo. Su rebeldía me recuerda a la mía a su edad y decido zanjar el tema por hoy. Al día siguiente volveré a la carga.

Esa tarde, cuando salgo del trabajo, me duele la cabeza. La tensión por lo ocurrido y que definitivamente se haya roto la televisión en el centro hacen que mis malditas migrañas vuelvan a aparecer. Y cuando llego a por el coche no sé qué hacer. Avisé a Ágata de que llegaría tarde, pues mi idea era ir a ver a mamá, pero hoy con la migraña no es buen día. Al final, decido ir a casa. A La Moraleja.

Arranco el coche y entonces Roberto me hace una seña. Espero a que se acerque y me dice que Josué le ha contado que Lucas se metió en la pelea para intentar recuperar unos auriculares rosas que yo le dejé. ¡Eso me sorprende! Al parecer, días atrás los llevaba puestos y un chulito del barrio se los quitó.

Saber aquello me hace sentir fatal y entiendo su mutismo cuando yo lo increpaba para que me los devolviera. Pobre. Qué mal rato estaría pasando. Y sinceramente lo último que yo quiero es que, por algo material como unos auriculares, Lucas se meta en problemas. Decido regresar para hablar con él, pero Roberto me lo impide. Bajo ningún concepto Josué puede saber que me lo ha contado, y mucho menos que Lucas se entere de que yo sé lo ocurrido.

Apenada por aquello, decido guardarle el secreto a Roberto. Sé lo necesario que es, para no perder la confianza de estos muchachos, y tras despedirme de él me dirijo a La Moraleja.

Al llegar a la casa, Mónica me dice que Ágata está con Altamira en su habitación y, al ir a entrar para saludar y controlar que se ha tomado la medicación como corresponde, por la puerta semiabierta veo algo que me sorprende.

Ágata está de pie apoyada en la ventana con total confianza mientras fuma un cigarrillo que tiene en las manos y el humo sale por su boca.

Boquiabierta, parpadeo. ¿La migraña me hace ver visiones?

Pero no. Vuelvo a mirar con más atención y lo confirmo, ¡está fumando y de pie!

Consciente de que he llegado antes de lo que ellas esperaban y están a su aire, veo cómo Ágata se mueve por la habitación con el cigarrillo en sus manos hablando y riendo. Sus pasos son seguros. Tranquilos. No se tambalea. No duda al caminar, y yo no entiendo nada.

Durante unos minutos observo aquello mientras intento entender. Luego, para advertirlas de que estoy allí, doy un golpe en la puerta y abro. Altamira le quita el cigarrillo a toda velocidad y viene corriendo hacia mí para que no pueda ver a Ágata. Como la buena actriz que es, me abraza, me hace un teatrillo de bienvenida y cuando vuelvo a ver a Ágata, está sentada en la cama.

¡La madre que la parió!

A pesar de haberlas descubierto, me hago la tonta mientras ellas, apuradas, hablan y dicen lo primero que se les ocurre. Su teatrillo me hace gracia y, tras comprobar que todo está en orden, les doy un beso y me voy a dar una ducha, aunque al entrar en la habitación saco mi cuaderno de sucesos, no el de don Controlador, y apunto aquello que es excepcional. Si dejo reflejado lo que he visto en el cuaderno del nietísimo, creo que la voy a liar.

A las ocho y media, cuando bajo, las dos me esperan para cenar. Ágata no está sentada en la silla de ruedas. Esta noche se apoya sobre un bastón y Altamira la sujeta. ¡Tendrán poca vergüenza!

No digo nada. Sigo haciéndome la tonta. Pero, al entrar en el salón antes que ellas y ver unas velas encendidas sobre la mesa, las apago y las retiro de mi vista. Cuando ellas entran en el comedor, nos sentamos y cenamos, como si allí no pasara nada excepcional.

Capítulo 17

Al día siguiente me encuentro con Lucas en el centro. Y solo con ver que él ni me mira, entiendo lo mal que se siente por haber perdido algo que yo le dejé. En varias ocasiones intento acercarme a él, pero me rehúye. Me encantaría decirle que los auriculares me dan igual, que lo único que me importa es que él esté bien, pero le he dicho a Roberto que no lo dejaría con el culo al aire, y me contengo.

Cuando salgo de trabajar, voy al centro de mujeres a dar la clase de defensa personal, y después me voy a ver a mamá. Hoy tiene un día de esos en los que tan pronto está enfadada como tranquila, y paso la tarde con ella. A las ocho llego a La Moraleja y allí están Lara y Altamira.

Lara es increíble, divertida, cariñosa, pero aturullante. Pasa de un tema a otro llamándome «¡cuñiiiii!», de «cuñada», y entiendo que vuelva loco a su hermano. El rato que estoy con ellas en el salón no puedo parar de reír mientras, incrédula, certifico que Lara y Oliver nada tienen que ver. Él es contenido, serio y diría que hasta soso, y ella es todo lo contrario. Loca. Impulsiva. Mordaz.

Esa noche cenamos las cuatro juntas, así que me pongo el anillo de Cartier. Al acabar, Lara se empeña en que la acompañe al concierto de su nuevo amor. El grupo se llama Distorsión Cerebral. En un principio me niego. ¿Pero cómo me voy a ir con alguien a quien apenas conozco? Pero Ágata y Altamira se empeñan en que tengo que salir y divertirme. Se ponen tan pesadas que al final

claudico y subo a mi habitación para cambiarme de ropa y pintarme un poco.

Pintándome la raya del ojo estoy cuando, al abrir mi rímel, veo que ha llegado a las últimas. Por ello y sabiendo que Ágata, aunque ahora no se maquilla, tiene de todo en su baño, voy hasta su habitación.

Allí, como imaginaba, encuentro de todo y de unas marcas carísimas. Chanel. Dior. ¡Qué pasote! Pero un botecito dorado llama mi atención. Lo cojo y leo: «Tez de muerte. Solo uso teatral». ¿Tez de muerte? Por Dios, qué nombrecito.

Me imagino que será de Altamira, ella es la que trabaja en el teatro. Curiosa, lo destapo, me echo una fina capita en mi mano y al extenderlo veo cómo mi piel se queda seca y blanquecina, como sin vida.

Uisss, no. No puede ser. No quiero creer lo que estoy pensando.

Acto seguido, lo huelo. Y entonces... No me jodas, ¡huele a cacao! ¡A chocolate negro!

Mi mente comienza a atar cabos. Detalles. La piel blanquecina de Ágata al principio. El olor a chocolate negro tan intenso que tenía y ahora no tiene. El verla fumando y caminando tan tranquila cuando ella apenas camina. Todo. Comienzo a unir todo y murmuro:

—Pedazo de brujas, ¿qué estáis haciendo?

Salgo con sigilo de la habitación. Y al acabar de arreglarme bajo al salón donde Lara me espera y, haciéndome la tonta de nuevo, nos vamos de copas. Eso sí. Sin apuntar en el cuaderno del mariscal del control lo descubierto.

Lara y yo vamos a una sala de conciertos de Madrid y en el camino ya me doy cuenta de que con ella puedo estar tranquila y bien. Nada más llegar a la sala me presenta a Piero, su novio, el cantante del grupo Distorsión Cerebral. Piero es un italiano enorme

lleno de tatuajes que habla español maravillosamente bien. No quiero ni imaginarme lo que pensaría Oliver si lo conociera. Pero cuando hablo con él me doy cuenta de lo respetuoso y encantador que es. Como hubiera dicho mi madre: «El hábito no hace al monje».

También me presenta al resto de la banda. Blas, Viviana, Cristina y Braulio. Todos son encantadores conmigo, en especial Braulio. Un andaluz que no para de mirarme y llamarme «nena». Cada vez que puede, aun sabiendo que soy la mujer del hermano de Lara, se acerca a mí y me tira la caña. Menudo peligro tiene este guaperas.

Pero, aunque estoy pasándomelo bien, no puedo dejar de pensar en lo que he descubierto. Está claro que Ágata, ayudada por Altamira, está haciendo algo que, bajo mi punto de vista, no está bien. Y comienzo a pensar si Lara también estará metida en el tema.

Con disimulo, le pregunto por la enfermedad de su abuela. Ella le quita importancia, y me responde que su abuela simplemente tiene los achaques propios de la edad, quizá con un poco más de entusiasmo de lo habitual. Y que su hermano lleva tiempo convencido de que la abuela ya ha pedido indicaciones para el final del túnel y solo está esperando a que le den paso. ¡Qué graciosa es esta mujer!

Su manera de expresarse me hace reír a carcajadas mientras soy consciente de dos cosas. La primera, que Altamira y Ágata son dos liantas de mucho cuidado. Y la segunda, que han conseguido engañar al señor Dávila, ¡animalillo, con lo listo y controlador que es él!

Decido olvidarme del tema y disfruto del concierto de Distorsión Cerebral. El grupo es tremendamente animado. Cantan canciones que todo el mundo conoce y junto a una alocada Lara me subo a

una mesa a bailar. Si nos viera su hermano, creo que se quitaría las gafas y hasta bizco se pondría.

Canto, bailo, grito, salto, bebo y aplaudo. Pocas veces he podido permitirme el lujo de ir de fiesta o de concierto, pues siempre he tenido que cuidar de mamá, pero hoy lo estoy dando todo y me lo estoy pasando genial.

Cuando termina el concierto, la sala está en lo más alto. Al bajarnos Lara y yo de la mesa, los típicos patosos se acercan a nosotras para vacilarnos y hacerse los listos, pero con el genio que veo que tiene Lara, más el que tengo yo, un poco más y terminamos todos en comisaría.

¡La que se lio cuando Braulio, cabreado, lanzó una mesa por los aires!

Cuando esa noche regreso a las tres de la mañana a casa con alguna copichuela de más, y sabiendo que me lo he pasado desfogándome como desde hacía tiempo, saludo a Drako y a Zorba, que se me acercan para que les dé chuches que llevo en el coche. Luego entro en la casa y voy derecha a la cocina para beber agua.

Estoy sedienta y eso es porque la bebida que nos han dado es de garrafón.

Abro el lavavajillas para meter mi vaso y no sé por qué no me sorprendo al ver dos copas sucias de vino. Curiosa, las observo. Una es de Altamira. Lo sé por el carmín rojo. Y la otra no lo confirmo, pero intuyo que es de Ágata. Me juego la mano y creo que no la pierdo.

Capítulo 18

Pasan los días. Rafa continúa llamándome cada dos días para saber si necesito algo, con Oliver no he vuelto a hablar, y ahora también me llama Lara para saber de mí. Está visto que la noche que hemos pasado juntas nos ha hermanado, y estoy deseando que Distorsión Cerebral dé otro concierto para volver a asistir.

En el centro de acogida todo funciona con normalidad, pero a Lucas lo noto como ausente. Alguno de los días lo veo regresar a última hora con su *skate* bajo el brazo y, cuando le pregunto de dónde viene, él me dice que de entrenar. Pero es mentira. Lo sé. ¿Por qué lo sé? No lo sé. Pero miente.

Esos días me mira como si quisiera decirme algo, pero no lo hace. ¿Será que me quiere contar lo de los auriculares?

En la casa de La Moraleja y sintiéndome la agente 007, observo los movimientos de Ágata y Altamira, y me doy cuenta de que Mónica, la señora interna de la casa, también está metida en el ajo. No me lo puedo creer, ¡¿Mónica también?!

Y lo sé porque parece un heraldo real. Cada vez que me ve aparecer, anuncia mi nombre en voz alta para que las otras la oigan. Y si ya estaba poco sorprendida con ella, también descubro que el médico, don Nicanor, ese hombre de mirada bonachona, amigo de la familia de toda la vida y con más años que Matusalén, es el cuarto compinche.

Madre mía..., ¡madre mía! Menuda red de maldad tienen aquí.

Y entonces se me ocurre que, para entender bien lo que pasa, lo primero que tengo que hacer es quitar de la cocina el *planning* que Oliver me ordenó hacer con mis horarios de trabajo. Que no sepan cuándo entro y salgo de la casa es primordial. Quiero que se confíen. Y lo hago, ¡vaya si lo hago!

Una mañana, cuando se creen que me he ido a trabajar, escucho una conversación entre los cuatro que me deja clara toda la trama del culebrón. La gravísima enfermedad que don Nicanor le ha adjudicado a Ágata es mentira, y, como ya imaginaba, el color de su piel y las ojeras se deben a que Altamira no es solo una excelente actriz, sino también una excelente maquilladora. Boquiabierta los escucho hablar sobre lo que tienen que ir diciéndole a Oliver mientras Ágata mejora día a día. Total, ella ya ha conseguido que su nieto se casara.

¡La madre que la trajo!

¿En serio se han inventado todo aquello para que Oliver pasara por la vicaría?

Agobiada por saber aquello que no esperaba, antes de marcharme, coloco el *planning* de mis horarios de nuevo en la cocina y salgo de la casa mientras pienso en que, como Oliver se entere de eso, por mucho que la quiera, ¡la descuartiza! A su abuela y al resto.

Esa noche, cuando Oliver llama para hablar con su abuela, Ágata, la muy cuca, se aleja de mí para conversar con él.

Como la agente 007 que me siento, escucho su conversación y le oigo decir que está mucho mejor, aunque sigue teniendo algo de fatiguita. Peroooo, y aquí está lo bueno, que como cada día se encuentra mejor, don Nicanor le ha hecho unos análisis y los resultados han sido tan buenos que el médico le ha retirado parte de la medicación.

No puedo oír a Oliver, pero, por las risas de su abuela, intuyo su felicidad. Pobrecito, ¡qué engañado está! Pero yo, ¡chitón! No digo ni mu. He decidido que pasen los meses y cuando se acabe mi contrato, ¡adiós muy buenas!

Los siguientes días veo cómo la superactriz Ágata va mejorando. Su cara ha pasado del color ceniza a otro de lo más normal. Y yo, como si no supiera nada, me alegro y la animo. ¡Qué falsa soy!

En nuestras conversaciones me habla de su vida y me cuenta cómo conoció a su marido. ¡Qué historiaza de amor, por favor!

Le encanta contarme intimidades de Oliver, como que cuando era pequeño tenía la piel atópica o que no le gustan los tomatitos cherri, porque cuando los come, le pica la lengua. Uf... con lo que me gustan a mí.

Oliver, el gran engañado del momento, regresa de su viaje.

El día que entra por la puerta justo yo me voy a trabajar y, al estar su abuela y Altamira delante, corro hacia él como si fuera el amor de mi vida. Me cuelgo de él como un mono y le murmuro al oído:

—En el primer cajón de la cómoda de tu habitación está el cuaderno con todas las anotaciones que le he contado a tu abuela. Y sí. He exagerado en algunas, pero, chico, ¡es lo que hay!

Mi falso marido, tieso como una vara, asiente y me sujeta ante su abuela y Altamira con sus manos en mi trasero, e intuyo que no entiende a qué se debe mi efusividad. La verdad, yo tampoco. Me besa porque yo lo beso, y cuando nuestros labios se separan y mis pies tocan el suelo, sorprendiéndome, me da un azote en el trasero que me hace mirarlo con cara de ¡no te pases! Y mientras camino hacia mi coche, le guiño un ojo con picardía mientras le aseguro que lo veré esa noche.

Ya desde mi vehículo compruebo la alegría de Oliver en su rostro. Sé que le alegra muchísimo ver a su abuela con aquel buen color de

piel y de pie, solo ayudada por un bastón, y, de pronto, me siento mal. Fatal.

Ágata le oculta a su nieto algo que yo sé. Oliver le oculta a su abuela algo que yo sé. Pero yo también tengo lo mío porque engaño a Ágata haciendo creer que soy el amor de su nieto y engaño a Oliver por no contarle lo que sé con respecto a su abuela.

¿Pero en qué lío me estoy metiendo?

Capítulo 19

El regreso de Oliver me resulta bastante extraño. Con él en la casa ya no tengo la libertad de entrar y salir de la habitación como lo he estado haciendo y he de llevar puesto el anillo de Cartier todo el rato. Eso me joroba. Es más, cuando ahora me levanto por las mañanas, después de ducharme y vestirme, cuento hasta diez antes de abrir la maldita puerta que me separa de su habitación. Por suerte, él nunca está en ella, y yo salgo a toda mecha. Tampoco me ha dicho nada sobre lo que he apuntado en el cuaderno. Espero que no le parezca mal.

A las ocho menos diez, los días que tengo turno de mañana, entro en la cocina y allí me encuentro con Mónica. Otra de las compinches de Ágata. Como siempre, es cariñosísima y está nerviosa porque su hija está a punto de tener un bebé. Y, aunque le hago saber que yo solita me puedo preparar el café y mis tostadas, ella no me deja. Me repite mil veces que es su trabajo y, al final, por no discutir, me doy por vencida. Eso sí. Me guarda el secreto de que mientras me lo prepara les doy salchichas a los perros.

Cada mañana, mientras desayuno con Ágata en el salón, veo llegar a Oliver seguido de Zorba y Drako. Vienen de correr. Él sabe que estoy con su abuela desayunando. Lo sabe porque los dos primeros días, después de regresar de su viaje, al entrar me encontró allí, pero a partir del tercero entra por la cocina. Imagino que lo hace para no tropezarse conmigo. Los dos días que

coincidimos, tuvimos que besarnos en la boca, al estar su abuela delante, y eso es lo que intuyo evita.

Por las noches más de lo mismo. Disimulo delante de ellos. Me comporto como la mujercita ideal y después me voy a mi habitación a leer. Me encanta leer novela romántica.

Hoy he tenido turno de mañana en el centro, por lo que, cuando salgo a las tres de la tarde de mi trabajo, aunque llueve a mares, me monto en mi coche y primero me voy a encargar la pintura y todo lo necesario para pintar mi habitación. Después me voy a Móstoles a ver a mamá. Hoy no tengo prisa en regresar a la casa de La Moraleja, pues sé que Ágata está con Altamira y las dejo para que se tomen su vinito, ya que Oliver tiene una cena de trabajo y llegará tarde.

Disfruto durante más horas de estar con mamá, que hoy está tranquila. Le hablo. Le pongo su música preferida. Ella me observa. Y como he comprado estrellitas fluorescentes, subida a una silla se las pego en el techo. Sé cuánto le gustan. A las ocho, cuando vienen a darle la cena, me despido con un beso y me marcho. Sé que ha de ser así.

Ya en mi coche, me quedo un rato allí, sin moverme. Cada vez que salgo de la residencia de ver a mamá tengo el corazón encogido. Siempre he cuidado yo de ella y la situación aún se me hace rara. Extraña.

El teléfono me suena. Es Alberto para ofrecerme varios trabajos por horas y le digo a todo que no. Eso le sorprende. Es la primera vez que un «no» sale de mi boca, pero no pregunta. Imaginará que me es imposible.

Sigue lloviendo a mares, pero, por suerte, no hay rayos ni truenos. Arranco el vehículo y conduzco hasta mi casa. A la mía. No a la de Oliver. Allí, tras saludar a mi vecina Sabina, tomarme un refresco e

indicarle que mamá está bien, entro en mi casa. Y se me cae encima. Estoy sola. Sin mamá. Y la verdad, esa sensación no me gusta, pero he de acostumbrarme. Mamá nunca va a regresar.

Eso hace que se me llenen los ojos de lágrimas, y dejándome llevar por el momento al estar sola, me permito llorar mientras miro el dibujo de Andy enmarcado en la pared. Acurrucada en la cama articulada que aún huele a mamá, lloro y me lamento. ¿Por qué la vida se ha cebado así con mamá y conmigo? Sin darme cuenta, me quedo dormida, hasta que súbitamente el sonido de mi móvil me despierta.

Abro los ojos de inmediato. Cojo el teléfono y al mirarlo leo «Patatita gruñona». ¿Por qué me llama Oliver?

—Hola, ¿qué ocurre? —respondo.

—La pregunta correcta sería ¿qué te ocurre a ti? ¿Has visto qué hora es? —Con rapidez, miro mi reloj. Son las once y media de la noche, y, boquiabierta por cómo ha pasado el tiempo, voy a hablar cuando él dice—: Estoy en una cena de trabajo y mi abuela me ha llamado histérica porque no sabe dónde estás. ¿Pero cómo no la avisas de que vas a llegar tarde?

No sé qué responder. Me he quedado frita y no tengo ninguna llamada perdida de Ágata. Me levanto de la cama articulada de mamá.

—Dile que ya voy para casa —le digo.

La conversación se interrumpe. ¿Me ha colgado? ¿En serio me ha colgado?

Vale. No me ha preguntado dónde estoy. No le interesa. ¿¡Pero me ha cortado!?

Si hay algo que odio en esta vida es eso, ¡que me cuelguen el teléfono! Y lo odio porque Vicente, cuando nos localizaba, llamaba desde la cárcel para insultarnos y hacernos saber que nos había

cazado y después colgaba. Por lo que marco su teléfono y, cuando lo coge, siseó con la peor de mis rebabas:

—Mire, señor Dávila. Si hay algo que me toca los ovarios y que saca la loca malhablada que hay en mí es que me cuelguen el teléfono. Por lo tanto, evítelo si no quiere oír cosas que no desea, ¿me ha entendido?

Oigo su respiración. Seguro que mi actitud ahora lo ha encabronado a él.

—¿Algo más o puedo cortar la comunicación? —pregunta con voz tensa.

—Puede cortar.

El teléfono de nuevo se queda mudo. Tomo aire. Con rapidez recojo las cuatro cosas que había ido a buscar, entre ellas el dibujo de Andy, me dirijo a mi coche y luego pongo rumbo a La Moraleja.

Cuando llego ya no llueve. Abro con mi mando a distancia la verja, Drako y Zorba corren hacia mi coche rápidamente. Verlos siempre me alegra.

Cuando me bajo, los perros me comen a besos y yo me los como a ellos. Pero ¿cómo pueden ser tan peluchitos?

Encantados, me dan cabezazos para llamar mi atención. A su manera, me hacen saber que quieren sus chuches diarias. Y yo, que llevo una bolsa de chuches para perros en el coche, se las doy con gusto.

Aún estoy sonriendo cuando oigo detrás de mí.

—Aisss, hija de mi vida, ¡qué nerviosa me tenías!

Al mirar, veo a Ágata. Guardo las chuches de los perros para que no las vea.

—Por Dios, Ágata —la riño cariñosamente al verla allí—. ¿Qué haces aquí con el mal tiempo que hace y de pie sin el bastón?

La mujer se acerca a mí y me da un abrazo.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde estabas? —me pregunta—. Con el mal día que ha hecho, ya te imaginaba tirada en cualquier cuneta sangrando y sin vida.

—Pero, Ágata, ¡qué dices! —me río.

Ella toma aire y mueve la cabeza de arriba abajo mientras yo paso mi mano por su cintura para sujetarla, aunque sé que no lo necesita.

—Lo sé. Mi vena dramática. Larita la ha heredado de mí, pero es que estaba muy preocupada imaginando el peor de los escenarios.

Sonriendo y acompañada por los perretes, nos dirigimos a la casa. Al llegar a la puerta, ellos, como siempre, se paran. Saben que no pueden entrar.

—Salí del trabajo y me fui con mi amiga Kaory y su marido —le miento.

La mujer asiente y, cuando entramos en el salón y hago que se siente en una silla, cojo su teléfono móvil. Necesito saber que tiene bien grabado mi número.

—¿Por qué no me has llamado a mí y has llamado a Oliver? —pregunto.

La mujer se encoge de hombros, no responde a mi pregunta, pero dice:

—Te tengo guardada como «Yuls nieta».

Oír eso me hace gracia.

—¿Acaso tienes otra Yuls en tu vida? —inquiero con una sonrisa.

Ella también sonríe, divertida, y luego amaga un bostezo.

—Venga. A dormir. Te acompaño a tu habitación.

—No hace falta, hija. Puedo subir sola.

—Tengo que subir a ducharme. Necesito una ducha. Venga, subamos.

Me agacho para coger la bolsa que he traído de mi casa y cuando me quiero dar cuenta Ágata ya está subiendo las escaleras. La sigo.

Lo hace a buen ritmo. No con la lentitud que simula cuando Oliver está presente, pero no digo nada. Simplemente subo con ella y, cuando llegamos ante su habitación, me da un beso en la mejilla como los que mamá me daba cuando nos íbamos a dormir.

—Que descanses, mi vida —se despide.

—Tú también, Ágata.

Cuando desaparece, yo continúo por el pasillo hasta mi habitación. Al entrar, el olor a Oliver invade mis fosas nasales y miro su espacio. Como siempre, todo está perfectamente ordenado. ¡Hasta los cojines! Por lo que me acerco a la cama y descoloco uno de ellos. Bueno, dos.

Observo los cuadros que tiene colgados en las paredes. Algunos son bonitos, pero otros, para mi gusto, no hay por dónde cogerlos. Conociéndolo, seguro que son obras de arte carísimas, pero la verdad, algunas son tan feas ¡que ni regaladas yo las pondría!

Acabado mi momento curioso, entro en mi habitación. Dejo la bolsa sobre mi maleta y tras desnudarme me meto en la ducha. ¡Qué gustazo!

Al terminar, me pongo mi pijama de pantalón corto y camiseta y entonces las tripas me comienzan a rugir. Normal. No he cenado. Miro el reloj. La una y doce minutos. Es tardísimo, pero estoy tranquila, pues es viernes y el fin de semana libro. Mi plan es pintar la habitación el sábado, y el domingo terminarla por la mañana y después ir a ver a mamá.

Las tripas vuelven a hacer ruido y, como me conozco, sé que tengo que comer cualquier cosa o no dormiré. Soy de las que no se pueden acostar con hambre. Por ello, salgo con cuidado de mi habitación, cruzo la de Oliver, le descoloco otro cojín, y en la semioscuridad me dirijo a la cocina.

Enciendo la luz de la campana en lugar de la del techo. No necesito más. Abro el frigorífico. Miro las opciones y se me antoja una tortilla francesa con patatitas. Sin dudarlo, me pongo manos a la obra. Cojo una patata y la pelo mientras el aceite en la sartén se calienta.

Al terminar, echo las patatas a la sartén y, mientras bato los huevos, coloco estratégicamente mi teléfono móvil sobre la encimera para ver mi serie favorita, *This Is Us*. Aunque la he visto ya tres veces, me resulta tan emotiva que no me importa repetir.

—¿Me puedes explicar qué estás haciendo?

Al oír la voz de Oliver doy un salto. ¡Joder, qué susto!

No lo esperaba. Y al verlo apoyado en la puerta de la cocina, tan elegante con su traje gris marengo y su mirada acusadora, respondo con dejadez:

—Poniendo la lavadora. —Levanta las cejas. Vale. Ya le ha incomodado lo que he dicho y, cuando enciende la luz de la cocina y todo se ilumina, pregunto—: ¿Puedes apagarla?

Sin cuestionar, lo hace. Vaya. Ha obedecido sin rechistar. De nuevo la cocina se queda solo iluminada con la luz de la campana.

—Tengo hambre y me estoy haciendo una tortilla con patatas —digo.

—¿A estas horas?

Cabeceo con firmeza; él se quita las gafas.

—Es la una y veinticinco de la madrugada —me ilustra.

—¡Una hora perfecta para comer cuando se tiene hambre!

Sonrío. Él no. No sé dónde tiene este hombre el sentido del humor.

—El horario de la cena es de ocho de la tarde a diez de la noche —vuelve a ilustrarme.

Asiento. Lo recuerdo. Lo pone en la hoja de Excel.

—Y el de la comida es de una a tres y el desayuno de siete a nueve —respondo, al tiempo que saco las patatas de la sartén—. Perooooooo... si no he cenado y tengo hambre, lo siento, pero me salto el contrato, ¡denúnciame!

Lo oigo resoplar. Ni lo miro. Él y sus jodidas normas.

Estará pensando lo peor de mí. Echo el huevo en la sartén para hacer la tortilla. Después la saco y la pongo junto a las patatas.

—¿Gustas?

—No, gracias. Que aproveche. Buenas noches.

Anda. Mira qué educadito es el pedazo de borde. Y sin más, sale de la cocina.

Con tranquilidad, agarro mi teléfono móvil junto al plato y un tenedor. Me siento en la mesa que hay en la cocina y ataco mi estupenda cena mientras sigo visionando la serie en mi móvil.

Cuando acabo y dejo la cocina totalmente ordenada, para que Mónica no pueda decir nada al respecto, decido fumarme un cigarrillo antes de subirme a la habitación.

Voy hasta el salón. Y sin encender las luces me dirijo hacia el ventanal del fondo. Con cuidado abro la puerta del ventanal y salgo a la terraza, que está empapada por la lluvia, dejo mi teléfono móvil sobre una mesita, me apoyo en la pared y me enciendo el cigarro.

Miro hacia el cielo. A pesar de la lluvia que ha caído durante todo el día, el cielo está totalmente despejado y las estrellas se ven con mucha claridad. Apoyada en la pared, pienso en mamá. A ella le encantaría mirar un cielo tan estrellado como el de esta noche.

—¿No piensas subir a dormir? —oigo a mi espalda.

¡Joder, qué susto otra vez!

Y mirando a su excelencia, que ahora ya no lleva la americana ni la corbata, suelto el humo de mi boca.

—Sí. Cuando termine. —Le señalo el cigarrillo.

—¿Qué haces fumando? ¿Acaso no recuerdas que está prohibido fumar en la casa?

Tiene razón. Cláusula no sé qué, punto no sé cuántos; prohibido fumar en la casa.

—Estoy en el exterior de la casa —rebato—. En la terraza.

—¿La terraza no es parte de la casa?

Vale. Cuando alguien quiere buscar las cosquillas, se las ingenia de cualquier manera, y está visto que este me las quiere buscar. De todas formas, entiendo que discutir con él no es algo que me apetezca porque es su casa, y tengo todas las de perder. Me agacho. Mojo el cigarrillo en el pequeño charco de agua que hay en el suelo. Y una vez que se apaga, lo estrujo en mi mano.

—Se acabó el cigarrillo —digo—. Dos denuncias en una noche es mucho para mí.

Acto seguido, paso por su lado y me encamino hacia las escaleras. Sin mirar atrás, sé que me sigue. Oigo sus pasos. Y cuando llego a la puerta que da a nuestras habitaciones, la abro y voy hacia mi habitación. Abro. Entro y cierro. Y como no tiene pestillo, pongo la maleta delante de la puerta.

Instantes después lo oigo entrar a él en su habitación y cerrar la puerta.

Luego tiro la colilla al inodoro, me lavo las manos y los dientes y coloco la lucecita que ilumina tenuemente la habitación. No puedo dormir a oscuras. Después, me tumbo en la cama, y con cariño saco de debajo de la almohada al zeñor Ozito. Han pasado veinte años, pero sigue conmigo.

Durante un rato pienso en cosas de mi trabajo. Hoy, Fernando y Mila, de servicios sociales, nos trajeron a dos niños. Mía y Adán. Dos hermanos de tres y seis años. Sus padres los habían abandonado en la estación de autobuses. El miedo y la incertidumbre que estos críos

traen cuando llegan al centro siempre me encoge el corazón. Y, aunque sé que en unos días para ellos todo comenzará a cambiar para bien, me duele mucho cuando me preguntan si vendrán su mamá y su papá.

Estoy pensando en todo eso cuando de pronto maldigo al darme cuenta de que me he dejado el teléfono en la mesa de la terraza.

Me agobio. Aunque dudo que vuelva a llover, no me hace gracia que esté toda la noche a la intemperie. Pero, claro, para ir a por él, he de pasar por la habitación del borde y, como sé que está dentro, me da un apuro enorme. Instintivamente, voy a la ventana. La abro. La terraza donde me he dejado el teléfono está al otro lado de la casa y descarto la posibilidad de bajar por allí. Está demasiado alto.

Camino de un lado a otro de la habitación mientras hago tiempo para que se duerma. Y a las dos y cuarto, cuando ya no puedo más, con cuidado, muevo la maleta y abro la puerta. La habitación de Oliver está totalmente a oscuras y en silencio. Sin duda está dormido.

Con cuidado y a cámara lenta para hacer el mínimo ruido, salgo de mi habitación, cierro con cuidado la puerta y de puntillas recorro su habitación hasta llegar a la puerta. De nuevo con lentitud y cuidado quito el pestillo y consigo salir.

Ya en el pasillo suspiro y sonrío. ¡Lo he conseguido! Bajo las escaleras, voy hasta el salón y abro la puerta del ventanal.

—Que sepas que me acabo de jugar la vida por ti —le susurro al móvil, mirándolo.

Tras cerrar el ventanal, inicio el camino a la inversa. Ahora toca volver a entrar en la habitación de él para llegar a la mía, pero ahora que sé que está dormido todo será más fácil. Así que abro la puerta con cuidado, entro, cierro. Echo el pestillo. Y cuando estoy caminando de puntillas, me sobresalta una voz.

—¿Qué se supone que está haciendo, señorita Pérez?

A oscuras doy un salto por el susto y sin poder evitarlo pego un grito. El teléfono móvil se me escapa de las manos. Cae al suelo originando un sonoro estruendo. Y yo sufro. Menudo porrazo se ha metido el pobre.

La luz de la lamparita de la mesilla se enciende. Y entonces veo a Oliver sentado en la cama, con un pantalón negro largo y con el torso desnudo.

Uissss, ¡qué tentador!

Se levanta de la cama. ¡Woooo, qué misilazooooooooo!

Inconscientemente, mis descarados ojos, a pesar de la media luz, recorren su cuerpo. ¡Madre mía, qué sexi! Pero, un tanto azorada por lo que estoy pensando, me agacho y cojo mi teléfono móvil del suelo.

—Lo siento... Siento haberte despertado —murmuro, acercándome a él—. Se me olvidó el teléfono móvil en la mesa de la terraza y necesitaba ir a por él.

Me mira. Uisss, cómo me mira. Con gafas es sexi, pero, sin gafas y despeinado, es locamente tentador.

No habla. Solo me observa con ese gesto suyo tan demoledor.

—Barajé la posibilidad de bajar por la ventana, pero...

—¿Barajaste la posibilidad de bajar por la ventana?

—Sí.

—¿Pero estás loca?

Intentando que mis ojos no se distraigan con esos abdominales, que, oye, gritan «tócame», asiento, encantada de que me tutee.

—La verdad. En ocasiones, algo loca estoy. No te voy a mentir.

La comisura de la boca se le curva hacia arriba. Sonríe.

¡¿Está sonriendo de verdad?! ¿Ha bebido? ¿O quizá he bebido yo?

E impresionada por todo él en general, veo que deja su teléfono sobre la cama.

—Espero que esa locura no permita que vuelvas a barajar la posibilidad de lanzarte por la ventana —dice.

Su voz. Su voz de pronto se me antoja provocadora. Aquel tono bajo en el que me habla hace que toda la piel de mi cuerpo se erice y, cuando voy a responder, suena un wasap. De forma instintiva, miro al móvil, que se ha iluminado sobre la cama, y leo:

> Vanessa
> Amor. Me gustó verte anoche. Ven cuando quieras a casa para hablar o lo que se nos antoje.

Leer aquello me molesta y, sabiendo que él ha visto el mensaje al igual que yo, doy un paso atrás.

—Siento haberte despertado —me disculpo—. No era mi intención.

En la semioscuridad de la habitación nos miramos.

—Creo que debemos descansar —afirma, tras unos cuantos segundos un tanto extraños.

Estoy totalmente de acuerdo con él y, tras dedicarle una última sonrisita, me dirijo hacia mi habitación, entro, cierro y coloco mi maleta bloqueando la puerta.

Acalorada, me meto en el baño. Allí me echo agua en la cara, en el cuello, y mirándome en el espejo me advierto:

—Yuls Pérez. Que te quede bien clarito que lo verás, pero no lo tocarás. Recuerda. Este es de los que demandan.

Capítulo 20

A mediados de abril estoy sumergido en mi trabajo.

Por suerte para mí, mis galerías funcionan a pleno rendimiento y no me puedo quejar.

Tras acabar la reunión que he tenido con mi equipo, para decidir qué exposiciones exhibiremos en nuestras galerías en unos meses, regreso a mi despacho.

—Su mujer lo espera en su despacho —me anuncia mi secretaria cuando me ve aparecer.

¡¿Mi mujer?!

Ah, sí. Que estoy casado.

Sorprendido, asiento y acelero el paso. ¿Habrá sucedido algo? Es la primera vez que la señorita Pérez se presenta en mi despacho.

Cuando entro, me la encuentro mirando por la ventana. Su aspecto es tranquilo. Relajada, sonríe al verme.

—Las vistas desde aquí son preciosas —dice.

Lo sé.

—¿Ha pasado algo? —pregunto mientras dejo sobre la mesa la carpeta que llevo en las manos.

—No.

—¿Habíamos quedado?

Esta niega con la cabeza.

—No. —Se apoya en la mesa.

—¿Entonces?

—Quería hablar contigo y de paso te traje unos riquísimos cruasanes que hacen en el horno que hay enfrente de mi trabajo. Están en esa bolsita.

—Estoy muy ocupado.

—Serán unos minutos.

—No dispongo de esos minutos.

Me arrepiento de mis palabras tan pronto salen de mi boca. No son formas. Entonces el silencio toma el despacho. La miro.

—Visto lo visto, los cruasanes me los como yo —suelta.

Mientras camina hacia la silla para coger su mochila y la bolsita me siento mal. No he sido agradable.

—Yuls, espera un segundo —le pido.

—La que no tiene ahora el segundo para ti, soy yo.

Se encamina hacia la puerta y entonces mis piernas, como si tuvieran vida propia, van hasta ella. La agarro del brazo para que se detenga. Se da la vuelta y me mira.

—¿Para qué has venido? —quiero saber. No contesta. En su mirada ha vuelto a aparecer ese brillo retador. Yo insisto—: ¿Qué quieres?

—Que dejes de ser tan frío, rancio y antipático. —Aquellos adjetivos calificativos me molestan. Me incomodan. Pero sé que tiene razón porque no es la primera vez que los oigo. Voy a decir algo, pero ella continúa—: Ser impulsiva, como dijiste, trae consecuencias. Y mi consecuencia es que te ha molestado verme por aquí. Por lo tanto, adiós, *arrivederci* o, mejor dicho, ¡que te den!

Tomo aire. Me merezco lo que me dice. Soy un idiota. Me guste o no, ella siempre es agradable y risueña conmigo.

—Lo siento —murmuro. Levanta las cejas, y añado—: Te pido disculpas por mi comportamiento. Por favor, acéptalas.

Me mira. No habla. Se lo piensa.

—Si vuelves a tratarme así, no te las voy a aceptar —dice finalmente.

—De acuerdo —afirmo.

Regresamos hasta mi mesa en silencio. La rodeo y me siento. Ella coge una de las sillas que están frente a mí y antes de sentarse la ladea. Es algo que ya la he visto hacer más veces y me llama la atención.

—¿Por qué siempre ladeas la silla cuando vienes al despacho? —me intereso.

—Uisss... pues no lo sé —responde enseguida.

En su gesto veo esa expresión desafiante con la que siempre me mira.

—¿Qué querías hablar conmigo? —pregunto, deseoso de terminar con aquel encuentro.

—Verás. Como bien sabes, trabajo para un centro de acogida de menores. Y, la verdad, no voy a andarme con rodeos, nos vendría muy bien que el señor Dávila, o Galerías Dávila, nos echara una manita con ciertas cositas. Eso sí, nadie puede saber que eres mi marido. —Levanto la mano para detenerla, pero ella prosigue—: Lo sé. Tengo más morro que potorro, pero si nos pudieras comprar una televisión nueva para el centro, o algún ordenador, nos vendría de lujo. Se nos ha roto la televisión y a los peques les gusta ver sus dibujos por la tarde y, la verdad, no tenerla es complicado. —La miro sorprendido por lo que ha dicho del ¿potorro? cuando añade—: Con parte del dinero que me ingresas al mes, yo misma compro material de papelería porque lo que tenemos para los peques está de pena. Pero la tele y los ordenadores se me escapan del presupuesto. Si te pido esto es porque dijiste que en ocasiones colaborabas con alguna asociación u ONG. Y bueno, en el centro donde trabajo, nos hacen

falta un montón de cosas para los chavales. Y si pudiéramos contar contigo, pues sería ¡genial!

—Si mal no recuerdo, te di una tarjeta de crédito para tus gastos.

—Así es.

—¿Y por qué no la utilizas?

—Porque el dinero que hay en esa tarjeta no es mío.

Me sorprendo. Reconozco que no esperaba una contestación así. Ella me mira con su desparpajo habitual y, cuando voy a responder, suenan unos golpes en la puerta y mi secretaria, Diana, entra.

Con profesionalidad, deja unos papeles sobre mi mesa que me indica que he de firmar y cuando se va a marchar oigo que Yuls pregunta:

—Diana, ¿qué te ha pasado en la mano?

Mi secretaria se queda paralizada. Lleva una férula en uno de sus dedos.

—Un mal movimiento —contesta.

Yuls la mira. ¿Por qué la mira así?

Diana se ha ruborizado. ¿Pero qué le pasa?

—Si necesitas algo, aquí estoy —le dice Yuls.

—Gracias, señora Dávila.

—Soy Yuls, por favor.

Mi secretaria, apurada, asiente y, cuando se marcha, Yuls me pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleva Diana trabajando contigo?

—Siete años.

—¿Y qué sabes de su vida? —Levanto las cejas, y ella insiste—: ¿Está soltera? ¿Casada? ¿Tiene hijos? ¿Perro? ¿Gato?

No puedo evitar una cierta incomodidad. Nunca me ha gustado entrometerme en la vida de los demás. Soy controlador en lo que tenga que ver con mi vida, pero la de los demás es suya.

—Sinceramente, no creo que eso deba importarnos ni a ti ni a mí —respondo.

—Uisss, ¡qué rancio eres!

La miro en silencio. ¿Me acaba de llamar «rancio» otra vez?

Yuls se levanta. Se acerca a mí y, como si me hubiera leído la mente, susurra con todo su descaro:

—Sí. Te acabo de llamar «rancio» otra vez. Pero en una cosa tienes razón. No debería importarme la vida de Diana a mí. Pero quizá a ti sí debería preocuparte que tu secretaria pueda estar siendo víctima de malos tratos. —La miro incrédulo. ¿Pero qué dice? Ella, tocándose el anillo que lleva en el dedo, continúa—: Conozco muy bien las señales. Incluso las que no se ven.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo?

Yuls me sostiene la mirada. Luego se sienta en el borde de mi mesa.

—Solo digo que, si puedes ayudar a Diana, lo hagas —me pide—. Porque, por desgracia, la víctima es la que se esconde por miedo y siente vergüenza de contar lo que le pasa, cuando la vergüenza la debería sentir quien lo provoca.

Durante unos instantes ella y yo nos miramos. Lo de «rancio» he de solucionarlo, pero quisiera preguntar por qué habla de aquello con tanta certeza. Imagino que es por el lugar donde trabaja. Allí tiene que ver de todo. Algo incómodo, retiro mi mirada de ella, y al ver la caja negra y dorada que Diana dejó a primera hora sobre mi mesa la utilizo para cambiar de tema.

—Hoy me han mandado esto de regalo. Si lo quieres, es tuyo.

Yuls mira la caja. Con la mirada la animo a cogerla. Ella lo hace, la abre y veo que le cambia el gesto. ¿Qué pasa?

—Te lo agradezco, pero no es algo que me guste. —Deja la caja donde estaba.

Me sorprende. Dentro hay una fina y delicada vela aromática de una excelente tienda.

—Se fabrica en el sur de Francia.

—Como si se fabrica en Almendralejo.

—¿No te gustan las velas aromáticas?

—Ni las aromáticas. Ni las no aromáticas.

—¿Y eso por qué?

—Maniática que es una. —Se levanta—. Con respecto a lo que he venido a pedirte, te agradecería, por favor, que le dieras una vuelta. Lo que para ti es algo ínfimo, para nosotros sería una gran ayuda.

Asiento. No sé por qué lo hago.

—¿Vas para casa? —pregunto, al ver que coge su mochila.

—No. Tengo cosas que hacer.

Saber aquello llama mi atención. Todos los días tiene cosas que hacer, aparte de lo que sé que es su trabajo. No pregunto. Sé que por contrato no debo. Ella está cumpliendo y, cuando voy a hablar, la puerta del despacho se abre y entra Rafael. Este, al ver a Yuls allí, rápidamente le da un beso, que ella, encantada, acepta.

Sé que durante mi viaje Rafael se ha preocupado por ella. Es algo que le pedí, y mi amigo, por lo que puedo comprobar, lo ha hecho muy pero que muy bien.

Durante unos segundos, veo que hablan. Entre ellos hay buen rollo y yo diría que hasta camaradería.

—Venía a decirle a Oliver —dice Rafael— que esta noche hemos quedado con algunos amigos en el Galisteo para ver el partido Madrid-Atleti. ¿Te apuntas?

—No.

—Venga, mujer, ¡será divertido! —insiste.

—Tengo cosas que hacer.

¡Otra vez! ¿Qué será eso que tiene que hacer?

—¿Eres de algún equipo de fútbol? —pregunta Rafael.

—Por supuesto. Del mejor del mundo. Del Atlético de Madrid.

Rafael y yo nos miramos.

—Eres de las mías. ¡Lo sabía! —exclama Rafa.

Yuls sonríe.

—Pues hoy juegan vuestro equipo y el mío —intervengo.

—Merengue tenías que ser —se mofa Yuls, mirándome.

La miro con reproche.

—¡Vente, vikinga! —la anima Rafa.

Veo cómo la señorita Pérez niega de nuevo con la cabeza. Está claro que no quiere mezclarse con mi gente.

—¿Miedito a sufrir una derrota ante los merengues? —la provoco.

El gesto le cambia. El reto aparece en sus ojos.

—Dime lugar y hora —accede—. Los del Atleti, ganemos o perdamos, siempre estamos orgullosos de nuestro equipo.

Me maldigo de inmediato. ¿Qué acabo de hacer? ¿Por qué no me habré quedado calladito?

Capítulo 21

Cuando salgo de ver a mamá miro el reloj. Son las nueve menos cuarto.

Rafa y Oliver me dijeron que estarían en el Galisteo a partir de las ocho y media. Meto en el GPS del coche la dirección y enfilo para allí mientras suena la canción *Si tú me miras*, de Alejandro Sanz.

Mientras conduzco y canturreo, pienso en mamá. Hoy ha tenido uno de esos momentos de lucidez en los que me ha reconocido y todavía se me encoge el corazón al recordarlo. Cuando menos lo esperaba, ha dicho mi nombre sonriendo, me ha colocado el flequillo y me ha preguntado cómo estoy. Durante un par de minutos hemos podido hablar. Durante un par de minutos, mamá ha regresado a mí. Pero, pasado ese par de minutos, mamá volvió a irse.

Recordar esos mágicos instantes me hace sonreír, pues mamá me ha reconocido, y eso es bonito y especial para mí.

Cuando llego a la calle donde está el local del que Rafa me ha mandado la ubicación son las nueve y veinte. No he pasado por casa. No me he cambiado de ropa. Voy vestida con vaqueros, botas cowboy, una camisa caqui y el abrigo. Aparco mi coche, y tras coger del maletero mi bufanda del Atleti, que siempre llevo ahí, lo cierro y comienzo a caminar.

La calle está vacía y solo oigo mis propios pasos cuando, de improviso, un ruido me hace mirar atrás. No hay nadie. Estoy sola. Apresuro el paso, y, como en otros momentos de mi vida, me digo

eso de «no pasa nada, no te obsesiones». Pero, acelerada, por fin llego al local, donde veo a la prensa en la puerta.

¡No me jorobes!

Al entrar localizo con rapidez a Rafa y a Oliver. Son tan altos que es imposible no verlos. Están al fondo, delante de un enorme televisor viendo el partido junto con más gente. Dibujo una sonrisa en mi boca y me acerco hasta ellos.

—Hola, merenguito, ¡ya he llegado! —saludo, pasando mi mano por la cintura de Oliver.

Él se gira. Y yo, ni corta ni perezosa, le planto, con toda la naturalidad del mundo, un beso en los labios. Hay que disimular, ¿no?

Las personas que están con él me observan, y reconozco a un actor y a un presentador. ¿Pero qué amigos tiene Oliver? Ahora entiendo por qué está la prensa en el exterior. Aquellos desconocidos no me quitan ojo y, cuando veo al actor, por cierto, guapísimo, con una bufanda del Atleti, digo:

—¡Aúpa, Atleti!

Me corean Rafa, el actor y algunos del local. Está visto que allí la gran mayoría son del Madrid.

—Tú, haciendo amigos, ¿verdad? —dice Oliver en mi oído.

Eso me hace gracia. Me encojo de hombros mientras me río cuando él, alzando la voz, le hace saber al resto que soy su mujer.

Ellos se levantan y vienen hacia mí. Me presenta a varios de sus amigos, pero reconozco que uno de ellos, Alexander, solo por su sonrisa me cae muy bien. También en una mesa algo retirada, varias mujeres se levantan para saludarme.

Uissss, por Dios, qué guapo es el actor. ¡Ostras! Pero si este otro es un futbolista del Barça. Saludando estoy cuando entre todos ellos

reconozco a Vanessa. ¡La reportera y presentadora de televisión de la que creo que Oliver sigue enamorado! ¡Guauuu, es guapísima!

Me mira de arriba abajo. Lo hace de tal manera que sé que me está prejuzgando. Espera a que todos me saluden y, cuando por fin se queda la última, se acerca.

—Cariño. Ella es Vanessa. Vanessa, mi mujer, Yuls —me presenta Oliver, sin soltarme.

Asiento. Sonrío. Ese «mi mujer» le ha salido con una naturalidad casi posesiva.

—No soy de dar besos, querida —dice ella—. Pero encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

Los siguientes minutos, Oliver habla con sus amigos mientras yo me integro en el grupo de las mujeres, que me saludan encantadas. Son Olivia, Encarna, Marta y, al mirar a la mesa donde están sus bebidas, algo llama mi atención. Allí hay una caja negra y dorada que yo he visto antes. Y aún estoy pensando dónde la he visto cuando Vanessa se pone a mi lado.

—Me la ha traído Oliver —cuchichea para que solo yo la oiga—. Sabe que adoro las velas aromáticas de Maison La Bougie, y le gusta consentirme.

A punto estoy de decirle que antes me la ofreció a mí, pero paso de entrar en esas niñerías. Me integro en el grupo de mujeres.

—¡¿Cartier?! —me pregunta Vanessa súbitamente. Miro mi anillo, al que, de manera inconsciente, siempre le doy vueltas en mi dedo. Ella murmura—: El que me compró para mí era de Tiffany. —Yo no digo nada, pero ella insiste con veneno—: Pensé que te daría el mío, pero ya he visto que no.

¡¿El suyooooo?!

Me muerdo la lengua. Si por mí fuera, a esta imbécil le diría cuatro cosas, pero creo que no es el momento ni el lugar. Y, además, sé que Oliver siente algo por ella, por lo que tomo aire y me callo. Es lo mejor.

Me alejo de Vanessa, con la que ya he visto que no voy a congeniar, y me pongo a hablar con otra de las mujeres.

—¿Esos *jeans* que llevas de qué diseñador son? —vuelve Vanessa a la carga, acercándose de nuevo.

La miro. Ella, que va vestida como si acabara de salir de una boda, me está tocando los ovarios por ser la mujer de Oliver.

—No tengo ni idea —respondo.

Vanessa se ríe.

—Entonces, ¿son de mercadillo? —insiste, buscando la complicidad de las mujeres que nos rodean.

Uisss... menuda víbora.

Es la primera vez que nos vemos y ya está sacando las garras. Pero si algo he aprendido es que a este tipo de víbora no se le da de comer. Se le sonríe.

—Efectivamente, son de mercadillo —afirmo.

Ella y la mujer que está a su lado se ríen. Las otras no.

—¿Cómo puedes llevar algo así, estando casada con él? —Busco a Oliver con la mirada. Está hablando con sus amigos del partido y, cuando voy a responder, aquella diva se me adelanta—: Querida, estar casada con Oliver Dávila significa prestigio, credibilidad y honor. Y, por supuesto, excelencia en el vestir. ¿Acaso no lo sabes?

—¿Prestigio, credibilidad y honor? Será idiota la tía, y encima añade —: Es el director de galería más joven e importante de Europa y has de estar a su altura.

—¡Vanessa! —le reprocha una morena.

Asiento despacio. Está rabiosa conmigo y quiere dejarme en ridículo delante de todas, pero yo sonrío.

—Oliver se dedica al arte y está acostumbrado a encontrar valor en las cosas sin necesidad de mirar la etiqueta —replico.

Se hace un pequeño silencio. Uissss, ¡las he impresionado! Y segundos después, salvo Vanessa y la amiga que le ríe las gracias, todas sueltan una carcajada.

Menudo golazo le acabo de meter a la diva divina por toda la escuadra.

Rafa, ajeno a lo que pasa, se acerca y coge mi mano.

—Ven. Vamos a por algo de beber —dice.

Dejándome guiar por él, y consciente de que Vanessa y yo nunca vamos a ser amigas, llegamos a la barra.

—¿Pues no me pregunta la diva divina si mis pantalones son de mercadillo? —le cuento a Rafa.

Incrédulo, él parpadea.

—¿Pero qué me dices?

—Tranquilo. Ya le he respondido con educación y el veneno justo. —Rafa se ríe. Yo también. E ignorando a aquella impresentable pregunto—: ¿Cómo va el partido?

—Cero, cero.

Me gusta oír eso. Cuando me doy la vuelta, veo a Vanessa junto a Oliver hablando. Están muy cerca. Demasiado para mi gusto. De pronto, Vanessa posa la mano sobre el hombro de Oliver y este con un gesto brusco se la quita de encima.

—Esa víbora es insufrible —musita Rafa, que ve lo mismo que yo —. Ni come ni deja comer. En cuanto a Oliver...

—Mientras me respeten cuando estoy delante —le corto, mirando la caja de la vela—, que hagan lo que quieran.

Con nuestras bebidas nos acercamos al grupo que está delante de la televisión viendo el partido. En la mesa solo están ahora Vanessa y su amiga.

Nada más llegar, Alexander, que es del Madrid, se pone a mi lado y divertidos disfrutamos del encuentro hasta que finaliza el primer tiempo. Estoy hablando con él cuando noto una mano en mi cintura y veo que se trata de Oliver. Con una sonrisa lo miro. Delante de sus amigos somos un matrimonio muy bien avenido, por lo que yo también lo agarro por la cintura.

Estamos agarrados durante un buen rato y, al empezar la segunda parte, el Madrid nos mete un gol. ¡Joderrrrr! Oliver, Alexander, Vanessa y la gran mayoría saltan felices mientras el actor, Rafa y yo nos miramos con resignación.

Pero la felicidad les dura poco, porque minutos después empatamos, y justo cuando queda un minuto para que finalice el partido volvemos a marcar. Ni que decir tiene que Rafa, el actor y yo no saltamos, ¡botamos! Y cuando el partido finaliza y comienza a sonar la canción *Agüita e Coco*, de Kany García, nos ponemos a bailar y a cantar como si no hubiera un mañana.

Mientras bailo con ellos, y se nos une Alexander, veo cómo Oliver nos observa y sobre todo cómo Vanessa se acerca a él y le dice algo al oído. Eso hace que Oliver la mire y le responda. ¿El qué? No lo sé. Pero su gesto no es muy amigable.

Divertida y feliz por haber ganado el partido, estoy hablando con Alexander cuando Oliver se acerca hasta nosotros y vuelve a agarrarme por la cintura. Su cercanía me gusta, aunque cuando miro a la diva, para decirle con la mirada «¡jódete y rabia!», siento que si pudiera me degollaba.

A las doce de la noche la mayoría del grupo decidimos marcharnos y, al salir, los flashes de las cámaras de fotos comienzan a saltar.

Especialmente para fotografiar al actor y a su chica, ¡pobrecillos! Al principio, intento escabullirme. No quiero salir en esas fotos, pero, al final, me es imposible. Los fotógrafos se enteran de que soy la mujer del guaperas de Oliver y lanzan sus flashes contra mí, aunque, oye, ¡qué bien los esquivo!

Cuando el incómodo momento acaba y nos despedimos, Oliver dice:

—En cinco minutos José Luis está aquí.

—Mi coche está aparcado en la siguiente calle. Tranquilo. Vete a casa de Vanessa. Yo regresaré sola a casa.

Cuando voy a ponerme en marcha, noto que su mano sujeta la mía. Lo miro.

—¿Y por qué voy a querer irme a casa de Vanessa? —pregunta.

Estoy a punto de decirle lo de la maldita vela. Pero no. No debo. Aunque me ha sentado a cuerno quemado, sé que no puedo reprochárselo.

—Mi intención es que tú y yo nos vayamos juntos para casa —dice, sin esperar respuesta.

Vayaaa. Eso sí que no lo esperaba.

—Pues si quieres te llevo en mi coche. Dile a José Luis que no hace falta que venga. Que se vaya para su casa.

Oliver asiente. Veo que llama por teléfono a su chófer.

—Vayamos a por tu coche —dice tan pronto acaba la conversación.

Coge mi mano con seguridad. Sus amigos y la prensa no están lejos y caminamos hacia mi coche cogidos de la mano.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunta.

—No.

Oliver asiente y no dice más. Me gusta que se amolde a la situación.

Una vez en el coche, al arrancarlo, comienza a sonar la canción *Eres mía*, de mi amado Alejandro, y mientras conduzco canturreo, consciente de que Oliver me mira con disimulo.

—Veo que Alexander y tú os habéis caído muy bien.

Vaya. Mira en lo que se fija.

—Sí. Es encantador —afirmo.

Silencio. Yo sigo canturreando.

—Siento que Vanessa haya sido desagradable contigo.

Vale. Eso me hace saber que Rafa le ha comentado lo ocurrido.

—Tranquilo. He sobrevivido a víboras mucho más venenosas.

Se quita las gafas. Me mira. Creo que la palabra *víbora*, que he empleado para la mujer que le gusta, no le agrada. Luego vuelve a ponerse las gafas.

—Sigo dándole vueltas a algo que dijiste.

—¿A qué?

—A lo que me comentaste de mi secretaria Diana.

Que piense en algo que le dije me gusta. Eso me hace ver que me escucha.

—Creo que oculta lo que le pasa —conjeturo.

—¿Por qué lo crees?

—Porque en su antebrazo descubrí algo que he visto muchas veces, y porque hoy he vuelto a ver algo que no me ha gustado.

Oliver se queda pensativo y no dice más.

Como no hay tráfico, no tardamos en llegar a la casa. Cuando abro con mi mando a distancia la verja y meto el coche, sonrío al ver a Drako y a Zorba venir corriendo hacia nosotros. Estando con Oliver, no voy a poder darles las chuches que les doy cada vez que me ven.

Minutos después, tras despedirnos de los perretes, que se frenan en el límite de la puerta, entramos en casa en silencio.

—Voy a la cocina. Necesito agua —digo.

—Te acompaño.

Entramos los dos en la cocina. Abro la nevera. Saco la botella de agua fría que yo misma meto siempre allí.

—No es bueno que bebas el agua tan fría —me advierte.

—Lo sé.

—¿Y si lo sabes por qué la bebes?

—Porque me gusta retar a la vida —respondo.

Oliver asiente y, tras llenarse un vaso con agua del grifo, bebe. Yo abro la puerta de la cocina y miro las estrellas.

—Mira... hoy si te fijas mucho, se puede ver la Vía Láctea —murmuro.

Oliver se acerca. Mira el cielo, pero por su gesto está claro que no le interesa nada.

—Es tarde. Vayamos a dormir —dice, encogiéndose de hombros.

Sin replicarle, salimos de la cocina y subimos las escaleras hacia la habitación. Eso de tener que entrar en su habitación para poder acceder a la mía se me hace cuesta arriba. Pero lo hago. Total, es por un tiempo.

Cuando cierra la puerta, me paro y nos miramos. Uisss, madre, qué tentaciónnnnnnnn.

Me mira de tal manera que siento que el cuerpo me entra en llamas. Y, de improviso, siento unas ganas irrefrenables de tirarme a sus brazos y darle un besazo de esos que quitan el aliento.

Pero no lo voy a hacer. No debo.

—Gracias por invitarme —digo, intentando que no se note lo que pienso—. Me lo he pasado genial viendo cómo sufríais los merenguitos. —Oliver se quita las gafas. Me recuerdo que es un rancio estirado y, antes de que diga nada, abro la puerta de mi habitación y me despido—: ¡Buenas noches!

Y sin más cierro la puerta, antes de que la fiera que hay en mí se tire a su cuello. Pero ¿qué me pasa?

Capítulo 22

Han pasado tres días desde que estuve con Yuls y mis amigos viendo el partido, y no puedo quitármela de la cabeza. Verla sonreír y divertirse fue como un soplo de aire fresco. Y ver cómo Alexander la miraba reconozco que me encabronaba. ¿Por qué la tiene que mirar así si sabe que es mi mujer?

Cuando regresamos a casa, estaba nervioso. Y si no llega a ser porque ella se fue de mi habitación, creo que la hubiera besado.

¿Pero qué me pasa?

Vanessa sigue llamándome y escribiéndome. Si le llevé la vela aromática que me enviaron fue porque sé cuánto le gusta esa marca en especial. No por nada más. Cuando me llama para vernos, le pido que pare, pero no me hace caso. No quiero ser desagradable con ella porque le tengo cariño, pero, al final, como no pare, no me va a quedar otra opción.

Hoy es jueves. No tengo prisa por llegar a casa. En la oficina estoy hablando por teléfono cuando Diana entra en el despacho con unos papeles en la mano. A diferencia de otras veces, hoy la sigo con la mirada y me fijo en la férula que tiene en su mano derecha, pero también me doy cuenta de que tiene ojeras.

Lo que Yuls me dijo me alertó. Y, aunque no soy persona de meterme en la vida de los demás, siento que si Diana necesita ayuda, he de hacer algo.

Cuando cuelgo el teléfono, Diana se acerca a mi mesa.

—Le dejo el catálogo que ha llegado hoy del escultor holandés Renée von Firstman —dice.

—¡Perfecto!

—Y aquí la agenda de pasado mañana.

Vuelvo a asentir.

—¿Qué hace todavía aquí, Diana? —pregunto, mirando el reloj.

—Me iba a ir ya, señor Dávila. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana, Diana!

Cuando cierra la puerta, vuelvo a mirar el reloj. Son las ocho y media de la tarde. Y el horario de Diana es hasta las siete. ¿Por qué se ha quedado si yo no se lo he pedido?

Recibo un wasap de Vanessa. En él me dice que saldrá en unos minutos en directo por la televisión. La enciendo en mi despacho y contesto algunos emails. Instantes después, al escuchar la voz de Vanessa, miro el televisor y ahí está. Retransmite en directo la evacuación de unos vecinos de un pueblo de Madrid por un incendio. Me preocupa el incendio y me preocupa ella. Aunque no estemos juntos, no quisiera que le pasara nada. Finalmente, cuando la retransmisión se acaba y me escribe para decirme que regresa a Madrid, guardo el catálogo del escultor holandés y decido dar el día de trabajo por finalizado. Cojo mi teléfono y busco en el WhatsApp el nombre de mi chófer.

Yo
Recógeme en quince minutos en la puerta de la oficina.

José Luis
Allí estaré.

Voy al baño para lavarme las manos y después meto mi portátil en el maletín y camino hacia el ascensor.

Cuando llego a la planta baja, miro hacia el puesto donde suele estar el vigilante jurado y me sorprendo al ver que no está. Eso es raro. Es la primera vez que no lo veo allí. Y, al acercarme a la puerta, lo veo junto con Diana y un tipo.

Salgo del edificio y entonces ya me queda claro que aquel tipo que no conozco intenta agarrar a Diana de muy malos modos mientras el vigilante se pone en medio para impedírselo.

Me acerco hasta ellos a grandes zancadas y, poniéndome ante el vigilante, pregunto:

—¿Qué pasa aquí?

El tipo que no conozco me mira de arriba abajo.

—Te digo lo mismo que al atontado este, ¡a ti no te importa, gilipollas! —sisea.

Parpadeo, sorprendido, y en ese momento él intenta coger a Diana de malos modos del brazo, y de un manotazo ahora soy yo quien lo impide. El tipo me insulta y a Diana también. Nos increpa. Y, enfadado, suelta un derechazo que yo esquivo, pero que el pobre vigilante, al que no conozco, se lleva y termina en el suelo.

Diana grita. Se asusta. Y cuando la veo hecha un mar de lágrimas intentando levantar al vigilante, mientras el desconocido le grita cosas horribles, sé que allí pasa algo. Y algo grave.

Rápidamente pienso en lo que Yuls dejó caer. Sin duda, tenía razón. Yo miro a Diana y, al ver que el vigilante se levanta y se vuelve a encarar con aquel individuo, yo pregunto:

—¿Quién es este impresentable?

La pobre me mira.

—Mi exmarido, señor Dávila —responde entre lágrimas, tremendamente apurada.

Vaya. No sabía que Diana había estado casada ni que se había divorciado.

—¿Este es el gilipollas de tu jefe?

—¡Pedro! —grita Diana.

Oír que me insulta me incomoda, pero me centro en Diana.

—¿Tu exmarido te está molestando? —quiero saber.

—Le he dicho que tiene que denunciarlo, pero no quiere, señor Dávila —apostilla el vigilante, que añade—: Llevo trabajando aquí dos meses, y no es la primera vez que veo a este sinvergüenza por aquí ni que cruzo cuatro empujones con él.

—Tú, pringado de mierda, ¡cállate! —grita el exmarido de Diana.

—Pedro, por favor...

Pero aquel individuo, que no parece tener ni clase ni educación, sigue gritando como un poseso. Miro a Diana, ¿pero qué locura está viviendo y yo no me había enterado?

Cansado de gritos y empujones, consigo reducir al sinvergüenza aquel y, entregándole al vigilante mi teléfono móvil, le digo cómo desbloquearlo para que llame a la policía. El tipo intenta zafarse. Quiere que lo suelte, pero no pienso hacerlo.

La policía no tarda en llegar. Contamos lo ocurrido y, cuando se lo llevan en el coche, miro a Diana, que tiembla como una hoja. Entramos en las oficinas para que se siente. Sin que yo lo pida, el vigilante se va a por un vaso de agua y, obviando la distancia que suelo mantener con Diana cuando trabajamos, pregunto con cordialidad:

—¿No te marchaste a casa porque sabías que él estaba aquí?

La pobre asiente.

—¿Pero cómo no me habías dicho nada de tu situación? —le pregunto, recordando que hace no mucho la vi cojeando.

Diana me mira. Le tiembla todo el cuerpo. Está tan nerviosa que no puede ni hablar. Ha sido muy desagradable lo ocurrido.

Vuelve el vigilante. Le trae un vaso de agua, del que ella bebe a sorbitos.

—¿Estás bien? —le pregunto al vigilante.

—Perfectamente, señor Dávila.

—¿Cómo te llamas?

—Raúl.

Asiento. Creo que es la primera vez que me fijo en él.

—Gracias, Raúl, por ayudarla. —Le tiendo la mano—. El que lo hayas hecho dice mucho de ti.

El hombre, que debe de tener mi edad, cabecea y estrecha mi mano.

—Soy de los que piensan que si miramos hacia otro lado cuando alguien nos necesita, ¿qué clase de personas somos?

Qué razón tiene.

En ese instante suena el teléfono de la recepción y Raúl va a atenderlo. Diana me mira y yo me pongo en cuclillas ante ella.

—¿Te encuentras mejor?

Ella asiente. Pero sigue llorando. Me fijo en la férula que tiene en su mano.

—¿Eso te lo hizo él?

Diana vuelve a asentir.

—¿Cómo no me habías dicho nada? —me encabrono.

—Señor Dávila, esto no es algo por lo que usted se tenga que preocupar.

Oír eso me hace sentir mal y me hace cuestionar si soy ¿un rancio?

—Diana, tú eres importante para mí —respondo. Veo cómo clava su mirada en mí e insisto—: Llevamos trabajando siete años juntos, ¿cómo no vas a ser importante?

Llora. Sigue apurada.

—Señor Dávila... —susurra cuando consigue tranquilizarse.

—Oliver, Diana. Ahora no estamos trabajando, y soy Oliver.

Diana parpadea. Es la primera vez que le digo que me llame por mi nombre desde que nos conocemos.

—No dije nada porque me daba vergüenza —admite.

—¿Vergüenza de qué, Diana? —Pienso entonces en lo que Yuls me dijo—. Tú no tienes que sentir ninguna vergüenza. Quien la debería sentir es la persona que lo provoca.

Los siguientes minutos los paso hablando con ella. Me entero de que estuvo casada con aquel hombre durante cinco años. No tuvieron hijos. Y que a partir del segundo año su agresividad comenzó a subir de tono y que ella siempre lo perdonaba. Pero que, cansada de aquello, hacía seis meses que se había divorciado y, desde entonces, él no paraba de seguirla y amenazarla.

Le pregunto si lo ha denunciado, y ella me dice que no. La vergüenza por lo que la gente y la familia piensen de ella le impide hacerlo.

Miro hacia la salida y veo a mi chófer parado con el coche.

—Vamos, Diana.

—¿Adónde vamos?

—Te acompaño a la comisaría para poner una denuncia.

—Pero...

—Esto no puede continuar así. Hay que parar esto ¡ya!

—Pero, Oliver...

—Diana, no estás sola. ¿Te queda claro?

Emocionada, me mira y finalmente se levanta. Tras despedirnos de Raúl, nos montamos en el coche y vamos derechos a la comisaría. Hay que denunciar. Después llevo a Diana a su casa y, antes de marcharme, llamo al servicio de seguridad que en ocasiones

contrato y pongo seguridad en su puerta. No quiero que ese malnacido se acerque a ella.

Capítulo 23

Son las doce y veinte de la noche, y en pijama, calcetines y bata estoy intentando ver las estrellas en el jardín mientras me fumo un cigarrito, acompañada por mis nuevos amigos, Drako y Zorba. Son para comérselos.

El cielo hoy está bastante cubierto. Apenas se ven las estrellas, pero me da igual. Aquel cielo que está sobre mi cabeza es el cielo que a mamá siempre le ha apasionado y simplemente por eso ya es especial para mí.

En ese instante, veo que se abre la verja de la entrada y entra el cochazo que conduce José Luis y que lleva siempre a Oliver. Un precioso Bentley Continental GT en color gris oscuro. Es una pasada de maquinote.

Desde la distancia, veo cómo Zorba y Drako corren para saludar. Y cuando Oliver sale del vehículo con cariño les toca sus cabezas y les sonríe. Míralo, cuando quiere, sonríe.

Con quietud observo a Oliver. Desde la noche en la que regresamos los dos de ver el partido de fútbol, intento esquivarlo. Las ganas locas que sentí por besarlo cuando entramos en su habitación me asustaron. No sé qué me pasa. Pero, de un tiempo a esta parte, cada vez que lo veo, siento cómo se me acelera el corazón, y eso no puede ser.

Cuando mi guapo oficial desaparece de mi campo de visión, miro a José Luis, que se ha encendido un cigarrillo y se lo fuma tranquilamente apoyado en el capó del coche. Es un buen hombre.

Es encantador. Divorciado. Mallorquín. De repente, veo que da un traspié. Eso me pone en alerta. Y cuando se apoya en el coche y se dobla, me levanto y corro hacia él.

—José Luis, ¿qué pasa?

Él me mira. Está pálido.

—Yuls... me duele el pecho y no... no... puedo respirar —murmura.

Asustada, miro a mi alrededor. Lo siento en el suelo y lo apoyo contra el coche.

—Voy a buscar a Oliver —le digo.

José Luis asiente y yo, atacada, corro hacia el interior de la casa. Los perros no me siguen. Saben que allí no pueden entrar. Al no ver a Oliver por allí, subo las escaleras de dos en dos y, abriendo la puerta de la habitación, voy a hablar cuando lo veo sin camisa.

Durante una fracción de segundo nos miramos.

—Algo le pasa a José Luis. ¡Ven! ¡Sígueme! —reacciono.

Corro escaleras abajo y sé que Oliver viene detrás. Cruzando la casa por dentro vamos hacia el garaje y, cuando llegamos, Oliver se agacha junto a él.

—¿Qué te pasa, José Luis? —le pregunta.

Este lo mira. Suda. Está pálido.

—No... pue... respir... —consigue murmurar.

Oliver se queda bloqueado. Está como yo hace unos segundos. Abro la puerta del vehículo y le quito a José Luis las llaves de las manos.

—¡Mételo dentro! —le ordeno—. Lo llevamos al hospital.

Con decisión, Oliver lo coge en sus brazos. Lo acomoda con cuidado en el asiento de atrás.

—¿Conduces tú? —me pregunta.

—Sí —afirmo, mirando mis pies con los calcetines.

Cuando enciendo el vehículo y veo que aquello tiene más luces y botones que un cohete de la NASA, durante unos segundos me acobardo. Aquel cochazo es automático. Y solo he conducido un par de veces el coche automático de Kaory. Pero, sin permitirme dudar, suelto el freno y saco marcha atrás el Bentley por la verja.

Una vez en la calle, piso el acelerador y salgo de la urbanización. En el camino voy como si estuviera corriendo un *rally*, pero Oliver no dice nada. Tenemos prisa. Es urgente. José Luis está mal y necesitamos llegar al hospital cuanto antes.

Por suerte, el tráfico está de nuestra parte, y cuando llego a la zona de urgencias toco el claxon con ganas para que nos oigan. Ante el jaleo que organiza nuestra llegada, unos camilleros salen con una camilla y rápidamente lo bajan del coche y se lo llevan para dentro.

Cuando me apeo del vehículo me tiembla todo. La situación que acabo de vivir me asfixia y sin dudarlo me acerco a Oliver y lo abrazo. Él responde de inmediato a mi abrazo, y estamos así durante unos minutos en silencio.

Repuestos del susto inicial, pasamos a la sala. Nos piden información sobre José Luis, que Oliver les da, y nos indican que esperemos en la sala colindante.

Nos quedamos allí sentados, y entonces me doy cuenta de que otras personas nos miran y de que a veces entra alguien del personal sanitario, echa un vistazo y se va.

Voy en pijama, calcetines y una bata blanca de aguacates verdes. Pero Oliver va peor. Va desnudo de cintura para arriba, aunque abajo lleva los pantalones negros del traje.

Me río. No lo puedo remediar. Entiendo que las enfermeras y enfermeros vengan a mirar. Mi Capitán América tiene un torso

tentador e increíble. Me levanto y me quito la bata de aguacates verdes.

—Creo que deberías ponértela. —Se la tiendo. Él me mira y yo, sonriendo, insisto—: O lo haces o a más de uno le va a dar un subidón de azúcar.

Me entiende. Él también se ha percatado de cómo los enfermeros salen y entran para mirar, y a regañadientes se coloca mi bata.

—Patatita, estás guapísimo —no puedo evitar soltar cuando se la anuda.

Me mira. Uisss, cómo me mira por lo de «patatita», pero no dice nada. Menuda tensión tenemos por lo vivido.

Dos horas después, sale un médico. Se dirige a nosotros y nos dice que José Luis está controlado y bien. Ha sufrido un ataque cardiaco fuertecito y, aunque ahora está dormido, al día siguiente le tendrán que hacer pruebas.

Oliver y yo escuchamos atentamente lo que nos dicen y, cuando el médico se marcha, nos miramos, y él cogiendo mi mano la agarra y salimos juntos del hospital sobre las tres y veinte de la madrugada.

Ya en la calle, de pronto me coge en brazos.

—¿Qué haces? —me sorprendo.

—Vas en calcetines. No quiero que pises algo y te lo puedas clavar.

Oír eso me hace gracia. Mira qué mono. Se preocupa por mí.

—Tranquilo. Bájame —le pido.

—No.

—Pero que puedo andar.

—Lo sé. Pero no.

Continúa cargándome en sus brazos hasta el coche, y me baja y abre la portezuela.

—Súbete —me pide.

Instantes después, se pone al volante del Bentley y cuando arranca, sin que yo le pregunte, me cuenta lo ocurrido con Diana. Lo escucho en silencio. Oír aquello no me sorprende. Sabía que algo pasaba.

—Has hecho lo que debías. Ayudarla —afirmo cuando acaba su relato.

—Me avergüenza no haberlo hecho antes. ¿Cómo no pude darme cuenta de lo que estaba ocurriendo?

Lo miro. Tengo la respuesta.

—Pues muy sencillo, Oliver. Porque, en ocasiones, cuando te ocurren cosas malas que te avergüenzan o no sabes gestionar, los seres humanos nos convertimos en unos excelentes actores. Y detrás del personaje que creamos, ocultamos nuestras miserias.

Oliver me mira. Está de acuerdo conmigo.

—¿Alguna vez has creado un personaje? —quiere saber.

—Sí. —Y para hacerle sonreír y no contarle mis miserias proclamo —: Actualmente defiendo el personaje de Yuls Dávila. Tu mujer.

Eso le hace sonreír. Lo necesita. Entre una cosa y otra, creo que su tarde-noche no ha sido de las mejores.

Por fin llegamos a casa.

—Ni se te ocurra cogerme en brazos —le advierto cuando bajamos del coche. Sonríe, y yo no puedo evitar hacer un comentario—: Si te viera Vanessa con esa batita de aguacates, ¡urticaria le saldría!

Soltamos una carcajada y, agotados, subimos por las escaleras a la primera planta. Ágata duerme. No se ha enterado de nada.

Entramos en la habitación de Oliver y, como me ocurrió la última vez que entramos juntos, mi deseo de lanzarme sobre él es enorme. Confundida, lo miro. Y él hace lo mismo, y creo que leo en su mirada la misma emoción que en la mía.

No nos movemos. Como lo hagamos, ¡la cagamos! De improviso, se quita la bata y me la entrega.

—Gracias, pero es tuya —dice.

La cojo. Uissss, cómo la cojo.

La aprieto. Uisss, cómo la aprieto.

Verlo con el torso desnudo es aún más tentador, pero viendo que él no da el paso me contengo y yo no avanzo. Así que me limito a sonreír, me doy la vuelta y entro en mi habitación, donde voy derecha a la ventana, la abro y me enciendo un cigarrillo. Si me denuncia por ello, habrá merecido la pena.

Capítulo 24

Llega el mes de mayo. Es domingo y mi intención es disfrutar de un día tranquilo y sosegado en casa.

Cuando vuelvo de correr con mis perros, me encuentro a mi abuela y a Yuls en el comedor charlando. Desde la distancia observo a mi abuela. Su rostro. Su piel. Su voz. Todo comienza a ser como era antes de su enfermedad, y sonrío. Eso me pone de buen humor.

Yuls y ella están hablando sentadas la una frente a la otra. Yuls se levanta y veo que le da un beso en la mejilla, que mi abuela acepta encantada. Instantes después, viene hacia mí.

—¿Te vas? —pregunto al ver que ha cogido su bolso.

Yuls, sabiendo que mi abuela nos estará observando desde el salón, se acerca a mí y me da un abrazo.

—Sí. Tengo cosas que hacer. No me esperéis para comer —responde.

Durante una fracción de segundo estoy a punto de preguntarle qué es eso que tiene que hacer, pero no lo hago. Yuls no para nunca. O está trabajando en el centro de menores o está haciendo cosas personales que no apunta en el *planning* y que se escapan a mi control.

Con una sonrisa, Yuls se empina y me da un beso en los labios. Me gusta. Y cuando se separa de mí mientras camina hacia el garaje por el interior de la casa, dice:

—¡Hasta luego, patatita!

¡La madre que la...!

Al mirar a mi abuela veo que sonríe. Le divierte oír algo así, y yo también sonrío. ¿Pero por qué sonrío?

A la hora de la comida, la abuela y yo comemos solos. Su vitalidad mientras hablamos y verla comer con ganas hacen que me venga arriba, pero cuando terminamos, la obligo a que se eche la siesta. No quiero que todo lo que ha avanzado, por no descansar, se jorobe.

A las cinco de la tarde llega Altamira, la amiga de la abuela. Y juntas salen a la terraza para charlar. Les encantan sus tardes de charla. A las ocho y veinte de la tarde, cuando ya llevo un buen rato en mi despacho solucionando ciertos temas del trabajo, oigo el sonido de un motor. Al mirar a través de la ventana, veo que es el coche de Yuls.

Saber que ella ha llegado no sé por qué me reactiva, y sin pensármelo salgo del despacho y voy a su encuentro. Como siempre que aparece, siento que una corriente de aire fresco me inunda.

—Hola —la saludo al verla.

Yuls mira a nuestro alrededor y, al no ver a mi abuela, con una sonrisa responde:

—Hola.

No hay beso. No hay acercamiento. No hay nada. Y, aunque entiendo que debe ser así, hay una parte de mí que se decepciona porque quiero ese beso.

Yuls mete su mochila en el armario.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta.

—Bien, ¿y el tuyo?

—Aceptable.

Altamira y la abuela aparecen. Yuls las abraza y las tres se ponen a hablar. Hablan de no sé qué serie que están viendo en Netflix y, por lo que veo, les apasiona.

Las observo en silencio durante un rato, hasta que Mónica aparece.

—Si quieren, la cena ya está preparada —anuncia.

—Altamira, te quedas, ¿verdad? —afirma mi abuela.

—Por supuesto. Me dijo Mónica que había salmorejo.

Veo que Yuls corre escaleras arriba.

—Esperadme, que me voy a duchar, ¡no tardo! —va diciendo.

Cuando desaparece, paso al comedor principal con la abuela y Altamira, y le indico a Mónica que cenaremos en media hora. Esperaremos a que Yuls baje.

Estoy hablando con ellas cuando recibo un wasap de Vanessa. Me indica que ponga la televisión. Está en directo en el canal veinticuatro horas.

Busco el canal y ahí está, retransmitiendo en directo la detención de una banda de narcotraficantes.

—¿Pero esta cómo lo hace para ser siempre la primera en llegar? —pregunta mi abuela.

Ni idea. Nunca me interesé por sus fuentes.

Minutos después apago el televisor. La verdad, ver a Vanessa es lo último que me apetece. Entro con la abuela y Altamira en el salón.

—¿A qué se deben esas risas? —pregunto al verlas reír.

Mi abuela me mira.

—Le comentaba a Altamira que Yuls llama a eso «el huevo de Pokémon». —Y señala hacia un objeto en una vitrina.

Aquello de lo que habla mi abuela es un precioso y delicado huevo de porcelana azul y blanca de la dinastía Ming. Una pieza exclusiva encontrada hace años en la Ciudad Prohibida y que yo compré muy interesado en una subasta a la que fui que se realizó en Pekín.

—Digamos que el arte y ella no son muy amigos —consigo replicar.

Minutos después entramos en el comedor y con galantería les retiro las sillas para que se sienten. Luego yo ocupo mi lugar.

—Me han ofrecido un papel para una nueva obra que se va a estrenar en unos meses en el teatro Apolo —anuncia Altamira.

Me alegro por ella.

—Le he dicho que lo acepte —interviene mi abuela—. ¡Será divertido para ella!

—Por supuesto que lo tienes que aceptar —afirmo con seguridad.

Hablamos de aquello hasta que Yuls, con el cabello mojado y vistiendo de manera informal, entra en el comedor. Se sienta a mi lado y mira los platos que Mónica ha dejado sobre la mesa.

—Madre mía, qué pintaza tiene todo —afirma.

Sonrío. Esa naturalidad que tiene ante las cosas es algo a lo que no estoy acostumbrado. Precisamente por el mundillo en el que me muevo, la gente vive bastante impostada. La espontaneidad escasea, y la naturalidad suele brillar por su ausencia. Pero a Yuls eso no le pasa.

Entonces me percato de que agarra la vela que está cerca de ella, la apaga y la retira de la mesa.

—¿Por qué haces eso? —pregunta mi abuela.

—Porque no le gustan las velas, ni aromáticas ni no aromáticas —respondo yo.

Yuls me mira. Creo que la acabo de sorprender.

—Pues sabiéndolo, a partir de mañana, le diré a Mónica que no las vuelva a poner.

Yuls sonríe y me mira. Hace un gesto cariñoso con su mano sobre mi barbilla, y yo, como un tonto, le sonrío.

Al terminar la animada cena en la que no nos falta tema de conversación, pasamos al salón colindante.

—¿Cuándo os vais a ir de viaje de novios? —pregunta Altamira, sentándose en el sofá.

Joder, ¿y esa pregunta?

—Barajamos hacerlo en septiembre —miente Yuls—. Siempre y cuando no nos entorpezca en nuestro trabajo.

Ella asiente, y entonces la abuela empieza el interrogatorio.

—¿Cuándo me daréis un bisnietito o bisnietita?

Yuls parpadea, sorprendida.

—No lo sé. No lo hemos pensado —contesto yo.

—Pues deberíais pensarlo.

—Abuelaaaaa...

—A ver, mi vida, ya tenéis una edad.

Yo pongo cara de pasmo, y Yuls suelta una carcajada.

—Todo por partes, Ágata —dice—. Primero viaje de novios y después ¡se verá!

La abuela sonríe. Lo que ha dicho Yuls parece convencerla cuando de pronto oigo que la puerta principal de la casa se abre. Al volver la vista hacia el pasillo aparece mi hermana a toda prisa. Viene directa a mí y me abraza.

—Aisssss, gordiiiiiiiiiiiiii, ¡socorrooooooooo!

¡Ya estamos!

—¿Qué pasa, Lara?

—¿Está aquí Javi?

—No.

Lara me suelta de golpe. Se lleva las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa, mi vida? —le pregunta la abuela, yendo hacia ella.

Mi hermana, que es una dramática de mucho cuidado, se lleva la mano al pecho.

—Ay, abu..., ¡a mi niño le ha pasado algo!

—Pero ¿qué dices? —se sorprende Altamira.

—Oliver, ve a por agua a la cocina —pide mi abuela.

La obedezco. Lleno una jarra y cojo un vaso. Regreso al salón y le entrego a mi hermana el vaso.

—Bebe —le digo.

Esta lo coge con manos temblorosas. Da un sorbo. Me mira. Bebe de nuevo. Y cuando deja de beber, susurra:

—Gordiiiiiii, ¡no sé dónde está mi bebé! Lo llamo por teléfono y no me lo coge. ¿Y si se ha tirado por un puente o lo han secuestrado?

Yuls, con gesto asustado, la ayuda a sentarse en el sofá. Lara jadea. Respira mal. Pero por eso no me alerto. Me alerto por mi sobrino y por mi abuela, que ya la veo acelerada.

—Abuela, tranquila, y tú, Lara, deja de decir tonterías —trato de serenar la situación. La abuela me mira angustiada y yo interrogo a mi hermana—: ¿Qué pasa con Javier?

Lara vuelve a beber agua.

—Ayer cenamos con su padre —dice después de dejar el vaso sobre la mesa.

—¿Cenasteis con ese tonto del culo?

—¡Abuelaaaaa! —la regaño.

Mi hermana asiente.

—Vino ayer a decirle a Javi que se casa.

—Pobrecita la que le dé el sí —resopla Altamira.

Lara vuelve a asentir. Su ex, el padre de Javier, es una buena pieza de museo.

—Se casa con una tal Juliana con la que lleva saliendo unos meses. Pero lo malo no es eso. Lo malo es que Javi y su padre tenían planeado un viaje a Argentina este agosto. Ya tenían billetes. Hotel, ¡todo! Mi bebé estaba muy ilusionado. Pero el imbécil de su padre ha decidido cancelarlo para irse a Irlanda de vacaciones con su nueva mujer y los dos hijos de esta. —Todos nos quedamos

callados, y ella baja la mirada y murmura—: En ese viaje no hay sitio para Javi. ¿Lo podéis creer? Y cuando regresamos a casa se lo tomó fatal. Aisss, gordiiiiiii, ¡que alguien me dé un Lexatin para mí o una pistolaaaaaaaa para matar a ese cabrón!

—Lara, por favor —la regaño.

—La palabra es *cabrón*. Pero con todas las letras —afirma Yuls.

La abuela y Altamira montan en cólera, y yo me encabrono. Aquel feo que le acaban de hacer a mi sobrino me duele. Me duele de verdad. Joder, ¿pero qué clase de padre es Miguel? ¿En serio se va a llevar de vacaciones a los hijos de su nueva mujer y a su propio hijo no?

—Y hoy Javi tenía una competición de monopatín —prosigue Lara con la voz cada vez más quebrada—. Le dije que no fuera. No estaba para competir. Pero juró con las manos en el corazón que a las siete como muy tarde estaría en casa. Pero no ha regresado y son casi las once de la noche. Lo he llamado al móvil cincuenta veces... vale... cien... ¡qué digo cien! ¡Mil! Y no me lo coge. Y yo... yo... he entrado en barrena. ¿Y si lo han secuestrado? O... o... está tirado en una cuneta. Porque os digo una cosa, como simplemente esté ligando y por eso no me responda, ¡juro que lo matooooo!

El corazón empieza a latirme a toda velocidad. Temo que a mi sobrino le haya pasado algo. Javier es un chico tranquilo. Paciente. Su carácter es más parecido al mío que al de mi hermana.

—He llamado a todos los hospitales por si se hizo daño en esa competición —sigue contando Lara—, pero nada. Por suerte, en ninguno aparece. Pero ¿dónde está? Creo... creo que tenemos que llamar a la policía, a la Guardia Civil o a un vidente.

—Larita, por favor... tranquilízate —susurra mi abuela, a la que le tiemblan las manos.

—Abu. Cuando aparezca, va a estar castigado ¡hasta que se jubile!

Llamo al teléfono de Javier. Un timbrazo. Dos. Tres. Cuatro y al quinto se corta. ¡Joder! Lo intento de nuevo. Pero nada. Igual.

Me preocupo. Javier es un chaval bastante centrado, a pesar de vivir con mi hermana, que llora, desvaría y dramatiza. Pienso. Busco una solución. De inmediato pienso en mi amigo Alexander. Él es inspector de policía. Seguro que nos puede ayudar. Y cuando estoy a punto de llamarlo oigo a Yuls, que pregunta:

—¿La competición a la que iba se llama Madrid Street Jam?

—Sí, cuñiii, ¿cómo lo sabes?

Yuls asiente. Se incorpora. Saca su teléfono del bolsillo del pantalón y marca.

—Kaory, sé que es tarde, pero necesito hablar con Lucas —dice.

Me acerco a ella. Todos nos acercamos a ella, que nos mira y pone el manos libres.

—Puede que sepa dónde está.

Mi hermana da un chillido y a mí me deja perplejo. ¿De verdad va a saber dónde está mi sobrino?

Capítulo 25

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

La voz de Lucas suena preocupada y todos me miran sorprendidos mientras leo en sus miradas aquello de «¿Por qué te llama "mamá"?».

—Un segundo, Lucas.

Muteo el teléfono móvil para que el chaval no nos escuche y los miro a todos, en especial a Oliver.

—Lucas es un niño del centro de menores con el que tengo una relación muy especial. Por eso me llama «mamá» —aclaro.

Oliver asiente. Veo que todos asienten, y quito el mute.

—Tranquilo, bichito, estoy bien.

—¡¿Seguro?!

—Sí, Lucas, tranquilo. Te llamo para preguntarte por la competición de hoy.

—He ido, pero no he participado. Había mucho niño pijo por allí y mucho gilipollas.

—Vale —sonrío—. Pero tú me hablaste de una fiesta posterior que...

—No he ido. ¡Pasé también! La peña comenzó a hablar de que iba a haber porros y bebida, y ya sabes que no es lo mío.

—Me parece bien, cariño, ¿pero sabes dónde es?

El teléfono se queda mudo unos segundos mientras percibo que todos contenemos la respiración.

—¿Quieres tú ir a esa fiesta? —se extraña Lucas.

—No. No es eso.

—¿Entonces por qué me preguntas?

Vale. Lucas es de los que necesitan información y yo soy consciente de que con él tengo que ser sincera o no me va a decir lo que quiero.

—A ver, escucha, bichito. Estoy con una amiga que está buscando a su hijo —le explico—. Él fue a esa competición. Y lo está llamando al teléfono y no consigue localizarlo, por lo que imagino que puede estar en esa fiesta.

Lucas se queda callado.

—Solo te lo diré si voy contigo a buscarlo —responde al cabo de unos segundos—. Allí hay gentuza que no me gusta y bajo ningún concepto vas a ir allí sin mí.

—¡Lucas!

Aunque no es momento de sonreír, no puedo evitarlo. Su protección hacia mí es tremenda.

—Además, mamá —insiste—, no te van a dejar pasar a no ser que vayas con entrada, y yo la tengo, pero tú no. Por lo tanto...

—Vete vistiendo, que voy a por ti. Pásame con Kaory.

No transcurren ni dos segundos cuando oigo la voz de mi amiga. Yo quito el manos libres.

—¿Qué es eso de que vienes a por Lucas? —se sorprende.

Le explico la situación y ella me escucha. Me entiende.

—Si la directora se entera de que Lucas ha salido a estas horas, la va a liar y nos pondrá un parte a nosotras —me advierte.

—Pues haremos lo posible para que no se entere.

Me despido de mi amiga y miro a Oliver y a Lara.

—Vamos al coche —les digo.

Altamira y Ágata nos siguen.

—Quedaos aquí, por favor —les pide Oliver—. Os llamaré en cuanto esté con nosotros. Y, por favor, abuela, tranquilízate.

Ellas asienten. Saben que no es momento de discutir, sino de actuar.

—Como ya sabéis, hay que pasar primero por el centro donde trabajo —le digo a Oliver cuando nos subimos al coche—. Allí recogeremos a Lucas, que nos puede llevar a la fiesta que comenzó tras el campeonato.

—¿Mi bebé está en una fiesta? Como sea cierto, cuando lo vea, le monto yo otra, ¡pero sin música!

—No lo sé, Lara. Iremos y lo veremos.

Voy a darle la dirección cuando Oliver me hace un gesto y le oigo decir al navegador del coche:

—Trabajo de Yuls.

Sorprendida, veo que la dirección que yo no he dado aparece rápidamente en el navegador y parpadeo. Está visto que don Controlador sabe perfectamente dónde trabajo.

—¿Y si le han dado un golpe y ahora tiene amnesia? —repite Lara, que no para de llorar.

Madre mía, ¡qué exagerada es!

Cuando recogemos a Lucas, Kaory me mira. Lo que estamos haciendo no está bien.

—Lo traeré de vuelta lo antes posible —trato de tranquilizarla. Mi amiga asiente y mirando a Lucas, que por cómo los mira ya sé lo que está pensando, indico—: Lucas, ellos son Oliver y Lara. Chicos, él es Lucas.

Lara, como madre angustiada, lo abraza con dramatismo.

—¿Conoces a mi Javi? —le pregunta—. Es alto. Guapo. Tiene un lunarcito justo aquí, en el cuello, en forma de corazón monísimo. Y... y se come las uñas.

—No creo —murmura Lucas.

—Te juro, Lucas, que cuando lo encuentre le vendo el monopatín y le compro un ajedrez.

Oliver, oyendo los desvaríos de su hermana, le tiende la mano a Lucas y, cuando se la estrechan, murmura con voz seca y yo diría que algo dura:

—Encantado de conocerte, Lucas.

—Lo mismo digo.

Con la linterna del móvil veo que Lucas mira algo en su entrada del campeonato.

—La fiesta es aquí. —Nos lo muestra.

Ya no me llama «mamá». Ya no estamos solos. Miramos lo que nos enseña, un tanto sorprendidos. Si no sabes que hay que hacer aquello, dudo que hubiéramos podido encontrar la dirección. Oliver arranca y algo acelerado conduce.

Cuando llegamos a un chalé en la zona de Villanueva de la Cañada hay un montón de motillos y coches aparcados alrededor. Solo se ve chavalería. Gente que está metida en el mundo del *skateboard*, y poco más.

—Tengo solo una entrada —indica Lucas—. Dudo que os dejen pasar a vosotros. Creo que es mejor que entre yo, lo busque y lo saque.

—Me parece bien.

—A mí no me parece bien —suelta Oliver.

—Oliver, Lucas tiene razón —le contradigo—. Es mejor que entre él y...

—Por el amor de Dios, Yuls, ¿pretendes que confíe en un crío al que no conozco de nada y que no sabe quién es mi sobrino? ¿Pero dónde tienes la cabeza?

—La tiene sobre los hombros para entender la situación. Pregúntate dónde la tienes tú —responde Lucas, molesto.

Oliver lo mira con mal gesto. Aquello que Lucas ha dicho le ha molestado tanto como no controlar él la situación.

—Se acabó el *skate* —lloriquea Lara—, a partir de mañana ¡punto de cruz!

—Joder, Lara, ¡quieres dejar de decir tonterías! —sisea Oliver, nervioso.

Como era de esperar, hermano y hermana se lanzan dardos mientras Lucas y yo los escuchamos en silencio. Entre ellos son duros. Tremendamente duros.

—A ver, chicos. Por favor, ¡paz! —Levanto la voz para parar aquello. Oliver y Lara se callan, yo prosigo—: Como dice Lucas, sin entrada no podemos pasar. Por lo que...

—Yuls, ¡es mi sobrino el que puede estar ahí!

—Lo sé. Pero...

—Pero nada —me corta con voz seca—. Entraré yo.

—¿Quieres que tu sobrino te odie el resto de su vida porque se avergüence ante sus colegas al ver que su tío va a buscarlo a una fiesta? —insisto.

Oliver y yo nos miramos. Si él es cabezón, que sepa que la cabezonería la inventé yo.

—¡Cuñiiiiii, hazle caso a tu marido! —grita Lara—. ¡Y que entre él!

—¿¡Tu marido!? —pregunta Lucas.

Su mirada se clava en mí. ¡Mierdaaaaa!

Lo que acaba de oír lo ha dejado anonadado.

—Luego te lo explico —le digo, inclinándome hacia él para que Lara no se dé cuenta.

—¿Te has casado con un pijo?

—Lucasssss...

—¿Este rancio estirado es tu marido? ¿Desde cuándo? —insiste Lucas.

—Oye, chaval... —protesta Oliver, claramente molesto.

Lucas ni lo mira. Solo me mira a mí, en espera de una respuesta.

—Sí. Es mi marido —afirmo—. Pero ya te lo contaré después. Ahora, bichito, confía en mí, por favor, ¿vale? —Lucas duda. Se lo piensa, pero finalmente asiente. A pesar de su edad, entiende la urgencia que vivimos, y yo, clavando la mirada en Oliver, siseo—: Y tú, don ordeno y mando, ¿quieres hacer el favor de confiar en Lucas y en mí?

Oliver me mira. Uisss, cómo me mira, pero acepta por fin.

—¿Tienes una foto de Javi? —pregunto.

—¡Yo tengo mil! —musita Lara.

Ambos buscan en sus teléfonos móviles y, cuando Oliver encuentra una donde se le puede reconocer bien, indico:

—Pásala a este número de teléfono. Es el de Lucas.

Enfadado, huraño y molesto, hace lo que le pido. Eso de que él no lleve la voz cantante controlándolo todo lo está descolocando.

—Escucha, cariño —le pido a Lucas cuando ya tiene la foto de Javi en su móvil—. El primer plan es el que tú has propuesto. Pero si pasados quince minutos no has salido, entraremos a codazos y si hace falta llamar a la policía, lo haremos. —Lucas asiente. Y cuando Oliver va a protestar, le corto—: Cierra el pico y démosle a Lucas quince minutos, por favorrrrr.

Oliver resopla. Su cara de cabreo es tremenda.

—Ve —le digo a Lucas, y le doy un beso en la mejilla—. Y recuerda, ¡quince minutos!

Cuando Lucas sale del coche, de inmediato se mimetiza con la chavalería que hay en los alrededores del chalé. La tensión dentro de nuestro vehículo es incómoda.

—Tenía que haber llamado a mi amigo Alexander —murmura Oliver.

—¿A Alexander?, ¿para qué? —pregunto.

—Es inspector de policía y seguro que nos podría ayudar.

Aquello me deja muda. Saber que el tipo divertido que conocí es poli me crea cierta inseguridad, porque sé que, si teclea mi nombre en su base de datos, todo mi pasado aparecerá.

Pero no. Me niego a pensar así. Alexander tendrá cosas mejores que hacer.

—Es imposible que Javier esté ahí —insiste Oliver.

—¿Por qué es imposible?

—Porque a él estas fiestas con droga y bebida no le van.

—Te sorprendería lo que les va a los adolescentes.

—A mi sobrino Javier no —se empecina.

Lo miro. Puede que tenga razón. No lo dudo. Pero una fiesta para un adolescente, y más si tiene un problema, es un gran desfogue.

Nos quedamos en silencio varios minutos hasta que Lara, con la cara pegada en la ventanilla del coche, balbucea:

—¡Javiiiiiiii! Mi niñooooo. Te prometo que si apareces, no te castigo. ¡Bueno... un poco! ¡Pero poco! O mucho... ¡no lo sééééé! ¡Pero apareceeeeeee!

Oliver me mira y toma aire.

—Lara, tranquilízate y respira —susurra.

—¿Y si solo encontramos una zapatilla de él o una oreja?

—¡Laraaaaaaaa! —protesta Oliver.

—Ni Lara ¡ni leches!

—Si no está aquí, llamaré a Alexander. Tranquila, Lara.

—¡Encuéntrame a mi niño! —exige ella.

Instintivamente, cojo la mano de Oliver. Se la aprieto. Sé que él hace todo lo que puede por ayudarla, y también entiendo el

histerismo de una madre. Y cuando están a punto de cumplirse los quince minutos, voy a decir algo, pero Oliver abre la puerta y anuncia:

—Ahí están.

Al mirar, veo que Lucas y Javier vienen caminando. Bajo del coche. Los críos se acercan.

—¿Pero contigo qué narices pasa? —le pregunta Oliver a su sobrino.

Javi nos mira. Veo sus pupilas dilatadas, pero no digo nada.

Lara sale del coche.

—Aissss, mi niñoooooo, ¡mi bebéééé! —exclama Lara, histérica. En silencio vemos como madre e hijo se abrazan—: Primero te abrazo y luego te castigo —le dice.

—Mamá...

—¡Qué susto me has dado, mi amor!

Lucas me mira y pone los ojos en blanco. Sé lo que piensa. Lo sé. Pero yo sonrío. No lo puedo remediar y más cuando oigo a Lara que dice:

—Me he vuelto loca y le has dado más motivos a tu tío para que me lo llame. ¿Te parece bonito?

Javi sonríe. Oliver también.

—Lo siento, mamá —responde Javi—. Estaba cabreado y...

—Vamos todos para el coche —lo corta Oliver.

Lucas me mira. Sé que espera una explicación mía, pero, antes de que yo pueda decir nada, Oliver se pone delante de él y le abre la puerta.

—Gracias, Lucas —le dice.

Lucas lo mira. Se encoge de hombros y sin responder se mete en el coche.

Cuando ya estamos todos acomodados, se instala el silencio entre nosotros. Nadie dice nada. De pronto, Oliver se detiene delante de un bar, el único abierto por los alrededores.

—Vamos a tomar algo. Lo necesitamos.

Los cinco salimos del vehículo. Lara no se separa de Javi, y Oliver se pone a su lado.

—Id entrando —les digo yo—. Ahora vamos nosotros.

Oliver me mira y asiente. Creo que entiende que he de explicarle algo a Lucas.

—¿Desde cuándo te codeas con esa clase de pijos? —suelta Lucas tan pronto desaparecen dentro del bar.

—A ver, Lucas...

—Huelen a pasta desde la distancia. Solo hay que ver las ropas que llevan, el coche que conduce y la tabla de *skate* del chaval. Pero vamos a ver, mamá, ¿cuándo te has casado con ese estirado y por qué no me lo has dicho? —Parpadeo. Intento buscar las mejores palabras para explicarme y Lucas insiste—: Pero si es un rancio, ¿no lo ves?

—A ver...

—Mamá, ¿por qué no me lo habías dicho? —repite.

Entiendo su pregunta. Oliver y yo no tenemos nada que ver.

—Necesitaba dinero para cuidar a mamá y él necesitaba una mujer —respondo—. Hicimos un trato que solo durará hasta finales de agosto, y que no implica nada. Solo hacer creer a todos que soy su mujer. Esa es la realidad. Quizá no es la mejor opción, pero casarme con él me ha permitido meter a mamá en la residencia adonde te llevé a verla.

Él con lentitud asiente.

—Te lo dije —murmura—. Te dije que esa residencia era muy cara, ¿verdad?

—Sí. Lo dijiste —me muestro de acuerdo.

Guardamos silencio unos segundos.

—Ese chico que va irradiando patrimonio... —dice.

—¿Javi?

—Sí. Javi, cuando le he dicho que iba de tu parte, se ha alegrado. Es más, yo creo que, si hubiéramos tardado un poco más en ir, él solo se habría marchado. Se ve que no le va ese tipo de fiesta. —Asiento. Me lo puedo creer; él vuelve a la carga—: Pero, mamá, hablando del estirado...

—Lo sé. Es una locura haberme casado. Pero tenía que hacerlo.

Lucas resopla, pero sé que me entiende. Lo sé.

—Parece diseñado para vivir en un chalé en La Moraleja —afirma, señalando a Oliver, que está sentado en una mesa con su hermana y su sobrino.

—Ahí vive. O, mejor dicho, ¡vivimos! —afirmo.

—Nooooo.

—Síííííí...

Lucas mueve la cabeza. Me mira con gesto incrédulo.

—Creí que a ti no te iban esa clase de personas —suelta.

Resoplo. Sé la aversión que tiene a ciertas personas que nunca se han portado bien con él.

—Recuerda. Nunca hay que prejuzgar a las personas, porque te pueden sorprender —le recrimino.

—Dudo que ese rancio me sorprenda.

Miro a Oliver. Lo veo serio hablando con su sobrino.

—Bichito. Es algo estirado, pero es un tío increíble —replico.

—Venga ya, mamá.

Sonrío. Si Oliver supiera que la palabra «rancio» la utiliza Lucas también con él, seguro que se quitaría las gafas.

—A ver, Lucas, Oliver tiene sus manías como las tenemos todos y...

—¿Qué manías?

—Es un obseso del control. No deja nada al azar o al destino. Si pudiera le daría instrucciones al GPS y odia la impuntualidad, entre muchas cosas más.

—Pues contigo lo lleva claro —se mofa.

Nos reímos.

—Sabe lo de...

—No —le corto antes de que diga el nombre, y añado—: No sabe absolutamente nada de mi vida, y así quiero que siga siendo hasta que nos separemos. Cuanto menos sepa, mejor.

—¿Crees que te prejuzgaría?

—No lo sé. Posiblemente. —Lucas me mira. En su gesto veo que no entiende aquello—: Guárdame el secreto de todo. Incluida la boda. Solo Kaory lo sabe.

—¿Javi y su madre tampoco lo saben?

—Nadie lo sabe.

Él arquea las cejas y, cogiéndolo de la mano, entramos en el bar.

Capítulo 26

Miro a mi sobrino.

Está bien, aunque, viendo sus pupilas dilatadas, intuyo que ha fumado lo que no debe. Ahora no le voy a decir nada con respecto a eso para no encabronarlo. Pero ya buscaré el momento para hablar tranquilamente con él.

Cuando Yuls y Lucas entran en el local, se sientan a nuestro lado. Pedimos al camarero algo de beber. Estamos sedientos por lo ocurrido y, tras llamar a mi abuela para que sepa que Javi ya está con nosotros y se tranquilice, miro a mi sobrino.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así? —le pregunto.

—La he cagado. Lo sé.

—¿Pero en qué estabas pensando? —insisto—. Vamos a ver, Javier. Siempre he considerado que eres un chaval con un par de dedos de frente. ¿Pero cómo has podido hacer algo así? ¿Acaso no piensas en el susto que le has dado a tu madre y a todos?

—Estaba cabreado con papá, tío.

—Pero, bebéééé...

—Mamá —la corta—. Papá ayer me dejó muy clarito que sobro en su vida. Se va de vacaciones con su nueva familia. Con los hijos de esa mujer. ¿Acaso es que yo no soy su hijo?

Las palabras de mi sobrino me apenan. Me duele. Miguel, el ex de Lara, nunca se ha comportado como un padre. Siempre ha pasado bastante de él. Nunca entenderé a los padres que se despreocupan de sus hijos.

—Cariño —dice Lara—. Yo te llevaré de vacaciones adonde tú quieras.

—Mamá, no es eso.

—Lo sé, mi vida. Pero porque tu padre sea un impresentable no es justo que a mí me des estos sustos.

—Lo siento, mamá.

Los observo a los dos. Cuando Lara se pone seria me recuerda mucho a mi padre.

—Ni puedes, ni debes, pagar con tu madre lo que tu padre haga —interviene Yuls—. Son dos personas diferentes, y creo que ya comienzas a tener una edad como para darte cuenta de muchas cosas. Y de que valores otras.

Durante un buen rato mi hermana, Yuls y mi sobrino hablan sobre aquello. Yo intervengo cuando creo que he de hacerlo, pero también observo a Lucas. A ese que me ha llamado «rancio», como hace Yuls.

Lucas escucha atentamente y sin interrumpir mientras bebe con tranquilidad su Fanta de naranja. Es un chico alto, tanto como mi sobrino Javier. Y hay algo en él que me recuerda a mí, y es su manera de escuchar y observar. Su pelo es claro, sus ojos verdes y, por cómo arquea la ceja y en ocasiones mueve la cabeza, intuyo que se está creando su propia opinión de lo que oye.

No sé quién es ese crío. Yuls nunca me había hablado de él. Pero lo que ha quedado claro es que confían el uno en el otro ciegamente, y reconozco que eso me agrada.

—¿Puedo opinar? —interviene Lucas.

Todos lo miramos. Asentimos.

—Vaya por delante que lo que voy a decir es una opinión mía —empieza, mirando a mi sobrino—, y que eso no significa que no crea que la tuya sea la correcta.

—Vale —asiente Javier.

Lucas retira la bebida de su lado.

—Entiendo tu enfado —continúa—. Que tu padre pase de ti es algo que comprendo que no te guste. Pero, colega, tienes una madre y una familia que se preocupan por ti, ¿verdad? —Mi sobrino nos mira y asiente, y él añade—: Pues deja de hacer el tonto y céntrate en quien te quiere, cuida y valora. Si tu padre, que ya es un adulto, ha decidido no tenerte en su vida, ¡él se lo pierde!

—Y tanto que se lo pierde —confirma Lara.

—Tu madre y tu tío han removido cielo y tierra para encontrarte, porque ellos te quieren en sus vidas. ¡Quédate con eso! No te quedes con el mal rollo de un tío, aunque sea tu padre, que pase de ti. Porque si lo haces, el que no va a vivir la vida y se va a convertir en un amargado serás tú.

Oírle decir aquello me sorprende. Su madurez y manera de explicar me encandilan.

—¿Cuántos años tienes, Lucas? —le pregunto.

—Catorce.

Asiento. Tiene la edad de mi sobrino.

—Qué despliegue de madurez emocional tienes, cariño —dice mi hermana, acariciándole el pelo con afecto.

Inconscientemente, miro a Yuls. Tiene una mano de Lucas cogida por debajo de la mesa.

—Javi —continúa el crío—, has crecido en una familia que no solo te da lo material, sino que también te da eso otro que se llama amor, cuidados y protección. Yo eso nunca lo tuve, hasta que llegué al centro de menores y conocí a Yuls.

—¿Vives en un centro de menores? —pregunta Javier, sorprendido.

—Sí —afirma Lucas—. Yo no tuve una madre que se preocupara por mí como lo hace la tuya. Yo tuve unos padres toxicómanos, a los que lo único que les importaba era su dosis diaria, hasta que esas dosis acabaron con ellos.

—¡Ay, cariño, lo siento! —murmura Lara.

—Siento lo que dices, Lucas —me sumo yo.

—Tranquilos —replica él—. Eso ya es un tema superado para mí. —Lara compone un gesto apenado, pero Lucas sigue adelante—: Con esto te digo, Javi, que comprendo tu enfado y tu cabreo, pero teniendo a tu madre, que te cuida y que te quiere, no necesitas a un padre que ni te cuida ni te quiere. Porque, como bien me ha enseñado Yuls, en la vida debemos rodearnos de personas que nos sumen, no que nos resten.

Javier lo mira. Por su gesto compruebo que está impresionado. Siempre ha sido un crío muy juicioso y comedido.

—Tienes razón, Lucas —interviene antes de que yo lo haga—. Debería ser más listo con ciertas cosas.

—Si algo me ha enseñado la vida —afirma Lucas con una tranquilidad que me sobrecoge— es a saber lo que quiero y lo que no sin pisotear ni hacer daño a nadie. Y eso es lo que debes pensar. Qué merece la pena y qué no. Y a quién merece la pena tener a tu lado y a quién no.

Miro a Yuls. En su gesto veo el orgullo con que mira a aquel muchacho. De pronto, suena su teléfono.

—Tenemos que llevar a Lucas al centro —dice.

Sin más. Nos levantamos todos de la mesa. Javier se acerca a Lucas.

—¿Nos pasamos los números de teléfono? —le pide.

—Claro, colega —afirma Lucas.

Mientras lo hacen, Yuls me mira emocionada, y yo, acercándome a ella, la cojo por la cintura y con ternura, porque eso me provoca ella en este momento, le doy un beso en la frente.

Veinte minutos después hemos dejado a Lucas en el centro y media hora más tarde a Lara y a Javier en su casa.

Yuls y yo vamos en el coche en silencio. Es un silencio tranquilo y nada incómodo.

—Me ha impresionado cómo habla Lucas —comento.

—Es muy maduro —asiente ella—. Aunque, bueno, en ocasiones se comporta como un crío de su edad. No creas que no las monta de vez en cuando.

Eso nos hace sonreír a los dos.

—¿Desde cuándo te llama «mamá»? —me intereso.

—Desde que tenía siete años. Pero solo lo hace cuando cree que estamos solos, como has podido comprobar.

—¿Por qué?

—Para evitar problemas —afirmo con convicción—. En el centro de menores eso no estaría bien visto. Y posiblemente nos meteríamos en líos que queremos evitar.

Minutos después, cuando entramos en la finca de la casa, Zorba y Drako vienen corriendo hacia el coche. Ya en el garaje apago el motor y nos bajamos. Mis perros la saludan a ella antes que a mí, y cuando lo estoy haciendo yo, la veo mirar el cielo.

—¿Por qué te gustan tanto el cielo y las estrellas?

—Porque me hacen soñar.

—¿Eres soñadora?

—Sí. —Y, mirándome, pregunta—: ¿Tú tienes algún sueño?

Su pregunta me pilla por sorpresa.

—No.

—Pues quien no sueña no vive... nunca olvides eso. —No respondo. No digo nada. Ella sigue mirando el cielo estrellado y murmura—: Mamá me contó infinidad de historias de estrellas y galaxias que me gusta recordar.

—¿Alguna vez me las contarás?

Yuls me mira. En sus ojos descubro esa mirada que en ocasiones me desconcierta. En mi teléfono, que tengo en mi mano, entra un mensaje. Ambos lo miramos y vemos que es de Vanessa.

—Lo dudo —responde.

—Venga, mujer —insisto con un gesto distendido—. Prométeme que algún día algo sobre las estrellas me contarás.

—Yo no prometo nunca —sentencia con tal seriedad que me calla.

Al poco rato entramos en la casa. Mi abuela, al oírnos, sale de su habitación en nuestra busca. La tranquilizamos. Le indicamos que Javi está bien y, cuando se va a dormir, nosotros entramos en mi habitación. Y, tras un rápido «buenas noches», Yuls desaparece tras su puerta y yo me quedo solo y deseoso de estar con ella.

Capítulo 27

Los siguientes días, cada vez que Lucas puede, me pregunta por Oliver. Quiere saber de él. Está claro que «ese rancio, pijo estirado», como lo llama, no le ha terminado de caer bien. En cambio, Javi sí. Lucas dice que a ambos les encanta el deporte en general e incluso que alguna tarde tienen pensado quedar para hacer *skate* con sus monopatines.

En cuanto a Vanessa, veo que sigue escribiendo y también veo que Oliver le contesta. Intenta hacerlo con disimulo cuando estoy delante, pero ¡menudo radar tengo!

Una mañana, cuando estoy terminando de darle el biberón a uno de los pequeños que tenemos en el centro, y a los que, por cierto, me como a besitos, mi compañera Marina viene corriendo a la habitación.

—Yuls, ¡no te lo vas a creer! —La miro. No sé de qué habla—. Hay un camión ahí afuera que nos trae una televisión enorme y no sé cuántos ordenadores para el centro —se entusiasma.

Sonrío. Sé quién lo ha enviado.

—¡Qué biennnnnnn!

Dejo a la pequeñita dormida en su cuna, salgo del cuarto y voy a la cocina. Allí meto el biberón en el lavavajillas y la tetina en el esterilizador. Curiosa, voy hasta la puerta, y allí me encuentro con la directora del centro. Doña Lola está revolucionada. Feliz.

—Al parecer, el señor Dávila y su esposa nos han comprado estas maravillas para el centro —me explica—. ¿No te parece increíble? —

Asiento. Sonrío. Y ella cuchichea—: ¿Sabes quién es el señor Dávila? —Inocentemente niego con la cabeza; ella, enseñándome una tarjeta de Oliver, me ilustra—: Es un galerista muy reputado. —Y mostrándome su teléfono móvil, en el que veo una foto de Oliver, añade—: Y, además, muy guapo, ¿verdad?

—Verdad... —sonrío, divertida.

Descargan la televisión. Es enorme. Impresionante. Quienes la traen la cuelgan en la sala de estar, y emocionada la miro. Cuando la vean los niños se van a volver locos.

Descargan del camión un montón de cajas. Curiosa, veo que son ordenadores. Los cuento. Son veinte. ¡Vaya con Oliverrrr! Tan pronto los dejan en la sala de ordenadores, conectados y funcionando, salgo del centro y, apoyándome en mi coche, me enciendo un cigarrito y llamo por teléfono. Un timbrazo. Dos. Y al tercero, digo:

—Muchas graciasssssssssss. —Casi puedo oír la sonrisa de Oliver cuando, emocionada, admito—: La televisión es impresionante y los ordenadores ni te cuento. Cuando los vean los niños, ¡van a fliparrrrrr! De verdad muchas muchas muchas ¡graciasssss!

—¿Hoy soy menos rancio?

Oír eso me provoca risa. Está claro que es un término que le molesta.

—Hoy has pasado de rancio a ¡superhéroe! —exclamo sin dejar de mirar el bonito anillo de Cartier en mi dedo.

Lo oigo reír a través del teléfono.

—Me alegra ese cambio y me gusta saber que lo enviado os ha gustado.

—Gustado es poco. ¡Todo es una pasada! Y prepárate. Porque mi directora no creo que tarde en llamarte por teléfono para darte las gracias por lo que has enviado y es bastante intensita.

—Vale.

—Y recuerda, ni me menciones.

—De acuerdo.

Oigo su respiración a través del móvil. Cada día que pasa, inexplicablemente, este hombre me gusta más, pero sé que está en el trabajo y no puedo entretenerlo.

—Bueno. Creo que... —trato de despedirme.

—¿Cómo llevas el día? —interrumpe él.

Uisss, ¡se interesa por mí!

—De momento, tranquilo. ¿Y tú el tuyo?

—Lioso —admite—. Adam Pisher, un pintor londinense con el que estaba preparando una exposición para octubre en Madrid, me acaba de cancelar.

—Vaya... ¡qué putada!

—Esa boca, señorita Pérez.

En ese momento veo que llega el autobús donde vienen algunos de los muchachos del centro. Regresan del colegio.

—Te dejo —me despido, apagando el cigarrillo—. Llegan los niños y quiero ver sus caras cuando vean la enorme televisión que les has comprado y los ordenadores.

—Grábalo con el móvil y luego me lo enseñas.

—¡Hecho! Un beso. Adiós.

Y, sin más, termino la conversación y corro hacia esos niños a los que quiero, y todo lo bueno que puedan tener yo se lo conseguiré.

Capítulo 28

Han pasado varias semanas desde el episodio vivido con mi sobrino y todo ha vuelto a su lugar. Javier vuelve a estar centrado, la movida con su padre parece estar archivada y mi hermana está tranquila.

Yuls grabó la reacción de los niños al ver la televisión y los ordenadores, y cuando me la enseñó, me emocioné. Ver la cara de felicidad de aquellos chicos y sus saltos de alegría ante lo que había enviado me hizo darme cuenta, una vez más, de la suerte que he tenido en la vida y que, como dice mi abuela, hay que ayudar a quien lo necesita.

Hoy es sábado, y los sábados me gusta dormir un poco más, pero hoy ha sido imposible. Un sueño en el que aparecía Yuls besándome me despertó y ya no he podido volverme a dormir.

¿Me estaré volviendo loco?

Llamo por teléfono a José Luis, pues ya le dieron el alta. Está en su casa y se tiene que cuidar, por lo que, de momento, no puede trabajar. El ataque cardiaco que le dio no ha sido de los flojos, y siguen haciéndole pruebas, pues no descartan que lo tengan que operar.

La noche anterior, el viernes, me encontré durante la cena de trabajo con Vanessa. Entró con un acompañante a cenar en el mismo restaurante donde estaba yo, y nos saludamos. Estaba guapa y estilosa, como siempre, e iba acompañada por un reputado concejal. Y, la verdad, verla con él no me produjo ni frío ni calor.

Pero al despertar ya he visto que tengo un mensaje suyo pidiéndome que la llame o vaya a verla.

Cansado de dar vueltas en la cama, al final, a las ocho y media me levanto, me pongo ropa de deporte, y salgo a correr con Zorba y Drako. Correr siempre me hace desconectar y recargar las pilas, y cuando regreso a casa, voy directo a la cocina, donde oigo música.

Allí me encuentro con mi abuela.

—Buenos días, mi vida.

—Buenos días, abuela. ¿Qué escuchas?

Me enseña su móvil.

—¡Me encanta mi Esporroti! —afirma.

¿Qué es Esporroti?

—¿Pero desde cuándo tienes tú Spotify? —pregunto, curioso, mirando su móvil.

—Desde que me lo puso Yuls.

No lo sabía. La abuela comienza a mostrarme las listas de canciones que junto con Yuls se ha creado.

—Es Bus Bony —me dice al empezar a sonar una de ellas.

Oír aquello me hace gracia. El que suena sé que es Bad Bunny. A mi sobrino Javier le encanta aquel cantante.

—¿Y desde cuándo escuchas tú a Bad Bunny? —quiero saber.

Como la mayor entendida de música, la abuela me habla de aquel cantante puertorriqueño, y yo la escucho encantado. En los últimos días, reconozco que la veo más animada, incluso con mejor color de piel y cero ojeras. Hablé con don Nicanor y el hombre está emocionado por su mejoría. Que esté remontando de su mal me llena de felicidad. Tanto ¡que gritaría!

—¿Dónde está Mónica? —pregunto, metiendo una cápsula en la máquina de café.

—Su hija pequeña, Inesita, se ha puesto de parto y se ha ido para el hospital. —Ah, vale, entiendo perfectamente que no haya venido. Mi abuela me explica—: Yuls ha mirado en la nevera y en la despensa y ha dicho que ella cocinará. —Eso me sorprende. ¿Sabe cocinar? La abuela cambia de tema—: ¿Qué es eso de que Yuls va a pintar la habitación adjunta a la vuestra?

Anda, ¡al final lo va a hacer!

—A ver, abuela...

—Pero, hijo... ¿Acaso no puedes contratar a alguien para que lo haga?

Termino de prepararme el café mientras la música sigue sonando.

—Se lo dije —respondo—. Pero se empeñó en que ella misma quería hacerlo.

Mi abuela sonríe. Está visto que le hacen gracia las cosas de Yuls. Le hablo de José Luis. Le hago saber que está mejor, aunque siguen haciéndole pruebas.

—¿Hoy no tienes fatiguita? —le pregunto al verla con gesto asustado por José Luis.

—No, mi vida. Hoy me encuentro fenomenal. Es solo que lo de José Luis me preocupa.

La entiendo. A mí también me preocupa. Pero la mejoría de mi abuela es la mejor noticia que me han dado en los últimos tiempos.

—Por cierto, patatita, ya me dijo Yuls que eres un romanticón —suelta. Levanto las cejas. No sé si por lo de «patatita» o por lo de «romanticón». Ella continúa ilustrándome—: Hablando con ella un día, me comentó que en ocasiones bailáis muy acaramelados cierto bolero y ya sé cuál es vuestra canción de amor.

Sin perder mi prefabricada sonrisa, asiento. No he bailado ni una sola vez con ella, pero sé de lo que habla. Yuls lo apuntó en el

cuaderno y ya me he encargado yo de buscar esas canciones y escucharlas.

En ese instante, se abre la puerta de la cocina y entra Yuls. Va informalmente vestida con unas mallas negras, camiseta y gorra. Al verme, sonríe. Deja lo que lleva en el suelo y, con total familiaridad, se acerca, me abraza, se pone de puntillas y me da un rápido beso en los labios.

—Buenos días, cielo —me saluda—. ¿Ya has vuelto de correr? —Asiento. Cada vez que me abraza y me besa de aquella manera, reconozco que me gusta más y más; ella se vuelve hacia mi abuela y exclama—: Bad Bunnyyyyyy. ¡Vamos, mamita lindaaaaa!

¡¿Mamita linda?!

Acto seguido, se pone a bailar. ¡¿Qué?!

Sin ningún tipo de vergüenza baila, canta. Incluso hace eso que me parece tan horrible que se llama ¡perrear! Y, de repente, mi abuela se levanta apoyándose en el bastón y comienza a bailar y a canturrear:

Si te quieres divertir
con encanto y con primor,
solo tienes que venir
un verano a Nuevayolll.

¿Mi abuela se sabe una canción de Bad Bunny?

Las miro sin dar crédito a lo que veo, cuando soy consciente de que la abuela no puede hacer aquello. Por favor, ¡que está convaleciente! Así que la paro y, a pesar de sus protestas, la siento en la silla. Eso hace que las dos comiencen a reír a carcajadas.

—Ais, Oliver de mis amores —dice la abuela—. Qué divertido es bailar al Bus Bony.

Oír eso me hace sonreír. La abuela, a diferencia de mí, siempre ha sido muy bailona.

—Antes de pintar, desayuna, mi vida —le dice a Yuls.

—¡Sí, mi *amol*!

De nuevo las dos se mueren de risa. Está claro que entre ellas se ha creado un vínculo especial mientras yo estaba de viaje. La abuela para la música y observo cómo Yuls, bromeando con ella, saca las galletas del mueble y la mantequilla del frigorífico. Me encanta verlas tan felices.

—No solo vas a pintar, sino que me ha dicho mi abuela que también vas a preparar la comida.

Ella me mira. En sus ojos veo ese brillo retador que empieza a gustarme.

—Pues sí, patatita —afirma con un gracioso gesto.

¡Ya estamos con ese ridículo apodo!

Miro a mi abuela. Se ríe.

—Yo a tu abuelo lo llamaba «torreznito», y se lo llevaban los demonios cuando lo hacía.

Eso hace reír a Yuls. Y, al final, me tengo que reír. No lo puedo remediar.

—¿Qué llevas en esas bolsas?

Me las muestra.

—Plástico para cubrir el suelo. Cinta de carrocero para proteger enchufes, rodapiés y marcos de ventana. Pintura. Rodillos, y algunas brochas y masilla por si hubiera que tapar algún desperfecto —enumera.

Me quedo boquiabierto.

—Hija de mi vida, ¡eres toda una profesional! —exclama mi abuela.

Luego mete una cápsula de café en la cafetera y le da al botón de encendido.

—De comida os voy a preparar pollo al curri, que me sale de maravilla —nos informa—. ¿Os gusta el pollo al curri?

—¡Me encanta!

—Si es picante la abuela no puede comerlo —matizo rápidamente.

—Mi pollo al curri no picará. No me gusta la comida picante. Pero os aseguro que luego me vais a comer a besos por lo rico que estará.

Sin poder evitarlo, la abuela y yo gesticulamos y sonreímos. Aquella autenticidad en ella, aunque hay momentos que me desconcierta, reconozco que es graciosa. La abuela y ella se ponen a hablar de cocina y yo con mi café me siento en una de las sillas a escucharlas.

La cafetera termina de preparar el café de Yuls, y esta, ni corta ni perezosa, en vez de sentarse en una silla, viene y se sienta sobre mis piernas. Eso hace que me envare como un palo, y ella deja su café sobre la mesa y quitándome las gafas me revuelve el pelo.

—¿Sabes, cielo, que con el pelo revuelto estás guapísimo? —observa.

Mi abuela disfruta con lo que ve y oye.

—Seguro que anoche se lo revolviste —suelta.

—Ágataaaaa...

—Abuelaaaa...

Oír eso hace que Yuls y yo la miremos.

—Desde pequeño hemos estado a una pared de distancia. Pero creo que esa pared necesita un poco más de independencia para daros intimidad —afirma con picardía, guiñándome un ojo.

Sus palabras me desconciertan. No sé qué habrá oído mi abuela, pero no creo que nada de lo que está pensando.

—Perdón si te despertamos —interviene Yuls, para mi sorpresa—. Intentaremos ser más discretos.

¿Pero qué dice?

Muerto de la vergüenza, miro a la que es mi mujer, que acerca su boca a la mía.

—Patatita, te lo dije. Eres muy escandaloso —murmura.

¡La madre que la parió!

¡La voy a matar!

Mi abuela y ella se ríen. Yo no. Me pongo las gafas mientras ella come galletas con mantequilla y mi abuela se interesa por su faceta de pintora de paredes, así que le pregunta cómo es que sabe hacerlo.

—Por distintas mudanzas de ciudad he pintado varias casas.

Me siento un poco descolocado, y de pronto me gustaría saber qué es eso de las mudanzas. ¿No siempre ha vivido en Madrid? ¿Dónde ha vivido?

—La ayudarás a pintar, ¿verdad? —me propone mi abuela.

—No. —Yuls contesta por mí. Mi abuela me mira, y Yuls indica—: Por cierto, cariño, en el cuarto de la ropa sucia he dejado los cuadros que he quitado de las paredes de la habitación.

Aquello me pone los pelos como escarpias. ¡¿Cómo?! En lo que era mi gimnasio tenía una estupenda colección de obras de arte contemporáneo.

—Lo dirás en broma —me tenso.

—¿Me ves cara de bromear?

Mi abuela y ella se ríen mientras yo me horrorizo, pero sé que, para Yuls, un cuadro de Ikea y un Picasso tendrían el mismo valor.

—Que Oliver te ayude a pintar. Entre los dos será más rápido —insiste mi abuela.

Yuls niega de nuevo con la cabeza.

—Oliver, si mal no recuerdo, tiene que verse con alguien. Y creo que es importante que vaya.

Oír eso me hace entender que se refiere a Vanessa. Sabe que me sigue escribiendo. Y, tomándose el café del tirón, se levanta de mis piernas y, tras dejar su vaso en el lavavajillas y guardar las galletas y la mantequilla, coge las bolsas.

—Me voy —se despide—. Tengo que empezar a cubrir el suelo y demás, o nunca comenzaré a pintar.

Y sale de la cocina.

—¿Qué hay más importante que pasar el día con tu mujer? —quiere saber mi abuela, y en sus palabras hay un cierto tono de reproche.

Capítulo 29

Forrar el suelo con el plástico y poner la cinta de carrocero en donde no quiero que se ensucie me ha llevado más tiempo del que esperaba. A las doce y media, tras lavarme las manos, decido bajar para preparar la comida.

No sé dónde está Oliver. Desde el desayuno no lo he vuelto a ver. ¿Se habrá marchado por fin a ver a Vanessa? ¿O estará en el cuarto de la ropa sucia llorando por sus cuadritos?

Encuentro a Ágata en el salón leyendo. Por suerte, cuando me preguntó el motivo de pintar la habitación, se me ocurrió decirle que, aunque la habitación de Oliver es preciosa y estamos muy cómodos en ella, me apetecía que tuviéramos otra habitación más moderna y actual. Menos mal que me creyó.

Sin avisarla de que he bajado, para que siga disfrutando de la lectura, entro en la cocina. Allí cotilleo en los armarios hasta encontrar todo lo que necesito y me pongo manos a la obra.

A la una y media la comida ya está preparada. La apago y dejo que repose un ratito. ¡Huele de maravilla! Han sido muchos años cocinando para mamá las recetas que ella me enseñó, y me defiendo.

Con ganas de fumarme un cigarrillo, y sabiendo que en el interior de la casa no debo, salgo al jardín por la puerta de la cocina. Tan pronto lo hago ya tengo a Zorba y Drako a mi lado. El amor que me han cogido en tan poco tiempo es increíble, aunque, bueno, el amor a las salchichas que llevo en las manos también hace bastante.

Una vez que engullen las salchichas, porque ni las mastican, voy hasta un pequeño banquito de madera y me siento. Me enciendo un cigarrillo y disfruto del momento mientras sé que, con la mala suerte que tengo en la vida, momentos así son para disfrutar. Saco mi teléfono móvil y busco fotografías de Vanessa Smith en Google. No tardan en salir tropecientas mil, y no tardo en reconfirmar lo guapa que es esa mujer. Tiene unos rasgos tan finos y delicados y un cuerpo tan perfecto que es imposible decir algo negativo de su físico.

Durante un rato miro fotos de ella y salen las que tiene junto a Oliver. Nunca se confirmó la relación. Desde luego, fueron discretos. Pero no podían negar que se conocían y eran amigos.

Un rato después, sobre las dos de la tarde, entro de nuevo en la cocina. Allí me encuentro con Ágata.

—¡Esto huele de maravilla! —exclama.

Mientras charlo con ella, divertida, me dispongo a preparar arroz blanco. Con el pollo al curri siempre va bien.

Con mimo y gusto cojo una especie de bol redondo de cristal donde pongo el arroz en el centro y el pollo con su salsita alrededor. Desde luego el plato me queda de lo más mono.

Cuando hablo con Ágata soy consciente de lo prudente que es. No me pregunta por mi familia. Creo que intuye que ese es un tema complejo, y me hace saber que le encantaría que la llamara «abuela». Oír eso me emociona. Nunca he tenido abuela. Oliver, sorprendiéndome, entra en la cocina.

—Pero qué bien huele aquí —admite, quitándose unos pequeños auriculares de los oídos.

Eso me hace sonreír. ¡Un halago!

Estoy a punto de preguntarle si tiene fiebre, pero mejor me callo. No quiero jorobar el momento.

Se acerca por detrás y pasa sus manos por mi cintura, me atrae hacia él y me da un beso en la coronilla.

—Cariño, esto va a estar riquísimo —musita.

Boquiabierta asiento. No tengo gafas, pero si las tuviera, me las quitaría.

—Estás romanticón, mi vida —se mete Ágata, riendo.

Veo que Oliver sonríe.

—Escuchar música de Alejandro Sanz es lo que tiene, abuela. —Y señala el auricular que cuelga de su cuello—. Que te pone romanticón.

Anda, mi madre. ¡Qué fuerteeeeee! ¿Escucha a mi Alejandro? ¿¡En serio!?

Se ríen. No entiendo nada. Solo entiendo que Oliver sigue pegado a mí y yo no sé por qué.

—Vamos... vamos... dejad los arrumacos para esta noche y comamos —nos apremia Ágata, sentándose a la mesa.

Sonriendo, coloco el bol redondo de cristal sobre la mesa.

—Que cada uno se sirva lo que quiera, ¿os parece? —propone Ágata.

—Me parece fenomenal —afirmo.

Oliver asiente. Está de acuerdo con nosotras.

—Abuela, ¡tú primero! —Y le entrego la cuchara. La mujer al escucharme se lleva la mano al corazón y, al ver cómo Oliver me mira, aclaro—: Me ha pedido que la llame «abuela».

Él asiente. No sé si le ha gustado que dijera aquello o no, pero anima:

—Vamos, abuela. ¡Sírvete!

Con gusto, veo cómo Ágata se echa en su plato. Después lo hace Oliver. Esperan a que me haya servido yo, y entonces prueban. Se miran y asienten.

—Esto está increíble, mi niña —alaba Ágata.

—Tan bueno que al final te voy a tener que comer a besos —apostilla Oliver.

En cuanto dice eso, el tenedor se me cae de golpe. Al hacerlo, los dos me miran. Yo reacciono a toda velocidad y me acerco a él.

—Por mí ya puedes empezar, mi *amolllll* —murmuro con guasa.

Oliver me mira. Yo lo miro a él. Lo acabo de retar.

Y sin que yo lo espere, acerca sus labios a los míos y me besa. Wooooooo, ¡acepta el reto!

Es un dulce y tibio beso que apenas dura unos segundos, pero, mi *amolllll,* ¡lo que me ha gustado! Y, sin duda, aunque esto mañana se acabe, este momento ¡no me lo quita ni Blassss!

Cuando se separa de mí, acalorada y en llamas, cojo mi vaso de agua y bebo. Necesito agua para refrescarme. ¡Estoy empezando a combustionar! Que él tome la iniciativa de besarme me pone muy nerviosa.

—Nunca pensé verte tan perdidamente enamorado, mi vida —se mete Ágata.

¡Me atraganto!

¡¿Enamorado?!

El agua se me va por otro lado. Me asfixio. Toso. Oliver se levanta. Alarmado, me da unos golpecitos en la espalda hasta que dejo de toser.

—Ya estoy bien, cielo. Tranquilo.

Oliver se sienta. Veo el gesto preocupado en él cuando Ágata, como buena anfitriona, saca tema de conversación y los tres comenzamos a hablar con tranquilidad. Oliver me mira de manera extraña, y no sé por qué.

Acabada la comida, Oliver se empeña en que su abuela descanse un rato en un pequeño saloncito que hay en la planta baja. Al final,

la mujer claudica. Su nieto es muy pesado.

Estoy metiendo los platos en el lavavajillas cuando Oliver deja una jarra de agua sobre la encimera.

—Esto era lo último que quedaba sobre la mesa —dice.

—Ya puedes irte si quieres. Termino yo aquí.

Por el rabillo del ojo veo que duda. Me mira. Pero al final se da la vuelta y se va. Eso hace que yo respire. ¿Qué me pasa que su cercanía me comienza a acelerar?

Después de dejar la cocina recogida, subo a la habitación. Allí, tras cerrar la puerta y poner ante ella mi maleta, cojo mi móvil, busco en mi lista de Spotify música y pongo a Alejandro Sanz. Mi cantante favorito.

Un buen rato después, cuando he conseguido el color azul cielo que deseo para las paredes, comienzo a pintar con el rodillo mientras canturreo la canción *Regálame la silla donde te esperé*, de mi Alejandro, y me permito cantar y bailar al compás.

Disfruto del momento. Se puede decir que este es de esos pocos momentos que he tenido en mi vida para mí misma y sonriendo estoy cuando oigo unos golpes en la puerta, que tengo cerrada.

—Soy Oliver, ¿puedo pasar?

—Claro. Estás en tu casa.

Al abrir la puerta, esta choca con la maleta que tengo ante ella.

—¿Cuándo vas a quitar esta maleta de en medio y la vas a guardar en el armario? —me pregunta.

—Algún día.

Vale. Sé que no es la mejor contestación.

—¿Necesitas algo? —quiere saber, sorprendiéndome.

Estoy a punto de decirle que sí. Que necesito que la vida comience a darme mi dosis de buena suerte, pero niego con la cabeza. Este coloca en un lateral la maleta y mira alrededor.

—Menuda tienes montada.

—Conociéndote, debes de tener los pelos como escarpias de ver cómo está todo.

—La verdad es que sí —afirma con gesto contrariado. Me río. Él también, y de pronto dice—: Esta noche no puedes dormir aquí. Te intoxicarás.

—Eso quería hablar contigo. ¿Puedo dormir en tu habitación? —En cuanto digo eso, veo que parpadea, y cuando se quita las gafas, aclaro enseguida—: A ver, que me he explicado mal. Me refiero a dormir en tu habitación, pero no en la cama. Yo dormiría en el suelo para que Ágata no piense cosas raras o...

—¿Pero cómo vas a dormir en el suelo?

—En peores lugares he dormido —murmuro inconscientemente.

—¿Qué significa que en peores lugares has dormido? —pregunta él.

Maldigo. Tenía que haber cerrado la boca, y recordando algo que él recalcó con insistencia respondo con gracia:

—Nada de preguntas personales o te demando. —Su ceja derecha se arquea. Imagino lo que está pensando de mí—. Bueno. Si hay mucho problema, duermo aquí.

Este niega con la cabeza.

—Tranquila. Lo resolveremos. Pero aquí no vas a dormir. —Oír eso me hace sonreír. Cuando es empático me parece un tipo encantador —. ¿Puedo ayudarte? —Su pregunta me sorprende.

Lo veo tan impolutamente vestido con su camiseta blanca y su pantalón negro de Calvin Klein que le digo:

—Mejor no. —Y me señalo—. Mira cómo te vas a poner.

Oliver asiente. Y sin decir nada se da la vuelta y desaparece por la puerta. Vale, se ha enfadado. Como diría mi madre, ¡qué rápido

coge este el cesto de las chufas! Por lo que cierro la puerta y pongo la maleta como siempre.

Instantes después, oigo un golpe. Es Oliver.

—¿Por qué has vuelto a poner la maleta en medio otra vez? —me pregunta.

No contesto. No creo que me entendiera si le digo la verdad, y viendo que se ha cambiado de ropa, por otra igual de impoluta que la de antes, me mira.

—Esta ropa es vieja. Si se estropea no pasa nada. —i¿Vieja esa ropa?!—. Quiero ayudarte —insiste—. Dime qué tengo que hacer.

Sorprendida, miro mi reloj. Son las cinco de la tarde.

—¿Pero no tienes que salir? —pregunto—. ¿No has quedado?

—No.

Sé que Vanessa lo espera. Sin querer vi que lo escribía. Pero decido callar, y mientras le entrego uno de los rodillos le explico qué tiene que hacer, y minutos después estamos los dos pintando.

Está hablador. Algo que me sorprende, cuando es de los calladitos, y me confiesa que es la primera vez que pinta una pared en su vida. Eso me hace reír y más cuando lo veo animado haciendo lo que hace. Yo diría que hasta le gusta.

Un rato después, mientras escuchamos las canciones de mi cantante favorito que salen de mi teléfono, pregunta:

—¿Y ese cuadro enmarcado?

Miro hacia donde señala. Es el dibujo de Andy, que está sobre la cama, cercano a una foto en la que aparecemos Lucas y yo.

—Es un dibujo que hizo mi hermano para mi cumpleaños —respondo sin querer mentirle—. Somos mamá, él y yo bajo las estrellas. —Veo que asiente. Lo vuelve a mirar. Creo que va a preguntar algo más sobre él, pero yo desvío el tema—: Por cierto, te lo dije por teléfono, pero te lo vuelvo a decir. Muchísimas gracias por

la televisión y los ordenadores que has comprado para el centro. Los niños están como locos y la directora todavía no se lo cree.

Oliver me mira.

—Si necesitáis algo más, solo tienes que decírmelo —replica con una sonrisa.

—Uissss, ¡no sabes lo que has dicho!

Nos reímos.

—¿El que canta es Alejandro Sanz? —se interesa.

—Sí. El amor de mi vida.

Me mira y me río. Él parece sonreír, pero no.

—Ya vi que le dijiste a mi abuela que nuestra canción era una de él.

—Sí —afirmo.

—Muy bueno eso de que un trato es más que un contrato.

Oír eso me hace sonreír. Lo sabe porque se lo apunté en el cuaderno.

—Me preguntó por nuestra canción. Recordé eso que me dijiste aquel día en tu despacho y me vino esa canción a la cabeza.

—Por lo que veo, te gusta mucho ese cantante —sigue indagando.

—Como he dicho, es el amor de mi vida —afirmo sonriendo—. Y espero algún día poder ir a alguno de sus conciertos.

—¿Nunca has ido?

—No.

—¿Y cómo siendo el amor de tu vida y tu cantante favorito nunca has ido a uno de sus conciertos? —se sorprende.

Me encojo de hombros. Contarle que cada euro que he ganado siempre ha sido para cuidar a mamá no es algo que me apetezca.

—Cosas de la vida.

Sigo pintando mientras por el rabillo del ojo veo que me mira. ¿Qué pensará? De manera involuntaria, me vuelvo hacia él y

moviendo el rodillo lo pongo fino de pintura azul.

Al ver su cara, sé que acabo de meter la pata hasta el fondo. ¡Adiós buen rollito! Él, de humor anda bastante justito. Veo que se quita las gafas. Malo. Las deja sobre la cama. Remalo. Y, moviendo su rodillo, me pone fina de pintura a mí.

¿En serio ha hecho lo que ha hecho?

Divertida por ver que ha entrado al juego cuando menos lo esperaba, comenzamos a embadurnarnos de pintura. Lo pringo. Me pringa. Reímos y corremos como dos gilipollas por la habitación el uno huyendo del otro sin importarnos nada más. No sé cuánto dura aquel momento de desconexión total, en el que nos sentimos como dos niños, hasta que de repente oímos:

—Pero, hijos de mi vida, ¿qué estáis haciendo?

La voz de Ágata nos frena en seco. Estamos agitados. Respiramos con dificultad y yo, sonriendo, paso el rodillo por el pecho de Oliver y respondo:

—¡Desmontando al controlador!

Oliver, al notar aquello, rápidamente pasa su rodillo por mi trasero al huir. Su abuela se marcha riendo a carcajadas.

—Juventud, ¡divino tesoro! —exclama.

Riendo, seguimos jugando como dos críos de quince años.

Capítulo 30

Cuando cierro el grifo de la ducha sonrío.

Es la primera vez en mi vida que me he dejado llevar por un juego desde que era niño, y ¡joder!, cómo he disfrutado.

Mientras veo cómo el agua se lleva el azul, me seco el pelo con la toalla sin poder dejar de sonreír. ¡Ha sido muy divertido!

Al final terminamos de pintar la habitación. Eso sí. Embadurnados totalmente.

A las ocho y veinte, cuando bajo al salón, mi abuela musita al verme:

—Ni te imaginas la vida que me has dado y la felicidad que tengo.

—¿Y eso?

—Por verte tan feliz y enamorado.

—Abuelaaaaaa...

—¿Pero no ves la sonrisa que luces en la cara, mi vida? Llevaba años sin verte sonreír así. Y eso es todo gracias a Yuls y al amor que sentís. —Sorprendido por aquello no sé qué decir. Ella añade—: Siempre he pensado que todos tenemos a alguien destinado a cruzarse en nuestro camino, para enriquecernos, multiplicar las alegrías y aportar más luz que sombras. Y ese alguien especial para ti es Yuls.

En ese momento, aparece ella por la puerta. Está recién duchada como yo. Lleva el cabello mojado y peinado para atrás. Viste un vaquero y una simple camiseta, y la verdad, está preciosa.

Al entrar, y ver cómo mi abuela la mira, Yuls viene directa a mí. Encantado, abro sin ningún esfuerzo los brazos para recibirla, y tras darme un beso en los labios murmura:

—Gracias por tu ayuda, patatita. Ha sido muy divertido.

La agarro por la cintura. Con gusto le devuelvo el beso; entonces oigo a mi abuela sorber y, alarmado, suelto a Yuls.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—Aisss, hijo...

—¿Tienes fatiguita? —insisto.

Ella niega con la cabeza.

—Ser testigo de vuestro amor hace que me encuentre mejor que en toda mi vida —responde, secándose los ojos.

En ese instante suena un teléfono. Sé que es el mío, porque lo tengo conectado con el reloj que llevo. Lo saco de mi bolsillo. Le echo una ojeada y, al ver que es Vanessa, lo vuelvo a guardar. Al mirar a Yuls, que está a mi lado, veo que sonríe. Con lo perspicaz que es, intuyo que ha visto quién me ha escrito, pero sigue sonriendo. No deja de hacerlo.

Durante un rato los tres charlamos distendidamente en el salón.

—Bendito sea Dios, Yuls, ¡esto es inaudito! —exclama mi abuela.

La miro, extrañado. No sé de qué habla.

—¡Son las nueve y veinte y mi nieto no se ha quejado porque se nos ha pasado la hora de la cena! —aclara con picardía.

—Uisss, cariño, ¡esto es para denunciarte!

Las palabras de Yuls me arrancan una sonrisa. Tiene salidas para todo.

—Abuela, ¡tenías que haberlo dicho antes! —protesto, porque sé que la abuela necesita unos horarios.

—¡Ni loca! Con lo divertido que está siendo el día de hoy.

—¿Os apetece cenar pizza y vinito? —propone Yuls.

Mi abuela asiente.

—No creo que sea muy sano comer eso por las noches y... —me rebelo yo.

—Aiss, patatita —me corta—. La abuela está mejor, no seas rancio. Vive el momento. Hoy es día de pizza y vinito del rico, ¿no lo ves?

Verlo, verlo... yo no lo veo. ¡Y ya estamos con lo de «rancio»!

Intento quitarles la idea de la cabeza, pero es imposible, y al final claudico. Yuls pide desde su teléfono móvil unas pizzas y, cuando le digo que pago yo, ella me hace saber que no. Que paga ella.

Una hora después, la abuela, Yuls y yo estamos sentados en el sofá comiendo una grasienta pizza, viendo una película y bebiendo un excelente vino que he abierto solo para Yuls y para mí. La abuela aún no debe beber vino y se contenta con el agua.

—Amores míos —dice la abuela al acabar la película—, vuestra compañía me es muy grata, pero son las doce y media de la noche y mis huesos me dicen que tengo que ir a descansar.

Me levanto a toda prisa y, cuando voy a coger a mi abuela por el brazo, ella me rechaza con un gesto.

—Oliver, hijo, ¡que puedo yo sola!

Oír eso me alegra mucho. Hasta hace nada, la tenía que acompañar para todo por su debilidad y, tras darnos dos besos a Yuls y a mí, se marcha. Sin que me vea, observo cómo sube las escaleras. Lo hace con agilidad. Como lo hacía antes de ponerse tan enferma y, cuando desaparece, miro a Yuls, que sigue sentada en el sofá.

—Es increíble cómo ha mejorado la abuela, ¿verdad? —digo.

—¡Superincreíble! —afirma sonriendo.

Estoy contento. Que mi abuela se recupere es lo mejor que me puede pasar.

—Voy a salir para fumarme un cigarro —dice Yuls, levantándose y encaminándose al pasillo.

—¿Adónde vas a ir?

—Para que no me denuncies por incumplimiento de la cláusula uno, punto ocho, ¿qué te parece si cojo el coche y me voy a la entrada de la urbanización?

Aquello me hace gracia. Inventiva tiene toda la del mundo y, entendiendo que soy, en ocasiones, un poco exagerado o, como diría ella, rancio, le digo:

—Fuma en la terraza. El resto de la casa respétala, para que siga siendo libre de humos.

Ella se acerca a mí. Pone su mano en mi frente y murmura:

—Uissss, tengo que llamar al Samur. ¡Estás fatal! —Divertido, sonrío, ella insiste—: ¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Veo cómo se encamina hacia el salón principal. Abre la puerta del ventanal y, tras salir a la enorme terraza donde el aire golpea, va hasta la balaustrada y allí se lo enciende.

Curioso, la sigo. Me apoyo junto a ella en la balaustrada.

—¿Fumas desde hace mucho? —quiero saber.

Me mira. Acabo de hacerle una pregunta personal.

—Desde que tengo dieciséis años —responde.

—¿Y por qué?

Yuls da una calada y eleva la mirada a las estrellas.

—La vida.

Guardamos silencio. Sus respuestas llaman mi atención. Siempre son esquivas. Nunca profundiza en ellas. Miro la cicatriz que tiene en su mano derecha.

—¿Eso cómo te lo hiciste? —indago.

Ella mira su mano. Después da una calada a su cigarrillo.

—Soy muy torpe. —Es su lacónica respuesta.

Vuelve a ser esquiva. De nuevo echa balones fuera. Y cuando voy a volver a preguntar, mi móvil, que no ha parado de sonar en toda la noche, vuelve a hacerlo.

—Vete si lo deseas —dice Yuls. Yo la miro, y ella vuelve a hablar—: Es Vanessa, ¿verdad?

—Sí.

Volvemos a quedarnos en silencio durante unos segundos, que rompe ella, en voz muy baja:

—A ver, Oliver. No soy nadie para decirte esto, pues no soy tu amiga y apenas te conozco, aunque esté casada contigo. Pero si crees que lo vuestro todavía no ha terminado, ve y habla con ella.

La miro embobado. Voy descubriendo cosas de Yuls que me agradan.

—Vanessa es una mujer que siempre me ha gustado mucho —admito—, pero cada día dudo más si es lo que quiero en la vida.

Ella sonríe y luego da otra calada a su cigarrillo.

—Pues tienes poco más de tres meses para descubrirlo —sentencia.

—¿Y eso?

—El divorcio está programado para el 28 de agosto y estamos a 25 de mayo, ¿lo has olvidado? —Niego con la cabeza, pero sí, lo había olvidado. Ella prosigue—: A partir de ahí, tenéis vía libre para casaros, si es lo que queréis.

Tiene razón. Pero hoy no quiero seguir con este tema.

—Hablaré con ella otro día. Hoy no.

—¿Por qué hoy no?

—Porque hoy estoy contigo. —Eso hace que los dos nos miremos. Reconozco que su sonrisa con ese hoyuelo cada vez me gusta más y, confundido, murmuro—: Quiero que sepas que te estoy muy

agradecido por lo feliz que haces a mi abuela. —Veo que sonríe, entonces yo recuerdo una cosa—: Aunque lo leí en el cuaderno, me dijo la abuela que me gusta mucho bailar contigo el bolero *Dos extraños*.

Yuls deja de sonreír.

—Lo confieso. Adorné lo que le conté para que le resultara más atractivo —admite algo apurada—. Pero me preguntó si te gustaba bailar conmigo y le dije que sí.

Asiento. Ver su apuro me hace gracia.

—No lo conocía, pero es agradable.

—¿Lo has escuchado?

Hago un gesto afirmativo.

—Es un bonito bolero, aunque algo triste, porque del amor que habla no tiene solución.

Veo que Yuls sonríe. Eso dice la letra.

—Realmente los boleros hablan de amores apasionados —me ilustra—, pérdidas dolorosas, amores imposibles. En fin. Muy alegres no son. Pero a los humanos nos encanta que nos toquen la fibrita y el corazón. —Nos reímos—. Ágata me habló de que su canción con tu abuelo era la de *Júrame* y me preguntó qué canción era la nuestra. Y la verdad, la que dije fue la primera que me vino a la cabeza.

—¿Y puedo saber por qué fue la primera que te vino a la cabeza? —pregunto, interesado.

Ahora sonríe. El apuro se borra de su rostro.

—Porque tú y yo hicimos un trato que nos llevó a un contrato —contesta.

Me río. Se ríe. Lo del trato y el contrato llamó mi atención cuando la escuché.

—Desde luego, escogiste una canción poco romántica.

—Pero qué dices, ¡si es preciosa!

—No lo niego. Pero romántica... romántica...

Nos reímos, y yo trato de desviar el tema, ya que el del romanticismo me da un poco de alergia.

—Quiero darte las gracias por varias cosas —empiezo—. La primera, por tu ayuda el otro día para encontrar a Javier.

—Anda ya, Oliver.

—Y la segunda, porque gran parte de la recuperación de la abuela es gracias a ti.

—Uisss, no creas.

—Lo creo —afirmo al ver su gesto de mofa—. Claro que lo creo. Y aunque sigue estando convaleciente, y todo hemos de tratarlo poco a poco por su bien, verla esta mañana bailar y cantar contigo la canción de Bus Bony, como dice ella, me hace inmensamente feliz.

Yuls suelta una carcajada. Tiene una risa escandalosa y peculiar.

—Ha sido un momentazo —admite.

—Y tanto, ¡mi *amol*! —afirmo divertido.

En cuanto digo eso me mira y, con exagerado asombro, exclama:

—Míraloooo, ¡pero si sabe bromear y todooooo!

Ahora el que se ríe a carcajadas soy yo. Esta mujer, sorprendentemente y contra todo pronóstico, tiene este efecto en mí.

—Ágata es una mujer buena y encantadora con infinidad de cualidades y virtudes que nunca debes olvidar —me recomienda—. Y si alguna vez ella hace algo que te enfade, recuerda poner en la balanza todo lo bueno que tiene, enfadarte con ella lo justo y encontrar motivos para entenderla y perdonarla. —Me sorprendo. ¿Por qué me debería yo enfadar con mi abuela? Ella continúa—: Sois afortunados. El destino unió vuestras vidas haciéndoos familia.

—¿Soy afortunado por Lara también?

—Por supuesto, gordiiii —se ríe y me contagia su risa—. Lara es una mujer increíble, y una madraza, con un punto de locura maravilloso que la hace única y especial. Y sí, es algo dramática, pero es maravillosa. Y, como consejo personal, te diría que bajaras tus expectativas en cuanto a controlar su vida, porque me parece a mí que vas a fracasar. Y, antes de que me repliques, quiero que sepas que Ágata me comentó que Lara era como tu madre, y tú como tu padre.

Sonrío. Aquello no es nuevo para mí.

—Tengo más que asumido que soy un aburrido como lo fue mi padre —reconozco. Sonreímos, y yo le pregunto—: ¿Y tú cómo eres? ¿Como tu padre o como tu madre?

Noto que su cuerpo se tensa. Da una calada a su cigarrillo.

—Quiero pensar que soy como mi madre —responde con un tono extraño en la voz.

Acto seguido, mira el cielo. Está claro que no le ha gustado mi pregunta. ¿Qué pasará con sus padres? ¿Será a ellos a quienes va a ver cuando desaparece?

—En unos días tenemos un evento y después una cena —intento reconducir la conversación.

—¿Tenemos?

—Sí.

—¿Tú y yo?

—En una de mis galerías presentamos el proyecto de Amelia Risuella, una fotógrafa portuguesa que ha creado un universo centrado entre los humanos y las flores. Sus fotografías son muy valoradas a nivel mundial y tenerla en mi galería es un honor.

—¿Y por qué tengo que ir yo?

—Porque eres mi mujer y tienes que apoyarme.

Veo que asiente. Pero en su cara ya no está la tranquilidad de segundos antes.

—¿Y si ese día trabajo?

—No trabajas. He mirado el *planning* que pusiste en la cocina y lo tienes libre. Por lo tanto, no me engañes, Yuls. Te necesito ese día a mi lado. Es más. Será tu presentación oficial ante la prensa, pues mis amigos ya te conocen.

—Noooooo.

—Síííííí —afirmo, mirando hacia las estrellas.

Otros segundos de silencio.

—¿Y qué he de hacer en algo así? —Noto la incomodidad en su rostro.

—Ser agradable con los invitados, porque de los negocios me ocupo yo. Es fácil. —No sé por qué su gesto me ocasiona cierta ternura—. Te prometo que todo irá bien. Rafa y yo estaremos pendientes de ti —trato de que se quede tranquila.

—Nunca prometas —murmura en un hilo de voz.

Levanto las cejas. No es la primera vez que la oigo decir eso.

—¿Por qué dices eso? —pregunto. Ella se encoge de hombros, e insisto—: Yuls, ¿qué pasa?

—Nada.

—¿Entonces por qué has dicho eso?

—Por nada.

—No te creo. Dime qué pasa.

Me mira. En sus ojos veo una sombra que no conocía. Una tristeza que me conmueve.

—Hace tiempo prometí algo que no pude cumplir, y por eso nunca prometo —me explica.

Quiero saber. Necesito saber. ¿A quién le hizo una promesa? ¿Qué pasó? Pero viendo que ella, aunque ha respondido mi pregunta, no

la explica cambio de tema.

—En cuanto a la prensa, tranquila. Te aseguro que los medios que están convocados para el evento serán amables y respetuosos contigo. No pienses que será como el día de la boda o el día del fútbol. Allí fueron todos los medios y fue un caos. Y cuando estemos en la cena, simplemente tienes que ser tú. Sé agradable y comedida con los invitados, y todo irá bien.

En silencio vuelve a mirar el cielo. Durante unos instantes los dos permanecemos callados el uno al lado del otro.

—Eso de la derecha es la galaxia de Andrómeda. —Miro a donde señala, pero yo no veo nada, y ella añade—: También se la conoce como M31 y es la galaxia más cercana a la Vía Láctea. Ahí donde la ves, se encuentra a dos millones y medio de años luz de nuestro planeta y es de las pocas galaxias que se pueden ver a simple vista desde la Tierra.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Mamá me lo enseñó. —Se encoge de hombros y sonríe.

Me gusta saber aquello. Y recuerdo el dibujo que tiene en su habitación de ella, su madre y su hermano bajo las estrellas. ¿Por qué no aparece su padre? Y cuando voy a profundizar en saber algo más de ella y su familia, la veo apagar el cigarrillo.

—Vayamos a dormir —zanja—. No sé si es el vino que hemos tomado en la cena, pero tengo una *chucha* que no veas.

—¡¿«Chucha»?! ¿Qué es «chucha»?

—Tontería.

Entramos en la casa y cerramos las puertas de la terraza. Sin rozarnos subimos a la primera planta y, al llegar a la puerta, la abro y entramos los dos.

Capítulo 31

Yuls y yo entramos en su habitación sin rozarnos. El pestazo a pintura es tremendo. Allí no va a dormir. Coge el cepillo de dientes, una camiseta con algo que no acierto a distinguir y veo que oculta algo en su mano.

—Tengo que decirte algo —dice cuando salimos de su habitación.

—Dime.

—No me prejuzgues —sonríe. Su sonrisa pícara me hace gracia, y entonces me enseña un viejo peluche que sale de la camiseta y que, sin duda, ha vivido tiempos mejores —. El zeñor Ozito duerme siempre conmigo —aclara. Boquiabierto, no sé qué decir. Aquel viejo oso me parece una cosa horrible y luego me muestra lo que ocultaba en su mano y dice—: Y bueno. No puedo dormir en absoluta oscuridad. Por eso, si no te importa, pondré esta lucecita tenue en algún enchufe y...

—¿Eres miedosa?

—No.

Recuerdo haber puesto luces como aquella por la casa cuando mi sobrino Javier era pequeño.

—¿Acaso tienes miedo al coco? —pregunto con cierta mofa. Al oírme su gesto cambia. ¿Qué he dicho? Y, sintiéndome culpable por lo que veo en sus ojos, susurro—: ¿Qué pasa?

Yuls toma aire. Cierra los ojos. Los abre y murmura:

—Nada. No pasa nada.

Un silencio extraño me grita que miente, pero no quiero indagar más.

—Pon esa luz donde quieras. No hay problema —le digo.

Ella se mueve. Va hasta la puerta de mi vestidor, donde hay un enchufe.

—Aquí te aseguro que no te molestará. —Y lo pone allí.

Nunca me ha gustado dormir con luz. Pero por una noche aguantaré. Luego se dirige a la puerta.

—Iré a mi baño para lavarme los dientes y cambiarme.

La agarro del brazo antes de que avance. Ella me mira.

—Pasa a mi baño —le pido. Ella niega con la cabeza. Sé por qué no quiere entrar, e insisto—: Por favor, Yuls, pasa a mi baño.

—Sabes que si lo hago incumplo una de tus cláusulas.

—Te aseguro que no te denunciaré.

Cuando desaparece en mi baño personal miro la cama y veo el peluche. ¿«Señor Ozito» ha dicho? Pero sin querer centrarme en aquello vuelvo a mirar la cama. ¿Cómo lo vamos a hacer? Y, sobre todo, ¿por qué sonrío como un idiota?

Minutos después, ella sale del baño vestida con una camiseta de manga corta que le llega por la mitad de los muslos. Sin mirarme va a su habitación. De ella saca la maleta amarilla y la pone ante la puerta. Sorprendido por aquello voy a preguntar.

—Necesito ponerla aquí —se adelanta ella.

—¿Por qué?

—No preguntes. Solo permítelo.

En silencio la miro. Estoy a punto de preguntarle que si para dormir con ella hay que aprenderse un manual de instrucciones.

—La puerta tiene pestillo —señalo.

Yuls asiente y, con un gesto que me conmueve, musita:

—Sé que lo de la luz, la maleta y el zeñor Ozito te hacen pensar que estoy fatal de la cabeza, pero, por favor, por favor, no me prejuzgues.

Me siento conmovido por su petición. No entiendo por qué quiere aquello, como no entiendo lo de la luz, pero con saber que es importante para ella me basta.

—Tranquila. No te prejuzgo. Pero me gustaría que algún día me contaras el significado de cada cosa.

Me mira. No sé qué piensa, y sin contestar se encoge de hombros.

Y entonces me da un abrazo, y yo, al sentir su piel contra la mía, la aparto con urgencia y entro en el baño. Necesito lavarme los dientes, serenarme y cambiarme de ropa.

Cuando salgo minutos después vestido con una camiseta de tirantes blanca y el pantalón, al ver que está tumbada en un lateral de la habitación sobre unas mantas, me acerco a ella, echando a un lado la alfombra persa.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Voy a dormir aquí si no te importa —responde, mirándome desde el suelo.

Incrédulo, me quito las gafas. ¿Cómo que vas a dormir ahí?

—Estoy muy cómoda. No te preocupes —insiste, con el oso entre las manos.

Me muevo. Voy hasta la mesilla. Dejo mis gafas sobre ella e incapaz de permitir aquello regreso a su lado.

—Levanta —le pido, tendiéndole la mano—. Dormirás en la cama.

—Ni hablar. En la cama dormirás tú.

—¡Que levantes! —casi le ordeno.

Pero ella no se mueve, y entonces sin pensarlo me agacho y la cojo en brazos.

—Pero ¿qué haces? —oigo que protesta.

—Llevarte a la cama.

—Oye, que he dicho que noooooo.

—Shhh, calla o mi abuela nos oirá.

A continuación, la tumbo en la cama. Al hacerlo, la camiseta se le sube y mis ojos van derechos hasta un pequeño tatuaje que tiene sobre el hueso de la cadera derecha en forma de corazón, con algo escrito dentro que no puedo ver porque ella se tapa con rapidez.

Instintivamente, dejo de mirar donde no debo y me concentro en su cara.

—La cama es una *queen size*. Lo suficientemente grande como para que podamos dormir tú, yo y el zeñor Ozito sin rozarnos.

—Pero...

—Yuls —le corto—. Ni yo te gusto a ti ni tú me gustas. Por lo tanto, tranquila. Te prometo que no pasará nada. Somos adultos y ambos sabemos comportarnos.

No dice nada. Solo se arropa con el edredón y yo, divertido por ver su gesto, rodeo la cama y me acuesto por mi lado. Segundos después, apago la luz.

—Buenas noches, Yuls —murmuro.

—Buenas noches, Oliver.

Segundos después, la oscuridad se aclara poco a poco y sé que es por la lucecita que ella ha puesto.

Capítulo 32

Miro el reloj que llevo en mi muñeca. Las tres y diez de la madrugada.

No puedo dormir. Tengo a Oliver a menos de cincuenta centímetros de mí, y eso me tiene alterada. ¿Por qué su olor me altera? ¿Pero qué hago metida en su cama?

¿Debo apuntar esto en mi cuaderno de sucesos?

Abrazada al zeñor Ozito intento relajarme. Dormirme y desconectar, aunque la canción de mi Alejandro me ronda la cabeza y no puedo dejar de tararear eso de «hicimos un trato... no sé si te acuerdas...».

El día que hemos pasado juntos me ha hecho ver en él algo que hasta hoy no había podido apreciar, y la verdad, me gusta. Cuando se suelta, no es el ser serio y recto que aparenta. Cuando se suelta, simplemente es un hombre que sonríe y disfruta.

Me pongo boca arriba. Qué sosería de techo. No hay nada. Con lo monas que quedan las estrellitas que tengo puestas en mi casa y que he comprado para poner en la nueva habitación. Segundos después, me pongo de lado. No puedo parar de moverme. Me pica todo.

—¿Sigues despierta? —oigo.

—Sí.

Dándome la vuelta, vuelvo a mirar hacia el interior de la cama, y noto que él hace lo mismo. Como no hay oscuridad total y nuestros ojos están acostumbrados a ella, nos vemos perfectamente.

—Si quieres, me voy al salón a dormir —cuchicheo.

—Ni se te ocurra.

Suspiro. Cierro los ojos, pero observo a través de mis pestañas. Oliver me mira. Me observa y, cuando abro los ojos, veo que él los cierra. Durante varios minutos parecemos jugar un partido de a ver quién cierra los ojos cuando el otro los abre.

—¿Siempre te ha gustado tenerlo todo controlado? —pregunto.

—Sí —afirma sin abrir los ojos—. Creo que la vida con cierto control se vive mejor.

—Nunca lo he visto así... —me mofo sonriendo. En silencio estamos unos instantes cuando yo vuelvo a preguntar—: ¿Por qué no te duermes?

Oliver abre los ojos.

—Está claro que es porque tú estás aquí —contesta.

—¿Tan irresistible soy?

—No eres el tipo de mujer que me gusta.

Se me corta la risa. No sé por qué me molesta saber eso.

—Por suerte, ninguno es del tipo del otro —añado con cierto retintín.

—¿Desde cuándo duermes con ese oso?

—Que yo recuerde toda la vida. Aunque durante unos años lo tuvo mi hermano, pero luego regresó a mí.

Percibo que siente interés por lo que le cuento.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Inténtalo.

Y, acercando su mano a mi frente, me aparta el pelo con delicadeza.

—¿Cómo te hiciste esta cicatriz?

Vale. Aunque intento llevar flequillo para que no se vea, está claro que a veces se aprecia. Pensar en ella no me gusta, porque me hace

recordar a quien me la hizo.

—Como te dije antes, soy muy torpe. —Oliver me mira. Lo voy conociendo y sé que cuando mira así es porque está analizando la situación así que trato de zanjar la conversación—: Hay cosas de las que no me gusta hablar.

Veo que asiente. Le guste o no, le acabo de cortar sus preguntas.

Su dedo entonces baja lentamente de mi frente a mi nariz. De ahí a mi boca. Perfila mis labios y yo para pararlo le agarro la mano. Al hacerlo nos miramos en silencio. ¡Uisss, cómo nos miramos! El calor que desprenden nuestras manos nos está poniendo a mil.

¿Pero qué hacemos? ¿A qué estamos jugando? ¿Por qué no nos separamos?

Sé que su mirada es como la mía. Intensa. Caliente. Provocadora. Y, consciente de que piensa lo mismo que yo, murmuro dejando al zeñor Ozito a un lado.

—No deberíamos.

—Estoy contigo. No deberíamos.

Nos movemos para quedar más cerca. Mucho más.

Uisss, que la vamos a liar.

Uisss, que yo me conozcooooo.

Y, cuando nuestros labios están a punto de rozarse, susurro:

—Esto es incumplimiento de contrato.

—Denúnciame —afirma.

¿Que lo denuncie yo? ¡Pero si me tiene que denunciar él a mí!

Y, queramos o no, nuestros cuerpos, ganitas y deseo han tomado las riendas de la situación, y nos besamos con auténtica pasión.

¡Maaadre mía, qué fogosidaddddd!

Oliver se mueve y yo me muevo con él. Creo que el tema denuncia a ambos nos importa menos que tres pepinos mientras nos

vamos desnudando a una velocidad vertiginosa, y nos tocamos y besamos como si el fin del mundo fuera a llegar.

Desnudos sobre la cama disfrutamos de ese momento placentero de reconocer nuestros cuerpos. Nos tocamos. Nos mordemos. Nos chupamos. Siento su dura erección entre mis piernas y, muerta de la curiosidad, miro.

Uissss, ¡pero qué barbaridaddddddd!

Lo que veo hace que me ahogue de deseo y, sabiendo que ya nada ni nadie me va a parar y que en ese momento mi mala suerte es buena suerte, exijo:

—Ponte un preservativo.

Oliver asiente. No lo duda. Se mueve. Abre su mesilla. De ella saca un preservativo. Lo abre. Se lo coloca. Y cuando me va a abrazar, lo empujo. Lo tumbo, y como una diosa porno del sexo, me siento a horcajadas sobre él y susurro:

—Señor Dávila, ahora aquí la que controla el momento soy yo. Usted se lo ha buscado.

Sonríe. Sonrío. Y sin perder un segundo coloco su duro pene en la entrada de mi húmeda vagina, y poco a poco, mientras me muevo, me voy empalando en él, consciente de cómo su boca y la mía sueltan jadeos de placer.

Sentada sobre él, me muevo oscilantemente mientras siento cómo sus manos aprietan mi cintura. Me gusta lo que hace. Le gusta lo que hago. Ambos disfrutamos de aquel caliente e inesperado momento. Sorprendiéndome, se mueve, hace que mi espalda dé en el colchón y, acercando su boca a la mía, murmura en un tono de purito deseo:

—Señorita Pérez, esto se lo ha buscado usted también.

Y, con una maestría que ni Manolete cuando toreaba, Oliver mueve sus caderas una y otra vez para profundizar en mí, y yo

simplemente me dejo llevar mientras lo miro a los ojos y en ellos veo calientes constelaciones y lujuriosas estrellitas.

Jadeo. Jadea. Nos miramos a los ojos. En nuestras miradas está dibujada la locura del momento y cuando, minutos después, el clímax nos toma a los dos y nuestros cuerpos tiemblan de placer, me abraza y nos quedamos en silencio.

Miro al techo. Aunque sigue siendo soso, reconozco que ahora lo contemplo con otros ojos.

El momento ha sido perfecto. Maravilloso. Ha pasado algo que nunca imaginé, y mejor no ha podido ser. Y cuando, segundos después, Oliver se deja caer a un lado de la cama para no aplastarme, sin esperarlo, los dos murmuramos al unísono:

—Madre mía.

Entonces nos miramos, ¿en serio?

Y con una complicidad que en la vida esperé tener con él comenzamos a reír, conscientes de que nos acabamos de saltar la cláusula uno, punto tres, en la que decía «Nada de sexo». Y, oye, por cómo nos volvemos a mirar, sé que nos la vamos a volver a saltar.

Capítulo 33

—Vamos, parejita, ¡despertad! Son las doce de la mañana.

Tan pronto oigo la voz de mi abuela, unida a los golpes en la puerta, doy un salto en la cama y por consiguiente lo da Yuls.

¿Las doce de la mañana?

Confundidos y desnudos, nos miramos. La última vez que miré el reloj eran las seis y veinte de la mañana y, después de mirarlo, hicimos el amor por cuarta vez.

Esto no tenía que haber ocurrido y, cuando voy a hablar, ella, poniéndose su camiseta, que está sobre la cama, observa:

—Lo sé. Hemos incumplido la cláusula uno, punto tres, que decía eso de nada de sexo. Por lo tanto, a mí no me mires así.

—¿Y cómo pretendes que te mire?

—Me miras como si yo tuviera la culpa de lo ocurrido.

—¿Acaso no la tienes?

Veo cómo ella abre la boca. Sé que estoy metiendo la pata. Que no es verdad lo que acabo de dar a entender, pero prosigo entre cuchicheos, para que mi abuela no nos oiga:

—¿Quién se ha metido en mi cama?

—Serás gilipollas.

—Esa boca, señorita Pérez.

—Pero si me metiste tú en tu cama —insiste.

Tiene razón y soy un gilipollas.

—Lo prometiste. Prometiste que nada pasaría —me recrimina—. ¿Ves como no hay que prometer porque nunca se sabe lo que va a

pasar? —Viéndolo desde su punto de vista, tiene razón—. Te dije que no era buena idea. Te dije que tú tampoco eras mi tipo, pero...

—¿Por qué no lo paraste? —pregunto, molesto al saber que no soy su tipo.

—¿Y por qué no lo paraste tú? —se revuelve ella, acercándose a mí.

Acto seguido, se levanta de la cama y desaparece dentro de mi baño mientras me quedo solo en la cama y con cara de tonto.

¿Qué tontería acabo de decir? ¿Por qué no estoy cargando con mi parte de culpa?

Busco mi pantalón por la cama. No lo encuentro, pero sí me tropiezo con las bragas de Yuls, que son blancas con corazoncitos rojos. Nada que ver con las sensuales bragas de seda que suele usar Vanessa o cualquiera de las mujeres con las que me acuesto. También me encuentro con el zeñor Ozito. ¡Vaya tela!

Dejo las bragas y el viejo oso sobre la cama, y me levanto y descubro mi pantalón en el suelo. Me lo pongo y me acerco a la puerta.

—Abuela, ahora bajamos. —Alzo un poco la voz.

Miro la maleta, que está ante la puerta. Después miro la luz que sigue encendida junto a mi vestidor y, cuando estoy intentando entender qué ha ocurrido, aparece Yuls.

—¿Qué hemos hecho? —murmura, con gesto de horror.

—¿Puedes dejar de pisar la alfombra persa?

Yuls mira sus pies. Se quita de encima de la alfombra.

—No vuelvas a decir que he sido yo sola, porque te juro que te tragas los dientes —me amenaza.

—Oye, ¡no te pases!

—No te pases tú.

Su gesto. Su voz. Me gusta la manera en la que me mira y me reta, hace que me sienta más vivo.

—Hemos hecho lo que no debíamos —admito.

—¡Lo sé! Yo estaba también aquí. Y encima hemos hecho algo ¡denunciable! —exclama ella con la mano en la frente.

Su comentario me hace gracia. Lo último que yo haría sería denunciarla tras la excelente noche que hemos pasado.

—¿Me vas a denunciar por incumplimiento de contrato? —pregunto.

Me mira. Dios, cómo me mira. Sonríe. Niega con la cabeza.

—¿Y tú a mí? —quiere saber.

Incapaz de no sonreír, también niego y, cuando veo que me estoy poniendo excesivamente tonto, me recompongo.

—A ver, Yuls. Somos adultos como para entender que esto ha sido sexo.

—Yo más bien diría que fue un fallo temporal del departamento de juicio y decisiones porque en ese momento no estaba operando toda la plantilla.

No puedo evitar reírme. Su manera de responder es tan diferente a lo que acostumbro que reconozco que me encanta, porque me desconcierta, pero no quiero ponerme tontorrón otra vez.

—Vistámonos y luego hablemos de lo ocurrido —le pido.

Ella asiente. En su rostro veo el mismo desconcierto que ella debe de ver en el mío. Quita la lucecita, coge el oso, se acerca hasta la maleta y tira de ella.

—Voy a mi habitación a vestirme —dice.

La sigo con la mirada. Lleva la camiseta arrugada por detrás y le veo su bonito trasero. Pero no digo nada. No quiero que se incomode más de lo que está. Eso sí, recoloco la alfombra persa, que se ha movido al pasar con la maleta.

Luego entro en mi baño y me quedo mirando el cepillo de dientes que hay junto al mío. Es la primera vez que en mi cuarto de baño veo algo así, y eso me tensa. ¿Cómo se le ocurre dejarlo ahí? Lo cojo, voy a su puerta, llamo y, cuando abre, le tiendo el cepillo.

—Tu cepillo de dientes —le digo en un tono nada conciliador.

Ella lo coge. Me arrepiento de lo que acabo de hacer y más cuando ella suelta en otro tono nada conciliador:

—Perdón. Se me olvidó.

A continuación, me cierra la puerta en las narices y yo me voy a la ducha mientras oigo que le suena su teléfono.

Mientras me ducho y el agua corre por mi cuerpo, imágenes de lo vivido la noche anterior pasean por mi mente inevitablemente, y me excito. Pensar en cómo me besaba o en cómo yo la poseía mirándonos a los ojos me pone a mil. Y no. No estoy yo ahora como para subir de revoluciones.

Nada más salir de la ducha, cuando me estoy secando, suena mi móvil. Lo cojo y veo varios mensajes de Vanessa. No para. Es incansable, ¿por qué ahora está tan pesada?

Salgo de la habitación. No sé si Yuls ha salido ya de la suya y, cuando llego al salón, mi abuela me recibe con una gran sonrisa.

—¡Menuda nochecita, mi *amolllll*! —se mofa.

—Abuelaaaaaaa —protesto.

—Con decirte que me he cambiado de habitación.

—Abuelaaaa... Pero ¿qué dices?

Sonríe. Yo no.

—Yuls se ha ido —dice cuando ve que miro a mi alrededor.

—¡¿Qué?!

—Que se ha ido.

—¿Adónde se ha ido?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé, mi vida. Pero desde luego llevaba prisa y me ha dicho que no vendrá a comer.

De pronto, saber que se ha ido me molesta. ¿Por qué?

Miro mi teléfono. Estoy a punto de llamarla, pero me contengo. En la cláusula uno, punto cinco, incluí no llamar por teléfono a no ser que sea algo urgente. Y esto no es urgente.

Paso el día en casa con la abuela. Mónica regresa emocionada. Su hija ha tenido una niña, y está feliz. Mi abuela y yo intentamos que se vuelva a ir al hospital con su hija, pero no quiere. Su yerno ahora se ocupa de ella. Nos prepara de comer un guiso de los suyos y la abuela y yo damos buena cuenta de él. Por la tarde hablo con Rafa. No le cuento lo ocurrido con Yuls porque sé que ha sido un calentón. Una locura momentánea. Pero solucionamos temas pendientes que teníamos de trabajo.

A las ocho de la tarde, mientras escucho música, suena mi móvil y leo:

Yuls
No llegaré a la cena. Cenad.

Eso me molesta. ¿Dónde está y con quién? Y respondo.

Yo
¿Puedo saber qué ocurre?

Miro mi móvil. Ella está en línea. Escribe y leo.

Yuls
Es un tema personal.

Eso me encabrona. ¿Qué tema personal es?

Capítulo 34

Cuando entro en el hospital, veo a Roberto de inmediato. Me espera.

Angustiada, corro hacia él.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Tranquila. Están bien. Lucas está bien.

Con los nervios a flor de piel, tomo aire y asiento. Cuando recibí su llamada para decirme que Lucas estaba en el hospital, no me paré a pensar. Me vestí a toda mecha y salí pitando.

—¿Pero qué ha pasado? —quiero saber.

—Al parecer, él y Josué salían de un centro comercial y unos chicos se liaron a golpes con ellos. Y es verdad, porque distintos testigos así lo han confirmado.

—Joder...

—Están bien, pero a Josué le han tenido que dar seis puntos en la cabeza y a Lucas le están enyesando el brazo porque al parecer tiene una fisura que casi ha rozado la rotura.

Apurada, voy con mi compañero hasta la sala de espera y al entrar me encuentro con Josué. Este tiene un apósito en la cabeza.

—¿Cómo estás, campeón? —Me acerco a él.

Josué mueve los hombros e indica:

—Enfadado, Yuls, muy enfadado.

Hago un gesto afirmativo. Lo entiendo perfectamente.

—¿Qué ha pasado? —le pido que me lo cuente, aunque ya lo sé por Roberto.

—Lucas y yo salíamos de un centro comercial cuando nos encontramos con el pijo de Adrián y cinco de sus colegas y nos empezaron a vacilar. Intentamos pasar de ellos, pero fue imposible, nos acorralaron y, cuando nos comenzaron a pegar, tuvimos que liarnos a puñetazos.

—¿Cuántas veces os hemos dicho que antes de actuar hay que pensar?

—¿Y qué querías que pensáramos si nos estaban machacando? —Suspiro. Me pongo en su situación y creo que hubiera reaccionado igual—. Lucas te había comprado unos auriculares rosas como los que Adrián le quitó —añade Josué—, y ¡joder, Yuls!, eran seis contra dos y, al final, el gilipollas de Adrián se llevó los auriculares recién comprados.

Se me encoge el corazón. ¿Cómo que Lucas me había comprado unos auriculares? ¿De dónde ha sacado el dinero?

¡Y también me cago en el Adrián de las narices!

Por mi boca están a punto de salir sapos y culebras, de esos que a Oliver le horrorizarían, pero me contengo. Sé que he de hacerlo.

La puerta de la pequeña salita se abre y aparece Lucas con el brazo enyesado. Al verme me mira, pero no se sorprende. Él sabía que yo estaría aquí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con chulería.

Con la mirada le hago saber a Roberto que necesito hablar con él.

—Os esperamos en la recepción —me dice, y agarra a Josué y se va con él.

—Por favor, Lucas, siéntate —le pido cuando nos quedamos solos.

Lo hace con chulería. Sé que está enfadado.

—Es tu día libre. No sé qué haces aquí, ahora que tienes un marido —gruñe. Tiene razón. Hoy es mi día libre. Lo del marido me da igual. Pero, conmovida por lo que Josué me ha contado, estoy a

punto de hablar cuando suelta—: El rancio pensará que soy un delincuente.

—Se llama Oliver. Y no piensa eso de ti.

Nos miramos. Desde que sabe que me he casado está algo distante.

—Lo que hiciste es una cagada —me recrimina.

—Lucas...

—Las personas se casan por amor, mamá, no por un trato.

—Lo sé, cariño. Pero, en ocasiones, las circunstancias te...

—Mamá... ese tío y tú no pegáis ni con Loctite.

—A ver...

—Que haya enviado la tele y los ordenadores al centro es un bonito detalle. Pero mi opinión sobre él no ha cambiado. Sigue siendo un pijo adinerado como el gilipollas de Adrián.

Resoplo. Está claro lo que le ocurre: el odio que le tiene a Adrián lo está volcando en Oliver.

—Si no te gusta que te prejuzguen a ti, deja de prejuzgar a los demás —contraataco. Lucas me mira—. Que Oliver tenga dinero y la familia de Adrián también no quiere decir que tengan que ser iguales como personas. Por lo tanto, reflexiona y no juzgues antes de tiempo, porque te equivocarás.

—Mira, mamá. ¡Paso!

Está a la defensiva.

—Lucas. Te guste a ti o no, Oliver es una buena persona que nada tiene que ver con Adrián.

—Si tú lo dices.

—¡Lucas, ¿pero de qué vas?!

—¿Te gusta ese estirado?

—Sí. Me gusta mucho.

Uissss, ¿qué he hecho? He respondido sin pensar en las consecuencias.

—Mamá, ¡por favor! ¿Cómo te puede gustar ese tipo? —protesta.

No respondo. Sigo sorprendida por lo que he afirmado.

—Creo que es mejor que dejemos el tema Oliver a un lado —consigo articular—, porque no me apetece ni hablarlo ni discutirlo ahora mismo aquí contigo. Hablemos de lo que me ha traído aquí. ¿Qué ha pasado?

Él se sienta. Tarda un poco en responder.

—Que salíamos de un centro comercial y Adrián, ese niñato pijo, tenía ganas de jarana.

—¿Y porque él tenga ganas de jarana habéis de tenerla vosotros?

—Mamá, entiendo lo que dices, pero a veces...

—A veces hay que contar hasta veinte, Lucas. No hasta diez.

Lucas se levanta. Enfadado, se mueve por la sala y finalmente me clava esa mirada de dolor que tan bien conozco.

—Sí, pero no cuando te están friendo a hostias —escupe. Vale. Ahí no le puedo quitar la razón—. Ese pijo de Adrián me quitó tus auriculares hace tiempo. Y sí. No te lo dije. Te lo tenía que haber dicho, pero no quise. Y, bueno, aunque en un principio intenté recuperarlos de buenos modos, fue imposible. Ese niñato me la tiene jurada. La siguiente vez que lo vi, reconozco que fui yo el que fue a por él, y por eso tuvisteis que ir a la comisaría a sacarnos. Pero, ¡joder!, mamá. Él puede tener los auriculares que quiera. Sus papaítos se los pueden comprar. ¿Por qué me tiene que quitar a mí los míos? —Pongo gesto de sorpresa. No le hago saber que ya estaba enterada de lo de los auriculares, cuando añade—: Llevo semanas repartiendo pizzas por las tardes para poder comprarte unos auriculares nuevos.

—¿Pero qué dices...?

—Quería reponértelos. Y cuando por fin reúno el dinero necesario para ello, ese gilipollas me los vuelve a quitar. ¿Qué hago, mamá? ¿Lo mato?

Conmovida, lo abrazo. Saber que ha hecho aquello para conseguir comprarme los auriculares sin que yo me enterara me llega al corazón. Veo que el teléfono me suena y es «Patatita gruñona», pero no se lo cojo.

—Lucas, por supuesto que no lo matas. Y por supuesto que no hacía falta que los compraras.

—Sí, mamá, sí que hacía falta. Tú me los dejaste. Confiaste en mí y te prometí que los protegería con mi vida.

Sus palabras me enternecen. Mi teléfono vuelve a sonar. Vuelve a ser Oliver. Pero lo que estoy hablando con Lucas es importante para nosotros, así que le quito el sonido.

—¿Quieres que al salir vayamos a la comisaría a poner una denuncia?

Lucas me mira.

—¿Para qué? Si no va a servir de nada —responde con desgana.

—Piénsatelo y hacemos lo que me digas. —No puedo evitar sentir pena.

—Estoy harto de que idiotas como Adrián se crean mejores que yo porque tuvieron la suerte de nacer en una familia con dinero, con la que comer los domingos o ver un partido en la tele. Estoy cansado de que, por el simple hecho de que mis padres fueran toxicómanos, me hagan sentir como una escoria y...

—No los escuches, Lucas.

—Es imposible no escucharlos cuando te lo recuerdan todos los días, y tú lo sabes tan bien como yo.

Lo vuelvo a abrazar. ¡Joder, qué bien lo comprendo!

Solo tiene catorce años, odio que se sienta así, pero más odio a la gente que es capaz de hacerle sentir así. Joder, es un niño. Es un muchacho. ¿Qué culpa tiene de la vida que eligieron sus padres?

Por desgracia, la sociedad prejuzga. De padre ladrón, hijo o hija ladrones. De madre asesina, hijo o hija asesinos. Pero no. Esto no es así. Durante un tiempo yo cargué con el sambenito de lo que mi padre hizo. Fui la hija del pirómano asesino. La gente me miraba mal y sufrí en mis propias carnes cómo me convertía en apestada y se apartaban de mí. ¿Acaso yo había hecho algo? ¿O fue Vicente quien nos intentó quemar vivos y mató a mi hermano? Pero vamos a ver, ¿cuándo la sociedad se va a dar cuenta de que los errores de uno no tienen por qué heredarlos otros?

Durante unos segundos permanecemos abrazados. Siento que Lucas lo necesita. La conexión que siempre hay entre nosotros es especial. Es de verdad. Y cuando nos separamos, con todo el cariño que Lucas se merece, digo:

—Yo veo en ti a un chico fuerte, guapo, maravilloso y encantador. Y bueno, algo chulito también. —Sonríe—. Eres mi persona favorita en el mundo, junto con mamá, y alguien increíble que, por circunstancias de la vida, ha tenido que enfrentarse a cosas que muchos no imaginan y que otros no serían capaces de sobrellevar como lo sobrellevas tú.

Él se encoge de hombros. Mi teléfono vuelve a sonar. Esta vez veo que es un wasap de Oliver que dice «Perdón. No era importante». Vale. Pues si no era importante, ¿para qué llama? Me vuelvo a centrar en quien tengo delante.

—Lucas, te entiendo muy bien y lo sabes —continúo—. Sabes que yo me crie en un hogar complicado. Y cuando pasó lo que pasó, viví durante años, junto con mamá, en casas de acogida. Simplemente por eso, niñas o personas que tenían un hogar, como tú dices,

donde comer los domingos y ver el partido en la tele era normal, me menospreciaban. Me rechazaban. Parecía que yo podía pegarles algo si estaban a mi lado. Y ya ni te cuento cuando se enteraban de lo que hizo el desgraciado de Vicente —musito con rabia—. Pero, como te he dicho en otras ocasiones, aunque me hacía daño lo que comentaran o pensaran de mí, yo les hacía ver que no me importaba. Porque me negaba a darles pena y me negaba a que me vieran llorar.

—Pero por eso, aunque eres una mujer positiva, sigues viendo ese nubarrón negro sobre tu cabeza y en ocasiones dices que a ti no te pueden pasar cosas bonitas, ¿o no?

Suspiro y asiento. Soy humana.

—A ver, Lucas..., momentos tontos los tenemos todos.

Sonríe.

—Menos mal que te tengo a ti, mamá.

Oír eso me encoge el corazón. Amo a este niño con todo mi ser, y lo último que quiero es decepcionarlo o dañarlo.

—Y yo menos mal que te tengo a ti, cariño. Pero quiero que sepas que nosotros somos de los que, aun con nubarrón negro sobre nuestras cabezas, luchan para salir adelante porque llevamos fuerza y determinación en nuestros genes. Conoces mi historia. Yo te la he contado. Y mi historia, a pesar de los pesares, no se acabó en aquel momento, como en este momento no se acaba la tuya. Te queda mucho por vivir, por conocer, por disfrutar. Y espero que llegue el día en el que mires atrás y te des cuenta de tu fuerza y del camino recorrido. ¿Y sabes? Yo estaré a tu lado para decirte «¡Te lo dije, Lucas, te lo dije!».

—Claro que estarás, mamá —afirma.

—Escucha, bichito, siempre he tenido claro que la vida a unos les regala las cosas y a otros, como a ti o a mí, nos hace luchar. Y por

eso, a nosotros, a los que aprendemos a no rendirnos, a resistir y a seguir adelante, la vida al final nos regala una cosa llamada fortaleza. —El crío sonríe, le gusta que lo llame «bichito», por lo que significa para mí—. Hay un dicho que mamá, antes de enfermar, decía y es «No hay mejor desprecio que no hacer aprecio». No escuches a los que no merecen ser escuchados, como ese Adrián, y mira hacia el futuro. Te digo lo mismo que tú le dijiste a Javi con respecto a su padre. No te quedes en lo que no tienes hoy y piensa en todo lo que con tu trabajo y fortaleza tendrás mañana. —Lucas asiente. No es la primera vez que tenemos esa conversación—. Eres lo suficientemente listo como para no permitir que otros te digan quién eres, porque eso solo lo decides tú —concluyo.

Sé que me entiende. Sé cuánto lleva vivido y sufrido y cuánto ha aprendido de la vida.

—Siento lo de los auriculares.

—Lo sé. Pero me importas tú. No los auriculares.

—Pero...

—Sin «peros», Lucas. Sin «peros».

Sonriendo, saco un rotulador permanente de mi bolso y asiendo su brazo escayolado escribo algo en él.

—«Lo mejor está por venir» —lee él.

Me mira. Le doy un cariñoso beso en la mejilla.

—Así es y así será —afirmo.

Nos levantamos de la silla. Hemos tenido una buena charla.

—Sigo molesto por lo del rancio —vuelve a la carga Lucas antes de que salgamos de la sala—. ¿Cómo te puede gustar?

—Lucasss.

Me río.

—Mamá, algún día te daré tanto como tú me das a mí. —Y agarra mi mano con fuerza.

Emocionada, sonrío. Lucas ya me lo da, pero para hacerle sonreír le digo:

—Oye... una casita frente a la playa en Ibiza, ¡me encantaría!

Salgo aferrada a su mano sana, y entre carcajadas nos encontramos con Roberto y Josué. Los llevo al centro en mi coche; allí los espera la directora para echarles la bronca y castigarlos sin salidas durante quince días.

Capítulo 35

Estoy inquieto. Incómodo. Hace horas que Yuls se fue y no sé dónde está.

Al final, la he llamado por teléfono saltándome la cláusula uno, punto cinco, pero ella no me lo ha cogido. Incluso le he mandado un wasap, que ella no me ha contestado. Eso me inquieta más. ¿No tendrá cobertura? ¿Se habrá quedado sin batería? ¿O simplemente ha pasado de mí?

Pienso en lo ocurrido la noche anterior. En el incumplimiento de la cláusula uno, punto tres, y mi mente no para de recordar su sonrisa, su mirada, sus besos o sus jadeos mientras hacíamos el amor. Todo aquello lo tengo tan grabado en mi cerebro de tal manera que el corazón me va a mil y no me puedo concentrar.

Intranquilo, a las once de la noche, cuando imagino que la abuela se ha dormido, subo a mi habitación. Y, aunque Mónica la ha arreglado, el olor y la presencia de Yuls están allí.

Con el pulso acelerado, me quedo mirando la puerta de lo que anteriormente fue mi gimnasio y que ahora es su habitación. Me acerco, la abro y enciendo la luz. Todo allí es un caos. Hay pintura, plásticos, brochas, papeles y cajas con los muebles que Yuls me ha dicho que tiene que montar. Resoplo. Yo no tengo paciencia para hacer esas cosas.

La ventana está abierta. El olor a pintura ya no es tan intenso como el del día anterior, pero aún huele. Miro las paredes azul claro

y me siento orgulloso por haber sido partícipe de aquel trabajo. ¡Nos ha quedado muy bien!

Curioso, paseo por la habitación mirando las cajas que Yuls compró. Me fijo en las fotos de los productos que hay dentro y veo que son muebles decapados en blanco.

Cotilleo sus libros. Me gusta saber qué le gusta leer y miro la fotografía que tiene con Lucas. En ella se los ve a los dos sonriendo, y sin saber por qué sonrío también.

Me acerco al dibujo enmarcado que descansa sobre la mesilla. El dibujo que ella me comentó que le hizo su hermano. Es un dibujo infantil realizado con trazos inseguros y con diferentes colores. En él aparecen tres monigotes bajo un cielo repleto de estrellas. Por el tamaño de los monigotes y otros detalles puedo identificar a una madre, una niña y un niño sonrientes y cogidos de la mano mirando las estrellas. ¿Dónde está el padre? ¿Dónde viven el hermano y la madre de Yuls?

Al ver aquel dibujo, me surgen infinidad de preguntas para las que no tengo respuesta mientras leo en una caligrafía torpe e infantil «Felicidades, Yuls. Sonríe. Te quiero, Andy». Desde luego, su hermano es un niño todavía.

Dejo el marco donde estaba y me fijo en los libros que tiene en un lateral. Está claro que le gusta la novela romántica, y entonces me fijo en el oso costroso que está tirado sobre la cama. Es horrible, viejo, feo y está como cosido por un lateral. ¿Tanto cariño puede tenerle a aquello?

La maleta amarilla está junto a la cama. ¿Por qué no la guardará en el armario? Pues lo haré yo; agarro la maleta, que, por cierto, pesa, y abro el armario. Al hacerlo, me quedo parado. Está vacío. Lo único que hay en una balda es la tarjeta de crédito que yo le entregué a Yuls.

¿Pero cómo puede ser? ¿Por qué no ha guardado nada en el armario?

Luego miro en el baño. Allí están las toallas y los jabones, pero al fijarme en la encimera veo que tampoco está el cepillo de dientes de Yuls ni ningún cepillo para el pelo. Pero ¿dónde están sus cosas personales?

Sin pensármelo, pongo la pesada maleta sobre la cama para abrirla, pero no soy capaz. El sistema de seguridad no lo permite y no sé la contraseña. Sintiéndome fatal por el arranque que he tenido, la vuelvo a dejar donde estaba. ¿Pero qué estoy haciendo? Apago la luz y, de pronto, algo en el techo llama mi atención.

Al levantar la vista, me encuentro con un montón de estrellitas fluorescentes. El vello de todo el cuerpo se me eriza al contemplarlas. Está claro que su amor por las estrellas la ha llevado a crear su propio universo en la habitación y no sé por qué me emociona. Pasados unos segundos, cierro la puerta y salgo, conmovido.

Cuando regreso a mi despacho, abro el ordenador para mirar los movimientos que tiene la tarjeta que le di a Yuls, y no puedo evitar asombrarme al ver que no hay ni uno solo. Desde el día que se la di no la ha utilizado absolutamente para nada, y eso me sorprende. ¿Por qué ha comprado todo lo que hay en su habitación con su dinero?

A las doce de la noche estoy en la terraza sentado leyendo, Zorba y Drako, que están tumbados a mi lado, levantan sus cabezas y estiran sus orejas. Eso me hace saber que la verja de la finca se ha abierto, y no puede ser otra que Yuls. ¡Por fin!

Con disimulo y sin moverme de donde estoy, observo que lleva su coche hasta el garaje. Cuando se detiene y se baja, mis perros se lanzan a ella para dar y recibir cariño. Segundos después, veo que

saca una bolsa, la abre y les da algo. Eso me encabrona. ¿Qué les está dando? ¿Los está malcriando?

Incapaz de permanecer un segundo más donde estoy, por el interior de la casa, voy hasta la puerta que da al garaje y la abro.

—¿Qué les estás dando a los perros? —pregunto.

El susto hace que se le caigan de las manos una bolsa y su teléfono móvil. Ella recoge la bolsa. Yo recojo el móvil, que dejo sobre el capó del coche.

—¿Pretendes quedarte viudo matándome de un susto? —replica.

Ver su gesto desafiante hace que el mío se ponga a la altura. Pero su pregunta, aunque no sonrío, ya me ha hecho gracia. Entonces saco mi teléfono del bolsillo y marco su número.

—OK. Veo que sí funciona —gruño cuando este comienza a sonar. Ella asiente y entonces miro hacia el teléfono que he dejado sobre el capó—. ¿Me tienes guardado como «Patatita gruñona»? —Estoy boquiabierto.

—Sí.

—¡¿Patatita gruñona?! —repito.

—Que síííí...

—¿Por qué?

—Porque yo controlo mi agenda. Siéntete afortunado de que no te llame «no contestar».

Incrédulo, parpadeo. Será...

Acto seguido, coge su teléfono y corta la comunicación. Y yo, indignado por su respuesta y por haber descubierto el ridículo nombre por el que me tiene en su agenda, voy a protestar cuando ella dice:

—Si no te cogí antes el teléfono fue porque estaba ocupada.

¿Ocupada? ¿Cómo que ocupada? ¿Con quién y dónde?

Me muerdo la lengua. Por contrato no puedo preguntarle. Me fijo entonces en la bolsa que tiene en sus manos.

—¿Qué narices les estás dando a mis perros?

—Chuches ecológicas altamente saludables.

—Acaso no sabes que yo no les doy nada de eso.

—Lo sé. Eres un rancio con ellos. Pero yo no soy tú y me permito el lujo de dárselas.

—¿Me puedes decir por qué siempre me llamas «rancio»? —gruño.

—Porque es una palabra que he visto que te molesta.

Resoplo. Su desfachatez es tremenda.

A continuación, guarda la bolsa de chuches en su vehículo.

—Mira, rey, si tienes ganas de discutir, hazlo con aquel árbol —suelta—. Tiene mucha paciencia y, además, no contesta. Porque te aseguro que, como me sigas tocando las palmas, al final, ¡vamos a bailar!

¡¿Qué?!

¡Será chulita!

Y se marcha dejándome con la palabra en la boca seguida por mis perros. ¿En serio esos sinvergüenzas la prefieren a ella?

Recorro el camino inverso al que hice para llegar allí por dentro de la casa y, cuando ella entra, ya estoy en el recibidor. Mi idea es cantarle las cuarenta, pero aparece mi abuela en lo alto de la escalera, y yo la agarro y la beso.

Mi intención era darle un simple beso en los labios, pero mi cuerpo y mis brazos, como si tuvieran vida propia, la aprietan contra mí. ¿Pero qué estoy haciendo? Y cuando finalizo el apasionado beso, y Yuls me mira boquiabierta, mi abuela se ríe desde lo alto de la escalera.

—Ais, mi niña, lo mucho que te ha añorado tu patatita —le dice—. Nunca lo he visto tan nervioso y desesperado esperando a nadie.

—Abuelaaaaa —gruño, molesto.

Yuls se separa de mí.

—¿Estás bien, abuela? ¿Has tenido un buen día? —le pregunta, ignorándome.

—Sí, mi vida. Pero ahora que ya estás en casa, estoy mejor. Buenas noches y descansad. Que anoche no descansasteis mucho.

—Abuelaaaa —vuelvo a gruñir.

Yuls camina hacia la cocina sonriendo, y voy tras ella. Al entrar la veo sacar un plato de la alacena.

—¿Has cenado? —pregunto.

—Sí. —Saca de una bolsa algo que parece un bizcocho y dice con total tranquilidad—: Está muy bueno. Es de limón. ¿Te apetece?

Niego con la cabeza. No son horas de comer, y ella, encogiéndose de hombros, se parte un trozo y se lo pone en un plato. Seguidamente, se lava las manos. Luego se sienta sobre la mesa de la cocina y con la mano se come el bizcocho.

No sé qué hago parado en la puerta observándola, pero aquí estoy, como un idiota.

—¿Qué sabes de José Luis? —se interesa.

—Está mucho mejor y al final no lo tienen que operar.

—¡Genial!

—He quedado en llevarlo al aeropuerto el día que me llame. Quiere ir a visitar a su familia en Mallorca.

—Uisss, pues dime cuándo se va, para escribirle y pedirle que me traiga una ensaimada. ¡Las de Mallorca son flipantes!

No digo nada. Solo la observo. Lo que come le tiene que gustar mucho, pues veo que lo degusta con placer.

—Querías hablar sobre lo que pasó anoche, ¿verdad? —dice.

Asiento. Me muero por hablar de ello.

—¿Dónde has estado todo el día? —Necesito saberlo.

—En el centro donde trabajo y luego hice una visita.

¿Visita a quién? ¿A su madre? ¿A su hermano? ¿A su padre? Miro el *planning* que hay en la cocina.

—Hoy era tu día libre —observo.

Yuls asiente. Traga el bizcocho que gustosamente se está comiendo.

—Hubo un problema en el centro y me llamaron.

—¿Qué problema?

—Lucas —responde, al tiempo que parte un pedazo de bizcocho.

—¿Qué le ha pasado a Lucas? —pregunto, alertado.

—Necesitaba que hoy le dijera que lo quiero y le recordara que él no es menos que nadie por no haber nacido en una familia que tuviera casa y le pudiera ofrecer una habitación propia. Y ya, de paso, le recordé que el futuro solo es para quienes creemos en él y nos lo trabajamos para hacerlo realidad.

—Qué gran verdad acabas de decir con eso del futuro. —Yuls sigue comiendo. Yo quiero saber más—: ¿Pero qué le ha pasado?

—Le han dado una paliza.

—¡¿Qué?!

—Le dejé mis auriculares. Un niño pijo del barrio llamado Adrián se los quitó y aunque él intentó recuperarlos no lo consiguió. Sin decirme nada, ha estado repartiendo pizzas por las tardes para comprarme otros auriculares y, cuando acababa de hacerlo, ese niñato, que puede comprarse todos los auriculares que quiera, se los ha vuelto a quitar. Se han peleado y Lucas ha terminado con magulladuras y moratones, además de una feísima fisura en el brazo que espero que no termine en operación, pero, de momento, se lo han escayolado.

—¿Tienes la dirección del tal Adrián?

—¿Para qué? —se sorprende Yuls.

—Pues para ir a hablar con él y sus padres. Eso que ha hecho es algo por lo que merece un castigo y...

—Olvídalo. Si hacemos eso, la cosa empeorará.

—¿Cómo que empeorará? Yuls... hay que hacer algo. Hay que denunciar.

—Oliver —me corta—. La lucha entre un chaval de un centro de menores y un niño adinerado nunca es justa.

—Pero...

—Oliver, sé de lo que hablo —le corto.

—¿Pero Lucas está bien? —insisto, alarmado.

—Sí. Tranquilo.

Nos quedamos en silencio un momento. Saber aquello me joroba. Creo que Lucas es un buen chaval, aunque no le caiga bien. Y no me parece justo que la cosa se tenga que quedar así.

Entonces veo que unas migas de lo que come caen al suelo.

—¿No comerías mejor el bizcocho con un tenedor? —digo. Soy un tiquismiquis.

—No.

—¿Por qué no?

Yuls me mira.

—Porque sabe mejor cuando se come como no se debe —replica, y en sus ojos de nuevo aparece ese brillo retador. Su respuesta y su sonrisa me callan. Esta mujer me cierra la boca continuamente. Deja el plato sobre la mesa y continúa—: Y con respecto a lo que pasó anoche, fue una mala idea patrocinada por las hormonas y el vinito que nos tomamos. Una ida de olla por parte de los dos que no se puede repetir.

—Estoy de acuerdo contigo —asiento como un gilipollas.

—Por lo tanto, como adultos que somos, cerremos oficialmente el caso. Olvidemos lo ocurrido y todos tan contentos.

Yo hago un gesto solemne como si acabara de escuchar el informe oficial de una comisión de investigación.

—Me parece una excelente opción —me muestro de acuerdo.

Yuls sonríe. Y, bajándose de la mesa de un salto, termina el bizcocho y mete el plato vacío en el lavavajillas.

—Esta noche dormiré en mi habitación. Ya no olerá tanto a pintura.

—Sigue oliendo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque subí y abrí la puerta para comprobar que la ventana estaba abierta.

—Uisss, patatita, ¡qué monooooo eres cuando quieressss!

Mi cuerpo reacciona a sus palabras. Como dijo en otro momento, está claro que en mi cerebro no está operando toda la plantilla.

—Ya he visto que has puesto en el techo estrellitas fluorescentes.

Yuls me mira.

—Tranquilo. Cuando me vaya las quitaré —replica con rapidez.

Oír eso me incomoda. Lo último que pienso ahora es en que se vaya, pero no quiero mencionarlo.

—Dormirás de nuevo en mi habitación —propongo.

—No hace falta.

—Sí hace falta. No quiero que te intoxiques.

—Pero...

—No hay «peros», señorita Pérez. Te prometo que... —Ella me mira. Me callo. Levanta las cejas con guasa y yo insisto, obviando eso de «prometer»—: Esta noche no habrá incumplimiento de contrato. Te lo aseguro.

Sonríe.

Por favor, que deje de sonreír así o comenzaré a incumplir cláusulas.

—Esta semana tengo turno de noche —me informa.

—¿Y eso significa...? —pregunto.

—Significa que, para nuestra suerte, no nos vamos a ver. Y el raro momento que estamos viviendo en estos instantes por haber tenido sexo nos lo vamos a saltar. —Oír que no dormirá en casa me molesta. Pero más me molesta que me moleste. Ella añade—: Comienzan los turnos de doce horas, por lo que entro a las nueve de la noche y salgo a las nueve de la mañana. Eso hace que trabaje cuatro de siete días. Y el viernes, sábado y domingo libraré.

—El sábado tenemos la exposición y posteriormente una cena. Y...

—Lo sé —me interrumpe con gesto contrariado. En silencio nos miramos. Me gustaría saber qué piensa. De pronto, se recoge con las manos ese pelo tan sedoso que tiene y dice—: Por cierto. Por si se me olvida comentárselo a la abuela, dile que esta semana regresaré sobre las dos de la tarde.

—¿Pero no has dicho que sales a las nueve de la mañana?

—Sí.

—¡¿Entonces?!

—Tengo cosas que hacer. —Vale. Ya estamos con eso. Y cuando voy a preguntar, como si me leyera el pensamiento, recita—: Cláusula uno, punto cuatro. Nada de preguntas personales.

Ahora el que asiente soy yo. Tiene razón. Pero qué hago preguntando lo que no debo. ¿Qué me importa a mí lo que haga cuando salga de trabajar?

—¿Te apetece que nos vayamos ya a la cama? —pregunta.

Como un idiota digo que sí.

¿Pero por qué digo que sí cuando me tengo que alejar de ella?

Juntos subimos las escaleras, entramos en la habitación y sin mirarnos repetimos lo de la noche anterior incluidos lucecita, zeñor Ozito y maleta. Esta vez no hace falta que le diga que entre en mi baño, porque lo hace, ni hace falta que la acueste en mi cama, porque lo hace ella.

Minutos después, tras dar mil vueltas en mi baño repitiéndome que no he de hacer lo que estoy deseando, salgo de él y sin mirarla me acuesto.

—Pondré el reloj a las siete. Tengo cosas que hacer —dice.

¿Qué cosas? Quisiera saber qué tiene que hacer, pero me muerdo la lengua.

—Yo lo pondré a las seis y media —matizo.

—Buenas noches, Oliver.

—Buenas noches, Yuls.

En sintonía los dos nos tumbamos. Veo que cada uno se da la vuelta para mirar en otra dirección, y apago la luz. La oscuridad nos rodea junto con el silencio más absoluto, hasta que poco a poco la lucecita que ha colocado en el enchufe hace que la habitación se ilumine tenuemente.

Con todos mis instintos alerta, en silencio escucho su respiración y soy consciente de sus movimientos. Tarda en dormirse. Pero ni me habla ni le hablo. Lo mejor es intentar pasar la noche lo mejor que podamos, y mañana será otro día.

Capítulo 36

—¿Cómo que has tenido sexo con él?

—Lo que oyes.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. —Kaory me mira. Es jueves y ella hoy tiene turno de noche conmigo. Y, con la vista puesta en los pequeños que terminan de cenar, respondo—: Fue un exceso de entusiasmo momentáneo, que no sé si apuntarlo en mi cuaderno de sucesos como algo ¡extraordinario! —Kaory se ríe—: Se me fue la cabeza.

—La cabeza y lo que no es la cabeza.

—No sé qué pasó, pero el caso es que era irresistible.

—¿Y bien?

Uisss, pensar en cómo me besaba, tocaba, miraba, me pone a mil.

—Aprobó la auditoría con matrícula de honor —reconozco con una sonrisa pícara. Mi amiga sonríe como lo hago yo. Me siento a su lado, y cuchicheo—: Cuando Oliver se baja del pedestal es peligrosamente encantador. El sábado fue uno de esos días que te tiran por tierra todas las teorías, porque, de repente, se podía hablar, bromear, jugar a embadurnarnos de pintura, y ¡Dios!, por la noche, cuando nos miramos de aquella manera y me apartó el pelo del rostro, supe que la cláusula uno, punto tres, tenía los segundos contados. Y vaya si los tenía. ¡Descanse en paz! —Nos miramos con complicidad, y yo exclamo—: ¡Ni te imaginas!

—Vaya...

—Y ya ni te cuento el morbazo que tiene cuando...

—¿Es mejor que Jeremías?

Sin dudarlo, asiento.

Jeremías es un ex con el que salí un tiempo, y la verdad, el chico era un espectáculo en la cama. Pero, después de lo vivido con Oliver, creo que yo tenía las expectativas muy bajas.

—Jeremías se queda tan corto comparado con Oliver que, si esto fuera una encuesta, perdería hasta el voto de su madre. —Kaory se ríe. Yo también. Y prosigo—: El domingo, cuando regresé tras lo de Lucas, hicimos un corto análisis de los hechos y llegamos a la conclusión de que la culpa fue del vino.

—¿Ahora la culpa se le echa al vino?

Con guasa asiento.

—El caso quedó oficialmente cerrado. Ambos reconocimos el error y levantamos acta. —Me río. Sé que es ridículo culpabilizar al vino, pero concluyo—: No volverá a ocurrir.

—Eso no se sabe.

—Yo lo sé. Pero como siempre digo, error cometido, lección aprendida. Además, a él le sigue gustando la presentadora. Y es normal, ¡es tannnn guapa! Pero tannnnn tontaaaa. Creo que en vez de cerebro tiene una jaula de grillos. Por cierto, ¿te conté lo que me pasó con ella el día del fútbol?

Kaory asiente.

—Si eso me pasa a mí, dudo que hubiera sido tan elegante —admite, y luego se mete un trozo de pan en la boca—. Conociéndome, la habría llamado de todo menos bonita.

Sonrío. Recordar su cara cuando le di semejante corte es uno de esos momentos para señalar en rojo en el calendario.

—¿A ti te molesta que a Oliver le pueda gustar ella? —quiere saber mi amiga.

—Nooooo.

—No te creo.

La miro. Kaory me conoce. Decir que Oliver no me acelera el corazón ya es una mentira que no me creo ni yo.

—De acuerdo. Lo confieso. Me molesta —reconozco.

—Lo sabía.

—Me encabrona saber que le regaló la jodida vela aromática francesa y que piensa en ella. Pero, con la mala suerte que tengo en la vida, imaginar que a mí me pueda pasar algo bonito, o que mi vida amorosa pueda tener ese final de película que todos deseamos, pues como que no.

—Dijo lady Nubarrón...

—¡Ea! Ya lo he dicho —insisto—. Pero como ni yo soy para él ni él es para mí, voy a seguir afirmando que no me gusta. Por lo que, por favor, cuando diga que no me gusta, tú asiente no por sinceridad, sino por solidaridad. Con un poco de suerte, me lo terminaré creyendo y, cuando me divorcie en apenas tres meses, simplemente esto habrá sido una experiencia más.

—¿Lo echarás de menos cuando te divorcies?

Hago un gesto afirmativo. Lo tengo clarísimo.

—Esto es lo que es y va a durar lo que tiene que durar —me resigno—. Y si ya la suerte está de mi lado y Vicente no aparece, ¡será de subidón! Porque, sinceramente, odiaría que apareciera y que, por mi imprudencia de no ser sincera con Oliver, pudiera meterlo a él y a su negocio en problemas.

Mi amiga me mira con gesto diría yo que apenado.

—La verdad es que en el centro siempre le agradeceremos a Oliver el detallazo que tuvo con nosotros —admite—. La tele y los ordenadores son algo importante para los niños.

Asiento. Oliver no es el hombre distante que aparenta ser, sino que me ha demostrado que tiene mucha empatía y un bonito

corazón. Cuando la directora del centro recibió aquello de parte del señor Oliver Dávila y su mujer, no se lo podía creer. Yo no dije en ningún momento que la mujer soy yo. Si tienen que enterarse, ya lo harán. Eso sí, cuando vieron aquello, los niños se volvieron locos.

Estoy pensando en ello cuando, de improviso, oigo gritos. Al mirar, vemos a Marina empapada mientras con las manos intenta parar un chorro de agua.

Kaory y yo nos levantamos a toda velocidad mientras los críos que hay en el comedor gritan alarmados al ver el chorro del agua salir del fregadero. Nos dirigimos hacia Marina a toda prisa.

—Cerraré la llave de paso del agua de la cocina —digo.

Pero es imposible. Debe de estar atascada con algo porque no se mueve ni un milímetro.

—Voy a cerrar la llave principal del agua —grita Kaory, y sale corriendo.

Segundos después, el agua deja de salir en modalidad fuente.

—No podemos estar sin agua en el centro —murmura Marina, empapada. Tiene razón. No tener agua es un tremendo desastre en un centro lleno de niños, y Marina insiste—: Habrá que llamar al seguro.

En cuanto oigo eso, los pelos se me ponen como escarpias. Llamar al seguro no debería ocasionar terror, pero, para mí, por mis experiencias, esa llamada entra directamente en la categoría de Expediente X.

Aun así, buscamos el número. Para eso se tiene un seguro, ¿no? Mis compañeras, las muy cachondas, deciden que hable yo.

Con toda la paciencia del mundo, escuchamos la musiquita correspondiente, luego una máquina nos pide que tecleemos ciertos datos. Después, otra vez la musiquita. De nuevo la máquina nos

pide más datos, hasta que, al cabo de un rato, la voz de una persona nos saluda. ¡Aleluyaaaa!

Tras comprobar de nuevo los datos que ya la maquinita nos solicitó, le explico lo que ocurre y me dice dos cosas. La primera: que cierre la llave de paso del agua. Algo que ya hice. La segunda: que en unas cuarenta y ocho horas acudirá el especialista.

¡¿Cómo que cuarenta y ocho horas?!

No podemos esperar tanto tiempo.

Y cuando la paciencia por ambas partes agota todos los argumentos y las reservas estratégicas de buena voluntad, llegamos a la conclusión de que seguir hablando no nos acercará a un acuerdo, pero sí probablemente a un homicidio. Por lo tanto, damos por finalizada la conversación.

Horrorizadas, las tres nos miramos.

—¿Conocéis a algún fontanero de guardia que venga a estas horas? —pregunta Marina.

Kaory y yo negamos con la cabeza y, viendo el escándalo que tienen los niños en el comedor, que continúa empapado de agua, tomamos varias decisiones. La primera, irnos a cambiar de ropa. La segunda, acostar a los niños. Y la tercera, secar aquel estropicio y buscar un fontanero.

Lucas, Fernando y un par de chicas, tan pronto nos llevamos a los pequeños, nos ayudan a secar el agua del suelo. Aun con escayola, Lucas intenta ayudar hasta que todo está medianamente controlado y luego los enviamos para la cama. Antes de irse, Lucas me mira. Hasta que tenía diez años, siempre que yo estaba en el centro, me daba un beso de buenas noches, pero ya en la adolescencia lo cambió por un guiño de ojo que yo le devuelvo.

—Como te quiere ese niño, Yuls —murmura Marina.

Lo sé y me gusta oírlo.

—Me quiere tanto como yo lo quiero a él —apostillo.

—Es un encanto de crío —admite Kaory—. Chulito cuando se lo propone, pero es un amorcito «acurrucoso».

Sonrío. Sé que su chulería es un mecanismo de defensa. Entre las tres terminamos de secar el suelo y nos sentamos a pensar cómo encontrar una solución a nuestro problema.

—¿Cómo se van a lavar los niños cuando se levanten para irse al colegio? —pregunta Marina.

—Y no solo eso —insiste Kaory—. Hay que decirles que no se les ocurra hacer «popó», porque si lo hacen... ¡madre mía!

Me agobio. Conociendo a los niños, basta que les digamos que no pueden hacerlo para que todos tengan una necesidad imperiosa de hacer «popó». Miro el reloj. Entre pitos y flautas, son las once de la noche. Entonces, mi teléfono suena y boquiabierta veo que pone «Patatita gruñona».

Rápidamente se lo enseño a Kaory. Esta levanta las cejas, y yo me alejo de Marina y ella para contestar.

—Hola, patatita gruñona, ¿qué pasa?

Durante unos segundos oigo un silencio gruñón. Sonrío. Reconozco que me encanta desconcertarlo.

—Disculpa la llamada.

—No pasa nada. Dime —respondo, acercándome a una ventana.

—Te llamo para recordarte que el sábado por la tarde-noche tenemos la exposición y después la cena.

Cierro los ojos. Lo recordaba, aunque tenía la esperanza de que se olvidara de mí. Pero ya veo que es imposible.

—Tranquilo —digo—. Lo recordaba. No te preocupes.

—De acuerdo.

Un silencio extraño se origina. Llevamos sin vernos desde el domingo. Nuestros turnos de trabajo nos separan y nosotros

tampoco hacemos nada por coincidir.

—¿Cómo está yendo tu semana? —pregunto. Estoy deseosa de hablar con él.

—Bien.

—¿Qué tal Diana? —insisto.

—Según me ha dicho, bien. Su exmarido no ha vuelto a aparecer tras la orden de alejamiento y, de momento, todo está controlado. —Me gusta oír eso. Sé la paz que debe de sentir aquella mujer ahora. Luego oigo—: ¿Y tu semana qué tal?

—La verdad es que bien hasta ahora.

—¿Por qué hasta ahora?

Miro hacia el fondo del comedor. En la gran mesa de la cocina veo a Marina y Kaory hablando.

—¿No conocerás a un fontanero económico que pudiera venir ahora mismo al centro?

—¿Qué ocurre?

—Pues que se nos ha reventado un grifo de la cocina y, como no hemos podido cerrar la llave de paso del fregadero, porque debe de estar atascada, hemos tenido que cerrar la llave general. Y ahora tenemos a sesenta niños sin agua y, aunque hemos llamado al seguro, nos dicen que el aviso ya está dado y que en las próximas cuarenta y ocho horas aparecerá alguien. ¿Pero cómo vamos a tener a tantos niños cuarenta y ocho horas sin agua?

No veo lo que hace mi guaperas. No lo tengo enfrente. Seguramente estará pensando que ese es mi problema.

—Dame unos minutos, que hago un par de llamadas —dice. No puedo evitar sorprenderme. Me gusta que quiera ayudarme. Y, pasados un par de minutos, asegura—: En una hora tenéis un fontanero ahí.

Parpadeo, sin creérmelo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Llamé a Antonio, la persona que se encarga del mantenimiento de las galerías. Él tiene un buen equipo de trabajo y me ha dicho que mandará a un tal Alfonso. Y, por cierto, ya le he dicho que me pase la factura a mí. No al centro.

—De verdad, Oliver, gracias, gracias, gracias —murmuro, encantada y feliz por la efectividad de mi caballero andante—. Si te tuviera delante, te comía a besos. Si no es por ti, no sé qué hubiéramos hecho.

—Yuls, llámame siempre que lo necesites.

—No quiero molestar.

—No molestas. —Oír eso me pone tonta. Aquello se me comienza a ir de las manos. Él cambia de tema—: ¿Tienes ya pensado qué ponerte para el evento del sábado?

La tontería se me quita de sopetón. Está claro que quiere controlar que tenga el atuendo adecuado.

—Depende.

—¿Depende de qué?

—Pues de si hay que ir muy de boda.

En ese instante oigo que sonríe. ¡Qué monooo!

—Yo iré con traje oscuro, camisa gris y corbata. Por lo que te espero bonita y elegante.

Ahí la hemos cagado. No tengo nada que me haga bonita y elegante, pero suelto:

—Perfecto, ¡lo tengo!

¡¿Que lo tengo?!

Mentira y gorda. No tengo nada que ponerme.

Bonita y elegante podría estarlo si tuviera la ropa adecuada. Porque la realidad es que tengo pantalones vaqueros y ropa para

estar cómoda. Otra para estar muyyyy cómoda y otra para no parecer que voy en pijama.

—Muy bien —indica Oliver—. Nos vemos el sábado a las siete en la galería que tenemos en la calle Alcalá.

—Vale —consigo balbucear. El silencio de nuevo toma el teléfono y, para cortar aquello, murmuro—: Que tengas buena noche, Oliver.

—Tú también, Yuls.

Al terminar la conversación, resoplo. ¿Qué narices me voy a poner?

Durante un par de segundos pienso en posibilidades y finalmente sé que tengo que ir de compras. Si quiero estar a la altura de lo que Oliver espera, no me queda otra.

Obviando momentáneamente el tema «ropa evento», vuelvo con Marina y Kaory y les doy la buena noticia de que ¡tenemos fontanero! Lo celebramos tanto que cualquiera que nos viera se preguntaría si nos ha tocado la lotería. Una hora después, aparece el fontanero.

Lo bueno es que Alfonso nos soluciona la papeleta. Volvemos a tener agua. Lo malo es que nos indica que aquella instalación necesita renovarse o volverá a pasar lo mismo.

Esa noche, cuando los niños duermen y Marina también, Kaory y yo miramos ropa por internet y encontramos un par de vestidos que me gustan y no son excesivamente caros. Cuando salimos a las nueve, nos tomamos un cafetito con churros y nos vamos de compras. El sábado quiero parecerle a Oliver bonita y elegante.

Capítulo 37

El sábado mientras me arreglo ante el espejo me tiembla todo de lo nerviosa que estoy. ¿Qué hago yendo a una galería de arte y posteriormente a una cena con inversores y coleccionistas? ¿Pero de qué voy a hablar con ellos?

No paro de preguntarme por qué tengo que ir a esa exposición y cena. ¿Acaso no puede ir Oliver solo? Pero sé que la respuesta es que antes iba con Vanessa y otras amigas y ahora ha de ir con su mujer. Esto es así.

Suena música por mi teléfono móvil. La canción *Eso*, de mi amado Alejandro, y cuando termino de cantar el estribillo, soy consciente de que, como dice la canción, en ocasiones hay gente que no consigues olvidar jamás, no importa el tiempo que eso dure. Y «eso» es lo que me va a pasar con Oliver. Lo sé.

Me miro en el espejo, y me piropeo y me gusto. Al final, va a ser cierto eso de que quien no tiene abuela se echa flores.

Pienso en mamá. Si ella me viera así vestida, estoy segura de que me echaría kilos y kilos de flores, y sonrío. Cuánto me gustaría que la vida me hubiera permitido disfrutar de mi madre cientos de momentos así, pero cada uno tiene un destino, y este es el que nos tocó. Pensando en ello siento que me estoy poniendo blandita y enseguida corto el temita. No es momento de sensiblerías.

Me he comprado en una de las tiendas de Zara un vestido midi de poliéster reciclado en color gris, el color favorito de Oliver, con cuello halter y, aunque está mal decirlo, me sienta de maravilla. También

me he comprado unas botas negras altas de tacón y llevaré el precioso abrigo largo y negro de cuero de Kaory. Ese abrigo siempre me gustó. Toni se lo regaló un año en Navidad y, aunque ya me lo ha dejado en otras ocasiones, esta es la primera vez que siento que lo puedo lucir.

Dudo si dejarme el pelo suelto o recogido y al final me decanto por lo segundo. Así soy más yo.

A las seis y veinticinco, ya estoy preparada para irme, pero antes paso a ver a Ágata. Quiero su veredicto.

—Cuando mi nieto te vea, se va a volver a enamorar de ti —murmura al verme. Oír eso me hace gracia. Si ella supiera. Ágata se levanta con agilidad. Coge el bastón que no necesita, y afirma—: Serás la más bonita de la velada.

Divertida, sonrío; necesito ese tipo de comentarios hacia mi persona esta noche para sentirme segura. En ese momento entra Mónica.

—El taxi ya está aquí. Pero, Yulsss, ¡qué preciosa estásssss! —exclama.

Encantada por ver la buena sensación que he ocasionado en ellas, asiento y, tras darles un par de besos, voy hacia la puerta. He de marcharme.

Con los nervios a flor de piel, voy en el taxi, y recuerdo que tengo que apuntar lo de mi presentación ante la prensa en mi cuaderno de sucesos. Estoy nerviosa y pienso en la prensa. No quiero que mi rostro salga en ningún lado. Lo último que deseo es que Vicente me localice y causarle problemas a Oliver. Y, creyéndome lista, decido que intentaré que la prensa no me capte.

Cuando enfilamos la calle Alcalá tengo las pulsaciones a mil, pues hay un buen atasco. Llegaré tarde. Cuando el taxi para ante la galería, son las siete y seis minutos y las pulsaciones se me disparan

a dos mil. No por llegar tarde, sino simplemente por llegar. Y cuando veo a Oliver en la entrada, justo al lado de la prensa, tan imponente con su traje oscuro, su camisa gris y su corbata, se me suben a cinco mil.

¡A que me da un infarto!

Oliver habla con la prensa. Contesta a lo que le estén preguntando y no me ve. Llevo sin coincidir con él desde el domingo y, aunque afirme lo contrario, me moría por verlo. Cosa tonta y absurda, pues seguro que él ni se ha acordado de mí.

Con toda la seguridad que puedo y subida a los tacones de mis botas negras, camino hacia él esperando que me diga que voy bonita y elegante, y es Rafa el primero que me ve. Me dedica una sonrisa que yo le devuelvo, y entonces Oliver, girándose, me mira. Su gesto es serio y profesional. Noto cómo su mirada me penetra y por fin camina hacia mí y me sonríe.

Uisss... ¡qué calor! Si me desplomo, por favor, por favor, por favor, que sea con todo el glamur del mundo.

Varios ojos nos observan. Los noto. Y él, acercándose a mí, me abraza y murmura en mi oído:

—Siete minutos tarde.

Aquel comentario me joroba. ¿En serio, con lo monísima que voy, es lo único que se le ocurre decir?

Acto seguido, me da un beso en los labios, que yo le devuelvo, y, tras cogerme de la mano, caminamos hacia el *photocall* sonriendo. Me entran los siete males. Los fotógrafos, al verme, centran todos sus objetivos en mí. Es imposible no darles un plano, como yo pretendía. Fotos por aquí. Señora Dávila por allá. Si giro la cara para que no se me vea, pondré en ridículo a Oliver, por lo que decido posar y sonreír. No hay otra.

Minutos después, tras pasar por el *photocall*, Oliver me dice que él ya ha atendido a los periodistas, así que, cogida de su mano, accedemos a la galería. Es la primera vez que entro en una y, curiosa, miro a mi alrededor.

Todo es luminoso, espacioso y blanco. Me doy cuenta de que acabo de descubrir un nuevo mundo. ¡Qué pasada de lugar!

Oliver me presenta a la fotógrafa que expone y que resulta ser una mujer encantadora. También me presenta a otras personas, tantas que soy incapaz de retener sus nombres, mientras yo sonrío e intento aparentar que estoy en mi salsa.

En la sala hay varios centros de flores, pero mis ojos acaban clavándose en los que tienen rosas amarillas. Verlas me revuelve el estómago. Cada vez que veo una rosa amarilla pienso en aquel al que no quiero recordar y el motivo por el que mi madre recibía estas flores.

—¿Te gustan? —pregunta Rafa.

Rápidamente dejo de mirar aquel centro y señalo otro que contiene rosas blancas.

—Esas me gustan. Las amarillas no —afirmo.

—Excelente gusto el tuyo —afirma Oliver, centrando el jarrón.

La siguiente media hora disfruto de la exposición junto con Oliver y Rafa, que no se separan de mí, y eso me da seguridad. Las imágenes de aquella fotógrafa son bonitas y diferentes y, aunque no soy una entendida, sí sé apreciar la excelencia.

Oliver, como me prometió, no me suelta de la mano y, cuando se tiene que alejar porque lo requieren otras personas, es Rafa el que no se separa de mí. Seguro que así lo han acordado.

Con curiosidad, observo cómo Oliver se mueve con seguridad y elegancia en su ambiente. Saluda. Sonríe. Habla. Gesticula. Todo lo

tiene muy estudiado. Está claro que es todo un profesional y, sobre todo, que está en su salsa.

Como pensé la primera vez que lo vi, es de esos a los que se mira, pero no se tocan, y me lo demuestra cada vez que una mujer pestañea frente a él con interés, y él corta la seducción de inmediato. Eso me hace sonreír.

—¿Cómo ha ido la semana? —pregunta Rafa.

Cojo una copa que me acerca un camarero en una bandeja. Le sonrío, agradecida.

—De lujo —le respondo a Rafa—, porque tu amiguito y yo no nos hemos visto ni un segundo. Por lo tanto, cero control y discusiones. ¡Un sueño!

Rafa sonríe.

—¿No tienes calor con eso puesto?

Niego con la cabeza. Tengo las manos frías y estoy destemplada a causa de los nervios. Pero sigo con el abrigo de cuero cerrado y atado con el cinturón.

—La verdad es que no.

Agarrada a su brazo, Rafa y yo caminamos por la galería.

—Quiero que sepas que Oliver está feliz porque su abuela, tras la boda, se está recuperando y eso me ha dicho que en gran parte te lo debe a ti —comenta Rafa.

Oír aquello me gusta. ¡Qué monooooooo que diga eso! Pero, consciente de que la abuela tiene un secretito malévolo que yo sé, me limito a encogerme de hombros. De improviso veo entrar a alguien.

—Uiss, pero si ha venido mi más mejor amiga —suelto.

Rafa se gira con rapidez hacia donde señala mi mirada.

—La diva divina.

—Diva o no, tu amigo sigue sintiendo algo por ella.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque me lo ha dicho, le regaló una vela francesa y siguen mensajeándose.

Rafa levanta las cejas sorprendido mientras me cago en mí misma por haber soltado lo de la puñetera vela. Me concentro en ella. La tía más tonta no puede ser, pero es guapísima. Alta, con unos ojazos azules que yo misma mataría por tener. Tiene un precioso pelo claro y posee ese magnetismo especial que hace que todo el mundo la mire embobado. Lleva un traje de chaqueta negro de lo más sexi y elegante y camina con increíble seguridad y sofisticación.

¿Tendrá algo que objetar hoy de mi precioso vestido?

Desde mi posición la observo saludar a unos y a otros, y de pronto se gira y veo que va derecha a Oliver, que le sonríe al verla.

Su sonrisa me molesta. ¿Pero qué esperaba si sigue sintiendo algo por ella?

Acalorada por lo que mi cuerpo experimenta por dentro al presenciar aquel reencuentro, sin cambiar mi gesto por si alguien me está observando, me doy la vuelta y señalo una de aquellas fotografías.

—Me llama mucho la atención el contraste entre la imagen y la emoción que transmite la fotografía en sí —comento.

—¿Entiendes de fotografía? —me pregunta Rafa con curiosidad.

Sin dudarlo niego con la cabeza.

—No. Pero estuve toda la mañana viendo comentarios de exposiciones de fotografía para saber qué podía decir y quedar como una entendida —le digo en voz baja.

Rafa comienza a reír. Yo lo hago también. Está visto que con él puedo ser yo.

—Dudo que regrese con ella —dice de repente, mirando a Oliver.

—No apuestes mucho dinero, por si acaso.

—Pero si esa tipa es insoportable.

—Lo será para ti. Para él parece que no —respondo al ver cómo la mira.

De nuevo los observamos. Hablan. Caminan por la exposición con armonía y elegancia.

—Más que caminar, esa diva parece que va levitando —murmuro algo celosa, incapaz de estar callada.

—Ya te digo —afirma Rafa—. Esa diva camina como si el universo fuera su alfombra roja.

—Es tan diva divina que probablemente se despierte cada mañana con banda sonora propia.

—Y tan creída que piensa que la Tierra gira alrededor de su agenda.

De nuevo nos volvemos a reír.

—Creída, diva y pesadita —enumera.

—Añádele también rancia —apostillo.

Entonces, por el rabillo del ojo, veo que Oliver se acerca a nosotros con ella. ¿En serio? Tomo aire. Me preparo para el impacto nuclear.

—Cariño, ha venido Vanessa —anuncia, cogiéndome de la cintura.

Sin perder mi sonrisa, hago un leve gesto con la cabeza.

—Hola, Vanessa —saluda Rafa sin moverse.

Ella se limita a asentir. Ni lo mira. Nos deja clara su educación y que quien le interesa soy yo.

—Un gusto volverte a ver, Vanessa —digo.

—Lo mismo digo —afirma.

¡Qué mentirosas somos las dos!

Ella sonríe. Yo lo hago también. Y, tras un incómodo momento en el que me mira como si yo fuera un gato que acaba de aprender a conducir, se dirige a Oliver.

—Amor, voy a saludar a unos amigos. Nos vemos en la cena.

¡¿Amor?! ¿Lo ha llamado «amor» delante de mí? ¡Será perra!

Cuando se va, miro a Oliver e, incapaz de callar, murmuro:

—¡¿Amorrrrr?!

Él mueve la cabeza. Sin que responda, sé que entiende mi comentario.

—Creída, diva, pesadita, rancia y yo añadiría víbora maleducada —suelto, mirando a Rafa.

—Te lo dije —se muestra de acuerdo él.

—¡Qué cosa más tonta de mujer! Qué encantada está de conocerse a sí misma —afirmo.

Oliver nos mira.

—Haced el favor de contener vuestros comentarios —nos reprende—. Recordad dónde estamos. No quiero que nadie os oiga y esto provoque un escándalo.

Rafa y yo nos miramos.

—¿Qué es eso de nos vemos en la cena? —pregunto.

—Es la acompañante de Román. Uno de los comensales.

—Joder, qué petarda —murmura Rafa.

Oliver y su amigo se miran. Yo sonrío.

—Mira qué bien, Oliver. Quizá tengáis un momento para hablar de vuestras cositas y poner en claro vuestros sentimientos —señalo sin querer mostrar mi incomodidad.

—Quizá —afirma él con gesto tosco.

Rafa resopla, y yo, que de repente parezco la nieta actriz de Altamira, miro la fotografía que tengo enfrente.

—Me encanta cómo la fotógrafa ha utilizado la luz como recurso compositivo para dirigir la mirada del espectador y jerarquizar la atención dentro de la imagen —recito como un loro resabiado.

Oliver me mira boquiabierto. Yo realmente no sé lo que he dicho, pero creo que mi comentario le ha sorprendido.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Yuls —afirma Rafa.

A las ocho y media, Rafa, Oliver y yo nos vamos de la exposición en el impresionante Bentley de Oliver para dirigirnos a la cena mientras intento aparentar normalidad, pero estoy que los nervios me comen.

Capítulo 38

Cuando llegamos al restaurante, allí están algunos de los inversionistas y coleccionistas de arte que he invitado, con sus parejas, y, encantado, les presento a mi mujer.

Yuls, con su bonita sonrisa, los saluda y, aunque no lo aparenta, yo sé que está nerviosa. Ya la voy conociendo. Escucha atentamente los comentarios que le hacen y con una soltura increíble les responde con facilidad.

Cuando se quita el abrigo que ha llevado puesto todo el tiempo en la galería, noto cómo mi cuerpo reacciona. El vestido gris que lleva con los hombros al aire le sienta de maravilla.

—Que sepas que estás muy bonita y elegante —la piropeo, incapaz de no hacerlo.

Noto que mis palabras la sorprenden. Lo veo en su rostro, aunque ella rápidamente se recompone y sonriendo me da un dulce beso en los labios.

—Gracias, cariño —susurra.

Divertidos por la complicidad que ante los demás no nos cuesta mostrar, al ir hacia la barra con ella para tomarnos algo, me fijo en cómo algunos de los inversionistas la observan y eso me pone sobre alerta. No quiero tonterías.

Quince minutos después han llegado todos los comensales. En total somos veinte. Nos pasan al comedor privado que he reservado cuando Yuls, al ver los cartelitos que hay sobre la mesa con los nombres, me mira.

—Prefiero sentarme en la silla de enfrente —propone.

Oír eso me descoloca. ¿Por qué no se quiere sentar a mi lado?

Y antes de que yo pueda hacer nada, mira a las mujeres e indica.

—¿Qué os parece si nos sentamos a cenar al lado del que no es nuestro acompañante?

Ellas asienten. La proposición de Yuls les encanta, Vanessa se coloca a mi lado.

—Pues yo me siento aquí. Contigo —dice.

¡No me jodassss!

Entre risas, las mujeres cambian sus asientos y, cuando veo que Yuls se sienta frente a mí, Óscar, uno de los coleccionistas, dice:

—Tranquilo, hombre. Solo se sienta enfrente de ti y junto a tu mejor amigo.

Todos sonríen y yo los imito. ¿Tanto se ha notado mi desconcierto? Y, aunque necesito una explicación de aquello, sé que no es el momento, así que ocupo mi silla y aparento tranquilidad. No queda otra.

Yuls tiene a su derecha a Rafa y a su izquierda a Alexander, mi amigo inspector de policía y coleccionista de arte, al que me consta cuánto le gustan las mujeres y que ha venido solo. Y, aunque en un principio estaba tranquilo, al ver cómo Alexander la monopoliza, mientras Yuls le sonríe y disfruta de su compañía, no puedo evitar una cierta inquietud. Está visto que no lo considera un rancio como a mí. Y eso me encabrona porque siento que estoy incumpliendo la cláusula uno, punto dos, al sentir ciertos celos.

¿Yo sintiendo celos?

Agobiado, me levanto a la barra. Necesito aire. No sé qué me pasa. Pero ver cómo otros miran o monopolizan a Yuls me produce ansiedad. El encargado de la cena viene a consultarme algo y, cuando este se aleja, Vanessa se acerca.

—Amor —murmura—, van a servir en la cena el vino francés ese que tanto nos gustó la otra vez que estuvimos aquí.

La miro. Creo que sobra que me llame «amor».

—Qué tal si evitas llamarme «amor» —le pido con disimulo—. Te recuerdo que estoy casado y a mi mujer le puede molestar.

Lo que acabo de decir no le hace gracia.

—Pero, amor... —repite.

—Vuelve a llamarme «amor» y te vas de la cena —sentencio.

Hace un gesto de asentimiento.

—Esa no es mujer para ti —dictamina—. No tiene clase ni elegancia y...

—Y tú —le corto— no eres nadie para criticarla.

Ella me mira y hace un mohín que ya no funciona conmigo.

—Tenemos que hablar —cuchichea en un hilillo de voz—. No podemos continuar así. Te echo de menos anímica y personalmente.

Reconozco que oír eso me alimenta el ego, pero indico:

—No tengo nada que decirte.

Pone morritos. Esos morritos que hasta hace poco me volvían loco.

—¿No me echas de menos? —se empecina.

Oigo una carcajada. Son Rafa, Alexander y Yuls. Los tres ríen divertidos.

—No —respondo, tajante, al tiempo que observo a mi mujer.

—Es imposible que digas la verdad.

—¿Por qué es imposible?

—Porque soy una mujer que siempre deja huella y sé cuánto te gusto.

Aquella respuesta me hace sonreír. Como dijo Yuls, Vanessa está encantada de conocerse a sí misma.

—Pues ya ves que no. Ni lo uno ni lo otro —concluyo.

Desde mi posición, observo a Yuls. Aunque me jorobe admitirlo, solo tengo ojos para ella.

—¿Dónde has encontrado a una mujer así? —vuelve Vanessa a la carga. Giro la cabeza hacia ella, que suelta con voz despectiva—: El otro día llevaba unos *jeans* del mercadillo. Y, hoy, ni cincuenta euros le habrá costado ese vestiducho que lleva. Y, por lo que veo, tampoco lleva ni una sola joya. ¡Es indignante, Oliver! Cualquiera, para una ocasión como esta, se molestaría en consultar el *dress code*. Aunque, claro, eso requiere saber que existe.

Molesto por aquel comentario tan feo, la miro. Si hay algo de Yuls que me ha sorprendido y me gusta es que le da la importancia justa al dinero y a la ropa. No como Vanessa, que es todo lo contrario en ambas cosas.

—De dónde he sacado a mi mujer y como ella vista no te importa —replico—. Y permíteme una observación. Ella no necesita gastarse una fortuna para estar preciosa porque ya lo es. Y no lleva joyas porque ella es la joya.

Por favor, ¡qué cursi lo que he dicho! Menos mal que solo me ha oído Vanessa.

—Pero...

—Vanessa —la interrumpo sin entender mis cursiladas—. Me estás calentando, y no de la forma que tú deseas. Por lo tanto, qué tal si te comportas, le prestas atención al hombre con el que has venido y me dejas en paz.

Me mira con los ojos muy abiertos. Creo que mi defensa de Yuls la tiene totalmente desconcertada.

—Llámame. Sigo esperando tu llamada... —susurra.

—Vale.

¿¡Vale!?

¿Por qué he dicho eso si no tengo la más mínima intención de hacerlo?

Y, sin más, me dirijo hacia la mesa.

De nuevo en mi sitio, aunque intento prestar atención a otras conversaciones, reconozco que solo me interesa la que tienen los que están frente a mí, aunque no logro pillarles.

Alexander, en un momento dado, me mira y afirma ante todos:

—Te voy a decir una cosa que pensé que nunca te diría. Y es que ¡te envidio por la mujer que tienes a tu lado! ¿Quién te la presentó?

Miro a Yuls, que bebe vino. Con gesto divertido, me sonríe, me guiña un ojo y cuando voy a hablar Rafa interviene:

—Se la presenté yo. Pero, para mi desgracia, lo prefirió a él.

Varios de la mesa se ríen por aquello y ahora soy yo el que bebe vino.

—Me casé con Oliver, pero tú eres mi preferido y lo sabes, tontorrónnnn —dice Yuls, apoyando la cabeza en el hombro de Rafa.

De nuevo todos vuelven a sonreír. ¿Preferido? ¿Qué significa eso?

—La semana pasada estuve navegando en el catamarán de Jacobo y Paulina López de Ayala por aguas griegas y fue maravilloso —rompe Vanessa la situación.

Se abre la veda para hablar de barcos y navegación. Mientras lo hacen, miro a Yuls. Permanece callada, observando. Eso me hace entender que es de las que callan cuando no entienden de algo.

—Y tú, querida, ¿sueles navegar? —le pregunta entonces Vanessa.

¡La madre que la parió!

¿Por qué le pregunta aquello? ¿Intenta menospreciarla?

—Yo navego todos los días por internet —responde Yuls con toda naturalidad. Casi todos nos reímos. Y yo el primero. Las salidas de Yuls cada vez me gustan más, y sobre todo cuando añade—: Nunca he navegado en un barco, peroooo —y aquí me mira con

complicidad— estoy convencida de que mi guapo marido eso lo va a remediar.

—Eso no lo dudes, cariño —afirmo, complacido, al escucharla.

De nuevo la conversación se retoma y en esta ocasión Yuls sí es participativa. Hablamos de unas noticias que han salido en televisión sobre ciertas leyes que se van a cambiar con respecto a la educación.

—¿Puedo preguntarte algo, Yuls? —vuelve a interrumpir Vanessa.

—¡Inténtalo! —suelta ella con su sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevabais saliendo antes de casaros?

Escuchar aquella pregunta de la boca de Vanessa me hace saber lo rabiosa que está.

—El tiempo suficiente como para saber que éramos el uno para el otro —responde Yuls, levantándose.

—Ohhhh, ¡qué romántico! —murmura Rosa, una de las coleccionistas, que oigo que le pregunta—: ¿Vas al baño? —Yuls asiente, y esta, levantándose, cuchichea—: ¡Voy contigo, querida!

Yuls sonríe. Y cuando las dos se alejan, miro a Vanessa.

—Ya te respondió mi mujer —le digo.

Vanessa asiente. Sonríe y no dice más mientras todos charlamos y hablamos de la exposición.

Los camareros comienzan a servir la cena. Ponen una ensalada para cada uno y cuando voy a comenzar a comerla, Yuls, que regresa del baño, se detiene a mi lado y poniendo sus manos en mis hombros murmura:

—Espera un momento, cielo.

La miro. ¿Qué querrá?

Esta, con tranquilidad, coge mi tenedor y pincha dos tomatitos cherri.

—Como no te van mucho, me los como yo —dice.

Entre incrédulo y encantado, la miro. ¿Cómo sabe eso?

—Vaya con tu mujercita —ríe Román—. Sí que te cuida.

—Aprovecha ahora, que algún día dejará de hacerlo —afirma Jesús, ganándose un cómico empujón de Rosa, su mujer, al pasar por su lado.

Encantado por aquel detalle que afianza nuestra historia ante todos, la acerco a mí y le doy un beso en los labios.

—Eres única, cariño —murmuro.

—Lo sé. Por eso te casaste conmigo.

Yuls sonríe, me guiña un ojo y regresa a su asiento. Sé que lo que mostramos ante todos es mentira. Es una farsa, pero me gusta. Me gusta mucho.

La cena es amena. En otras cenas compartidas con Vanessa, en calidad de amigos, las conversaciones se centraban en los negocios y, por supuesto, su belleza. Pero en esta no solo reina el buen humor, sino que Yuls se encarga de que el resto de las mujeres que hay en la mesa se sientan incluidas. Esto me demuestra que tiene una excelente habilidad social.

Acabada la cena, nos levantamos de la mesa y pedimos unas copas. El lugar en donde estamos es un excelente sitio para ello. Me percato de que Alexander no se separa de Yuls, así que me acerco a ellos, la cojo por la cintura y ahora soy yo el que no se separa de ellos.

Alexander se fija en mi movimiento. Él, como yo, entiende perfectamente mi marcaje y, cuando se aleja hacia la barra sonriendo, Yuls me mira.

—¿Todo bien? —pregunta.

Sonrío y, acercándome a su oído, murmuro:

—Todo bajo control, menos tú.

Me mira. Sonríe. Intento que mi acción y mis palabras le dejen claras muchas cosas.

—Vanessa está sola a tu izquierda. Ve. Aprovecha para hablar con ella —me suelta de improviso.

No me muevo. No quiero acercarme a ella. Quiero que entienda mi forma de actuar.

—Estoy bien aquí —le digo tras darle un dulce beso en los labios. Yuls parpadea. Veo que se toca la cabeza y aclaro—: Ya he hablado con Vanessa.

—¿Y?

Cuando voy a responder, se acercan a nosotros Rosa y Jesús, y no podemos seguir.

Durante un buen rato disfruto de una sensación nueva. Y es la de tener a una mujer que me complementa entre mis brazos mientras reímos con complicidad y bromeamos con otras personas.

Con Yuls, no sé por qué, las cosas son sorprendentemente fáciles, íntimas y familiares, pero me encanta. Disfruto del hecho de estar con ella y sentir que todo encaja. Y, la verdad, lo disfruto más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Un buen rato después, cuando los invitados comienzan a marcharse y quedo con ellos en vernos en mi despacho para hablar de la exposición y de negocios, al levantarme de una mesa veo a Vanessa junto con Yuls. Están hablando. Ambas sonríen. Me acerco a ellas.

—¿Todo bien por aquí? —pregunto, cogiendo a Yuls por la cintura.

Vanessa me mira. Pasea su ardiente mirada sobre mí.

—Sí, amor. Ya le he dicho a tu mujer que debería interesarse por la moda y cambiar su vestuario cada temporada. Le he dado mi teléfono para que me llame cuando me necesite —responde, y luego se aleja.

Sus palabras me incomodan. ¿Pero Vanessa quién se cree que es?

—La va a llamar su pu...

—Yuls... —le corto, intuyendo la burrada que va a decir.

Me mira. La miro. No tiene buena cara.

—Me mata la migraña —admite, tocándose la cabeza. Eso me sorprende. No sabía que tuviera esa dolencia—. Ya me ha dicho tu amorcito que estás deseando perderme de vista —dice.

—¿Cómo?

—Mira, Oliver, si deseas irte esta noche con ella a su casa, vete.

—¿Pero qué dices?

Yuls, representando perfectamente su papel de mujercita enamorada, me da un abrazo, que lo siento frío y distante.

—Cuando salgamos de aquí, puedo coger un taxi y tú puedes... —susurra, acercando su boca a la mía.

—¿Cuánto te duele la cabeza?

—Del uno al diez. ¡Quince! —Asiento. Eso me preocupa—. Necesito llegar a tu casa y tomarme mi medicación. Por eso te digo que te vayas con ella. Yo cogeré un taxi y nadie se dará cuenta.

Apurado y obviando aquel comentario, cojo el abrigo de Yuls. La ayudo a ponérselo y, tras despedirnos de Rafa y un par más que quedan allí, nos encaminamos hacia mi coche, donde hago que cierre los ojos para que se relaje, y conduzco. Necesitamos llegar a casa.

Capítulo 39

Cuando entramos en casa, la migraña me está matando a un nivel que ni hablo ni quiero que me hablen. Es la una y dieciocho minutos.

Oliver me mira. Creo que está sorprendido por verme tan callada. Pero sí, cuando tengo una migraña como ahora me deja fuera de combate. Tanto que dejo de ser yo.

Subo las escaleras y cuando entramos en la habitación, sin pensar en él, me dirijo hacia mi puerta.

—Que descanses, Oliver.

Una vez que entro y cierro la puerta voy hasta la maleta. La abro. Saco mi cuaderno de sucesos. Apunto que la prensa me hizo fotografías. Luego saco el neceser con las medicinas que necesito y, tras tomarme lo que la doctora me recetó, coloco la maleta ante la puerta. Sin quitarme el abrigo ni las botas, me tumbo en la cama, y dejando la luz del baño encendida, pues no tengo fuerzas ni para ir a apagarla, cierro los ojos e intento relajarme.

No sé cuánto tiempo pasa.

—Yuls... —oigo.

Abro los ojos. Miro al techo.

—Yuls... —vuelvo a oír.

Es la voz de Oliver. Me siento en la cama, miro mi reloj y veo que son las tres y tres minutos y, por suerte para mí, el dolor de cabeza ha disminuido tanto que sonrío.

Me incorporo, voy hasta la puerta y, quitando la maleta, la abro. Oliver está ahí. Va vestido con su pantalón de pijama negro y su

camiseta de tirantes.

—¿Qué haces vestida todavía? —murmura.

—Es que me tomé la medicación nada más llegar y me dormí.

—Vamos. Ve al baño y cámbiate de ropa.

Sin ganas de discutir y, medio adormilada, hago lo que me pide, y cuando salgo con mi camiseta de dormir puesta, él sigue sin traspasar la puerta.

—¿Te encuentras mejor? —se interesa.

—Sí, patatita.

—Indiscutiblemente, estás mejor.

Los dos sonreímos. Él se apoya en el quicio de la puerta.

—¿Desde cuándo sufres migrañas? —quiere saber.

—Desde siempre. Cuando estoy tensa o nerviosa, el dolor se vuelve insoportable.

—¿Crees que tus nervios por el evento han sido la causa?

—Posiblemente —afirmo, obviando hablar de la diva.

—Lo siento.

—Tranquilo. No pasa nada.

Nos quedamos callados un instante.

—También siento haberte despertado —se disculpa, retirándome el pelo del rostro—, pero necesitaba saber que estabas mejor. Me quedé muy preocupado.

Oír aquello me resulta fascinante y sin pensármelo lo abrazo.

—Gracias por preocuparte por mí —susurro—. Eres un encanto.

En un principio soy yo quien lo abraza, hasta que de pronto noto sus brazos alrededor de mí. Cierro los ojos. Aquel abrazo tan emotivo es especial, porque me hace sentir en casa.

—Cuidado, señor Dávila, no vaya a incumplir la cláusula uno, punto uno.

Él, sin soltarme, me mira. Nos miramos. Ambos sabemos que me refiero a la cláusula «Prohibido enamorarse».

—¿Me denunciarías si eso ocurriera? —No sé por qué me río y no sé por qué él se ríe. Si supiera que yo me estoy enamorando, la denunciada sería yo; él entonces, apartándose de mí, suelta—: Tranquila. Esa cláusula, por mi parte, nunca se incumplirá.

—¡Ni por la mía! —soy capaz de balbucear.

Tras un incómodo silencio en el que me regaño a mí misma por haberlo abrazado y haber comentado aquello, cambia de tema:

—La habitación ha quedado muy fresca y alegre.

Lo sé. Ha quedado preciosa.

—Es muy *Mamma Mia!* A veces, cuando me despierto, tengo la sensación de que en cualquier momento va a aparecer Meryl Streep cantando *Dancing Queen*. —Oliver me mira. Intuyo que no entiende lo que acabo de decir, y aclaro—: Ha quedado muy mediterránea.

—Qué te parece si dejamos de estar de pie en el medio de dos habitaciones y te vienes a la mía para charlar —propone. Aquella invitación me hace levantar una ceja, y él se apresura a matizar—: Te lo digo como persona preocupada por que te encuentres bien. No pienses otra cosa, porque no va por ahí el tema.

Con ganas de estar con él, salgo de mi habitación para entrar en la suya. Se me ha quitado el sueño. Sin pensármelo, me siento en la cama. Él se sienta a mi lado.

—¿Crees que mi atuendo era el acertado para la noche de hoy? —pregunto; necesito saberlo.

—Sí.

—Pero sí de sí o sí de era mejorable.

—¿A qué viene esa pregunta?

Suspiro. Resoplo. Y sin querer ocultarle algo así, porque la tía me ha parecido insufrible, le explico:

—Vanessa me volvió a recordar algo que ya me dijo el día que me conoció. Estar contigo significa prestigio, credibilidad y honor, entre otras cosas, y me recomendó que para un próximo evento le consultase a ella. Al parecer, mi vestido consiguió la hazaña de dejarte en evidencia ante tus invitados.

—¡¿Qué?!

—Yo, ingenua de mí, pensaba que iba monísima, y resulta que fui la nota discordante de la cena.

Oliver mueve la cabeza.

—Prestigio, credibilidad y honor son sustantivos que a Vanessa le he oído cientos de veces y...

—Me callé para no decirle por dónde se podía meter sus sustantivos —me mofo.

Oliver mueve la cabeza al entenderme, pero sonríe.

—Ni caso a lo que Vanessa te ha dicho. Estabas perfecta. Te pedí que fueras bonita y elegante y así fuiste. Y, si no, que se lo pregunten a Alexander.

Eso me hace sonreír. Miro su boca. Uisss... ¡qué tentación!

Me excita pensar que se ha dado cuenta de cómo Alexander, aunque no me tiraba la caña, estaba pendiente de mí.

—¿Puedo preguntarte algo y serás sincera?

—Inténtalo.

—¿Por qué no te has querido sentar a mi lado en la cena? —me suelta.

Vale. Ha cambiado de tema. Sabía que esa pregunta tenía que llegar.

—Yo nunca me siento de espaldas a una puerta —respondo con la mayor sinceridad que puedo.

Él parpadea.

—¿Y eso por qué?

Aquí ya no soy ni tan rápida ni tan sincera.

—Por temas personales que no vienen a cuento. —Me mira. Lo miro. E incapaz de no darle una breve explicación, digo—: Sé que mis respuestas no son las que esperas, pero en poco más de dos meses nos vamos a divorciar y no soy de contar las miserias de mi vida privada a nadie.

—A mí puedes —insiste.

Sonrío. Qué mono es. ¿A que lo beso? Pero me contengo.

—Como dice la canción del amor de mi vida con Shakira, te lo agradezco, pero no.

Oliver asiente. Me gustaría saber qué es lo que piensa.

—¿Qué te ha parecido la exposición?

—Increíble. —Y, recordando un comentario que memoricé cuando cotilleaba el tema de exposiciones de fotografía, añado—: Hubo una fotografía que me resultó especialmente interesante por la forma en que la fotógrafa articuló la iluminación como un elenco estructurante de la composición. El tratamiento lumínico no solo definía la atmósfera de la imagen, sino que modelaba los volúmenes de una manera perfecta e increíble. —Oliver me mira boquiabierto, y ante su expresión, yo admito—: No tengo ni idea de fotografía. Es más, no sé ni qué acabo de decir. Pero, antes de ir a la exposición, cotilleé unos cuantos foros de fotografía en internet y me aprendí algunas frases con pinta de inteligentes por si alguien me preguntaba. No quería hacerte quedar mal ni que la gente pensara que tu mujer era una ignorante.

Pasmado, se quita las gafas y las deja sobre la mesilla. Vaya... sí que se ha sorprendido.

—¿Tú has hecho eso por mí?

—Claro que sí. Aunque reconozco que memorizar palabras como tratamiento lumínico o jerarquía visual no fue fácil.

Me mira. Uisss, cómo me mira. Está claro que lo acabo de sorprender.

—Eres increíble, Yuls Pérez Brusei —murmura.

—Con Yuls Pérez... vale —matizo.

El corazón se me agita y yo con él. Que me diga algo bonito me pone tonta. Pero, claro, ¿cómo no ponerme tonta con las pocas cosas bonitas que me dice?

Y dejándome llevar por el momento, para no besarlo, coloco mi mano sobre su cabeza y le revuelvo el pelo.

—Tú también eres increíble —afirmo.

Ambos reímos por aquello. Cuando lo hacemos siento que estamos en ese punto en el que Oliver simplemente es un hombre más.

—Entonces, ¿lo has pasado bien a pesar de la migraña? —se interesa.

—Reconozco que sí. Por suerte, esa archienemiga mía apareció a última hora. Y la verdad, nunca había estado en una exposición, y la experiencia me ha encantado. Es más. Yo, que iba tensa por tener que hablar con inversores y coleccionistas, he quedado encantada con ellos. Especialmente con Rosa.

—¿La coleccionista de Vigo?

—Sí —afirmo—. Es increíble esa mujer. De hecho, nos ha invitado un fin de semana a una casita rural que tiene en un pueblecito de Vigo. Dice que es ideal para unos recién casados.

Oliver sonríe, pero no dice nada. Está claro que no es ideal para nosotros.

—Si te ha gustado la exposición, organizo exposiciones quincenales en las galerías que tengo por España y mensuales en la de Londres. Puedes visitarlas cuando quieras.

—Lo haré.

Por Dios, cómo me gusta este hombre al que de entrada llamé «misil», «controlador», «patatita», «rancio», etc., etc., etc. Y ahora que siento cómo lo miro descontrolada tengo otro nombre para él, porque sin duda se está convirtiendo en mi puñetero desestabilizador emocional.

Oliver me observa con curiosidad y juguetea con un mechón de mi cabello.

—¿Eres pelirroja natural? —quiere saber.

—Podría mentirte y decirte que sí, porque mi pelo tira a rojizo, pero no. Soy pelirroja de bote. Eso sí, de bote prémium, por si te pregunta la rancia de tu amiguita Vanessa.

Sonríe, y veo que se fija en mi frente. Estoy convencida de que está mirando la cicatriz que tengo. Eso me hace entender que el flequillo se me ha movido, así que giro un poco la cabeza para ocultarla.

—¿Qué tal con Vanessa? —trato de desviar el tema.

—Lo mismo de siempre. ¿Y tú con mi amigo Alexander?

—Simpatiquísimo. Un crac de tío. —Percibo que mi definición de Alexander le incomoda, así que digo—: ¿Puedo ser sincera contigo? Y, por favor, ¡no te enfades!

—Puedes —asevera.

—¿Cómo te puede gustar una mujer tan de mentira?

—¿Tan de mentira?

Asiento. Tengo claro lo que he vivido con ella esa noche.

—Lamento lo que voy a decir, porque para ti esa mujer es única y especial. Pero Vanessa está tan ocupada admirándose a sí misma que se olvida de que el mundo existe. Es tremendamente guapa, eso no lo voy a negar. Pero, sinceramente, Oliver, toda su belleza se va por el retrete cuando abre la boca y ves lo diva y clasista que es. Como buena egoísta, solo espera admiración y atención por parte de

todos, olvidándose de algo muy importante como es el respeto, la empatía y la educación. —Oliver me mira. Uissss, cómo me mira. Me importa tres pepinos si le molesta lo que digo de la que posiblemente terminará siendo su mujer—. Llamarte «amor» delante de la que es tu mujer es algo de muy mal gusto y me hace saber la clase de víbora que es —apostillo. Oliver suelta una carcajada, pero no dice nada y yo continúo—: Se ha pasado toda la noche lanzándome pullitas delante de todos.

—Lo sé.

—Buscaba dejarme continuamente con el culo al aire y hacer ver que yo no estoy a tu nivel.

Oliver sonríe. Intuyo que entiende lo que digo.

—Pues hablando de eso, he de darte la enhorabuena porque te has defendido muy bien —reconoce—. Y lo de navegar por internet ¡ha sido colosal!

Soltamos una carcajada.

—Ella sabe tan bien como nosotros que lo nuestro es falso y...

—Y está molesta, celosa y enfadada —me corta.

No le quito la razón.

—No soporta verte conmigo —prosigo—. Y que conste que el día del partido de fútbol con tus amigos, en cuanto pudo, me enseñó la vela aromática francesa, y yo por discreción me callé que antes me la ofreciste a mí.

—Se la llevé simplemente porque sé que esa marca de velas le gusta —explica—. No por lo que ella pudo hacerte creer. Pero está claro que ha sido la última vez que tengo un bonito detalle con ella. —Uisss, saber eso ¡me encanta!—. Lo del vestido ya me lo has contado, ¿qué más te ha dicho?

Sentándome como un indio sobre su cama, me recuesto sobre los almohadones y elevo la mirada hacia aquel soso techo.

—Cuando estabas conversando con Rosa, se ha acercado a mí y me ha dicho que quería hablar conmigo. Nos hemos retirado, y entonces me ha soltado que no ves el momento de que nuestro contrato se acabe para retomar lo que teníais. También añadió que últimamente habláis todos los días por teléfono y...

—Todo eso es mentira —me corta demasiado rápido.

Nos quedamos en silencio un segundo.

—A ver, Oliver, si tú quieres verla o hablar con ella, estás en todo tu derecho. A nosotros solo nos une un...

—Necesito confesarte algo —me corta.

—Tú dirás.

—Esta noche he incumplido la cláusula uno, punto dos.

Repaso mentalmente las cláusulas con rapidez y, al darme cuenta de cuál es, no puedo ocultar mi sorpresa.

—¿Has sentido celos?

Oliver, sin dudarlo, asiente. Ostras... Le está pasando como a mí.

—¿Me denunciarías si te beso? —susurra, acercando su rostro al mío.

—Lo haré si no lo haces —afirmo, deseosa de que lo haga.

Con cuidado de no aplastarme, se tumba sobre mí mientras nuestras bocas se encuentran con rapidez y nuestros cuerpos se fusionan. Siento que aquella intimidad se ha vuelto una necesidad imperiosa para mí, pero no quería ser yo quien lo pidiera. No soy su tipo, aunque él a mí me encanta. Y no entiendo los celos que ha sentido esta noche.

—Lo siento, Yuls. No debería... —se interrumpe de repente.

Incorporándome, lo beso yo. No quiero que diga nada. No quiero que se disculpe por nada. Solo quiero que me bese hasta que los labios se me caigan por la lujuria.

—Saca de la ecuación a Vanessa, porque solo me importas tú —susurra cuando nos separamos para tomar aire.

Uissss, madreeeeeee, qué fineza para decir que le gusto.

—Sentí celos de Alexander. Y cada vez que pienso que esto tiene fecha de caducidad me agobio mucho porque no quiero que esto que tenemos se acabe. —Espera... espera... espera... ¿he oído bien? —. Sé que no soy tu tipo, pero...

¡A la mierda mis pensamientos y mi prudencia!

Y, sin pensármelo, lo beso sin darle tiempo a reaccionar.

Lo acerco a mi cuerpo para comérmelo. Necesito ese beso como quien necesita aire para atreverse a decir lo evidente. Y cuando por fin tengo valor y me separo, lo miro a los ojos y suelto:

—Me encanta sacar a esa diva de la ecuación, y que sepas que yo también incumplí la cláusula uno, punto dos, cuando sentí celos de ella.

Su expresión cuando oye aquello puedo asegurar y aseguro que es de máxima sorpresa absoluta. De esas expresiones que deberían archivarse directamente en la carpeta de «fenómenos sin explicación». Aunque, claro, también habría que archivar mi expresión cuando él me lo ha dicho a mí.

Instintivamente los dos nos separamos, como si nuestros cuerpos hubieran activado un protocolo de emergencia.

¿Pero qué estamos haciendo?

Dejamos de tocarnos. De estar tan cerca el uno del otro.

—Mira, Oliver, esto es una locura —digo, levantándome de la cama.

—Totalmente un despropósito.

—Esta noche de nuevo hemos vuelto a beber vino —observo—. Y está claro que beber vino juntos no es buena combinación. Así que es mejor que lo dejemos aquí y que nos olvidemos de lo que hemos

hecho y dicho, porque, al final, con la mala suerte que tengo, saldré mal parada. Y en cuanto a Vanessa, es tu problema. No el mío.

Oliver asiente. Sorprendentemente está de acuerdo conmigo. Y, tras una última miradita que me hace ver que no me quita ojo, salgo de su habitación para entrar en la mía y cierro la puerta con más decisión de la que siento mientras miro la ventana y pienso: ¿y si me tiro por ahí?

Capítulo 40

El domingo es una tortura.

Ver a Yuls por la casa y no poder hablar con ella de lo sucedido la noche anterior sobre mi cama se me hace insufrible, pero, realmente, ¿qué le digo? ¿Cómo enfoco lo que nos dijimos? ¿Cómo le hago entender que es ella y no Vanessa la que me está volviendo loco? Y que, aunque dije que no era mi tipo, es la mujer que deseo en mi vida. Al final, opto por encerrarme en mi despacho a trabajar todo el día. Eso sí, escuchando la música del tal Alejandro. ¡Qué bueno es!

El lunes, tras una cena de trabajo, cuando llegué a casa era tan tarde que Yuls creo que ya dormía. Digo «creo» porque, como siempre, por la rendija de la puerta de su habitación salía una pequeña luz. Me acerqué a su puerta y dudé si llamar o no. Pero, al final, desistí. Es mejor dejar las cosas como están. Aunque me gustaría que me explicara eso que dijo de la mala suerte que tiene.

El martes cuando regresé por la noche, tras una cena con un coleccionista irlandés, Yuls estaba sola en el sofá del salón viendo una película y tecleando en su teléfono móvil. Chateaba con alguien y, por su gesto, muy feliz no estaba. Sé que ella me vio llegar, como yo la vi a ella, pero ninguno hizo ademán de saludar. Por lo que, tras pasar por mi despacho, subí a la habitación, donde me duché, y después me acosté. Esa noche cuando ella entró en la habitación de puntillas para ir a la suya, aunque me moría por levantarme y abrazarla para hablar con ella, me hice el dormido. Era lo mejor.

El miércoles cuando bajé al *parking* de la oficina para recoger mi coche, me sorprendí al encontrármelo con una rueda desinflada. Llamé a asistencia en carretera y tan pronto me lo arreglaron me indicaron que la rueda había sido pinchada con una navaja. Eso me sorprendió, pero decidí no darle mayor importancia.

Zorba y Drako me saludaron al llegar a casa, y contentos por verme me llevaron hasta el jardín. Querían que les tirara la pelota, pero entonces miré hacia la ventana de Yuls y la vi asomada a ella.

Estaba mirando hacia las estrellas y sonreía como si ellas y el cielo le contaran algo que solo ella podía entender. Tenía un cigarrillo en las manos, pero sinceramente eso fue lo que menos me importó. Semioculto donde estaba, la observé en silencio. Recuerdo que me comentó que su madre le hablaba de las estrellas. ¿Por eso le gusta tanto mirarlas?

Yuls es una mujer que, en teoría, nada tiene que ver conmigo, pero que, en la práctica, ha conseguido algo peligroso, y es que yo sonría solo con pensar en ella con cara de tonto, la tenga siempre en mi mente y escuche la música de su amado Sanz.

Durante un buen rato me limité a observarla, consciente de que ella solo tenía ojos para las estrellas, hasta que acabó el cigarrillo y desapareció en el interior de la habitación. Y yo, tras tirarles la pelota a mis perros, me fui a dormir, sin poder olvidar que no me separaba de ella más que una puerta y la aceptación de mis sentimientos.

El jueves por la mañana, tras una llamada de José Luis, fui a su casa. Lo encuentro con mejor color de cara y un ánimo estupendo, y feliz por ello lo llevo al aeropuerto, donde coge un vuelo a Mallorca. Va a disfrutar del verano con su familia.

Por la tarde, regreso a casa más pronto de lo normal. Lo hago para ver a Yuls. Para estar con ella. Deseo su beso y su contacto, y

sé que lo tendré, pues está mi abuela y ante ella nos solemos besar.

—Buenas noches, abuela —saludo, entrando en el salón.

—Hola, mi vida. Qué bien que hoy has llegado pronto.

Ver a mi abuela moverse por la estancia con seguridad sin el bastón me emociona. Su piel ya no es blanquecina. Ya no tiene ojeras. La fatiguita ha desaparecido y su respiración se ha normalizado. Aquello es una excelente noticia para ella, y egoístamente para mí. La necesito en mi vida.

Con mimo me acerco a darle un beso.

—¿Dónde está Yuls? —pregunto.

—Poniéndose guapa.

Me sorprendo. ¿Cómo que poniéndose guapa?

Pero no quiero que ella se dé cuenta de mi sorpresa, pues, supuestamente, como su marido, he de saber adónde va.

—Larita viene ahora a buscarla y se van juntas al concierto —me ilustra mi abuela.

¿Que se va de concierto con mi hermana? ¡No me jodasssss!

En ese instante oigo la puerta de la entrada, que se cierra.

—Abuuuuu... Abuuuu... Abuuuuu... Socorrooooooo, ¿dónde estás, mi reinaaaaaa? —exclama mi hermana.

Mi abuela sonríe. Yo no tanto. Y al verla entrar en el salón, vestida de cuero negro, voy a saludarla.

—Pero, gordiiiii, ¡si estás aquí! —se sorprende ella. Muevo la cabeza. Estoy a punto de decirle que estoy en mi casa cuando suelta —: ¡Qué bien! Así te puedes venir con nosotras.

¡Ni loco!

Yo con mi hermana no me voy de concierto así me maten, que me la conozco.

—¡Qué excelente idea! —la secunda mi abuela.

Sonrío y, tras darle un beso a mi hermana, rechazo la propuesta:

—Tengo muchas cosas que organizar. Imposible.

—Pero, gordiiiiiiiii, que va a ser muy divertido.

—Que no, Lara.

—¡Gordiiiiiii!

—¡Que no!

—Eres un viejoven, ¡qué pena me das! Si por ti fuera, utilizarías los sábados para ordenar el cajón de los calcetines.

Oír aquello me jode vivo. Me encabrona que mi hermana, con toda la mala baba, me suelte que soy un «viejoven», como si fuera lo más normal del mundo.

—Oliver, mi vida. Quítate el traje y la corbata y vete con tu mujer y tu hermana. Te vendrá bien salir de tu zona de confort.

—Que no, abuela —replico.

Mi hermana se acerca.

—Déjalo, abu —musita, agarrándome por la corbata—. Este no sabe divertirse si no hay una reunión de por medio o una hoja de Excel.

Aquel comentario me joroba. Claro que sé divertirme. Por supuesto que sé hacer otras cosas, además de trabajar. Lo que no quiero es irme con Lara y sus amigotes, pero cuando voy a contestar, aparece Yuls en el salón.

Va vestida con unos pantalones vaqueros, las botas altas y una cazadora de cuero negra. ¿Pero adónde va tan guapa?

Con la misma sorpresa que yo la miro, ella me mira. Llevamos toda la semana evitándonos. Y, como siempre, ella reacciona antes. Se acerca y me da un rápido beso en los labios.

—¡Hola, cielo! —saluda.

Gustoso, disfruto del rápido beso y del acercamiento que he ido a buscar. Lo necesitaba.

—Cuñiiii... pero qué guapaaaaa —exclama mi hermana, mirándola.

—Gracias. ¡Tú también estás divina!

—Cuando Braulio te vea se le va a caer la baba... ¡nena!

Se ríen y yo no veo la gracia.

¿Quién es Braulio y qué día se lo presentó?

Yuls y mi hermana hablan con la abuela. Por lo que pillo, hablan de un concierto que Yuls me apuntó en el cuaderno, pero, algo molesto, agarro a mi mujer por la cintura.

—¿Quién es Braulio, cariño? —le pregunto, acercándola a mí.

Yuls me mira mientras mi hermana dice:

—Braulio es el batería del grupo de mi novio. Un enorme andaluz de dos metros con el que tendría un rollito de lo más caliente y sexual si no estuviera coladita hasta las raíces por Piero.

—Larita, por favorrrrr —musita mi abuela—. No hace falta que seas tan explícita.

—Abu, si lo vieras, ¡pensarías igual!

—Al final, voy a tener que ir yo al concierto —ríe mi abuela.

Las tres se ríen, y yo las miro. No sé dónde le ven la gracia a aquello.

—El caso es que, el día que le presenté a Yuls —sigue ilustrándome mi hermana—, Braulio se quedó tan prendado que si hubiera movido el rabito, habría habido que sacarlo a pasear.

—Laraaaaa —ríe Yuls.

¡Será gilipollas el tal Braulio! Y seré gilipollas yo, que de nuevo vuelvo a sentir celos e incumplo el contrato.

—Tampoco fue para tanto, mujerrrr —matiza Yuls.

—Uisss, que no, cuñiiii. Si solo tenía ojitos para ti. De hecho, siempre que me ve ¡me pregunta por su nena! Y ni te cuento lo feliz que lo harás cuando te vea hoy aparecer.

Me estoy encabronando. ¿Ojitos solo para ella? ¿Por qué tiene que preguntar ese tipo por mi mujer? ¿Y por qué mi hermana tiene que

contar eso como una gracia?

Pero sin perder mi sonrisa, porque no quiero que noten que me está entrando un ataque de celos, pregunto, aun sabiendo la respuesta:

—¿Y a qué concierto fuisteis juntas que yo no lo sé?

—Al de Distorsión Cerebral.

—Gordi, el grupo de mi novio.

Con ese nombrecito, no me extraña que sea el grupo del novio de mi hermana.

—Estabas de viaje en Bruselas —explica Yuls—. Y la verdad, me lo pasé genial, aunque casi acabamos en el calabozo.

¡No me jodas!

Nada de eso he leído en el cuaderno donde ella hizo sus anotaciones.

Si me llama mi abuela para decirme que tengo que sacar del calabozo a Yuls, por culpa de la loca de mi hermana, ¡la descuartizo!

—Mi vida, vete con tu mujer y diviértete —me anima mi abuela, acercándose.

—Uisss, ¡qué vaaaaaa! —niega Yuls.

¿Cómo que «¡Uisss, qué vaaaaa!»?

Eso me enciende. No quiere que vaya con ella.

—Cuñiiii, ¡vámonos! —apremia mi hermana a Yuls.

—Me cambio y voy con vosotras.

Me sorprendo a mí mismo. ¿Yo he dicho eso? ¿Pero acaso he perdido la razón?

Las tres me miran. Creo que están tan patidifusas como yo.

—Cielo, no vengas. No creo que te diviertas —trata de disuadirme Yuls.

Pero lo tengo decidido, ¡voy!

Y, acercándome a Yuls, la agarro del brazo y la alejo de las cotillas de mi abuela y mi hermana para hablar con ella.

—Mira, rey. Llevo una semanita que si la cuento me dan una medalla al mérito de la supervivencia. Por lo tanto, mejor que no vengas —me advierte—. ¡Necesito desconectar antes de que me dé por morder a alguien!

Oír eso me sorprende. No sé nada de su semana.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, preocupado.

Yuls se toca el pelo. Cuando lo hace con aquella gracia me quedo embobado mirándola.

—Desde que fui a la exposición y salí en la prensa —me explica—, todo el mundo se ha enterado de que estoy casada contigo y ni te imaginas lo pesada que está la directora y mis compañeros de trabajo. Ahora entienden por qué recibimos esos regalos de tu parte, y la directora, en especial, no para de hacerme la pelota como si yo ahora fuera la mismísima duquesa de Cornualles.

Me sorprendo. ¿Tan malo es que su gente sepa quién soy yo y que está casada conmigo?

—Por lo tanto, no vengas. Deja que me desfogue —insiste ella, volviendo hacia donde están mi hermana y mi abuela.

¡¿Que se desfogue?!

Ah, no... no quiero que se desfogue sin estar yo delante, y menos con el gilipollas ese del que habla mi hermana.

—Cariño, me apetece ir contigo —replico, sabiendo que me escucha mi abuela.

Yuls se vuelve.

—Patatita... —murmura—, no te va a gustar esa música. ¡No vengas!

Oír su negativa me encabrona. ¿Pero qué es eso de «no vengas»?

—Señorita Pérez, por supuesto que voy a ir —suelto, sin importar que mi abuela y mi hermana nos oigan.

—Señor Dávila, ¡ni se le ocurra!

Lara nos mira.

—Ya están jugando a llamarse de usted, ¡qué juguetones son! —dice mi abuela, divertida.

—Esperadme. Voy a cambiarme de ropa. Tardo cinco minutos —sentencio con gesto serio.

Subo las escaleras hacia mi habitación de dos en dos. ¿Pero qué locura estoy haciendo?

Capítulo 41

Cuando entramos en la sala donde se va a celebrar el concierto, noto cómo la mano de Oliver aprieta la mía y me tengo que reír. Mientras todos vamos en vaqueros y cazadoras de cuero, él viste vaquero, pero con camisa y americana. Menos mal que no se ha puesto corbata.

Ciertos individuos con los que nos cruzamos lo miran de arriba abajo y lo prejuzgan. Aunque, bueno, siendo justos, él hace lo mismo con ellos en cuanto ve un tatuaje en la cara. Por lo tanto, empate técnico en prejuicios.

Lara, a la que veo que le encanta picar a Oliver, indica con una sonrisa:

—Gordi, no sé si te has dado cuenta, pero con esa americana de Giorgio Armani vas dando bastante el cante.

—¿Te digo yo a ti con qué das el cante?

Veo cómo los hermanos se miran. Uisss. Malo. Malo.

—Pues a mí me parece que está muy guapo con esa americana —atajo para que no se enzarcen en una pelea como la del coche.

—El amor, cuñi... ¡te tiene completamente cegada!

No puedo evitar sonreír. Y cuando voy a responderle, Lara pega tal grito que hace que todo el mundo se pare y nos mire.

—¡¡Cosirritita lindaaaaaa!!

La cosirritita linda es Piero, que se acerca a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja mientras Lara corre hacia él como un misil teledirigido. Se lanza a él. Se le cuelga del cuello y comienzan a

besarse con tal entusiasmo que temo que cancelen el concierto por muerte por asfixia del cantante.

Miro a Oliver. Su gesto merecería ser fotografiado y expuesto en su galería.

—Es Piero. Su novio —le informo.

Sin apenas mover los labios, oigo un clarísimo:

—¡No me jodas!

Oliver mira al tipo que se está comiendo literalmente a su hermana delante de nosotros como si fuera un lobo de la estepa. Piero es un hombre de treinta y tantos, viste una camiseta de tirantes verde tan rota que parece haberse pegado con un oso. Lleva los brazos y el cuello cubiertos de tatuajes y, la verdad, aunque luego es juicioso, el aire que desprende es intimidador.

Minutos después, cuando los dos deciden volver a respirar, Lara nos dedica una radiante sonrisa.

—Cosirritita, a Yuls ya la conoces —dice.

Oliver sigue mirando a Piero. Creo que todavía está procesando que aquel armario empotrado lleno de tinta sea el novio de su hermana.

—Hola, preciosa. —Se acerca para besarme con cariño.

—Y el guapito, elegante y repeinado que está con ella y que parece una hoja de Excel con patas es mi hermano Oliver. —De reojo, miro a Oliver. Le ha reventado oír aquello, pero Lara, que no teme por su vida, sigue a lo suyo—: Gordi, ¡te presento a mi novio, Piero!

Piero y Oliver se examinan en silencio. Se escanean. Se catalogan. Y para mí es fascinante observarlos. Físicamente no pueden ser más distintos. Oliver parece sacado de una película de James Bond y Piero de una del Oeste donde pone «se busca». Y, sin embargo,

ambos tienen esa serenidad de quien solo monta un escándalo cuando es necesario.

Piero rompe el hielo. Es el primero en saludar.

—Un placer conocerte, Oliver. —Y le tiende la mano.

Oliver suelta mi mano.

—Lo mismo digo, Piero —responde algo envarado, pero con decisión estrecha su mano.

Durante unos segundos, veo que ninguno de los dos afloja. Más que un apretón, lo que están haciendo es una negociación territorial.

—¡Pero si ha venido mi neeeenaaaaaa!

Al oír aquel bramido miro hacia la derecha.

Braulio, aquel gigantón de casi dos metros, viene hacia nosotros con los brazos abiertos y con la misma delicadeza que un camión sin frenos. Y, antes de que me coja y me haga volar por los aires, digo:

—Braulio, te presento a mi marido, Oliver. Oliver, él es Braulio.

Sin cambiar su gesto, Oliver lo mira. Lo escanea como hizo con Piero e incluso creo que calcula el diámetro de su bíceps. Braulio, en cambio, se acerca y sin más lo abraza. Uisss... con lo poco que le gusta a mi misil el contacto físico.

Pero ya es tarde. Braulio lo espachurra contra su cuerpo. Y, tras dar darle dos golpes en la espalda que posiblemente le han roto algo, dice:

—¡Encantado de conocerte, colega! Y, oye, enhorabuena por la mujer que tienes. Ya la querría yo para mí. Es más, voy a ser sincero contigo. El día que me entere de que mi nena te ha dejado, iré a ayudarla a hacer las maletas para llevármela al fin del mundo.

Todos nos reímos. Todos menos Oliver, que se recompone de los golpes de aquel y se recoloca la americana con la dignidad que le queda.

—¡Nena! ¡Estás espectacularrrrrr! —grita Braulio.

Y sin previo aviso vuelve a la carga. Me abraza. Me levanta del suelo como si pesara menos que una bolsa de gusanitos. Me sube por los aires y, cuando me deja en el suelo, Oliver coge mi mano.

—Estoy contigo, colega. Mi mujer es espectacular —suelta, acercándome a él.

¡¿Colega?!

¡¿Oliver?!

¡¿Mi Oliver, ese que en ocasiones pide un café como si estuviera firmando un tratado internacional, acaba de decir «¡colega!»?

No me da tiempo a reponerme de aquello cuando veo que Braulio y Oliver se estrechan la mano y se la chocan.

¡¿En serioooooo?!

¿Pero qué alucinógenos tenía el agua que he bebido antes de salir de casa? Empiezo a pensar que los golpes de Braulio le han provocado una conmoción cerebral.

—Vamos —indica Piero—. Acompañadnos y os dejamos en buen sitio.

Incrédula, estoy mirando a Oliver como el que mira un fenómeno paranormal cuando él coge mi mano con seguridad.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¿Tú has dicho «colega» y le has chocado la mano?

Oliver se ríe. Uisss, lo atractivo que me resulta cuando se ríe así.

—Hay facetas de mi vida que no conoces, como yo no conozco las tuyas.

Estoy totalmente desconcertada, y reconozco que ahora tengo una curiosidad feroz. Nunca le he preguntado por su pasado porque sabía que no debía. No quería incumplir esa parte del contrato. Pero acabo de descubrir que Oliver es capaz de decir ««colega» y «chocar el puño» con total naturalidad, y quiero saber, a pesar de que me pueda denunciar.

Piero y Braulio se encargan de llevarnos a un sitio considerado vip. Allí nadie nos molestará. Lara y Piero siguen besándose como si llevaran tres años sin verse y fueran las últimas personas del planeta.

Braulio se va. Oliver y yo nos miramos y no sé por qué nos sonreímos. Es la primera vez que estamos en un lugar como aquel sin que nadie nos obligue a estar, con la música a todo trapo y tan fuera de la zona de confort de Oliver.

Un camarero se acerca para preguntarnos qué queremos beber.

—Pero buenooooo. Si la ex más *enrollá* que he tenido está aquí —oigo decir a alguien.

Es Tito. Tuvimos un rollito corto hace tiempo.

—Holaaaa, ¿qué tal? —lo saludo. Nos damos dos besos e indico—: Tito, él es Oliver, un... un amigo. Oliver, él es Tito.

Los dos se saludan con cordialidad. Durante unos minutos hablamos y nos reímos. Tito es muy salado. Y entonces me fijo en un espejo que tengo ante mí. Con coquetería, me coloco el pelo y mis ojos se fijan en alguien que está al fondo de la barra con una gorra oscura con algo brillante en el centro. Pero al volverme para mirar ya no está.

Tito me pone al día de su vida en unos minutos y, cuando se va, Oliver me pregunta:

—¿Ha dicho que sois ex?

—Sí —afirmo, mirando alrededor—. Fue un rollito pasajero. —Oliver asiente y yo, al ver su gesto ofuscado, me mofo—: ¿Saber eso te hace incumplir la cláusula uno, punto dos?

—Por supuesto que no —indica rápidamente al saber que hablo de celos. —Vale. Lo creeré—. ¿Por qué no le has dicho que soy tu marido? —vuelve a preguntar.

Oír eso no sé por qué me provoca risa. ¡Menuda locura!

—Porque vas a dejar de serlo pronto y no me apetece tener que dar luego explicaciones —respondo, dirigiéndole toda mi atención.

Mi sexi marido asiente. Creo que me entiende. Piero se acerca a nosotros con Lara y durante un rato hablamos los cuatro. Mientras lo hacemos soy consciente de cómo Oliver cambia su percepción de Piero. Se lo noto en la cara y en la manera de hablarle. A pesar de sus tatuajes y su pinta de bruto, Piero es educado, empático y encantador. Tanto que Oliver y él se intercambian los números de teléfono. Aquello a Lara le sorprende y me mira alucinada.

En un momento dado, a mi nariz llega un aroma y velozmente busco a mi alrededor. No es un olor cualquiera. Es un olor a rancio que nunca he podido olvidar. Con las pulsaciones a mil, escaneo el local con la mirada esperando descubrir al dueño del hedor. Pero no lo veo. No lo encuentro. Instantes después, el desagradable olor igual que llegó se marcha y, confundida durante un buen rato, estoy alerta mientras me digo a mí misma que es un error. Allí hay mucha gente y me estoy sugestionando yo sola.

Un buen rato después, y sin que Oliver ni nadie se hayan percatado de lo que me pasa, Piero se despide de nosotros porque uno del grupo viene a avisarle.

—Os dejo. Regreso con el grupo, que el concierto ha de comenzar.

Cuando se va, Lara se acerca a su hermano y lo agarra del brazo.

—Aisss, gordiiiiiii, ¿qué te ha parecido mi chico? ¿Pasa o no pasa la inspección? —quiere saber.

—Reconozco que no es lo que en un principio pensé. Y sí. Me ha parecido un tipo con un par de dedos de frente.

—Los que no tengo yo, ¿verdad?

—Exacto, Lara. Los que no tienes tú —afirma él.

Oliver y Lara se miran. Se sonríen. A su manera se entienden. Y yo me emociono.

Mientras hablan, se abrazan y comunican, inconscientemente pienso en cómo habría sido mi relación con mi hermano Andy. Imaginarlo siendo un adulto es algo que en pocas ocasiones me permito, pero, cuando lo hago, estoy segura de que tendríamos una bonita y excelente relación.

—¿Y ese gesto?

Es la voz de Oliver. Al mirarlo me doy cuenta de que Lara está hablando con una chica que se ha acercado.

—Nada. No pasa nada —respondo.

Oliver me da la mano y me la aprieta. Ese gesto tan empático me sorprende. Piero y su grupo salen al escenario y todo el mundo de la sala comienza a gritar.

El concierto empieza con la canción *Chiquilla*, de Seguridad Social, y Lara y yo comenzamos a cantar y a bailar como si no hubiera un mañana.

Oliver nos mira. En un principio lo hace como si fuéramos dos bichos raros, y Lara y yo lo increpamos, para su horror. Y cuando varias canciones después Piero nos hace salir al escenario a Lara y a mí para que le hagamos los coros en la canción *No puedo vivir sin ti*, de Los Ronaldos, Oliver, horrorizado por aquello, huye hacia la barra. Eso me hace gracia. Lo sigo con la vista cuando mis ojos se paran en alguien que está entre la gente y sé, por la gorra que lleva como una chapa brillante en el centro, que es la misma persona que vi en la barra. Segundos después, con la marabunta de gente que hay y las luces que se mueven, lo pierdo de vista. Tengo que apuntar en mi cuaderno de sucesos aquellas sensaciones que he tenido hoy.

Desde el escenario, Lara y yo disfrutamos cantando, hasta que veo que Oliver regresa con algo en las manos a la zona adonde Piero nos llevó. Y me sorprendo al ver que canta, ¡incluso mueve el cuello al compás de la música!

¡¿Qué le han echado en la bebida?!

Mientras canto y bailo, no puedo dejar de mirarlo, de la misma manera que él no deja de mirarme a mí. Nuestras miradas se conectan y, como dice la canción, deberíamos estar cansados de nuestras rarezas, pero va a ser que no, porque queremos más.

Ese hombre, tan comedido y en ciertos momentos estirado, y yo no pegamos ni con cola. Pero aquí estamos.

Uissss, madre mía, lo que me entra por el cuerpo cuando canto eso de «No puedo vivir sin ti, no hay manera». ¿Pero acaso me he vuelto loca? ¿Cómo puedo estar cantándole a un rancio algo así? ¿Acaso me tengo que recordar a mí misma que lo nuestro tiene fecha de caducidad?

Lo que nos confesamos hace unos días, aunque lo paramos y no lo hemos vuelto a hablar porque nos hemos evitado, no deja de darme vueltas por la cabeza, y algo me dice que a él le pasa lo mismo.

Oliver me gusta. Me gusta mucho. Pero no. No puede ser. Lo nuestro es impensable. Debo poner diques. Debo pararlo. Él y yo no estamos hechos el uno para el otro. Nuestras vidas nada tienen que ver. Y, además, odiaría perjudicar a su familia, a su negocio y a él si alguna vez Vicente saliera a la luz. Por lo que, una vez que se acabe el contrato, ¡adiós muy buenas!

Cuando minutos después la canción se termina, el público que la ha cantado aplaude fervientemente, y veo a Oliver que se lleva los dedos a la boca y silba.

¡¿En serio está haciendo aquello?!

Divertidas, Lara y yo bajamos del escenario y nos acercamos a él, que nos abraza riendo mientras nos llama «¡locas descerebradas!».

Instantes después, Oliver, que no ha soltado mi mano, se acerca a mi oído y dice:

—¿Te apetece que nos vayamos a cenar cuando esto acabe?

—¿Todo el grupo?

—No. Tú y yo.

—¿Solos?

—Sí.

—¿Como si fuera una cita? —insisto.

Sin vacilar, asiente. Y al ver su sonrisa, olvidándome de los diques que segundos antes yo misma me propuse poner, me muestro de acuerdo.

Madre mía, ¿qué estoy haciendo?

Cuando el concierto acaba, Oliver aplaude con la misma intensidad que lo hacemos Lara y yo. Nos despedimos de Lara y del grupo, que entienden que nos vayamos solos a cenar, y salimos a la calle.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—Hice la reserva en un excelente restaurante de un amigo —dice, tomando mi mano.

Lo sigo. Se podría decir que esta noche está siendo sorprendente. Primero vamos juntos a un concierto y ahora solos a cenar. ¡Qué fuerte!

Cuando llegamos a un bonito restaurante en la Cava Baja y entramos, me siento un poco fuera de lugar. Allí la gente va muy elegantemente vestida y yo voy en vaqueros y con cazadora de cuero.

Algunos nos miran, y Oliver saluda a varios de ellos. Está claro que aquel es su ambiente.

—En el concierto la nota discordante en cuanto a ropa eras tú —le digo cuando veo que algunos de los comensales no dejan de mirarnos cuando nos sentamos—. Y aquí ahora soy yo. Menos mal que llevo en mi dedo un anillo de Cartier —me mofo.

Oliver se encoge de hombros.

—Si yo aguanté el tipo en el concierto, ¿aquí no lo vas a aguantar tú?

Divertida, no me queda más remedio que afirmar, y agarrando la carta del restaurante la miro mientras el camarero y Oliver hablan de vinos.

—El vino, tú y yo nunca es buena combinación —digo cuando el camarero se va.

—Somos adultos. Tranquila.

¡¿Tranquila?!

Uisssss, como comencemos con vinito, ya sabemos cómo terminamos. Pero, mira, como los regímenes, decido empezar a poner los diques al día siguiente. ¡Que me quiten lo bailado!

—¿Qué te ha parecido el concierto? —quiero saber mientras esperamos a que traigan nuestra comanda.

—No ha estado mal —admite, y luego baja la voz para reconocer —: Piero, con toda esa pinta de bestia del infierno que tiene, es mucho más juicioso que mi hermana. Eso sí, me muero por ver la cara de la abuela cuando se lo presente.

—Pero ¡qué sorpresa!

¡¿Vanessa?!

Y, volviéndome para mirarla, falsamente sonrío al verla junto a un tipo alto y muy muy guapo.

Aquella impresentable está impresionante con un vestido color verde, pero, la verdad, el tipo que la acompaña para mi gusto la eclipsa.

—Hola, Maximiliano —lo saluda Oliver.

—*Ciao, Oliver! Come stai?* —responde el guaperas.

Oliver me presenta a aquel tipo, que me da dos besos, pero segundos después se excusa y se aleja para saludar a otras personas.

Vanessa no se mueve. Como siempre, va impecable y, por supuesto, me doy cuenta del escaneo que me hace. Está claro que está cuestionando cómo voy vestida. Es más, por jorobarla estoy a punto de decirle que llevo los mismos vaqueros del mercadillo.

—Querida, te dije que me llamaras para poder asesorarte sobre cómo acudir vestida a los sitios —me suelta.

Uisss... Señor, dame paciencia, porque como me des más fuerza, la estampo contra la mesa y más como me diga eso de la credibilidad, honor y prestigio.

—Vanessa, venimos de un concierto y... —sisea Oliver.

—¿Has ido así vestida a un concierto en el Teatro Real? —balbucea. Y mirando a Oliver murmura, bajando la voz—: Pero, amor... Esos conciertos llevan cierta etiqueta. ¿No piensas en tu reputación?

¡¿Teatro Real?! ¡¿Etiqueta?!

Oliver me mira. Sonríe y coge mi mano por encima de la mesa.

—No hemos ido al Teatro Real —explica—. Hemos estado en una sala de Madrid, en el concierto de Distorsión Cerebral.

Uisssss, ¡la cara que pone ella!

—¿Tú en un concierto de qué...?

—De Distorsión Cerebral —se reafirma Oliver. Vanessa me mira. Creo que le acaba de dar diarrea cerebral y, cuando sonrío, el que es mi maridito añade—: Y en cuanto a la vestimenta de mi mujer, te lo dije y te lo repito. Ella no necesita pedirte opinión, porque sabe muy bien qué ponerse para cada ocasión. ¿Te queda claro, Vanessa?

¡Ole y ole! ¡Me lo como!

Estoy por levantarme y darle un besazo de campeonato cuando aquella idiota, porque es idiota, indica:

—Si tú lo dices, Oliver.

Se origina un silencio incómodo, pero aparece el camarero con nuestros primeros platos.

—En mi nevera sigue esperando esa botella de vino francés... amor —dice Vanessa, bajando la voz.

—Lo que te gusta lo francés... —me mofo.

Oliver sonríe por mi comentario.

—No bebo con personas que convierten el veneno en costumbre —espeta.

Uisss, lo que le ha dichooooo. Ahora sí que me lo como.

Me levanto. Y sin pensar en dónde estamos le doy un besazo no de campeonato, sino de Champions, y siento que Oliver lo acepta encantado. Por el rabillo del ojo veo cómo aquella víbora abre los ojos descomunalmente y dándose la vuelta se aleja, yo diría que enfadada.

¡Anda y que le den!

El camarero deja nuestros platos sobre la mesa y se va. Con una sonrisa separo mis labios de los de Oliver.

—Con lo que has dicho, merenguito, te has ganado un beso de Champions como mínimo —murmuro, volviendo a sentarme.

Oliver sonríe. Asiente. Pero veo que se fija en cómo Vanessa se acerca al italiano, que rápidamente la agarra por la cintura.

—¿Quién es su acompañante? —pregunto.

—Maximiliano Fontana —responde con gesto serio—. Un famoso marchante de arte italiano con el que pensé que no la volvería a ver.

Vale. A mí así no me puede dejar. Necesito saber la segunda parte de ese jugoso chisme.

—¡¿Por qué dices eso?! —curioseo.

Oliver me mira. Le estoy mostrando mi lado chismoso y, adelantándose en la mesa, se acerca a mí.

—La mujer de Maximiliano estaba embarazada y por una carta que Vanessa le escribió llena de veneno perdió el bebé que esperaba —cuchichea.

—Noooooo.

—La noticia de la pérdida del bebé trascendió a la prensa, pero el nombre de Vanessa nunca se hizo público. Si la realidad salía a la luz, el escándalo afectaría a Maximiliano y perjudicaría gravemente a su negocio. Y, por supuesto, a Vanessa y a su gran popularidad en Italia. Y cuando su mujer le pidió el divorcio, me consta que le salió bien caro.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Te lo contó Vanessa?

—No. Ella no me lo contó. Ni sabe que lo sé. Me enteré porque, hace unos meses, Maximiliano, cuando se enteró de que me veía con Vanessa, me llamó para advertirme de ella. Aunque, bueno, por lo que veo, él vuelve a tropezar con la misma piedra.

Me parece increíble lo que me cuenta. Desde luego, la tal Vanessa es una buena pieza de coleccionista. Y, para cambiar de tema, miro los espárragos blancos que tengo enfrente.

—Madre mía, ¡qué pintaza tienen! —exclamo.

—Pues a disfrutarlos.

Hambrientos, los disfrutamos los dos mientras charlamos y reímos recordando cosas del concierto. Está claro que Distorsión Cerebral le ha impresionado, pero para bien. Traen el segundo plato, que es una excelente carne con salsa de pimienta verde.

—Tenemos que hablar —dice Oliver. Sé a lo que se refiere. Pero decido hacerme la sueca, la rusa, la checoslovaca, aunque él insiste —: Hace días, sobre mi cama nos dijimos cosas importantes que deberíamos comentar. Y una de esas cosas es saber por qué mencionaste «la mala suerte que tienes».

Vale. Va derecho al grano.

—Esto que nos ocurre es por la novedad —trato de echar balones fuera.

—¿La novedad?

—Somos tan diferentes a lo que estamos acostumbrados que eso es lo que nos ha llamado la atención el uno del otro. Pero, tranquilo. Es un agilipollamiento momentáneo con fecha de caducidad.

—¿Agilipollamiento momentáneo con fecha de caducidad?

—Sí, Oliver. Todo pasará. Y a partir del 28 de agosto, ¡adiós muy buenas! —Mi desestabilizador emocional levanta las cejas. Se quita las gafas. Las deja sobre la mesa y, cuando va a hablar, me adelanto —: Tu meta no soy yo. Tu meta es alguna con el estatus de muchas de las que están en este restaurante.

—¿Y quién dice eso? —Sorprendida, no respondo. ¿Para qué? Y él se empeña—: Me interesas tú. Quiero saber de ti.

—¿Y qué quieres saber?

—Todo.

Uissss, ¡¿todo?!

Este no sabe lo que dice.

—Como te dije hace poco, tengo todo bajo control, menos tú —recalca.

Asiento. Lo sé. Sé que soy la nota discordante en su vida. Eso que se le escapa y no puede controlar.

—Cláusula uno, punto cuatro —señalo con cierto retintín—. Nada de preguntas personales. Eso fue algo que tú incluiste en el contrato. Simplemente respeto tu petición.

—Me equivoqué.

Me encojo de hombros.

—Sin entrar en si te equivocaste o no, solo te diré que, igual que yo respeté lo que tú pediste, espero que ahora hagas lo mismo. Y si

todo lo tienes controlado menos a mí, es tu problema, no el mío. Nunca te he dado permiso para que me puedas controlar.

Oliver asiente. Sabe que tengo razón. Corta un pedazo de carne y se la mete en la boca. Su gesto es molesto, pero, mira, ¡que le den!

¿Pero de verdad se pensó que yo me dejaría controlar?

Capítulo 42

Mientras cenamos intento ser prudente y comedido.

Efectivamente, fui yo el que incluyó aquella maldita cláusula de «nada de preguntas personales» e incluso fui yo el que le dijo que no quería saber nada de su vida porque no me interesaba. Pero, contra todo pronóstico, me interesa. Y me interesa mucho. Por eso le digo que todo está controlado, menos ella.

Oigo la risa de Vanessa. Sé que lo hace para que no olvide que está ahí, pero a mí me da igual. Vanessa es alguien de mi pasado que ahí se quedó.

Durante la cena, Yuls y yo conseguimos pasar un rato agradable obviando hablar de lo que me interesa. Está claro que ella no quiere mencionarlo. Cada vez que lo intento pone una barrera, y no quiero agobiarla. No soy así.

Cuando salimos del restaurante, por inercia nos damos la mano. Aquel gesto es algo tan normal entre nosotros que al hacerlo nos miramos y sonreímos.

¿Por qué a veces es tan fácil y otras tan difícil?

Caminamos por la calle con tranquilidad en busca del coche y, cuando nos acercamos, le doy al mando a distancia. Las luces del coche se encienden y apagan para saludarnos. En ese momento se acerca a nosotros un tipo con pintas extrañas. Veo que Yuls hace un movimiento seco con celeridad y me deja a su espalda.

¿Pero qué hace?

Sorprendido por aquello, voy a hablar cuando el tipo en cuestión de pronto saca una navaja.

—Eh, ricachón —dice, mirándome—. Afloja el peluco que llevas y las llaves del coche, ¡cagando leches!

Vale. Este tipo nos va a atracar. ¡Joderrrrr!

Y, cuando estoy quitando a Yuls de delante de mí, súbitamente, ella coge impulso y le suelta una patada que manda al individuo de culo al suelo. Acto seguido, se acerca a él. Él tipo coge la navaja. Se levanta. Y cuando de nuevo voy a sujetar a Yuls, ella se mueve.

—El peluco y el coche del ricachón se van a quedar con nosotros —suelta—. Y tú, gilipollas, espabila porque tienes tres opciones. Pirarte cagando leches, recibir una buena hostia por mi parte que no la vas a olvidar en tu puta vida o esperar a que venga la pasma y dormir en el calabozo. ¡Tú decides!

Boquiabierto, miro a Yuls. ¿Pero qué dice?

Segundos después, el tipo echa a correr calle abajo. Entonces Yuls se gira hacia mí y, como si no hubiera pasado nada, me sonríe.

—¿Pero te has vuelto loca? —Mi cara de pasmo es un poema.

Yuls se encoge de hombros.

—El loco era él si se pensaba que te iba a quitar el reloj y el coche —replica con una tranquilidad asombrosa.

Durante unos segundos soy incapaz de articular palabra. Lo que acaba de pasar podría haber terminado muy mal, aunque ella sonríe.

—Mis clases de defensa personal para algo tienen que servir. Al menos, ya he amortizado la matrícula, ¿no crees?

La miro sin dar crédito.

—¿Tú eres consciente de que ese tipo llevaba una enorme navaja en las manos? —pregunto, ofuscado.

—Sí.

—¿Y aun así le has dado una patada?

—Si le daba un abrazo se podía confundir.

¿De verdad está bromeando con esto?

Pero su cara. Su gesto. Su sonrisa. Todo en ella me desarma. No me queda más remedio que sonreír.

—Me parece muy bien que sepas defensa personal —digo—, pero si vienes conmigo, permite que sea yo quien te defienda.

Pone los ojos en blanco. ¿En serio? ¿De verdad me ve tan enclenque?

—¿Defenderme tú a mí? —suelta—. ¿De qué? Si al que le iban a levantar el reloj y el coche era a ti, no a mí. —Se mofa. Se está riendo de mí. Eso me encabrona—: Venga, patatita gruñona —me pide, agarrándome del brazo—. Entremos en el coche. Es tarde, y, posiblemente, como sigamos aquí luciendo tu glamur de millonario, va a venir otro a robarnos. —Pero cuando Yuls rodea el coche y llega a la puerta del copiloto, señala—: Siento decirte que tienes una rueda desinflada.

—¡Joderrrrr! —exclamo cuando constato que es verdad. Ella sonríe y yo refunfuño—: Llamaré a la asistencia de mi seguro para que venga a cambiarla.

—Podemos cambiarla nosotros.

—Por poder, podemos, perooooo creo que es mejor que lo haga la asistencia técnica —insisto, no dispuesto a mancharme de grasa.

Yuls asiente. Se sienta en el bordillo de la acera y se enciende un cigarrillo.

—Pues, patatita, paciencia, que toca esperar —murmura.

Por supuesto que toca esperar. Pero no han pasado ni diez minutos cuando aparece el coche taller.

—Los ricos qué facilito lo tenéis todo —se sorprende Yuls—. Porque si esto me ocurre a mí con mi coche, la horita y media de espera no me la quita ni Dios.

No respondo. Sé que tiene razón. Pero, por suerte, la marca de mi exclusivo coche tiene un servicio especial, que para eso pago.

El hombre del coche taller rápidamente se pone a la tarea. Lo que él hace en veinte minutos, yo lo hubiera hecho en dos horas. Tras quitar la rueda me mira.

—Alguien le dio un navajazo al neumático, señor Dávila —me explica.

—¿Otra vez? —me sorprendo.

—¿Cómo que otra vez? —pregunta Yuls.

Le comento que días atrás me pasó lo mismo en el aparcamiento de la oficina y se queda muy seria. Tanto que me preocupa. ¿Qué pasa?

Cuando el hombre del coche taller soluciona lo de la rueda, le firmo los papeles y se marcha. Ya en el coche, antes de arrancar, me doy cuenta de que Yuls está pensativa.

—¿En qué piensas? —quiero saber.

—¿En el garaje de tu oficina hay cámaras de seguridad?

—Sí.

—Pues vamos a revisarlas. Quiero ver quién te ha pinchado la rueda.

Niego con la cabeza. ¿Pero qué dice? Lo que pasó allí fue algo circunstancial.

—Ni hablar. Nos vamos para casa —respondo.

Yuls abre la puerta del coche. Se baja. ¿Qué hace?

Abro mi puerta. Me bajo. Y mirándonos por encima del coche voy a protestar, pero ella, con un gesto que no entiendo, dice:

—Vete para casa. Yo iré a la oficina para revisar esas cámaras.

—Pero...

—¡He dicho que voy a ir! ¡Te queda claro! —me chilla, fuera de sí.

Su voz. Su gesto. Todo en ella me alerta. ¿Qué le pasa?

La miro.

—De acuerdo. Móntate. Iremos a la oficina —claudico, sin ganas de discutir.

En un silencio extraño recorremos el trayecto hacia la oficina. Es Raúl quien está esta noche y, tras decirle el día que necesito visionar en las cámaras, las buscamos. Yuls está tensa. Incluso diría que respira con dificultad. Veo en las imágenes quién me ha pinchado la rueda del coche con una navaja.

—Es Pedro. El exmarido de Diana —desvelo.

Yuls entonces cierra los ojos. Por fin, veo que respira y, tras indicarle a Raúl que me haga una copia para poner una denuncia, nos montamos en el coche y conduzco hacia casa.

En el camino va callada. Su gesto y en especial su ceño fruncido me hacen saber que está pensando en algo, pero no insisto. No quiero agobiarla. En silencio, voy conduciendo por las calles de Madrid.

—¿Por qué te has puesto tan nerviosa con lo de la rueda? —pregunto, deseoso de romper aquel silencio.

Gira la cabeza hacia mí. Intento descifrar su mirada.

—Porque eres un hombre con poder y dinero y hay mucho loco suelto por el mundo —responde.

Sonrío. Sus palabras me hacen gracia.

—Pues tranquila. Ya has visto que el loco que me la pinchó en la oficina fue el exmarido de Diana. —Hace un gesto de asentimiento, pero sigue pensativa. Yo trato de romper su mutismo—: He visto que dominas bien la jerga callejera.

—A ver cómo te lo digo sin que suene fatal —responde, y veo una sonrisa en sus labios—. La vida y mi curro me han enseñado que los buenos modales sirven de poco cuando las cosas se ponen muy feas.

—¿Cuándo aprendiste defensa personal?

—Hará unos diez años. Cuando vivía en Valencia. —¡¿Valencia?! Y, al ver cómo la miro, explica—: Antes de vivir en Madrid, viví en otras comunidades como Valencia. Allí comencé a aprender defensa personal y luego, cuando me mudé a Madrid, proseguí con ella. Actualmente voy tres veces a la semana a un centro de acogida de mujeres víctimas de violencia de género a dar clases.

Vaya, menuda sorpresa. Sin esperarlo, me estoy enterando de cosas de ella que no sabía. Ahora sé adónde va muchos días cuando desaparece y sé que no está en el centro donde trabaja. Volvemos al silencio, que yo me encargo de romper.

—El otro día me confesaste que tú nunca te sientas de espalda a una puerta. ¿Puedo saber por qué? —me animo a seguir con las preguntas. Yuls mira al frente. No contesta, e insisto—: Por favor, Yuls. Quiero entender por qué duermes con una luz de emergencia, por qué pones una maleta ante una puerta, por qué tu armario está vacío o cómo te hiciste la cicatriz de la mano o la de la frente o...

—Para el coche.

—¡¿Qué?!

—¡Que pares el coche! —repite.

Hago lo que me pide y ella se baja del vehículo.

Joder, ¡otra vez!

Rápidamente lo hago yo. Me acerco hasta ella, que se está encendiendo un cigarrillo, y cuando acaba, me mira y veo en sus ojos un brillo que no sabría cómo definir.

—Hay cosas... de mi pasado de las que no me gusta hablar —reconoce—. Y... yo, yo no quiero causarte problemas. Por lo tanto, deja de querer saber y tener el control de mi vida, porque eso no va a pasar.

—¿De qué estás hablando?

Yuls me mira. Veo el agobio en su mirada. Definitivamente, algo ocurre.

—Vámonos. —Abre la puerta del coche—. Y, por favor, no sigas preguntando.

—Pero Yuls...

—Cláusula uno, punto cuatro. Nada de preguntas personales. Por lo tanto, para de una santa vez, ¡y no preguntes! —me chilla.

Acto seguido, cierra la puerta del coche. Desde el exterior y mientras rodeo mi vehículo para meterme en él, veo que apaga el cigarrillo en el cenicero.

—Siento haber invadido con mi cigarrillo tu espacio libre de humos —se disculpa cuando me siento al volante.

—No te preocupes —murmuro.

En silencio llegamos a casa mientras yo le sigo dando vueltas a lo que ha pasado. ¿Qué le ocurre a Yuls?

Capítulo 43

Estamos a principios de junio y estoy alerta tras lo de las ruedas del coche de Oliver. Ya sé que una vez lo hizo el exmarido de Diana, pero una segunda vez... me preocupa, por eso lo apunté en mi cuaderno de sucesos.

Lo hablo con Kaory. Ella me entiende. Sabe de mis miedos e inseguridades. Pero le resta importancia al asunto. Me hace entender que estoy protegida y a salvo. Mi padre no sabe dónde estoy y no tengo nada que temer.

Pero de nuevo mi radar se ha activado y mi instinto me hace estar alerta. Algo de lo que Lucas se da cuenta. Y, al final, la tarde en que vamos juntos al hospital para que le quiten la escayola —que todo sea dicho no lo hacen—, y después vamos a la residencia para ver a mamá, le hablo de ello. Conoce mi historia, como yo conozco la suya, y me pide tranquilidad. No debo anticiparme a cosas que no han pasado. Y no debo ver fantasmas donde no los hay.

Le hablo de Oliver, pero él no quiere escucharme. Sin embargo, sin querer mentirle le digo que por primera vez y estando a su lado me siento feliz y segura y que, contra todo pronóstico, me estoy enamorando de él. Su cara es un poema, pero calla y no dice nada. Mejor, porque seguro que sus comentarios no me iban a gustar.

Una de las tardes, cuando llego de trabajar, me sorprendo al encontrar el coche de Oliver aparcado fuera de la finca. ¿Qué hace allí?

Saco el mando a distancia para abrir la verja, pero no va. Lo intento varias veces, pero nada. La verja no se mueve. No funciona.

¿Se ha jorobado el mecanismo?

Ahora entiendo qué hace el coche de Oliver ahí aparcado. Lo que no entiendo es por qué ha vuelto a casa tan pronto.

Dejo mi coche junto al de Oliver. Me bajo y con la llave abro la portezuela y entro. Drako y Zorba vienen a saludarme y junto a ellos camino por el senderito hasta llegar a la casa.

Tener allí a Oliver me pone nerviosa. Desde nuestra salida con Lara y la posterior cena, ha intentado hablar sobre nosotros, pero como he podido he desviado el tema. Me guste o no, siento algo por él, pero no puedo permitirme ilusionarme. Lo nuestro es un contrato, y no estoy dispuesta a sufrir cuando se acabe. Por lo que pongo distancia entre nosotros, aunque el corazón me grite lo idiota que soy.

Al abrir la puerta, oigo la voz de Oliver. Parece enfadado. Muy enfadado. Suelto el bolso en la entrada a toda prisa y, cuando entro en el salón, me encuentro con que allí están Altamira, don Nicanor, Ágata, Mónica y Oliver.

—¿Qué ocurre? —pregunto al entrar.

Ágata y Altamira se miran. Por su gesto, algo me dice que ya sé qué ha sucedido.

—Que mi abuela es una farsante, y el resto sus compinches, ¡eso ocurre! —grita Oliver, tremendamente enfadado.

Uissss, madreeeee...

Levanto una ceja. Ya sé por dónde va la cosa. Pero hago como que no entiendo lo que me dice y se acerca a mí.

—No se han dado cuenta de que he llegado —sigue vociferando—, y los he pillado fumando y bebiéndose un vinito mientras conjuraban sobre la falsa enfermedad que mi abuela supuestamente ha tenido.

—A ver, mi vida...

—Abuela —le corta con un tono tajante—. ¡Basta! Sé muy bien lo que he oído y lo que acabáis de confesar.

—Pero, mi vida, lo hice para que te casaras con Yuls.

—¡No me jodas, abuela!

—No te decidías a hacerlo y mira qué feliz eres ahora.

—¡Abuelaaaaa, por favorrrrr! —grita él de nuevo.

Vale. Vale. Vale. ¡Ya sé de qué va el tema! Y entiendo su cabreo.

Por aquella maldita mentira, Oliver se tuvo que casar conmigo. Y cuando este me mira en busca de complicidad, estoy dispuesta a que aquel problema se quede ahí.

—Recuerda, cielo —digo—, poner en la balanza todo lo bueno que Ágata tiene. Enfádate con ella lo justo y encuentra los motivos para entenderla y perdonarla.

Oliver resopla. Uissss, cómo resopla.

—¡Tú lo sabías! —escupe, y se quita las gafas.

Bueno... Bueno... Bueno... ¡que voy a soltar el gordo de la lotería!

—A ver... —musito, intentando quitarle hierro al asunto, aunque más que hierro ahora solo queda chatarra.

—Yuls, ¡no me jodas tú también!

Estoy a punto de decirle que controle sus palabras, pero creo que, si lo hago, la cosa se va a liar más, así que tomo aire.

—Lo sé desde hace tiempo —afirmo.

—¡¿Cómo?! —preguntan todos a la vez.

Oliver parpadea. Creo que me va a matar.

—¿Y tú por qué lo sabes? —pregunta Ágata.

Tengo la sensación de que Oliver en este instante me odia.

—El día que fui al concierto con Lara —explico—, entré en tu baño para coger rímel, y allí me encontré con ciertas cosas que llamaron mi atención, como unos polvos blanquecinos solo de uso teatral

llamados «tez de muerte» que olían a chocolate negro. Eso me hizo sospechar, como me hizo sospechar pillarte fumando, caminando sin bastón o bebiendo vino. Por lo que te vigilé a ti y a todos, y un día, cuando creíais que no estaba, me enteré de qué iba toda la movida.

Altamira y Ágata se miran y se ríen.

—¿Dónde le veis la gracia? —sisea Oliver.

—A ver, hijo —interviene Altamira—. Ya sé que no es para reírse. Pero tu abuela quería verte casado con Yuls. Necesitaba que te acojonaras con su enfermedad para que decidieras dar el paso, y no me quedó otra que traer esos polvos que usamos en el teatro para cuando queremos que un personaje parezca que está a punto de cruzar el túnel.

—La madre que os trajo —le oigo murmurar, desconcertado.

Oliver me mira. Se mueve de un lado para otro.

—Lo siento, muchacho —se explica don Nicanor—. Pero no me quedó otra. A lo largo de mi vida, Ágata me ha hecho muchos favores y, cuando me pidió que mintiera para conseguir su fin, no pude decirle que no.

—Yo tampoco pude decirle que no —matiza Mónica con tono asustado.

Oliver se acerca a mí. Se coloca las gafas.

—¿Y usted, señorita Pérez, qué motivo tuvo para no habérmelo contado? —me pregunta con gesto de enfado.

Todos me miran cuando Ágata cuchichea:

—Aisss, qué juguetón es mi nieto.

—Realmente ninguno —respondo—. Simplemente no quería que tu abuela y tú discutierais por...

—Por Dios, Yuls, ¡me ha hecho casarme contigo! —me corta.

Asiento. Lo entiendo. Nuestra boda es un puñetero fraude que se podía haber evitado.

—Y mira lo feliz que eres —se mete Ágata antes de que yo pueda contestar—. ¿Acaso eso no me lo tienes que agradecer?

Oliver la mira. Uissss, cómo la mira.

Creo que en este momento hablarle de felicidad es lo último que necesita. Le suena el móvil, y no le queda más remedio que contestar. En silencio observo cómo Oliver habla con alguien y cuando termina la conversación mira a su abuela.

—El servicio técnico de la verja dice que el problema está en el motor. Mañana vendrán a cambiarlo. —Todos asienten y Oliver advierte—: Que nadie se mueva de aquí, porque voy a seguir hablando con todos vosotros. Ahora voy a aclarar a solas un temita con mi mujer.

A continuación, me agarra del brazo. Vamos a su despacho. Cierra la puerta de un portazo.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —pregunta cabreado.

—¿Y qué te iba a decir? Tu abuela está tan sana como una rosa, pero te ha tomado el pelo para que te casaras conmigo o con la que fuera. Ah, no, guapo, ¡ni hablar! Yo en esa movida no quería entrar. Por lo que decidí callar, aguantar los seis mesecitos y después, ¡tema zanjado!

—Ella me engaña. Tú me engañas...

—Y tú la engañas a ella. ¿O acaso nuestra boda fue real?

Oliver resopla. Me mira. Se mueve por su despacho como un león enjaulado y, cuando se para, murmura:

—Al final, Lara tenía razón. A la abuela no le pasaba nada. —No seré yo la que diga lo contrario—: Estoy tan cabreado y sorprendido con todos que no sé ni cómo proceder.

Lo entiendo. La jugarreta que Ágata le ha liado no es algo agradable de descubrir. Tampoco el saber que yo lo sabía y callé. Trato de buscar una solución rápida.

—Ahora que sabes que Ágata está bien y fue todo una mentira, puedes contarle lo nuestro y podemos adelantar el divorcio —se me ocurre.

—¿Qué dices?

Oliver me mira. Uissss, cómo me mira otra vez.

Se quita las gafas. Las deja sobre la mesa. Se acerca a mí.

—No voy a decirle a mi abuela que lo nuestro es una farsa.

—A ver, Oliver...

—Yuls... ¿todavía no eres consciente de lo que siento por ti? ¿De verdad no ves que por ti he incumplido todas y cada una de las cláusulas de nuestro maldito contrato? —Tiene más razón que un santo. Tanto él como yo lo hemos incumplido absolutamente todo—. Aunque me jorobe el engaño de mi abuela, eso fue lo que provocó que te conociera, que aparecieras en mi vida, que fueras a mi despacho y me casara contigo. Y sí. Inicialmente fue una farsa. No te conocía y no sabía lo increíblemente maravillosa que eras. Pero ahora te conozco y siento algo tan especial por ti que, aun sabiendo que estabas enterada de lo de mi abuela y te lo callaste, no puedo enfadarme contigo.

Uissss, ¡qué monooooooo!

Oír aquello hace que todas mis defensas comiencen a tambalearse. Intento cada día levantar diques, barreras, pero Oliver me las derriba una y otra vez. Pero no. He de ser fuerte y mantener los pies en el suelo. Han sido muchas las veces que he oído a Oliver o a Ágata decir aquello de: «No podemos permitirnos escándalos que afecten al negocio».

—Escucha, Oliver. Si nos divorciamos, puedes retomar tu vida y...

—¿Qué vida? —Eso hace que me calle cuando añade—: ¿Cómo tengo que decirte que ahora tú eres mi vida?

Madre mía. Madre mía, que me va a dar algo.

Me aclaro la garganta. Nunca imaginé a mi desestabilizador emocional diciéndome algo así.

—Pero qué dices...

—Digo la verdad —afirma—. Y sí. Sé que no te gusta prometer. Pero yo te puedo prometer que lo que siento por ti es real, tan real que ya no sé si voy a saber vivir sin ti.

Lo miro y estoy a punto de gritar «¡Socorrrooooo!» como siempre hace Lara.

Me retuerzo las manos mientras intento que no se dé cuenta de que mi cerebro ha dado error de sistema y estoy intentando reiniciarlo.

—Oliver, lo nuestro es un contrato que acaba en agosto y... —consigo articular.

—Y pienso dedicar cada día de aquí al 28 de agosto a enamorarte. Porque me he propuesto que no quieras separarte de mí.

Uissss... Uisss... y más uissss. Que el cerebro otra vez me da error.

¿Pero desde cuándo mi patatita es tan romántico?

Se acerca más. Tengo los pies literalmente pegados al suelo. No puedo moverme. Pasa sus manos por mi cintura y, acercándome a él, pregunta en voz baja:

—¿Acaso tú no te has saltado todas las cláusulas del contrato por mí?

Mi cabeza traidora y con voluntad propia asiente. Me delata.

Oliver sonríe.

—Pues ya está, cariño, ¡resolvámoslo! —Y acerca su boca a la mía.

Me besa. Lo beso.

Mientras mi cerebro y todo mi cuerpo se reinicia, disfruto de aquel tórrido beso de amor, y pienso en las cosas tan increíblemente románticas que me ha dicho. De pronto el beso se acaba y él me mira.

—Sé que muchas veces me ves como un estirado, un rancio, un hombre obsesionado con el control, y no te quito la razón —confiesa —. No soy perfecto y tengo infinidad de manías. Pero créeme cuando te digo que, por ti, soy capaz de cambiar porque ya no concibo la vida sin ti. Y, aunque te cueste admitirlo, porque eres increíblemente cabezota, tú me quieres. Y lo sé por cómo me miras cuando crees que no te miro y por cómo me abrazas cuando te acercas a mí. Escucha, cariño, sé que sientes lo mismo que yo, y necesito que sepas que conmigo nada tienes que temer ni que ocultar.

Respira, Yuls. Solo tienes que respirar, me digo a mí misma, mientras siento que estoy ante el hombre que amo y que sabe qué botones me tiene que tocar.

Me mira. Lo miro.

Sonríe. Le sonrío.

Me da un beso que yo acepto y se lo devuelvo.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente —me dice cuando se separa—. Pero no te voy a agobiar. Hablaremos cuando tú quieras. Pero necesito que sepas que quiero conocer a tu madre, a tu hermano, a tu padre. Y saber cosas de ti, de tu niñez, de tu adolescencia, de los lugares donde has vivido. Quiero saber lo bueno, lo malo, porque dudo que en tu pasado haya nada oscuro como para que...

—¿A qué te refieres con eso?

—Me refiero a cosas atroces como que tengas que ver con un narcotraficante o algo peor —responde sin apartar su mirada de la mía—. De ahí que te preguntara si había algo oscuro en tu pasado cuando nos conocimos, ¿lo recuerdas? —Asiento. Claro que lo recuerdo—. Algo así, además de un tremendo dolor de cabeza, sería carnaza para la prensa. Por lo tanto, hablemos, cariño. Lo quiero

saber todo de ti, como quiero que tú sepas todo de mí. ¿Me prometes esa conversación?

—No —niego categórica. Oliver me mira incrédulo y yo, con el corazón encogido por lo que ha dicho, intento conectarme conmigo misma y consigo balbucear—: Sí a lo de la conversación. No a lo de prometértelo.

Oliver sonríe. Asiente.

—Que sea la última vez que me ocultas algo tan importante como lo que ha hecho mi abuela —me pide tras darme un rápido beso en los labios—. Cosas así solo nos pueden hacer discutir. —Tiemblo. Lo de su abuela es un juego de niños comparado con lo que le oculto. Él reconoce—: Aunque estoy tremendamente enfadado con mi abuela, no sabes la felicidad que siento al saber que no estuvo tan enferma.

Confundida todavía por sus palabras y por que me siento la mayor farsante del mundo, consigo preguntar:

—¿Y por qué no se lo dices?

Oliver niega con la cabeza.

—Porque quiero que entienda que lo que ha hecho no está bien. Aunque, gracias a lo que hizo, he podido conocer a la personita más especial del mundo, que eres tú... mi vida.

¿A que me desmayo al final?

Como una tonta sonrío. Mi misil. Mi patatita. Mi desestabilizador emocional me está diciendo unas cosas que yo nunca esperé escuchar por su parte y, tras darme un nuevo beso, abre la puerta del despacho.

—Yuls, si vuelves a mentirme, la vamos a tener. Quedas advertida. —Levanta la voz para que le oigan todos.

Y luego entramos los dos en el salón, donde los cuatro farsantes esperan con gesto compungido, pues saben que lo que han hecho

no está bien, y Oliver se explaya de lo lindo con ese carácter rancio que tiene cuando se lo propone. Mientras, yo no puedo dejar de pensar en que ha dicho que está enamorado de mí, sin saber que soy la hija de un asesino.

Capítulo 44

—¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo.

—¿Nuestra chica nos engañó?

—Totalmente. Lara tenía razón. La abuela estaba perfectamente, y yo, como un idiota, no le hice caso.

Rafa, sentado frente a mí en mi despacho, me mira sorprendido. La jugarreta que me ha hecho mi abuela con sus compinches para verme casado es tremenda.

—¿Y qué quieres hacer con respecto a Yuls?

—Nada.

—¡¿Nada?! —Niego con la cabeza. Rafa sonríe. Conoce mis sentimientos hacia ella y, antes de que yo intervenga, indica—: Es una mujer increíble. Lástima que se haya casado contigo.

Los dos nos reímos.

—No sé qué ha hecho, pero me tiene loco —matizo.

—Yo sí lo sé. —Miro a mi amigo y este, con tranquilidad, afirma—: Simplemente ha sido ella y no se ha dejado impresionar por ti, ¡patatita!

—Cuando me mira y me reta, ¡Dios, cómo me gusta! —admito, sonriendo como un bobo—. Y, aunque suene raro en mí, te juro que no veo el momento de salir de la oficina para estar con ella.

Luego abro el cajón de mi escritorio. De él saco un sobre y se lo enseño.

—Mira lo que he comprado para ella.

Rafa coge el sobre. Lo abre.

—¿Entradas para ver a Alejandro Sanz?

—Me enteré de que actuaba el 20 de junio en el Metropolitano y, como es su cantante favorito, además del amor de su vida, y nunca lo ha visto en directo, quiero darle una sorpresa. Y, encima, ¡en el campo del Atleti!

Rafa asiente. Me mira, tremendamente sorprendido.

—Desde luego, estás dispuesto a enamorarla.

—No solo dispuesto. Voy a hacerlo —afirmo con seguridad.

Rafa hace un gesto afirmativo. En todos los años que llevamos de amistad, nunca me he enamorado de nadie. Por supuesto que otras mujeres me han gustado, pero nadie me ha hecho sentir lo que actualmente siento por Yuls.

—¿Tú yendo a un concierto?

—Si fui al de Distorsión Cerebral con mi hermana, ¿cómo no voy a ir al de Alejandro Sanz?

Más risas.

—Cuando llegue el momento, ¿qué hago con los papeles del divorcio? —quiere saber.

—Por mí, los puedes quemar ahora mismo.

—Por ti sí. Pero ¿qué piensa Yuls? Como abogado de ambos, no puedo hacer solo lo que tú quieres. Los papeles del divorcio están firmados por ella, y si no quiere que los presente, ha de ser ella quien me lo diga. No tú.

—Hablaré con ella.

—Me parece bien.

—Hay tantas cosas de ella que quiero saber.

—Conociéndote, no sé ni cómo duermes —se mofa Rafa, que añade—: A ver, amigo, nos conocemos desde hace muchos años y tú que eres un hombre que revisa una reserva veinte veces, calcula el

tiempo que tarda en llegar a los sitios, lee la letra pequeña hasta del papel higiénico y le gusta tenerlo todo bajo control. ¿Cómo te has enamorado de una mujer de la que no controlas nada?

Tiene razón. En alguna ocasión yo también me lo he preguntado.

—Confío en que me lo contará.

—¿Y mientras tanto esperas sentado?

—¿Y qué quieres que haga?

Rafael se ríe.

—¡Tú, viviendo feliz en la incertidumbre del no saber! —Me encojo de hombros. Si así ha de ser con Yuls... aunque de pronto propone —: Está feo lo que voy a decir, porque adoro a Yuls. Pero no sería la primera vez que podemos hablar con Alexander o contratar los servicios de...

—¡Ni hablar!

—Oliver. Sabes tan bien como yo que si hacemos lo que digo en unos días podrás saberlo todo de ella. Desde si se quitó un lunar en el dermatólogo hasta el nombre de su profesor en cuarto de primaria.

Lo sé. Sé que lo que dice es cierto, pero niego con la cabeza. Hacer algo así me parecería una tremenda deslealtad hacia Yuls.

—No quiero conocerla a través de un expediente, Rafael. Quiero conocerla de forma natural. Que sea ella quien me hable de su familia, quien me la presente, quien me cuente qué sueños guarda, qué le asusta, qué le hace reír hasta desmayarse o qué cicatrices esconde. Pero todo eso quiero que sea ella quien lo comparta conmigo, no que alguien me lo entregue escrito en un informe.

—Pero...

—Rafael, sé que la historia que tengo con Yuls comenzó de la manera más surrealista. Pero hacer eso que dices, cuando hablo de amor y sentimientos, me parece una traición en toda regla. Es más,

sería algo que, si me lo hicieran a mí, yo no perdonaría. —Rafael asiente. Creo que me entiende—. Prefiero que ella confíe en mí a satisfacer mi necesidad de control.

—Definitivamente, estás enamorado, ¡patatita!

Aún nos estamos carcajeando cuando la puerta de mi despacho se abre. Es mi secretaria, Diana.

—Señor Dávila, el señor Fitzpatrick por la línea tres —anuncia.

Meto las entradas en el cajón.

—Guárdame el secreto del concierto —le pido a Rafa.

—Recuerda. —Se levanta—. Esta noche os espero a ti y a Yuls en Basmal para celebrar mi cumpleaños. Cenita y fiesta.

—Allí estaremos.

Cuando se va, pulso la línea tres y sumergiéndome en una colección de arte del Peloponeso durante dos horas hablo con Fitzpatrick, y cierro un negocio redondo.

Esa tarde, cuando llego a casa, mi abuela está sentada viendo la televisión. Cuando me ve me sonríe, pero yo la saludo con frialdad, y subo a la habitación. Quiero ducharme antes de que llegue Yuls, para que nos podamos ir al cumpleaños de Rafa.

Cuando bajo, duchado y arreglado, la abuela me mira. Sabe que sigo enfadado con ella.

—¿Cómo estás hoy, mi vida? —pregunta.

—Bien.

—¿Vais al cumpleaños de Rafael?

—Sí.

Me siento en el sofá. Cojo el periódico que no he tenido tiempo de leer y comienzo a echarle una ojeada. Como era de esperar, la abuela se acerca y sentándose a mi lado me mira. Yo hago como si no me diera cuenta. Pero no puedo. Adoro a esa mujer. Así que finalmente bajo el periódico.

—¿Qué pasa, abuela? ¿Tienes fatiguita? ¿O quizá necesitas que te lleve en la silla de ruedas para que no te canses? —digo.

Ella mueve la cabeza.

—Aunque ya te he pedido perdón muchas veces —murmura—, te lo vuelvo a decir. Lo siento, mi vida. No lo hice bien. Te martiricé con una enfermedad y siento el dolor y la preocupación que te pude causar.

Mantengo una expresión seria. Pero sus ojos, esos ojos a los que adoro, al final, pueden conmigo.

—Vale, abuela, no me lo digas más veces —cedo—. Pero entiende que lo que hiciste no estuvo bien. Me engañaste. Me trataste como a un tonto y...

—Lo sé, hijo. Lo sé —me corta—. Pero cuando me comentaste que salías con alguien en secreto, y no con esa presentadora, me emocioné. De pronto ibas de cena con una mujer que te interesaba, y no era de negocios, y eso me hizo comprender que esa persona era especial. Por lo que me inventé la enfermedad. Temía que, por tu apatía o falta de tiempo, la pudieras perder.

—Abuelaaaa...

Cuando dice eso me doy cuenta de que se percató de que salía con Vanessa. Lo que ella no sabe es que, al creerme su enfermedad, fue cuando me inventé el resto sin que Yuls hubiera llegado aún a mi vida. Ni lo sabe ni se lo voy a contar. Será mi secreto inconfesable.

—A ver, mi vida. Eres un hombre muy ocupado. Siempre le has dado más importancia al trabajo que a tu propia vida personal. Y tuve claro que o yo hacía algo, o serías el eterno y amargado soltero.

Aún nos estamos riendo cuando la puerta del salón se abre y aparece el terremoto Yuls. Viene acelerada. Se acerca a nosotros y tras darme un beso en los labios que me sabe a poco, pero de

maravilla, y a mi abuela uno en la mejilla, se va corriendo hacia las escaleras.

—¡Voy a ducharmeeeeeee!

Y yo sonrío como un tonto.

—Esa sonrisa enamorada es la que siempre he querido en tu rostro —dice mi abuela.

—Abuela...

—Estoy tan feliz por ti y por Yuls. Sois una parejita encantadora.

Reconozco que yo también estoy muy feliz. Suena su teléfono.

—Es tu hermana —anuncia—. Esta noche viene a cenar con Javi. Voy a contarles lo ocurrido. Merecen saber la verdad.

Suspiro. Que le cuente lo ocurrido a mi hermana significará aguantar a Lara con aquello de «Gordiiiii, te lo dije», «Gordiiii, con lo listo que te crees, qué tonto eres», pero asiento. Me parece bien que lo haga.

La abuela coge el teléfono y la escucho. Habla con la misma intensidad y fuerza de siempre. Con la alegría que yo conozco en ella; yo no puedo evitar sonreír. ¡Qué cabrona, cómo me ha sabido engañar!

Sediento, voy a la cocina y abro la nevera. Saco una cerveza y estoy bebiéndola cuando aparece Yuls. Va vestida con una falda larga de color celeste y una camisa blanca anudada en un lateral. Reconozco que su manera de vestir, tan jovial y diferente a la mía, me gusta. Ella, quitándome la cerveza de las manos, le da un trago sin importar cómo la miro y me apremia.

—Vamos, cielo, o llegaremos tarde.

¿En serio, ahora me viene con prisas?

Cuarenta minutos después, y en hora, cuando llegamos al restaurante donde Rafa ha organizado la cena de su cumpleaños rápidamente le presento a los amigos que no conoce. Los que ya

conoce la saludan con amabilidad, especialmente Alexander. Entre ellos hay un excelente rollito.

Durante la cena, todos hablamos y reímos. Al no ser el anfitrión, puedo estar más a lo mío y disfruto de la compañía de mi mujer. Como siempre, es muy empática con todo el mundo y me encanta verla hablar y reír. Su vitalidad me hace feliz.

Acabada la cena, decidimos irnos a tomar unas copas. Se proponen varios sitios, y al final nos decantamos por El Rosal, un local muy bonito y animado al que he ido con mis amigos cientos de veces.

Una vez allí, cuando Yuls está bailoteando en la pista con Rafa y Alexander, oigo en mi oído:

—Hola, amor.

No me jodas. ¡Vanessa!

Incrédulo, me la quedo mirando.

—Acabo de llegar con unos amigos y, al verte, te quería saludar —murmura.

Suspiro. Está visto que debo buscar sitios nuevos a los que ir, porque en todos los que conozco me encuentro con ella.

—Tu falsa mujercita se lo pasa bien con Rafita —suelta, mirando hacia la pista—. La verdad, amor, pega más con él que contigo. Son bastante vulgares los dos.

Su comentario me molesta. Me encabrona. ¿Pero quién se cree que es ella?

—¿Cuándo nos vas a dejar en paz?

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien a lo que me refiero —digo, molesto por sus palabras y su gesto—. Ni te llamo ni te busco, pero insistes y molestas. ¿Por qué no paras?

Se ríe. Se retira con coquetería el cabello de los ojos.

—Amor, te conozco —musita—. A ti siempre te ha gustado la excelencia, no lo sencillo y ordinario. Y sabes que la excelencia soy yo. No ella.

Resoplo. ¿Pero qué vi en ella? ¿Acaso estaba ciego para no darme cuenta de la clase de mujer que es?

—La sencillez de lo ordinario me resulta más encantadora que una excelencia incapaz de conocer los límites de la impertinencia y el mal gusto —replico cada vez más encabronado.

Vanessa aprieta la mandíbula. Lo que le acabo de decir le repatea y sin más se da la vuelta y se va. Se lo agradezco.

Alexander se acerca a mí.

—¿En serio? —me pregunta tras mirar a Vanessa.

Entiendo su pregunta.

—No tengo nada con ella —respondo—. Mi prioridad es Yuls.

Alexander asiente. Da un trago a su bebida.

—Me alegra oír eso —confiesa—, porque, entre tú y yo, Yuls vale muchísimo más que esa maldita reportera sensacionalista, a la que me encuentro cada vez que tenemos un aviso. Tienes la enorme suerte de haber encontrado a una mujer excepcional. Por lo tanto, no la cagues, amigo.

Aquello me hace sonreír. Si tenía celos de Alexander, debo olvidarlos, pues sus palabras me hacen saber que está conmigo.

—¿Qué narices hace esa petarda aquí? —pregunta Rafa, acercándose.

Alexander, Rafa y yo miramos hacia donde está Vanessa. Además del grupo que la acompaña, vemos que saluda a algunos de los que están celebrando el cumpleaños con nosotros.

—Algo me dice que alguien la avisó de dónde estábamos —conjeturo.

—¡Joder! —murmura Rafa.

En ese instante una chica se acerca a Alexander, y él y ella se retiran.

—Bueno... bueno... ¡pero si llegó la diva divina! —oigo que dice Yuls. Rafael y yo la miramos, y ella sin perder su sonrisa, ignorando a Vanessa, dice—: Me muero de sed.

Le pido un vodka con Coca-Cola. Sé que aquella bebida le gusta, y cuando segundos después Rafael ligotea con una rubia en la barra, acerco a mi mujer a mi cuerpo y la beso. Un beso nos lleva a otro, y el siguiente a muchos más. Yuls responde. Siento que tras lo que le dije aquel día necesita ese acercamiento, y yo, dispuesto a enamorarla, se lo doy. Es mi objetivo.

—¿No creéis que os estáis pasando?

Incrédulo, miro hacia la derecha. Vanessa está a nuestro lado con mal gesto.

—Ya está bien con tanto besito va y besito viene —grita ante los amigos.

Yuls me mira sorprendida.

Mis amigos están atónitos.

Lo que hace Vanessa no tiene nombre. ¿Pero quién se cree que es para decir algo así y hablarnos de aquella manera?

Y, cansado de aquello y necesitado de acabar con esto, la miro y, en los mismos términos que ella nos habla, respondo bien alto para que todos nos escuchen:

—Mira, Vanessa, voy a decir esto solo una vez y delante de todos para que no haya malentendidos. Lo nuestro terminó hace tiempo y no existe la menor posibilidad de que lo vayamos a retomar. No siento nada por ti ni lo he sentido desde que lo nuestro acabó. Estoy profundamente enamorado de mi mujer y no permitiré ni que tú ni nadie le falte al respeto. Por lo tanto, demos este tema por zanjado y aléjate de nuestras vidas.

—Pero, Oliver, ella...

—Vanessa, deja de hacer el ridículo de una vez.

—Deberías saber la verdad. Todos deberían saber la verdad. Sé sincero y cuenta que...

—Cuidado —la interrumpo con una calma mucho más intimidante que cualquier grito. Y, acercándome a ella, bajo la voz—: Si se te ocurre pronunciar una sola palabra más de lo que estás pensando, prepárate para asumir las consecuencias. Porque entonces todos sabrán eso que nunca me has contado y que tiene que ver con Maximiliano Fontana.

Vanessa se sorprende. Nunca le dije que estaba enterado de aquello y sabe que si sale a la luz hundirá su carrera no solo en España, sino también en Italia.

—Estoy casado con una mujer hermosa, inteligente, encantadora, empática y con una calidad humana que tú jamás has demostrado. Ella me hace sonreír en mis peores días y se ha convertido en el lugar seguro al que quiero regresar cada noche cuando salgo del trabajo. —Y, levantando la voz, sentencio—: Así que este acoso y derribo se termina aquí, Vanessa. Deja de perseguirme. Deja de importunar a mi mujer. Deja de intentar abrir una puerta que se cerró para siempre. Aléjate de nosotros, porque no voy a volver a tolerar una sola intromisión más. ¿Te queda claro?

Vanessa me mira asustada. Nunca me ha visto así. No sé si le asusta más verme así o que yo sepa lo de los Fontana. Y cuando se va a mover, veo que Yuls la agarra por el brazo y la obliga a mirarla.

—¿Dónde está ahora tu prestigio, honor y credibilidad? —pregunta y, viendo que Vanessa aprieta los labios, añade—: Aunque vista vaqueros de mercadillo, Oliver se enamoró de mí. Así que pasa página y resetéate, porque mi marido no es de los que cambian de colección cada temporada.

Cuando Yuls termina, Rafa, Alexander y mis amigos la aplauden y la vitorean. Vanessa nunca fue objeto de su devoción. Yuls sonríe.

—Uiss, cielo, qué a gusto me he quedado —afirma mientras Vanessa se aleja.

Sonrío y la abrazo. Nos miramos a los ojos.

—Como bien has dicho, cariño, no soy de cambiar de colección cada temporada —afirmo—. Y habiendo encontrado una pieza única e irrepetible como tú, menos.

Yuls me besa como yo la beso. Creo que en este instante ella se ha dado la oportunidad de enamorarse de mí y, aunque esté feo decirlo, casi le tengo que dar las gracias a Vanessa.

La siguiente hora no puedo dejar de besar a Yuls. Lo ocurrido ha sido un antes y un después para nosotros. Y, cuando las luces del local bajan y la música se vuelve más íntima, pregunto:

—Tú y yo nunca hemos bailado juntos, ¿verdad?

—Verdad.

Yo ya me he encargado de ir a hablar con el que pone la música, y de improviso empieza a sonar cierta canción.

—Cariño, serías tan amable de bailar conmigo nuestra nada romántica canción de amor —le pido.

Ella sonríe. En su gesto veo una felicidad que hace que mi corazón se revolucione, por lo que, dejando nuestras copas sobre la mesa, salimos a la pista, donde otras parejas acarameladas bailan.

Nos abrazamos. Es nuestra primera vez bailando juntos.

—Lo confieso. Le pedí que pusiera esta canción —me descubro.

—Ya decía yo. —Y ella no deja de sonreír. Dios, me derrito cuando sonríe así. Ella pregunta—: ¿Por qué siempre dices que no es nada romántica esta canción? ¡Pero si es preciosa!

Me río.

—Porque es una canción que habla de un amor que no fracasa por falta de sentimientos, sino porque uno de los dos deja de ser leal, empático y entregado —respondo con mi habitual tendencia a analizarlo todo—. Lo veo como un grito contenido de alguien que por fin entiende que no tiene sentido seguir cumpliendo un trato cuando la otra persona dejó de hacerlo. —Yuls me mira. Creo que la he sorprendido. Curioso, pregunto—: ¿Cómo la interpretas tú?

—Yo simplemente la interpreto como una canción de profundo amor y desesperación.

—Señorita Pérez, cada día me gustas más.

Tengo ganas de darle la sorpresa del concierto al que la voy a llevar, pero me callo, y en silencio bailamos aquella canción cuya letra me eriza la piel, porque quiero conocer esa mitad del mapa que ella me oculta, y no sé cómo hacerlo.

Esa noche, cuando regresamos a casa, ocurre lo que tenía que ocurrir. Hacemos el amor como dos locos apasionados. Somos ella y yo, y lo disfrutamos olvidándonos del mundo y centrándonos en nosotros. Solo en nosotros.

Capítulo 45

En junio, tres días después de la apasionada noche de amor con Oliver, tengo una excursión con los chavales del centro de acogida a Buitrago del Lozoya. Nos hace un bonito día y hacemos una ruta caminando que casi puede con nosotros, pero logramos terminarla. Cerca de la piscina natural de Riosequillo paramos para comer y, tras ver que todos los niños tienen sus bocatas en la mano, me dispongo a comerme el mío, pero no encuentro mi mochila.

¿Pero dónde está?

Al fin aparece donde juraría que yo no la he dejado. Pero con los chavales nunca se sabe. Seguro que alguno la ha cogido y la ha dejado allí.

Sentada junto a Lucas y otros niños, disfruto de mi bocata mientras escucho el murmullo y las risas de la gente y de las familias que nos rodean. El buen humor reina en el ambiente cuando un olor llega hasta mí. Tan conocido que me hace contener la respiración.

Giro la cabeza con celeridad. Con la mirada y el corazón paralizados, recorro a las familias. Niños. Excursionistas. Pero no encuentro a quien realmente no quiero encontrar. Aquel olor a colonia rancia mezclada con alcohol para mí es imposible de olvidar, pero al no descubrir nada raro y comprobar que mi nariz me ha jugado una mala pasada, prosigo hablando con los chavales. Eso sí. Ya con todos mis sentidos alerta.

Acabada la comida, hace un calor de mil demonios. Los monitores y yo entretenemos a los críos, que están como locos por meterse en

la piscina natural. Y cuando creemos que ha pasado un tiempo prudencial para su digestión, les damos el pistoletazo de salida. Como era de esperar, corren al agua como locos.

Mis compañeros se meten con ellos, y yo, sentada bajo un árbol, desde fuera los observo. Entonces suena mi teléfono y, al mirar, leo «Vanessa». Es la primera vez que me llama por teléfono e intuyo la razón.

—Hola, Vanessa —saludo.

—¿Hasta dónde pretendéis llegar con esto?

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes muy bien. Lo que tienes con Oliver es una farsa. Una mentira que Oliver se inventó para hacer creer a la vieja de su abuela que...

—Mira, Vanessa —le corto—. Lo primero, esa vieja como dices se llama Ágata, y por lo menos ante mí vas a hablar con respeto de ella. Y lo segundo, lo que tengamos Oliver y yo a ti ni te va ni te viene. Es más. Creo que él fue tremendamente clarito la otra noche contigo. Por lo tanto, ¿qué tal si toda la energía que gastas en nosotros la empleas en ti misma?

—Oliver es mío.

—Nadie es propiedad de nadie.

—Tú no le convienes, y lo sabes.

—Mira. Si me vas a venir ahora con lo del prestigio, honor y credibilidad, ¡olvídalo!

—Eres una mujer sin nada de eso. Por no tener, no tienes ni estudios y...

—Uiss, Vanessa, ¡me aburres!

La oigo maldecir. Que le hablen así a la poderosa Vanessa Smith es algo a lo que no está acostumbrada.

—Atente a las consecuencias —me amenaza.

Al segundo, el teléfono se queda mudo y sé que ha colgado.

¡Será hija de...!

Pero si soy sincera, su llamada no me produce ni frío ni calor. Paso de ella y de su pataleta de niña malcriada. Instantes después, Lucas se sienta conmigo.

—¿No te metes en el agua? —le pregunto. Niega con la cabeza. Con la escayola que lleva en su brazo no lo tiene fácil—: ¿Qué te pasa?

Lucas me mira. En sus ojos veo que quiere decirme algo.

—¿Tan enamorada estás de ese rancio? —suelta de repente.

Oír eso me hace resoplar. Pero a él no quiero mentirle.

—Sí, Lucas —admito—. Los sentimientos son algo que no se pueden controlar. Y me he enamorado de la persona que menos esperaba.

Guardamos silencio unos instantes.

—¿Y por qué sabes que estás enamorada de él? —vuelve a preguntar.

—Porque cuando lo veo las maripositas del estómago revolotean enloquecidas. Porque a su lado por primera vez en mi vida es como si estuviera en casa. Y porque me hace sentir bonita, querida, respetada y tranquila, entre otras muchas cosas, aunque tú sigas llamándolo «rancio».

Lucas me mira. Nunca entre nosotros se había colado un tercero.

—Mamá... qué tonterías dices —protesta.

Sonrío. Posiblemente tenga razón.

—El día que te enamores me entenderás —remato y, sorprendentemente, Lucas esboza una sonrisa, aunque, consciente de mi realidad, apostillo—: Pero esto tan bonito que me está pasando con Oliver se acabará el 28 de agosto. Ni un día más. Ni un día menos.

—¿Por qué?

—Porque soy Yuls Pérez, y a mí pocas cosas buenas me pasan.

—Mamá, no digas eso. Olvídate del nubarrón negro.

Afirmo con la cabeza. Que Oliver no sepa lo que le oculto cada día me pesa más.

—El 28 de agosto, cuando termine nuestra relación, no será porque deje de quererlo o porque él no me quiera a mí, sino porque no quiero perjudicarlo personal y profesionalmente. Prefiero recordar lo que tuvimos como algo bonito a...

—Lo dices por Vicente, ¿verdad?

—Sí —afirmo. Lucas me mira. El odio que le tengo a Vicente se lo he transmitido a él. Mis ojos se llenan de lágrimas que me trago y en un hilo de voz, mientras observo cómo mis compañeros y los niños disfrutan en la piscina natural, añado—: Si ese malnacido no existiera, lo que tengo con Oliver podría ser real. Podría durar. Pero la realidad es la que es, y no puedo arriesgarme a jorobarle la vida. —Lucas toma mi mano. Me la aprieta. A nuestro modo nos comunicamos. Yo continúo—: El día que te enamores espero que tu madurez te haga entender que, en ocasiones, el acto de amor más grande no es aferrarse a alguien, sino desearle felicidad y permitirle proseguir su camino, aunque en ese camino no estés tú.

Se me quiebra la voz. Hoy tengo un día tonto. Y cuando Lucas me abraza, aprieto los ojos para no llorar.

Por la tarde, de camino al centro, creo que por el calor que hemos pasado comienza a dolerme la cabeza. Eso de que mis jodidas migrañas decidan por sí solas aparecer sin ser llamadas, como diría Oliver, ¡me encabrona! Por lo que busco en mi mochila las pastillas que suelo llevar siempre. No están. Maldigo.

Lucas, que me ve agobiada, intenta ayudarme. Vacía la mochila sobre un asiento del autocar por si yo no las veo por los nervios,

pero nada. Las pastillas han desaparecido.

Adela, una de mis compañeras, me da un ibuprofeno. Es lo único que tiene. Pero eso y nada es lo mismo. El dolor va *in crescendo*, pero estoy con los niños y no los puedo desatender.

Cuando regresamos al centro, mi dolor está en su punto álgido. Ver el carísimo coche de Oliver en el aparcamiento no me sorprende y me produce una gran felicidad. Aunque en mi cabeza sigue el runrún, por lo que callo y no le cuento nada. Sé que hago mal. Sé que no estoy siendo honesta con él. Pero, por primera vez en la vida, soy tan feliz que soy egoísta y solo pienso en mí.

Al bajar del autobús, Oliver me saluda con la mano y yo le devuelvo el saludo. Qué guapo está con su traje oscuro y su corbata. Estoy viviendo algo tan bonito y mágico con él que todavía no me lo creo.

Mis compañeros, que saben con quién estoy casada, se acercan a mí revolucionados.

—Ese es tu marido, ¿verdad? —preguntan.

Hago un gesto afirmativo.

—¡Qué guapo!

—Lo es —me muestro de acuerdo.

—¡Qué alto!

—Pues sí.

—¡Qué estilazo!

—Lo tiene.

—¡Qué cochazo!

—Un maquinote.

—Vamos. Todos para adentro. A la ducha —les ordeno a los niños, que continúan observando a Oliver.

Como están cansados, los niños me obedecen a la primera. Lucas se acerca a mí.

—Otra vez está aquí —me dice, sin señalar a Oliver.

—Lucas...

Lo alejo un poco de mis compañeros para regañarle, pero él, bajando la voz, cuchichea:

—Ahora te irás con él y no te quedarás conmigo.

Suspiro. Entiendo lo que dice Lucas. Desde que Oliver pasa a buscarme, reconozco que me falta tiempo para salir corriendo del centro.

—Vale, Lucas. Vale.

Me toco la cabeza. Joder... Joder... qué dolor.

—Ve al botiquín y tómate tus pastillas —dice Lucas, que me conoce.

—Ahora lo haré.

Instantes después, Oliver se acerca a nosotros y, agarrándome por la cintura, me da un beso en los labios.

—Hola, cariño.

Aquel cariñoso y efusivo saludo me encanta. Dios, cómo me gusta esa sensación. Oliver entonces mira a mi acompañante.

—Hola, Lucas, ¿qué tal va ese brazo? —lo saluda, tendiéndole la mano.

Lucas no se mueve. Lo mira con esa chulería que sabe mostrar cuando quiere.

—No me gusta que vengas tanto —le dice, al tiempo que le estrecha la mano.

Oliver levanta una ceja.

—¿Cuál es el problema? —pregunta.

—El problema eres tú.

Miro a Lucas. Le he explicado lo que siento por Oliver con la esperanza de que bajara su odio hacia aquel.

—Lucas, cuando quieras te puedes venir con nosotros. Yo estaré encantado de que lo hagas —le propone Oliver.

—No me gusta compartir —responde con desprecio.

—¡Lucasssss!

Oliver, con tranquilidad, aprieta mi cintura. Su serenidad me hace entender que, aunque no ha lidiado con alguien como Lucas, sí lo ha hecho con otros problemas en la vida.

—A mí tampoco me gusta compartir —admite—. Pero Yuls tiene cariño para los dos y me parece bien compartirlo contigo, especialmente porque tú la conoces desde antes que yo.

Incrédula, miro a Oliver. Está claro que intenta hacer todo lo que puede para que el chaval lo acepte.

—Si le haces daño, te mato —sentencia Lucas.

Y, sin más se aleja, momento en el que yo protesto:

—¡Lucasssss! ¿Pero qué dices?

Pero no mira. Se limita a seguir andando.

—Creo que cada día le caigo mejor —bromea Oliver.

Molesta por el comportamiento de Lucas, voy a protestar cuando me toco la cabeza.

—¿Te duele? —pregunta.

Asiento. Kaory se acerca hasta nosotros. Ella no ha venido a la excursión.

—Oliver, qué alegría verte.

Este con cariño sonríe y la saluda.

—A Yuls le duele la cabeza —dice—. ¿Tenéis algo aquí para que se tome o voy a la farmacia?

Kaory me mira. Conoce mis migrañas.

—Dentro hay naproxeno —afirma.

Oliver asiente.

—Cariño, ve a tomarte algo, porque nos vamos de fin de semana a la playa. —Lo miro. Rápidamente niego con la cabeza, cuando este insiste—: Como libras desde hoy viernes hasta el martes, he llamado para que acondicionen La Última Ola. Una casita que tengo en Tarifa.

¿En Tarifa tiene una casita llamada La Última Ola? Primera noticia.

Kaory me mira. Sabe perfectamente que pienso en mi madre, y agarrándome del brazo tira de mí y le dice a Oliver:

—¡Qué buena idea! Espérala aquí. Yuls tiene que entrar un segundito a tomarse un naproxeno y, cuando salga, os marcháis de finde.

Oliver asiente. Y yo, totalmente desconcertada, mientras camino con mi amiga murmuro:

—No puedo irme.

—Yuls...

—Tengo que ocuparme de mamá.

—Yuls. Tu madre está bien.

—¿¡Pero cómo me voy a ir de fin de semana!?

—¿Y por qué no te vas a ir?

—Kaory...

—A ver, Yuls. Te conozco desde hace ocho años y nunca te has ido de fin de semana ni sola ni con nadie. Siempre has estado cuidando de tu madre y de Lucas. Y ahora tu madre está rodeada de profesionales que la cuidan y Lucas ha crecido. ¿Acaso no te mereces este fin de semana?

No contesto. Sé que tiene razón, pero ¿cómo me voy a ir?

Entramos en el centro, y Kaory, sin soltarme, me lleva hasta donde está el botiquín. Coge la medicina que necesito y me da una pastilla.

—¿Cómo no te has tomado algo antes? —quiere saber—. Siempre llevas pastillas.

—Cuando las busqué en la mochila no estaban. Se me debieron de caer o acabar o ¡yo qué sé!

—Vale. Venga, tómatelo.

La obedezco. Con un vasito de agua, me trago aquella pastillita que tan bien me viene para mi dolencia.

—No me mires así y vete con Oliver —vuelve a la carga.

—Pero, Kaory, irme con él liará más la situación.

—¡¿Que se liará más?! —se mofa y, bajando la voz, cuchichea—: Sé que tengo que darte la razón como a los tontos cuando dices que ese hombre no te gusta. Pero, amiga, abre los ojos y reconoce que estás enamorada de él, y eso es lo que te tiene tan acojonada.

Mis sentimientos por Oliver están totalmente descontrolados. Todos y cada uno de los días hace cosas para enamorarme, y ante esas cosas no me puedo resistir. No me puedo controlar.

—Creo que ha llegado el momento en el que has de hablar con Oliver de eso que callas, y que tanto te frena y martiriza —me recomienda Kaory.

—No puedo.

—Claro que puedes. ¿Pero por qué no confías en él?

No respondo. La realidad es más compleja de lo que puedo expresar con palabras. Solo sé que tengo un miedo atroz a que mi pasado me arruine el presente. Sigo recordando cuando me preguntó si en mi pasado había algo oscuro y le respondí que no. Le mentí. Y ahora esa mentira me pesa como una losa, porque los sentimientos han entrado en acción y lo que callo es tremendamente importante.

Ahora que conozco a Oliver y a su familia, sé lo mucho que significa para ellos preservar su intimidad y mantenerse alejados de cualquier escándalo. Y si la prensa se entera de quién fue mi padre, ¡será un escándalo! Durante años, y exceptuando a Lara con sus

divorcios, me consta que han vivido con discreción, evitando convertirse en el centro de la prensa sensacionalista. Y yo, cuanto más lo pienso, más me acojono, porque soy consciente de que soy el titular perfecto que puede destruir su tranquilidad.

—Por tu madre no te preocupes. Estará bien.

—Pero ¿cómo no voy a ir a visitarla durante tantos días?

—Si lo que te agobia es eso, iré yo a visitarla con Toni. Incluso recogeré a Lucas y lo llevaré para que la vea. —Niego con la cabeza. Es una locura, pero Kaory insiste—: Yuls, no has parado de trabajar, de visitar a tu madre, de cuidar de Ágata, de Lucas, de Oliver y de preocuparte por infinidad de cosas. Por favor, déjate de tonterías y vete.

—Pero...

—Yuls —me corta mi amiga—. Lo necesitas. —Kaory me mira. Su insistencia me enerva y, cuando voy a negarme de nuevo, repite—: Por tu madre no te preocupes. Yo iré a visitarla mañana o el domingo con Toni. Y si pasa cualquier cosa te aviso, ¿vale?

Nos miramos. La determinación en el gesto de Kaory me hace asentir, y mi amiga, sonriendo, mete un blíster de naproxeno en mi bolso.

—Venga. —Me empuja—. Ficha y márchate a la playa con tu guapo misil.

Tomo aire. Alejarme de mi madre no es lo que más me apetece, pero finalmente claudico. Creo que un fin de semana de relax me vendrá bien.

—Yuls, ¿vamos el finde al cine?

Veo a Lucas, que espera contestación, pero es Kaory la que responde:

—No, Lucas. Yuls se va de fin de semana con Oliver. Por lo tanto, despídete de ella, porque hasta el martes no la verás.

Lucas parpadea. Es la primera vez desde que llegó al centro que estará tantos días sin verme y, cuando voy a hablar, levanta la mano.

—Me queda claro con quién quieres estar.

Y sin más se da la vuelta y se marcha, dejándome devastada.

Oír eso me duele. Lucas y mamá siempre han sido mi prioridad.

—Es un adolescente egoísta y enfadica —continúa Kaory—. No se lo tengas en cuenta y vete.

¿Pero cómo no tenérselo en cuenta?

Cuando salgo del centro, veo a Oliver. Está apoyado en su precioso coche, vestido con un impecable traje oscuro.

—¿Te has tomado algo para el dolor de cabeza? —me pregunta cuando me acerco.

—Sí.

Yo no le cuento lo de Lucas.

—Será un bonito fin de semana. Ya lo verás —me anima.

Con gesto de incertidumbre, asiento. No sé yo. Y, sin más, me monto en el vehículo. Es la primera vez que me voy de fin de semana y dejo a mamá y a Lucas. En todos los años que llevamos juntos, nunca me he separado de ellos más de veinticuatro horas.

Cuando Oliver sale a la carretera, me siento rara. Nerviosa. En la vida me he ido a pasar un fin de semana con nadie.

—¿La Última Ola? —indago.

Oliver sonríe.

—Es una casita que me compré hace años a la que decidí llamar así.

—¿Tu abuela qué ha dicho de que nos vayamos?

—Está encantada de que lo hagamos y ha dicho que espera que nos lo pasemos fenomenal.

—¿Las maletas van atrás? —quiero saber.

—Vamos sin maletas.

—¡¿Qué?!

—Estaba en la oficina y se me ocurrió irnos de finde sin tenerlo planeado. Ya compraremos en Tarifa lo que necesitemos.

Incrédula, no sé qué decir. Que Oliver haga aquello sin planificar desde luego es algo rompedor para él. ¿Pero vamos sin ropa?

—Cierra los ojos y relájate.

—Pero ¿qué clase de copiloto sería? ¿Cómo voy a hacer eso?

Oliver sonríe. Cuando lo hace así, me mata por lo guapo que se pone.

—Pues muy fácil, señorita Pérez. Reclinas el asiento. Cierras los ojos y descansas el tiempo que necesites para que el dolor de cabeza se vaya. —Oír eso me hace sonreír; él insiste—: Vamos. Confía en mí, ¿vale?

Su voz. Su mirada. Su sonrisa. Todo me grita que confíe y, sin más, reclino el asiento, me pongo las gafas de sol para que me dé aún menos luz en los ojos y decido echar una cabezadita de diez minutos.

Capítulo 46

Cuando llegamos a Tarifa, concretamente a La Última Ola, son las once y veinte de la noche. Yuls ha ido todo el camino dormida y cuando apago el motor, con cuidado salgo del coche y me acerco a Salva y a Karina, que me esperan. Ellos son el matrimonio amigo que se ocupa de que la casa esté cuidada y en condiciones cada vez que la visito.

Los saludo con cariño. Me entregan las llaves y, una vez que me hacen saber que todo está bien, Karina me indica que regresará los siguientes días para dejarme comida en la nevera. Encantado, le digo que sí. A Yuls le gusta mucho comer.

Luego ellos se van, no sin que antes yo les prometa que al día siguiente les presentaré a Yuls. Me acerco de nuevo al coche. A través del cristal delantero la veo plácidamente dormida.

—Cariño... Yuls... —susurro, abriendo la puerta del copiloto.

No tarda en incorporarse. Se quita las gafas de sol.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—En Tarifa.

Levanta las cejas. Su gesto adormilado me hace gracia.

—¿He dormido todo el camino? —dice, saliendo del coche.

—Siete horas y treinta y cinco minutos.

Horrorizada me mira. Yo me río.

—¿Ha desaparecido tu migraña?

—Totalmente. Pero me siento fatallllll. ¿Cómo he podido dormir tanto?

—Me encantan tus ronquiditos.

—Yo no ronco.

—Señorita Pérez, ¡usted ronca!

Su gesto horrorizado me hace sonreír.

—Ven. Te enseñaré la casa. —La agarro de la mano.

La Última Ola es una antigua casa de pescadores restaurada. Es chiquitita, con dos habitaciones, un bonito salón con cocina integrada, un baño totalmente equipado y una terraza que da al mar y que es una maravilla.

El gesto de Yuls es el que esperaba. Veo que le encanta aquel oasis que es tan apreciado para mí.

—Mañana iremos a la tienda de Susi a comprar todo lo que necesitemos —le digo cuando he terminado de enseñarle la casa—. De momento, tenemos cepillos de dientes, comida, bebida en la nevera y algo de ropa en el armario.

Yuls asiente. Lo que oye le parece bien y no sé por qué pienso en la única vez que traje a Vanessa aquí. A ella no le gustó nada el lugar. Es más, le horrorizó porque solo había playa, ropa cómoda... y no quiso volver. Pero, por lo que veo, a Yuls le gusta. No le incomoda que la casa sea pequeña ni que apenas tengamos nada para vivir. Lo que ve le parece bien. Así que, hambrientos, atacamos la nevera.

Mientras tomamos un excelente salmorejo y ensaladilla rusa que Karina nos ha preparado, le hablo de Salva y de Karina. Los que cuidan la casa, y que hacen que mis estancias sean agradables cuando voy, son amigos de toda la vida. Siempre me ha gustado ir a Tarifa, porque me apasionan algunos deportes de agua.

Cuando se lo comento a Yuls, se sorprende.

—¿Qué deportes de agua practicas? —se interesa.

—Surf. Windsurf. Kitesurf. Moto de agua.

—¿En serio?

—Sí. —Y, sonriendo, afirmo—: Sé que no tengo veinte años, que tengo prácticamente el doble, pero me gustan esos deportes.

—¡¿Tú haces eso?!

Asiento con firmeza. Sé que para ella y para muchos soy el estirado y serio director de las Galerías Dávila.

—Esas son mis tablas —señalo al fondo del salón—, las de mi sobrino Javier y las de Rafael. Y, por supuesto, ahora también son las tuyas. —Se ríe. Su risa me hace gracia—: ¿Alguna vez has hecho surf? —Ella niega con la cabeza—. Pues mañana recibirás tu primera clase.

De nuevo ella suelta una carcajada, y yo la sigo. Su sonrisa me hace bien.

Sentados en la terraza frente al mar, de pronto Yuls se levanta y apaga las luces. La oscuridad nos envuelve por completo. Poco a poco, nuestros ojos se acostumbran a la luz de la luna.

—Tienes ante ti la mayor obra de arte del mundo —dice—. El cielo estrellado.

Encantado, asiento. Miro lo mismo que ella. Miles de estrellas salpican la noche, reflejándose sobre la superficie del mar.

En un silencio sereno y cómplice, los dos disfrutamos de aquella obra de arte durante un buen rato, hasta que ella, al verme bostezar, pregunta:

—¿En qué habitación dormiré?

—Hay dos habitaciones. Elige la que quieras.

Veo que se levanta. A oscuras se dirige a las dos habitaciones.

—Me quedo con la de la izquierda —dice cuando vuelve—. Ya he visto que la otra es la tuya.

¿Que se queda? ¿No va a dormir conmigo?

—Si tú la quieres es tuya —le digo. No quiero presionarla.

Yuls niega con la cabeza.

—Con la otra es suficiente.

Asiento. Nos dirigimos hacia las habitaciones. Al llegar a la puerta de ambas nos paramos.

—¡Espera un segundo! —le digo, recordando algo.

Voy hasta el coche. Lo abro. Saco una pequeña bolsa y, cuando regreso, se la entrego.

—Cuando paré a repostar en una gasolinera, las vi y te las compré.

Yuls abre la bolsa y, al ver lo que es, me abraza.

—Muchas gracias, Oliver. Eres un cielo, no un rancio.

Sonrío. Lo que he comprado ha sido un par de luces nocturnas. De esas que ella pone para dormir.

Al tenerla en mis brazos percibo su maravilloso olor. Deseo besarla. Deseo hacerle el amor como llevo días haciéndoselo. Necesito hablar con ella de lo que siento. Pero cuando ella se separa de mí, musito:

—Que tengas buena noche.

—Tú también.

—Cualquier cosa que necesites, estoy aquí.

Yuls sonríe, asiente y desaparece tras la puerta.

Acto seguido, yo hago lo mismo. Tras una duchita, me tumbo sobre la cama, vestido únicamente con mis bóxer negros.

Miro al techo. Pienso en ella. Lo que me prometí sobre enamorarla sigue dando vueltas y vueltas en mi cabeza. Entonces, oigo unos golpecitos en la puerta. Me levanto a toda prisa. Abro la puerta y boquiabierto me quedo cuando Yuls, que va vestida con una camiseta de las que le dejé sobre la cama, murmura:

—¿Puedo dormir contigo?

Me echo hacia un lado.

—A la derecha tienes un enchufe —señalo al ver lo que lleva en la mano.

Veo cómo coloca la luz nocturna. Luego coge una silla. La pone delante de la puerta. Después viene hacia mí. Se empina y me da un rápido beso en los labios.

—Lo sé. Seguimos teniendo esa conversación pendiente.

—Así es —afirmo; me agrada su franqueza.

En silencio nos volvemos a mirar.

—Disfrutemos de un bonito fin de semana —propone.

Oír eso me gusta. Y, ansioso por besarla, paso mis manos alrededor de su cintura, la acerco a mí y la beso. Un beso nos lleva a otro. Y una caricia a la siguiente.

Cuando caemos sobre la cama, los animales salvajes que viven en nuestro interior se manifiestan, y con esa impetuosidad y locura desmedida hacemos apasionadamente el amor.

A las cuatro de la mañana, tras compartir varios momentos íntimos, Yuls se refugia entre mis brazos y yo, feliz, la acepto. Es más. Necesito que haga eso. Su respiración, a cada instante más lenta y pausada, se fusiona con la mía mientras el sonido de las olas que van y vienen nos envuelve.

Con ella entre mis brazos siento paz absoluta. Ella me proporciona esa paz, y finalmente nos quedamos profundamente dormidos.

Capítulo 47

Cuando abro el ojo me encuentro abrazada totalmente por Oliver.

Nuestros cuerpos están enredados. Brazos. Piernas. Torsos. Y, la verdad, vernos así me hace sonreír.

—¿De qué se ríe, señorita Pérez? —oigo.

Mi sonrisa se ensancha.

—De lo mucho que me gusta estar así —ronroneo, abrazándome más a él.

Un gruñido de satisfacción me hace saber que lo mismo le ocurre a él y, cuando miro hacia arriba, me encuentro con aquellos ojos oscuros.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días, tomatito cherri.

Me río. Se ríe. ¿Me acaba de llamar «tomatito cherri»? ¡Me parto!

Oliver cada vez es más natural, menos estirado conmigo, y sé que se merece tener esa conversación que quiere. Pero tengo miedo. Me da pánico esa conversación y la evito todo lo que puedo. Mi intención es estar con él hasta que finalice el contrato y después desaparecer. Si Vicente algún día aparece, no quiero estar con él. Lo último que quiero es perjudicarlo.

—¿Por qué llamaste a esta casita La Última Ola? —quiero saber.

—Porque es al sitio al que regreso cuando, tras un día disfrutándolo, el mar ya me lo ha dado todo.

Bonito. Eso que dice es muy bonito.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

Me sorprendo. Oliver es de los que se levantan muy temprano.

—Hace un precioso y soleado día. ¿Qué te apetece hacer hoy? —me pregunta tras darme un beso en la frente.

Durante unos segundos lo pienso. Intuyo que este viaje lo ha organizado, además de para enamorarme, para sorprenderme, y deseo ver si es capaz de hacerlo con algo que no conozca de él.

—Surf —digo, recordando la conversación de anoche. Su sonrisa se expande. Está claro que le ha gustado mi respuesta, y más cuando añado—: Me gustaría tener mi primera clase de surf y verte disfrutar de eso que tanto te gusta y que nunca me imaginé de ti. ¿Puede ser?

Oliver busca mi boca y yo se la doy dispuesta a disfrutarlo. De ser dos desconocidos que apenas se soportaban, en poco tiempo las cosas han ido cambiando de manera inexplicable, y aquí estamos, besándonos con verdadero gusto y dedicación.

Si alguien me preguntara qué es lo que tenemos no sabría explicarme. Comenzaría diciendo que fue un trato, después un contrato y ahora no sería capaz de encontrar las palabras, porque si digo amor, reconozco que me asusto.

¿Cómo es posible que nos estemos enamorando? Y, sobre todo, ¿cómo es posible que yo lo esté engañando como lo hago?

Entre nosotros no hay promesas, simplemente hay esa dulce y bonita sensación de estar donde queremos estar y con quien queremos estar. Nada más. Por delante nos espera un fin de semana que posiblemente esté plagado de besos, caricias, conversaciones, confidencias y risas. Y lo queremos disfrutar. Por supuesto que sí.

Tras hacer nuevamente el amor con deleite, cuando nos levantamos vamos derechos a la ducha. Estamos sudando. Entre beso va y beso viene, de nuevo nos volvemos a enganchar. Está

claro que la atracción que sentimos el uno por el otro es loca e irracional y está claro que ninguno de los dos la quiere parar.

A las once y media, tras tomarnos un café con galletas, miramos la ropa que hay en el armario y me sorprendo al encontrarme con ropa de Lara y de Javier. Sus prendas me sientan bien.

Oliver saca un par de neoprenos para ponernos. Con curiosidad, observo cómo se pone el suyo. Lo hace con tal maestría y sensualidad que, cuando me toca hacerlo a mí, me siento un verdadero pato mareado. ¿Pero por qué aquello no me sube?

Entre risas y cariño, consigo meterme en aquel neopreno y, como si fuera una surfista más, salimos de La Última Ola, con dos tablas de surf bajo el brazo.

Mientras caminamos por la playa, veo a otros surfistas que disfrutan del momento. Algunos están esperando la ola, otros están sentados en la playa y otros parecen aprender.

Yo no puedo dejar de sonreír, con una tabla bajo mi brazo y con mi mano entrelazada en la de Oliver. Quien nos vea podría decir que somos una parejita más. Y sí, lo somos. Pero somos una parejita algo complicada y especial.

Cuando llegamos a la playa, veo que Oliver y otros surfistas se saludan. Se llaman «colega», chocan sus manos, y entonces entiendo por qué el día que Braulio lo saludó, Oliver respondió con tal normalidad. No conocía esa faceta suya. Oliver la oculta cuando está en Madrid.

El Oliver surfista y despreocupado de Tarifa, aunque es la misma persona, no es el Oliver director de una galería de arte de Madrid. Está claro que él se ha creado dos mundos. El profesional y el personal.

Nerviosa por lo que estoy a punto de hacer, miro a mi alrededor. Allí hay hombres y mujeres, niños y adolescentes con sus neoprenos

puestos e imagino que yo voy a hacer el mayor ridículo del mundo.

—¿Nerviosa? —me pregunta Oliver.

—Un poco.

—Tranquila. Todo el mundo tiene un comienzo en cualquier cosa. —Vale. Tiene razón. Deja su tabla sobre la arena y me explica—: Antes de empezar, debes saber que la primera regla es que el mar siempre gana. Si lo respetas, te dejará disfrutar. Pero si lo desafías, te pondrá en tu sitio.

—OK.

—Otra cosa muy muy importante. En el agua, si una ola te tira de la tabla, protégete la cabeza con los brazos y cuando pase la ola recupera la tabla, antes no, ¿entendido?

Asiento. Lo tengo claro.

Oliver y yo calentamos hombros, piernas, espalda y, cuando lo considera pertinente, me hace tumbar sobre la tabla boca abajo y él hace lo mismo en la suya.

—En el agua —precisa—, debes remar con las manos, y cuando te diga «¡arriba!» has de apoyar las manos a la altura del pecho y levantarte con un solo movimiento.

Lo hace. Me muestra un ejemplo de cómo he de hacerlo y parece fácil. Pero cuando yo lo intento lo de fácil es una utopía. Soy lo más torpe que ha parido mi madre. Cuando no pongo una rodilla, cruzo los pies, por lo que me desequilibro y caigo, y me tengo que reír.

Oliver, divertido como yo, sonríe. Y, con una paciencia que yo no sabía que tenía, repite los movimientos conmigo una y otra vez, hasta que al fin lo consigo. ¡Me pongo de pie de un intento!

Emocionada, lo repetimos varias veces más, y de pronto me da un beso en los labios y dice:

—Creo que ahora toca entrar en el mar.

Me entran los siete males.

Una cosa es hacer lo que estoy haciendo sobre la arena de la playa y otra muy diferente en el mar.

—Tranquila, cariño, no vamos a ir mar adentro —me serena al ver mi cara de susto—. Solo donde hagas pie.

Vale. Menos mal.

Entramos. El agua está fresquita, pero sigo caminando. Cuando me llega por los muslos me hace colocar boca abajo sobre la tabla.

—Cuando notes que la ola empuja, rema con las manos como te he enseñado y después, ¡arriba!

Durante la hora siguiente me caigo. Me vuelvo a caer. Sigo cayéndome. Pero, de improviso, y sin saber por qué, en uno de aquellos intentos, consigo ponerme de pie del tirón sobre la tabla durante apenas unos segundos antes de volver a caer.

Cuando saco la cabeza del agua, Oliver aplaude, y yo sonrío. Aquello, aunque es poco, para mí es un gran avance y, cuando me abraza y me acerca a su cuerpo, me da un beso que me llena de vitalidad.

—Enhorabuena, campeona —me anima—. Acabas de surfear tu primera ola.

Feliz y encantada, lo vuelvo a intentar. Sigo cayéndome una y otra vez, pero logro ponerme de pie en varias ocasiones y soy feliz. Muy feliz.

Agotada y con más agua salada en mi estómago que otra cosa, indico que quiero parar. Necesito descansar. Lo que estoy haciendo me tiene agotada y, tras salir e ir al chiringuito a por unas bebidas, animo a Oliver para que se meta y surfee. Quiero verlo.

Él asiente. Me da un beso, y con su tabla en las manos se adentra en el mar. Desde donde estoy lo observo sin apartar la vista. Nunca imaginé a un Oliver tan libre. Tan diferente. Tan especial. Creo que si Lucas, con lo deportista que es, conociera esta versión de él no

pensaría que es tan rancio y estirado. Lo veo remar hasta donde esperan otros surfistas. Al juntarse con ellos lo veo chocar la mano, y eso me hace sonreír.

Cojo mi teléfono y llamo a la residencia donde está mamá. Araceli, su cuidadora, me indica que está tranquila. Que está estable, dentro de su problemática, y eso me gusta. Luego le escribo un wasap a Lucas. Quiero saber que está bien. Veo que lo lee. Espero que me conteste, pero no lo hace. Su silencio es su manera de hacerme saber que sigue enfadado conmigo. Eso me martiriza.

¿Por qué me hace esto cuando sabe lo que siento por Oliver?

Minutos después, dejo el teléfono a un lado y disfruto al ver cómo Oliver coge olas. Se desliza sobre la tabla con una seguridad y un dominio que me deja sin palabras. Está claro que surfear le gusta. Y también está claro que mi acelerado corazón acaba de dictar sentencia. Tengo que denunciarme a mí misma, porque, sin darme cuenta, me he enamorado de él.

Intentando entender qué me está pasando lo contemplo durante un buen rato. Y, cuando sale del agua, se me reseca hasta el lagrimal. Él. El mar. El neopreno ceñido que marca su cuerpo. La tabla bajo el brazo. Y esa sonrisa con la que camina hacia mí. Todo unido hace que las alarmas rojas de mi cuerpo salten y, cuando clava su tabla y se tumba sobre mí para besarme, yo directamente me desintegro.

Sin esperarlo ni proponérmelo, estoy viviendo un momento de esos que yo suelo leer en las novelas que me gustan. El chico guapo. El surfista. El mar de fondo. Y él besándome delante de todos como si no existiera nadie más. Y, la verdad, yo que siempre soy de las que piensan que estas cosas tan bonitas solo les pasan a otras, en esta ocasión, ¡me están pasando a mí! Por lo que cierro los

ojos, me dejo llevar y beso al chico guapo surfista del que me he enamorado.

A las dos de la tarde, regresamos a La Última Ola, donde me sorprendo al ver que nos espera un riquísimo pescadito frito, gazpachito y una tortilla de patatas. Oliver me hace saber que Karina es quien se ha encargado de aquel avituallamiento.

Comemos en su bonita terraza frente al mar y me habla de los lugares cercanos que tenemos. Tengo muy claro que quiero ir a la playa de Bolonia. Siempre he oído hablar de las ruinas romanas de Baelo Claudia, y me encantaría visitarlas.

Ni se lo piensa. En cuanto acabamos de comer, nos vestimos con lo primero que encontramos por allí, que no es poco, y tras montarnos en el coche nos vamos a las ruinas romanas.

Mientras visitamos el lugar, Oliver me comenta que aquella antigua ciudad romana tuvo hasta moneda propia. Que fue fundada en el siglo II antes de Cristo y que fue uno de los principales centros comerciales del sur de España.

Curiosa y maravillada, observo todo lo que nos rodea. Veo las vías, los templos, los tribunales, las viviendas, las conducciones de agua. Todo es curioso e interesante. Y Oliver, como alguien que ama el arte, sin duda es un excelente guía.

Por la tarde, y agotados de caminar, reír, besarnos y hacernos fotos ante todo lo que vemos, decidimos sentarnos en uno de los chiringuitos que hay en la playa de Bolonia. Al hacerlo, vemos que todo el mundo mira la televisión sin volumen. Y allí aparece Vanessa cubriendo una noticia de un operativo policial.

—Como Alexander esté por ahí, estará contento —se mofa Oliver.

Y me explica el motivo de su comentario.

—¿Por qué se entera Vanessa de los operativos policiales tan rápidamente? —quiero saber.

—Porque le dan el chivatazo.

—¿Y tú sabes quién se lo da?

—No. Y nunca lo quise saber —sonríe.

Lo entiendo. A veces es mejor no enterarse de algunas cosas.

El lugar es espectacular y la puesta de sol impresionante. De fondo suena la canción *Risk it All*, de Bruno Mars. ¿Pero puede haber algo más romántico?

Decidimos tomar algo de cena en el chiringuito y a las diez de la noche regresamos a La Última Ola.

Al entrar en la casita, volvemos a besarnos. Besarnos y tocarnos se ha convertido en nuestro pasatiempo preferido y ya no puedo imaginarme ni un solo día sin hacerlo.

Entre risas, besos y caricias, nos olvidamos del mundo mientras la ropa se va quedando atrás desperdigada y nosotros caminamos hacia la habitación.

Al llegar a ella ya vamos desnudos y hago que Oliver se siente en el borde de la cama. A horcajadas me siento sobre él y le quito las gafas, que dejo sobre la mesilla.

—Hoy ha sido un bonito día —susurro.

—Inigualable —se muestra de acuerdo.

En silencio, nos miramos unos segundos, cuando noto su dura erección entre mis piernas e izándome, la agarro con mi mano y colocándola en la entrada de mi húmeda vagina me dejo caer lenta y pausadamente sobre ella.

El gusto hace que los dos soltemos un gemidito de placer.

—Sé que no te he dicho que te pongas preservativo —murmuro al darme cuenta—, pero necesitaba sentirte al cien por cien. Y, tranquilo, tomo la píldora.

—Me parece bien —afirma en un hilo de voz.

Agarrada a su cuello y mirándolo a los ojos me muevo sobre él. Cada roce. Cada movimiento. Cada instante que pasa hace que el placer se redoble, de una manera que a ambos nos hace jadear.

Con sus manos en mi espalda, me aprieta contra él mientras yo cierro los ojos al notarlo tan dentro de mí. Movimientos ondulantes. Movimientos circulares, abrimos los ojos y nos miramos con una intensidad nueva.

—Yuls... —susurra. Y con un gesto que creo que nunca olvidaré en mi vida musita—: Te quiero.

Oír esas palabras mágicas hace que me quede quieta. Oliver, al ver mi reacción, se levanta conmigo en brazos, coloca mi espalda sobre la cama y, tomando él las riendas, se clava en mí y sentencia:

—Te quiero.

Aquella posesión hace que jadee al tiempo que me arqueo, y él vuelve a introducirse en mí.

—Te quiero —repite.

Locura. Aquello que dice es una locura, pero me dejo llevar por ella, aunque sé que no debo.

—Te quiero —afirmo.

Oliver se para y me mira.

—Dilo otra vez —me pide.

—Te quiero —repito sin dudarlo.

Locura. No encuentro otra palabra para describir lo que ocurre después de lo que acabamos de confesarnos. Todo se intensifica. Los besos dejan de ser suficiente y cada caricia parece encerrar semanas enteras de deseo contenido.

Perdemos la noción del tiempo. Solo existimos él y yo, y nos amamos con la pasión de dos locos que, tras luchar contra sus propios miedos, se han permitido decir las palabras mágicas: «te quiero».

Cuando minutos después llegamos al clímax, Oliver para no aplastarme se echa hacia un lado y quedamos los dos boca arriba. Agitados por lo que acabamos de vivir, me mira. En sus ojos veo algo que creo entender.

—Lo que hemos dicho ha sido fruto de la intensidad del momento —digo antes de que él hable.

—Y del agilipollamiento momentáneo —se mofa.

Nos reímos al recordar las palabras que yo pronuncié un día.

—Yuls... te quiero.

Que lo vuelva a decir, ahora que no estamos en ese momento de pasión infernal, hace que lo mire. Él se apoya sobre un brazo.

—Nunca imaginé que una mujer como tú pudiera llegar a mi vida, porque nuestra manera de conocernos no fue lo normal. Pero aquí estamos —confiesa.

—No te convengo.

—Eso no te corresponde decidirlo a ti.

—Oliver... no os convengo ni a ti ni a tu familia.

—¿Por qué? —No respondo. No puedo—. Lo que realmente no me conviene es una vida en la que tú no estés —dice—. Por lo tanto, deja de convencerme para que renuncie a ti, porque no pienso hacerlo.

Trato de levantarme, pero él me detiene. Se sienta sobre mí a horcajadas.

—No me has respondido, ¿por qué no me convienes? —me pregunta, mirándome a los ojos.

Lo miro. Me mira.

No me falta valor para decir lo que callo. Pero me frena el no saber qué hará él cuando lo oiga.

—Ante tu silencio, reconozco que me vuelves loco cuando me llamas «¡patatita!» —afirma—, y que consigues que muchas de mis

alarmas salten por los aires cuando haces o dices cosas que no me convencen. Pero precisamente eso me gusta de ti. El que seas tú. Desde que has llegado a mi vida, no solo me has alegrado a mí, sino que he visto cuánto te quieren la abuela, Javi, Lara. Y eso no ocurre por casualidad, cariño. Por lo tanto, no digas que no me convienes ni a mí ni a mi familia, porque si alguien tiene motivos para preguntarse si estamos a la altura quizá seamos nosotros.

Cierro los ojos. Oír aquello tan bonito me traspasa el corazón.

—Suéltame, por favor —le pido.

Me obedece. Lo último que quiere es que me sienta incómoda y entonces me levanto y me voy al otro dormitorio. Necesito serenarme.

Oliver no me sigue y no llama a la puerta de mi habitación. Lo conozco y sé que me está dando mi espacio. No me quiere atosigar. Pienso mientras me critico a mí misma. Sé que lo que estoy haciendo no está bien. No estoy siendo sincera y leal, aunque en el amor le estoy dando todo lo que tengo. No sé a qué estoy jugando, pero el caso es que no lo puedo remediar. Mi corazón y mi cabeza se han aliado convirtiéndose en uno solo, y yo simplemente me dejo llevar mientras sé que todo ha de acabar.

Oigo movimiento fuera de la habitación. Abro con cuidado la puerta y veo que Oliver va hasta la cocina. Saca una cerveza y sale a la terraza. Su gesto es serio. Pensativo.

Veo cómo su mano va al interruptor de la luz, pero se para. No la enciende. Y se dirige hacia uno de los butacones que hay en la terraza. Se sienta, da un trago a su cerveza y mira el cielo.

A pesar del caos emocional que tengo en mi interior, decido salir. No puedo encerrarme en la habitación como una niña. Voy a la cocina. Cojo una cerveza y, cuando camino hacia el exterior, Oliver se gira y me mira.

Sin decir una palabra me acerco a él, dejo la cerveza que llevo en mis manos sobre la mesa y sin preguntar me siento sobre sus piernas. En silencio nos miramos unos segundos.

—No quiero que esto se termine —digo.

—Y no se va a terminar, cariño —afirma con seguridad.

Capítulo 48

Disfrutamos el domingo y el lunes, olvidándonos de nuestra conversación pendiente. No entiendo qué pasa. No comprendo por qué no quiere hablar de lo que siente hacia mí, cuando me lo demuestra con hechos, besos y miradas. Pero por ella bajo la guardia, sujeto a mi yo controlador e intento entender. Yuls lo merece.

En la casita tenemos una intimidad más pura y cercana que la que tenemos normalmente. Hablamos. Reímos. Nos besamos. Hacemos el amor. Vemos alguna película. Bailamos a cualquier hora románticas canciones que me hacen darme cuenta de que soy romántico. Yo que pensé que era frío, resulta que tengo un lado romántico que, oye, ¡me encanta saborear!

Vamos a la playa. Ella quiere volver a practicar. Y, encantado, estoy a su lado.

Cada pequeño triunfo que consigue sobre la tabla es un gran triunfo para mí, porque sé que se alegra tanto como yo por ello.

El lunes decido alquilar una moto de agua en el multiaventuras que mi amigo Quincho tiene en la playa. Yuls me confiesa que es la primera vez que se monta en una moto de agua, por lo que conduzco con cabeza y cuidado. Lo último que quiero es que se asuste.

Durante un buen rato, nos deleitamos de un paseo solo rodeados por agua, y en un momento dado la animo a que sea ella quien

conduzca. Se anima enseguida. Es atrevida. Me gusta mucho eso de ella.

Tras hacer malabares para cambiarme de sitio sin caernos al agua y reírnos un rato, ella se sienta delante y yo detrás. Lo primero que hago es cambiar el cordón de seguridad que llevo sujeto a la muñeca, el *kill switch*, un dispositivo que hace que la moto se detenga si el conductor se cae.

Está muy atenta a mis explicaciones cuando le indico que el motor se arranca apretando un botón, y el acelerador está en el gatillo del manillar derecho. También le hago saber que cuanto más apriete, más rápida irá la moto. Le digo cómo girar sin soltar el acelerador y sobre todo cómo frenar.

Yuls, poco a poco, coge confianza con la moto y, cuando la oigo gritar de júbilo mientras conduce, sonrío como un tonto porque irradia felicidad. Y la verdad, su felicidad es la mía.

Cuando, horas después, devolvemos la moto, nos vamos a comer a un restaurante. Allí nos ponemos morados de tortillita de camarones, cazón en adobo y choco frito. Y cuando acabamos damos un paseo hasta una heladería en donde nos tomamos un helado.

Mientras estamos sentados en la heladería, veo que mira el móvil con insistencia.

—¿Esperas alguna llamada? —pregunto con curiosidad.

—Espero a que Lucas se digne a contestarme. —Pongo cara de extrañeza y ella aclara—: No se tomó muy bien que me viniera contigo el fin de semana.

Asiento. Meto una cucharada de helado en mi boca.

—¿Por qué Lucas es tan exigente contigo? —quiero saber.

Yuls me mira.

—Porque soy su única familia. Soy su mamá. Él me eligió. —Entiendo que el niño buscara esa figura en ella. Al morir mi madre, yo la busqué en mi abuela. Ella añade—: La policía fue quien lo trajo directamente al centro de menores al encontrar a sus padres muertos. No tenía familia.

—¿Qué edad tenía?

—Seis años.

—Pobre. No tuvo que ser fácil para él.

—No. No lo fue. Lo encontraron porque una vecina llamó a la policía al ver entrar y salir a un niño solo de la casa. Al parecer, los padres llevaban muertos dos días cuando la policía los encontró. —No encuentro nada que comentar a eso y guardamos silencio unos instantes. Luego, Yuls dice—: Cuando llegó al centro, Lucas era un niño diminuto por lo desnutrido que estaba. Era observador y tremendamente callado. Estaba inseguro, asustado, sentía culpa y confusión, y en su mirada podías ver sus miedos y su tristeza profunda. No hablaba con nadie y no le pedía nada a nadie.

—Estaría acostumbrado por lo que vivió.

—Así es. El director que había en aquel entonces me adjudicó a mí el cuidado de Lucas, como me adjudican el de otros niños, pero en este caso se lo pedí personalmente yo.

—¿Por qué?

—Porque mi instinto me dijo que yo podía entenderlo de una manera que otros no lo iban a entender. Era un niño tan necesitado de empatía, amor y cariño... e hice todo lo humanamente posible para que sintiera todo eso, añadiéndole seguridad y protección.

—Qué bonito lo que dices.

—Cuando llevaba en el centro poco más de un año, un día en el que yo no estaba en mi mejor momento, recuerdo que estaba hablando con Kaory en el patio, y él se acercó y me abrazó. Me dijo

«Yo te cuidaré, mamá». —Y tras una pausa añade—: Fue uno de los días más bonitos de mi vida. De pronto, el niño callado e inseguro por el que nadie daba un duro no solo me abrazaba, sino que me quería cuidar y me llamaba «mamá». En ese momento sentí tal conexión con él que supe que lo nuestro sería para siempre. Y te digo esto porque por mi trabajo he conocido y conozco a infinidad de niños a los que adoro, pero con Lucas siempre ha sido una sensación diferente. Especial.

—¿Por eso lo llamas «bichito»?

En su mirada veo una tristeza que no entiendo.

—Cuando tenía ocho años, una familia se interesó por él —continúa relatando—. Tuvieron varias visitas donde todo parecía ir bien, hasta que se enteraron de que los padres de Lucas habían sido toxicómanos y, por miedo a que el niño hubiera heredado aquello de sus padres, se echaron atrás.

—¡¿Qué?!

—Sí, Oliver, sí. Donde trabajo, en ocasiones, se ven cosas tan tremendas que uno no se las puede creer. Los seres humanos tenemos la terrible manía de pensar que los problemas se heredan de padres a hijos. De madre drogadicta, hija drogadicta. De padre asesino, hijo asesino. De abuelo ladrón, hijo ladrón. Y no. Eso no siempre es así. Acarrear una carga que no te pertenece es tremendamente injusto. Y espero que la sociedad algún día lo entienda.

Sus palabras me hacen asentir. Sé que tiene razón; todos, entre los que me incluyo, en algún momento hemos pensado así.

—A Lucas el rechazo de esa familia, aunque no lo creas, le alegró —admite—. Me recordó que su mamá era yo, y entonces fue cuando me informé sobre la posibilidad de adoptarlo, pero me dijeron que ni lo intentara. Ni mis recursos, ni nada, me hacían apta para algo así.

—¿Quién te dijo eso?

—Protección al menor.

Oír eso me deja perplejo.

—¿Me estás diciendo que protección al menor prefiere que un niño se quede en un centro antes que vivir con alguien que lo quiere adoptar?

Yuls sonríe. Toma aire.

—Así es. Pero que no te sorprenda —defiende—. Trabajo en ello y sé que las cosas se tienen que hacer bien. Y más cuando hablamos de niños. Aunque también te diré que a menudo hay decisiones judiciales que no entiendo, como por ejemplo obligar a un niño a ver a alguien al que teme o apenas conoce. Creo que esas visitas programadas nunca deberían imponerse, y más cuando existen pruebas concluyentes de que a quien tiene que ver es una mala persona. Y digo esto porque creo que lo que está por encima de todo es proteger a ese niño.

Durante un rato comentamos todo eso. Sin duda, es un tema tan interesante como complejo.

—¿Sigues queriendo adoptarlo? —me refiero de nuevo a Lucas.

Asiente.

—Entre nosotros eso ocurrió hace mucho, aunque yo nunca haya firmado ningún papel. Lucas, ante la gente, nunca me llama «mamá». Sabe que si la directora o mis compañeros se enteran, puedo meterme en un lío, por eso solo lo hace en la intimidad. Y bueno, ambos tenemos claro que cuando cumpla dieciocho años y deje de ser un menor del centro se vendrá a mi piso a vivir, y por nuestra cuenta arreglaremos los papeles, para que definitivamente sea mi hijo y se apellide Pérez, como yo.

Hago un gesto afirmativo. La historia que me cuenta es conmovedora, llena de lágrimas y de superación por parte de los

dos.

—¿Querrías que lo intentáramos? —propongo. Estoy dispuesto a hacer lo que sea por ella.

—¿El qué?

—Adoptarlo. —Yuls parpadea. Lo que he dicho la acaba de desconcertar por completo, aunque señalo—: Eso sí. Con lo mal que le caigo, posiblemente no quiera.

Se ríe. Me gusta su sonrisa.

—No sabes lo que dices —musita.

Ver su sonrisa me anima. Aprovecho el buen momento para lanzarme a preguntar:

—¿Cómo se llaman tus padres y tu hermano?

Yuls deja de sonreír. Se mete una cucharada de helado en la boca y lo traga.

—Mamá se llama Clara y mi hermano Andy —contesta—. Con el otro no tengo trato.

¡¿El otro?! ¿Al padre lo llama así? Está claro que la relación es pésima.

—¿Tu madre y Andy qué opinan de Lucas?

—Lo quieren como yo. Lucas es mi mayor apoyo.

—¿Puedo preguntarte por qué con «el otro» no tienes trato?

—Cláusula uno, punto cuatro. Nada de preguntas personales. No quiero tener que denunciarte —responde.

Miro su rostro. Está serio y asiento. No más preguntas.

Un incómodo silencio se instala entre nosotros. No entiendo aquella negativa a hablar de su familia. De repente, veo aparecer a Karina un tanto apurada, y me levanto.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto.

—Que me acaba de llamar mi hermana Gloria para decirme que han dejado en la puerta de su casa una caja con varios cachorros de

perro —responde—. Y no quiere que los vean sus gemelos o la convencerán para quedarse uno, puesto que hace un mes se les murió Gavilán, el perro que tenían. Pero mi hijo Kiko se ha llevado el coche y me toca subir a patita hasta donde vive, que no es que esté cerca.

Veo cómo mira a Yuls.

—Karina, ella es mi mujer, Yuls —las presento—. Cariño, ella es Karina. Una buena amiga y la persona que junto con su marido, Salva, cuida La Última Ola y nos lleva la exquisita comida a casa.

Se dan un abrazo y un cálido beso.

—Muchísimas gracias por la comida, ¡está exquisita! —dice Yuls.

—Gracias, Yuls. Y encantada de conocerte —dice Karina con una sonrisa.

—¿Quieres que te llevemos en el coche a casa de tu hermana? —pregunta Yuls.

Karina, apurada, me mira.

—Lo haremos encantados —confirmo.

Dos minutos después, los tres vamos en mi coche mientras sigo las indicaciones de Karina para llegar a la casa de su hermana.

Al llegar, dos niños exactamente iguales nos salen al encuentro.

—Tita... tita... —gritan—. ¡Han dejado una caja con perrillos, y mamá dice que nos podemos quedar con uno!

Oír eso nos hace sonreír. Lo que no quería que sucediera, al final ha ocurrido. Detrás de ellos sale una mujer con expresión resignada.

—Lo sé. Soy una blanda —admite—. Pero es que son unos bombones.

Nos dirigimos hacia el interior de la casa y allí nos enseña el regalito que le han dejado ante la puerta. En la caja hay varios perrillos. En total seis. Son muy pequeñitos, tanto que Karina dice que habría que darles biberón.

Rápidamente Yuls coge uno de ellos. El más pequeño. Es marrón muy clarito.

—Hola, cosita —murmura.

—Esa es una perrilla. Y esta también. Los otros cuatro son machos —dice uno de los gemelos.

—Efectivamente, eres un bomboncito —reconoce Yuls, abrazándola.

Mientras estamos allí, veo a Karina llamar al refugio de animales. Necesita saber si los puede llevar allí. Gloria prepara unos biberones con lo que encuentra y mientras alimentan a los perrillos oigo que Yuls le dice a Gloria:

—Una de las ilusiones de mi vida siempre fue tener un perro, pero las circunstancias nunca me lo permitieron.

Oír eso me toca el corazón. Ahora entiendo por qué se desvive como lo hace con Zorba y Drako. Y en cuanto a las circunstancias de su vida, no las conozco, pero cada vez estoy más convencido de que muy fáciles no han tenido que ser. Me acerco a ellas como si no hubiera escuchado su conversación.

—Mira qué patazas tiene para lo pequeña que es —me dice Yuls, que le está dando un biberón.

—¿Qué raza será?

—Una mil leches —dice la hermana de Karina.

—Mestizo —afirma Yuls—. No tiene raza.

—Solucionado —dice Karina, uniéndose a nosotros—. El refugio se los queda. ¿Me lleváis con ellos allí?

Asiento. Metemos la caja con los cachorros en mi coche, y después de que los niños se despidan entre lágrimas de ellos, aunque se queden con uno, nos dirigimos hacia el refugio.

Mientras Karina habla, Yuls va callada. Pensativa. ¿Qué pensará?

Al llegar al refugio, veo a Salva y a un tipo que no conozco. Abro el maletero y le entrego la caja al desconocido.

—Aquí los tienes —le digo.

—Menos mal que los dejaron ante la casa de Gloria, y no junto a la carretera, como suelen hacer —replica él, mirando en su interior.

Durante unos minutos conversamos. Ninguno entiende el abandono animal, y más cuando llega el verano. Ya cuando nos estamos despidiendo, me fijo en que Yuls mira la caja que está sobre la mesa.

—¿En qué piensas? —pregunto.

—En que espero que encuentren un hogar donde los quieran.

—¿Te gustaría quedarte alguno?

—¿Qué dices? —murmura en un hilo de voz.

Sonrío. No se me ha pasado por alto lo que le ha dicho a Gloria.

—En casa hay espacio para quien quieras —le propongo, deseoso de hacer lo que ella quiera—. Pero tú decides.

El gesto le cambia. La incertidumbre cruza su rostro mientras intenta tomar una decisión. Creo ver un sí en sus ojos, pero al siguiente segundo un no. No sabe qué decir.

—¿A qué se debe tu indecisión? —quiero saber.

Yuls mira la caja con los perros. Y luego me mira a mí.

—No. Mejor no —decide por fin.

—¿Por qué?

—Porque no es buena idea.

No insisto. Con ella, y en ciertas cosas, ya me he dado cuenta de que es mejor así. Aunque eso tenemos que hablarlo. No puede ser tan hermética conmigo.

Nos despedimos de todos y regresamos a la casita. Es nuestra última noche del fabuloso y largo fin de semana en La Última Ola, y queremos aprovecharla.

Capítulo 49

Cuando el martes regresamos a Madrid, lo primero que hago al salir de trabajar es ir a ver a mamá acompañada por Lucas. Eso hace que me perdone más rápidamente por haberme marchado con Oliver el fin de semana.

Ya en la residencia, nos dirigimos a la recepción. En mi mochila busco la acreditación que me permite entrar, pero no la encuentro. Busco y rebusco, pero nada. No está. Se me ha debido de caer en Tarifa. Por suerte y como me conocen, enseguida me hacen otra y finalmente podemos entrar a ver a mamá.

Los días siguientes junto a Oliver son especiales, y aún no me creo el tiempo maravilloso que hemos pasado en Tarifa. Hemos surfeado, nos hemos divertido, reído, montado en moto náutica, disfrutado de la gastronomía de la zona y, aunque hemos hablado de nosotros y de nuestros sentimientos, no me ha presionado para contarle mi vida. Lo máximo que le he dicho es el nombre de mamá y de Andy.

Pienso con cariño en la perrilla que allí se quedó. Era preciosa. Pero cuando lo pensé fríamente, supe que no podía quedármela. Mis circunstancias no están para acoger a un animal.

Aunque a Lucas no le he dicho nada, en mi cabeza da vueltas lo que Oliver me comentó. Que me propusiera lo que me propuso me hace saber lo mucho que me quiere y respeta, y que si Lucas es importante para mí, lo es para él. Pero es un tema del que prefiero no hablar, pues, aunque me gustaría, sé que mi vida con Oliver se

ha de acabar. Eso sí, he disfrutado de un bonito fin de semana que siempre recordaré.

Los días pasan y el sábado, cuando estoy en la cocina tomándome un café con tostadas, entra Oliver.

—¿Sabes dónde está la abuela? —le pregunto.

—Se marchó con Altamira —responde—. Querían darse un paseíto por el Retiro y luego comer en no sé qué restaurante de por allí.

Que la abuela se marche con Altamira es de lo más normal.

—Tengo una cosa para ti —me dice Oliver, acercándose.

—Mmmmm, ¿de veras?

Oliver asiente. Desde que se ha empeñado en enamorarme, el maniático controlador parece haberse alejado de él.

—Pero si lo quieres, me tienes que dar un beso. Bueno, no, ¡dos! —me pide con gracia.

Eso me hace reír. Me encanta cuando se muestra natural y juguetón. Nada que ver con el estirado y rancio hombre que conocí el día que fui a visitarlo a su despacho.

Desde que llegamos de Tarifa todo fluye mucho mejor entre nosotros y he decidido disfrutarlo. Cuando tenga que llorar porque lo eche de menos ya lo haré. Pero mientras estemos juntos, no pienso desperdiciar ni un solo segundo. Por lo que, levantándome, me siento a horcajadas sobre sus piernas y acercándome a él le doy un beso. Y cuando acabo, no lo dudo y voy a por el segundo. Es más. Me regalo un tercero.

Acabado el tercer beso, Oliver me mira. Lo hace de esa manera que yo sé que le ha gustado. Luego se saca del bolsillo del pantalón un sobre.

—Aquí tienes —me lo entrega.

Divertida, lo cojo y, al abrirlo y ver lo que hay en su interior, parpadeo.

—Noooooooo —exclamo.

Oliver asiente.

—Sí, cariño. Esta tarde vamos a ir a ver al amor de tu vida en directo y nada menos que en el Metropolitano.

Miro las entradas para ver a mi Alejandro. ¡No me lo puedo creer! El corazón se me dispara. Oliver, sin saberlo, va a cumplir uno de mis sueños.

—Aisss, Dios mío, ¿en serio?

—Sí, cariño, en serio. Aunque sospecho que, cuando aparezca el amor de tu vida, voy a pasar a ser parte del mobiliario del estadio.

¡Me lo como!

Literalmente, me como a este hombre que desde luego se está currando enamorarme.

Encantada, lo beso. Lo requetebeso y, cuando lo dejo, doy saltos de alegría. ¡Voy a ver en concierto a mi Alejandro!

A las ocho y media, como cientos de personas, estamos caminando por la parte exterior del Metropolitano y me siento tremendamente feliz. Todos los que estamos allí vamos a ver a nuestro ídolo. Vamos a cantar esas canciones que tanto nos gustan de él. Oliver se para ante una de las tiendas donde tienen el *merchandising*.

—Queremos una camiseta azul en la talla M —le dice a la chica. Me río. No lo puedo remediar, y después de pagar me la entrega—. Vamos, ponte la camiseta de tu chico.

Busco uno de los baños para cambiarme y, con una sonrisa, espero en la cola para entrar.

Una vez que estoy dentro, me quito la camiseta que llevo y cuando me estoy poniendo la que ha comprado Oliver oigo:

—Lena... Lena, ¡te está buscando tu padre!

Dejo de respirar y las piernas me tiemblan. ¡¿Lena?! No. No puede ser.

La camiseta se me cae al suelo y todo a mi alrededor se hace pequeñito. Me agobio. De nuevo el nubarrón oscuro que intento despistar me ha encontrado. En décimas de segundo, mi mundo se acaba de paralizar.

—Verónica, dile que ya voy —responde alguien.

Respiro y cierro los ojos. Bajo la tapa del inodoro y me siento aliviada mientras intento reponerme y me regaño por lo alarmista que soy.

Cojo la camiseta del suelo. Por suerte, está limpio, y mientras mi respiración se normaliza, me la pongo. ¿Pero por qué me obsesiono así cuando habrá miles de Lenas en el mundo?

Cuando noto que las piernas ya no me tiemblan, me levanto, abro la puerta del aseo y salgo. Instantes después veo que Oliver mira su teléfono y sonríe. En cuanto me ve, se lo guarda y me sonríe a mí mientras lo beso.

Nos mezclamos con la multitud. Hay tanta gente que en ciertos tramos parecemos sardinas en lata. En un momento dado, alguien empuja a Oliver para separarlo de mí al tiempo que noto que tiran de mi camiseta. Eso hace que dé un respingo hacia atrás y Oliver hacia delante. Acto seguido, nos miramos sorprendidos. ¿Qué ha pasado? Miramos a nuestro alrededor. ¿Quién ha sido? Pero, al ver a tanta gente, decidimos darnos de nuevo la mano y dirigirnos hacia nuestra puerta. Queremos entrar en el estadio. Eso sí, me lo quedo en la mente para apuntarlo en mi cuaderno de sucesos.

El concierto comienza puntualmente a las nueve y yo soy una más de las que gritan cuando aparece Alejandro en el escenario. Oliver, que está a mi lado, me mira y sonríe.

Canción a canción lo disfruto. Canto. Bailo. Salto. Chillo. Y cuando termina el concierto y caminamos entre la gente para ir a por el coche —el *parking* del Metropolitano estaba lleno, por lo que lo dejamos en una calle cercana—, Oliver me pregunta:

—¿Lo has pasado bien?

—Ha sido ¡impresionanteeeeee!

—Pero no ha cantado nuestra nada romántica canción —se queja.

—Patatita, Alejandro tiene demasiadas canciones —lo miro, divertida—. Es imposible que pueda cantarlas todas en un concierto.

Cuando regresamos a casa es tarde. Estamos hambrientos, y en la cocina Oliver y yo nos preparamos algo de comer. Eso me hace gracia. Él, que es tan puntilloso con los horarios de comida, conmigo últimamente se lo está saltando todo.

Y cuando estamos disfrutando de unos riquísimos sándwiches que nos hemos preparado, Ágata entra en la cocina.

—¿Quién eres tú y dónde está mi nieto? —pregunta, mirando a Oliver. Soltamos una carcajada, y ella señala—: Creo que es la primera vez que te veo comiendo algo a la una y media de la madrugada, mi vida.

—El hambre, abuela. El hambre.

La mujer sonríe y, mirándome, murmura:

—Mejor digamos que es el amor...

Divertidos, veo que Oliver y su abuela se comunican con la mirada. Eso me hace saber que ocultan algo.

—¿No tenéis calor? —pregunta Ágata.

Asiento. Hace un calor tremendo.

—Cariño, podrías abrir un poco la puerta de la cocina para que entre aire —me pide Oliver.

Me levanto y, al abrirla, me fijo en que en el suelo hay una caja. Sin pensarlo, me agacho y me llevo las manos a la boca

emocionada. Ante mí está la perrilla marrón clarito. La mestiza. Temblorosa, la cojo entre mis brazos y, cuando me incorporo, Oliver está detrás de mí.

—Quiero que sepas que quizá no siempre acierte en todos los regalos que te haga, pero ninguno llevará menos cariño y amor que este —murmura.

Oír eso hace que mi corazón se desboque. Oliver no para de demostrarme su amor, con palabras y hechos, mientras yo soy una maldita mentirosa que sigue ocultando lo que oculto.

—Altamira y yo fuimos esta mañana a buscarla —me explica Ágata —. Hemos pasado un día precioso con ella y es encantadora. Eso sí, una meona de mucho cuidado.

Boquiabierta y sorprendida a partes iguales, no sé qué decir. Oliver y su familia no paran de ser maravillosos conmigo. Pongo la perrilla en los brazos de la abuela.

—Abuela, ¡cierra los ojos! —le pido.

A continuación, miro a Oliver. Lo empujo contra el mueble de la cocina y abalanzándome sobre él lo beso con tal pasión que creo que vamos a morir mientras oigo reír a la abuela a carcajadas.

Un buen rato después, cuando mi euforia por la recién llegada ha bajado de revoluciones y ella se ha quedado dormida entre mis brazos, Ágata se acerca a Oliver para enseñarle su teléfono.

—¿Has visto esta noticia? —le pregunta.

Oliver coge el teléfono.

—¿Cuándo ha pasado esto? —quiere saber.

—La agencia EFE lo ha colgado hace cuatro horas.

—¿Qué pasa? —pregunto curiosa.

—La hija de Walter Fisher —explica Oliver, que está mirando la noticia—, director de una de las galerías de arte de Bruselas más

importantes, se ha casado con el hijo de un conocido narcotraficante inglés.

—¡¿Y?!

Oliver y su abuela me miran.

—Pues que es un escándalo que va a afectar a Walter —aclara ella —. Porque si algo se valora en nuestro ámbito es la discreción, credibilidad y reputación.

—¿Y qué tiene que ver el galerista con que su hija se haya casado con quien le venga en gana?

—Te lo acabo de decir, mi vida, la reputación.

Oliver deja el teléfono móvil sobre la mesa.

—En el mundo en el que nosotros nos movemos la reputación lo es todo —me ilustra—. No solo mostramos y vendemos arte, damos y vendemos confianza. En las galerías el arte se mueve con discreción, elegancia y casi silencio. Los galeristas intentamos evitar los titulares sensacionalistas porque cualquier escándalo puede empañar el buen nombre de nuestro negocio.

—Pues permitidme que os diga que ninguno nacemos eligiendo familia. —Y mirando a Oliver añado—: Justo sobre eso hablamos tú y yo en Tarifa, ¿lo recuerdas? —Asiente. Sabe a qué me refiero—. Es terriblemente injusto señalar a ese chico por lo que hizo su padre. Como es injusto que condenen a la galería del tal Walter porque su hija se case con quien le dé la gana.

—Entiendo lo que dices, cariño. Pero el arte necesita credibilidad, no jaleo. Por eso para nosotros es importante mantenernos alejados de los escándalos que generen ruido.

Decido cerrar la boca. Diga lo que diga, creo que no me van a entender. Y mientras ellos siguen comentando la noticia, vuelvo a ser consciente de que lo nuestro tiene fecha de caducidad, porque soy el tipo de ruido que ellos intentan evitar.

Capítulo 50

Julio está siendo el mejor mes que he vivido en mucho tiempo gracias a Yuls.

La perrita, a la que Yuls ha decidido llamar Tarifa, es encantadora, pero, como dice la abuela, una gran meona. Y por más que me empeño en que esté en el jardín con Zorba y Drako, cada vez que llego a la casa, Tarifa está dentro.

Solo han transcurrido veinte días desde que llegó a la casa, y de ser un animalillo algo asustadizo, ha pasado a ser otro que corre, se mea y muerde todo lo que pilla a su paso. Algo que me saca de mis casillas y por lo que comienzo a discutir con Yuls. Porque ya no es solo que Tarifa esté dentro de la casa, sino que Drako y Zorba también lo están. Según Yuls, hace tanto calor fuera que se van a deshidratar. Y, aunque yo no lo permito, sé que, cuando no estoy, Yuls hace con ellos lo que le da la gana. Y lo sé porque hay pelos por la casa, cosa que antes no había, y porque, al igual que antes Zorba y Drako se paraban en la puerta de entrada y no la traspasaban, ahora en cuanto la ven abierta entran, y el colmo ha sido encontrarme a Zorba subido al sofá durmiendo como un marqués.

Pero, a pesar de todo eso, soy feliz. Por primera vez desde hace mucho tiempo, tengo infinidad de motivos para sonreír y para llegar a casa, y eso es gracias a Yuls, y a su manera de descolocarme la vida.

Ir al cine o al teatro, solos o acompañados por sus amigos o los míos, se ha convertido en una de mis cosas favoritas, aunque cada vez que coincido con Lucas, noto que me apuñala con la mirada.

Las cenas de trabajo a las que Yuls me acompaña, las copas con los amigos, las exposiciones a las que vamos juntos, todo eso ahora forma parte de una rutina que nunca imaginé que me haría tan feliz y lo estoy disfrutando mucho.

Atrás quedaron los días en los que me pasaba hasta las tantas trabajando en la oficina, convencido de que el trabajo era mi vida. Ahora tengo cosas mejores que hacer gracias a ella y, aunque los planes improvisados nunca me han atraído, reconozco que me empiezan a gustar y soy consciente de que ahora tengo una vida que me gusta y que no quiero cambiar.

Las exposiciones en verano, con tanto turista que hay en Madrid, están funcionando muy bien, y a Yuls le gustan. Las disfruta con Lucas o conmigo. Los tres juntos nunca hemos ido, pues el crío lo evita, y yo no quiero forzar nada. Las exposiciones que tenemos en nuestras salas están siendo muy visitadas, y eso es un excelente medidor para el negocio. Estoy comprobando las estadísticas cuando la puerta de mi despacho se abre.

Es Yuls. Viene acompañada por Lucas.

—¿Y esta maravillosa visita a qué se debe? —Me levanto, sorprendido.

Yuls sonríe. Lucas no.

Con cariño, Yuls se acerca a mí y me besa.

—Salimos pronto del hospital y le propuse visitarte —dice Yuls—. ¡Por fin le han quitado la escayola! Y su complicada fisura está solucionada y no tendrán que operarle.

Saber aquello me alegra.

—Enhorabuena, Lucas. ¿Estás contento? —le pregunto. Él se encoge de hombros y no responde. Siempre que nos vemos, me mira mal. Está claro que no le gusto absolutamente nada, pero intentando que la situación mejore, propongo—: ¿Qué os parece si comemos juntos los tres?

—¡Genial! Me muero de hambre —se entusiasma Yuls.

Lucas resopla. A él no le parece genial.

—¿Qué tal si sonríes un poco, ¡bichito!? —le pide Yuls, dándole un cariñoso pescozón.

Él la mira. En su gesto, aunque veo enfado, noto esa afectividad hacia ella. Salimos los tres del despacho y le digo a mi secretaria en confianza:

—Diana. Me voy a comer con mi mujer y Lucas. Llámame al móvil si es importante. Si no es así, toma nota y cuando regrese los llamaré.

Me sorprendo a mí mismo al decir esto. Hasta no hace mucho hubiera dicho «Llámeme para cualquier cosa», pero acabo de decir «Llámame si es importante». Está claro que estoy aprendiendo a priorizar en la vida.

Diana asiente. Últimamente vuelve a sonreír, y eso me hace entender que ella está bien.

Bajamos en el ascensor a la primera planta y, al salir de él, el vigilante viene hacia nosotros.

—Buenas tardes, señores.

—Hola, Raúl, ¿todo bien?

Él asiente.

—Quería darle las gracias por lo que ha hecho por mí —dice, acercándose más a nosotros—. No sabe usted cómo me ha solucionado la vida haciéndome fijo en su empresa.

Yuls me mira y sonríe. Cuando pasó lo de Diana, llamé a personal para preguntar por él. Me dijeron que apenas llevaba dos meses. Tenía un contrato de prácticas y les pedí directamente que, en cuanto lo cumpliera, lo hicieran fijo. Lo que Raúl hizo aquel día por Diana me hizo saber que era una buena persona, y lo quiero a mi lado.

—Gracias a ti, Raúl. Para mí es un placer que trabajes con nosotros.

Nos despedimos del vigilante y agarro a Yuls de la mano. No se me escapa la miradita de Lucas. Aun así, no la suelto. No voy a entrar en el juego del chaval.

Mientras caminamos por la acera intento hablar con Lucas, pero él no me lo pone fácil. O no me responde, o simplemente se encoge de hombros. Sé que Yuls se da cuenta de lo que hago y me sonríe.

—Propón ir a un restaurante italiano —cuchichea, acercándose a mí.

—¿Por qué?

—Son los que más le gustan a Lucas.

Asiento. Su ayuda para ganármelo siempre es necesaria.

—Lucas, ¿qué te apetece comer? —pregunto.

—Me da igual.

Yuls me mira animándome.

—¿Te gustan los restaurantes italianos? —pruebo.

—Sí.

—¡Estupendo! Conozco uno muy bueno cerca de aquí.

Seguimos caminando hasta que al llegar a un semáforo que está en rojo para nosotros nos paramos. Yuls y yo, mientras los coches pasan ante nosotros, hablamos sobre la salida que tenemos al día siguiente para ir a una exposición, cuando de pronto Yuls suelta mi mano. Veo que agarra a Lucas por el cuello de la camiseta y tira de

él con fuerza hacia atrás. Instantes después, un coche a toda velocidad pasa casi rozándolo.

—¡Serás gilipollasssss! —grita Yuls, fuera de sí—. ¡Cabrón de mierda! ¡Así te estrelles!

Lucas y yo, boquiabiertos, vemos cómo el coche que ha estado a punto de arrollarlo desaparece, sin detenerse, en la siguiente calle a la derecha. La gente a nuestro lado está horrorizada.

—¿Estás bien? —pregunta Yuls, alterada.

—Sí.

—¿Te ha rozado?

—Tranquila, mamá. Estoy bien.

Todavía con el corazón encogido por lo que ha estado a punto de pasar, miro al muchacho cuando Yuls pregunta, alzando la voz:

—¿Alguien se ha quedado con el número de la matrícula?

Todo el mundo niega con la cabeza. Yo tampoco me he fijado. Ha sido todo tan rápido que ha sido imposible.

—Lo siento, cariño —me disculpo—. Pero yo tampoco me he fijado en la matrícula.

Yuls resopla. Por su boca salen sapos y culebras que no le recrimino.

—Venga. Continuemos. Tengo hambre —dice Lucas, tratando de quitarle hierro al asunto.

El corazón me va a mil, como intuyo que le va a Yuls cuando el semáforo se pone verde para nosotros y cruzamos para proseguir nuestro camino.

Una vez en el restaurante y ya más relajados en la mesa, intento hablar con el chaval. Y, para mi sorpresa, me contesta. Me comenta que en alguna ocasión ha quedado con mi sobrino Javier para jugar al básquet, montar en monopatín o jugar al fútbol. Está claro que le gusta el deporte. También me habla sobre sus estudios y de lo

mucho que le gustaría estudiar ingeniería robótica. Eso me sorprende tanto como que me esté hablando. Aunque rápidamente entiendo que no lo hace por mí, sino para que Yuls se relaje, y más cuando veo que le coge la mano y, con todo el cariño del mundo, murmura:

—Tranquila, mamá. No ha pasado nada.

Yuls asiente. Pero entonces me percato de que mantienen una conversación en silencio de la que estoy completamente excluido. ¿Qué pasa? ¿Por qué se miran así? Y por primera vez esa complicidad me incomoda. Mi instinto me dice que ocultan algo, pero decido callar. Como diría Yuls, no está el horno para bollos.

Dos días después, el domingo 19 de junio, animado por Yuls, voy al centro de menores para ver la final del mundial de fútbol España-Argentina.

Desde una discreta posición veo cómo Yuls saca de su inseparable mochila algo y les pinta a los niños en el rostro los colores de la bandera de España. Después, los ayuda a ponerse las camisetas rojas que ha comprado para ellos.

Cuando llega hasta mí para pintarme la cara con aquello que lleva en la mano, con mi gesto se lo digo todo. ¡Ni se le ocurra!

Yuls sonríe. No insiste. Pienso que me va a llamar eso de «rancio» para picarme, pero no lo hace. En su lugar, me regala un rápido beso que me desarma por completo, y vuelve a sonreír.

Durante el sufrido partido disfruto con los niños del centro, incluso con Lucas, que, animado, se acerca a mí. Y cuando el jugador de España Ferrán Torres mete el gol que nos proclamará minutos después campeones del mundo, la fiesta que allí se origina me sorprende. ¡Pues sí que son ruidosos los niños!

Capítulo 51

En agosto hace un calor de mil demonios y tengo turno de doce horas. De ocho a ocho.

Mis vacaciones este año son la segunda semana de septiembre y la primera de octubre. Luego me queda otra semana para Navidad. A Oliver esas fechas no le hicieron gracia. Sus vacaciones son en agosto, y por ello discutimos. Quería que nos fuéramos unos días a Tarifa y después lo acompañara a Nueva York antes de irnos, según él, a Hawái. ¡Qué fuerte!

En la Gran Manzana tiene varias reuniones con ciertos artistas con los que quiere cerrar fechas para que expongan en sus galerías, pero para mí acompañarlo es imposible. Mi trabajo no me lo permite.

Conociendo sus ganas de ir a Tarifa, lo animé a que se marchara, y aunque en un principio se negó, al final lo convencí y se fue con su sobrino un fin de semana. Sé que invitó a Lucas a acompañarlos, pero este, como imaginé, rechazó la oferta.

Cuando regrese Oliver tengo una sorpresa para él. Durante los días que está en Nueva York he decorado con mucha paciencia el techo de su habitación con estrellas y constelaciones fluorescentes. He seguido un mapa al milímetro para intentar recrear un cielo de lo más veraz, y, la verdad, me ha quedado genial. Espero que le guste.

En el centro donde trabajo hay varios compañeros que han comenzado sus vacaciones de verano y, como siempre que llega esta época, estamos justos de personal. Algo que pasa todos los años.

Un año más, reclamamos. Ponemos nuestras quejas. Pero, un año más, todo eso cae en saco roto.

Pero, por fortuna, hace dos años pudimos comprar una piscina de esas que se montan y desmontan, y los niños disfrutan de ella. El colegio se acabó. Algunos pequeños se han ido por diferentes motivos, pero con los que quedan todo es más intenso y hay que buscar actividades para entretenerlos.

Estoy mirando cómo se bañan unas niñas y pensando en Oliver y en las ganas que tengo de que regrese de Nueva York cuando alguien llama mi atención. Me fijo en la valla del fondo y veo a una persona, con una gorra oscura, apostada en ella. En el centro de la gorra brilla una chapa que estoy segura de haber visto en alguna parte. Lo que no recuerdo es dónde. Desde donde estoy no distingo si es un hombre o una mujer, pero en cuanto me levanto y hago ademán de acercarme, aquella persona se va.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Lucas.

Vuelvo a mirar hacia el fondo.

—Había alguien allí mirando. —Lucas dirige la vista hacia donde le señalo. No hay nadie, y añado—: En cuanto me he levantado se ha marchado.

—A ver... Estás nerviosa desde que pasó lo del coche el otro día y creo que comienzas a ver cosas donde no las hay. ¿Por qué no te relajas? —Tiene razón. Debería relajarme y dejar de ser tan susceptible; luego me coge del brazo y caminando hacia donde están todos, me pregunta—: ¿Cuándo vamos a ir a ver a mamá Clara?

Sonrío. Lucas adora a mamá. Cuando ella estaba bien, fueron muchas las tardes en las que Lucas se venía a casa conmigo simplemente para verla. Mamá y él se adoraban. Pero cuando su alzhéimer se recrudeció, comencé a espaciar las visitas. No quería

que Lucas sufriera, pero él empezó a ir por su cuenta. Sabina me lo decía. Y ahora que está en la residencia en ocasiones me acompaña, y mamá al verlo se alegra, aunque lo confunda con otra persona.

—Buscaré día, ¿te parece? —indico, y él asiente.

A mediodía, tras la comida, la gran mayoría de los niños, en especial los más pequeños, están en sus habitaciones o dormidos o jugando. Lucas, Josué y Janet están con nosotros, los monitores. Estamos decidiendo si ver una serie o una película cuando suena el timbre de la puerta del centro. Roberto va a atender y cuando regresa dice:

—Gracias, Yulsssss.

En sus manos trae unos cafés del Starbucks. Y en cada uno de ellos pone el nombre de los que estamos hoy trabajando. Kaory, Roberto, Adela, Carlos y el mío.

Sorprendida, me quedo mirándolo, y Roberto, dejándolos sobre un aparador, aclara:

—Yuls, el repartidor dijo que llamaste y los encargaste.

Oír eso me sorprende. Yo no he encargado nada.

—Un cafetito para ver una película, ¡qué fantasía! —exclama Carlos.

—Con lo detallista que es tu maridito, seguro que ha sido él —afirma Kaory.

Asiento. Oliver ha hecho eso algunas veces. Ha encargado cafés o helados o lo que sea y ordenado que nos los traigan al centro. Algo que a mis compañeros les trae locos.

—Pues los beberemos a la salud de Oliver —afirmo.

Ellos asienten. Oliver, en los últimos tiempos, está ayudando al centro todo lo que puede desinteresadamente. De hecho, ha hablado con la directora y han quedado en que, para noviembre, se empezará a hacer una reforma. Una gran noticia que me llenó de

felicidad y, aunque Oliver lo hace por los niños, sé que también lo hace por mí. Sigue enamorándome.

Mientras terminamos de colocar los sillones para poder sentarnos todos juntos, el teléfono del centro suena. Adela va a atenderlo.

—Yuls, ¡es para ti! —grita desde la oficinita.

Voy sonriendo. Me encantaría que fuera Oliver, aunque él suele llamarme al móvil.

—Hola... —saludo.

Silencio. Nadie contesta.

—Dígame... —insisto.

Segundos después, la comunicación se corta.

Intento no rayarme. No puedo ponerme, como siempre, en lo peor. Vicente lleva ocho años sin localizarme, sin dar señales de vida. ¿Por qué me martirizo pensando que es él? Pero cuando regreso al salón y miro los cafés que siguen en el aparador, mi intuición me grita que no debemos tomarlos y, sin pensármelo, hago un movimiento que provoca que terminen en el suelo.

Todos me miran. Protestan. Les acabo de jorobar el exquisito café, y yo no digo lo que pienso. Segundos después, mientras limpio el suelo con una fregona y Lucas recoge el estropicio, me mira. Con la mirada nos comunicamos y, cuando vamos a la cocina juntos para dejar el cubo y la fregona y tirar los vasos de plástico a la basura, susurra en voz bajita:

—¿Qué pasa, mamá?

—Nadie estaba al otro lado del teléfono —le digo al ver que estamos solos—. Y puede que me esté volviendo loca, pero entre tu casi atropello el otro día, la persona que había en la valla mirando y el olor que percibí el día que estuvimos en la piscina natural de Riosequillo...

—¿Qué olor?

Resoplo. Lo que mi mente piensa me desestabiliza.

—El olor a alcohol y sudor de... de... Y yo... yo no sé qué pensar, Lucas. Pero esos cafés no los he encargado yo y Oliver está en Nueva York.

Lucas asiente. Es la primera vez desde que nos conocemos que me ve así. Por suerte para él, el tiempo que llevo en el centro de Madrid, el Coco no nos ha encontrado, y me abraza.

Mi teléfono móvil vibra. Rápidamente lo saco del bolsillo de mi pantalón y veo que es un wasap de Oliver. Lo abro de inmediato y leo:

> Patatita gruñona
> Espero que disfrutéis de los cafés que os he enviado. Te quiero.

Leer eso me hace suspirar.

—¿El rancio es patatita gruñona? —pregunta Lucas, que está a mi lado.

—Sí.

Se ríe.

—Pues misterio solucionado —afirma, moviendo la cabeza divertido.

Saber aquello me hace sonreír. Estoy tan aliviada que ni siquiera regaño a Lucas por llamarlo «rancio». Instantes después, como en una nube, vuelvo al salón mientras me voy recriminando por haberme comportado como una histérica.

Me siento junto a Kaory.

—¿Cuándo regresa Oliver? —me pregunta.

—En dos días.

Cuando salgo del trabajo a las ocho y diez intento animarme. No puedo seguir sumida en el bucle de destrucción en el que yo misma me he metido.

Voy con Kaory hacia el aparcamiento a buscar nuestros coches.

—Pues sí que echas de menos a tu misil. ¡Qué mustia estás! —me dice ella, sonriendo.

Yo trato de sonreír al oírla. Tiene razón.

Nos despedimos y tomamos direcciones opuestas.

Mientras conduzco me doy cuenta de que no paro de mirar por el espejo retrovisor. ¡Ya vuelvo con mis neuras! Quiero ver si algún coche me sigue. Pero no. No veo nada por lo que me tenga que preocupar.

Al llegar a la urbanización, me paro, cojo el mando a distancia y abro la verja. Vuelvo a mirar por el retrovisor. Cuando la verja se abre entro, pero en vez de seguir me detengo de nuevo. Necesito ver que la verja se cierra y no entra nadie.

Luego conduzco hasta el garaje. Allí vienen a saludarme Drako y Zorba y, tras darles su dosis de mimos y chuches, los animo a seguirme. Quiero que entren conmigo en la casa. Oliver no está y no se va a enterar.

—Mi vida, si mi nieto viese a los perros dentro de la casa, ya la estaría montando —oigo que me dice la abuela.

La voz de Ágata hace que me asuste. Se me cae hasta la mochila.

—¿Qué te ocurre, mi niña? —pregunta, acercándose.

La miro. ¿Cómo contarle lo que me ocurre?

—Ni una palabra a don Controlador de que Drako y Zorba van a cenar hoy con nosotras, ¿vale, abuela? —le pido, y agarro a Tarifa, que aparece a mis pies saltando como una loca.

Ella se ríe. Que me salte las normas de su nieto sin importarme las consecuencias le hace mucha gracia.

Le doy un beso y luego me voy a duchar. Lo necesito.

Cuando entro en la habitación de Oliver, que desde que regresamos de Tarifa ahora es de los dos, paso corriendo a lo que

fue mi dormitorio. Pongo mi maleta sobre la cama. La abro y de ella saco mi cuaderno de sucesos. Apunto lo ocurrido y miro lo que he anotado. Realmente no hay nada destacable, a excepción de percepciones que he tenido. Luego guardo el cuaderno, me ducho y bajo a cenar. Ágata me espera.

Capítulo 52

En Nueva York he tenido varias reuniones, donde no solo he contratado a varios artistas importantes para que expongan en mis galerías de España y Londres, sino que he comprado varias obras que me habían encargado.

Acabo de llegar al hotel tras un día intenso y me he dado una ducha. Aquí en Nueva York son las seis de la tarde, por lo que en Madrid son las doce de la noche.

Ataviado con un pantalón negro y una camiseta, me siento en la cama con mi portátil. He quedado con Yuls. Vamos a hacer una videoconferencia. Pero los minutos pasan y ella no me llama. Eso me intranquiliza. Sigo siendo un maniático de la puntualidad, pero está visto que eso a ella le sigue sin importar.

A las seis y cuarto, cuando estoy a punto de darme cabezazos contra la pared, suena mi ordenador y tras aceptar la videollamada la veo. Está preciosa. Sentada sobre nuestra cama y ¡no me jodas, la perra está a su lado!

—Hola, cieloooooo.

—¿Qué hace la perra en mi habitación y sobre mi cama? —pregunto con voz severa.

—¿Tu habitación y tu cama?

—Sí —insisto.

—¡Que te den! —suelta.

Y, sin más, se corta la comunicación. ¿En serio?

Encabronado, me quito las gafas, las tiro sobre la cama y me quedo mirando la pantalla. Que haya hecho eso no me ha gustado nada. Ese carácter suyo me vuelve loco. Pero yo soy un bocazas. ¿Cómo he podido decir eso de «mi» habitación y «mi» cama cuando aquella estancia es de ambos?

Mi portátil vuelve a sonar. Me pongo las gafas. Acepto de nuevo la videollamada y vuelvo a verla como vuelvo a ver a Tarifa.

Esta vez no saluda. No habla. Solo me mira. Y yo, intentando no ser tan brusco, indico:

—Habíamos quedado hace quince minutos.

Yuls se mira el reloj.

—Realmente hace diecisiete.

Aprieto la mandíbula. La madre que la trajo. Lo que le encanta llevarme la contraria.

La noto tensa. Lo veo en su mirada y en la tensión de sus hombros. Pero, claro, con lo que ha pasado, estoy seguro de que quien la ha puesto tensa he sido yo.

—Vale. Lo siento —me disculpo—. No tenía que haberte hablado así.

—¿Así cómo? —pregunta.

La miro a través de la pantalla como ella me mira. Sigue tensa. Molesta.

—No es «mi», es «nuestra» —me corrijo.

—Está visto que no, si a la primera de cambio me recalcas lo de «mi».

Me lo merezco. Sé que me lo merezco.

—Ha sido un error. Lo siento, cariño —vuelvo a disculparme.

Yuls, muy seria, mira la pantalla. No me gusta verla así.

—De acuerdo —concede—. Estás perdonado. Pero si vuelves a decir eso de «mi», sufrirás las consecuencias. ¿Te queda claro?

—Clarísimo.

Sonríe. Eso me alivia, cuando veo que coge a la perra y poniéndola ante la cámara cambia su tono de voz.

—Hola, papichulo, ¡qué guapo estás!

Suelto una carcajada. Lo de «papichulo» y ver en un primer plano a la perra, que parece sonreír, consigue ese efecto en mí.

—Tú también estás muy guapa, Tarifa —respondo.

Yuls quita a la perra y la deja sobre la cama.

—¿Qué tal tu día, cielo? —se interesa.

Durante un rato hablamos. Le comento cómo he pasado la jornada. Las reuniones que he tenido, y ella brevemente me habla de su día en el centro. Charlamos tranquilamente mientras cada uno está tirado en una cama y en otro continente.

—Estoy deseando regresar a casa para verte —murmuro.

—Y yo que regreses. Y, por cierto, tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? ¿Qué es?

—Si te lo digo, no será sorpresa. Pero espero que te guste mucho.

Nos miramos en silencio a través de la pantalla del ordenador, cuando ella se incorpora, y llevándose las manos a su pelo se lo suelta. Este cae en cascada sobre sus hombros.

—Eres preciosa —susurro.

Yuls sonríe. Hace un gesto pícaro y sorprendiéndome se quita la camiseta que lleva.

Ver sus pechos hace que se me reseque la boca.

—Vamos, cielo, suéltate —me anima.

¡¿Cómo?! ¿¡Qué!? ¿Que me suelte? ¿Pero acaso se ha vuelto loca?

—Yo no hago estas cosas. —Niego con la cabeza.

—¿Qué cosas?

Sigo mirándola. Tiene unos pechos preciosos. Lleva las braguitas de encaje transparentes negras que sabe que tanto me gustan.

—Pues esto, Yuls. ¡Esto! —Mi voz está algo tensa.

Se ríe. Sin ningún pudor pasea sus manos por sus pechos.

—Esto es... ¿sexo por webcam? —susurra. Asiento. Me excita su descaro, aunque yo sea incapaz de seguirlo, cuando pregunta—: ¿Nunca has hecho sexo por webcam?

—No. Siempre lo he preferido en vivo y en directo. —Se ríe. Ahora soy yo el que quiere saber—: ¿Y tú lo has hecho?

—No. Pero hoy puede ser una buena primera vez. ¿No crees? —responde, al tiempo que se coloca el pelo tras la oreja con coquetería.

Sonríe. Sonrío. ¿Pero por qué lo hago?

Calor. Siento calor. Noto cómo mi cuerpo, y en especial mi pene, se reactiva sin que yo pueda controlarlo, porque quien tiene el control de mi cuerpo sin tocarlo es ella. Es Yuls.

—Patatita, estamos tú y yo solos. Tarifa no cuenta. Quítate la camiseta.

¿Que me quite la camiseta?

Niego con la cabeza.

—Vamos, patatita gruñona —insiste—. Quítatela.

No. Me niego. No me veo haciendo esto y vuelvo a negar con la cabeza.

—Eres un rancio.

—¡Ya estamos con la palabrita!

—Tremendamente rancio —repite con seguridad.

—No me gusta que me llames así.

—Pues no lo seas.

Molesto por aquella definición que no me gusta absolutamente nada, me quito las gafas.

—Cuando regrese, tú y yo vamos a tener una conversación muy seria con respecto a la palabra *rancio* —siseo.

—Uissss, ¡qué miedoooo!

Sonríe. Me reta con la mirada de esa forma que me hace saber que es mi dueña. Que haré lo que ella quiera. Que no le puedo negar nada.

—El rancio macho ibérico se quita las gafas —pone voz de documental—. Acorralado por la hembra de su especie, entra en estado de absoluta confusión mientras delibera sobre ¿se quita la camiseta? ¿No se la quita? El ejemplar de macho apenas respira al tiempo que piensa cómo escapar del ataque mientras la hembra lo acecha. Lo domina. Lo calienta. Lo reta.

—Eres terrible —me río.

—Te encanta que sea terrible... patatita. Pero, créeme, la hembra ibérica a la que estás mirando hoy no piensa perder la negociación. Quítate la camiseta.

Su insistencia me excita. Su mirada me provoca. Y, dispuesto a hacer cualquier cosa que me pida, termino quitándome la puñetera camiseta.

Por primera vez estoy sin camiseta ante la cámara de un ordenador. Lo que estoy haciendo es algo que nunca ha entrado ni en mi vida ni en mis planes. La discreción y cierta contención son temas importantes para mí.

—¡Cómo me gusta mi macho ibérico! —exclama Yuls, que sabe que ha ganado el combate.

Sonrío, aunque me siento incómodo. Conociéndola, ahora me pedirá que me quite el pantalón y los calzoncillos.

—Tarifa —dice, cogiendo a la perra en brazos—, has visto qué pectorales y qué tabletita de chocolate tan bien puesta que tiene papichulo. Mmmmm, sí, Tarifa. Pienso como tú. Está para comérselo, y ahora le vamos a pedir que siga desnudándose porque queremos más.

¡Lo sabía!

Sabía que aquí no pararía, y no, ¡ni de coña!

Ridículo, ¡esto es ridículo!

¿Pero quién me creo? ¿Un *stripper*?

Cojo la camiseta a toda prisa y me la vuelvo a poner.

—Vaya... regresó el macho rancio. —Yuls se ríe a carcajadas.

No contesto. Paso. Que me llame lo que quiera.

Instantes después, ella se pone su camiseta.

—Si yo no tengo bonitas vistas, tú tampoco —dice.

Se ríe. Yo no. Y tumbados sobre la cama me pide que le cuente cosas de Hawái. Yo he estado, ella no, y mi intención es llevarla. Le hablo de sitios increíbles mientras asiente y escucha. Está pensativa. La noto más pensativa que otras noches, pero no le pregunto. Conociéndola, no me contestará.

Media hora después, cuando bosteza, propongo acabar con la videoconferencia para que duerma. En España es más de la una de la madrugada y sé que ha tenido turno de doce horas. Por lo que nos despedimos y quedamos en que ya nos comeremos a besos cuando llegue a Madrid.

Capítulo 53

Me despierto sobresaltada y empapada en sudor.

Miro el reloj. Las cinco y veinte de la madrugada. Cierro los ojos. Intento dormir. Pero es imposible. Mi mente y mi cabeza no paran de imaginar cosas que no debo y abriendo los ojos miro el techo. ¿Pero qué me pasa? ¿Por qué me estoy obsesionando de esta manera? ¿Por qué siento el nubarrón sobre mi cabeza?

Finalmente, clavo mi mirada en las estrellas fluorescentes del techo y siento que me relajo. Pero a las ocho de la mañana, cansada de mirar las estrellas, me levanto, y tras una ducha bajo a desayunar.

La abuela y Mónica están sentadas en la cocina. Hablan. Cotillean y, cuando me ven entrar, me saludan encantadas y me uno a ellas. A las diez menos cuarto me marcho. He de dar clase de defensa personal.

Cuando llego al centro de mujeres, como siempre, me abrazan. Me quieren como yo las quiero a ellas, e intento ayudar en todo lo que puedo. Mamá y yo, durante años, pasamos por centros como aquel y conozco sus carencias. Tras saludos, besos y confidencias, pasamos al gimnasio que han habilitado para las clases.

Mientras enseño y practico con ellas, me doy cuenta de que hoy lo estoy haciendo concienzudamente. Corrijo cada movimiento con precisión y no solo el de ellas, sino también el mío. Y, aunque me regaño por ser una alarmista, mi instinto ha despertado en mí una

alerta silenciosa y difícil de explicar, y eso me hace ver que me estoy anticipando a algo que ni siquiera existe.

Acabada la clase, y sin ganas de regresar a casa, pues hoy es mi día libre, me estoy montando en el coche cuando recibo un wasap. Es Lucas.

Me pregunta qué tal estoy y si hoy voy a ir a ver a mamá. Se preocupa por mí. Está claro que lo dejé inquieto, y le pido que se prepare, que voy a buscarlo para ir a la residencia. Eso le alegra.

Llegamos a la residencia donde está mamá y, como siempre, mientras pasamos nuestra acreditación por la recepción, miro la hora en el enorme reloj que tienen en la pared. Al vernos, mamá se alegra. No sabe quiénes somos, pero se alegra. La sacamos al jardín y nos sentamos en uno de sus bancos mientras ella hace y deshace su ovillo de lana. Hace un bonito día y entonces mamá se levanta del banco donde estamos sentadas, deja el ovillo de lana a un lado y se dirige directamente a Lucas, que está de pie, y le da una patada en la espinilla. Eso me provoca risa, luego se vuelve a sentar y, como si no hubiera pasado nada, coge su ovillo de lana y prosigue con su ritual. Lucas me mira boquiabierto.

A la una y media de la tarde, tras avisar a Ágata de que no voy a ir a comer, nos despedimos de mamá dejándola con su cuidadora en la habitación, y Lucas y yo decidimos comernos una hamburguesa. Mientras lo hacemos, me pregunta por Oliver y, feliz, le hago saber que llega al día siguiente.

Cambia de tema y se interesa por cómo estoy por lo ocurrido el día anterior, y yo le respondo con sinceridad. Entre los dos repasamos lo sucedido y llego a la conclusión de que me estoy obsesionando y me tengo que relajar.

A las siete y cinco de la tarde, tras dejar a Lucas en el centro, pongo rumbo a La Moraleja. Y, la verdad, estoy animada. Hoy ha

sido un bonito día junto con mamá y Lucas, y queda menos para que Oliver regrese.

Cuando llego ante la casa paro el vehículo. Cojo el mando a distancia para abrir la verja, pero antes de darle al botón, algo llama mi atención. A ambos lados de la entrada hay pétalos amarillos y velas.

La respiración se me paraliza. Se me corta de golpe. Se me encoge el estómago. Llevo mi mano al pecho y me obligo a inspirar profundamente para no desmayarme mientras compruebo que tengo echado el seguro del vehículo.

Paralizada, no puedo apartar mi vista de aquello y entonces sé que Vicente nos ha localizado y que el caos ha vuelto de nuevo a mi vida.

Con manos temblorosas y sintiendo el fuerte latido de mi corazón en todo mi cuerpo, mis ojos recorren el exterior en busca de algún movimiento o de alguna persona, pero estoy sola, mientras tengo claro que lo que llevo imaginando días es real. Muy real.

Cojo el teléfono y, aunque casi no veo la pantalla, consigo encontrar un número. Uno que lleva allí veinte años. Un timbrazo. Dos. Tres.

—Centro penitenciario de Ávila. Dígame.

He de hablar. Debo preguntar.

—Buenas tardes —logro articular antes de que me fallen las fuerzas—. Mi nombre es Lena Brusei Pérez. Soy la hija del recluso 472 y necesitaría hablar con urgencia con él por un problema familiar.

—Un momento, por favor.

Asqueada por haber afirmado ser la hija de aquel sinvergüenza, estoy esperando cuando vuelven a hablar:

—Disculpe, señorita. Pero el recluso 472 ya no se encuentra en nuestras dependencias. Fue puesto en libertad hace mes y medio.

No... no... noooooooo...

—Pero si estaba cumpliendo una sentencia de veinticinco años.

—Así es, señorita. Pero en su expediente indica que, por su buen comportamiento y su colaboración en programas de reinserción, le redujeron la pena. Por lo que ya está en libertad.

Me ahogo. Necesito respirar o me ahogo. Ese desgraciado mata a mi hermano, casi nos mata a mamá y a mí, y quema la casa. ¿Y por buen comportamiento ya está en la calle? ¿Pero qué clase de justicia es esa?

—De acuerdo. Muchas gracias.

Suelto el teléfono móvil como si me quemara. Aquello es una locura. Una atrocidad. ¿Cómo puede estar en libertad?

Conozco a mi padre y, aunque no lo haya visto en los últimos veinte años, afirmo y pongo la mano en el fuego que sigue siendo el mismo cabrón mala persona que era, y lo sé por las notitas que durante años nos ha hecho llegar para meternos miedo.

Instintivamente, llamo a Ágata. Al segundo tono descuelga y al oír su voz cierro los ojos aliviada. Sin dejarle intuir mi nerviosismo hablo con voz serena con ella unos minutos y le hago saber que tampoco iré a cenar. Eso la apena, pero me dice que Altamira y un par de amigas más están con ella. Eso me alegra. No está sola.

Cuando termino la conversación y sabiendo que la espada de Damocles está sobre mi cabeza y la de mamá, llamo a la residencia.

Allí me atiende Araceli, una de sus cuidadoras, quien me dice que mamá está dormida, y entonces me menciona que un amigo acudió a visitarla nada más marcharnos Lucas y yo.

¿Un amigo? ¿Qué amigo?

Doy marcha atrás como una loca y conduzco hacia Móstoles, olvidándome de los límites de velocidad y de la prudencia. Dejo el vehículo en el primer hueco que veo y entro en la residencia.

Sin pararme en la recepción y enseñar mi acreditación, corro escaleras arriba hasta la habitación de mamá y al entrar la encuentro dormida en su cama, y sobre la mesita que tiene a su izquierda hay un ramo de rosas amarillas.

Con la respiración entrecortada me acerco a aquellas rosas. La belleza que emanan contrasta con lo que significan para mí.

Tras salir de la habitación me dirijo hacia el control de enfermeros. Quiero saber cómo era la persona que vino a ver a mamá, y me dicen que era un hombre alto, maduro, calvo y fuerte.

Esa descripción es la de Vicente. Exijo de inmediato saber cómo ha podido aquel hombre entrar en la residencia, y me indican que llegó con «mi» acreditación. Por eso lo dejaron entrar.

Horrorizada, parpadeo al recordar que perdí mi acreditación al regresar de Tarifa. Y entonces no puedo dejar de preguntarme ¿cómo ha podido terminar en las manos de Vicente?

Molesta. Rabiosa. Enfadada y, por qué no, asustada, cojo el maldito ramo, lo saco de la habitación y lo tiro a la papelera.

El personal que hay allí me mira. No entienden lo que estoy haciendo.

—Quiero hablar con la directora —le digo a Araceli.

—Es tarde, Yuls. Hasta mañana a las ocho de la mañana no regresa.

—Por favor, Araceli, llámala y dile que es urgente.

—Pero...

—¡Llámala! —insisto, molesta.

La mujer asiente y se aleja.

Cinco minutos después, estoy hablando con la directora. Le cuento a medias la problemática que tenemos y, aunque me escucha, lo máximo que consigo es que a mamá la cambien de habitación y que me dejen ver las grabaciones de las cámaras de seguridad. Y ahí está. Ahí está Vicente. Lo reconozco, aunque oculte su calva y su cabeza bajo una gorra.

Una hora más tarde y en la nueva habitación, me siento en una silla, consciente de que él nos ha encontrado. Tras ocho años nos ha vuelto a encontrar. Y mientras veo dormir a mamá intento eso que Kaory siempre dice de «mente fría y nervios templados».

Cierro los ojos y, a través de ciertos ejercicios de relajación, procuro controlar la respiración. Estoy acelerada. Demasiado. ¿Pero cómo no estarlo si Vicente está cerca?

Pienso en Oliver y me siento fatal. Por mi imprudencia, por no ser sincera con él, lo que ocurra a partir de hoy le puede perjudicar a él, a su negocio y a su familia. Y la única culpable de eso seré yo y solo yo.

No soy muy creyente. Y nunca lo he sido precisamente por las cosas que me han tocado vivir. Si Dios existe, ¿cómo permitió que Vicente hiciera lo que hizo? ¿Cómo dejó morir a Andy? Pero, en mis momentos de debilidad, reconozco que le he suplicado al universo, o a quien lo creó, que esto que está pasando no ocurriera y que, si tenía que ocurrir, fuera cuando Oliver y yo ya no tuviéramos nada que ver. Pero, como siempre, el universo y quien se encargó de crearlo han pasado de mí.

De pronto pienso en Ágata. Sus amigas ya se habrán marchado y está sola en la enorme casa de La Moraleja, pues sé que Mónica se iba unos días con su hija. ¿Debería ir con ella o quedarme con mamá?

Oliver está en Nueva York y si algo le pasa a la abuela por mi culpa no me lo voy a poder perdonar. Por lo que, tras asegurarme de que la residencia cierra a esta hora y que, si alguien entra, las cámaras lo captarían, corro hacia el coche sabiendo que la que ahora está en peligro soy yo.

Al llegar ante mi vehículo me quedo perpleja. En la puerta del conductor tengo un fuerte golpe y me da la sensación de que ese golpe me lo van a dar a mí. Durante varios segundos, espero que alguien me ataque. Que me golpee. Que me haga algo. Pero eso no ocurre, y reaccionando tiro de la puerta abollada que está semiabierta y me meto en el coche.

Acelerada y, por qué no decirlo, algo acobardada, miro a mi alrededor. Todo está oscuro. Solitario. No hay nadie, y entonces veo un recorte de una revista pegado al volante. En él se nos ve a Oliver y a mí una de las noches que salimos, y escrito a bolígrafo pone: «Coge el teléfono».

Segundos después, mi teléfono suena. Del susto doy un chillido y al mirar la pantalla veo que pone «Número oculto».

Un timbrazo. Dos. Tres. Estoy paralizada. Y cuando suena el cuarto consigo deslizar mi dedo por la pantalla para contestar.

—Lena Brusei, ¿o he de llamarte Yuls Pérez o señora Dávila?

No contesto. Esa voz. Esa manera de arrastrar las palabras.

—¿Pensabas que eras más lista que yo? ¿Que no os iba a encontrar?

Miro a mi alrededor. Seguirá por aquí tras haberle llevado las flores a mamá. ¿Me estará observando?

Entonces veo una de las cámaras de vigilancia de la residencia. Está unos metros más adelante. Si salgo del coche y camino esos metros la cámara me grabará y, dispuesta a hacerlo salir de donde esté para que quede grabado, lo reto.

—Sal de donde estés y hablemos.

Se ríe. Su risa me enerva.

—¿Me crees tan tonto? —Y, como si me hubiera leído la mente, indica—: He pagado a un drogata para que metiera la foto dentro de tu coche. No soy tan idiota. No me iban a captar las cámaras otra vez. —Cierro los ojos. ¡Maldita sea! Él suelta—: Qué desmejorada está tu mamaíta. —Oír eso me hace abrir los ojos y añade—: Lena... Lena... Lena... te llevo observando y siguiendo desde hace tiempo. Por cierto, ¿te suena esto...?

—Lena... Lena... ¡te está buscando tu padre!; Verónica, dile que ya voy —dice la voz de una mujer que ríe.

Aquello me paraliza. Aquella voz con aquel mensaje fue lo que oí el día que estuve con Oliver en el campo del Atleti viendo a Alejandro.

—Mi chica me hizo el favor de entrar al baño cuando tú estabas. Saluda, Bea.

—¡Hola, Lena!

No respondo. No puedo.

—Como verás, os tengo cazadas desde hace tiempo... niñita —continúa él. Me angustio. Saber eso hace que el corazón se me acelere—: Quitarte la acreditación de la residencia fue fácil. Bea es muy hábil y solo tuvo que esperar a que dejaras tu mochila el día de la excursión un segundo para hacerlo. Por cierto, qué buen día nos hizo, ¿verdad?

Recuerdo haber perdido mi mochila. Ahora entiendo en qué momento se hizo con la acreditación que yo por error pensé que había perdido en Tarifa y comprendo por qué percibí su olor. Estaba cerca.

—En veinte años ni una sola visita a tu padre a la cárcel. Muy mal, niñita. Muy mal.

—¿Por qué no te olvidas de nosotras? ¿Por qué no nos dejas en paz?

—Olvidarme de vosotras. Por favor, qué clase de marido y padre sería si hiciera eso —se mofa.

Mi cabeza comienza a doler. La tensión que estoy sufriendo reactiva mis migrañas y, abro mi mochila para sacar las pastillas.

—Te odio por lo que nos hiciste. Por lo que le hiciste a Andy. Y...

—Pero si fue culpa vuestra —me corta—. No me disteis lo que pedía.

Me meto la pastilla en la boca. Doy un trago de la botellita de agua que llevo.

—Nos arruinaste la vida, maldito cabrón —siseo—. Tus adicciones y tu mala cabeza nos llevaron a la situación en la que estábamos. ¿Qué querías que te diéramos?

—Tú y tu maldita madre sí que me arruinasteis la vida. He estado privado de libertad veinte años. Y os lo dije. Os dije que os encontraría y os mataría. Y así será.

—Ya no tengo quince años. Ya no soy la niñita que no sabía defenderse y a la que cogías por el cuello. Ya no te tengo miedo. Y si te...

—Ay, Lena... Lena... Lena. Mi madre, tu madre, Andy y tú siempre habéis sido unos flojos prescindibles.

Escuchar su risa junto a la de una mujer que no sé quién es y que mencione a mi familia me asquea como me asquea que me llame Lena. Soy Yuls.

Con los años me di cuenta de que aquella escoria que se creía muy listo no era así. Jamás fue un hombre valiente, sino un puñetero cobarde que transformó su inseguridad en crueldad hacia nosotros. En la vida lo vi enfrentarse a un hombre, pero sí a mujeres y niños.

—Te equivocas, maldito maltratador —afirmo con convicción—. Nosotros éramos vulnerables. No éramos flojos. Y...

—Tienes enemigos, Lena —me corta—. Y quiero que sepas que uno de ellos me buscó, me encontró y me llevó hasta ti. —No respondo cuando añade—: El próximo titular en el que salga tu marido dirá «¡Deuda saldada!». Eso sí, Galerías Dávila sufrirá el escándalo, y su prestigio, honor y credibilidad quedarán por los suelos, y todo, gracias a ti.

Y cuando voy a replicarle, la comunicación se corta haciendo eso que siempre he odiado de él. Amenazar y cortar la comunicación.

Angustiada, me enciendo un cigarro y arranco el coche. Conduzco hasta La Moraleja en un estado de shock total, y la verdad, no sé ni cómo llego a la casa.

Cuando estoy ante la verja, las velas y los pétalos amarillos siguen allí. Nadie los ha quitado, y dándole al mando a distancia abro y entro. Me paro. Observo cómo la verja se cierra detrás de mí, y cuando termina, acelerada, llego hasta el garaje, donde Zorba y Drako me esperan para su sesión de mimos, pero, sin hacerles mucho caso, entro en la casa seguida por ellos y voy directamente al cuarto de Ágata.

Al abrir con cuidado, veo que está dormida. Escucho sus ronquidos, cierro la puerta y respiro aliviada. Bajo a la primera planta a toda velocidad. Los tres perros me miran e imagino que su instinto protector les hace entender que algo me pasa.

Con los perros dentro de la casa cierro con llave todas las puertas que dan al exterior y pongo la alarma de seguridad. Después llamo a la residencia y me indican que mamá está tranquila y dormida. Debería estar allí con ella.

Tras beber un vaso de agua, me siento y, cerrando los ojos, respiro y consigo tranquilizarme. Necesito pensar. Repasar la

conversación que he tenido con él. De repente, se hace una luz en mi cerebro y recuerdo algo que se quedó flotando en mi memoria.

—Vanessa —musito.

Prestigio, credibilidad y honor. Eso ha dicho Vicente.

Ato hilos rápidamente. Ella es periodista y, despechada por el rechazo de Oliver, ha debido de investigarme hasta dar con Vicente. Y, sin calcular el daño que va a provocar, lo ha llevado hasta mí.

La última vez que hablé con ella, que fue cuando me llamó por teléfono, recuerdo que me dijo antes de cortar la comunicación: «Atente a las consecuencias». Y, aunque en ese momento no le di importancia, ahora lo entiendo. Ella ya sabía de la existencia de Vicente, y solo esperaba dar su golpe final.

Con el corazón en la boca busco su número en mi teléfono. Lo tengo. Descuelga al segundo tono.

—¿Qué quieres? —Es su saludo.

—¿Cómo eres tan zorra y tan mala persona? —Espero su reacción, pero no llega. Eso me hace entender que sabe por qué le digo aquello, y sentencio—: Te has metido en un buen lío conmigo.

—¿Por?

—Bien lo sabes —afirmo.

Casi puedo oír cómo sonríe la sinvergüenza.

—Las veces que lo fui a visitar me dio recuerdos para ti.

Oír eso me exalta. Me lo confirma. Ha estado con Vicente.

—Te aseguro que como salga de esta no va a haber mundo en el que te puedas esconder porque pienso acabar contigo —la amenazo.

Y, sin más, esta vez soy yo la que termina la llamada antes de que por mi boca comiencen a salir más que sapos y culebras.

Seguida por los perros subo a la habitación. Entramos los cuatro en aquella estancia como hemos hecho otras veces que Oliver no

está, y veo que Tarifa y Zorba se suben a la cama y Drako se tumba sobre la alfombra persa.

Con las pulsaciones a mil, entro en la que fue mi habitación, cojo mi maleta y la abro, ahí dentro está lo de siempre. Lo imprescindible que mamá y yo necesitamos cuando hemos huido e incluyo el marco con el dibujo de Andy, la foto que tengo con Lucas, el zeñor Ozito y el cuaderno de sucesos con las notitas amenazantes que durante años Vicente nos envió.

Alterada, miro a mi alrededor. ¿Por qué la vida es tan injusta conmigo? ¿Por qué las malas personas como Vicente o Vanessa siguen haciendo maldades y el universo no los detiene?

Cierro los ojos. Aunque durante ocho años he tenido una vida relativamente relajada, y los últimos meses he vivido en un bonito sueño, está claro que se acabó. De nuevo he de huir con mamá si no quiero que algo nos pase. Pero tal y como está ella, no sé hasta dónde vamos a llegar.

Pienso en Oliver y el corazón se me encoge. Lo quiero. Lo amo con todo mi ser y precisamente por eso he de alejarme de él. No quiero ocasionarle problemas y quebraderos de cabeza. Como bien me dijeron él y la abuela, en su negocio un escándalo mal enfocado los destruiría, y si algo no quiero es destruirlos.

Por eso he de ser eficiente y resolutiva y tener la mente fría y los nervios templados, como Kaory siempre dice. Oliver me quiere, y mucho. Y, para conseguir que me odie y no me quiera a su lado, he de hacer algo tan grave que él no me lo pueda perdonar.

Oliver llega en unas horas. Su avión de Nueva York aterriza sobre las nueve de la mañana y en ese momento debo tener clara mi estrategia. Aunque antes necesito besarlo y abrazarlo por última vez. Necesito despedirme de él sin que se percate de ello. Y, sin apagar

la luz y abrazada al zeñor Ozito, sé todo lo que he de hacer para que Oliver me rechace.

Capítulo 54

Cuando aterrizo en el aeropuerto de Madrid a las nueve de la mañana sonrío porque sé que voy a ver a Yuls. Me muero por verla y estar con ella.

Hoy es 14 de agosto, y me he propuesto aclarar con ella el tema de nuestro divorcio. Quiero que, como yo, le diga a Rafael que rompa los papeles.

Tras coger un taxi y parar en una floristería para comprarle un ramo de rosas blancas, cuando entro en casa a las diez y cinco y la veo, ella corre hacia mí. Y, sin importarle si me arruga o mancha la americana del traje, se cuelga de mi cuello y me abraza con fuerza.

Su excesiva efusividad me gusta.

—¿Tanto me has echado de menos? —le pregunto con una gran sonrisa. Con su nariz hundida en mi cuello asiente, y conmovido murmuro—: Yo también te he echado de menos, cariño.

Cuando se desengancha de mi cuerpo, le doy un beso en los labios que ella alarga y alarga y alarga.

—Qué efusividad... —susurro cuando nos separamos.

Coge el ramo de rosas blancas que le he comprado.

—Gracias. Son preciosas —dice emocionada, sin apartar su mirada de mí.

—Tú sí que eres preciosa.

Yuls sonríe, pero la noto cansada y con ojeras.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te pasa algo? —insisto.

Me mira. Durante unos instantes parece que duda, pero responde:

—Solo que te quiero.

Me gusta oír eso. Me hace sentir especial.

—Qué tiempos en los que a tu anciana abuela le traías flores.

—Abuelaaaaa...

Divertido, beso a mi abuela cuando aparece Tarifa, y la muy cabrona, porque no tiene otro nombre, me mira, se para delante de mí y se mea.

Yuls me mira. La abuela se ríe.

—Se ha puesto tan feliz al verte que se ha meado —explica Yuls.

Me quito las gafas. ¿De verdad piensa que me voy a creer eso?

Diez minutos después, cuando le he contado a mi abuela la parte empresarial de mi viaje, miro a Yuls, que nos observa. Su gesto es raro. Serio. No sé qué ocurre, pero algo le pasa.

—Tú y yo esta noche tenemos una cita —digo, agarrándola por la cintura y acercándola a mí. Ella niega con la cabeza, pero sin dejarme convencer le anuncio—: Cariño, hice una reserva en un excelente restaurante donde me muero por cenar con mi preciosa mujer, por lo tanto, deja de decir que no.

—¡Qué excelente idea! —afirma mi abuela—. Yo esta noche me voy a dormir a casa de Larita. Quiero dejaros la casa para vosotros solos, porque me da que se van a mover hasta los cimientos.

—Abuelaaaaa —le recrimino mientras ella se ríe.

De pronto, del salón salen Drako y Zorba. ¡¿Cómo?! ¿Pero qué hacen los perros dentro de la casa? Vienen a saludarme, moviendo sus rabitos.

—Lo más justo para ellos es que disfruten del aire acondicionado como nosotros —dice Yuls antes de darme tiempo a protestar—. No me seas rancio.

¡¿Rancio?! Ya estamos con eso...

Mi abuela, divertida, levanta las cejas.

—Creo que es mejor que me vaya a la ducha. —No quiero discutir nada más llegar.

Y, sin mirar atrás, porque como mire seguro que Tarifa se vuelve a mear, subo hasta mi habitación, suelto la maleta y me desnudo. Entro en mi baño y me ducho con la esperanza de que Yuls aparezca y me acompañe. Pero no. No aparece.

Veinte minutos después, cuando estoy en mi vestidor, Yuls entra. Sorprendido, veo que está fumándose un cigarrillo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Ella levanta las cejas.

—Fumarme un cigarrito, ¿qué pasa? —responde.

¿En serio? ¿Cómo que qué pasa?

—Quedamos en que la casa y especialmente la habitación era un espacio libre de humo.

—Quedamos no. Quedaste tú. Y te recuerdo que esta también es mi casa y mi habitación, y en ellas fumo si me da la gana. —Su respuesta me molesta. Me escuece. Y, mientras sigue fumando, agrega—: En cuanto a la cena de esta noche, olvídala.

—Imposible. Tenemos que solucionar lo del divorcio. —Abro un cajón para sacar un calzoncillo. Me lo pongo, cuando Yuls se pone delante de mí—. ¿Qué pasa? —pregunto.

Me observa. Me mira. Definitivamente, tiene gesto cansado.

—No vamos a salir esta noche —suelta.

—Pero, Yuls...

—Me da igual cómo te pongas. Tengo planes con Kaory desde hace tiempo, y tú no me los vas a jorobar.

Sorprendido, parpadeo, mientras me pongo unos pantalones.

—¿Pero cuándo te he jorobado planes?

—Pues siempre que puedes.

—¡¿Qué?!

La miro, perplejo. No entiendo de qué habla.

—Mira, Oliver, que a ti te guste controlarlo todo no quiere decir que a mí me guste que lo hagas. Y no soporto que planifiques cosas sin consultarme, porque hoy tengo planes con Kaory y mañana los tengo con Lucas. Por lo tanto, no cuentes conmigo para cenitas ni para hablar de lo que de pronto para ti es importante.

—¿Para ti no es importante que hablemos sobre nosotros? —pregunto, molesto por sus palabras.

—No. —Se ríe. Su sonrisita me toca los... y más cuando suelta—: ¿Estás así porque no quieres pagarme los cien mil euros que me corresponden por el divorcio ahora que llega el momento?

¡No me jodas!

¿De veras me pregunta eso?

Intento tranquilizarme. Morderme la lengua para no ser mordaz y desagradable. Acabo de llegar de viaje. Estoy cansado por el *jet lag* del vuelo, ¿y me viene con estas?

—Mira, Yuls..., me estás encabronando.

—Tú naciste encabronado.

Boquiabierto. Incrédulo. Alucinado. No encuentro palabras para definir aquello que está pasando.

—Tú y yo quizá no salgamos esta noche, pero sí vamos a hablar. —Mi tono se endurece.

—Pues va a ser que no.

—Pues va a ser que sí.

—He dicho que no —insiste.

Vale. Mi nivel de tolerancia ya está llegando a la línea roja.

—Hablaremos esta noche —sentencio.

—Pues hablarás contigo solo, porque conmigo, desde luego, no.

Levanto las cejas. No me quito las gafas porque no las llevo puestas.

—¿Pero tú de qué vas? —le recrimino, incómodo por su actitud.

—De lo mismo que vas tú.

—Yuls, ¿qué te pasa? ¿Por qué me hablas así?

Ella me mira. En su mirada veo algo que no entiendo.

—Te hablo así porque estoy harta de tus continuas preguntas —replica— y de que decidas las cosas sin preguntarme. ¿Pero quién coño te has creído? ¿Mi dueño? Si algo me ha gustado siempre es organizarme yo solita la vida. Y si eso te incomoda, ¡te jodes! Porque si esperabas que yo me convirtiera en una tonta muñequita a la que mangonear porque el que tiene el alto nivel adquisitivo eres tú, lo siento, rey, pero yo no soy así. Y si te incomoda que hable de los cien mil euros que me tienes que pagar, ¡no es mi problema! ¡Es el tuyo! Porque yo sé muy bien por qué me casé contigo.

Boquiabierto, parpadeo mientras no doy crédito a lo que escucho.

—Te mereces en este instante que te eche de la habitación.

—Inténtalo.

—Yuls... no me provoques más.

—No me provoques tú a mí. Y sí, te estoy respondiendo con chulería, pero es la que te mereces, pues te comportas como un...

—¿Como un qué?

—Como un prepotente todopoderoso, exigente, autoritario, arcaico, insoportable, creído, rancio, intolerante, mandón, opresivo. Te crees que todo lo haces bien. Te sientes con la potestad de exigir, ordenar, mandar y un sinfín de cosas más. ¿Quieres que continúe?

La miro atónito. ¿Pero qué le pasa? ¿Por qué no mide lo que suelta por la boca? ¿Realmente piensa eso de mí? Y, sintiéndome muy molesto y deseoso de hacerle el mismo daño que ella me hace a mí, digo:

—¿Sabes, Yuls? Te estás comportando como una maleducada, grosera, terca, veleta, malcriada e intolerante sin ningún tipo de educación ni de saber estar, entre muchas cosas más.

—¿Sin educación y sin saber estar, como dice tu amiguita?

—Exacto. Como dice Vanessa —afirmo, enfatizando el nombre.

Sonríe. Por su gesto percibo que me ha llevado hasta donde ella quería y más cuando suelta:

—Pues ya sabes, si lo que quieres es una mujer como ella, estás tardando en llamarla. En el fondo, sois tal para cual.

—Yuls... —siseo entre dientes. Sonríe. Su sonrisa me provoca frustración y, viendo que o la paro o vuelve a la carga, añado—: Te quiero, pero todo tiene un límite, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé. Y más si hablamos de mis cien mil euros. Creo que, tras lo dicho, me los he ganado, ¿no? Porque hay que admitir que, aunque hemos tenido bonitos momentos, soportar al señor tiquismiquis que eres no ha sido fácil.

Intento reconocer en aquella mujer a Yuls, pero se ha convertido en una extraña, una desconocida.

—Sé que no soy perfecto —murmuro—, pero nunca creí que, para ti, fuera difícil de soportar.

—Rey, eres complicadito. Asúmelo. Y tampoco olvides las circunstancias en las que nos conocimos. Ambos necesitábamos algo. Tú una mujer, yo dinero y...

—Sé cómo nos conocimos —le corto, furioso—. Pero pensé que, con el tiempo, el dinero había pasado a un segundo plano para ti.

—Tengo mis prioridades, cielo. No te engañes.

¡No me jodas! ¡¿Sus prioridades?! ¡¿Que no me engañe?!

Aquello me enerva por completo. Echa abajo todo lo construido con ella en ese momento y, pese a ser consciente de que la

respuesta posiblemente no me guste, por cómo van los acontecimientos, pregunto, abrochándome la camisa:

—¿Eso quiere decir que el dinero está antes que yo?

—Efectivamente, Oliver. Tú no eres mi prioridad.

Oír eso me mata.

Me hace darme un guantazo contra el suelo descomunal. Creí que lo nuestro era de verdad. Auténtico. Algo especial. Pero está claro que no es así. Tomo aire, mi cuerpo reacciona ante aquellas duras palabras. Se envara. Mi boca se reseca. El estómago se me revuelve. Y cuando consigo que mis manos dejen de temblar y termino de abrocharme los botones de la camisa, me pongo las gafas, y con esa altivez tan mía que a ella nunca le gustó, con voz fría y distante, digo:

—Muy bien, señorita Pérez, volvamos a la casilla de inicio. Olvidemos todo lo que ha ocurrido entre usted y yo durante estos meses. ¿Quiere eso?

Yuls me mira. Sabe que me ha cabreado. Me conoce como para entender lo que estoy proponiendo.

—Sí. Quiero eso —responde.

Hago un gesto afirmativo que me supone un esfuerzo sobrehumano.

No entiendo nada. Cuando he llegado me ha besado con auténtica desesperación. Hace dos noches, a través de las pantallas de los ordenadores, nuestra conexión era mágica y brutal. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido en estos días?

Pero no quiero indagar porque está claro que ella no quiere hablar.

—De acuerdo —sentencio—. El contrato firmado se extiende hasta el 27 de agosto. El 28 se iniciarán los trámites para el divorcio y...

—¿Por qué esperar al 28, señor Dávila, si se puede solicitar hoy mismo?

Me quedo paralizado.

No esperaba semejante frialdad por su parte, como tampoco esperaba todo lo que está sucediendo.

—¿Tan claro lo tiene, señorita Pérez? —pregunto, encabronado.

—Clarísimo —afirma con chulería.

Con la boca totalmente seca, asiento. Si algo he tenido siempre claro es que no quiero estar con quien no quiere estar conmigo.

—Hablaré con Rafael —afirmo.

—¡Perfecto! Y cuando hable con su abuela dígale que lo nuestro al final no ha funcionado por diferencia de caracteres, y se lo creerá. Usted y yo somos como el aceite y el agua. Imposibles de juntar.

La miro. Tengo la sensación de que tiene ensayada esa frialdad, pero ya necesito que me deje en paz.

—Si ya está todo hablado, señorita Pérez, regrese a sus prioridades. —Y, endureciendo la voz, ordeno—: Y ahora coja a la perra y salga por la puerta de MI habitación.

Se da la vuelta. Veo que se encamina a la que fue su habitación, pero no. Imposible. Quiero que se vaya. Quiero dejar de verla, por lo que la agarro del brazo.

—Fuera de aquí.

—Voy a recoger mis cosas.

—Ya las recogerá en otro momento.

Yuls asiente. Tiene los ojos vidriosos, pero no llora. Sabe que lo que acabamos de aceptar rompe con todo nuestro amor, con toda nuestra historia y, dándose la vuelta, coge a Tarifa y se va. Y yo apenas puedo respirar.

Capítulo 55

Lo he conseguido.

Mientras bajo por las escaleras en dirección a la cocina y con el corazón roto por la cantidad de cosas horribles que he soltado por la boca y que realmente no pienso, siento que he conseguido mi propósito, que era alejar a Oliver de mí. Aunque el escándalo por lo de Vicente salte a la prensa y lo salpique irremediablemente, al menos, teniéndolo lejos a él y a su familia, me aseguro de que ese malnacido no les causará ningún daño físico.

Lo he atacado por donde más le duele. Por el lugar más sucio y rastrero. El dinero. Sabía que en el momento en que lo mencionara Oliver iba a entrar como un miura y no me iba a perdonar que lo priorizara por encima de él.

La abuela nos ha oído. Lo veo en cómo me mira, y cuando se acerca a preguntarme qué nos pasa, incapaz de no hacerlo, le doy un abrazo a modo de despedida y le digo que hable con Oliver. Instantes después, dejo a Tarifa en el suelo, que se va corriendo, cojo mi mochila y, sabiendo el daño que les he ocasionado a ambos, me voy para la residencia. Más tarde regresaré a por mis cosas.

Cuando salgo de la finca y la verja se cierra, siento la espada de Damocles sobre mi cabeza. No sé cómo lo va a hacer Vicente. No puedo imaginar qué maldad tiene planeada para nosotras, pero sí sé que he de recoger a mamá y huir. Corro peligro, así que miro hacia los lados y, al no ver a nadie, meto primera y comienzo a conducir.

Cuando llego a la residencia me encuentro a mamá en el jardín sentada sola. ¿Pero qué hace allí? ¿Por qué no está en la habitación? ¿Por qué no está acompañada?

Sin separarme de ella, voy hasta el despacho de la directora y discuto con ella. Por cómo me mira, imagino que debe de pensar que soy una loca exagerada y, al final, con toda su chulería me dice que, si no estoy contenta con los servicios del centro, me plantee sacar a mamá de allí.

Desconcertada y con mamá del brazo, pero en su mundo, regresamos a la habitación. Una vez allí, la siento en una silla, y, para mantenerla entretenida, le entrego su ovillo de lana. Como siempre, lo deshace, para luego volver a hacerlo.

Mientras la miro, todo da vueltas en mi cabeza. Mamá. Oliver. Vicente. Todo va mal. Todo es una locura y estoy totalmente sola y desubicada. El teléfono me suena. Es Kaory. Me muero por hablar con ella, pero no debo. Necesito que esté alejada de mí como el resto, pues ahora soy una diana a la que en cualquier momento van a disparar.

Miro mi teléfono móvil. Oliver no ha llamado y conociéndolo no lo va a hacer. Lo que le he dicho lo hice con premeditación y alevosía y sabiendo cuánto le iba a doler. Oliver tiene su orgullo, como lo tengo yo, y sé que lo hablado entre nosotros ha sido una sentencia. Su distancia me lo decía.

De Lucas tengo varios wasaps. Se interesa por mí sin saber la terrible realidad en la que vivo, e intento mantenerlo al margen. Me cuenta que ha quedado con Javi, el sobrino de Oliver, y le escribo para decirle que se lo pase bien. De momento, necesito que también esté alejado de mí.

Sentada en una silla, frente a mamá, miro las fotografías que Oliver y yo tenemos juntos. Fotos de cuando preparó el viaje

sorpresa a Tarifa. Fotos haciendo surf. Viendo el precioso atardecer desde La Última Ola o visitando las ruinas de Baelo Claudia en la playa de Bolonia. Sonrío. Qué bonito recuerdo. También miro imágenes de nuestras salidas u otras hechas en casa donde lo pillaba a traición y terminábamos muertos de risa los dos.

Estoy ensimismada viendo aquello cuando oigo que alguien grita mi nombre. Reconozco la voz de Kaory, salgo al pasillo y llego hasta las escaleras. Allí, la persona de recepción la sujeta. No le permite la entrada sin acreditación, y yo voy en su ayuda a toda prisa.

—¿Por qué no me coges el teléfono? —me recrimina nada más entrar.

En silencio subimos las escaleras. Caminamos por el pasillito. Y cuando entramos en la habitación de mamá, me desmorono y le cuento la verdad.

Capítulo 56

Estoy muy cabreado, devastado, confundido y un sinfín de cosas más que no sé ni cómo calificar.

Lo ocurrido con Yuls y ver que se ha marchado sin importarle nada más ha redoblado mi enfado.

¿Pero tan fácil es para ella olvidarse de mí?

¿Me ha engañado como a un tonto todo este tiempo?

No sé dónde está. No sé con quién está. No sé qué ha pasado para que la situación llegara donde llegó. Y la verdad, aunque me jode, intento que me dé igual. Me ha quedado claro que yo no soy su prioridad, y posiblemente nadie importante en su vida.

Cuando bajo tras la ducha lo primero que hago es sacar a Zorba y Drako al jardín. ¿Pero qué hacen tumbados en el salón? Mi abuela al verme viene a mí. Nos ha oído discutir y quiere saber qué pasa. Pero yo no estoy para hablar. No estoy para explicar. Primero tengo que entender qué ha sucedido para poder verbalizarlo, y le pido que me dé un tiempo para pensar. Ella se marcha a la casa de mi hermana. Mi abuela me conoce muy bien.

Un buen rato después, me encuentro con Tarifa. La perra, al verme, corre hacia mí y yo me agacho para saludarla. Pero se para un metro antes de llegar y, joder, ¡se mea!

¿En serio debo pensar que no lo hace aposta?

Molesto, me incorporo y entro en el cuarto de baño para coger papel. Voy hasta donde está la puñetera meadita y la limpio.

Tiro el papel al inodoro, me lavo las manos y entro en la cocina, donde está Mónica.

—Mónica, cuando puedas, friega el pasillo, que Tarifa se ha meado —le pido.

Ella asiente. Mi teléfono suena. He recibido un mensaje.

Lara
Gordiiii, baja el nivel de discusión con la abuela, que no tiene vidas extras. Ha llegado muy nerviosa por algo que ha pasado entre mi cuñiiii y tú, y aquí estoy tranquilizándola. ¡Socorrroooo!

Vale. La abuela ya le ha contado a mi hermana que Yuls y yo hemos discutido. Por suerte, no le he comentado lo del divorcio. Casi de inmediato recibo otro.

Lara
Mira, gordi, como pierdas a la única mujer que te soportaba, eres más tonto de lo que esperaba. Es más. Estoy por escribir a Braulio y decirle que quizá tiene que ir a ayudar a su «nena» a hacer las maletas.

Leer eso me subleva. Si mi hermana quiere cabrearme más, lo ha conseguido y respondo:

Yo
¿Qué tal si te metes en tus asuntos y te olvidas de los míos?

Lara
Hermanito, no cambies de tema. Lo mío da para un café tras otro, pero lo tuyo, para palomitas y refresco.

Paso. No le voy a responder, pero ella insiste:

Lara
A ver, gordi. Si necesitas hablar o despotricar
contra el universo, llámame. Aunque pienses que
soy tu última opción, siempre seré la que,
además de desesperarte, nunca dejará de estar
a tu lado.

Dejo el teléfono sobre la mesa, cabreado. Odio que mis problemas se aireen, cuando el teléfono suena y maldigo. Voy a matar a mi hermana.

—Mira, Lara, ¡no me toques más los...! —respondo de malos modos.

—¿Cómo está mi rey?

Oír aquello me subleva.

—Rafael, no tengo hoy el día fino —bufo.

Rafael, que me conoce, cambia su tono de voz. Me nota cabreado y me hace saber que me llama para ir a jugar al pádel. Me lo pienso. En otras circunstancias le hubiera dicho que no. Pero necesito salir de casa y despejarme dándole a la pala de pádel, así que quedo con él en su despacho.

Cuando llego nos miramos. Con la mirada creo que ya sabe que lo que pasa no es algo bueno y, cuando cierra la puerta de su despacho, me siento en el sillón.

—Yuls y yo queremos el divorcio —anuncio. Rafael me mira y, cuando va a hablar, añado—: Pon fecha de hoy en el documento y preséntalo.

—Pero ¿qué dices?

—Digo que...

—Pero, Oliver, ¿qué ha pasado?

Lo miro. Explicarle lo que ha pasado no lo entiendo ni yo. Ese nubarrón negro que ella alguna vez mencionó, ahora me ha nublado a mí, y se lo explico como puedo.

—Oliver, ¿no crees que le ha tenido que pasar algo? —aventura.

Lo creo. Claro que lo creo. Pero estoy encabronado.

—Me he cansado de preguntar y de que no me responda —replico —. Me he cansado de sus silencios y...

—A ver, amigo. Creo que...

—Rafael —lo interrumpo—. Fue bonito mientras duró. Ahora, regresemos a la realidad. Pon fecha de hoy en esos malditos documentos y preséntalos. La señorita Pérez y yo queremos el divorcio.

Mi amigo asiente. Me conoce. Sabe que yo no soy persona de ir de farol.

—De acuerdo, Oliver —claudica—. Pero déjame recordarte que en agosto los juzgados no están a pleno rendimiento y...

—Aunque no estén a pleno rendimiento, ¿se puede presentar el divorcio o no?

—Sí.

Asiento. Lo sabía.

—Que tu procuradora lo presente. —No doy más opciones.

Me mira. En su gesto veo la pena que le da lo que le estoy solicitando.

—Lo siento. Siento que no saliera bien —murmura.

—Yo también lo siento —afirmo, ofuscado.

La siguiente media hora repaso lo que en su día Yuls y yo firmamos mientras algo dentro de mí se desmorona. Miro el contrato y compruebo que hemos incumplido absolutamente todas las cláusulas y me frustro porque ahora no sé si fue sincero o no. Vuelvo a hablar con Rafael del tema. Le doy mil vueltas. Y al final llego a la conclusión de que Yuls me vendió una imagen que no es real y yo la creí. Su prioridad siempre fue el maldito dinero. Y si algo no soporto

es a las personas que priorizan el dinero por encima de los sentimientos.

—¿Estás seguro de que quieres que presentemos hoy los papeles?

Asiento. Lo tengo claro.

Rafael llama a Cristina. Ella es su procuradora. Y, entregándole los documentos ya fechados y perfectamente cumplimentados, se va derechita al juzgado.

Rafael y yo nos vamos a comer. Es tarde. Durante la comida continuamos hablando de lo mismo y la sobremesa se alarga. Necesito hablar.

A las seis de la tarde nos dirigimos al club social de Aravaca, del que mi familia es socia de toda la vida y Rafael también. Allí nos cambiamos de ropa y cerca de las siete nos metemos en una cancha para jugar al pádel.

Juego duro. Fuerte. Necesito desfogarme, y Rafael me lo permite. Pero la fuerza bruta no sirve de nada cuando la cabeza se tiene en otro lugar, y mi amigo termina ganándome.

Tras una ducha, que noto que en cierto modo me relaja si no pienso en Yuls, salimos y nos sentamos en el bar del club. Allí saludamos a varios amigos que se acercan.

—¡Tío Oliver! —oigo a mi espalda.

Al volverme, me encuentro con Javier y Lucas.

—Pero mira quién está por aquí —saluda Rafa.

Javier, encantado, abraza a Rafa.

—Rafa, te presento a mi amigo Lucas —señala cuando se separa de él.

Rafa y Lucas a modo de saludo se sonríen. Nunca se habían visto, pero ambos saben quiénes son.

Verlo junto con mi sobrino no me sorprende porque sé que han quedado en varias ocasiones para hacer deporte y, acercándome a

ellos, los saludo. A mi sobrino con un abrazo y un beso y a Lucas simplemente con un movimiento de cabeza. La distancia que él siempre ha buscado.

Javier nos cuenta que acaban de jugar un partido de tenis en una de las canchas del club. Saber eso no me sorprende de mi sobrino, pero sí de Lucas, y más cuando este dice:

—Le he dejado ganar. No quería traumatizarlo el primer día.

—Pero, colega, ¡si eres un paquete! —se mofa Javier.

Veo que Lucas sonríe. Está de buen humor.

—La verdad es que hoy he descubierto dos cosas —admite—. Que el tenis es divertido y que yo soy muy malo.

Eso nos hace sonreír a todos. Incluido a mí.

—¿Dónde está Yuls? —quiere saber Lucas.

—Ni lo sé ni me importa —respondo. Esa contestación sin filtro les sorprende; yo pregunto—: ¿Os apetece tomar algo?

Javier y Lucas se miran. Asienten. Y se sientan con nosotros en la mesa. Piden unos refrescos y, cuando el camarero los trae, deja ante nosotros unas tapitas de jamón.

En un momento dado en el que Javier y Rafael hablan, Lucas me pregunta:

—¿Por qué has dicho eso de Yuls?

Parapetándome en esa chulería que todos tenemos cuando queremos, miro al chaval.

—Porque es la verdad —replico y, acercándome más a él, murmuro—: Puedes alegrarte, chaval, no disimules.

El crío me mira con seriedad y tras un movimiento de cabeza no dice nada.

Durante un rato hablamos los cuatro cuando, de improviso, noto que alguien que pasa por mi lado me tira su cerveza encima.

¡Joder, lo que faltaba!

Me levanto de inmediato. La cerveza corre por mi camiseta, brazo y cuello, y cuando miro al que ha originado el estropicio, este, en tono desafiante, dice:

—¡¿Qué pasa?!

Ha dicho «¿qué pasa?». ¿Encima chulo?

Rafael, Lucas y Javier se levantan.

—¿Pero tú de qué vas, tronco? —se le encara Lucas.

El tipo lo mira, pero no responde. Solo sonríe.

—Lo mínimo que podrías hacer es pedir disculpas, ¿no crees? —digo.

Aquel tipo arrogante no para de sonreír. No entiendo ni su sonrisa ni su postura chulesca cuando coge una tapita de jamón del plato que tenemos sobre nuestra mesa y se lo come. Rafael, Javier, Lucas y yo nos miramos sorprendidos.

—¿Quién te ha dado permiso para hacer lo que has hecho? —me enciendo.

—El mismo que te dio a ti permiso para ser tan idiota —responde el individuo, aún con el jamón en la boca.

¡¿Cómo?!

—Pero qué dices, pringado de mierda —sisea enfadado Lucas.

—¡Dijo el de las zapatillas pobretonas!

—¡Serás gilipollas! —lo empuja Lucas.

Rápidamente me meto entre aquel tipo y el muchacho.

—No es mi mejor día —le advierto—. Por lo tanto, vete antes de que te parta la cara.

Rafael y Javier se mueven. Yo no soy de enfrentarme a nadie.

—Sé defenderme solo —digo, mirando a Lucas—. Aun así, sé inteligente y no caigas en su provocación. No merece la pena.

Pero entonces noto un golpe seco y doloroso en mi mejilla. Aquel desconocido me acaba de lanzar un derechazo que no esperaba, y

mi inteligencia, con el nubarrón que tengo encima, se nubla completamente. Furioso, lo miro. De un empujón retiro a Lucas, y el derechazo quien lo lanza ahora soy yo y, además, con todas mis ganas.

Durante varios minutos aquel tipo y yo nos golpeamos mientras siento cómo la rabia que llevo dentro fluye y fluye, hasta que Rafael junto con Lucas y otros hombres del club nos separan.

—Si quieres más solo tienes que pedirlo, ¡imbécil! —le grito, limpiándome la sangre de la boca.

—Oliver, ¡para! —me pide Rafael, mirándome.

Instantes después, aparece el director del centro con dos vigilantes jurados y, metiéndose entre nosotros, intentan verificar si aquel tipo es socio del club. Cuando corroboran que no lo es, se lo llevan. Lo sacan de allí y Rafael se dirige a la barra.

—Voy a por hielo. Lo necesitas.

Entiendo lo que dice, y tocándome el labio me encojo y más al ver la sangre en mi mano y mis nudillos desollados. ¿En serio me he pegado con un tipo?

—Ostras, tío Oliver, cómo se te están poniendo el ojo y la mejilla —dice mi sobrino—. Mamá va a flipar cuando se lo cuente.

—A tu madre ni una palabra.

—Uis que no —se mofa y corre hacia Rafael, que está en la barra.

Horrorizado estoy por ello cuando Lucas pregunta:

—¿Qué ha pasado para que estés tan enfadado?

—¿Me lo preguntas tú, que eres el eterno enfadado? —El crío suspira. Sabe por qué digo aquello y, sintiéndome mal por haberle hablado así, bajo el tono—: Mira, Lucas, solo te puedo decir que, a partir de ahora, la tendrás de nuevo solo para ti. El resto que te lo explique ella.

—¿Por qué dices eso?

Lo miro y no lo entiendo. Aquel chaval, al que nunca le he caído bien, se interesa por algo de lo que no quiero hablar.

—Porque me ha pedido el divorcio y nos vamos a divorciar —respondo.

Desde mi posición veo cómo se estira de golpe.

Abre los ojos como si le hubiera dado la noticia del año. Durante unos instantes pienso que va a aplaudir, y de pronto se da la vuelta y se va. Está claro que la noticia le ha alegrado y va a buscarla para celebrarlo.

Capítulo 57

A las diez de la noche miro a Kaory.

Ahora que sabe que Vicente nos ha encontrado y lo que he tenido que hacer con Oliver para que me eche de su vida, por sus ovarios dice que no se separa de mí.

En el teléfono tengo varios mensajes de Lucas. En ellos me pide que lo llame. Que le diga dónde estoy porque quiere verme, pero no le respondo. En este instante necesito, por su seguridad, que esté lejos de mí. Se enfadará conmigo. Lo sé. Pero más me enfadaría yo si por mi culpa le pasa algo a él.

Con el móvil en la mano estoy mirando billetes de avión, cuanto más lejos, mejor.

—Pero ¿cómo te vas a ir, Yuls? —me dice Kaory.

—Mamá y yo no nos podemos quedar aquí.

—¿Pero estando como está adónde vais a ir?

—No lo sé, Kaory, no lo sé.

—¿Y con Lucas qué pasa?

—Dile que lo quiero y que en cuanto llegue a un lugar seguro lo llamaré. Pero que ahora no puede venir conmigo porque es peligroso para él.

Kaory está agobiada. Mucho. Aunque hemos hablado infinidad de veces de esta posibilidad, es ahora cuando ve el peligro real.

—Creo... creo que debemos ir a la policía y... —sugiere.

—Kaory, no sirve de nada.

—Pero ese cabrón ¡os quiere matar!

Asiento. Soy consciente.

—Sin pruebas, testigos o lo que sea, la policía no puede hacer nada.

—Ay, Dios mío. Me estoy poniendo mala.

La entiendo. La situación es estresante.

—Tú me has enseñado eso de mente fría y nervios templados. Por lo tanto... aplícate el cuento. —Kaory asiente, y yo, viendo algo en mi teléfono móvil, indico—: Creo que una buena idea es ir a Alemania, y una vez allí ya veré.

—Sigo pensando en lo que me has contado. Menuda zorra es esa Vanessa, que ha visitado a Vicente y todo. Lo bueno es que habrá quedado constancia de sus visitas a la cárcel, y te aseguro que la vamos a hundir.

Asiento. Es una zorra y la pienso hundir.

—Como Vicente no acabe conmigo, yo misma acabaré con su prestigio, honor y credibilidad. Justo eso que ella tanto menciona —escupo.

Desesperada, mi amiga se mueve por la habitación e, intentando no perder yo la paciencia, la paro.

—Tengo que ir a casa de Oliver a recoger mi maleta —digo.

—¿Por qué no hablas con él?

—Porque con él ya está todo hablado.

—Yuls, tu madre y tú estáis en peligro y seguro que él os puede ayudar y...

—Oliver en estos momentos me odia. Y, aunque posiblemente no voy a poder parar el escándalo que se puede originar si Vicente cumple con su cometido, al menos lo quiero lejos de él. No quiero perjudicarlo.

—Pero, Yulsss, estamos hablando de algo muy grave.

—Eso a él no le importa ya.

—Pero ¿cómo no le va a importar? —insiste.

—¡Basta!

—Pero...

—Kaory —le corto con firmeza—. Oliver y yo ya no tenemos nada que ver porque yo misma lo he alejado de mí. Y ahora, si me quieres ayudar, necesito que te quedes con mamá hasta que yo regrese con la maleta en donde tengo todo lo que preciso. Después iremos al aeropuerto y...

—Yuls...

—Por favor, Kaory —le ruego.

El teléfono suena. Acabo de recibir un mensaje.

> Lara
> Cuñiii, si mi hermano te ha sacado de tus casillas, llámame, nos tomamos una copita y lo ponemos a parir juntas. Seguro que se lo habrá merecido por melón.

Dentro de mi tensión, sonrío. Lara es única. Echaré de menos esa ácida locura suya que siempre me arranca una sonrisa. Vuelvo a leer el mensaje, pero no le contesto. Creo que es lo mejor para que todos me odien y se olviden de mí.

Sin querer pensar en nada más, remato la compra de los dos billetes de avión para Alemania y al hacerlo soy consciente del dinero que tengo en la cuenta del banco. Oliver ya me ha hecho el ingreso de los cien mil euros del divorcio. Cómo odio este dinero, aunque ahora lo necesito más que nunca y me da la libertad de huir.

Con una seguridad externa que interiormente no tengo, le doy un beso a mamá, a Kaory y salgo de la habitación. He de regresar a La Moraleja para recoger mi maleta.

Cuando me meto en el coche y lo arranco, el reloj me dice que son las diez y treinta y cinco de la noche. Mientras conduzco miro

por el espejo retrovisor. Necesito ver si algún coche me sigue y, cuando me cercioro de que no, lo más rápido que puedo me dirijo a la casa de Oliver. Con un poco de suerte, no estará y saldré con la misma rapidez que pienso entrar.

Paro para que la verja se abra, veo que todavía están allí las malditas velas y los malditos pétalos amarillos, pero ignorándolos meto el coche en la finca, y antes de llegar al garaje veo el coche de Oliver y que Zorba, Drako y Tarifa vienen a saludarme. Antes de parar el motor compruebo que son las once y diez. He de ser rápida en entrar y salir.

Está visto que Oliver los ha echado de la casa. Cuando salgo del coche los abrazo y besuqueo con cariño. Pensar en separarme de ellos me rompe el alma, pero así ha sido siempre mi vida. Una continua despedida.

Entro en la casa y, cuando voy a subir las escaleras, me percato de que en el salón hay luz y me dirijo allí. Al entrar veo a Oliver sentado ante el televisor y cuando se da la vuelta no puedo evitar una exclamación, tremendamente alarmada.

—Uisss, Dios mío. Pero ¿qué te ha pasado? —Oliver me mira. Su apariencia es terrible. Ojo hinchado. Pómulo rojo. Labio partido. Incrédula, lo contemplo esperando una respuesta que no llega—. Por favor, dime qué te ha ocurrido —insisto, dando unos pasos hacia él.

—No le importará —musita con desprecio.

Pero me importa. Claro que me importa. Si le han dado esa paliza por mi culpa no me lo voy a poder perdonar y, cuando veo los nudillos de su mano derecha hinchados, alargo mi mano, pero él retira la suya.

—Ni se le ocurra tocarme —bufa.

Su rechazo me duele. Su distancia me destroza. Imagino el dolor que yo le he causado a él.

—¿No me vas a decir qué te ha pasado? —porfío sin tirar la toalla.

—No.

Su respuesta fría y distante me hace saber que por mucho que pregunte no me va a contar lo ocurrido.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres algo? —pregunto.

—Quiero que me deje en paz. Eso es lo que necesito, señorita Pérez. —Y, clavando su mirada en mí, inquiere—: ¿Me puede explicar qué hace en mi casa?

—Vine a recoger la maleta y...

—Pues vaya a por ella y márchese —me corta con voz muy enfadada mientras yo me toco el anillo que llevo en mi dedo y le doy vueltas.

Vale. Sé que me merezco que me hable así, pero no puedo moverme. Y, viendo una servilleta y una cubitera, meto hielo en la servilleta y, cuando voy a acercar aquello a su rostro hinchado, él se incorpora con rapidez.

—¿Pero es que no me ha oído? —grita—. ¡Vaya a por su puñetera maleta y márchese! —Acto seguido, se separa de mí. Me levanto. Camino hacia él y, antes de que yo abra la boca, dice—: Señorita Pérez, hágame el favor de...

—Oliver...

—Señor Dávila para usted —me corta. Asiento mientras el corazón me va a mil. Vicente, ese ser al que odio, me mate o no, ha acabado con mi vida. Con mi felicidad. Oliver me informa—: Estuve con Rafael y hoy mismo fechamos y se presentaron los papeles que firmamos para el divorcio. Por lo que considérese divorciada desde hoy mismo para dar prioridad a quien usted quiera, aunque la sentencia no llegará hasta dentro de un mes más o menos. Y, para finalizar con todo el procedimiento pactado, he ingresado en su cuenta los cien mil euros que le correspondían por sus servicios.

Aclarado esto, ya no hay más que hablar. Recoja su maldita maleta y márchese.

Dureza. Frialdad. Distancia. Todo él es un témpano de hielo. Me duele verlo así. Me duele horrores porque sé que es bueno y tiene un precioso corazón. Pero aquel es su mecanismo de defensa hacia mí y, aunque me joda, me lo merezco. Si quería que me odiara y me alejara de su lado, desde luego que lo he conseguido.

Guardamos silencio. Pienso en lo que Vanessa ha hecho y que Oliver no sabe, pero decido callar. Bastante tiene ya. Lo miro, pero él no me mira, y dándome la vuelta subo hasta la habitación para recoger mi maleta y marcharme.

Lo que siempre estuvo en la maleta sigue estando. Todo lo imprescindible para mamá y para mí. Con los años aprendí que cosas como la ropa eran algo material, porque lo importante siempre fuimos mamá y yo.

Entro en la que fue mi habitación y agarro la maleta sin mirar atrás. El dolor que me provoca abandonar aquel refugio de paz y amor es tremendo. Pero no me queda más remedio.

Al salir de mi habitación me encuentro en la de Oliver, que ha sido nuestro nido de amor los últimos tiempos. Instintivamente, apago la luz y miro el techo. Los días que él estuvo en Nueva York, lo llené de estrellitas fluorescentes. Incluso compuse algunas constelaciones, y, la verdad, ha quedado precioso. Era la sorpresa que nunca podré mostrarle.

Durante unos instantes pienso si desmontar aquello o no. A Oliver no le va a gustar. Lo va a odiar. Pero al final desisto. Me está echando y tengo que marcharme cuanto antes. Enciendo la luz. Miro por última vez aquella bonita habitación donde he sido libre y feliz y, con el corazón encogido, cierro la puerta y me voy.

Al llegar al final de la escalera, entro de nuevo en el salón, y Oliver se gira hacia mí. Durante unos instantes solo nos miramos. Yo saco de mi dedo el anillo y lo dejo sobre la mesita.

—Te devuelvo el Cartier.

—Puede quedárselo —sisea con voz seca.

—Gracias, pero no. —A continuación, dejo las llaves de la casa junto al anillo—. Aquí dejo esto también. —Oliver con su rostro magullado asiente—. Y el mando de la verja. Pero necesito que me abras para poder sacar el coche.

Con gesto de fastidio, se levanta. Coge el mando de malos modos y pasa por mi lado. Veo que va hacia el garaje por el interior de la casa y yo lo sigo en silencio mientras me despido con la mirada de la casa. Nunca regresaré.

Cuando salimos se acercan los perros corriendo. El corazón se me encoge porque posiblemente es la última vez que los vea. Beso con cariño las enormes cabezotas de Drako y Zorba y, cogiendo a Tarifa, miro a Oliver.

—Me la llevaría —le digo—, pero creo que aquí, contigo, estará mejor.

Oliver asiente y con sequedad me la quita de los brazos. No intenta hacerme cambiar de opinión. Abro el maletero de mi coche y meto mi maleta. Oliver no se mueve. No me ayuda. Solo espera con gesto impasible.

Sé que se fija en la abolladura de la puerta, pero no pregunta. Ya no le interesa cómo me la hice. Reúno el poco valor que me queda.

—Dile a... —empiezo.

—Señorita Pérez —me corta—. Váyase. Sobran las despedidas.

Frío e impersonal. Ese es Oliver Dávila cuando se lo propone. De nuevo vuelve a ser el hombre distante que conocí hace meses y, tras asentir y con el corazón hecho pedazos, me doy la vuelta. Y me

meto en mi vehículo. Al arrancar el motor veo que son las doce menos cuarto, y conduzco despacio hacia la verja.

Por el retrovisor veo la imagen de Oliver quieto e impasible, junto a sus dos perros y con Tarifa en sus brazos. Saco el coche de la finca mientras la verja se cierra.

Parada, y a través del espejo retrovisor, veo cómo Oliver deja a Tarifa en el suelo y esta se va corriendo con Zorba y Drako. La verja termina de cerrarse como se acaba de cerrar nuestra historia de amor y, aunque estoy rota, he de seguir adelante. No hay otra opción.

Capítulo 58

Cuando veo el coche de Yuls salir de la finca, algo en mí grita que corra tras ella. Que intente hablar. Que busque la manera de volver a reconectar, pero no puedo. No me muevo. Mi orgullo herido no me lo permite y me limito a contemplar cómo se va.

Cuando entro en casa, estoy solo. Completamente solo. Mi abuela está con Lara y ahora he de buscar las palabras correctas para que las dos entiendan que el matrimonio que éramos Yuls y yo ya no existe. Se ha roto.

Me duele. Pensar eso me destroza. Los meses pasados con Yuls, aunque me jorobe aceptarlo, han sido de los mejores de mi vida, y pensar que eso ha terminado me desgarra.

Sé que la ausencia de Yuls les va a doler a todos. Pensarán que soy un frío y calculador imbécil por dejar escapar de mi vida a una mujer así. Y sí, lo reconozco, soy todo eso. Pero, por mucho que la quiera, si ella prioriza el dinero por encima de nosotros, indiscutiblemente todo se acabó.

En ese instante mi teléfono suena. He recibido un wasap. ¿Será Yuls?

Lo cojo y leo.

> Lara
> Gordiiiiiiiii, Javi me ha enseñado una foto y, aunque me ha dicho que no has perdido el combate, has ganado todos los colores del

arcoíris, ¿pero desde cuándo eres tan macarrillaaaaaa?

¡La que faltaba!

El teléfono vuelve a sonar.

Lara
A ver qué versión le vendes a la abu mañana cuando te vea, porque, si consigues hacerle creer que fue una caída, ¡eres mejor actor que ella!

Resoplo. Maldigo.

Como si no tuviera poco, ahora tengo que aguantar a mi hermana con sus gilipolleces. El teléfono vuelve a pitar.

Lara
Gordiiiii. Viendo que mis mensajes entran en hibernación y no me vas a contestar, dile a mi cuñi que me conteste ella. ¡Me muero por saber el salseo!

Me sirvo un güisqui y me siento ante el televisor. No voy a responder a mi hermana. Paso. Durante un buen rato miro la televisión, pero sin enterarme de lo que están poniendo. Un movimiento a mi derecha llama mi atención. Al mirar hacia el ventanal, que está cerrado porque tengo el aire acondicionado puesto, veo a Zorba y a Drako, junto a Tarifa, sentados mirándome desde el exterior.

Me observan. Esperan. Y yo sé lo que esperan.

Sin pensármelo, me levanto, abro la puerta, y los tres, como la cosa más normal del mundo, entran en el salón y se tumban. Los miro. Está claro quién los ha acostumbrado a esa normalidad.

Antes de sentarme, miro hacia el cielo. Hace una noche preciosa y con infinidad de estrellas. Hoy hay un cielo de esos que a Yuls le encantan. ¿Qué hago pensando en ella?

Cierro el ventanal, me dejo caer en el sofá y por inercia cojo mi vaso y bebo un trago de güisqui. De nuevo mis ojos permanecen fijos en las imágenes que la televisión me muestran, pero que realmente no veo, porque en mi cabeza solo está ella. Solo está Yuls.

Como si una presa se abriera en mi mente, en tromba aparecen nuestros bonitos momentos. Nuestras risas cómplices. Todo. Aparece todo, mientras me pregunto cómo ha podido acabar todo así. Y, en especial, ¿cómo soy tan tonto como para no haberme dado cuenta de que el maldito dinero estaba antes que yo?

Resoplo. Maldigo. Me regaño por no dejar de pensar en eso e intento obligarme a prestar atención a la televisión, pero mi mente vuelve a llevarme a lo mismo. Al desmoronamiento de mi vida y a ella.

Cansado, apago el aparato y decido subir a la habitación. Ya en las escaleras, por el rabillo del ojo veo que Drako, Zorba y Tarifa me siguen.

¿En serio?

En la vida les he permitido entrar en la casa, y menos subir a las habitaciones, aunque sé que Tarifa sí ha estado y ahora doy por hecho que Drako y Zorba también.

Sin decir nada, sigo subiendo y ellos vienen detrás. Al llegar a la habitación abro la puerta, y los tres se meten en ella con total tranquilidad, y me quedo boquiabierto cuando tanto Zorba como Tarifa de un salto se suben a la cama, y Drako se tumba sobre la carísima alfombra persa.

¡No me jodas!

Sin moverme los observo. Yuls ha hecho lo que ha querido con mis perros y, aunque los ha malcriado permitiéndoles algo que yo en la vida les hubiera permitido, en este instante se lo agradezco. Tener su compañía para no sentirme tan solo es lo que en este momento necesito.

Me lavo los dientes y me pongo una camiseta para dormir, miro a Zorba y, con cierta acidez en mi voz, pregunto:

—¿Su majestad me va a permitir meterme en mi cama?

El perro se mueve. Patea toda la cama y cuando encuentra el sitio que desea se vuelve a tumbar al mismo tiempo que yo y Tarifa se acurruca contra mi costado.

Alargo la mano para comprobar que está mi móvil y apago la luz de la mesilla. Necesito dormir. Descansar. Olvidar. Mi regreso de Nueva York no ha sido el mejor y el descanso me vendrá bien. De inmediato, todo el techo se ilumina. Ante mí aparece un cielo lleno de estrellas y constelaciones fluorescentes que me deja con la boca abierta. Y, con el corazón tremendamente dolorido, murmuro:

—Yuls... ¿qué voy a hacer sin ti?

Capítulo 59

Conduzco mientras intento no llorar.

La tensión me puede y el dolor por las palabras de Oliver me mata, como comienza a matarme mi dolor de cabeza. Esta vez, el nubarrón oscuro del que siempre huyo me ha atrapado.

Pero he de ser fría y debo llegar cuanto antes a la residencia para recoger a mamá. El avión hacia Hannover sale en seis horas.

Dejo el coche literalmente en la puerta principal de la residencia y, cuando voy a entrar, me sorprendo al ver que la puerta está abierta y no cerrada como debería estar. Como siempre, mis ojos se me van hacia el reloj que hay sobre la recepción, y veo que son las doce y veinte de la madrugada.

Busco de inmediato a la persona de guardia para indicarle que la puerta está abierta y enseñarle mi acreditación, pero, al no ver a nadie, continúo mi camino. Pero cuando subo varios peldaños, veo a alguien caído tras la recepción.

Corro hacia allí. El que está en el suelo es Marcelo, uno de los cuidadores y, agachándome, intento ayudarlo, pero está inconsciente. Tiene un feísimo golpe en la cabeza que le sangra, aunque compruebo que respira, y eso me tranquiliza.

Alterada, cojo el teléfono. Marco la extensión donde sé que están los cuidadores, pero el teléfono suena y suena, y nadie lo coge.

Acelerada, acomodo a Marcelo y corro escaleras arriba mientras mi corazón me martillea en el pecho y mi cerebro me dice que aquello que está pasando tiene que ver conmigo y con mamá.

Subo los escalones de dos en dos. La residencia no es muy grande. Es más bien pequeña por la exclusividad que ofrece y, mientras corro hacia el control de los cuidadores, siento cómo mi sangre se acelera como yo.

En el control no hay nadie, pero entonces oigo unos golpes. Miro a mi alrededor tratando de averiguar de dónde provienen cuando me acerco a una puerta y la abro. Es el cuarto de la limpieza, y de él salen Benito y Mirta, los cuidadores de guardia. Hablan atropelladamente. Están muy alterados. Y yo, sin escucharlos, vuelo hacia la habitación donde está mamá con Kaory. Al entrar, lo primero que veo es que mamá no está en su cama, y lo siguiente es a Kaory tendida en el suelo con sangre alrededor.

Doy un grito de terror. Mirta y Benito entran detrás de mí, y Kaory, que me ve, susurra, apretándose la cintura:

—Intenté que no se la llevara, pero no pude detenerlo.

El vello de todo el cuerpo se me eriza.

Sé de lo que habla. Vicente se ha llevado a mi madre, y eso me desestabiliza. Me mata. Pero necesito ayudar a Kaory.

—Ayúdame —le grito a Mirta y luego, mirando a Benito, le indico —: Marcelo está malherido en la recepción.

Benito sale disparado de la habitación y Mirta, a quien no le llega la bata al cuerpo, me ayuda a levantar a Kaory del suelo. Inicialmente la queremos llevar a la cama, pero ella nos hace saber que prefiere la silla.

Veo que la sangre sale de su costado. Es una cuchillada por arma blanca. Me siento culpable.

—Lo siento, Kaory. Lo siento... lo siento... lo siento —repito.

Ella coge mi mano. La aprieta y, mientras Mirta la atiende, murmura:

—No digas tonterías. Yo sí que siento que se llevara a Clara. Estaba mirando por la ventana cuando alguien entró en la habitación, y lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo con sangre en el costado y no ver a Clara en la cama. Intenté avisar, pero... pero... no me podía mover.

Horrorizada por aquello, la abrazo con cuidado. El susto y la angustia que tuvo que sentir Kaory debieron de ser tremendos. No puedo evitar pensar en que, por primera vez en mi vida, me alegro de que mamá esté en su mundo y no se esté enterando de nada.

—¿Hace cuánto que pasó? —pregunto angustiada.

Mi amiga mira el reloj que tiene en su muñeca.

—Hacía poco que te habías marchado tú. Creo que sobre las once menos cinco o así.

Asiento cuando Mirta, que está muy nerviosa, me explica, poniéndole unas gasas a Kaory:

—Un hombre enorme a punta de pistola nos encerró a Benito y a mí en el cuarto de la limpieza. ¡Qué angustia hemos pasado!

—Hay que llamar a la policía —musita Kaory.

Asiento. Sin duda hay que hacerlo. En ese instante mi teléfono suena. Al mirarlo, veo «Número oculto». Y sé que es él.

—¿Adónde te has llevado a mi madre, maldito cabrón? —escupo al descolgar.

—Tic... Tac... se acaba el tiempo para tu mamita Tic... Tac.

Kaory y Mirta, horrorizadas, me miran.

—¿Llegarás a tiempo o no llegarás?

Rabia. Eso es lo que siento. Pensar que mamá está con aquel ser que solo quiere el mal para ella me vuelve loca.

—No dudes de que llegaré. Dime dónde estás —pregunto, entrando en su juego.

—En el lugar de donde nunca debisteis salir. Y por tu bien ven sola o, cuando llegues, tu mamita habrá sido la primera en morir.

Y, sin más, se corta la conversación y el teléfono se queda mudo.

Sé dónde están, y mis instintos asesinos hacia él se recrudecen. Nunca he vuelto a aquel lugar. Ni he querido ni he podido. Pero está claro que eso va a cambiar.

—Yuls...

La voz de Mirta me hace regresar a la realidad. Kaory está vomitando y como puedo la ayudo.

Segundos después, y ya con Kaory mejor, me agarra la mano.

—Llama a la policía —me pide.

—Ahora mismo lo haremos —afirma Mirta.

Como una autómata asiento. Lo más razonable es hacer lo que ellas dicen, pero mi rabia e imprudencia me gritan que no lo haga, porque yo misma quiero acabar con aquel maldito ser lleno de odio y de rencor.

—Yuls, ¿me has oído? Llama a la policía. —Miro a Kaory. Vuelvo a asentir y ella insiste—: ¿A qué lugar se refería Vicente?

Ni loca le voy a contestar. Si lo hago y llaman a la policía, ella, con la mejor intención, les dirá dónde me espera ese malnacido. Benito, en ese instante, abre la puerta angustiado.

—Marcelo ha recuperado la consciencia y todos los residentes están dormidos —dice—. Acabo de llamar a la policía y al Samur, y ya vienen.

—¡Gracias a Dios! —murmura Mirta.

Oír lo de la policía me angustia. Si llegan y me encuentran aquí, no me permitirán marcharme.

—¡Mamá! —oigo a mi espalda.

Al volverme me encuentro con Lucas. Su gesto es desencajado. Está sudado. Despeinado. Y yo, sin entender qué hace aquí a estas

horas, voy a preguntar cuando este se abalanza sobre mí.

—¡Mamá!

—Pero, Lucas, ¿qué haces aquí?

—Mamá, ¿estás bien?

Asiento, pero miento como una bellaca. Estoy viviendo un horrible día. Lucas mira a Kaory, que se apresura a afirmar:

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Claro que sí, cielo. Parece más de lo que es —trata ella de quitarle importancia.

—¿Y mamá Clara?

Explicarle dónde está mamá es más complicado. Pero sé que no puedo engañarlo.

—Vicente se la ha llevado —respondo.

La respiración de Lucas se ralentiza. Sabe lo que eso significa, y en silencio y solo con la mirada nos hablamos.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —pregunta Kaory, ajena a nuestra particular conversación.

—Me escapé del centro —oigo que dice.

—¡Lucas! ¿Pero qué has hecho?

—Te llamé por teléfono —me dice sin pestañear ni quitarme el ojo de encima—. Te dejé mensajes. Sabía que algo iba mal cuando el estirado me dijo que le habías pedido el divorcio. —Incrédula, lo miro, y él continúa—: Fui a tu casa, y Sabina me dijo que allí no estabas. Entonces intuí que estabas aquí y, antes de que me preguntes, te diré que he llegado haciendo dedo. Dijiste que lo querías. Que por primera vez en mucho tiempo te encontrabas segura y feliz, y que solo te separarías de él si algo o alguien le podía perjudicar. Y por eso supe que ese ser os había encontrado.

Tomo aire y lo abrazo. Durante unos segundos permanecemos en silencio. Necesito que mi bichito sea fuerte, porque ahora el futuro es incierto, y sabiendo que el tiempo corre en mi contra y que tengo que marcharme antes de que llegue la policía para encontrar a mamá, murmuro:

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

Lucas me mira. Clava sus ojos verdes en mí.

—Voy a ver cómo está Marcelo —dice Mirta. Afirmo con la cabeza. Yo necesito emprender el camino.

—Escucha, cariño. Tienes que...—empiezo a decirle a Lucas.

—No voy a separarme de ti.

Su mirada. Su convicción. Su protección me emociona. Pero no puedo llevarlo conmigo.

—Y no voy a separarme de ti —digo—. Pero Mirta acaba de salir para atender a Marcelo y necesita mi ayuda. Por eso necesito que te quedes con Kaory, que está herida.

Lucas niega con la cabeza. No me cree. Y yo, representando perfectamente el papel de mentirosa, insisto:

—Cariño, no me voy a ir.

—No quiero que vayas donde está él, mamá.

Nada más oírle decir aquello, a mi mente vienen las súplicas que en su momento le hacía yo a mi madre. Sabía lo peligroso que era para ella enfrentarse al Coco, pero ahora soy yo la que está dispuesta a proteger a Lucas.

—Escucha, Lucas. He de ayudar a Mirta.

—¿Me prometes que no te vas a ir?

—Lucas, sabes que yo nunca prometo. —El crío asiente. Vuelvo a pedirle—: Te necesito junto a Kaory hasta que llegue la ambulancia.

Pero Lucas no me suelta. No me cree. Entonces Kaory coge su mano.

—Quédate conmigo mientras Yuls los ayuda —le suplica, dolorida —. Por favor.

Finalmente, Lucas claudica. Me cree. Se fía de mí, y yo tras darles un rápido beso a los dos salgo de la habitación y corro escaleras abajo. Al llegar a la recepción miro el reloj. Las doce y treinta y cinco. Veo mi mochila en el suelo y con rapidez la agarro y salgo de la residencia, sin hacer caso a los gritos que Mirta me da para que regrese.

Corriendo, saco las llaves de mi coche, me meto en él y arranco sin pensar en nada más. Esta vez voy a proteger a Lucas y, sin lugar a dudas, voy a encontrar a mamá.

Capítulo 60

Vueltas y más vueltas.

No paro de dar vueltas en la cama mientras un precioso cielo estrellado luce sobre mí. Tengo la cabeza tan embotada que soy incapaz de dormir y más cuando el aroma de Yuls que emana de las almohadas me envuelve completamente.

Miro el reloj: la una menos cuarto. La noche va a ser larga para mí, y de nuevo vuelvo a mirar el techo, a ese cielo estrellado que creo e intuyo que era la sorpresa de la que Yuls me habló.

De repente, suena mi teléfono. Con rapidez me incorporo y sorprendido veo que pone «Lucas».

Durante unos instantes dudo si cogerlo o no. Pero teniendo en cuenta la hora que es y de que aquel chaval nunca me ha llamado, deduzco que algo pasa.

—Dime, Lucas.

—¡Es mamá!

Su grito. Su voz. Eso me hace sentarme en la cama de golpe.

—¿Qué le pasa a Yuls?

—Se ha ido. Se ha marchado antes de que llegara la policía.

—¿La policía? ¿Qué policía, Lucas?

Se origina un silencio incómodo.

—Vicente la quiere matar —suelta al fin.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

—¿Quién es Vicente?

—El cabronazo de su padre. —¡¿Pero qué locura está diciendo Lucas?! Él prosigue—: A Kaory la están atendiendo los del Samur. Vicente la atacó, y mamá se ha marchado a buscar a mamá Clara, porque Vicente se la ha llevado.

El suelo se mueve bajo mis pies. No termino de entender lo que Lucas, acelerado, me está contando. No sé quién es mamá Clara, aunque por el nombre intuyo que es la madre de Yuls. Pero sí entiendo que Yuls está en peligro.

—¿Dónde estás? —pregunto, al tiempo que me levanto de un salto.

—En la residencia de mamá Clara.

—¿Qué residencia es esa?

Cinco minutos más tarde, después de vestirme con lo primero que encuentro, salgo tremendamente alterado hacia cierta residencia de Móstoles.

En el camino llamo al teléfono de Yuls. Un timbrazo. Dos. Tres. Y se corta. Vuelvo a llamar. Un timbrazo. Dos. Tres. Cuatro. Y se corta. Vuelvo a intentarlo. Un timbrazo. Dos...

—¿Qué quieres, Oliver?

Es Yuls. Su voz es tensa. Por el ruido de fondo deduzco que va conduciendo.

—¿Qué pasa, Yuls? —pregunto. No contesta, pero tampoco corta la comunicación—. Lucas me ha llamado.

En cuanto digo eso, escucho la voz de Yuls, que maldice.

—Voy hacia la residencia de tu madre, ¿dónde estás tú? —le digo para calmarla.

No contesta. El silencio se me hace eterno.

—Lo siento. Lo siento... Lo siento —repite sin cesar—. Esto no tenía que estar ocurriendo. Ahora no... ahora no...

Su voz. Su desesperación. Oigo cómo acelera el motor de su coche. Si estaba preocupado, ahora lo estoy más.

—Yuls, estás nerviosa y vas conduciendo. Creo que... —trato de tranquilizarla.

—Llevo toda mi vida huyendo de un maldito nubarrón negro —me interrumpe—, y está claro que nunca tendré mi final feliz. Intento ser positiva. Pensar en positivo para no estar anclada en el rencor, pero... pero es ¡¡imposible! El maldito nubarrón termina encontrándome y no nos deja vivir.

Su voz. Su desesperación. El que vuelva a hablar del nubarrón. Todo lo que dice me pone en alerta, pero no entiendo a qué se refiere.

—Te mentí —afirma—. El día que me preguntaste si en mi pasado había algo oscuro, te mentí. La cicatriz que tengo en mi frente me la hizo Vicente con un trozo de cerámica la noche que intentó quemarnos vivos a mi hermano Andy, a mamá y a mí.

—¡¿Qué?! —me horrorizo.

—La de la mano me la hice yo al romper el cristal de una ventana para sacar a mamá y a Andy esa noche de la casa en llamas. Y, aunque le prometí a Andy que yo lo solucionaría, mi hermano... mi bichito murió. Por eso nunca prometo nada, Oliver. Porque le fallé a la personita que más confiaba en mí, y yo...

Se interrumpe. Su voz se quiebra, y yo sigo conduciendo estupefacto.

—Desde niña siempre vi a mamá poner algo ante la puerta de la casa —retoma su discurso—. El ruido que originaba la puerta al dar contra aquello era lo que le advertía de que Vicente había llegado. Con los años la que ponía una silla, una maleta, un plato, cualquier cosa, era yo. Le tenía tanto miedo que necesitaba saber cuándo llegaba a casa para estar prevenida, y esa maldita manía, como tú

mismo has podido comprobar, la sigo teniendo. Sigo pensando que ese desgraciado en algún momento va a regresar.

—Yuls...

—Cuando tenía diez años, un día, Vicente entró por la puerta borracho y me cogió por el cuello. Casi me asfixia, pero mi abuela Juana me salvó. Por eso no me siento nunca de espaldas a una puerta y por eso no puedo dormir en oscuridad total.

—Escucha, Yuls...

—No, Oliver. Déjame que te lo cuente todo. Por favor.

Tomo aire mientras intento centrarme en la carretera.

—No deshago la maleta porque siempre la tengo preparada para huir —explica—. Cuando Vicente hizo lo que hizo y Andy murió, mamá y yo lo denunciamos y fue ingresado en el centro penitenciario de Ávila. Cuando eso ocurrió vivíamos en Ávila, pero huyendo de él hemos vivido en distintos puntos de España hasta llegar a Madrid. Y fue en la capital donde cambié mi nombre e invertí mis apellidos. Antes me llamaba Lena Brusei Pérez, pero a Andy siempre le gustó llamarme Yuls. Y decidí llamarme Yuls Pérez. El Brusei siempre lo omito.

Toma aire. Oigo cómo acelera y, cuando le voy a suplicar que sea prudente conduciendo, prosigue:

—Si me casé contigo no fue porque sea una codiciosa del dinero como te he hecho creer. Me casé contigo porque mamá tiene alzhéimer, no está bien, y necesitaba llevarla a un sitio donde la cuidaran como ella se merece. Pero no podía permitir que su nombre y apellidos aparecieran en ninguna lista porque sabía que así Vicente la encontraría. Por eso, cuando esa noche os escuché a Rafa y a ti conversando, no me lo pensé y os entré. Cobrar el dinero que decías significaba darle los cuidados que mamá necesita.

Asiento. Ahora por fin sé adónde va ella siempre que desaparece y el porqué de cosas que no conseguía comprender.

—Y... si no quería salir en la prensa era porque lo último que quería era que Vicente viera mi rostro y viniera a por mamá y a por mí —aclara—. Y yo... yo...

No dice más. Su desesperación no le permite terminar la frase y todo el vello de mi cuerpo se eriza mientras la oigo sollozar a través del teléfono de rabia y desesperación. La historia que Yuls me cuenta es terrible. De película de terror. Y yo, tonto de mí, no me he dado cuenta de nada. ¿Pero en qué mundo vivo que no me doy cuenta de lo que sufren algunas personas a mi alrededor?

—Yuls, cariño, escúchame. Dime adónde vas y...

—Noooo, Oliver.

—Yuls, por favor —suplico.

Oigo su respiración acompañada de un sollozo.

—Nunca he querido perjudicarte ni a ti ni a tu negocio, y yo... Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Y, sin más, la comunicación se corta y angustiado hasta el extremo vuelvo a marcar su número, pero ella no me lo coge. Minutos después, el GPS me indica que he llegado a mi destino y lo sé porque veo las luces encendidas de los coches de policía y de las ambulancias del Samur.

No me dejan pasar. No me dejan entrar en la residencia donde sé que están Lucas y Kaory, y rápidamente llamo a mi amigo inspector de policía Alexander. Atropelladamente le cuento lo que ocurre, y este no duda en ayudarme. Me indica que no me mueva. Que viene a mi encuentro.

Cuando cuelgo el teléfono, veo a Lucas salir de la residencia y grito su nombre. El crío, al verme, corre hacia mí y hace algo que no

espero. Me abraza. Me da un abrazo con mezcla de miedo y desesperación que me conmueve inmensamente.

—Tranquilo, Lucas —murmuro, acogiéndolo en mis brazos—. Lo vamos a solucionar.

Él asiente, aunque en su rostro veo las marcas de haber llorado. Instantes después se separa de mí.

—Se llevan a Kaory al hospital. —Señala a la ambulancia, que emprende la marcha.

—¿Cómo está?

—Vicente la apuñaló, pero su vida no corre peligro.

Asiento. Lo que estoy viviendo me parece surrealista.

—Creo que sé dónde está mamá —afirma.

Le hago un gesto con la cabeza. Por primera vez, él y yo tenemos una conversación con la mirada y sin dudarlo corremos hacia mi coche mientras vuelvo a llamar a Alexander.

Capítulo 61

Hablar con Oliver me ha destrozado, pero siento que me ha hecho bien. El haber sido sincera con él con respecto a todo me ha quitado un enorme peso de encima, aunque mi corazón esté tremendamente roto y resentido. Estoy pensando en ello cuando me doy cuenta de que no le he dicho a Oliver que Vanessa tiene culpa de lo que está pasando, y maldigo. Pero ahora no puedo decirle nada, pues tiré el teléfono por la ventana para que la policía no me pudiera seguir.

Al doblar una curva, veo la casa a lo lejos.

Descubrirla me causa un shock. Desde la noche en que las llamas salían por sus ventanas y me fui en la ambulancia, no he regresado. Nunca he querido hacerlo y creo que nunca lo habría hecho si no es por la situación. Voy atenta al desvío que tengo que coger para llegar a ella, y cuando lo veo me meto por ahí.

El camino es complicado. Piedras. Baches. Árboles caídos. El lugar es oscuro y desierto y mi maltrecho coche va dando tumbos a causa de los baches, pero me da igual. Yo solo quiero encontrar a mi madre.

Mientras me acerco no puedo dejar de mirar a aquella casa medio derruida y abandonada, que con el paso del tiempo se ha vuelto un lugar sucio y sombrío al que seguramente los únicos que irán serán los drogadictos.

Han pasado veinte años desde que ardió, pero verla me hace revivir todo lo ocurrido esa maldita noche y los ojos se me llenan de lágrimas. No lo puedo remediar.

A la derecha todavía está en pie el enorme árbol al que Andy y yo en ocasiones nos subíamos a merendar y donde, muchas noches, mamá se sentaba con nosotros para contarnos cosas de las estrellas y las constelaciones. También está la valla de madera que pintamos de blanco con la abuela Juana. Hoy está destrozada y los restos que quedan están renegridos y llenos de moho.

Recuerdos, bonitos y malos, acuden en tromba a mi mente mientras me acerco a la casa, hasta que veo un coche aparcado en un lateral y deduzco que es el de Vicente.

Apago el motor de mi vehículo y mi respiración se acelera. No tengo teléfono. Por lo tanto, estoy sola. Y sola me tengo que enfrentar a él.

Con decisión me bajo del coche y, cuando estoy subiendo los tres escalones que hay, la puerta se abre de golpe y aparece él. El ser más despreciable que puede haber en el mundo junto a una mujer morena. Imagino que es Bea.

Me miran. Sonríen. Mientras yo los miro con desprecio. Fijo la mirada en Vicente. Los años han pasado, pero sigue siendo el hombre fortachón que siempre fue, de mirada oscura y sonrisa lasciva. Qué asco me da. Qué asco le tengo.

—Has llegado a tiempo —dice.

—Eres más mona en persona que en foto —afirma la morena.

Con mal gesto miro a aquella mujer, que solo por su mirada ya me da mal rollo. Nunca me fiaría de una mujer así.

Vicente se echa hacia un lado. A su manera me dice que pase y, sin dudarlo y sabiendo que puede ser la última vez que vea el cielo estrellado, entro. Mamá me espera.

Al entrar en la casa el olor a rancio y humedad me llena las fosas nasales. Descubro entonces que toda la estancia está iluminada por velas. ¡Maldita sea!

Pero entro con decisión hacia lo que fue nuestro salón, y veo a mamá, amordazada y atada, sentada en una vieja silla, y corro hacia ella:

—Malditos cabrones, ¿acaso creéis que se va a escapar? —grito.

Vicente sonríe.

—Vicente, ¿vas a permitir que esta niñata nos insulte? —protesta la mujer.

—Qué tal si cierras el pico, pedazo de escoria —suelto, incapaz de callar y mirándola con rabia.

—Si tu hija vuelve a hablarme así, el tiro se lo meto yo.

Acelerada, le quito a mamá el pañuelo de la boca. Después le suelto las manos y los pies y, al darle un beso, me fijo en su mirada perdida.

—Tranquila, mamá —le digo—. Ya estoy aquí. Ya estoy aquí.

Ella entonces me mira. En sus ojos veo que está en su particular mundo.

—¿Andy está aquí? —pregunta, sorprendiéndome.

El corazón se me encoge. No sé qué responder. No sé qué decir. La estancia, o lo que sea, la ha hecho recordar a mi hermano y, cuando voy a responder, vuelve a decir:

—Dale el inhalador. Está ahí.

Miro hacia donde señala. Es el lugar donde guardábamos como oro en paño aquella medicina que Andy necesitaba. Allí había un mueble donde mamá escondía las cosas que no quería que Vicente encontrara. Le toco con cariño el rostro.

—¡Qué asco! La loca se ha meado —oigo decir a Bea.

Como un resorte me levanto y, sin darme realmente cuenta de lo que hago, empujo a aquella mujer, que cae de culo contra el suelo.

—Vuelve a llamarle a mi madre eso... y te arranco la lengua —siseo.

Vicente se ríe. Bea no. Y cuando me acerco a mamá para darle mi cariño dice él:

—Qué pena dais.

—Tú sí que das pena —replico.

De dos zancadas él se acerca hasta mí y cogiéndome del cuello me lleva hasta la pared y, mientras aprieta, como hizo infinidad de veces cuando era pequeña, sisea:

—Niñita... ¿eres consciente de que vais a morir donde teníais que haber muerto hace veinte años?

Pataleo. Su fuerza y corpulencia es mayor que la mía; oigo a la tal Bea que lo anima para que no deje de apretar. Y entonces yo levanto mi pierna, y consigo darle en la entrepierna. Instantáneamente se encoge dolorido y me suelta. A trompicones me alejo de él y, cuando me va a agarrar la tal Bea, le hago una llave de defensa personal que la hace caer contra el suelo, con tal agresividad que hasta pierde la consciencia.

Respiro. Consigo respirar. La sensación de ahogo que siento me hace recordar la infinidad de veces que la sentí viviendo con él.

—Cabrón de mierda —escupo.

Dolorido, me sigue con la mirada. Mira a Bea, que está tendida en el suelo con los ojos cerrados.

—Te dije que he crecido —digo sin miedo y recuperando el resuello—. Ya no soy la niña a la que...

Se lanza contra mí. Al hacerlo, le da a la silla de mamá y esta cae al suelo. Por el rabillo del ojo veo que ella se queda en posición fetal. No se mueve. Solo tiembla. Quiero ayudarla, pero no puedo. Me estoy defendiendo de la mala bestia de Vicente cuando doy un grito de dolor. No sé qué ha sido, pero aquel malnacido me acaba de clavar algo en la pierna derecha. En el muslo.

Cuando puedo mirar mientras forcejeo, veo que se trata de una navaja. El dolor me puede. Pero intentando sobreponerme, me la saco de la pierna y, como puedo, se la clavo a él en el costado. Eso hace que grite y se aparte de mí. Quizá su fuerza sea mayor que la mía, pero algo de daño le puedo hacer.

Antes de lo que espero, viene hacia mí y corro por la casa. El dolor de la pierna me mata. Me duele muchísimo, pero he de escapar de él o me matará. Durante un buen rato trato de alejarme de él, medio arrastrando la pierna al tiempo que él dando gritos me persigue. Grita que me va a matar, y, cuando consigue agarrarme, comienza a darme golpes contra una pared.

Noto cómo mi cuerpo con cada golpe pierde dureza y fuerza. Pero sin dejarme vencer, con mi mano, cojo una pala que no sé de dónde ha salido y se la estampo en la cabeza. El golpe que le doy le hace caer al suelo. No se mueve. Y sin resuello, pero con determinación, voy hacia el salón, donde está mamá. Junto al mueble sigue sin sentido Bea. Pero a mí ella no me importa. Quien me importa es mi madre, que sigue en posición fetal y tiembla. Está asustada.

A duras penas, la levanto, hablándole con tranquilidad y cariño, incluso le canto su canción mientras noto cómo por mi barbilla gotea algo. Es sangre. En uno de los golpes, Vicente me abrió el labio. Pero no me importa. Necesito sacar a mamá de allí.

Con un gran esfuerzo, pues mi pierna me falla por el navajazo que me ha dado, logro que salgamos las dos de la casa. Bajamos penosamente los escalones sin caernos y, cuando nos dirigimos hacia mi coche, veo aparecer un vehículo a toda mecha y me quedo sin habla. Es el coche de Oliver. Sorprendida, miro a Lucas, que se baja corriendo y grita:

—Mamáááá.

Corre hacia mí, como instantes después lo hace Oliver. En sus rostros veo el horror. El miedo. Están desencajados como posiblemente estará mi rostro y, cuando me abrazan, no puedo ni hablar. No sé qué hacen allí. No sé cómo han podido saber que estamos aquí. Y cuando miro a Oliver y le voy a preguntar, de pronto oigo:

—Se acabó la tontería, niñita.

Con mamá sujeta entre mis brazos me doy la vuelta. Vicente está delante de nosotros empuñando una pistola. Sangra por la cabeza y su respiración es irregular. Ruidosa. El golpe que le he dado con la pala, aunque ha sido fuerte, no ha sido demoledor.

—Dime, Lena, ¿tú o ellos? ¿Por quién empiezo? —brama, encañonándonos con la pistola.

Miro el arma que hasta el momento no había mostrado y, aunque sé que contra ella poco puedo hacer, respondo:

—Más te vale no fallar conmigo, porque como lo hagas te prometo, y a ti sí que te lo prometo, que seré yo la que acabe contigo.

Oliver se mueve. Se pone delante de mí y veo que a Lucas se lo pone detrás. Con su cuerpo nos protege.

—Tengo seis balas y sois cuatro —dice Vicente.

—¡Basta! —grito.

—Baja el arma, Vicente —dice Oliver.

Horrorizada, lo miro.

—Hombre, pero si eres mi yerno. El ricachón —se mofa.

—Baja el arma —insiste Oliver.

—No me das miedo.

—No soy una amenaza para ti —indica Oliver en tono tranquilo—. Por favor, baja la pistola y hablemos.

Vicente se acerca unos pasos hacia nosotros, sin dejar de apuntarnos con la pistola.

—¿De qué quieres hablar? —pregunta.

—Si quieres dinero —insiste Oliver—. Dime cuánto quieres y te lo haré llegar donde tú me digas.

—Oliver, no —murmuro.

—No quiero dinero. Quiero venganza. Quiero ver muertas a esas dos perras.

—Venganza sería matarte a ti por cabrón —lo increpa Lucas, que me tiene sujeta, mientras yo aferro a mamá.

—Escucha, Vicente, piensa en lo que vas a hacer —continúa hablando Oliver—, porque hay decisiones que se toman en unos segundos y consecuencias que te acompañan toda la vida. Y...

—Lo tengo muy pensado. Por lo tanto, si el chaval y tú no queréis morir, quitaos de en medio.

—Oliver, quítate, por favor —lo empujo.

Pero Oliver no se mueve. No se quita. Sigue protegiéndonos con su cuerpo cuando el cabrón que nos amedrenta insiste con chulería:

—¿Eres sordo? ¡Quítate de en medio!

—Si le haces daño a mi madre, te mato —grita Lucas.

—¿Tu madre? —se mofa Vicente, mirándolo con desprecio.

—Sí. Mi madre. Maldito cabrón.

—Por favor, Oliver, llévate a Lucas de aquí —suplico.

—Lena, o callas al mocoso o lo callo.

Lucas está nervioso. Mucho. No para de insultarlo. De increparlo. Y Vicente se ríe mientras Oliver y yo intentamos que el chico se calle. Pero Vicente se siente superior y, mientras sujeto a mamá para que no se caiga, soy consciente de cómo Oliver coloca a Lucas una y otra vez detrás de su cuerpo. Lo protege como me protege a mí.

—Última advertencia, ricachón —avisa Vicente.

Oliver no se mueve. Usa su cuerpo como escudo para protegernos.

—Muy bien. Tú serás el primero.

—Noooo —grito horrorizada.

Y cuando el atronador sonido de un disparo suena en la noche, yo solo me quiero morir.

Capítulo 62

Durante unos instantes dejo de respirar. No soy capaz de discernir si es que el disparo no me ha alcanzado o es que no lo noto por culpa de la adrenalina que tengo en el cuerpo. Aterrorizado, miro hacia atrás. Busco con mis ojos con urgencia a Yuls, Lucas y Clara, y los encuentro. Están de pie. Están vivos, y sin pensármelo los abrazo, tras haber visto de refilón a Vicente abatido en el suelo.

Lucas y Yuls lloran. Balbucean. Mientras Clara tiembla creo que tanto como yo, pero disimulo. Intento que me sientan seguro e impasible, pero la verdad es que no puedo parar de temblar y más viendo la sangre y los moratones que tiene Yuls en el rostro.

Instantes después, veo aparecer a Alexander con su pistola en la mano y a otros policías tras él.

—¿Estáis bien? —pregunta, acercándose a nosotros. Hago un gesto afirmativo, y Lucas y Yuls asienten cuando Alexander quiere saber—: ¿Hay alguien más en la casa?

Yuls se deshace de mi abrazo. Su rostro está magullado. Sangra por la boca. Me horroriza verla así.

—Sí. En el salón hay una mujer llamada Bea. —Y señalando a Vicente, que está muerto ante nosotros, explica—: Era su novia y compinche.

Alexander hace una seña a sus hombres, que entran en la casa.

—No os mováis de aquí. —Y, mirándome, añade—: Haz caso esta vez.

Asiento. Sé que me merezco su reprimenda, pero no me arrepiento de lo que he hecho.

Desde mi posición no puedo quitar la mirada de Yuls. Los golpes que tiene en su rostro sé que se los ha provocado el cabrón que yace sin vida en el suelo.

—Mamá, ¡tu pierna! —exclama Lucas.

Miro hacia donde señala. Yuls tiene la pernera derecha del pantalón vaquero llena de sangre.

—Tranquilo, bichito, estoy bien. —Pero mira a Alexander y le dice —: Mamá necesita ayuda urgente. Por favor. Por favor.

Con rapidez, Lucas agarra a Clara. Libera a Yuls del peso de su madre, y Alexander señala la ambulancia que acaba de llegar.

—Llevémosla a la primera ambulancia para que la atiendan.

Cojo entre mis brazos a Clara. No pesa nada. Es una mujer menuda, que mira hacia las estrellas, maravillada, y la llevo a la ambulancia. La dejo en manos de los médicos del Samur, y miro a Yuls. Quiero abrazarla. Quiero que sepa que todo aquello por lo que estaba pasando ha acabado, pero ella no me mira. Solo tiene ojos para su madre mientras Lucas la tiene agarrada de la mano y no se separa de ella.

Durante unos segundos, permanezco frío e impasible mientras observo cómo los del Samur atienden primero a Clara y luego a Yuls. No me permito pensar. No me permito hablar. Estoy tan fuera de mí en este momento por lo vivido que, si me preguntan, no sabría decir cómo me llamo.

Tan pronto como los del Samur liberan a Yuls, esta pasa por mi lado y yo la sigo. Se acerca hasta el desgraciado que está abatido y muerto en el suelo. Sin moverme, la observo, y veo sus ojos llenos de rabia y odio y le oigo decir, después de escupirle:

—Púdrete en el infierno, cabrón de mierda.

Acto seguido, se da la vuelta y regresa a la ambulancia donde está Lucas con Clara.

Noto que alguien toca mi hombro y al mirar veo que es Alexander. Con un movimiento de cabeza, me indica que lo siga. Nos alejamos unos metros de la ambulancia.

—¿Ese cabrón te agredió? —me pregunta.

Lo dice por mi rostro magullado.

—No. Esto fue ayer —aclaro.

Se sorprende y vuelve a preguntar:

—¿Cómo no me dijiste quién era el padre de Yuls?

—Porque el primero que no sabía nada era yo.

Incrédulo, Alexander mueve la cabeza.

—No digas tonterías, Oliver. Tú, que eres un tipo al que le gusta tenerlo todo controlado, ¿cómo no ibas a saber quién era su padre?

Lo sé. Tiene razón. Siempre había sido ese tipo de hombre, hasta que Yuls llegó a mi vida. Tomo aire.

—No tengo por qué mentir —contesto.

Sorprendido me mira, pero sé que me cree. Sabe que no soy de los que mienten, y comparte conmigo todo lo que sabe de Vicente y de la historia de Yuls. Y, aunque ella me la ha contado a trompicones en el coche, yo escucho atentamente.

Atónito, tomo conciencia del tipo de persona que era Vicente y me horrorizan las cosas que oigo de él. Estoy atento a lo que mi amigo Alexander me cuenta, cuando vemos llegar una furgoneta que va rotulada con el logotipo de una televisión. De ella se bajan tres personas y entre ellas reconozco a Vanessa. Desde la distancia veo cómo ella y los policías discuten al intentar traspasar el cordón policial.

—La que faltaba —musita Alexander.

Miro a Vanessa. Desde la distancia sé que ella me ha visto porque la oigo gritar mi nombre para llamar mi atención, pero no me muevo.

—Te juro que el día que consiga saber quién es la persona que le da los chivatazos para que ella siempre sea la primera en llegar, me la voy a cargar.

—Harás bien —afirmo.

En ese momento me suena el teléfono y leo:

> Vanessa
> Amor. Tengo que dar la noticia en directo, pero intentaré hacerte el menor daño a tu empresa y a ti. Justamente lo que no ha hecho esa delincuente de Yuls.

Nada más leerlo se lo enseño a Alexander.

—Menuda cabrona está hecha —afirma.

Me muestro de acuerdo. Con la inquina que le tiene a Yuls, solo faltaba esto que ha pasado para que la machacara por completo, y maldigo.

Desde donde estamos vemos cómo Vanessa y sus dos compañeros se colocan, y, tras encender un foco, comienzan a emitir en directo.

—Esta noticia es buena carnaza para ella y la prensa, lo sabes, ¿verdad? —me pregunta Alexander.

—Lo sé.

Permanecemos un rato en silencio mirando cómo ella y su equipo trabajan.

—¿Crees que podrás parar un poco esto si hablas con ella? —propone Alexander.

—Lo dudo. Ya viste la manía que le tiene a Yuls.

Alexander resopla. Me entiende.

—Pues prepárate, amigo —me previene—, porque en cuanto esa sepa quién era el padre de tu mujer, lo que hizo y lo que pretendía hacer, vuestras vidas, por un tiempo, se van a convertir en un circo mediático.

Soy consciente de ello. Sé qué clase de periodista carroñera es Vanessa cuando me fijo en que Yuls sale de la ambulancia y con decisión, aun cojeando, camina hacia ella.

—Mal asunto —murmura Alexander.

—Malísimo —afirmo yo.

Alexander y yo comenzamos a correr con la intención de frenar a Yuls, pero esta llega antes que nosotros y la oímos decir:

—Di la verdad, maldita perra. Di quién le dio la información a Vicente de cómo encontrarnos a mamá y a mí.

¡¿Cómo?! ¿Pero qué dice Yuls?

Alexander me mira. En su rostro veo la misma sorpresa que en el mío cuando Vanessa, intentando aparentar tranquilidad y profesionalidad, habla en directo.

—Disculpe, señora Dávila, estamos dando la noticia de...

—Señora Dávila, no. Señora Pérez. Me estoy divorciando.

Vanessa, al oír aquello, me mira al igual que Alexander. Sin esperar a que se reponga de la sorpresa, Yuls, arrebatándole el micrófono, se coloca bajo el foco de luz.

—Soy Yuls Pérez —dice—, y el hombre que está abatido es un maltratador llamado Vicente Brusei. Para mi desagrado, mi padre.

—Amor... Pero ¿qué te ha pasado? —oigo que Vanessa me pregunta al mirar mi rostro mientras intenta quitarle el micrófono a Yuls.

No respondo. No quiero hacerlo, me fijo en cómo uno de sus compañeros se pone delante. Se lo impide.

—Ese hombre ha estado en la cárcel los últimos años por maltrato —prosigue Yuls— y porque intentó quemarnos vivos a mi madre, a mi hermano y a mí. Como resultado de ese acto, mi hermano Andy, un niño de siete años, murió. Vicente ha estado en la cárcel veinte años de los veinticinco a los que inicialmente le condenaron. Pero aun desde allí se ha dedicado a amenazarnos de muerte a mi madre y a mí. Siempre dijo que cuando saliera nos mataría, y eso es lo que ha intentado hacer hoy, aunque, gracias al buen trabajo de la policía, no lo ha conseguido. Durante años, mamá y yo hemos escapado de él hasta que Vanessa Smith, la reportera a la que le he arrebatado el micrófono, buscando una noticia, dio con él y le indicó cómo localizarnos.

—¡Pero qué dices! ¡Estás loca! —vocea Vanessa.

Atónito al escuchar aquello, la miro. Ni en mis peores sueños pude imaginar que su nivel de rata y mala persona pudiera llegar hasta esos extremos.

—¿Que tú has hecho qué? —pregunto.

Pero Vanessa no me escucha. Solo grita a su cámara que deje de emitir en directo.

—¡Eso es mentiraaaa! Esta mujer miente. ¡Para de grabar! Finaliza el directo.

Yuls, dándole un empujón, se la quita de en medio y, mirándonos a Alexander y a mí, apostilla:

—Todo lo que digo se puede demostrar. Se puede ver que Vanessa fue a visitarlo a la cárcel de Ávila, entre otras cosas.

Vanessa enloquece. Aquello que está haciendo Yuls en directo, ante algo tan sórdido, sabe que puede ser el fin de su carrera como presentadora, y se vuelve loca.

Minutos después, la cámara se apaga y Yuls suelta el micrófono. Está furiosa. Rabiosa. Y al ver su mirada yo, que la conozco,

murmuro a Alexander:

—Hay que pararla.

Voy a moverme, pero él me sujeta del brazo.

—Tranquilo. Todo a su tiempo.

Y, antes de que pueda siquiera moverme, veo cómo Yuls le da un derechazo a Vanessa con todas sus fuerzas en el rostro, haciendo que esta caiga de culo contra el suelo con absolutamente nada de glamur.

—Ahora sí, amigo. Ahora hay que pararla —afirma Alexander con una media sonrisa.

Acto seguido, mi amigo sujeta a Yuls, quien ya iba derecha a lanzar un nuevo ataque, mientras yo miro a Vanessa lamentarse. Ni sus compañeros ni los polis ni yo la ayudamos.

—Lo habéis visto todos, ¿verdad? Me ha agredido —grita, mirándonos.

Todos niegan con la cabeza. Está claro lo que pensamos.

—Has tropezado y te has caído —observo.

Vanessa maldice. Saca la víbora que siempre supe que había en ella, cuando Yuls, sujeta por Alexander, le suelta:

—Te lo dije, Vanessa. Te dije que si Vicente no acababa conmigo, yo acabaría con tu prestigio, tu honor y tu credibilidad. Has tocado lo más sagrado para mí. Has tocado a mi familia, y eso se paga.

Lucas se acerca a nosotros y veo cómo él y Alexander se llevan a Yuls hacia una de las ambulancias para ser atendida mientras yo, a cada instante más sorprendido, miro a Vanessa.

—En mi vida pude imaginar que cayeras tan bajo. Tú no tienes humanidad ni empatía por nada ni por nadie. Y créeme cuando te digo que hay cosas que no tienen perdón, y lo que has hecho es una de ellas.

—Pero, Oliver...

—No vuelvas a dirigirte a mí en tu vida. Y prepárate, porque pienso demandarte por todo lo que se pueda. Porque, como ha dicho Yuls, quien la hace la paga.

Vanessa grita. Balbucea. Suplica. Está claro que lo que ha hecho es verdad, y yo me alejo. No quiero tener nada que ver con ella.

Cuando llego hasta la ambulancia donde atienden a Yuls, esta me mira. En su rostro, además de las magulladuras, veo la rabia, el dolor, la furia. Veo tantas emociones en ella que no sé qué puedo esperar. En silencio y con paciencia aguardo a que los del Samur acaben y, cuando lo hacen y discretamente se van a la otra ambulancia, Lucas, que está a mi lado, dice:

—Voy a ver a mamá Clara.

A continuación, Lucas y Alexander se dirigen a la segunda ambulancia, donde me consta que atienden a Clara, y en silencio Yuls y yo nos miramos. Ella mira mi rostro magullado como yo miro el suyo, e incapaz de no hacerlo, acercándome a ella, la abrazo. Al instante ella responde a mi abrazo y no necesitamos decirnos nada más.

En mi cabeza dan vueltas cientos de cosas, pero me centro en lo que Lucas me dijo cuando íbamos en el coche. Me contó que Yuls, en cierto momento, le confesó que en ocasiones para evitar hacer daño a quien amas lo mejor es alejarse y permitir que esa persona prosiga con su vida, aunque deje de formar parte de la tuya.

A su manera, Yuls, el día de la discusión, se había creado un personaje para alejarme de su lado, cuando la realidad era bien distinta. Estoy pensando en eso cuando la oigo murmurar:

—Puedes decírmelo. Lo estoy esperando.

—¿El qué? —pregunto, dejando de abrazarla.

—Eso de todo bajo control, menos tú.

Oír eso me hace sonreír, como le hace sonreír a ella.

—Gracias por tu protección —musita—, y por acudir a la llamada de Lucas. De verdad. Muchísimas gracias.

—Yuls...

Nos miramos en silencio unos instantes.

—Lo siento —dice.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me contaste la verdad?

—Al principio, porque necesitaba el dinero, y luego, porque no sabía cómo hacerlo —responde.

La miro. Estoy tan confundido y desconcertado que no sé qué decir, cuando mi teléfono comienza a sonar. Es Rafael. Corto la llamada. Al hacerlo, el teléfono vuelve a sonar. Es mi hermana Lara. De nuevo corto la llamada.

—Ya les ha debido de llegar la noticia —observo.

Yuls asiente y, alejándose unos pasos de mí, dice:

—Siento todo el ruido que esto os va a ocasionar. Por mi culpa la reputación de vuestra empresa se resentirá y...

—Yuls, creo que eso ahora...

—Sé lo mucho que odiáis los Dávila los escándalos sensacionalistas y yo os he llevado de cabeza a uno de ellos.

La tristeza en su mirada y en su voz me encoge el corazón, pero sé que dice la verdad. Esto, sin duda, nos pasará factura en ciertos medios, pero necesito ser sincero.

—Yuls. Te quiero y esto lo podemos superar —afirmo.

—Oliver...

—Cariño, no te preocupes por nada. Mi abuela y mi hermana, cuando se lo expliquemos, lo entenderán, y yo solucionaré el resto.

Aunque asiente, en su rostro veo una ligera incertidumbre.

—Y tú, Oliver, ¿lo has entendido? —quiere saber. La miro. Quiero asentir. Quiero entender una situación rocambolesca que de pronto

se me ha venido encima, pero no me muevo. No asiento, cuando ella musita—: Escucha, Oliver. Tú y yo nos hemos dicho cosas que...

—Lo que nos dijimos fue fruto de la situación. Estábamos nerviosos, alterados, y en momentos así sabes perfectamente que se habla sin pensar.

—Lo sé. Pero creo que lo mejor para ambos es que nos alejemos el uno del otro y...

—Pero ¿qué dices?

—Oliver, piénsalo. Si nos hubiéramos cruzado por la calle, creo que ni nos hubiéramos mirado.

—Yuls, para —le pido, consciente de que se toca el dedo donde ya no está el anillo que me entregó.

—Lo que ha ocurrido entre nosotros nunca debió ocurrir —prosigue—. Pero en aquel momento ambos buscábamos solucionar nuestros problemas y, creyendo que lo hacíamos, nos embarcamos en un falso matrimonio que, tarde o temprano, tenía que acabar. Oliver, tú eres un hombre al que le gusta el control. Te gusta tenerlo todo previsto, medido y planificado para que nada se salga de su camino, y precisamente yo soy todo lo contrario. Soy impulsiva, efusiva, caótica, contestona, retadora y un sinfín de cosas más que sé que no te gustan. Y sí, aunque fue bonito mientras duró, ¿cuánto tiempo crees que hubiéramos durado?

No respondo. Estoy tan bloqueado que soy incapaz de responder.

—Tú y yo no tenemos nada que ver y lo sabes —añade—. Yo no soy el modelo de mujer que necesitas en tu vida ni a tu lado. Durante este tiempo hemos sido la novedad, pero cuando eso deja de serlo, agobia, atosiga y aburre. Por lo tanto, creo que, llegados a este punto, debemos quedarnos con lo vivido, regresar a nuestras vidas y dejar que el tiempo haga lo necesario para que nos podamos olvidar. Y, por favor, respeta lo que te pido y no insistas.

No. No quiero. Quiero insistir. Necesito tenerla en mi vida. Soy esclavo de su sonrisa, locura y besos. Pero, viendo su mirada y entendiendo sus palabras y su determinación, claudico y como un auténtico gilipollas asiento. Respeto lo que me pide, aunque me mate por dentro. Si ella no quiere estar conmigo, ¿quién soy yo para obligarla?

—Oliver. Eres un hombre increíble, pero lo nuestro fue...

—Un agilipollamiento momentáneo —termino la frase con esa frialdad que sé que tengo cuando me lo propongo.

Yuls se muestra de acuerdo. Su bonita sonrisa, a pesar de su rostro magullado, me encanta, me enamora. Creo que nunca la voy a olvidar.

—Deberíamos despedirnos y esta vez para siempre —dice después de tomar aire.

—Yo también lo creo —afirmo con frialdad, pero totalmente abatido.

Durante unos instantes más nos miramos como queriendo retener algo que no sé definir.

—Adiós, señor Dávila —dice, tendiendo la mano—. Gracias por todo. Ha sido un placer conocerlo.

Con las pulsaciones a mil, pero aparentando tranquilidad, agarro su mano. Se la estrecho y aunque no quiero soltársela lo hago.

—Lo mismo digo, señorita Pérez —respondo—. Adiós.

E intentando que el Oliver fuerte que ella conoce y que llevo trabajándome años no pierda la compostura, me doy la vuelta y me alejo. Oigo unos pasos que se acercan a mí con toda celeridad. Es Lucas.

—¿Te vas? —Me detiene.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ella así lo ha decidido.

El muchacho mira hacia la ambulancia donde está Yuls y después me mira a mí. Por el brillo de desconcierto en sus ojos compruebo que entiende aún menos que yo.

—Pero...

—Tranquilo, Lucas —le corto—. Todo irá bien a partir de ahora. Ve con Yuls. Te necesita.

Y, tras apretarle con mi mano el hombro a modo de despedida, continúo andando mientras siento que el mundo se hunde bajo mis pies. De camino a mi vehículo se me viene a la mente nuestra nada romántica canción y eso me hace ver que la mitad del mapa, en este caso su historia, jamás me la contó y que soy el tonto enamorado que tiene el orgullo y el corazón hecho pedazos.

Abro el coche con el mando a distancia y cuando me estoy montando en él veo llegar a Alexander, que se sube conmigo. No me habla. No dice nada. Por lo que, tan pronto nos ponemos los cinturones de seguridad, arranco y sin mirar atrás nos vamos.

Capítulo 63

Estoy tirada en el sofá esperando a que la lavadora se acabe mientras miro a mi alrededor y pienso en lo vivido.

Los primeros días, tras la noticia sensacionalista, mi vida se convirtió en un caos. Mamá y yo éramos noticia, y no precisamente por algo bonito. Imagino que Oliver lo vivió igual. No quiero ni pensar lo encabronado que estaría.

Periodistas y televisiones me esperaban en la puerta de casa, en la residencia o a la entrada del trabajo para meterme la alcachofa y preguntar. Querían saber todo lo ocurrido con Vicente y, por supuesto, querían saber qué había pasado con Vanessa. Y aunque inicialmente fue duro soportar aquel acoso mediático, con el transcurso de los días, y posteriormente de las semanas, todo se relajó. El caso de Vicente Brusei quedaba archivado para la eternidad, por lo que la tensión finalizó y mi tranquilidad regresó. Pero ahora de verdad. Vicente ya no está en el mundo en el que mamá y yo respiramos, y ya no puede hacernos ningún mal.

En cuanto a Vanessa, me consta que se le cayeron infinidad de contratos y proyectos, y las cadenas de televisión para las que trabajaba en España e Italia rescindieron sus contratos. Lo que nos había hecho a mamá y a mí, motivada por los celos, fue una terrible imprudencia que pudo acabar muy mal. Y, como era de esperar, a nuestra denuncia se le añadieron muchas más. Vanessa, con los años, se había ganado infinidad de enemigos que solo esperaban el

momento oportuno para lanzarse a su cuello. Y su momento llegó. Algo que no me dio ninguna pena, pues quien la busca la encuentra.

Ágata, Altamira y Lara en varias ocasiones vinieron a verme a mi casa. Les preocupo. Me quieren. Y me hacen saber lo mucho que me echan de menos.

La primera vez que aparecieron, me contaron que Oliver les había confesado la verdad sobre nuestra boda y al final las cuatro terminamos llorando como magdalenas. Cada una por motivos diferentes. Eso sí. Me quedó claro que, aunque yo ya no sea una Dávila, no iban a permitir que me fuera de sus vidas.

¡Qué monas!

Una noche quedé con Lara. Salimos a cenar juntas y después fuimos a uno de los conciertos que daban en una sala Distorsión Cerebral. Ni que decir tiene que sigo siendo la «nena» de Braulio y que, además de abrazarme como un oso, se comportó de una manera ejemplar. En ningún momento mencionó a Oliver y en ningún momento me hizo sentir incómoda. Su respeto hacia mí fue increíble, y se lo agradecí.

Rafael y Alexander, cuando me visitaron por separado, me hablaron de Oliver y de cuánto me añora, aunque no lo manifiesta. Incluso me indicaron que había demandado a Vanessa. Oír su nombre me rompe el corazón porque lo sigo queriendo. Y aunque a veces siento unas ganas irresistibles de correr hacia él, para decirle que lo necesito en mi vida, me contengo. Después de lo que le dije aquel último día en el que me aproveché al verlo totalmente desconcertado, es lo mejor, y más viendo que él no se ha vuelto a acercar a mí. Está claro que respeta mi decisión.

Como la buena masoquista que soy, porque, aunque tengo momentos positivos también he llegado a la conclusión de que a mí nunca me saldrá nada bien, día sí y día también, pongo en bucle

nuestra nada romántica canción de amor y me desmorono. La letra. Su mensaje. Su desesperación. Todo en ella me causa dolor, porque sé que he sido yo la que le ha fallado a Oliver. Le mentí. Fui egoísta. Le oculté información. Y aun sabiendo cuánto me quería, como dice la canción, no le entregué la mitad del mapa para que pudiera entender mi situación.

Fui egoísta. Lo sé. Y precisamente por eso, cuando toda la pesadilla de Vicente terminó y quedó al descubierto la verdad, convencida de que yo no era buena compañera para él, me autocastigué. Lo obligué a que se alejara de mí para que la prensa hiciera el mínimo daño posible a su empresa familiar, aunque con el paso de los días soy consciente de que, al hacerlo, le volví a hacer daño a él. De nuevo lo hice mal.

Necesitada de paz mental para reencontrarme conmigo misma, al ver que mi rostro dejaba de presentar las señales de batalla y se normalizaba, que mamá estaba bien y cuidada y que Lucas se había marchado a Menorca con Javi y Lara, decido irme sola a un crucero por el norte de Noruega. Quería conocer muchos de los sitios de los que Oliver me habló y, por supuesto, ver auroras boreales. Y aunque lo disfruté, porque viajar siempre es un disfrute, no hubo un solo segundo de cada día en el que no pensara en él.

En soledad, vi aquellos lugares y paisajes llenos de pasado y de historia vikinga que tanto le maravillaban. Incluso tuve la gran suerte de poder ver una aurora boreal. El guía comentó que no era de las mejores, pero para mí fue increíble ver bailar en el cielo aquellos colores verdes y morados. Algo que a mamá le hubiera maravillado.

Durante esos días escuché mucho a mi Alejandro. Sus canciones me llenaban el alma, pero también me destrozaban el corazón. Mi parte masoquista no podía dejar de escucharlo y, como dice la

canción *Mi soledad y yo*, pensé e imaginé de mil formas nuestro encuentro ficticio.

A mi regreso del viaje, aunque pensé que volvía renovada, no fue así. Fue entrar en la soledad de mi casa, y el mundo se me cayó de nuevo encima.

Por suerte, mamá estaba bien dentro de la gravedad de su enfermedad. Kaory, repuestísima tras lo ocurrido, y Lucas feliz. Al menos, eso me alegraba.

Para Lucas atreverse a ser amigo de un chico como Javi, que procede de un entorno totalmente distinto al de él, le ha hecho ver que no todo el mundo es igual. Que las personas son educadas, buenas y empáticas por ser quienes son y no por el ambiente donde se críen. Javi es un chico fantástico. Me lo pareció la primera vez que lo vi y me lo sigue pareciendo cada vez que lo veo. Y que quiera y respete a Lucas por ser quien es, sin prejuicios ni barreras, es algo que siempre le agradeceré.

Al volver de Noruega, Lucas me contó que Oliver estuvo en Menorca con ellos unos días. Javi y Oliver le enseñaron a hacer windsurf y, emocionado, me habló de lo increíble que es conducir una moto acuática. Ahora, cuando me habla de Oliver, no lo llama ni «rancio» ni «estirado». Lo llama por su nombre y hasta yo diría que lo dice con cariño.

Sé que para Lucas hubo un antes y un después con Oliver a raíz de aquella fatídica noche. El hecho de que él lo llamara y Oliver sin perder tiempo acudiera a su llamada le hizo entender que era mejor persona de lo que pensaba, y eso lo llevó a darle una oportunidad que Oliver, por lo que veo, ha sabido aprovechar muy bien.

Ahora es Lucas quien me habla de Oliver y soy yo la que no quiere escuchar. Ahora soy yo la que dice que la vida es una mierda y es Lucas quien me recuerda que la vida es bonita si queremos que así

sea. Cada vez que estoy con Lucas, menciona a Oliver con la esperanza de que vuelva a abrir mi corazón, pero no me lo permito. Estoy autocastigada. La decisión que tomé, acertada o no, he de respetarla y entender que Oliver se merece a alguien mejor que yo.

Pero el 5 de octubre ocurrió algo que me desestabilizó. Cuando estaba pintando la que es hoy mi habitación, sonó el portero automático. Era un mensajero que me traía unos documentos de parte del señor Oliver Dávila. Ufff... cuando escuché ese nombre cómo se me aceleró el corazón.

Cuando el mensajero se marchó, me encendí un cigarrito y abrí el sobre. De él saqué una carpeta en la que ponía «sentencia de divorcio». Y en una nota adjunta y con la letra de Oliver leí:

Oficialmente vuelves a ser una mujer soltera.
Te deseo felicidad.
Oliver Dávila

Leer eso me hizo llorar. Durante horas no paré de llorar a moco tendido mientras pintaba la habitación y escuchaba a mi Alejandro con el corazón partido.

Un sonido me saca de mi ensoñación. La lavadora se ha acabado. Voy hacia la cocina, saco la ropa y la tiendo para que se seque. Cuando acabo, regreso al salón y en ese instante suena el timbre de mi casa. Al abrir la puerta veo a Kaory y a Lucas.

—Mamá... venimos a darte una sorpresa —me dice él sonriendo.

No me extraño. Desde que regresé a mi casa, no paran de aparecer para sorprenderme llevándome a un curioso restaurante o a un bonito parque.

—Te vamos a llevar a un sitio que te va a flipar —anuncia Kaory.

—¿Adónde?

—Ah, no, mamá, ¡esa es la sorpresa!

Sonrío. Y mirando mis pantalones vaqueros y mi camiseta a rayas pregunto:

—¿Me tengo que cambiar de ropa o puedo ir así?

Ellos me miran.

—Yo te veo muy guapa —afirma Lucas.

—Estás fantástica —ríe Kaory.

Dejándome llevar por ellos, cojo mi bolso, las llaves y salimos de casa. Entre risas llegamos hasta el coche de Kaory y allí nos espera Toni, su marido. Tras saludarnos, nos montamos en el vehículo y vamos hablando hasta que Lucas me enseña un pañuelo rosa.

—Tengo que taparte los ojos —dice.

—¡Ah, no! Ni hablar —respondo.

Kaory, Toni y él se ríen.

—A ver, mamá. No nos puedes jorobar la sorpresa. Colabora, por favor —se empecina Lucas.

—A ver, Lucas...

—Yuls, Lucas tiene razón. No nos la jorobes.

—Venga, mujer. Déjate sorprender —apostilla Toni.

Resoplo. Aunque me gustan las sorpresas, eso de ir con los ojos vendados no me hace gracia y, recordando algo del pasado, pregunto:

—¿Cómo pretendéis que me fíe de vosotros si la última vez que me vendasteis los ojos me pusisteis una serpiente sobre las piernas?

Ellos se ríen. Yo no. Me refiero a la vez que llevamos a los niños del centro a un espectáculo de reptiles.

—Te prometo, y fíjate lo que he dicho, ¡prometo!, que no será nada así —me convence Kaory.

—Venga, mamá. Fíate de tu bichito —se mofa Lucas.

Sonrío. Cabeceo. Asiento. Decido fiarme. No me queda otra si quiero que me den la sorpresa y finalmente permito que me venden los ojos.

Uisss, ¿a que me mareo?

En el camino vamos cantando a gritos la canción *Felices los cuatro,* de Maluma, mientras reímos a carcajadas. No veo nada porque tengo los ojos vendados, pero disfruto del momento con Lucas y mis amigos cuando noto que el coche frena. Se para. Segundos después, las puertas del vehículo se abren y oigo a Kaory que dice:

—Hemos llegado. Vamos, Yuls, ¡sal del coche!

Con una torpeza increíble, consigo bajar del vehículo mientras Lucas agarra con fuerza mi mano. Segundos después, se nos unen Kaory y Toni, y entre risas caminamos por la calle. No sé dónde estoy. No sé adónde me están llevando. Pero, como he decidido fiarme de ellos, simplemente me dejo llevar mientras oigo el ruido del tráfico y peatones a nuestro alrededor.

—Hay un escalón —advierte Lucas.

Levanto la pierna y, ayudada por ellos, salvo el peldaño. Instantes después, el ruido del tráfico y de los peatones se esfuma. Ya no está. A cambio, escucho una suave música de fondo.

—¿Estamos en un restaurante? —pregunto, intentando identificar algún olor.

—No —responde Lucas.

—Pues tengo hambre.

—Después cenarás —observa Toni.

—¿Me vais a quitar ya la venda de los ojos o no?

—Espera, doña impaciencia. Danos unos segundos —oigo que dice Kaory.

Guiada por ellos, sigo caminando hasta que de pronto Lucas se para.

—Mamá, ya hemos llegado.

Asiento. Estoy emocionada. Quiero ver adónde me han llevado.

—Sabes que Toni y yo te queremos porque eres una tía increíble, ¿verdad, Yuls? —dice Kaory.

—Claro que lo sé, ¿por qué preguntas eso?

—Porque queremos que sepas que te mereces una vida en la que tu lema no sea «sobrevivir», sino más bien «vivir y ser feliz» —dice.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto sonriendo.

—Quiere decir que eres única, además de cabezota —afirma Toni —. Y que, por favor, creas en que te pueden pasar cosas bonitas y que, por supuesto, te mereces tener tu bonito final de película.

—Al final, me vais a hacer llorar, idiotas —murmuro emocionada.

Oigo que Kaory se ríe.

—Mamá, sabes que yo también te quiero, ¿verdad? —interviene Lucas, que no ha soltado mi mano.

—Pero qué os ha dado a los tres ahora con el querer —me mofo.

Oigo a Lucas reír a mi lado.

—Una vez me dijiste que cuando quieres a alguien, lo que deseas es su felicidad, ¿verdad?

—Sí, cariño.

—Pues yo quiero tu felicidad.

—¡Aisss, que te como!

—Escucha, mamá, llevas toda tu vida cuidando de mamá Clara, de mí, de cualquier persona a la que le coges cariño, y creo que ya es hora de que nosotros nos preocupemos por ti y te digamos que tu felicidad también importa. Por lo tanto, olvídate del nubarrón negro porque ya se ha ido y deja de pensar que no te mereces que te

pasen cosas bonitas, porque precisamente eso no es lo que tú me has enseñado a mí.

—No te pillo, Lucas —me mofo.

—Mamá, eres increíble. Eres la persona que me ha enseñado que en la vida hay que darse oportunidades para que las cosas ocurran, y ahora, por favor, necesito que tú te des esa oportunidad.

Divertida, sonrío por aquello. Menudas parrafadas llenas de cariño me han soltado todos, y cuando siento que los pasos de Lucas se alejan, pregunto:

—¿Bichito, adónde vas?

—Tranqui. Estaré cerca.

—Pero...

—Mamá, dame unos segundos.

—¿Puedo quitarme ya el puñetero pañuelo de los ojos?

—Cuenta hasta diez en alto y luego te lo quitas —oigo que Lucas dice.

Muevo la cabeza. No puedo ni imaginar ni dónde estoy ni la sorpresa que aquellos tres han preparado para mí cuando digo en alto:

—Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Nueve y medio. Nueve y tres cuartos y diez. ¡Me quito el pañuelo!

Llevo mis manos a la cabeza y me quito el pañuelo. Durante unos segundos no veo bien, hasta que, de improviso, reconozco el lugar. Estoy en la galería de arte de Oliver. La primera que conocí. Y boquiabierta me quedo al verme rodeada por enormes fotografías donde se ven preciosos cielos plagados de estrellas de diferentes colores y brillos.

Sorprendida, miro aquellas increíbles imágenes donde se muestran no solo cielos estrellados, sino preciosas auroras boreales con colores increíbles de imaginar, hasta que una fotografía llama mi

atención y voy derecha hasta ella. Es la única que tiene ante ella un banco para admirarla y sin dudarlo me siento.

Maravillada, contemplo la fotografía donde se ve la constelación de Casiopea junto a la Vía Láctea y noto que alguien se sienta a mi derecha. Es Oliver. Mi misil y desestabilizador emocional.

Uff... lo que me hace el cuerpo.

Me mira. Como yo lo miro a él mientras compruebo que, como siempre, va impolutamente vestido con un traje claro, y, la verdad, está guapísimo. Sin entender nada lo observo, y él, sin rozarme, señala la fotografía que tenemos enfrente.

—Sabía que esta fotografía iba a ser tu favorita porque en ella se ve la constelación de Casiopea junto a la Vía Láctea —afirma. Asiento. No le puedo quitar la razón. Él añade—: He leído muchas cosas sobre Casiopea. En la mitología griega se decía que era la reina de Etiopía y su vanidad le hizo afirmar que ella y su hija Andrómeda eran muchísimo más bellas que las nereidas. Que Casiopea afirmara algo así rompía el equilibrio del mundo y despertó la ira de las ninfas marinas, que pidieron ayuda a Poseidón. Este, para darle una lección por su arrogancia, envió un monstruo marino que devastó el reino de Casiopea y su marido. Y aunque Perseo rescató a Andrómeda, tras ser encadenada a una roca como sacrificio para el monstruo, todo cambió para Casiopea, que fue condenada a ocupar un espacio en el cielo para toda la eternidad. Y si la observas en las noches oscuras, como en la de esta foto, parece estar sentada sobre el precioso río de estrellas que es la Vía Láctea.

Asombrada, asiento. Conocía esa historia. Mamá me la contó. Pero si mal no recuerdo, aquello del cielo y las constelaciones a Oliver no le atraía nada.

—¿Desde cuándo sabes tú de estrellas y constelaciones? —pregunto.

Oliver sonríe.

—Desde que decidí que quería impresionarte —murmura.

Oír eso me hace sonreír, pero me desconcierta. ¿Qué estoy haciendo allí? ¿Qué hago sonriendo? ¿Por qué estoy junto a Oliver?

Guardamos silencio y entonces yo miro hacia los lados.

—Lucas, Kaory y Toni se han ido —dice Oliver—. En la galería solo estamos tú y yo. Ellos me han ayudado para poder darte esta sorpresa, pues sabía que, si yo te invitaba, posiblemente no vendrías. Y, por cierto, gracias por el bonito cielo que creaste en nuestra habitación.

Petrificada al saber aquello, no sé ni cómo reaccionar. Voy a matar a los tres que se han marchado.

—En esa otra fotografía, como ves, se puede ver la estrella polar —me señala otra de las obras—. Y en la de la esquina, tienes una increíble vista de la Osa Mayor, que...

—¿Qué estás haciendo, Oliver?

—Explicarte la exposición que he creado para ti.

—¿Para mí?

—Sí, cariño. Para ti. ¿Has visto cómo se llama?

Rápidamente miro hacia la izquierda y allí veo un cartel que pone:

Exposición:
«Donde Andy, Yuls y Clara siguen brillando».
Fotografías del astrofotógrafo neozelandés
Tane Sullivan.

Ver aquello me emociona. Me eriza todo el vello de la piel. Si mamá pudiera entenderlo se emocionaría.

—Quería organizar esta exposición para ti y por supuesto para Andy y para tu madre —me explica él—. Sé lo importante que es el

cielo y sus estrellas para los tres. —Conmovida, asiento, cuando añade—: Me gustaría que valoraras el traer algún día a Clara para mostrarle la exposición, pues quiero creer que le gustará.

—Vale...

—Y también quería que fuera aquí, entre particulares cielos llenos de estrellas, donde tú y yo nos volviéramos a encontrar.

Asiento como una tonta mientras el corazón me va como una locomotora.

—El último día que estuvimos juntos estaba tan impactado por todo lo que había pasado que fui incapaz de decir nada y solo hablaste tú. Pero hoy, tras la inestimable ayuda de mis compinches, que me han hecho entender muchas cosas de ti, y tras pensar muy detenidamente lo que te quería decir, mi pregunta es: ¿puedo hablar?

Mi cabeza, que ya tiene vida propia, asiente mientras mi corazón va a todo trapo. Estoy ante Oliver, rodeada de preciosos cielos estrellados, y no me sale ni la voz.

—Lo que ocurrió entre nosotros —empieza—, si ocurrió fue porque tenía que ocurrir. Hay parejas que se conocen en el cine, en un chat, en el autobús, en un local, y otras, como tú y yo, que nos conocimos de una de las maneras más locas que hay en el mundo. Efectivamente, buscábamos solucionar nuestros problemas y nos embarcamos en un matrimonio que a ambos nos trajo sorpresa, desconcierto y felicidad. Sorpresa, porque contra todo pronóstico nos sorprendimos para bien. Desconcierto, porque los sentimientos nos superaron. Y felicidad, porque yo encontré en ti y tú encontraste en mí algo que no esperábamos. Y sí, cariño. No lo voy a negar. Soy un tipo al que le gusta el control, soy previsor y comedido, entre otras cosas, al igual que tú eres impulsiva, caótica y retadora, entre otras.

Sé que vuelve a tener razón.

—Llevas tanto tiempo pensando en ese nubarrón negro y en que no te pueden pasar cosas bonitas que hasta tú misma te lo has creído. Animas a todos a buscar la felicidad y tú te olvidas de buscar la tuya. Y cuando la encuentras, tus miedos te hacen rechazarla.

—A ver, Oliver, yo...

—No, cariño. Hoy hablo yo —me corta con voz suave—. Tengo que decirte que te equivocaste cuando dijiste que el que fueras retadora o impulsiva no me gustaba, porque precisamente eso fue lo que hizo que me enamorara completamente de ti. Me preguntaste que cuánto tiempo hubiéramos durado. Y no te supe responder. Pero creo que esa pregunta, si se la haces a cualquier pareja enamorada, difícilmente te podrá dar una respuesta.

Lo miro. Solo puedo asentir.

—Mencionaste que tú y yo nos atraíamos porque éramos la novedad —continúa—. Y sí, cariño. La novedad tiene la capacidad de hacerlo todo más atractivo e intenso, pero la novedad por sí sola no sostiene una relación, porque lo que la sostiene son las ganas de querer estar ahí y esas ganas las teníamos los dos, aunque te empeñaste en negarlo para proteger a Galerías Dávila, y no me digas que no.

Levanto la mano. Necesito hablar.

—Dime...

—Siento no haberte contado lo de Vicente. Siento haberte engañado cuando...

Su dedo va a mi boca. Con su gesto me calla e indica:

—Yo sí que siento no haberme dado cuenta de por lo que estabas pasando. Ese es un tema que querrás olvidar y yo quiero que lo hagas. Y lo hablaremos. Pero solo cuando tú quieras y estés preparada, ¿de acuerdo?

Asiento. Sonrío, y él, tomando aire, prosigue:

—En cuanto al agilipollamiento momentáneo del que hablabas, existe. Y existe porque yo desde el primer segundo en que te vi, aunque no me di cuenta en ese momento, me enamoré de ti. Me enamoró tu ímpetu, tu personalidad. Me encantó el desafío en tu mirada. El que nunca te achantaras ante las cosas que yo te dijera, y sobre todo me enamoraste tú tal y como eres. Siendo la hija de quien eres. La hermana de quien eres. Y la madre y amiga de quien tú quieres. Me enamoré de ti, Yuls Pérez. De la mujer que contra todo pronóstico me llamaba «rancio» y «patatita gruñona», cautivó a mi familia, fascinó a mis amigos, embelesó a mis perros, me hizo olvidar que soy una hoja de Excel con patas e incluso me llegó a convencer de que Tarifa se hacía pis dentro de casa por la alegría que sentía al verme.

Al oír aquello sonrío y él, acercando su mano a la mía, dice:

—¿Recuerdas que una vez me preguntaste si tenía algún sueño y yo te dije que no?

Asiento. Lo recuerdo.

—Pues ahora puedo decirte que mi sueño eres tú.

—Vaya... —murmuro.

—Y que el único trato y contrato que necesito contigo es nuestro amor. Y si mis palabras y esta exposición que he creado para ti no han sido suficiente, créeme que lo volveré a intentar, una y mil veces, hasta que, como ha dicho Lucas, te des la oportunidad de ser feliz.

Aquella declaración de amor es lo más bonito que he escuchado en mi vida. Oliver no me ha olvidado. Solo ha cogido fuerzas para hacerme entender que lo nuestro es de verdad. Que lo nuestro merece la pena. A su manera, me está haciendo vivir mi amor de

película y, dispuesta a bajarme de mi cabezonería y a darme esa oportunidad que, por supuesto, me merezco de ser feliz, murmuro:

—Vaya, patatita... sí que te lo estás currando.

Se ríe como me río yo y, acercándose a mi boca, me da un beso que siento que me da la vida que yo misma me había arrebatado. Y cuando segundos después nuestros labios se separan, murmura:

—Por ti, merece la pena currárselo. Y ahora que sabes que estoy dispuesto a todo, y si es necesario lo escribo en un contrato, dime qué quieres tú.

—Quiero preguntarte algo.

Oliver asiente. Se acomoda. En su gesto veo la preocupación por lo que yo le pueda preguntar.

—Tú dirás, cariño —me anima sin moverse un milímetro.

Y mirándolo, y sin vacilar, porque mi cabeza y mi corazón vuelven a estar unificados, pregunto:

—¿Te quieres casar conmigo?

Como me imaginaba, se quita las gafas de inmediato. ¡Biennnn!

Mi pregunta le ha sorprendido mientras siento que vuelvo a dejarme llevar por la impulsividad y locura del momento. Conociéndolo, estoy segura de que le acabo de romper todas las opciones que se había planteado, pero sonriendo afirma con seguridad:

—Por supuesto que quiero casarme contigo.

Epílogo

Madrid, 27 de junio de 2027

El fiestón por nuestra boda está siendo impresionante.

Mientras veo a mi guapo misil reír con sus amigos y me recreo en lo guapísimo que está con su traje oscuro de pingüino, bebo de mi cerveza junto a Kaory, y podría decir que mi felicidad es completa.

Miro mi dedo. En él vuelve a estar mi precioso Cartier y soy feliz, feliz, feliz.

Todas las personas a las que quiero y me quieren están aquí. Mamá llegó acompañada por Araceli, su cuidadora, y durante la ceremonia estuvo sentada entre Ágata y Sabina. En varios momentos de la ceremonia la busqué con la mirada, pero ella, como siempre, estaba perdida. Aun así, me hacía mucha ilusión que ella estuviera allí y, entonces, en una de aquellas miradas, el vello del cuerpo se me erizó al percibir que me miraba con una orgullosa y feliz sonrisa. El momento duró apenas unos instantes. Unos segundos. Los suficientes para hacerme saber lo feliz que estaba, y yo, emocionada, sonreí. Mamá estaba feliz.

Cuando acabó la ceremonia, Lucas y Lara, que actuaron como padrinos, avisaron a todos de nuestra salida y los pétalos de rosa blanca y el arroz volaron por los aires. Eso sí, echaron tanto arroz

que, cuando llegamos a la finca donde se iba a celebrar la cena, tuve que ir al baño y sacármelo hasta de las bragas. Increíble.

Al poquito de llegar al lugar de la celebración, Araceli se acercó y me indicó que mamá estaba cansada y que era mejor regresar a la residencia. Entendiendo la situación, Oliver y yo la acompañamos hasta el taxi de la residencia y, tras besarla y dejar mi ramo de rosas blancas en sus manos, mamá se marchó, y los dos regresamos al salón. Los invitados nos esperaban.

Durante el banquete y dispuesta a que aquel maravilloso recuerdo se quedara para siempre en mi retina, observé a todos con atención y al primero a mi marido. A mi guapo e impresionante misil.

Tras la bonita declaración que Oliver me hizo meses atrás en la exposición, esa misma noche ya no me dejó regresar a mi casa. Bueno, digo «dejó» por decir, porque la que estaba encantada de irse a vivir a la casa de La Moraleja era yo. Y esta vez, cuando llegué, por fin deshice la maleta.

A la mañana siguiente, cuando Ágata nos vio entrar en la cocina se quedó sin palabras. Y la verdad, conseguir eso en Ágata es tremendamente difícil. Emocionada, se puso a llorar y Oliver, también emocionado, se le unió.

¿En serio?

Divertida, conseguí tranquilizarlos a los dos, y le aseguré a Ágata que en esta ocasión la boda sería como a ella le gustaba. Una boda por todo lo alto. Ágata, encantada, pero sin dejar de llorar, asintió y nos dijo que lo importante para ella ya no era la boda, sino que volviéramos a estar juntos. Eso le tocó la fibra a Oliver.

Y venga, abuela y nieto a llorar.

¡Qué llorones!

Lara, al enterarse de la noticia de mi regreso, acudió rauda y veloz a La Moraleja para volver loco a Oliver. No paró de besarlo,

increparlo y pellizcarlo indicándole que esta vez nuestra boda no se la perdería por nada del mundo. Incluso quería implicarse en la organización. Algo que a Oliver le cortó todo el llanto.

¡Qué tremendo es mi patatita!

Cuando días después lo hablé con Lucas se alegró por las noticias. Su relación con Oliver es increíble y ver su felicidad y complicidad me emocionó. Pero mi emoción se desbordó cuando, una semana después, una tarde en la que estábamos los tres saliendo del cine, Oliver le preguntó si daba su consentimiento para que iniciáramos los trámites de acogida para finalizarla en adopción.

De entrada, Lucas se quedó parado, como me quedé yo.

Dios mío, ¿Oliver había propuesto aquello?

El gesto de Lucas y cómo nos miró era de pura incredulidad, tanta que Oliver al ver aquello se agobió pensando en lo peor. E indicó que a él le gustaría formar parte de su vida y de la adopción, y cuando mi bichito, abrazándolo, se puso a llorar, Oliver, emocionado, se le unió.

Boquiabierta y tremendamente enternecida, yo los miraba a los dos. Ante mí tenía a Lucas y a Oliver, un adolescente duro y un hombretón implacable, llorando como bebés emocionados, y yo solo podía sonreír.

¡Pero qué llorones eran!

Al día siguiente, Rafael, desde el despacho de abogados en el que trabajaba, comenzó a mover papeles para la acogida y posterior adopción de un adolescente de catorce años. Lucas, por su parte, al tener esa edad, tuvo que firmar un consentimiento y el proceso empezó.

Oliver y yo tuvimos varias entrevistas con los asistentes sociales. En casa y fuera de casa. Querían ver la idoneidad de Lucas con nosotros y lo tuvieron rápidamente claro. Por lo que, el 17 de marzo

de 2027, oficialmente, Lucas comenzó a vivir en La Moraleja para felicidad de todos, y el 9 de junio su nombre pasó a ser Lucas Pérez Dávila. Él lo eligió así y a Oliver le pareció bien.

Entre medias de todo aquel caos emocional, Oliver y yo, junto con Lucas y todo el que quiso colaborar, organizamos la boda.

La primera había sido un frío e impersonal acto ante el notario, pero en esta ocasión todo es diferente. Ceremonia en los Jerónimos, vestidazo de novia, que me compré en la tienda de novias Diva y Radiante, y cena y fiestón en una preciosa finca a las afueras de Madrid.

Esta vez, Oliver y yo le hemos puesto todas las ganas del mundo, y aquí están nuestros familiares y amigos bailando, bebiendo y disfrutando del momento.

Divertida, estoy terminando mi cerveza junto con Kaory cuando Lara pasa por nuestro lado corriendo con su precioso vestido celeste.

—Cuñiiii, Kalesy, ¡vamos! —grita—. Va a comenzar lo mejor de la noche.

—Las veces que le he dicho que es Kaory —se mofa mi amiga.

—Y las que te quedan —me mofo yo.

Nos levantamos riéndonos. Van a actuar Piero y su grupo Distorsión Cerebral y la fiesta sé que se va a venir arriba con sus canciones. Estoy caminando con Kaory hacia la pista cuando noto que unas manos me agarran por la cintura. Es Oliver. Con amor nos miramos. Y mientras Kaory sigue su camino hacia Toni, nosotros nos besamos.

Los primeros acordes de una conocida canción suenan y, deseosa de estar a solas con mi patatita gruñona, musito:

—¿Qué te parece si me acompañas un momento a la habitación?

Oliver, con gesto cómplice, se quita las gafas. Esta noche nos vamos a quedar a dormir en la suite de la finca.

—Señorita Pérez, ¿qué me está usted proponiendo? —susurra, sonriendo.

Divertida, lo beso.

—Sígame, señor Dávila, y se lo explico.

Y la verdad, me siguió. Y el resto lo dejo a tu imaginación.

Personajes de la novela

YULS: protagonista.
OLIVER: protagonista.
CLARA: madre de Yuls.
ANDY: hermano de Yuls.
LUCAS: hijo de vida de Yuls.
ÁGATA: abuela de Oliver.
LARA: hermana de Oliver.
JAVIER: hijo de Lara.
PIERO: novio de Lara.
BRAULIO: amigo de Piero.
ALTAMIRA: amiga de Ágata.
RAFA: abogado y mejor amigo de Oliver.
ALEXANDER: inspector de policía y amigo de Oliver.
KAORY: amiga de Yuls.
TONI: marido de Kaory.
VANESSA: ex de Oliver.
VICENTE: ese que puso la semillita para que Yuls naciera.
DON NICANOR: médico de Ágata.
MAXIMILIANO FONTANA: rollito de Vanessa.
MACARENA: hija de Altamira.
BEA: novieta de Vicente.
SABINA: vecina de Yuls y cuidadora de Clara.

Mónica: mujer de servicio en casa de Oliver.
José Luis: chófer de Oliver.
Diana: secretaria de Oliver.
Raúl: vigilante jurado de las oficinas Dávila.
Mar: doctora y vecina de Yuls en Ávila.
Pedro: exmarido de Diana.
Tía Marta: tía de Oliver.
Mireia: prima de Oliver.
Roberto: compañero de Yuls en el centro de menores.
Josué: amigo de Lucas en el centro de menores.
Araceli: cuidadora de Clara en la residencia.
Benito: trabajador de la residencia donde está Clara.
Mirta: trabajadora de la residencia donde está Clara.
Marcelo: trabajador de la residencia donde está Clara.

Playlist

Sabor, sabor, ℗ 1992, Sony Music Entertainment España, S. A., interpretada por Rosario.

God Was Showing Off, ℗© 2026, Atlantic Records, interpretada por Bruno Mars.

Gorilla Grip, ℗© 2025, Yacht Pop Records, LLC under exclusive license to Nettwerk Music Group Inc., interpretada por Greg Shilling.

Love, Love, Love, ℗ 2026, Stephen Sanchez, under exclusive license to Mercury Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Stephen Sánchez.

El vino de tu boca, ℗ Sony Music Entertainment España, S. L., bajo licencia exclusiva de Alejandro Sánchez Pizarro, interpretada por Alejandro Sanz.

Dos extraños, ℗© 2023, Interscope Records, interpretada por St. Pedro.

Júrame, ℗© 1997, Warner Music Benelux BV. A Warner Music Group Company. Under exclusive arrangement with Jason Recording System Ltd., interpretada por Luis Miguel.

Hicimos un trato, ℗© 2000, Warner Music Benelux, S. A., interpretada por Alejandro Sanz.

Nuevayol, ℗© 2024, Rimas Entertainment LLC, interpretada por Bad Bunny.

Si tú me miras, ℗© 1993, Warner Music Spain, S. A., interpretada por Alejandro Sanz.

Agüita e Coco, ℗ 2022, 5020 Records, interpretada por Kany García.

Eres mía, ℗ 1995, Warner Music Spain, S. A.; © 2006, Warner Music Spain, S. A., interpretada por Alejandro Sanz.

Regálame la silla donde te esperé, ℗© 2003, Warner Music Benelux B. V., interpretada por Alejandro Sanz.

Eso, ℗© 2006, Warner Music Spain, S. A., interpretada por Alejandro Sanz.

Chiquilla, ℗ 1997, Dro East West, S. A.; © 2010, Warner Music Spain, S. L., interpretada por Seguridad Social.

No puedo vivir sin ti, ℗© 2008, Warner Music Spain, S. A., interpretada por Los Ronaldos.

Risk it All, ℗© 2026, Atlantic Records, interpretada por Bruno Mars.

Mi soledad y yo, ℗ 1995, Warner Music Spain, S. A., © 2006, Warner Music Spain, S. A., interpretada por Alejandro Sanz.

Felices los cuatro, ℗ 2017, Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Maluma.

Todo bajo control, menos tú
Megan Maxwell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Megan Maxwell, 2026

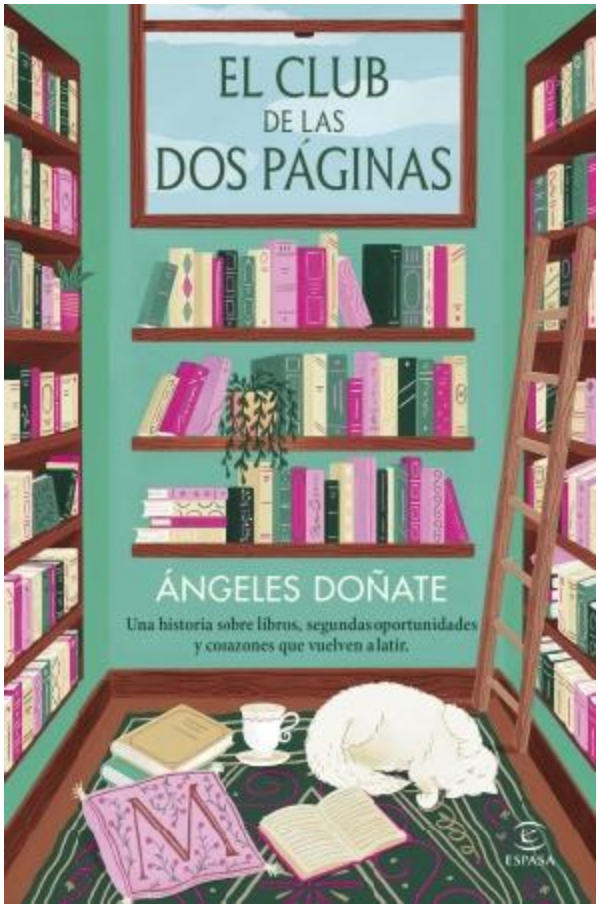
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Sito Recuero

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-670-8338-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



El Club de las Dos Páginas

Doñate, Ángeles

9788467083774

432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

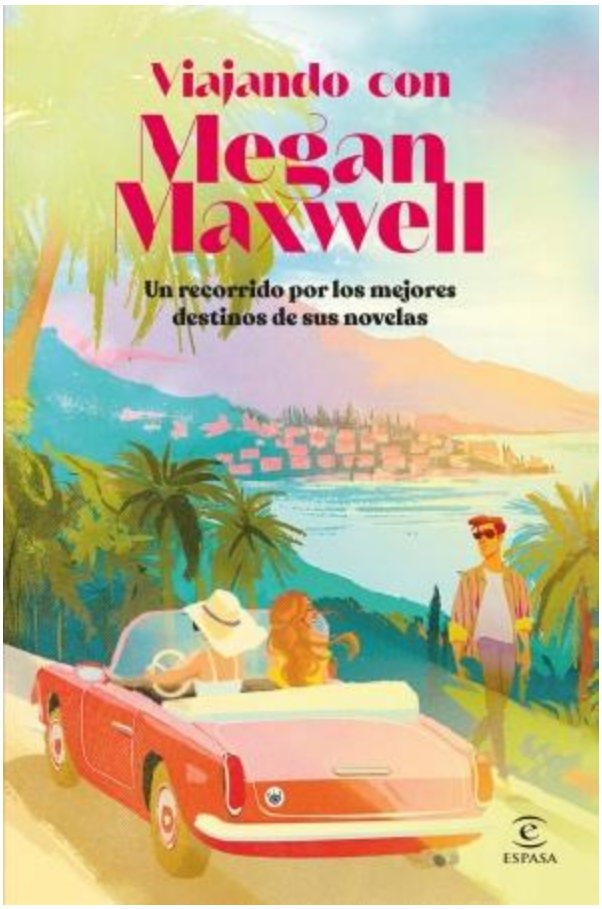
Una librería en Teruel. Un gato sabio. Un club de lectura donde solo hacen falta dos páginas para cambiar una vida.

Ángel era médico, pero ya **no sabe cómo curar su propia herida**. Tras la muerte de Constanza, el amor de su vida, abandona Barcelona y **abre una pequeña librería en Teruel: El Sueño de Constanza.** Su idea es esconderse entre los libros y dejar que los días pasen. Pero una tarde entra Tico, un niño que odia leer; después Amelia, una mujer mayor que acaba de aprender; Clara, una joven ciega que ha renunciado a los libros; Robe, un mecánico enamorado de una lectora; Elena, una ejecutiva que también necesita reconstruirse, y Zhivago, un gato blanco que parece saber más que todos ellos.

Así nace El Club de las Dos Páginas: un club de lectura para quienes creen que leer **un libro entero puede asustar, pero dos páginas siempre son posibles**. Dos páginas de Dickens, Tolstoi, Dumas... Dos páginas para abrir una conversación, coser una pérdida, hacer amigos, enamorarse, recordar, perdonar y volver a empezar.

El Club de las Dos Páginas, con esa librería situada en el Callejón de la Estrella de las Ocho Puntas, y sus personajes entrañables, es una **canción de amor a los libros y a la lectura**, como sanadores que acompañan y ayudan, y crean vínculos de por vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Viajando con Megan Maxwell

Maxwell, Megan

9788467080506

288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Descubre los destinos que inspiraron las novelas de Megan Maxwell. Un viaje por los escenarios más románticos, de Santorini a Nueva York, donde cada historia nace con el corazón.

Esto no es una guía de viajes, así que si es lo que estás esperando, este libro no es para ti. Pero ¿alguna vez te has preguntado cómo son los lugares donde viven mis protagonistas? ¿Dónde pasean, qué cafés frecuentan o qué vistas me inspiraron sus historias?

En este libro te llevo conmigo por todos esos rincones que me han robado el corazón: desde Tenerife hasta Santorini, de paseo por las calles de Edimburgo, donde nació una historia de amor imposible, hasta el sol de Los Ángeles, pasando de las playas de Ibiza a la ajetreada Nueva York, visitando juntos el lluvioso Londres…

No es una guía: es un recorrido por mis paisajes favoritos, por los pueblos que me acogieron, por los hoteles que se convirtieron en refugios, y por los bares y escenarios donde se forjaron los personajes que tanto queremos.

Te contaré anécdotas, te dejaré direcciones secretas y te enseñaré a viajar como yo: sin prisas, con ilusión y con el corazón abierto. Porque viajar, como enamorarse, siempre tiene un punto de locura.

¿Te vienes conmigo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tormentas de verano

MacLean, Sarah
9788467082920
496

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Una novela adictiva que nos lo da todo: drama entre generaciones, misterio y amores apasionados». Ali Hazelwood

Cansada de estar siempre en busca de su aprobación, hace años que Alice Storm ha renegado de su familia multimillonaria. Pero, cuando su padre muere, se verá obligada a regresar a la isla privada de la familia en el Atlántico con un plan: asistir al funeral y marcharse tan pronto como sea posible.

Sin embargo, su padre le dejó un último desafío que desvelará los secretos y tensiones familiares. La regla es simple: pasar una semana en la isla para acceder a la herencia.

En medio del caos familiar y con la presencia del enigmático Jack Dean, el hombre de confianza de su padre, Alice enfrentará una semana que podría cambiarlo todo.

Bestseller inmediato en Estados Unidos.

Uno de los mejores libros del año para *The New York Times*.

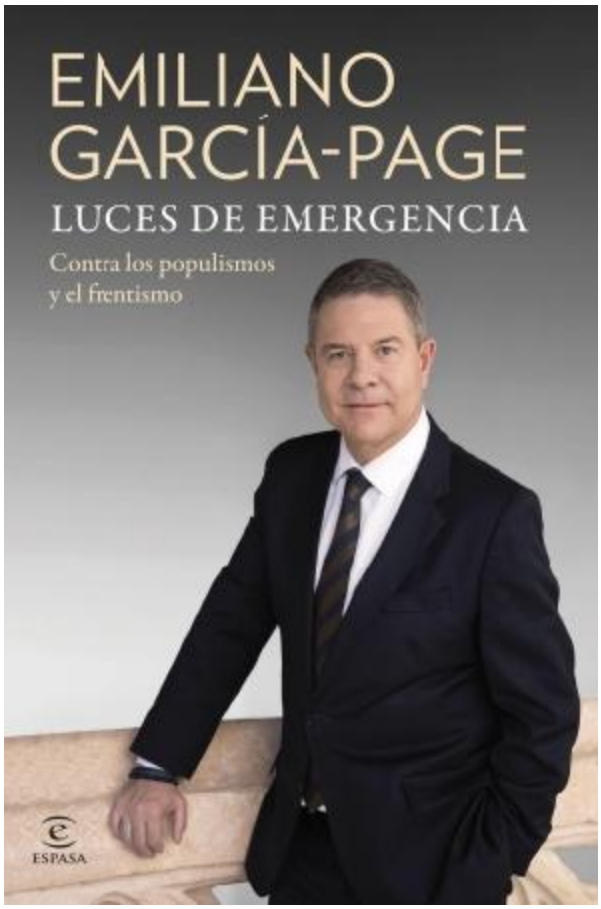
Mejor libro del verano para *People*, *Elle*, *USA Today* y *Woman's World*.

«Sarah MacLean es inigualable; leeré cualquier cosa que escriba». Emily Henry

«Tensiones latentes, rivalidades entre hermanos y una atracción innegable. Un auténtico deleite». *Elle*

«Fascinante. Una herencia llena de secretos, un romance veraniego irresistible y una familia en frentada por las rencillas y el privilegio». *The New York Times*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Luces de emergencia

García-Page, Emiliano

9788467083835

288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El esperado primer libro de un político a contracorriente y con voz propia.

En un tiempo de polarización y populismo, **Emiliano García-Page reivindica la moderación, el diálogo y la búsqueda de acuerdos como pilares de la democracia**. A partir de casi cuatro décadas de experiencia política, recorre sus orígenes y los de nuestro actual sistema democrático, y hace una profunda reflexión sobre la Transición, la Constitución de 1978, el papel de Europa, el Estado autonómico y los desafíos que afronta España hoy en día. Con una **mirada crítica** que alcanza a su partido, reconstruye desde dentro episodios decisivos de la historia reciente del PSOE, como el convulso Comité Federal de 2016, y analiza el auge de los personalismos, el independentismo y el deterioro del debate público.

Un libro absolutamente necesario en la escena política presente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ríete de las bodas

Maxwell, Megan

9788467082654

624

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos generaciones. Dos romances inesperados. Y una sola verdad: el corazón manda. MEGAN MAXWELL, la reina de la romántica, vuelve a romper las reglas.

Alma está en la flor de la vida: madurita, divorciada y feliz. Es la dueña, junto a su amiga Nuria, de una bonita tienda de vestidos de novia llamada Divas y Radiantes. Juntas embellecen a las futuras novias, aunque tienen claro que ellas, por motivos personales, nunca pasarán por el altar.

Si algo le ha enseñado la vida a Alma en referencia al amor es que puede ser un invento peligroso, porque en muchas ocasiones el «para siempre» no dura ni un suspiro. Otra cosa es el sexo. Algo a lo que se ha abonado a disfrutar con quien desea sin promesas ni compromisos.

Así que cuando aparece Saem —alto, asiático, guaperas y dieciséis años menos que ella— decide que la vida son dos días y uno ya lo perdió. Lo suyo es simple: química, risas y nada de promesas. Lo ideal.

Hasta que su hija Natalia, una treintañera que cada vez que se enamora lo hace hasta las trancas, le anuncia que ha conocido a un hombre increíble y maravilloso y que se lo quiere presentar en una comida formal. Alma intenta evitarlo. Ya son muchos los novietes que su hija le ha presentado, y no quiere conocer a más. Luego se encariña con ellos y, cuando rompen, lo pasa ella peor que su hija.

Pero Natalia se empeña. Quiere presentarle a este hombre sí o sí, y al final Alma claudica. Pero el día que llega la esperada comida, lo inesperado la deja con la boca abierta y el mundo decide girar al revés.

Porque el corazón no entiende de normas sociales, ni prejuicios. Y el amor, cuando es de verdad, no se puede

ocultar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)